



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

CO BULNES

EL

DADERO JUÁREZ

y

LA VERDAD SOBRE

ERVENCION Y EL IMPERIO

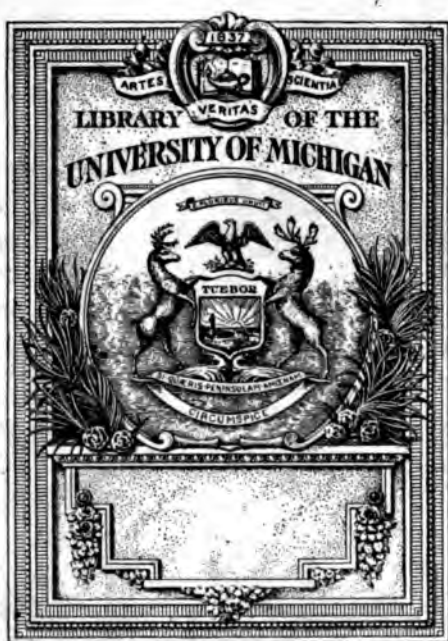


LIBRERÍA DE LA V^{ta} DE GIL BOUDET

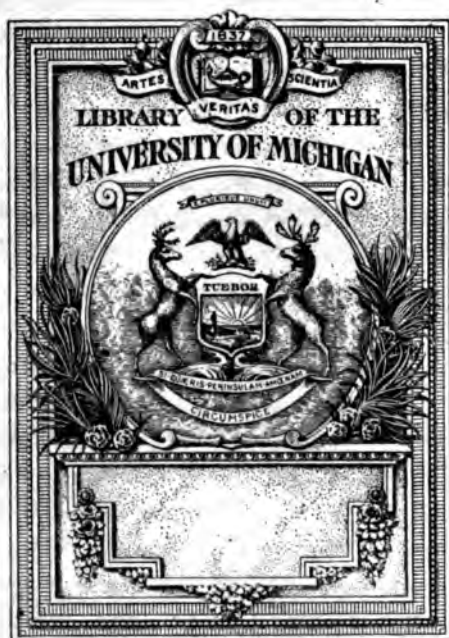
PARIS

|

MÉXICO



F
123
B34



F
12
B

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Las Grandes Mentiras de nuestra historia. La Nación y el Ejército en las guerras extranjeras. 1 vol. 8.^o de 924 páginas.

El Porvenir de las naciones hispanoamericanas ante las conquistas recientes de Europa y Estados Unidos.





J. B. B. B.

1874



[The remainder of the page contains extremely faint, illegible text, likely due to low contrast or poor scan quality.]

BIBLIOTECA DE HISTORIA

EL
VERDADERO JUÁREZ
Y
LA VERDAD SOBRE
LA INTERVENCIÓN Y EL IMPERIO

POR

Francisco Bulnes



LIBRERÍA DE LA V^{DA} DE C. BOURET

PARÍS
23, rue Visconti, 23

MÉXICO
14, Cinco de Mayo, 14

1904

Propiedad del Editor.

*Quedan asegurados los derechos de propiedad
conforme a la ley.*



PARTE PRIMERA

EL ORIGEN DE LA INTERVENCIÓN

CAPÍTULO I

LA CORRIENTE POLÍTICA INTERNACIONAL

« Pero debemos remontarnos al 24 de Noviembre de 1858, para descubrir la primera idea de una intervención unida en los asuntos de México. En aquella fecha el Señor Mon (Embajador de España en París) comenzó á conferenciar con el Señor Walewski (Ministro de Negocios extranjeros de Francia) acerca de la necesidad de establecer un Gobierno firme y seguro en aquellos países.

« El 3 de Enero de 1859, el Señor Mon escribió de nuevo al Señor Calderón Collantes (Ministro de Estado de España) en los siguientes términos :
« El pensamiento que no he podido hacer comprender á V. E. es averiguar si no sería posible ayudar á la formación de un Gobierno en México, el cual, apoyado al principio por las tres Potencias,

pudiera después subsistir sin ayuda de ninguna especie. Se servirá informarme V. E. si es posible, qué forma es la mejor, y cuáles los medios más á propósito para lograr este fin. El Conde Walewski y yo hemos dejado esa cuestión en tal estado á fin de comenzarla de nuevo en momentos más oportunos (1). »

El Señor Calderón Collantes escribió al Señor Mon el 10 de Enero de 1859, contestando la nota de éste: « Que es de la mayor importancia establecer en México un poder fuerte y duradero; pero que para convencer á México de esto, basta la persuasión moral y las discusiones diplomáticas (2) ».

El 18 de Abril de 1860, y hay que conservar como dato precioso esta fecha para el descubrimiento de la responsabilidad del Gobierno de Juárez, la actitud del Señor Calderón Collantes cambió completamente, pues decía al Señor Mon: « V. E. conoce las tentativas hechas varias veces, por el Gobierno de S. M., á fin de conducir á Inglaterra y á Francia á unirse en la adopción de las medidas que tengan por objeto poner fin á la anarquía que está agotando á la República mexicana. Tuve hace algún tiempo una consulta sobre este grave asunto, con M. Barrot, el Embajador francés. El Señor Barrot transcribió mis observa-

(1) Jauret, *le Mexique devant les Chambres françaises*, pág. 6.

(2) Jauret, *obra citada*, pág. 9.

ciones al Departamento de Negocios Extranjeros del Emperador, y últimamente me leyó un extracto de una de sus notas, en la que se dice que los gobiernos de Inglaterra y Francia están ahora dispuestos á combinar sus esfuerzos para establecer un Gobierno en México que sea reconocido por toda la nación y que ponga fin al estado penoso que guarda aquel infortunado país.

« M. Thouvenel cree que lo mejor sería proponer una Asamblea Constituyente que fijara una forma permanente de gobierno y arreglara todas las dificultades pendientes, sea cual fuere su naturaleza é importancia. El deseo de S. M. es que V. E. tenga una entrevista con el Señor Thouvenel para procurar concertar algún medio con el fin de que las tres Potencias intervengan en los desórdenes de la República mexicana. El Gobierno de S. M. cree que la simple noticia de esta resolución, y los primeros pasos que se tomen, bastarán para alentar á la gente honrada de México y ponerla en buena disposición para obrar á favor del establecimiento de un gobierno que, sin restringir el derecho legítimo, ni las garantías de que se disfruta en otros países civilizados, pueda suprimir el espíritu de rebelión que ha causado tantos males á aquel desgraciado país (1). »

(1) Jauret, *obra citada*, pág. 10.

Desde luego en esta nota el Señor Calderón Collantes incurre en la falta de creer que hay derechos ilegítimos, puesto que á México no se le debe restringir el derecho legítimo. Después el ministro de Estado español hace la afirmación de que es preciso alentar á la gente honrada de México para ayudar á la formación del nuevo Gobierno. En concepto del Gobierno español, la gente honrada de México era el partido conservador.

« Las cosas se hallaban en este estado cuando España se tomó el trabajo de redactar una Constitución para la reorganización de México (1), enviándola simultáneamente á Londres y á París el 24 de Mayo de 1860. ¿Qué ocasionó el fracaso de estos planes de intervención tan acariciados por España y tan bien recibidos por la Francia? Fué la frialdad con que los recibió Inglaterra.

« El 27 de Abril de 1860, el Señor Isturitz escribió de Londres al Señor Calderón Collantes : « En verdad, el 27 de Abril de 1860, Lord John Russell contestó brevemente al Señor Isturitz con respecto á la cooperación de Inglaterra, que no la rechazaría si se aclaraba que no se había de emplear fuerza alguna en la ejecución del proyecto. En una segunda entrevista el Señor Isturitz insistió en que Lord John Russell le dé una contes-

(1) Todos mis esfuerzos han sido infructuosos para conseguir una copia de este proyecto de Constitución.

tación más explícita. El Secretario de Estado contestó que « la Inglaterra requerirá la protección del culto protestante »; á lo que repliqué, agrega el Señor Isturitz, « en ese caso Inglaterra no podrá contar con la cooperación de España ».

« Después de esta actitud reservada por parte de Inglaterra, M. Thouvenel parece estar dispuesto á retirarse del negocio. El 18 de Mayo de 1860, declaró al Señor Mon : « que en cuanto á la fuerza y á medidas coercitivas, no estaba de ninguna manera dispuesto á ampliarlas.

« Esto no es todo, el 2 de Junio de 1860, el Señor Barrot, nuestro representante en Madrid, entregó una nota al Ministro de Estado, en la que se toma en consideración el asunto de la mediación, en vista de datos é instrucciones del Señor Thouvenel : « Además, se entiende, dice la nota, que los pasos que deberán darse serán de carácter amistoso, excluyendo toda coercición forzosa (1). »

Aquí se cierra el primer período del proyecto de intervención de las Potencias europeas en México.

España entonces resolvió tomar á su cargo exclusivamente la intervención en México; pero se encontró con los Estados Unidos que de una manera categórica le manifestaron su decisión de oponerse con las armas.

(1) Jauret, *obra citada*, pág. 10.

El 4 de Septiembre de 1860, tres meses después de la negativa de Francia para intervenir en México por la fuerza, nuestro activo Encargado de Negocios en Washington, Licenciado Don Matías Romero, escribía al Gobierno de Juárez instalado en Veracruz :

« El día primero del actual (Septiembre de 1860) ocurrió el Señor Don Gabriel García Tassara, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de S. M. C. en esta ciudad, al Departamento de Estado á decir al Señor general Cass, que sabía que el Gobierno americano estaba aumentando sus fuerzas navales en las aguas de Veracruz y que deseaba saber si este Gobierno trataría de impedir las reclamaciones que el de S. M. C. hiciera al de México por agravios inferidos á su pabellón y cuya satisfacción no se pudiera conseguir por las vías pacíficas. El señor Secretario de Estado le contestó que, en efecto el Presidente había mandado reforzar la escuadrilla americana en Veracruz para proteger las vidas y propiedades de los ciudadanos americanos, y que no se opondría á que la España exigiera satisfacción de los agravios que se le hubieran hecho. Es natural presumir que el Señor Tassara comunicará esta resolución á su Gobierno con el citado coronel Azcárraga; pero mañana, después de la partida del porta-pliegos, el Señor general Cass, comunicará al ministro español el

acuerdo del Gabinete de hoy, diciéndole que el Presidente ha tomado en consideración el negocio, y que ha dispuesto se diga al Señor Tassara que : « *el Gobierno Americano verá con sentimiento cualquiera reclamación injusta que se haga contra México y que no permitirá que por ella se cometa ninguna hostilidad contra el Gobierno legítimo de la República* (1) ».

En la misma nota el Señor Romero avisa que para fines de Septiembre de 1860, habrá en las aguas de Veracruz 9 buques de guerra americanos con un total de 115 cañones y 10370 toneladas, y que más tarde irán 2 corbetas nuevas, teniendo ambas 39 cañones y 4000 toneladas.

..

Ante la actitud amenazante de los Estados Unidos, se mantuvo España un año en silencio y en inacción respecto de México. En Agosto de 1861, el Embajador Español en París, Señor Mon, escribió á Madrid : « El Gobierno debería saber que la guerra civil de los Estados Unidos indica una buena oportunidad para despertar antiguos recuerdos y colocar sobre el trono de México á un Príncipe de la sangre de Borbón ó íntimamente relacionado

(1) M. Romero al Ministro de Relaciones en Veracruz. Correspondencia. Septiembre 4 de 1860.

con dicha casa. Inmediatamente y en contestación, el Gobierno español dió instrucciones al Señor Mon para que informara al Gobierno francés que estaba preparando la expedición contra México y que ya se habían despachado órdenes especiales al capitán general de Cuba » (1).

Estos datos concuerdan con los que nos proporciona el Señor Montluc, que fué nuestro cónsul en París. « El 6 de Septiembre de 1861, la Reina de España ordenó al capitán general de la Isla de Cuba, que operara con todas las fuerzas de que podía disponer contra Veracruz y Tampico. S. M. quería restablecer la monarquía en México (2). »

Al mismo tiempo no ya en sentido de consulta, sino decisivo, el ministro de Estado español hizo á Mr. Schurz, enviado americano cerca de S. M. C. la declaración oficial de que la España iba á hacer la guerra á México, por su cuenta y para satisfacer injurias recibidas por parte de la República. Mr. Seward contestó á esta notificación diciendo que « los Estados Unidos reconocen el derecho de España para declarar la guerra á México ó á cualquiera otra nación del mundo, como México le tiene también para declarársela á España y que por lo mismo no se opondrán ni se mezclarán en ella, mientras se conduzca con arreglo al derecho de gentes, sin in-

(1) Jauret, *le Mexique devant les Chambres françaises*, pág. 12.

(2) *Correspondencia de Juárez y de Montluc*, pág. 73.

tervenir en los derechos de los Estados Unidos, y sin tener objeto adquirir territorio ó subvertir la forma de Gobierno republicano que existe en México (1) ».

La condición impuesta por los Estados Unidos á España, arruinaba los proyectos de esta Potencia para erigir un trono en México y sentar en él á un príncipe español. España no se atrevió entonces á hacer sola y por su cuenta la guerra á México, no obstante la guerra civil en los Estados Unidos, y solicitó la cooperación de Napoleón III. El emperador francés convino en cooperar y decidió á Inglaterra á formar parte de la expedición. La Convención de Londres de 31 de Octubre de 1861, fué firmada por Francia, Inglaterra y España con el objeto ostensible que en ella se expresa.

Pocos días después de firmada en Londres la Convención, Don Matías Romero decía oficialmente al Gobierno de Juárez : « Yo le manifesté á Mr. Seward que había sabido de una manera fidedigna que los planes del Gabinete de Madrid, consistían en organizar un partido en México que proclame la Monarquía y pida un príncipe á la familia reinante de España, y que estos proyectos están tan adelantados, que hasta se ha hecho ya la elección de la

(1) Matías Romero, *Sexta conferencia con Mr Seward*, Octubre 12 de 1861.

persona que debe ir de rey á México, que será Don Sebastián, tío de la reina Isabel (1). »

Por otra parte, *La Correspondencia* de Madrid, había publicado que Don Miguel Miramón había tenido una conferencia muy larga con la Reina Isabel y que iría á México en la expedición como general español (2).

En el Mensaje de la reina Isabel dirigido á las Cortes en Diciembre de 1861, dice expresamente que el objeto de la España es hacer sentir por la fuerza de las armas al pueblo de México, la precisión de que tenga un gobierno en armonía con sus necesidades. Que tal gobierno debe ser español, aparece en la contestación del Señor Martínez de la Rosa, presidente de la cámara de Diputados, pues des-
embozadamente equipara la expedición que se prepara con la de Hernán Cortés.

El ex-embajador español en México, Señor Pacheco, en su discurso pronunciado en 22 de Diciembre de 1861, en el Senado español, decía : « Con objeto de que la persona enviada á México (esa persona fuí yo) pudiera tener grande autoridad, se hizo necesario que el Gobierno español decidiese seguir una política activa en México. Esa política puede reducirse á lo siguiente : Primero, colocar-

(1) Matías Romero, *Novena y décima conferencia con Mr. Seward*. Noviembre 8 de 1861.

(2) *Correspondencia de Madrid*, Noviembre 12 de 1861.

nos á la cabeza de la raza española en América, haciendo comprender al pueblo mexicano que habíamos aceptado su independencia con un espíritu de buena fe, pero que en el progreso del mundo, España es, y debe ser la que esté á la cabeza de todos los miembros de la misma raza (1). »

La intervención de España, sola, por su cuenta, tenía por objeto la realización del plan de Iguala en toda su pureza, que no era más que la continuación del régimen colonial dentro de las formas dislocadas de una monarquía teocrática con apariencias de independiente. En suma, era la reconquista, como el Señor Martínez de la Rosa lo había dicho, al equiparar la nueva expedición con la de Hernán Cortés, pero era una de esas vehemencias peculiares al espíritu español, siempre en crisis ante la realidad de las cosas y siempre ascendiendo en un sueño, en cuyo fondo y en el caso relativo, Juárez debía confundirse con Moctezuma.

∴

Como se ha visto por los documentos irreprochables que he citado, Napoleón no dudaba, de que una vez tocando en Veracruz las fuerzas aliadas, la población de la República regocijada hasta el delirio, debía levantarse como un solo chambelán

(1) *Gaceta de Madrid*, 23 de Diciembre de 1861.

para darles la bienvenida y conducirlos á la capital para recibir sumisión y ovaciones. Era seguro que Juárez y su banda huirían á los Estados Unidos ó pedirían perdón á los Gobiernos civilizados, dándose por felices con que los dejasen vivir tranquilos sin persecuciones de ninguna clase, en el seno de la felicidad nacional.

Pero desgraciadamente para los proyectos napoleónicos, las fuerzas aliadas desembarcaron en Veracruz, donde toda la población era liberal, lo mismo las clases altas que las pobres, lo mismo los extranjeros que los nacionales. El general Don Manuel Gasset, jefe de las fuerzas españolas decía al capitán general de Cuba : « Posesionado de la plaza de Veracruz el 17 del actual (Diciembre de 1861) como tengo el honor de participarlo á V. E. en comunicación separada, hallé la ciudad abandonada por la mitad de sus habitantes! » (1) Don Juan Antonio López de Ceballos, secretario de la Misión diplomática en México, decía á su Gobierno refiriéndose á la llegada de las fuerzas españolas á Veracruz : « El muelle y la plaza estaban llenos de curiosos y me causó no poca sorpresa saber que casi todos eran españoles. Ni una demostración de alegría, ni un grito de entusiasmo nos dió á conocer

(1) General Gasset al general Serrano. Anexo 13 al núm. 62 de los documentos presentados á las Cortes.

que estábamos rodeados de compatriotas (1) ». El General Prim comunicaba oficialmente al Señor Calderón Collantes : « La acogida que nos hicieron en Córdoba no fué de lo más satisfactoria (2) ».

Sir Charles Wyke, á su vez comunicaba á su Gobierno : « Como me lo esperaba, muy mal recibidos. Como los mexicanos han determinado abandonar sus puertos y concentrar sus fuerzas en el interior, perdemos toda manera de reducirlos, á no ser que los sigamos allí y les impongamos por la fuerza nuestras condiciones, lo cual con la fuerza de tierra que los aliados tienen ahora aquí, sería imposible (3). »

El primer obstáculo para los proyectos del emperador Napoleón, fué que las fuerzas aliadas hubieran desembarcado en Veracruz, ciudad completa y exaltadamente liberal, donde hasta los españoles eran republicanos. Almonte y Saligny sabían que no todas las ciudades del país se asemejaban á Veracruz; pero como no era posible haber desembarcado en Querétaro, ciudad refinadamente clerical, los jefes de las fuerzas invasoras juzgaron

(1) Ceballos al Señor Calderón Collantes. Núm. 66 de los documentos españoles, Diciembre 19 de 1861.

(2) General Prim á su Gobierno. Núm. 105 de los documentos españoles.

(3) Sir Wyke á Lord Russell. Segunda parte de la Correspondencia británica núm. 30.

acertadamente que no les era posible avanzar y dirigieron al Gobierno una comunicación conciliatoria para ganar tiempo, como lo aseguran el general Prim y M. Wyke.

Napoleón III no había hablado francamente á sus aliados sobre sus intenciones respecto de México; por el contrario, procuraba ocultárselas. Lord John Russell había informado á Lord Cowley, embajador de Inglaterra en París: « En la opinión del Gobierno de S. M. sería propio insertar en tal convención, una estipulación que previniera que las fuerzas de las partes contratantes, no se emplearán para ningún otro objeto que los que he especificado y principalmente que no intervendrán en el gobierno interior de México (1). »

El 10 de Octubre de 1861, seis días después de que se había presentado en Miramar el conde de Rechberg, ministro de Negocios Extranjeros del emperador Francisco José para comunicar á Maximiliano los designios de Napoleón relativos á la oferta del trono de México; Lord Cowley leyó á M. Thouvenel el despacho de Lord Russell que acabo de copiar, habiendo contestado el ministro de Negocios Extranjeros de Francia; « que estaba enteramente dispuesto á unirse al Gobierno británico en la forma de una convención con los

(1) Lord Russell á Lord Cowley. Documentos británicos presentados al Parlamento. Parte primera, núm. 47.

objetos enunciados por Lord Russell, y que convenía en que los principios por éste asentados eran los que debían guiar la acción de las Potencias aliadas (1). »

Por otro lado, M. Thouvenel escribía al conde Flahault, embajador de Francia en Londres : « El Gobierno del Emperador no tiene mejor disposición que el de la Reina para asumir la responsabilidad de una intervención directa en los negocios interiores de México; pero piensa que es propio de la prudencia de los dos Gobiernos no desanimar los esfuerzos que pudieran intentarse por el país mismo para salir del estado de anarquía en que está sumergido, haciéndole conocer que no tiene que esperar en ninguna circunstancia ningún apoyo y ningún concurso (2). »

Las Potencias aliadas habían venido, pues, á cobrar lo que se les debía y lo que no se les debía; á pedir satisfacciones por agravios efectivos é imaginarios y á no desanimar al país en sus esfuerzos para salir de la anarquía. Esos esfuerzos no podían ser más que revolucionarios. El esfuerzo pacífico solo podía hacer una petición nacional á las Potencias para que contribuyeran con sus armas y recursos á establecer un gobierno mexicano fuerte. Pero una

(1) Documentos británicos citados, núm. 51.

(2) Thouvenel al Conde Flahault. Octubre 11 de 1861. Documentos franceses núm. 46.

petición nacional no se hace en secreto, necesita organización, sufragio, publicidad y representación. Napoleón ya había admitido como representantes de la voluntad del país á los Señores Almonte, Gutiérrez Estrada, Hidalgo y Arzobispo Labastida. Tal representación no podía llenar la política abstencionista de España é Inglaterra en cuanto á no intervención en los asuntos políticos de México.

Los esfuerzos que no debían desanimar las Potencias, no podían ser otros que los revolucionarios; es decir, venían á apoyar una nueva guerra civil y á provocarla ofreciendo no desanimar por falta de apoyo á los pronunciados. Así quería Napoleón que las Potencias entendiesen su misión; pero ellas no aceptaron. Hasta mediados de Enero de 1861 fué cuando Napoleón dijo á las Potencias que no él, sino el gran partido monarquista mexicano, se había fijado en el Archiduque de Austria Fernando Maximiliano para emperador de México.

En México no había en 1861, partido monarquista grande ni pequeño. El general reaccionario Don José María Cobos dice muy claramente : « El jefe reconocido del partido conservador de México, autorizó al General Don Juan N. Almonte para que formulase su programa político en sentido conservador, sin mezcla de monarquía extran-

jera, por la que nadie opinaba (1) ». « Además, la opinión de Don Félix Zuloaga respecto del establecimiento de una Monarquía extranjera en México, es igual á la consignada en el manifiesto de Don José María Cobos (2). » Es evidente que Napoleón puso por condición para intervenir, no sólo el sistema monárquico sino el príncipe que debía regirlo. La monarquía no fué aspiración de la gran mayoría del partido conservador, sino un sacrificio impuesto á sus ambiciones.

« España esperaba la caída del Gobierno de Juárez, producida por solo el hecho de la llegada al suelo mexicano de las fuerzas aliadas, pero nunca se propuso emplear su fuerza física en derribarlo (3) ».

No habiendo sido derrocado Juárez, con solo el hecho de la llegada de las fuerzas aliadas á Veracruz, no había más que dos caminos que seguir; avanzar para derribar al Gobierno, ó cumplir con la Convención de Londres.

El avance era imposible aun cuando España hubiera querido hacerlo. El general Serrano, Capitán General de la Isla de Cuba, no creyendo en la recepción con ramilletes de flores, ó más mi-

(1) José María Cobos, Manifiesto citado.

(2) Matías Romero, Nota á Mr. Seward. Octubre 2 de 1882.

(3) *Documentos sobre México presentados á las Cortes*, número 15.

litar que los jefes franceses, escribía al Ministro de Estado español : « También debo insistir una y otra vez, que si se trata de una campaña al interior, no bastan las fuerzas aliadas reunidas para hacerla con éxito. Fuerza menor de 20 á 25,000 hombres no debe, en mi concepto, dar un solo paso en el interior de la República. Lo contrario sería exponerse á un descalabro (1). »

El Gobierno francés veía las cosas desde el punto de vista de los ramilletes de flores, pues el Ministro Billault, afirmaba « que hecha la última amonestación y siendo Juárez impotente para darnos la satisfacción y garantía á que tenemos derecho; lo que había que hacer era obrar, marchar adelante, derribar á ese fantasma de gobierno que había violado todas sus promesas y poner al país en estado de constituir un gobierno (2). »

No habiendo ovaciones ni pudiendo avanzar, era preciso para los aliados ganar tiempo apelando á la poderosa máquina de las reclamaciones. « La cuestión de las reclamaciones que cada uno de los gobiernos aliados tenga que formular requiriendo además un examen especial; se establecerá según los términos de la Convención, una comisión á la

(1) General Serrano al Señor Calderón Collantes. *Documentos españoles presentados á las Cortes*, núm. 42.

(2) Billault, *Documentos franceses presentados al Cuerpo legislativo*, pág. 966, columna sexta.

que estará especialmente asignado el deber de decidir con referencia á las mismas reclamaciones, como también el de considerar la clase de arreglo que mejor proteja los respectivos intereses (1). » Estas instrucciones las daba Mr. Thouvenel al jefe de las fuerzas francesas en Veracruz, el 11 de Enero de 1862, creyendo que al recibirlas el Almirante Jurien estaría ya en México y Juárez derrocado. Conforme á dichas instrucciones había injusticia para México, desde el momento en que el tribunal que juzgase de las reclamaciones debería quedar constituido por las partes reclamantes exclusivamente. ¡Y eran las naciones más civilizadas las que, lastimando así el derecho, se daban por agraviadas con nuestra barbarie!

Era probable que algo se hubieran contenido en su injusticia las Potencias si ellas mismas hubieran constituido el tribunal de reclamaciones; pero esto no convenía á Mr. de Saligny, porque ni aun en el lomo de la injusticia hubieran podido ser aceptados los escandalosos robos que gestionaba, comenzando por el de Jecker. Por lo tanto, desconociendo la Convención de Londres, los Señores Jurien y Saligny tuvieron el cinismo de asegurar « que las órdenes de su Gobierno excluían

(1) *Instrucciones de Mr. Thouvenel al Almirante Jurien de la Gravière.* (Anexo á la nota de Don Matías Romero á Mr. Seward, 16 de Febrero de 1862.)

toda intervención de comisiones liquidatarias (1). »

Saligny entonces reclamó :

Primero. — La entrega inmediata de 12 millones de pesos, sin presentar créditos ni pruebas de ellos, ni su lista, ni siquiera fundamentos verbales. Esta suma debía dejar saldadas las reclamaciones hasta el 31 de Julio de 1861, debiendo el Gobierno mexicano disponerse á pagar lo que se le exigiese con posterioridad;

Segundo. — El pago de 15 millones de pesos por los bonos Jecker;

Tercero. — La entrega de los Puertos de Veracruz y Tampico y los que designase Francia para que fuesen administrados por empleados franceses, quedando los productos á favor de los reclamantes;

Cuarto. — El Ministro de Francia tendría siempre el derecho de asistir en cualquier estado de la causa y por medio de delegados que designara al efecto, á todas las instrucciones entabladas por la justicia criminal del país, y estaría además investido del mismo derecho relativamente á todas las causas criminales intentadas contra sus nacionales (2);

Quinto. — Continuación del pago de la convención francesa reconocida.

(1) Acta de la segunda conferencia de los Representantes de las fuerzas aliadas en Veracruz, 16 de Febrero de 1862.

(2) Saligny, *Ultimatum*. Enero 12 de 1862.

Los representantes de Inglaterra y España rehusaron apoyar las inicuas reclamaciones de Mr. de Saligny y dieron cuenta de ellas á sus respectivos Gobiernos.

El Comodoro Dunlop comunicaba al Secretario del Almirantazgo : « Sin duda Sir Ch. Wyke, explicará detenidamente por el paquete, pues no tiene tiempo, según creo, de escribir oficialmente por este conducto, sus razones para objetar las reclamaciones francesas; pero debo asegurar que estoy enteramente de acuerdo con sus miras sobre este asunto y que considero que, si hubiéramos aceptado las reclamaciones francesas, habríamos comprometido á nuestro Gobierno, apoyando exigencias contra México, que estoy seguro, cuando sean debidamente presentadas ante el Gobierno del Emperador, se modificarán tan notablemente que asumirán un carácter del todo distinto del que habrían tenido si hubiéramos permitido que se enviaran al Presidente (1). »

Lord Russell, escandalizado, escribía á Lord Cowley : « La exigencia de 12 millones de pesos, formulada sin ninguna cuenta y por una conjetura aventurada y la exigencia de la ejecución completa é inmediata de un contrato para pago de bonos hasta la suma de 15 millones de pesos en reem-

(1) Comodoro Dunlop, 15 de Enero de 1862. *Anexo núm. 36, á la 2ª parte de los documentos británicos.*

bolso de 750,000, adelantados á un Gobierno nominal, precisamente en el acto de caer, parecen al Gobierno de S. M. que son artículos del ultimátum que el Gobierno del Emperador no puede aprobar (1). »

Mr. Thouvenel contestó á las preguntas de Lord Cowley sobre el ultimátum de Saligny « que había confiado en la honradez y pericia de ese diplomático y que las reclamaciones de cada Potencia que no fuesen apoyadas por las otras dos, la Potencia interesada las gestionaría por su cuenta (2). » Esta declaración violaba abiertamente la Convención de Londres.

El General Prim que se había colocado al principio en las eminencias de la hidalguía, creyó conveniente descender al fértil terreno de la rapacidad, pues escribió á su Gobierno : « No está demás informar á V. E., que si algunas de las reclamaciones de las que presenta Francia son injustas, muy particularmente la de la casa Jecker y Compañía y darán lugar á serias resistencias por parte del Gobierno, no ofrecerá menores dificultades la exigencia del cumplimiento inmediato del tratado Mon-Almonte : creo por lo tanto que estableciendo

(1) Lord Russell á Lord Cowley. 2ª parte de los documentos británicos, núm. 38.

(2) Lord Cowley á Lord Russell, Documentos británicos. 2ª parte, núm. 46.

absoluta solidaridad en las reclamaciones, destruiría la posibilidad de que se celebren arreglos en que quede excluida España (1). » El Gobierno español no aprobó la inmoral insinuación del General Prim.

Ante la conducta más que equívoca de Mr. Thouvenel, Lord Russell decía á Lord Cowley : « Dije á Mr. Flahault que en lo que no podíamos convenir y que debíamos hacerlo entender bien, era en presentar reclamaciones solamente con el objeto de suscitar querellas. Que no adoptaríamos esta conducta ni la defenderíamos en otros (2) ».

*
* *

La violación del convenio de la Soledad es conocida de todo el mundo, pero no se ha apreciado en toda su infamia la introducción de Almonte y socios en el campamento liberal, al amparo de las tropas francesas, á las que generosamente el Gobierno de Juárez había permitido pasar dentro de las líneas de defensa nacional. Esta acción equivale á que un individuo á quien otro permite pasar la noche en su hogar para librarlo de la intemperie, introduzca en él ladrones y asesinos. De semejante felonía son incapaces hasta los pieles rojas : el sal-

(1) General Prim á Ministro Calderón Collantes, *Documentos presentados á las Cortes*, núm. 82.

(2) Lord Russell á Lord Cowley, *Documentos británicos*, núm. 50.

vaje tiene su honor que procura mantener ileso; sólo en los profundamente corrompidos cortesanos de un César se vé ese desprendimiento perfecto de la moral y de toda noción de decencia, orgullo y dignidad.

No hubo entre los que cometieron esta acción de mal olor, uno que hubiera dicho : « no obedezco, para que la Francia no se manche ». El Almirante Jurien, el General Lorencez, obedecieron á Saligny, cuya conciencia era una cloaca como las de todos los que descienden al último fondo del servilismo. Bajo gobiernos como los de Napoleón III, dos cosas llegan á ser perfectas : la adulación y la indignidad.

El general Prim censuraba la conducta de los jefes franceses, al dirigir á su Gobierno el siguiente despacho : « Los jefes de las fuerzas francesas, dejando á un lado toda reserva, han desplegado ya su bandera; las tropas que llegaron últimamente á Veracruz han tomado bajo su amparo á los emigrados que vienen á conspirar contra el Gobierno constituido, custodiados por las bayonetas francesas, han penetrado hasta Córdoba los Almonte, los Haro y los Miranda; y tan graves y tan trascendentales disposiciones se han tomado, no sólo sin consultar á los Plenipotenciarios de España é Inglaterra, sino en desprecio de nuestra opinión contraria, previamente comunicada á los jefes franceses.

« El acto de llevar al interior del país, á los emi-

grados políticos para que organicen en él una conspiración que destruya un día el Gobierno existente y sistema político actual, mientras avanzáis como amigo y esperáis el día fijado para las conferencias, tal acto no tiene ejemplo ni puedo comprenderlo (1) ».

Indignado Sir Ch. Wyke con la conducta censurable de los jefes franceses, la puso en conocimiento de su Gobierno. Lord Russell le contestó el 30 de Abril de 1862 :

« En su opinión (del Gobierno británico) el General Prim y el Representante de S. M. tuvieron sobrada razón en protestar contra el permiso dado por M. de Saligny al General Almonte y al Padre Miranda para penetrar en el interior de México, bajo la protección de la bandera francesa (2).

Pero la conducta de Inglaterra y España fué también muy censurable. Si el Gobierno mexicano había dado permiso á las tres Potencias colectivamente para abrigarse dentro de las líneas mexicanas, y Saligny infamemente introducía á los enemigos del Gobierno á la región dominada por el ejército liberal, correspondía á España é Inglaterra no desaprobar simplemente, sino protestar y oponerse

(1) General Prim al Ministro Calderón Collantes, 29 de Marzo de 1862. *Documentos españoles presentados á las Cortes*, núm. 107.

(2) Lord Russell á Sir Ch. Wyke. *Documentos británicos*. 1.ª parte, núm. 109.

aun con las armas, á un acto que manchaba el honor civil y militar de las tres Potencias.

M. de Saligny rompió la Convención de Londres, rompió los Convenios de la Soledad, rompió con las leyes más elementales del decoro y del derecho de gentes y los otros dos aliados se conformaron con desaprobear tímidamente, estando obligados á hacer respetar las firmas de sus Naciones, no á México. Esto prueba que en general hay que conceder más respeto á las firmas de los caballeros de industria en los pagarés que extienden á los usureros, que á las firmas de las Naciones que se intitulan honrables y civilizadas. Yo siempre he sido escéptico ante el honor de las naciones, como cuando se trata del de las once mil vírgenes, que jamás existieron. Las naciones no tienen honor, tienen apetitos, egoísmo, crueldad, no obran más que por su interés, aun cuando éste sea la iniquidad. Siguen la ley internacional sólo cuando no tienen la fuerza suficiente para violarla, ó cuando no es negocio burlarse de ella.

CAPÍTULO II

LA CORRIENTE FENICIA.

Las tres grandes calamidades de la América latina y muy especialmente de México han sido : el clero, los pretorianos y los diplomáticos.

En el sistema pretoriano, los gobiernos desfilan rápidamente como figuras de cinematógrafo expresando caravanas de beduinos feroces y hambrientos. La mayor parte de los funcionarios públicos buscan en la administración enriquecerse por el peculado, la concusión, y la rapiña bajo todas sus formas, excepto la sujeta á la vigilancia de los gendarmes. El agiotista codicioso y corruptor acechaba al funcionario hábil y corrompido para combinar negocios sucios y ruinosos, y fácilmente practicables por el estado de descomposición política y administrativa general. Una vez combinado un gran fraude, el funcionario ó funcionarios corrompidos lo consumaban casi siempre á medias, debido á lo precario de su posición. Quedaba á favor del agiotista un crédito insoluto. Entonces la tarea pasaba al diplomático, que también corrompido, ó por mal enten-

dido celo ó por el desprecio que la Europa ha tenido siempre á la América latina, se dedicaba á proteger con toda la influencia de su Gobierno, con todos los preceptos del Derecho de gentes y con todos los medios de opresión necesarios, los intereses vandálicos de sus nacionales.

Lo que escribo sobre el azote diplomático no es una leyenda. En su notable nota oficial de 2 de Octubre de 1862, Don Matías Romero decía á Mr. Seward : « Está tan lejos de ser la condición de los extranjeros en México, la que asegura ser Mr. Billault, que sucede allí, lo que no se vé en ningún otro país; esto es, que la condición del extranjero ha sido más ventajosa que la del ciudadano mexicano. Las reclamaciones más injustas y exageradas encuentran á menudo apoyo en las Legaciones extranjeras y son de continuo obsequiadas porque las acompaña el ultimátum y la amenaza de las escuadras y de la guerra. Las pérdidas más insignificantes suben á cantidades fabulosas que se hacen pagar íntegras. Los créditos nacionales comprados en el mercado á precios muy insignificantes se convierten súbitamente en créditos extranjeros por solo el hecho de pasar á manos de extranjeros, y se pagan por su valor íntegro con sus respectivos réditos mediante el abuso que los agentes europeos han introducido en México de las convenciones diplomáticas, á las cuales los referidos agentes cuidan

de que no se les falte en lo más mínimo. Especulaciones escandalosas como la de los bonos de Jecker, por ejemplo, suelen cubrirse con la protección interesada de los Ministros extranjeros que no descansan hasta convertirlas en cuestiones internacionales y casos de guerra (1) ».

Sir Charles Wyke, Ministro de Inglaterra, escribía á su Gobierno : « Diez y nueve en cada veinte de los extranjeros residentes en este infortunado país, tienen una reclamación contra el Gobierno, de una clase ó de la otra; muchas de ellas están realmente fundadas en justicia; mientras que otras han sido forjadas y fabricadas como buenas especulaciones, para obtener dinero como compensación de algún agravio imaginario, tal como una prisión de tres días, que se han echado sobre sí intencionalmente y con objeto de entablar una reclamación que hacen subir en una proporción exorbitante (2) ».

Mr. Schloesing en su notable memoria al General Forey, jefe de la expedición francesa en México, le dice con verdad y decisión : « Debo á este respecto convenir en que los desórdenes políticos de México han tenido la más funesta influencia sobre todos los ramos de su administración; pero añadiré que se parece México á estos pródigos que siempre pagan,

(1) M. Romero á Mr. Seward, *Correspondencia de la Legación de Washington*, tomo II, pág. 401.

(2) *Documentos británicos*, núm. 30. Enero 19 de 1862.

siempre deben y que en su corta existencia como nación independiente, ha pagado diez veces el importe de sus deudas, sin haber logrado saldarlas.

« En cada época, relativamente favorable, los representantes sabios y hábiles de las Potencias europeas han obtenido siempre para sus nacionales lo que era justo y equitativo y á menudo también lo que era por le menos discutible desde el punto de vista del derecho y de la razón. ¡Cuántas fortunas rápidas y misteriosas se han hecho desde la independencia á la sombra de las reclamaciones diplomáticas! La liquidación por Francia de la indemnización de 1839, ha probado que no todas las reclamaciones presentadas tienen las condiciones indispensables para ser aceptadas. En cuanto á las que están hoy pendientes y que se hacen subir á 12 millones de pesos, no vacilo en afirmar que sus expedientes probarán aun para muchas de ellas, que son exageradas ó inicuas.

« Se ha hecho de las reclamaciones diplomáticas la base de una profesión muy á menudo lucrativa. »

El ministro de Relaciones de Juárez, el Licenciado Don Manuel María de Zamacona tuvo la firmeza de marcar el alto al Representante de Inglaterra cuando se desataba en frases injuriosas contra nuestro Gobierno con motivo de la suspensión de pagos de las deudas extranjeras, decretada el 17 de Julio de 1861 : « En una de mis últimas notas oficiales mani-

festé á Ud. que por consideraciones de delicadeza me abstenía de entrar en el análisis de la mencionada Convención ; pero en esta comunicación privada puedo llamar la atención de Ud. sobre los elementos espurios que entraron en ese arreglo diplomático, y sobre su resultado, que un periódico inglés ha sacado á luz hace tres días, y que se reduce á que México ha venido á pagar una existencia de cigarros á razón de dos onzas de oro por cada cajetilla (1). »

No es fácil entender, aun á las inteligencias privilegiadas, cómo esos diplomáticos arrogantes, misioneros de civilización, juzgaban tan mal á los mexicanos, cuando ellos les daban ejemplo de patrocinar las más decadentes infamias.

El comisionado Payno ha escrito sobre la Convención española : « La historia de la Convención española es bastante conocida, principalmente por las diferencias que con este motivo se ocasionaron con el Gobierno de España. Hay sólo que advertir respecto de esta liquidación que en ella están incluidos los \$ 2,427,941 de bonos que entraron indebidamente á la conversión, merced al abuso que cometió Don José Miguel Arroyo cuando fué oficial mayor del Ministerio de Relaciones (2). »

(1) M. M. de Zamacona á Sir Ch. Wyke. Comunicación privada, Julio 29 de 1861.

(2) Payno Manuel, *Cuentas, gastos, acreedores y otros asun-*

El origen de la deuda contraída en Londres es puro; pero la distribución de los préstamos que la originaron prueba una escandalosa malversación premiada con la impunidad.

« Como todo el mundo sabe, escribe Payno, desde la independencia á la fecha (1867) no ha habido negocio tan escandaloso, tan inicuo y absurdo como el que vino á hacer á este país el Padre español Morán y para lo cual encontró la ayuda de abogados influyentes (1). »

« Debe advertirse también que esta deuda ganaba el 3 por ciento, que siendo española no pudo comprenderla la Convención del Señor Otway, que ningún arreglo se hizo en este sentido con el Ministro de España y que el rédito se aumentó al seis por ciento, por una simple orden del honradísimo Ministerio de Zuloaga, que declaró que comprendía á los créditos del Padre Morán lo pactado respecto de los Señores Martínez del Río hermanos (2). »

La Convención francesa por la que tanto ruido hacían los diplomáticos napoleónicos y por la que determinaron aparentemente intervenir, importaba en 1861, apenas doscientos mil pesos (3).

tos del tiempo de la Intervención francesa, pág. 830. Publicación oficial.

(1) *Obra citada*, pág. 833.

(2) *Obra citada*, pág. 834.

(3) Mata José María, *Memoria de Hacienda de 5 de Mayo de 1861*.

Los agiotistas, casi todos extranjeros y de ellos la mayor parte españoles, poseían grandes masas de bonos de la deuda interior, de certificados y constancias de una inmensa deuda flotante y de la mayor parte de los títulos de la deuda exterior arreglada por convenciones. Los títulos de la deuda convencional no llegaban á la par, porque aún en vía de pago, éste no era puntual. En cuanto á la deuda interior, su valor fluctuaba entre el 3 y el 5 por ciento y el de la flotante era menor. Poseedor el batallón fenicio de agiotistas de 200 millones de pesos en papel, cuyo valor real de plaza no pasaba de 8 millones de pesos; una intervención extranjera armada, bien provista de numerario y cuyo objeto fuese establecer un gobierno fuerte, honorable, solvente y acreditado, tenía que poner en pago serio la deuda interior y elevar su valor real á la par del nominal. La intervención representaba para los agiotistas una utilidad aproximada de 190 millones de pesos, sobre los 8, valor real de las toneladas de su papel depreciado. Eran pues, partidarios frenéticos de cualquiera intervención armada extranjera y enemigos irreconciliables del partido liberal que, opuesto á todo género de intervenciones, los condenaba á no realizar ganancias verdaderamente fabulosas. Como los únicos negocios importantes en México eran de agio, debe afirmarse que todos los hombres de negocios apoyaban al partido conservador de

cuantas maneras podían, legítimas é ilegítimas.

Al tomar posesión Juárez de la capital como dictador, se presentaron los diplomáticos con su gran máquina de reclamaciones fraudulentas, exageradas ó legítimas, pidiendo indemnización por los males causados á sus nacionales durante la guerra de Reforma.

* *

Hasta el año 1857, los diplomáticos patrocinaban toda especie de negocios fraudulentos capaces de enriquecer á sus nacionales y á veces á ellos mismos. Eran las grandes locomotoras del agio en México y los mejores órganos para el descrédito de las naciones en que operaban y para la gestión de convenciones, bombardeos, bloqueos, ultimátums é invasiones. Pero á fines de 1857, la diplomacia determinó tomar un papel activo en la política y dirigir el pretorianismo. El primer conspirador descarado contra el Gobierno mexicano fué el Ministro de Francia Mr. de Gabriac.

Según Gaulot, la política que conducía á la intervención de Francia en México había sido practicada largo tiempo por Mr. de Gabriac (1). El mismo escritor francés ratifica nuestros conocimientos escribiendo : « Mr. de Gabriac había tomado gran parte (en

(1) Gaulot, *Réve d'empire*, pág. 23.

el pronunciamiento de Tacubaya de 11 de Enero de 1858); él fué el principal instigador de la caída de Comonfort. »

Los buenos oficios de Mr. de Gabriac para el partido liberal se deben según parece á que se había vendido al clero por la suma de ciento cincuenta mil pesos. Probar estas operaciones de una manera intachable es difícil, si no imposible. Voy á dar las pruebas en que me fundo para creer en la venalidad de Mr. de Gabriac.

Mr. de Gabriac, cuando fué nombrado Ministro en México no era hombre de fortuna. Buscaba en su cargo la existencia decente y el ahorro. Cuando dicho Ministro de Francia vino á México su sueldo, era \$ 16,000 anuales.

Cuando los Ministros extranjeros ahorran sobre su sueldo, lo hacen dejando en su país la parte de sueldo que no quieren gastar y recibiendo en México el dinero que se proponen consumir. Pero admitamos que Mr. de Gabriac hubiese cobrado íntegro su sueldo en México y que sus gastos anuales fuesen sólo de \$ 8,000; pues hay que advertir que tenía familia, gran casa y carruaje. Sus economías en cinco años que permaneció en México habrían alcanzado á \$ 40,000. Sin embargo, Mr. de Gabriac al retirarse de México dirigió al Gobierno reaccionario la siguiente solicitud : « El infrascrito Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario

de Su Majestad el Emperador de los franceses tiene el honor de poner en conocimiento de S. E. D. Octaviano Muñoz-Ledo, que habiendo obtenido de su Gobierno una licencia de seis meses para ir á Francia en el interés de la salud de la señora de Gabriac, y para arreglar importantes asuntos de familia se propone partir el martes próximo, 8 del corriente.

« Por lo tanto, el infrascrito se ha visto obligado á realizar una gran parte de los valores que posee y cuya cifra se elevará probablemente á \$ 150.000, que el infrascrito desea enviar por la conducta que partirá el 8 del corriente (1). »

Mr. de Gabriac había recibido por sueldos totales en cinco años á razón de \$ 16.000 por año \$ 80,000. No había gastado de ellos ni un centavo y había ahorrado \$150,000. Mr. de Gabriac dejó además bienes raíces en México que todavía existen en poder de su familia. El señor Luis Elsesser, sobrino del banquero Jecker, dice en la correspondencia que le fué interceptada por el Gobierno mexicano y dirigida á su tío en México: « Mt. me ha confesado que él (Gabriac) iba á la mitad en las utilidades de los bonos; yo he dicho en respuesta, que tenía algún interés en la casa Jecker (2).

(1) Lefèvre, *le Mexique et l'intervention européenne*, pág. 160.

(2) *Correspondencia de la Legación de Washington*, tomo III, pág. 384.

No puede admitirse que M. de Gabriac haya adquirido los \$150,000 por su participación en la casa Jecker, debido á que más tarde le reclamó á Jecker por no haber liquidado con él cuando así lo solicitó. Hay suficientes motivos para creer que los \$150,000 que exportó Gabriac libres de derechos y que declaró al Ministro Muñoz-Ledo que le pertenecían, venían del clero, porque dicho Ministro se había ya declarado protector de la Iglesia mexicana, título que no se encuentra en ninguna de nuestras leyes, ni en nuestras costumbres y eminentemente ofensivo para la soberanía de una nación. M. de Gabriac, escribía á Monseñor Lázaro de la Garza, arzobispo de México :

« No sé en qué términos servirme para agradecer á V. S. I. la carta que se ha dignado dirigirme ayer y en la cual ha juzgado conveniente manifestarme una gratitud que no creo merecer por los débiles servicios que he hecho tanto al país, como á las santas iglesias de esta provincia eclesiástica, en cumplimiento de mi misión y en los límites que me asigna el derecho de gentes respecto de una potencia amiga(1). » No se conocen más servicios prestados á las santas iglesias por M. de Gabriac que haber sido el más activo y descarado conspirador contra el régimen liberal.

(1) Lefèvre, *obra citada*, pág. 25.

A fines de 1860, había llegado el embajador español Pacheco cerca del Gobierno de México para manifestar todo su odio al Gobierno liberal y á las instituciones nacionales, en virtud, según dijo Pacheco en el Senado español, de la política activa que España había resuelto seguir en México.

Los diplomáticos habían extendido sus negocios hasta pretender ser los árbitros de los destinos de México. La soberanía mexicana había desaparecido.



CAPÍTULO III

LA INQUEBRANTABLE DEBILIDAD DE JUÁREZ.

El Gobierno de Juárez representaba la regeneración del país por las ideas; pero la regeneración de un país por las ideas es imposible cuando éstas no están sostenidas por los capitales. El clero y los pretorianos habían sido vencidos; la paz, la dignidad y el progreso de la república, exigían emancipar á México de la tiranía y depravación de los diplomáticos.

La Convención firmada en Londres en 31 de Octubre de 1861, no es más que el segundo acto de una tragedia preparada hacía mucho tiempo, por los Ministros de Francia é Inglaterra que debió tener su ejecución desde el mes de Diciembre de 1858 en Veracruz, si los almirantes Dunlop y Penaud, enviados en esa época para presentar y sostener con sus cañones las reclamaciones inglesas y francesas, hubieran consentido en satisfacer los odios que los señores Gabriac y Otway profesaban contra el gobierno legítimo de la nación.

Mr. Otway no tenía odio por la administración

juarista, sino muy desarrollado el espíritu mercantil. Hasta 1858, se había usado que una vez arrojado un gobierno de la ciudad de México, la revolución se daba por consumada y el presidente derrocado se retiraba al extranjero mientras se calmaban los odios contra su persona. Por la primera vez se vió en Enero de 1858 al gobierno liberal, representado por Juárez, salir de la capital para ir á sostener en otras ciudades su legalidad. Los diplomáticos consideraban con acierto que el gobierno que perdía la capital era gobierno muerto y que en consecuencia debían entenderse con su sucesor. Con excepción de Mr. de Gabriac, que había sido uno de los conspiradores contra el gobierno de Comonfort para prestar sus *débiles servicios á la Iglesia mexicana*, los diplomáticos restantes reconocieron á la reacción, por creer terminado el gobierno constitucionalista.

Había en aquel funesto tiempo una imbécil preocupación; nuestros Gobiernos creían que la soberanía nacional residía esencialmente en los diplomáticos y que la República no podía tener gobierno si los diplomáticos negaban su consagración pontifical. Explotando tan grave error, los diplomáticos ponían en venta su reconocimiento á precios muy elevados en beneficio de los agiotistas, que á veces eran sus socios y siempre sus incondicionales protegidos. Como no se pasaban ni tres

años para que en México se estrenase un gobierno, los diplomáticos vendían á menudo su mercancía del reconocimiento con notable mejoría por acrecer la demanda de los cuartelazos.

El Ministro de Inglaterra Mr. Otway vendió su reconocimiento el 10 de Agosto de 1858 al gobierno de Zuloaga por el precio del aumento del tres al seis por ciento anual del rédito de la Convención inglesa. No hubo motivo para que el gobierno de Zuloaga duplicase el tipo de rédito que gozaba la expresada Convención. Pero habiendo dos gobiernos, el de la capital y el de Veracruz, Mr. Otway avisó á Inglaterra que habiendo dos marchantes para la misma mercancía y como no podían ser reconocidos los dos gobiernos á la vez, apareció una escuadra en Veracruz al mando del Comodoro Dunlop, para cobrar á Juárez, no sólo la deuda de Zuloaga, sino para exigirle que reconociese los setenta y dos millones de pesos de la deuda contraída en Londres con particulares, como deuda convencionada, como deuda de gobierno á gobierno, exigible por las armas y dando derecho á la ocupación militar, al desmembramiento territorial ó á una intervención completa.

La concesión que se le pedía á Juárez era tan enorme como injusta; pero tenía que someterse ó ser arrojado de Veracruz por los ingleses, que una vez tomada la plaza la entregarían á D. Félix Zuloaga,

con lo que recibía golpe mortal la causa de la Reforma. Juárez obró como debía obrar, cediendo ante la valiente hidalguía mercantil de los ingleses. De esos negocios no se hacían todos los días.

A Francia le debíamos	
Por capital.....	\$ 190,000.00
Por intereses.....	160,000.00
Total.....	\$ 350,000.00

Esta deuda insignificante para la nación más rica, más generosa y que se denominaba la más civilizada, por sostener siempre la causa de los pueblos débiles, no acreditaba el envío á Veracruz de una escuadra para hacerse pagar, tanto más cuanto que la deuda francesa era el saldo de tres convenciones sucesivas, cuyos créditos superaban á tres millones de pesos, que el gobierno mexicano, no obstante sus penurias, había pagado con excepción del pequeño saldo á que acabo de referirme.

Pero Mr. de Gabriac, vió en el cobro de la pequeña deuda un pretexto para que Veracruz fuese bombardeado, expulsado Juárez á cañonazos y entregado el puerto al gobierno de la reacción, dando así el triunfo al clero, pues como se ha visto era el protector de la Iglesia mexicana.

El comandante Penaud, jefe de las fuerzas navales francesas en las aguas de Veracruz, en Diciembre de 1858, no era afortunadamente pro-

rector de la Iglesia mexicana; tenía orden sencillamente de su gobierno de compeler á Juárez, sin reconocerlo, al arreglo del pago de la Convención francesa y no hizo caso de las recomendaciones expresivas de Mr. de Gabriac para arrojar al gobierno de Juárez de Veracruz. El comandante Penaud se comportó con decencia, pues no reclamó más que el cumplimiento de la convención legítima y sólo fue duro en la alta cuota que fijó sobre el rendimiento aduanal para el reembolso, pues exigió y obtuvo que se destinase al pago del saldo de la convención y de los réditos atrasados, el 35 % de los derechos de importación que causasen las mercancías transportadas en barcos franceses. Juárez tuvo que ceder y vuelvo á decir que hizo bien y aun los liberales debemos agradecer al comandante Penaud que no hubiera seguido los intereses del clero como se lo indicaba con insistencia Mr. de Gabriac.

*
* *

Desde que Juárez, en Enero de 1861, ocupó triunfante la capital debió haber considerado atenta y patrióticamente el problema de la tiranía voraz de los diplomáticos y tomado una determinación digna de la gloriosa revolución de Reforma, digna del Gobierno, digna de su nombre y capaz de salvar á México de la ruina completa á que estaba destinado

por la rapacidad creciente é insaciable de diplomáticos protectores de cultos y de fraudes.

D. Melchor Ocampo, el liberal más puro que ha tenido México y que sólo ambicionaba el deber, comprendió que el Gobierno, liberal ó de cualquiera otra clase, era imposible sin ponerse en frente de la agresión constante, corruptora y corrompida de los diplomáticos. Ocampo, como Ministro de Relaciones de Juárez, expulsó á nombre del Presidente á los diplomáticos D. Joaquín Franciso Pacheco, acreditado como Embajador de España cerca de Miramón, á D. Felipe Neri del Barrio, Ministro de Guatemala y á D. Luis Clementi, Nuncio del Papa. La expulsión tuvo por causa haber tomado parte, hasta irritar con el escándalo, en nuestras cuestiones políticas interiores, los referidos diplomáticos. Con esta disposición, Juárez se colocó á la altura de la ley y del decoro nacional.

Tres días después, D. Francisco Zarco sustituyó á Ocampo en el Ministerio de Relaciones y determinó dejar que el decreto de expulsión operase contra los diplomáticos guatemalteco y pontificio que no tenían escuadras con que amenazar ni una sola bomba que arrojar sobre cualquier punto de nuestro territorio. En tal concepto, dispuso dar una satisfacción al impertinente Embajador español, órgano de un gobierno con escuadras. « Antes de su partida, el señor Pacheco, recibió la

visita del señor General González Ortega cuyo objeto era arreglar el negocio y prevenirle que el nuevo Ministro de Negocios extranjeros D. Francisco Zarco deseaba tener la misma noche una entrevista para arreglar *todo*. El señor Pacheco rehusó toda explicación y se limitó á responder al señor González estas fatídicas palabras : « Es demasiado tarde; el informe en que doy cuenta al gobierno de la Reina del atentado cometido contra mi persona, ha partido ya; toca á Su Majestad decidir; yo nada tengo que hacer (1). »

Tal como relata Lefèvre los hechos, así los presentó á las Cortes españolas el Ministro de Estado señor Calderón Collantes y fueron ratificados en la tribuna del Senado por el ex-Embajador Pacheco (2). No fue Juárez inquebrantable con D. Francisco Pacheco y sí lo fue con D. Felipe del Barrio y D. Luis Clementi.

..

En 1867 D. Sebastián Lerdo de Tejada, Ministro de Relaciones hizo que Juárez conociera una gran verdad, consistente en que las naciones pueden ser soberanas y tener gobiernos legítimos ó de facto, sin la aprobación y reconocimiento

(1) Lefèvre, *le Mexique et l'intervention européenne*, pág. 291.

(2) Asuntos de México. Informe presentado á las Cortes. Nota de Pacheco, número 63.

de los diplomáticos extranjeros. Después de la ejecución del archiduque Maximiliano, largos años vivió la República mexicana, sin que nadie dudase que fuese nación libre, soberana é independiente, á pesar de que no contaba con el reconocimiento de los gobiernos europeos, asiáticos y africanos. Juárez aceptó la política exterior de Lerdo de Tejada, calificada de útil, digna y salvadora por propios y extraños; política que resolvió y sostuvo la independencia de México del pesado yugo diplomático que gobernaba antes á nuestros gobiernos para deshonra y vilipendio de la nación.

En 1861, Inglaterra que había reconocido al gobierno reaccionario, como de costumbre, puso precio á su reconocimiento respecto del gobierno de Juárez. El precio era crecidísimo, importaba gran sacrificio de dinero y de dignidad. Lo que España había exigido en el tratado Mon-Almonte era una bagatela para lo que debía costar á México que Juárez fuera reconocido por el gobierno de S. M. Británica. Lord John Russell aseguró en la Cámara de los Comunes (1) « que se le había ordenado á Mr. Mathew que entrase inmediatamente en comunicación con el Presidente, informándole que caso de que su gobierno estuviera dispuesto á hacerse responsable por las pérdidas causadas á los acreedores

(1) M. Romero, *Correspondencia de la Legación de Washington*, tomo I, pág. 305.

británicos por los varios partidos, el gobierno de S. M. reconocería al de Juárez. »

Por el reconocimiento de la Inglaterra se imponía á Juárez que reconociera la obligación de indemnizar á los súbditos británicos por todos los males que hubieran recibido de los varios partidos. Esta exigencia la condenaba el derecho de gentes; pero la sancionaba el de la fuerza. Era una exigencia de expoliación de dinero y de soberanía. Juárez la aceptó sin vacilar y convino en que su gobierno pagaría el robo del de Miramón en la calle de Capuchinas, que ascendió á la suma de \$ 660,000 perteneciente á los tenedores de bonos de la deuda contraída en Londres. Sobre esta gran debilidad de Juárez no puede dudarse conforme al siguiente documento oficial :

Decía Mr. Mathew al gobierno de Juárez (1) :
 « Por este motivo el Secretario de Estado de S. M. ha creído conveniente autorizarme para reconocer en nombre del gobierno de S. M. á S. E. el Presidente Juárez como jefe legal de la República mexicana, así como para ofrecerle el apoyo moral de la Gran Bretaña, si S. E. conviene con el Gobierno de S. M. en desaprobación el ultraje ilegal cometido en la Legación de S. M. y en reconocer las justas reclamaciones de los súbditos británicos por

(1) Nota de Mr. Mathew á D. Francisco Zarco, 22 de Febrero de 1861.

este y otros casos de expoliación y violencia ».

Como prueba de que Juárez aceptó pagar el subido precio de este reconocimiento aparece un libro financiero oficial; las siguientes partidas entre la lista de las deudas de México reconocidas por la administración de Juárez (1)

« Por la suma robada por Márquez sobre el fondo de los tenedores de bonos en la Legación inglesa, calle de Capuchinas.....	\$ 660,000.00
« Partida 5a. Para gastos hechos con motivo de este asunto por el agente.....	22,284.00

Juárez tuvo la debilidad de reconocer los créditos emanados de la conducta robada por Márquez en Guadalajara y las reclamaciones por fechorías de Miramón contra las prevenciones terminantes del derecho de gentes, de la conveniencia fiscal, de la dignidad del gobierno y de la soberanía nacional.

Constan en el citado libro oficial financiero :

« 7a. A los señores Barron Forbes, por los certificados números 79 y 80, proviniendo de la conducta ocupada por Márquez en Guadalajara »	\$ 39,000 00
« A Mr. Charles Whitehead, por la suma que reclama por su expulsión del país por orden de Miramón	12,000.00
« Partida 11. A Nathaniel Davidson por lo que le corresponde por la conducta tomada por Márquez en Guadalajara.....	431.94

(1) Manuel Payno, *México y sus gestiones financieras*, obra escrita é impresa por orden del Gobierno 1862, pág. 16 y siguientes.

La política de Juárez con Inglaterra consistió en reconocer todas sus reclamaciones injustas y humillantes, con tal de ser reconocido.

*
* *

En Febrero de 1861 y en cumplimiento de la ley, le fué denunciado al Gobierno de Juárez que la abadesa del convento de la Concepción había ocultado todo ó gran parte de las alhajas y metales preciosos de la comunidad en la casa matriz de las Hermanas de la caridad. Ordenó el gobierno por lo tanto, y ajustando sus disposiciones estrictamente á las leyes, que el general D. Leandro Valle ordenase á su vez, que se hiciesen las averiguaciones correspondientes, y este jefe dispuso que bajo la dirección y vigilancia del coronel D. Refugio González se hiciera un cateo. El coronel González, cumpliendo con su deber, encontró desde luego en la citada casa matriz y dentro del nicho número 17 del panteón la suma de \$ 41,000.

Las religiosas dijeron que esa suma pertenecía á la señora Pérez Gálvez; pero viendo que esta dama iba á ser interrogada sin dar tiempo á que fuese prevenida, dijeron que no estaban seguras del hecho y por último manifestaron que les era imposible decir á quién pertenecía el dinero. Continuando el cateo se encontraron otros objetos de valor en

diversos escondites del edificio. Antes de seguir, advertiré que no había entre las religiosas ninguna francesa y aunque la hubiera habido era lo mismo, porque nacionales y extranjeros están obligados á acatar las leyes del país.

Con motivo de estos hechos M. de Saligny, que aun no había presentado sus credenciales como Ministro de Francia, dirigió al gobierno de Juárez en papel simple la siguiente insultante comunicación :

« ¿Vuestro gobierno ha resuelto, pues, acabar con mi paciencia y romper con la Francia? Debo creerlo viéndolo persistir en increíbles ultrajes cuyo teatro es desde hace seis horas el establecimiento de las Hermanas de la caridad; á pesar de todas las recomendaciones que os dirigí ayer, por medio de Mr. Londre, ese establecimiento continúa ocupado por una soldadesca grosera y brutal que se entrega á toda especie de insultos hacia la superiora y las demás hermanas. No asistiré por más largo tiempo á semejante espectáculo, que es una ofensa directa y premeditada hacia el gobierno del Emperador, bajo la protección del cual estas santas mujeres están colocadas en el mundo entero (1) ».

Esta nota merecía que Mr. de Saligny hubiera sido expulsado para que hubiera dado cuenta á su

(1) M. de Saligny á D. Francisco Zarco. Nota de 22 de Febrero de 1861.

Emperador de que México no admitía corporaciones ni personas fuera de las leyes mexicanas ni que estuviesen bajo la protección de gobiernos extranjeros. « Si no hacéis retirar inmediatamente, continuaba en su grosero tono Mr. de Saligny, á vuestros soldados cuya presencia nada puede justificar, os dirigiré hoy mismo una protesta, renunciando reanudar relaciones con un gobierno respecto del que estoy obligado á reconocer que para él nada hay sagrado. »

Juárez mandó retirar los soldados, desgarró la ley patria que fundaba el procedimiento y convino con Mr. de Saligny en que Napoleón III, parte en el asunto, fuera el árbitro que debía decidir si el Gobierno mexicano tenía ó no derecho para hacer respetar las leyes mexicanas en territorio nacional. Juárez sin necesidad de los zuavos y sus armas y simplemente por los insultos de Saligny se adhirió á la intervención francesa. Napoleón III podía, pues, tomar bajo su amparo á todas las comunidades religiosas y nulificar las leyes de reforma y todas las de la nación.

Pocos días después nuevo denunció de que las Hermanas de la caridad recibían, para ocultar, objetos preciosos que pertenecían al clero y que conforme á las leyes de reforma debían ser tomados por la nación. Tal conducta de las Hermanas de la caridad era natural, puesto que se les reconocía estar bajo

la especial protección del Emperador de los franceses, protección que hacía irrisoria la soberanía nacional. El Secretario de Gobernación dictó la orden para que se verificase nuevo cateo perfectamente legal como consecuencia del nuevo denuncia; pero para demoler las leyes de reforma y burlarse del triunfo de la revolución se encontraba listo y airado Mr. de Saligny, quien se dirigió al Ministro de Relaciones, D. Francisco Zarco, en los términos siguientes :

« El Coronel Hernández obrando en virtud de la orden cuya copia adjunto, se ha presentado esta mañana en el establecimiento de las Hermanas de la caridad para practicar un cateo y quién sabe qué clase de investigaciones. Semejante acto es de tal modo contrario á lo que hemos convenido, que no puedo explicármelo más que por una equivocación. Sea lo que fuere, os dirijo ésta para que hagáis que inmediatamente cese lo que está pasando; de lo contrario tengo órdenes tan imperativas que no sabría excusarme de obedecerlas y me vería forzado con gran pena á romper toda relación con vuestro gobierno y á dejar la capital (1) ».

¿Qué hizo entonces Juárez por conducto del Ministro de Relaciones, Sr. Zarco? *M. Zarco céda encore. Il répondit que la perquisition nouvelle*

(1) Lefèvre, *l'Intervention européenne*, pág. 339.

dont se plaignait M. de Saligny était le résultat d'une erreur (1) ». Ante la tiranía profundamente ofensiva de Saligny el Gobierno de Juárez declaraba que las leyes mexicanas eran sólo deplorables errores.

*
*
*

¿Saligny era un clerical ardiente, ciego, fanático? No, era peor que todo eso, era el agente del favorito más corrompido de Napoleón, del duque de Morny, empeñado en sustentar su crapulosa existencia con los robos que la diplomacia ó las armas le hicieran á México. Gaulot, que se esmera en ser imparcial y que ha escrito veinticinco años después de la intervención afirma : « Ya no se puede dudar que M. de Morny tuvo interés personal en el negocio de Jecker (2). »

El mismo Jecker, dos años después de la ejecución del archiduque Maximiliano escribió, en 1869, á M. de Conti, jefe del Gabinete del Emperador Napoleón, una larga carta en que, entre otras cosas, le dice : « Ignoráis sin duda que yo tenía como asociado en este negocio al señor duque de Morny que se había comprometido mediante el 30 % de las utilidades de este negocio, á hacerlo res-

(1) Lefèvre, *l'Intervention européenne*, pág. 36.

(2) Gaulot, *Réve d'empire*, pág. 22

petar y pagar por el Gobierno mexicano (1). » Para más pruebas véase la correspondencia entre Jecker y sus sobrinos los señores Elsesser, interceptada por el Gobierno mexicano en 1861 y remitida al Gobierno de los Estados Unidos, publicada semi-oficialmente por éste y reproducida por los principales periódicos de Nueva York. Véase también el tercer tomo de la correspondencia de la Legación de Washington desde la página 621. Para la historia está ya perfectamente demostrada la venta del duque de Morny al banquero quebrado Juan Jecker.

Como no es bien conocido de todo el mundo el negocio Jecker, principal fundamento de la intervención francesa en México, voy á darlo á conocer en muy pocas líneas.

La casa Jecker estaba quebrada cuando hizo con el Gobierno indigente de D. Miguel Miramón algunos contratos de agio con el objeto de salvarse. Entrar al análisis de esos contratos sería muy largo, fatigoso é inútil; bastará saber que Jecker entregó al Gobierno de Miramón :

En numerario.....	618,927.00
En bonos de la deuda interior.....	342,000.00
En bonos Peza.....	30,000.00
En órdenes sobre las aduanas.....	100,000.00
En vestuario para la tropa.....	368,000.00
En diversos créditos.....	6,750.00
Suman.....	\$ 1,465,677.00

(1) Niox, *Expédition du Mexique*. Apéndice, pág. 723.

En efectivo, el valor entregado por Jecker al Gobierno de Miramón apenas ascendería á un millón de pesos. Jecker recibió en cambio quince millones de pesos en bonos y cobraba esta cantidad en numerario al Gobierno de Juárez, que no tenía obligación de pagar ni un sólo centavo, pues representando su Gobierno la legalidad, Miramón no era más que un rebelde y ningún gobierno está obligado á responder por los contratos que hagan los rebeldes.

Jecker tenía otro negocio con de Morny, ligado á la intervención. El Gobierno de Comonfort le había dado en 19 de Diciembre de 1856 autorización para explorar, deslindar y levantar los planos de los terrenos baldíos del Estado de Sonora, adquiriendo por sus trabajos la tercia parte de los terrenos deslindados.

Jecker, con gran empeño, se dedicó á deslindar los terrenos baldíos de Sonora, habiendo logrado levantar los planos de siete millones de hectáreas de baldíos; pero intempestivamente el gobernador de Sonora, Pesqueira, declaró que los terrenos baldíos pertenecían á los Estados y expulsó del territorio de Sonora á los ingenieros y empleados de Jecker.

Por conducto del duque de Morny, Jecker propuso al gobierno francés cederle todos sus derechos y acciones emanadas de sus contratos de 1856,

por la suma de diez millones de francos (1). No se llegó á consumir esta operación.

*
* *

M. de Saligny llegó al país en sustitución de M. de Gabriac en 12 de Diciembre de 1860. « Ya para ir á tomar posesión de su cargo M. de Saligny parecía bastante bien dispuesto para el partido liberal (2). » « Calificaba al gobierno de Miramón de despotismo brutal y estúpido y se alegraba que Juárez hubiera triunfado (3). » D. Matías Romero comunicaba á Juárez : « M. de Saligny va á México como Ministro Extraordinario en comisión, pues M. de Gabriac es todavía el Ministro en propiedad de Francia en México; dijo, que al discutirse en Gabinete de las Tullerías la cuestión mexicana, sólo el Emperador y uno de los Ministros estuvieron por que se considerase al gobierno constitucional como tal gobierno, pero que todos los demás ministros estaban por que se reconociese con aquel carácter á la facción conservadora. El mismo señor Saligny antes de salir de Francia vió al Emperador para informarse de sus miras y deseos respecto de los asuntos de México,

(1) Gaulot, *Réve d'empire*, pág. 220.

(2) *Correspondencia de Juárez y de Montluc*, pág. 31.

(3) *Ibid.*, pág. 32.

y que recibió de S. M. solamente la misión de mediar entre los dos Gobiernos que existen en la República, para terminar la guerra que actualmente la ensangrienta, pero sin que estos buenos oficios importen intervención de ninguna clase.

« El mismo señor Saligny dijo que tenía que hacer reclamaciones á ambos gobiernos, pero que no haría al uno responsable de los perjuicios ocasionados por los agentes subalternos del otro, y que no urgiría por la satisfacción inmediata de dichas reclamaciones, sino que se limitaría á exigir que se reconozca su justicia y que se garantice suficientemente su pago para cuando el estado del país permita verificarlo (1). »

No podían ser mejores las disposiciones del emperador Napoleón y de su Ministro Mr. de Saligny respecto del partido liberal y del Presidente Juárez.

No fué Jecker quien se dirigió á Morny sino un agente de éste, y tal vez lo fué Mr. de Saligny, pues Jecker en su carta de 1869, dirigida al jefe del gabinete del emperador, sólo dice que en Enero de 1861, lo buscaron para ofrecerle la influencia de Morny en el asunto de los bonos (2).

Por la primera vez Saligny debe de haber hablado

(1) M. Romero al Ministro de Relaciones en Veracruz. Diciembre 10 de 1860.

(2) Niox, *Expédition du Mexique*. Apéndice, pág. 723.

á Don Francisco Zarco, Ministro de Relaciones, en los últimos días de Enero ó en los primeros de Febrero, porque en la nota de Saligny de 2 de Mayo del mismo año dice á Zarco :

« He tenido el honor de hablar frecuentemente á V. E. *desde hace tres meses*, de una cuestión importante en la cual los intereses y el honor de la Francia se encuentran gravemente comprometidos; quiero hablar de la cuestión relativa á los bonos Jecker. » Debo advertir que Jecker no era francés; adquirió esa nacionalidad hasta 1862, por lo tanto era ridículo y falso que el honor y los intereses de Francia estuvieran gravemente comprometidos en la reclamación de un individuo que no era francés, ni honorable.

Cuando ocurrió el incidente de las Hermanas de la caridad, ya Mr. de Saligny había sido desairado por Juárez respecto del negocio Jecker y esto explica su cambio y su furor. No calmado por haber consentido Juárez en que el emperador Napoleón decidiera si él mismo debía tener jurisdicción imperativa en territorio mexicano para hacer inviolables á las Hermanas de la caridad ante nuestros códigos, comenzó á preparar la intervención dirigiendo el siguiente despacho á su gobierno :

« En el estado de anarquía, ó por mejor decir, de descomposición social, en que se encuentra este infortunado país, es muy difícil prever el sesgo que

puedan tomar los acontecimientos. Una cosa me parece muy cierta : es imposible permanecer en *statu quo*. Todo tiende á indicar que nos acercamos á una nueva revolución. En esta solución me parece indispensablemente necesario que mantengamos una fuerza material en las costas mexicanas, que baste para proteger nuestros intereses cualesquiera que sean las circunstancias (1). »

Catorce días antes, Mr. de Saligny decía á Juárez lo contrario que á su Gobierno, pues en el discurso de recepción que Saligny pronunció, dijo á Juárez « que la guerra civil había terminado ya en la República », se refirió con interés « á los embarazos inseparables de todo gobierno y á las dificultades creadas indudablemente por tres años de lucha encarnizada ». Se explicó asimismo « porqué la República no había entrado en una era de estabilidad y prosperidad » y ofreció enfática y solemnemente que « nunca faltaría al Gobierno actual el apoyo moral más cordial y más sincero de parte del Emperador, con el objeto de que el Presidente Juárez lograra sentar su gobierno sobre bases sólidas y duraderas para que estableciera el orden y la prosperidad del país, y para que hiciera imposible toda tentativa que tuviera por objeto sumergir á la República en los horrores de la guerra civil. »

(1) Nota de Mr. de Saligny de primero de Abril de 1861.

Tan amistoso discurso había costado á la nación el abandono de su soberanía en el irritante asunto de las Hermanas de la caridad. Saligny atacó al día siguiente de su discurso al Ministro Zarco para que reconociera los bonos Jecker, el funcionario mexicano rehusó acceder á las pretensiones del diplomático y entonces Saligny comunicó á su gobierno que México se encontraba en estado de descomposición social. Saligny pedía la escuadra francesa á su Gobierno, en apariencia por precaución, para el caso de que estallase una nueva revolución que pusiera en peligro los intereses franceses, pero en realidad la quería para amedrentar á Juárez, haciéndole ver que todo sería bombardeado y arrasado si no reconocía el Gobierno el inicuo y vergonzoso negocio Jecker.

Juárez, aun antes de que llegara la escuadra, se dejó amedrentar y cosa que parece imposible, reconoció en principio la deuda Jecker; es decir se reconoció el rebelde ante Miramón, Gobierno legítimo. Esta afirmación tan desastrosa para el prestigio de Juárez, necesita un torrente de pruebas irrecusables.

Niox nos dice : « Las enérgicas representaciones del Ministro de Francia decidieron al Gobierno de Juárez á *reconocer la legalidad de los bonos Jecker*. Mr. de Saligny amenazó al Gobierno mexicano de una ruina cierta, si las proposiciones de Mr. Jecker

no eran aceptadas, y escribió al ministro de Negocios Extranjeros de Francia, que, sintiéndose protegido por la Francia, Mr. Jecker sabía que podía atreverse á todo (1). »

Niox puede decir una falsedad, convenido; pero en cuanto á que Saligny ofreció á Juárez una ruina cierta, si no reconocía los bonos Jecker, lo dice á Mr. Thouvenel, Ministro de Negocios Extranjeros de Napoleón, el Ministro de México en Francia, Don Juan Antonio de la Fuente, en la hermosa y altiva nota en que participa retirarse protestando contra la intervención. Don Matías Romero decía en Washington oficialmente á M. Seward : « Al remitir Mr. de Saligny al Gobierno mexicano unas proposiciones que hacía Mr. Jecker para la amortización de sus bonos, las acompañó con una nota confidencial al Ministro de Relaciones de la República, en que dice que si el negocio no se arreglaba de la manera que proponía, acarrearía la ruina del Gobierno y de la Nación (2). »

Juárez reconoció en principio el negocio Jecker, es decir lo reconoció como deuda legítima del gobierno legítimo. Mr. Billault en su discurso en el Cuerpo Legislativo de Francia, aseguró, « que se

(1) *Expédition du Mexique*. Apéndice, pág. 721.

(2) Matías Romero á Mr. Seward. Nota de 2 de Octubre de 1862. *Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington*, tom. II, pág. 401.

había entablado una negociación con el Ministro de Relaciones mexicano sobre este asunto (Jecker) y que dos despachos de ese ministro reconocían perfectamente el principio de la reclamación (1). »

Julio Favre, pidió entonces la lectura de los despachos y otras voces gritaron : « ¡ Nó ! » « ¡ Nó ! ». Parece, dijo Billault, que un honorable contradictor no da fé á lo que afirmo : « me limito á afirmar que el Ministro de Juárez reconoció en principio el crédito y dice que se hará justicia, quedando sólo por examinar la mayor ó menor cuantía de la suma debida (2) ».

Don Matías Romero, decía oficialmente á Mr. Seward, lo mismo que el Ministro Billault : « El gobierno mexicano ha estado dispuesto á pagar á Mr. Jecker, la suma que realmente desembolsó, con su interés legal (3) ».

Don Matías Romero dice también : « En la entrevista que tuve hoy con Mr. Weller, de que dí cuenta á V. E. en nota separada de esta fecha, dicho Señor me aseguró que el Supremo Gobierno había reconocido la validez y legalidad de los bonos expedidos por Miramón á favor de Jecker, y me dijo que en este asunto se había faltado

(1) Billault, discurso del 26 de Junio de 1862.

(2) Cuerpo Legislativo, sesión del 22 de Junio de 1862.

(3) Matías Romero á Mr. Seward, Nota de 2 de Octubre de 1862.

á... (1) ». Mr. Weller era el Ministro de los Estados Unidos en México, antecesor de Mr. Corwin.

Por último, en el libro *México y sus cuestiones financieras*, escrito y publicado por orden de la Administración de Juárez, se encuentran las siguientes partidas entre las que constituyen la deuda de México á Francia en 1862 :

Créditos franceses.

1º « Por reembolso del capital desembolsado por Jecker en el negocio de los bonos.....	\$ 1,600,000
2º « El interés calculado á razón de uno por ciento al mes, durante 2 años sobre el capital empleado por Jecker en el asunto de los bonos.....	384,000
	\$ 1,984,000 (2) ».

Juárez reconocía más que el capital efectivo que había desembolsado Jecker, el que como se ha visto no llegaba á un millón, y reconocía además un tipo de rédito usurario. Esto hizo que Mr. Weller, Ministro americano se disgustase y dijese á su Gobierno, que en México no se atendía á la justicia de una reclamación, sino á los insultos y á las amenazas y que obtenía la preferencia el acreedor que mejor humillaba al Gobierno (3).

(1) M. Romero al Ministro de Relaciones mexicano, Junio 26 de 1861. *Correspondencia de la Legación de Washington*, tomo I, pág. 443.

(2) M. Payno, *México y sus cuestiones financieras*, pág. 24.

(3) Mr. Weller á Mr. Seward. Junio 22 de 1861.

Mr. Weller tenía razón, al crédito de Jecker no siendo ni legítimo se le reconocía un valor 60 por ciento superior al efectivo y el rédito enorme de 12 por ciento anual. El Gobierno americano, que había admitido que sus reclamaciones se sujetasen á una comisión mixta, retiró su consentimiento. La mejor sentencia se obtuvo insultando al Gobierno; en consecuencia la política idiota del Ministro Zarco conducía á estimular á los diplomáticos á que reclamasen con látigo en la mano.

Zarco aterrado por Saligny, como una mariposa perseguida por un enjambre de pilluelos escolares, actitud que no podía ser la de un hombre de Estado, firmó la ruinosa y oprobiosa convención Zarco-Saligny. « Es cierto, dice Don Matías Romero, á Mr. Seward, que el Señor Zarco, que fué Ministro de Relaciones de aquella República, firmó un convenio con Mr. de Saligny, proveyendo á la liquidación y pago de reclamaciones de súbditos franceses, convención que Mr. de Saligny puso como precio del reconocimiento del Gobierno de México (1). »

Zarco se había dedicado á comprar reconocimientos de Gobiernos inmorales, corrompidos, voraces, implacables, indignamente especuladores; con todo lo que tenía la nación mexicana, honra independencia y bienes. Es evidente que todo go-

(1) M. Romero á Mr. Seward, nota de 2 Octubre de 1862.

bierno tiene que aceptar el deber de reconocer y pagar los créditos legítimos que se le presenten; pero en el convenio Zarco-Saligny se entienden por créditos legítimos, todos los robos, todas las indemnizaciones por asesinatos, golpes, prisiones, préstamos, inferidos á franceses por toda clase de rebeldes y particulares. Poco faltó para que Zarco estipulase con Saligny que el Gobierno mexicano se comprometía á indemnizar á los franceses residentes en México hasta por las enfermedades que los afligieran (1). La cuenta de estas reclamaciones inicuas que admitió como justas Don Francisco Zarco, no le fué presentada por Saligny á Juárez, responsable de la conducta de su ministro; porque Don León Guzmán, sucesor de Zarco hizo pedazos el expresado convenio y manifestó que lo presentaría al Congreso para su ratificación.

Voy á enseñar la cifra á que ascendían las reclamaciones francesas que fueron presentadas á la Regencia, al ser ocupada la capital por el general Forey :

« Reclamaciones hasta 1862 de Gabriac y Wagner, cálculo en francos.....	Fr. .	600,000
Reclamación en globo hecha á Juárez por Mr. de Saligny.....	«	60,000,000
Reclamación Jecker.....	«	75,000,000
Reclamaciones de diversos particulares.	«	157,190,735
Suma		Fr. 292,190,735 (2). »

(1) M. Payno, *Las convenciones diplomáticas*, pág. 51.

(2) Manuel Payno, *Cuentas, gastos, acreedores y otros asuntos*

La Regencia aplazó la solución de estas reclamaciones hasta la llegada del Archiduque Maximiliano, quien pudo defenderse debido á su posición, que le facilitaba entenderse directamente con Napoleón, sin que nadie se atreviera á interceptar su correspondencia. Como Napoleón nunca fué cómplice de los pretendidos robos de sus favoritos, cayeron la mayor parte de estas fabulosas y odiosas reclamaciones; pero no hubiera sucedido lo mismo con Juárez, cuyo representante en París no era recibido por el Emperador, ni escuchado, pues sus notas no llegaban á su destino ó no eran contestadas. Napoleón III estaba aislado por una muralla de clérigos, clericales y favoritos, resueltos á que nada de la justicia de la causa liberal llegase á los oídos imperiales. La mejor prueba de que esas reclamaciones exorbitantes se le hubiesen cargado íntegras á la Nación, se encuentra en la gran concesión que hizo el ministro Thouvenel y fué que una comisión fallase sobre las reclamaciones mexicanas, sin que el Gobierno mexicano tuviera parte en ella ni fuese oído; esto es horriblemente cínico pero verdadero. Thouvenel hizo la inmensa concesión de que la expresada comisión para reconocer de las reclamaciones, estuviese formada de un comerciante francés (probablemente

del tiempo de la Intervención francesa, pág. 753. Obra escrita por orden del Gobierno y con datos oficiales.

reclamante) del secretario de Mr. de Saligny, que era francés y del Cónsul francés de Veracruz (1). Así entendía el gobierno imperial la justicia, al mismo tiempo que proclamaba ante el mundo que su intervención tenía por objeto principal civilizarlos. Vistas las cosas desde este punto de vista, Don Manuel Losada, el cacique de la Sierra de Alica estaba en aptitud de ir á Europa á civilizar gobiernos.

Todo esto sería bufo si no fuera de una indecencia superior á lo que autoriza el *género chico* en la diplomacia, que es el que por mucho tiempo usó Europa con las Repúblicas Hispano-Americanas. Las reclamaciones francesas ascendían como hemos visto á 58 millones cuatrocientos mil pesos. El número de residentes franceses en la República Mexicana en 1861, comprendidos naturalmente las mujeres y los niños era 2,048 (2), de donde se deduce que cada francés residente en México había sido agraviado por el equivalente de 29,000 pesos. Estando entonces valuada toda la propiedad raíz de la República en mil millones de pesos, quiere decir que bastaba una inmigración de 40 mil franceses para que por la vía de las reclamaciones, la Nación pasara íntegra á ser propiedad de Francia.

(1) M. Romero á Mr. Seward, Nota de 2 de Octubre de 1862.

(2) Gaulot, *Réve d'empire*, pág. 24.

Se encuentran entre las reclamaciones francesas, las siguientes :

- 1ª. « Alfredo Bablot. 1ª Indemnización por los beneficios que esperaba obtener en la amortización de 600 fincas que, pertenecientes al clero, denunció y fueron aplicadas á otros individuos ». \$ 2,150,968
- 2ª. Indemnización por los perjuicios que le ocasionó su expulsión en 1868. « 500,000
- 3ª. Indemnización no determinada á nombre de 36 franceses, que habiendo tomado parte en la invasión del Conde de Raousset Boulvon, fueron expulsados del territorio mexicano. :
- 4ª Indemnización á Bellet por no haber podido trabajar como horticultor durante el sitio de Veracruz. « 2,800
- 5ª. Barateig Francisco. — Indemnización por el robo que dice sufrió en su casa por unos malhechores. « 13,120
- 6ª. Bonhomme Luis y Antonio, hermanos de Luis M., piden una indemnización que no determinan por el asesinato de su hermano por malhechores.
- 7ª. Boutier L. — Destrucción de dos casas en Puebla durante el sitio de 1863. « 24,600
- 8ª. Clermont y socios, por haber sido robados por malhechores en el camino de Veracruz á Puebla en 1856. 2,742 (1)

Juárez, haciendo uso de la facultad que le concedía el art. 33 de la Constitución federal, expulsó á diversos franceses culpables de entenderse con la intervención. Pudo y debió haberlos castigado;

(1) M. Payno, *Cuentas*.

no lo hizo y como no se reconocía á México como Nación, ni como tribu, ni como rebaño, ni como nada, sino como una víctima destinada al robo diplomático, los culpables expulsados y sin derecho á reclamación alguna, pues conforme al art. 33 de la Constitución, ninguno en el caso puede tenerla, se presentaron 8 expulsados franceses pidiendo \$ 218,000 de indemnización. La diplomacia no reconocía al Gobierno mexicano el derecho de expulsar extranjeros, estaba obligado á indemnizar hasta á los filibusteros por sus proyectos fracasados contra la Nación mexicana y debía pagar hasta lo que los rateros robasen á los súbditos franceses.

*
* *

No habiendo en México en 1861, Ministro de España, los españoles se habían puesto bajo la protección de Saligny, quien excitaba á España para que declarase la guerra á México. « La fuerza, decía Saligny, es en lo de adelante el único argumento que se debe emplear por el Gobierno de la Reina. Dios quiera que no se haga esperar (1) ». Y en carta particular se dice al Capitán General de Cuba : « Vengan pronto las fuerzas españolas, que

(1) Notas de Saligny al general Serrano, 22 de Abril de 1861. Anexo primero al núm. 40 de los documentos presentados á las Cortes.

es lo que se necesita (1) ». Y dos días después escribía al mismo Capitán General : « Insisto en mi opinión de que si ustedes han de obrar activamente, lo hagan sin pérdida de tiempo » « mal conozco á la noble y caballerosa España si titubeara en levantarse como un solo caballero para vengar tan sangrientos ultrajes (2) ».

Don Matías Romero denunciando oficialmente la conducta de Saligny á Mr. Seward le notifica : « Haciendo valer Mr. Saligny el carácter de representante de Francia, que aún no tenía, ante el Juez de lo civil de México, que conocía de un negocio relativo á aquella corporación (Hermanas de la caridad) enervó los procedimientos del Juez é hizo extraer objetos depositados por la autoridad, haciendo á esta nugatoria (3) ».

Dice más oficialmente Don Matías Romero á Mr. Seward : « El Sr. Juárez sabía que Mr. Saligny daba asilo en su casa á varios de los cabecillas rebeldes, que cubría con el sello oficial de Francia, la correspondencia entre los reaccionarios militantes y los que estaban refugiados en su casa. Convirtió su casa en el foco de una conspiración permanente contra el Gobierno y preparaba sin el

(1) Carta particular de Saligny al general Serrano. Anexo 7 al núm. 42 de documentos españoles.

(2) Carta de Saligny á Serrano. Anexo 9 al núm. 42 de documentos españoles.

(3) M. Romero á Mr. Seward, nota de 2 de Octubre de 1862.

menor disimuló el advenimiento al poder de los rebeldes y la caída consiguiente del gobierno existente, al que acababa de reconocer y con el que aseguraba estar en relaciones amistosas (1) ».

Todavía Don Matías Romero dice á Mr. Seward cosas más bochornosas respecto de Saligny y que no podía escucharlas el Secretario Americano sin ver en Juárez un hombre tímido y pequeño. « El lenguaje que usaba Mr. de Saligny en sus comunicaciones al Gobierno de México y los insultos que hacía al personal de la Administración, á quien levantaba los cargos de falsedad y al país entero, no tienen ejemplo en los anales diplomáticos y apenas parecen creíbles (2). »

¿Y qué hacía Juárez? ¿Para qué servía? ¿Era el Presidente de la República? ¿Por qué deja humillar á su patria, á su gobierno, á su persona, de un modo que no tiene ejemplo en los anales de la diplomacia y que según Don Matías Romero, parece apenas creíble? ¿Por qué no dar sus pasaportes á un hombre grosero que hasta se permitía presentarse ebrio delante de la sociedad y del gobierno? (3).

(1) El mismo documento.

(2) El mismo documento. — Véase en la *Correspondencia de la Legación de Washington*, tomo II, páginas 401 y siguientes.

(3) Documento anterior citado.

CAPÍTULO IV

JUÁREZ PUDO EVITAR LA INTERVENCIÓN.

Un hombre de acción debe conocer siempre lo que quiere, por qué lo quiere y las consecuencias de obtener lo que quiere. Ha dicho un sabio que en épocas tempestuosas no es tan difícil cumplir el deber, como descubrir cuál es ese deber. Esta obra caracteriza al verdadero estadista : conocer en todo tiempo cuál es su deber.

Al considerar el problema político, el deber era para Juárez hacer el 12 de Enero de 1861, día en que tomó posesión de la capital, lo que hizo el 17 de Julio del mismo año; suspender el pago de la deuda pública interior y exterior dos años y resistir, con el valor impasible extendido en el fondo de su carácter, á los agiotistas y á los diplomáticos sus sostenedores.

Juárez debió comenzar por no mendigar ni comprar el reconocimiento de los gobiernos europeos, con millones ni concesiones de soberanía y derechos fundamentales de la nación. Juárez debió sentar dos bases indeclinables para las nuevas reclama-

ciones : primera, no admitir como legítimas más que las que tuvieran ese carácter ante el derecho de gentes; segunda, someterlas al fallo de Comisiones mixtas en las que forzosamente debieran figurar en número igual á los extranjeros, comisionados mexicanos representantes de los intereses nacionales.

Dos casos podían ocurrir : los diplomáticos aceptaban, ó se retiraban amenazando con la guerra. En el primer caso el resultado era plausible; en el segundo también.

En efecto, sólo Inglaterra ó España podían por asuntos de reclamaciones declarar la guerra á México, porque á Francia se le debían menos de doscientos mil pesos, que podían serle pagados con parte del producto de las aduanas, una vez que estuviesen libres.

Quedaban frente al Gobierno España é Inglaterra como exigentes acreedores.

..

España reclamaba el cumplimiento del tratado Mon-Almonte. Este tratado ha sido desacreditado por ignorancia y espíritu de partido; no tiene nada de oprobioso, ni de inconveniente, ni de injusto.

El tratado Mon-Almonte contiene tres puntos principales :

Primero. Restablecimiento de la Convención española de 12 de Noviembre de 1853, perfectamente legítima y cuya vigencia fué suspendida ó destruída por un acto violento, apasionado, dictatorial del Ministro de Hacienda, D. Guillermo Prieto. Puede decirse que Don Guillermo Prieto al firmar su atentado pasó al galope y en asno sobre la autoridad de la cosa juzgada. La nulificación del atentado Prieto era un deber de Juárez y de todo gobernante inteligente é ilustrado.

Segundo. Por el tratado Mon-Almonte el Gobierno mexicano se comprometía á continuar la persecución de los asesinos de los españoles en San Vicente Chiconcoac y en el mineral de San Dimas. Semejante estipulación es decorosa para todo Gobierno civilizado.

Tercero. El Gobierno mexicano se comprometía á indemnizar á las familias de los españoles asesinados, aun cuando no aparecieran responsables las autoridades mexicanas, y sin que el caso sentara precedente; la indemnización tenía el carácter de graciosa.

Ciertamente que el Gobierno mexicano conforme al derecho de gentes, no estaba obligado á tal indemnización, pero tampoco le estaba prohibido hacerla por gracia ó espíritu de equidad. Todos los españoles asesinados eran pobres, ajenos á la política, honrados, laboriosos, pacíficos. Nada tenía

de repugnante que un Gobierno auxiliara á familias infelices víctimas interesantes de un horrendo crimen. Pues bien, esta estipulación considerada en el mismo tratado, nunca como un deber del Gobierno, sino como un acto generoso, es lo que ha causado la grito salvaje en el partido liberal mexicano, al que tengo la honra de pertenecer. El odio de partido ha penetrado en el tratado Mon-Almonte y ha determinado la locura en todo un Gobierno, en todo un partido, en todo un período histórico de 64 años. Se iguala á un crimen sin expiación el tratado Mon-Almonte, al grado que la ley de amnistía de 2 de Diciembre de 1861, en la fracción III del artículo 2º. exceptúa de ella á las personas que firmaron y ratificaron el tratado Mon-Almonte.

¿Cuánto hubiera importado la indemnización á las familias de españoles pobres asesinados en San Vicente Chiconcoac y en el mineral de San Dimas, á razón de \$ 15,000 por familia? A lo más \$ 150,000.

Voy á admitir que la estipulación fué indigna por no estar obligado el Gobierno á indemnizar conforme al derecho de gentes. De manera que el tratado Mon-Almonte es una mancha porque indignamente el gobierno concedía \$ 150,000 á diez familias pobres españolas.

Veamos lo que reconoció Juárez en contra del derecho de gentes :

Primero, Reconoció Juárez en 1858 elevar al rango de deuda convencionada, exigible por las armas y por conquista los... 62,000,000 de pesos de la deuda contraída en Londres, capital y réditos (Véase Convenio Dunlop-Ocampo).

Segundo, Concedió Juárez contra el derecho de gentes, y la equidad, pasar por el reconocimiento de la elevación injustificada del rédito de la convención inglesa del 3 al 6 % anual, otorgada por el Gobierno de Zuloaga para comprar al diplomático Otway el reconocimiento de Inglaterra (Véase Convención Dunlop-Ocampo).

Tercero, Autorizó Juárez el tratado Mac-Lane-Ocampo que entregaba la República atada de pies y manos á la conquista del partido esclavista de los Estados Unidos. El tratado Mac-Lane, si se hubiera cumplido hubiera sido más antipatriótico que el tratado de Miramar, celebrado por Napoleón III y el archiduque Maximiliano en representación de México. El tratado Mac-Lane no se cumplió por la oposición que le hizo el partido republicano de los Estados Unidos y en ningún caso por falta de voluntad ó deseo del gobierno de Veracruz. Entre el tratado Mac-Lane y el Convenio de Miramar, no hay más diferencia jurídica que la de un crimen intentado con un crimen consumado.

Cuarto, Juárez reconoció la legitimidad del negocio Jecker y ofreció pagar sesenta por ciento

más de la cantidad que efectivamente desembolsó Jecker, más los réditos calculados al 12 %. Reconoció también el robo de la conducta de Guadalajara por el general Márquez y las indemnizaciones por expulsión de extranjeros y otras fechorías de Zuloaga y Miramón (Véase el tratado Zarco-Saligny).

Quinto, Juárez aceptó la responsabilidad nacional por el robo de los \$ 660,000 ejecutado por orden del rebelde Miramón en la calle de Capuchinas (Véase nota de Zarco de Febrero 22 de 1861 y tratado Wyke-Zamacona).

Sexto, Juárez reconoció el tratado Mon-Almonte íntegro, más ocho millones de pesos á España por reclamaciones futuras (Véase tratado Prim-Doblado que no se llegó á firmar).

Séptimo, Juárez reconoció todo lo que había reconocido á Inglaterra en tratado Wyke-Zamacona, más el derecho de los ingleses de ocupar nuestros puertos y manejar nuestras aduanas, caso de que no hiciera el gobierno mexicano con puntualidad los pagos (Véase tratado Wyke-Doblado de 28 de Abril de 1862, celebrado en Puebla, cuyo expediente ha sido extraído del Ministerio de Relaciones de México; pero que se encuentra íntegro en el libro azul del gobierno británico, segundo tomo, correspondiente al año 1862).

Todo esto deja muy atrás al correcto tratado

Mon-Almonte. Lo repito, sólo el odio de partido puede fallar que la piedrecilla de hormiguero es más pesada que la cadena de los Andes.

*
**

Para salvar la cuestión de dignidad, el gobierno de Juárez, pudo desconocer el tratado Mon-Almonte, por haber sido celebrado por el gobierno de Miramón, y conservando sus estipulaciones celebrar uno nuevo con el nombre de Mon-Lafragua ó cualquiera otro. Si esto hubiera hecho Juárez desde 1858, España no hubiera faltado á la neutralidad con la escuadrilla de Marín, ni hubiera sido necesario apelar á la peligrosa protección del Presidente de los Estados Unidos, el esclavista M. Buchanan, con el objeto de evitar el bombardeo de Veracruz en 1860 por la flota española.

Por otra parte, en 1861, la deuda española ascendía á poco más de seis millones de pesos, que al rédito de seis por ciento anual, hacen trescientos sesenta mil pesos. Juárez pudo manifestar á los acreedores españoles lo siguiente : « La colonia española posee ciento cincuenta millones de pesos de capital y propiedades; si me buscan los españoles ricos una guerra con España, expulso á todos, como fueron expulsados los franceses en 1838 y los hundo; pero como sólo apelo al terror en la

última extremidad, acepten ustedes por el pago de réditos de dos años, el número de conventos necesario de los que tengo libres conforme á las leyes de desamortización y hagamos las paces. Los acreedores españoles que residían en México, habrían aceptado esta proposición, por estar en los negocios mexicanos y por ser equitativa y ventajosa.

*
* *

Quedaba sólo Inglaterra como acreedora.

Uno de los pocos diplomáticos correctos, inteligentes, cultos y bien intencionados para México, ha sido sin duda Mr. Mathew, Encargado de Negocios de Inglaterra en la República mexicana en el primer semestre de 1861.

Mr. Mathew se hubiera prestado á cualquier arreglo con Juárez, pues su disposición era excelente y comprendía que á México por de pronto le era imposible cumplir los compromisos de su deuda exterior. Con tal motivo escribía á su Gobierno, precisamente en los momentos en que Juárez triunfante, en 1861, ocupaba la capital : « El peligro más inminente, sin embargo para México, y que gravitará tanto sobre cualquier gobierno futuro como sobre el presente, es el deplorable estado de su hacienda (1) »..... « Los tenedores de bonos

(1) Mr. Mathew á Lord Russell, 12 de Mayo de 1861, parte pri-

tal vez podrán salvar su capital sometiéndose á una suspensión temporal del interés ». Estas palabras no son contrarias á un programa de suspensión temporal de pago de esos réditos que importaban al año \$ 1,860,000.

Por otra parte, si el jefe del Gobierno inglés aceptó la intervención en México, con el objeto de cobrar, en Septiembre de 1861, después del pánico de Bull-Roon que deshizo el ejército federal de los Estados Unidos é inspiró en Europa la creencia del fraccionamiento inevitable de esa República, no lo hubiera aceptado en Enero de 1861, cuando la guerra civil aun no había estallado en los Estados Unidos y cuando lo que se veía era la lucha próxima de cinco millones de habitantes de los Estados confederados contra veintidós de los Estados fieles á la Unión. La mejor prueba de esta afirmación es el fondo de la nota enviada por Lord Russell á Lord Cowly, Embajador de Inglaterra en Francia : « Hay incuestionablemente una provocación excepcional y hasta cierta justificación para intervenir de algún modo en México; pero en general, teniendo presente la susceptibilidad de los Estados Unidos y aun la probabilidad de que éstos lleguen á un gran poder en lo futuro, yo, el Barón Russell diría más

bien que no! (1) » Si esto lo decía Lord Russell en 30 de Septiembre de 1861, cuando la guerra civil de los Estados Unidos estaba en plena actividad é indicando la ruina del Norte, no hubiera intervenido solo en México en Enero de 1861.

Pero hay más, cuando entró al Ministerio de Relaciones D. Manuel María de Zamacona, comprendió la necesidad de moverse, de que Juárez tomase resoluciones enérgicas como lo pedía la gravedad de la situación y entre otras cosas llegó á ajustar un arreglo con los acreedores ingleses para que recibieran por algún tiempo en vez de las rentas de las aduanas, los productos de los pagarés de los bienes del clero nacionalizados. El Ministro D. Manuel María de Zamacona decía á Sir Charles Wyke, Ministro de Inglaterra : « Los interesados en las convenciones diplomáticas con quienes el Gobierno había llegado á ajustar en estos últimos días un arreglo tomando por base los mismos valores que ahora se les consignan y que dejó de llevarse á cabo sólo por haber rehusado su sanción el Excmo. Señor Ministro de S.M.B. (2) » Esta sanción fué rehusada porque ya Saligny había logrado suggestionar á Mr. Wyke para apelar á la intervención

(1) Lord Russell á Lord Cowly. — Septiembre 30 de 1861. — *Correspondencia de la Legación de Washington*, tomo II pág. 1129.

(2) Manuel María de Zamacona á Mr. Wyke. — Nota de 29 de Julio de 1861.

como una garantía efectiva para el porvenir. Mr. Wyke era honorable, pero tonto; mas en el mes de Enero de 1861, Saligny no hubiera sugestionado á Wyke, porque éste no era entonces Ministro de Inglaterra en la República, ni Mr. Mathew su antecesor se hubiera dejado conducir por el violento é inmoral Ministro francés.

Ahora bien, si fué posible un arreglo con los acreedores ingleses en Julio de 1861, haciéndoles aceptar valores procedentes de la desamortización de los bienes del clero, ¿no hubiera sido más fácil ese arreglo seis meses antes, cuando los bienes del clero no habían pasado por la tremenda dilapidación innecesaria que los hizo vender á vil precio?

Queda demostrado que Juárez pudo desde Enero de 1861 librar á las aduanas de sus pesados compromisos, hacer la paz interior y dejar arregladas las deudas con España, Francia é Inglaterra.

*
*
*

Se me objetará inmediatamente que la intervención de las tres potencias para cobrar sus créditos á México, no fué más que un pretexto con el objeto de derrocar á un gobierno republicano reformista para poner en su lugar como monarca á un príncipe extranjero. Es cierto, en cuanto á Francia y España; no lo es para Inglaterra. El papel de In-

glaterra fué claro, leal, preciso; envió á cobrar y se le concedió lo que solicitaba; dió la vuelta y no volvió á aparecer.

Examinemos el asunto en relación con las ambiciones de Francia. Los motivos de la intervención francesa fueron dos. Uno político, llamado la obra gloriosa de Napoleón, que debía comprender la salvación de la raza latina, el dique á la ambición de los Estados Unidos, y en realidad para apoderarse, si se podía, de algún territorio, y el segundo motivo fué la obra completamente fangosa representada por los bonos Jecker y otros fraudes de igual naturaleza. Pero es muy interesante notar que la obra gloriosa estaba subordinada á la obra fangosa. La obra gloriosa reposaba en tres errores que dominaban el espíritu de Napoleón: Primero, Las rentas públicas de México se elevaban en 1861, según Napoleón, á cincuenta millones de pesos anuales y la administración interior de México podía pagarse con veinte millones al año; Segundo, Había en México un partido monarquista formidable, formado por los nueve décimos de la población mexicana; Tercero, Juárez era odiado hasta por el décimo de población restante y no podía presentar resistencia á seis mil franceses, pues todo su ejército se reducía á cuatro mil hombres muy cobardes y dispuestos á pronunciarse tan pronto como aparecieran las fuerzas francesas. Almonte,

en su proclama de Veracruz, llama al ejército de Juárez « horda desmoralizada (1). »

Estos tres errores eran fáciles de disipar, nada menos el *Anuario Financiero* que se publicaba en Francia daba al Gobierno de México una renta anual de doce millones de pesos. Pero era imposible desengañar á la Emperatriz que apoyaba fuertemente la intervención, porque el clero la tenía aislada de los agentes ó amigos de Juárez y por otra parte era imposible desengañar á Napoleón, porque de Morny había conseguido aislarlo para que no escuchase en los asuntos de México más que á D. Juan Nepomuceno Almonte y como documentos comprobatorios los informes oficiales del corrompido Saligny. La conducta de Morny tenía por origen el treinta por ciento de participación en la fraudulenta é ilegal reclamación Jecker. Si este sucio negocio no hubiera existido, hubiera sido muy fácil que nuestro Ministro, D. Juan Antonio de la Fuente, muy hábil, ilustrado, caballeroso, leal, probo é insinuante, hubiera desengañado á Napoleón III respecto de los cuentos orientales que se le hacían sobre México. Si la obra fangosa motivaba que Napoleón obrase vilmente engañado y como sin engaño no podía haber obra gloriosa, quiere decir que para evitar la obra gloriosa hu-

(1) Informe de Saligny á M. Thouvenel, sobre el ejército de Juárez. Agosto 15 de 1861.

biera bastado destruir á tiempo la obra fangosa.

Y esto era muy sencillo. ¿Cómo había Jecker comprado al corrompido Morny? Al crédito, porque estaba quebrado, acosado por multitud de acreedores y completamente desprestigiado; por mal que estuviese el Gobierno mexicano para comprar favoritos imperiales crapulosos, siempre se hallaba en situación muy superior á la de Jecker como comprador. ¿Por qué no compró Juárez á de Morny? ¿Por dignidad? Es menos indigno, ó más bien, no es indigno comprar á un duque corrompido, que reconocer en principio la deuda de Jecker colocándose el Gobierno liberal como rebelde ante Miramón gobierno legítimo. Es tan legítimo en el terreno de la diplomacia que un gobierno compre á un duque ó á una duquesa, como en el terreno militar comprar al general enemigo ó á todas ó parte de sus tropas. ¿No lo compraba por no hacerle gastar una gran suma á la nación? ¿Entonces porqué ofreció á Saligny pagar á Jecker dos millones de pesos por un crédito ilegal, inmoral y á todas luces inconveniente? ¿No lo compró por patriotismo? Hay más patriotismo en comprar á un bribón que en dejarse insultar y humillar por él, como lo hacía Saligny cuando le hablaba al Gobierno mexicano. ¿Cuánto hubiera costado comprar á de Morny? Es muy fácil decirlo.

« Más tarde, (Saligny) propuso á Juárez reducir

la deuda á cincuenta millones de francos amortizables con el quince por ciento del rendimiento de las aduanas (1). » Conforme á esta proposición, Saligny quedaba satisfecho con diez millones de pesos pagaderos en doce años y sin ganar interés. Según la carta de Jecker al jefe del gabinete de Napoleón que ya cité, Morny debía recibir el 30 % de las utilidades. Jecker computaba en dos millones capital desembolsado más intereses, luego las utilidades debían ser de ocho millones de pesos, de los cuales correspondían á de Morny dos millones cuatrocientos mil pesos pagaderos en doce años, según las últimas proposiciones que Saligny hizo á Juárez.

Pero había que tomar en consideración lo siguiente. El negocio Jecker, y esto lo sabía de Morny, pendía de un cabello sobre un abismo. Si Napoleón llegaba á conocerlo en realidad, Jecker estaba perdido. Napoleón nunca fue cómplice en ese sucio negocio, ni su protector. « Je savais d'ailleurs que notre Gouvernement attachait le plus grand prix á ce que la réclamation Jecker ne fût pas comprise avec celles de nos nationaux, á ce qu'elle fût traitée comme une affaire mexicaine (2). » Napoleón no quiso nunca reconocer el negocio Jecker desde que lo conoció, como reclamación francesa, sino que fuese tratado

(1) Niox, *Expédition du Mexique*. Apéndice, pág. 721.

(2) M. de Maintenant, inspecteur de finances au ministère de Finances. 22 Septiembre de 1865.

como negocio mexicano, lo que equivale á decir que no lo amparaba y que dejaba libre á todo gobierno mexicano de resolverlo como le conviniese, como en efecto tuvo lugar.

Cumpliendo con las disposiciones de Napoleón de no considerar el negocio Jecker como reclamación francesa, sino como simple negocio mexicano; Maximiliano se resistió á despacharlo y nunca lo hubiera acordado si algunos de los que lo rodeaban, corrompidos por Jecker, no hubiesen aprovechado de la debilidad de carácter del Archiduque. Y aun así, á Jecker, por el convenio que celebró el 10 de Abril 1865, con el Subsecretario de Hacienda de Maximiliano, sólo le fueron reconocidos en vez de los 75 millones de francos que reclamaba, 27,703,770 francos. Esta suma debía recibirla Jecker en cuatro plazos; mas calculando que el Imperio mexicano no duraría hasta 1870, hizo un nuevo arreglo con el Ministro César para ser pagado inmediatamente, reduciendo los plazos y rebajando el crédito á 22,660,000 francos pagaderos :

7,660,000	francos	el 15 de Octubre de 1865.
5,000,000	"	el 15 de Diciembre de 1865.
10,000,000	"	el 15 de Febrero de 1866 (1).

César entregó á Jecker dos letras de cambio contra la Comisión de Finanzas de México en París, por

(1) Romero, *Memoria de Hacienda*, 1869 á 70, pág. 645.

un valor total de 12,660,000 francos. El financiero Langlais, enviado por Napoleón á México, funcionario de una honradez á toda prueba, comprendió y supo que César había sido un miserable que se había vendido á Jecker y pidió á Maximiliano que castigase á César. Maximiliano vaciló en despedir á César y algunos como Mr. de Maintenant creen que este incidente ocasionó la muerte del honrado Langlais (1).

Napoleón III al conocer el hecho se indignó y ordenó á Fould que oficialmente dirigiese una fuerte censura al gobierno de Maximiliano. Fould creyó conveniente dirigirse á Bazaine, de quien se decía había sido corrompido por Jecker, y le dirigió aquél una carta diciéndole que en París se creía que por sus influencias Jecker había obtenido las letras que había cobrado (2). El mariscal Randon, Ministro de la Guerra, escribió al mariscal Bazaine con más franqueza, diciéndole que se le acusaba de haber sido corrompido por Jecker y entonces Bazaine indignado buscó datos y pruebas y contestó al mariscal Randon apoyándose en ellas : « Sin querer entrar en la vía seguida por la calumnia, creo poder asegurar á V. E que el pago del primer término de la convención celebrada con Jecker ha sido objeto de *pots de vin* y concusiones, en las que han tomado

(1) Gaulot, *Fin d'empire*, pág. 34.

(2) Gaulot, *obra citada*, pág. 35.

parte la casa del Emperador Maximiliano y su Ministro de Hacienda Sr. César. La cifra total de las obligaciones de este género impuesta á la casa Jecker no bajan de ochocientos mil pesos, de los cuales el Sr. César recibió trescientos mil, con los cuales partió para Europa después de llevar gran vida en Jalapa (1) ». Jecker no recibió más que la suma de 12,660,000 francos. Napoleón dió orden de que no se le pagase un centavo más en París y Maximiliano rehusó pagarle el saldo de diez millones de francos.

Jecker salió mal, no obstante la audacia y el apoyo inmoral que encontró en los favoritos de Napoleón y en Saligny. Para su bolsillo recibió solamente como utilidades, según la siguiente liquidación :

Entregó á Miramón en 1859 por valor de	\$	1.000.000
Réditos al 6 % hasta Diciembre de 1865.	«	360.000
Para compra del Ministro César, según Bazaine.	«	300.000
Para compra de algunos funcionarios de la casa de Maximiliano.	«	500.000
Para la testamentaria de de Morny.	«	420.000
Total	«	2.580.000
Recibió por único pago de los 15 millones que reclamaba	«	2.532.000
Perdió en el negocio	\$	48.000

Juárez ofreció darle, como lo hemos visto, una suma superior. En el caso improbable de que no

(1) Gaulot, *Fin d'empire*, pág. 37.

haya tenido que dar dinero Jecker por las gestiones infructuosas anteriores, perdió el dinero, su reputación y al fin su vida, pues fué fusilado en París en 1871 por los comuneros y como castigo de su inmoral conducta. De Morny murió el 10 de Marzo de 1865, sin haber recibido el primer centavo del negocio infame que patrocinó.

*
* *

Morny no podía conocer en 1861, estos tristes resultados, pero sí sabía que Napoleón había de condenar el negocio Jecker desde el momento que lo conociese verdaderamente, lo que debía suceder por el gran escándalo inevitable que causaría en el mundo entero. Era imposible que la causa de una guerra internacional dejase de ser conocida y que puesto á luz el sucio negocio que la motivara, la ola de la opinión humana no llegase terrible y atronadora hasta la conciencia de Napoleón.

De Morny era un crapuloso, pero tenía gran talento, era gran político y no se le podían ocultar los peligros formidables de su intriga. Debía prever, como sucedió, que Juárez entregaría á la prensa de todo el mundo y á la oposición francesa en particular, el secreto deshonroso de la intervención. Debía figurarse que Julio Favre, escuchado

atentamente en Francia y en todas las naciones cultas, tendría que decir, como lo dijo : « Ahora, este préstamo Jecker es una abominable exacción, y Francia, estoy convencido de ello, ha estado sobre este punto como sobre los otros, en un error inconcebible, infinitamente lamentable, pero que importa disipar á todo trance (1). »

« Se declaró, continúa Favre, á Jecker en quiebra, los bonos del tesoro que estaban en sus manos, que no eran más, vosotros lo comprendéis, que títulos sin valor, han sido vendidos á vil precio. Una sociedad de honrados especuladores los ha vuelto á comprar y ahora quiere servirse de ellos, quiere recibir 75 millones! He aquí, Señores, los créditos que Francia toma bajo su patrocinio »... « ¿ Y sabéis lo que ha pasado en el exterior? muchos de entre vosotros no ignoráis sin duda, y si yo lo digo es para protestar con la autoridad que me da la alta posición del primer Cuerpo de Francia, contra una abominable calumnia, que ha corrido por toda la Europa. Vosotros habéis podido recibir, como yo, un extracto del periódico el *Times* de Londres, que dice que esos 75 millones han sido vueltos á comprar por una sociedad á la cabeza de la cual se encuentran personajes perfectamente conocidos en el Estado. Se desdeñan semejantes ata-

(1) Julio Favre, Discurso de 26 de Junio de 1862.

ques y no se tiene razón en ello. Se creen suficientemente protegidos por ese sistema de vigilancia exagerada que es la esencia misma de nuestro Gobierno, y porque se detiene á la calumnia en la frontera, se la cree completamente sofocada ».

Julio Favre no podía decir toda la verdad, sin ser callado, acusado, procesado y condenado; pero la denunciaba con la claridad posible bajo los despotismos. La prensa de los Estados Unidos se manifestaba tremenda, no obstante la política halagadora de Mr. Seward para Napoleón. « Y en el fondo, decía la *Tribune*, de Nueva York, como ya lo saben nuestros lectores, la especulación de Gabriac, Saligny, Morny y demás representantes de la estafa Jecker (1) »... « Estos bonos distribuidos entre personas influyentes de Francia, son el gran elemento para el ataque que se está dirigiendo contra la nacionalidad de México (2). » « Juárez ha cobrado nueva esperanza de expeler á los estafadores intrusos, cuyas intrigas y corrupción se han opuesto por tanto tiempo á toda recta administración y á toda honrosa diplomacia (3) ». Se atacaba injustamente hasta la reputación de la Emperatriz : « La Emperatriz Eugenia figura en esta escena, según uno de los

(1) *Tribune* de Nueva York, Junio 6 de 1862.

(2) *Times* de Nueva York, Noviembre 25 de 1862.

(3) *Independent*, 27 de 1862.

Jecker, teniendo un enlace pecuniario de consideración en los bonos (1) ».

Morny tenía que prever esta lluvia de lodo sobre el Imperio francés que aparecía poderoso y comprometía á su ejército para proteger el robo de unos cuantos millones á una nación débil. Las armas que habían vencido en Solferino y asaltado á Malakoff, las hacía servir de Morny para despojar gobiernos á favor de agiotistas y especuladores vandálicos. Morny tenía que prever la ruina de su influencia, de su posición y aun su castigo, una vez que Napoleón tuviera que elegir ante el mundo, entre la deshonra de su trono, de su persona, de su familia y de su ejército y la gratitud por las complicidades sanguinolentas y tenebrosas del golpe de estado del 2 de Diciembre con de Morny.

El negocio Jecker era tan mal aceptado, que hasta sus sobrinos reconocían las enormes dificultades que su éxito presentaba. En la correspondencia confidencial que les fué interceptada por el gobierno mexicano, dice el sobrino Luis Elsesser á su tío : « Me llamó la atención al llegar á México oír á todo el mundo hablar del negocio de los bonos, y en el vapor, en Veracruz, en el campamento, para nadie es desconocido, y los esfuerzos empleados para desacreditarlo, con los oficiales de la expe-

(1) *Su* 1, 26 de Noviembre de 1862.

dición han obtenido un éxito completo. Todos los residentes franceses de Veracruz son liberales, están en relaciones constantes con el soldado, y de cuantos males acontecen echan la culpa siempre, siempre, al negocio de los bonos, porque lo consideran como la causa de la continuación de la guerra. Los reaccionarios temen su reconocimiento pleno y entero, porque el tesoro resultaría gravado; los liberales lo execran y los franceses creen las calumnias con que hay empeño en desprestigiarlo; de suerte que puedo decir que no he encontrado en México, más que á Mr. de Saligny que lo sostuviese »... « Es pues, casi evidente que Forey adoptará la opinión de los oficiales que lo rodearán y que verá el negocio con malos ojos, á lo que se agrega que todos los jefes lo repugnan también : Jurien, Roze, Rousset, La Croix, Donzan &ª, &ª... Saligny no podrá luchar y viendo su política condenada se verá obligado á volverse (1). »

¿ Qué hubiera preferido Morny, exponerse á todos los peligros de un seguro y universal escándalo por la remota probabilidad de obtener 2,400.000 pesos, ó sin peligro de ninguna clase y con toda seguridad, sin escándalo, en secreto, recibir de Juárez un millón de pesos en bienes del clero en la ciudad de México y 500.000 pesos á razón de doscientos mil

(1) L. Elsesser á su tío J. Jecker, *Correspondencia de la Legación de Washington*, tomo II, pág. 623.

francos mensuales pagaderos en París? Es indiscutible que de Morny hubiera aceptado la oferta de Juárez para ser el agente del partido liberal mexicano cerca de Napoleón III y combatir la influencia de Almonte y demás refugiados cerca de la Emperatriz y aun del mismo Napoleón.

La evidencia de que de Morny habría aceptado por millón y medio de pesos, echar abajo los engaños que Almonte y socios hacían á Napoleón III, se encuentra en el hecho de que de Morny rogó á los Pereire que le comprasen su parte de bonos Jecker al 40 por ciento de su valor nominal (1).

Una vez que de Morny se hubiera convertido en agente secreto de Juárez, nuestro excelente Ministro en París Don Juan Antonio de la Fuente, en menos de una semana habría deshecho los embustes y las intrigas de los intervencionistas mexicanos residentes en París y la verdad habría quedado para siempre en su lugar. Juárez pudo, pues, con facilidad evitar la intervención de Francia, ó por lo menos desnaturalizarla completamente, hasta hacerla inofensiva.

*
*
*

Se me puede objetar : ¿ sabía acaso Juárez que de Morny y Saligny estaban vendidos á Jecker y que

(1) Correspondencia confidencial de Luis Elsesser á su tío interceptada por el Gobierno mexicano.

las amenazas, insultos, agresiones y exigencias de Saligny, eran la consecuencia de su interés personal en el negocio Jecker? Sí lo sabía y voy á probarlo.

Saligny en su nota al Ministro de Relaciones Don Francisco Zarco, de 2 de Mayo de 1861, — hay que fijarse bien en la fecha, porque Napoleón decidió intervenir en México hasta el 3o de septiembre de 1861, — dice: « Esperaba que ilustrado por Ud. sobre las necesidades y peligros de la situación, así como sobre las incontestables obligaciones que le incumben, el Gobierno de S. E. el Presidente, se habría apresurado á terminar este negocio (el de Jecker)..... « *el único que puede suscitar graves dificultades* entre los dos países é impedir á la Francia dar un libre curso á sus amistosas intenciones respecto de México ». Saligny dice claro que se volverá todo efusión, todo ternura, todo galantería, si Juárez le despacha el único negocio que puede suscitar graves dificultades entre los dos países.

El Ministro de Relaciones de Juárez, Don Manuel María de Zamacona, en sus « *instrucciones reservadas* » á Don Juan Antonio de la Fuente, nuestro Ministro en París, le dice : « Mientras esto tiene lugar en la discusión por la prensa, el Señor de Saligny la entablaba confidencialmente con el Ministro de Relaciones, ofreciéndole, si bien á trueque de importantes condescendencias (negocio Jecker), pro-

porcionar á la República no sólo una tregua para el pago, sino un alivio en cuanto á la importancia de los créditos franceses (1). »

Hasta aquí, aparece que Juárez sólo sabía que para conquistarse toda la buena y valiosa voluntad de Mr. de Saligny, no necesitaba más que ceder en el negocio Jecker. Vamos más adelante : en las mismas « *instrucciones reservadas* », agrega el Ministro Don Manuel María de Zamacona : « Puede conducir mucho á neutralizar los malos oficios del Señor Saligny, presentarlos como la continuación del sistema de Mr. Gabriac y como parte en una intriga, con el objeto de que una complicación diplomática lleve las cosas al reconocimiento del escandaloso negocio Jecker. *En esto hay una gestión interesada en favor de un individuo que ni siquiera es francés* ».

Todavía más adelante habla más claro el Señor de Zamacona en sus « *instrucciones reservadas* ». « Muy fácil fué esto con respecto al del gobierno francés, que habiendo heredado (Saligny) las relaciones de Mr. Gabriac, teniendo en su propia casa á varios personajes de la reacción *y estando individualmente interesado*, según se asegura, en el buen suceso de alguno de los negocios celebrados con los usurpadores del poder público. » Que ya Juárez antes

(1) Manuel María de Zamacona á de la Fuente « *instrucciones reservadas* », Julio 29 de 1861.

del 29 de Julio de 1861, sabía que Saligny estaba individualmente interesado en algunos de los negocios que reclamaba, y si el negocio por el único que urgía desmesuradamente era el de Jecker, claro estaba que en él se hallaba individualmente interesado Saligny. Y lo indicado era que Juárez por medio de un agente hábil, se hubiera entendido con M. de Saligny, para concluir el negocio Jecker comprando á Saligny ó á su superior, vendido á Jecker.

∴

Hemos visto á Juárez enérgico, justiciero, levantado, cuando teniendo á Don Melchor Ocampo como Ministro de Relaciones, expulsaba á tres diplomáticos, que olvidando sus deberes se ingirieron descarada y arrogantemente en nuestra política interior. Hemos visto á Juárez teniendo á Don Francisco Zarco como Ministro de Relaciones, humillarse ante el enfático é insolente Embajador Pacheco, entregar á Napoleón la soberanía nacional en el asunto de las Hermanas de la caridad, reconocer la intervención del Emperador francés antes que los conservadores, ceder á las más injustas é indignas reclamaciones de los diplomáticos, comprar sus reconocimientos hasta con los andrajos de la nación, dejar insultar al país, á su gobierno y á su propia persona, por Saligny ebrio ó en su estado normal.

Hemos visto á Juárez, teniendo como ministro á Don León Guzmán, erguirse como un eucaliptus, desgarrar el oprobioso tratado Zarco-Saligny y vegetar en una arrulladora inacción después de un paso enérgico fracasado por la oposición del Congreso, como lo era la suspensión de pagos á las deudas exterior é interior.

Hemos visto á Juárez entrar activamente con su ministro de Relaciones Don Manuel María de Zamcona, en el terreno práctico aunque escabroso de las resoluciones urgentes, indispensables, racionales, casi desesperadas, resistiendo con brío al ímpetu desordenado y ciego de los diplomáticos predispuestos á la hostilidad, á la agresión, á la iniquidad, subyugados por el protervo Saligny. Vemos después á Juárez, fino, sutil, diplomático, estadista sosteniendo en la persona de Don Manuel Doblado las controversias que terminaron con el Convenio de la Soledad. Aparece después Juárez profundamente literario, preciso, elocuente, arrogante, lógico, diplomático consumado, resuelto hasta imponer la verdad á fuerza de entereza, cuando Don Juan Antonio de la Fuente como Ministro de Relaciones, encarándose con el Cuerpo diplomático encabezado por el infiel Mr. Corwin y dominar con la razón, con el gesto, con la palabra y sobre todo con la decisión de un magistrado incorruptible, personificación augusta de la ley; sobre el campo de fanfarronadas,

desatinos é iniquidades presentadas en nombre de la audacia y de la fuerza por diplomáticos adheridos por sus flaquezas á la triste y vergonzosa causa de Jecker. Cuando ese mismo altivo y noble ministro de la Fuente expulsó á Jecker del territorio nacional así como á otros franceses prominentes, por su riqueza y desprecio á nuestras leyes; el gobierno mexicano aparece inmenso en su base de justicia y patriotismo. Por último veremos después á Juárez pasar otra vez en hombros de Doblado, sin hacer nada, para terminar de una manera admirable la defensa de la causa liberal en el terreno diplomático, bajo la influencia de dos grandes hombres; Don Sebastián Lerdo de Tejada y Don Matías Romero.

¿Quién era Juárez? ¿La pluma muerta con que juega el viento ó un gran carácter como lo afirman hasta sus enemigos? Juárez no era más que uno; ni lo conmueve el Embajador Pacheco, ni lo intimida Wyke, ni lo aterra Saligny, ni lo entusiasma Prim, ni lo seduce Jecker, ni lo preocupa Mr. Seward, ni se apercibe que existen Lord Russell, Lord Cowley, Calderón Collantes y toda la gran falange de estadistas que manejaban con manos sucias ó limpias el destino de los mexicanos.

Juárez sólo concibe el poder, la vida, la política, como se lo hace sentir su raza, con su invariable cerebro de plomo y como se lo ha enseñado el

único libro que ha leído bien, *la Política*, de Benjamín Constant, apologética del régimen parlamentario. Juárez como Gobernador de Oaxaca fué siempre religioso, casi místico, creyente en los milagros de Nuestra Señora de la Soledad y después en su Presidencia parlamentaria emanada de un sufragio popular correcto y puro, pero imaginario fué un misterioso católico liberal. En el régimen monárquico parlamentario, *el rey reina, pero no gobierna*. Es un parásito necesario, que sólo tiene por función tocar la campanilla electoral para que el pueblo decida los conflictos entre la Cámara de representantes y el Ministerio. En el régimen presidencial parlamentario teórica y prácticamente absurdo, el Presidente preside, pero no gobierna. Juárez dejaba obrar á la Cámara jacobina omnipotente, dejaba que le impusiera Ministros y que éstos hicieran lo que les convenía. No era Juárez el que gastaba á los hombres, sino el sistema jacobino mexicano el que los demolía. Juárez escapaba á esa trituración por vapor y electricidad, donde se pulverizaban las inteligencias y las reputaciones de nuestras más conspicuas eminencias; por medio del abandono completo de su autoridad, creyendo que así abandonaba también su responsabilidad. Por lo mismo Juárez dejaba á sus Ministros que se alargasen, que se acortasen, que se doblasen, que se humillasen, que se

enderezasen, que se arrastrasen, que asombrasen, que durmiesen ó trabajasen; nada le importaba; no era su papel gobernar sino presidir el gobierno, bueno ó malo, digno ó indigno, y si no había gobierno entonces presidía la anarquía, y si tampoco había anarquía ni gobierno efectivo, como cuando estaba en Chihuahua, entonces presidía á su gabinete, y si no tenía gabinete entonces presidía la soledad y el silencio. No tenía más que una pasión, no dejar de presidir.

Juárez, como discípulo de Constant idolatraba la forma de gobierno parlamentario, pero como Constant no le enseñó la verdadera base del parlamentarismo, porque nunca la entendió, Juárez presidía una forma de gobierno que ignoraba. No puede haber parlamentarismo sin el derecho de disolución del soberano sobre la cámara popular y sin poseer en el territorio al pueblo inglés. Como en México no había ni lo uno ni lo otro, en vez del parlamentarismo existía el *descabellismo*. Juárez tenía la debilidad de creer que la opinión pública era la opinión de su partido, ó más bien dicho, la del grupo exaltado de su partido que lo rodeaba, lo adulaba y especulaba con su poder. Juárez confundió hasta 1863, el parlamentarismo con la demagogia, á la que sabía resistir cuando ésta pretendía tocar á su posición.

Juárez era un precioso modelo para rey de In-

glaterra, no servía como dictador, ni como Presidente de los Estados Unidos, dotado de poder efectivo y considerado por el pueblo americano y la constitución como una potencia tan independiente é indiscutible como el Congreso de la Unión. Juárez poseía la inquebrantabilidad de los reyes ingleses : no gobernar, sucediera lo que sucediera. Toda la prensa independiente de 1861 lo acusaba de inacción, acusación justa porque era precisamente la aptitud estadística de Juárez; la inacción.



SEGUNDA PARTE

LA DEFENSA NACIONAL

PRIMER PERÍODO

CAPÍTULO I

JUÁREZ ORGANIZADOR

La campaña contra la Intervención y el Imperio presenta tres periodos distintos.

Primer período : Desde el momento de la invasión hasta la toma de la capital.

Segundo período : Desde la toma de la capital hasta la retirada de los franceses.

Tercer período : Desde la retirada de los franceses hasta la capitulación de la ciudad de México.

En el primer período la campaña se hizo bajo la organización y dirección del gobierno de Juárez.

En el segundo período no hubo organización general y la campaña se hizo en las diferentes

zonas del país, bajo la dirección de los jefes militares de las referidas zonas.

En el tercer período los jefes de las zonas decidieron organizarse en dos grandes mandos : el del general Díaz y el del general Escobedo : cuyas operaciones dieron fin á la guerra.

El primer período es pues, de la responsabilidad de Juárez en cuanto á organización y dirección.

Comparemos este período con el igual de la guerra de México con los Estados Unidos; es decir, desde el momento de la invasión hasta la toma de la capital.

Tenemos :

Número de invasores en la guerra con los Estados Unidos.....	32,000 hombres.
Número de invasores, contando con las fuerzas traidoras hasta la rendición de Puebla en 1863.....	37,000. "
Presentadas al enemigo, fuerzas regulares mexicanas, desde el 28 de Marzo de 1846, hasta el 14 de Septiembre de 1847, día en que fué ocupada la Capital por el General Scott, es decir, en el plazo de 17 meses y medio.....	50,000. "
Presentadas al enemigo, desde el 14 de Diciembre de 1861, fecha en que fué ocupado Veracruz por las fuerzas españolas, hasta el 5 de Junio de 1863, en que el general Forey ocupó la Capital, es decir en el plazo de 17 meses 21 días.....	30,000 "

Hechos de armas.	En la guerra con los Estados Unidos.	En la guerra con Francia.
Batallas ofensivas de los mexicanos.	Angostura.	Ninguna.
Batallas defensivas.	Resaca, Cerro Gordo, Sacramento, Padier-na, Molino del Rey y Chapultepec.	San Lorenzo.
Ataque de plazas á viva fuerza.	Monterrey.	Puebla. 5 de Mayo.
Defensas de plazas sitiadas.	Monterrey y Veracruz.	Puebla.
Combates.	Palo Alto, Churubusco, S. Antonio, Garitas de Belem y San Cosme.	Acultzingo, Atlixco, Barranca Seca, Rorrego, y San Pablo del Monte.
Resistencia armada y vigorosa de la población sin ejército.	Ciudad de México.	Ninguna.

Para exponer las bajas causadas al enemigo en una y otra guerra tengo que apelar á los datos norte-americanos y franceses, depurados y publicados no en partes oficiales sino en obras históricas. Los datos mexicanos sobre pérdidas del enemigo en los casos en que éste resulta vencedor son inadmisibles. Es imposible que el vencido que abandona el campo sepa mejor las pérdidas de su adversario que el que lo levanta. Los datos de bajas

por el fuego los he tomado para los americanos de la obra del Señor Rabas, quien á su vez los toma de obras norte-americanas, y para los franceses los tomo de las obras del coronel Niox y del general Thoumas, sobre la expedición francesa en México.

BAJAS CAUSADAS AL EJÉRCITO NORTE-AMERICANO
POR EL FUEGO.

Palo Alto y Resaca.....	166
Monterrey.....	488
Angostura.....	746
Chihuahua y norte de México.....	88
Veracruz.....	103
Cerro Gordo.....	431
Valle de México y refuerzos de Cadwalader.	2,877
Total.....	4,899

BAJAS DE LOS FRANCESES POR EL FUEGO EN EL PRIMER
PERÍODO HASTA LA TOMA DE LA CAPITAL.

Acultzingo.....	34
5 de Mayo.....	476
Barranca Seca.....	28
Atlixco.....	2
Borrego.....	34
San Pablo.....	16
San Lorenzo.....	101
Sitio de Puebla.....	1,303
Total.....	2,034

Resultan menos de la mitad de bajas en el primer período de la guerra con Francia que las causadas

al ejército norte-americano entre el momento de la invasión y la toma de la capital.

Del examen de estas cifras se desprende : Fué mucho más vigorosa la resistencia hecha á los norte-americanos que la que tuvo lugar contra los franceses bajo la organización y dirección del gobierno de Juárez.

*
* *

¿Qué elementos tenía Juárez para organizar la defensa nacional desde el 1º de Octubre de 1861, en que tuvo conocimiento de la expedición española que se organizaba en la Habana? Esta noticia fué semioficial; pero tuvo otra que le fué remitida de Nueva York por Don Matías Romero el 12 de Octubre de 1861 y que debe haber recibido Juárez á fines del mismo mes. « Esta noticia debe considerarse como oficial, pues fué dada al Señor Romero por Mr. Seward, á quien se la comunicó Mr. Schwartz, Ministro de los Estados Unidos en Madrid, el que á su vez la recibió oficialmente del gobierno español (1).

El número de armas que poseía en Octubre de 1861, el gobierno federal y los de los Estados, puede calcularse aproximativamente como sigue :

(1) M. Romero, *Correspondencia de la Legación de Washington*, Nota de 12 de Octubre de 1861.

	Armas de fuego
Perdidas por los mexicanos en Acultzingo, el Borrego y	
Barranca Seca (1).....	1,460
Volaron en la explosión de Chalchicomula (2).....	1,300
Tenía la guarnición que resistió el sitio de Puebla (3)..	23,104
El ejército del Centro (4).....	8,160
General Díaz, en el nuevo ejército de Oriente (5).....	6,000
División Uraga en 1864 (6).....	8,000
Rojas y Ogazón en 1864.....	3,000
General de división Arteaga en 1864.....	1,800
División Negrete en 1864.....	2,200
División Doblado en 1864.....	4,000
División Ortega y Patoni en 1864.....	1,100
Carvajal, Garza, Pavón y Méndez, en Tamaulipas, en 1864.	2,400
Brigada Hinojosa, en Nuevo León y Coahuila, en 1864.	2,000
Quiroga y Vidaurri en 1864.....	800
Ugalde y Martínez, en la Huasteca, en 1864.....	2,000
Alejandro García, en Tabasco, Veracruz y Campeche...	1,400
Trias, en Chihuahua.....	2,000
Pesqueira, en Sonora.....	1,900
García Morales, en Sinaloa.....	1,600
Álvarez, en Guerrero.....	4,000
Calculado á las pequeñas partidas.....	3,000
Total.....	73,174

Había pues en la República al momento de desembarcar los españoles en Veracruz :

Habitantes.....	9,000,000
Fusiles en poder del Gobierno federal y de los	
Gobiernos de los Estados.....	73,000
Piezas de artillería.....	600

(1) Partes oficiales franceses.

(2) Santibáñez, *Reseña del Ejército de Oriente. Datos oficiales.*

(3) Id. ib. Estado número 9.

(4) Lo mismo.

(5) General Escudero, *Historia militar del General Díaz.*

(6) Datos oficiales tomados de las « Revistas » de Don José María Iglesias de la Historia del Ejército del Norte por Arias y de la del Ejército por Vigil é Hajar y Haro.

*
* *

El 14 de Octubre de 1846 el general Santa Anna, llegó á San Luis Potosí y tomando como núcleo de un nuevo ejército los 3,000 hombres sobrantes de la capitulación de Monterrey, y los restos de la División de Paredes sacada de México, improvisó un ejército de 21,537 hombres en tres meses, ejército cuya mayor parte hizo la admirable marcha á la Angostura y dió una elegante, atrevida y valiente batalla de ofensiva contra una posición formidable ocupada por el enemigo. Santa Anna, pues, en tres meses, sin tener rentas aduanales sino angustias espantosas, aumentó los restos desmoralizados que le había dejado Paredes con 16,000 hombres de combate en batalla campal.

El general Santa Anna, fué completamente deshecho por el general Scott, en la batalla de Cerro Gordo el 18 de Abril de 1847; sólo la caballería se salvó del completo desastre y sin tener rentas de aduanas ni préstamos del clero, ni cuarta federal; en menos de cuatro meses le presentó á Scott en el Valle de México 20,000 hombres armados, equipados y capaces de bien pelear.

Sólo Santa Anna, sin recursos, en la miseria, levantó en siete meses y medio, como lo prueban

los hechos que acabo de citar, y presentó al enemigo para bien combatir *42 mil hombres*.

El 19 de Diciembre de 1855, se pronunciaron en Zacapoaxtla, los jefes Güitlan y Olloqui. El Presidente Comonfort envió al general La Llave con una brigada y ésta se le pronunció; envió entonces al general Don Severo del Castillo, y lo traicionó. Los rebeldes ya fuertes atacaron á Puebla é hicieron capitular á Traconis. No le quedaban á Comonfort el 26 de Enero de 1856, más que 3,000 hombres escasos. En 38 días improvisó un ejército de 16.000 hombres y se arrojó con 12,000 sobre los rebeldes, ganándoles la batalla de Ocotlán el 8 de Marzo de 1856.

El general Miramón fué completamente derrotado en la batalla de Silao el 10 de Agosto de 1860. Llegó á México el 15, donde había una guarnición que no llegaba á 3,000 hombres; no contaba con una sola aduana marítima, el clero estaba completamente agotado; la República casi por entero, con excepción de Guadalajara, Puebla y México, en poder de los liberales; y sin embargo en cuatro meses levantó 15,000 hombres, de los cuales 6,000 le dió al general Márquez, para que fuera á auxiliar á Guadalajara, y con el resto dió la batalla de Calpulálpam.

En 1867, los jefes liberales Díaz, Escobedo, Corona, Régules y Riva Palacio, sin poseer rentas de

aduanas, presentaron frente á Querétaro, en conjunto 40,000 hombres, cuando un año antes no tenían ni 10,000.

Veamos la situación de Juárez como organizador : Juárez en Octubre de 1861, tenía libres las rentas de todas las aduanas marítimas y hasta el 14 de Diciembre del mismo año perdió las de la aduana de Veracruz, conservando las rentas de las demás : recibía de los Estados, aunque incompleta, la cuarta federal que le había organizado el honrado Ministro de Hacienda González Echeverría ; contaba con las rentas del Distrito federal y aun conservaba bienes del clero estimados en una suma considerable. Toda la República obedecía al régimen constitucional. Los rebeldes reaccionarios sólo representaban partidas desnudas y hambrientas después del triunfo de González Ortega en Jalatlaco. La situación de Juárez para organizar tropas como gobierno era superior á la de Santa Anna en 1846-47, á la de Comonfort en 1856, á la de Miramón en 1860, á la de los caudillos liberales en 1867.

Veamos la obra de Juárez como organizador.

El 23 de Noviembre de 1861, existían esperando al ejército invasor; en Jalapa, Soledad y Camarón (1).

11,149 soldados liberales

(1) Dato oficial. Santibáñez, *Reseña del Ejército de Oriente*, tomo I. Estado núm. I.

Cinco meses y medio después había en Puebla, el 4 de Mayo de 1862, esperando el ataque del general Lorencez (1).

9,037 soldados liberales

Juárez no sólo no presentó en cinco meses y medio un soldado más al invasor, sino que presentó dos mil menos. Hay más todavía; el general Zaragoza tuvo que despachar sobre las fuerzas reaccionarias una parte de su ejército, y sólo pudo conservar en Puebla cerca de seis mil hombres. Juárez no organizó las fuerzas que contuvieron á los franceses. Juárez supo con certeza el 1° de Octubre de 1861 que iba á ser invadido el país y no obstante disponer de recursos escasos, pero siempre superiores á los que tuvieron Santa Anna, Comonfort, Miramón y los jefes liberales en 1867, contando con un ejército existente ya, no pudo presentar al general Lorencez en siete meses de preparación más que seis mil hombres escasos!

Esta inacción se explica por ser la propiedad característica de Juárez, reforzada por la muy notable de su Ministro de la Guerra el general Don Pedro Hinojosa, quien desempeñó la cartera desde Diciembre de 1861 hasta Mayo de 1862. Juárez que todo confiaba á lo que se llama casualidad y á su firmeza para esperar que esta diosa de los ciegos hiciera milagros, ni siquiera notó que el general

(1) *Obra citada*. Estado número 2.

Hinojosa era también un inactivo olímpico. Encargada la organización de la defensa nacional á dos graves y serenos espíritus contemplativos; bien pudo Napoleón III haber tomado la Capital de la República con 2,000 zuavos; para ello bastaba que el período de organización en descenso se hubiera prolongado.

Juárez en diez y nueve meses sólo pudo presentar á los franceses 30,000 hombres. Si Juárez hubiera sido organizador como Santa Anna, como Comonfort, como Miramón, como Don Santos Degollado, como Doblado, como Ogazón, como Vidaurri, hubiera cambiado notablemente el aspecto de los acontecimientos. ¿Por qué no llamó al Ministerio de la Guerra á Comonfort ó á Doblado, si los tenía á la mano? ¿Por qué conociendo que el general Don Pedro Hinojosa no era ni podía ser el Ministro de la Guerra de la situación, lo mantuvo en un puesto tan importante durante el período crítico y terrible de preparación para llegar al primer combate con el enemigo?

Juárez debió haber hecho en 1861 lo que la necesidad le obligó á hacer en 1863 en San Luis Potosí; declarar en estado de sitio la República, dividirla en cinco ó seis zonas militares, bajo los mandos de jefes activos, enérgicos y organizadores, respetando sobre todo á los caciques del país y aun llamándolos al ministerio para que armónica y ac-

tivamente preparasen la defensa nacional con todos los elementos que ofrecía la nación. Desgraciadamente Juárez, tenía horror por los problemas; á todos les presentaba una solución uniforme, como lo dijo en el Congreso de 1861 el Diputado Ignacio Manuel Altamirano, y esa solución consistía en tomar la firme, silenciosa, invariable, indestructible, fría, eterna y monumental actitud del dios Término de los antiguos. Pero los antiguos nunca confiaron al dios Término la guerra, ni la patria, ni el gobierno, ni la paz, ni la diplomacia; le encomendaron la sencilla tarea de signo geométrico.

Juárez pudo organizar y presentar al general Lorencez en Puebla el 5 de Mayo de 1862, 40,000 hombres con 300 piezas de artillería. Juárez era valiente más que Santa Anna; probo, como nunca lo fué Santa Anna; leal, como siempre lo ignoró Santa Anna; pero Santa Anna hubiera hecho en 1861, servicios á la patria que no era capaz de hacer Juárez, con la condición de que Santa Anna en ningún caso mandase los ejércitos que organizara.

Si la ciudad de México, como se verá más adelante, hubiera sido tomada en Mayo de 1862, las consecuencias hubieran sido terribles. De tan gran calamidad nos salvó el pequeño ejército de Zaragoza y la torpeza del invasor pretendiendo conquistar el país con 6,000 hombres.

El general Zaragoza se mantuvo con suma habi-

lidad y prudencia. Lo notable del encuentro de Acultzingo no fué la lucha sino la retirada. Si ésta hubiera sido como habitualmente, no se hubiera podido defender Puebla y, como la imprevisión del gobierno no había formado tropas de reserva, la ciudad de México habría sido también tomada inmediatamente.

El general Lorencez se puso en las condiciones tal vez únicas para ser rechazado, y el general Zaragoza tenía que haberlo previsto. Una plaza fortificada se toma por hambre, por intimidación, por asalto después de ejecutar obras lentas ofensivas y de aproximación ó lo que es excepcional, á viva fuerza sin preparación. Para tomar Puebla por hambre al general Lorencez le faltaba número; para tomarla por intimidación le faltaban morteros; para tomarla por ataque lento, le faltaba número y artillería; sólo podía intentar tomarla corriendo una aventura peligrosísima, como lo es un asalto sin preparación y sin sorpresa.

Es tan peligroso atacar una plaza sin preparación, que se puede contar como excepcional un éxito. Pocos generales lo intentan y los que ta hacen, si son militares, sólo pueden justificarse con la exigencia imperiosa de muy especiales circunstancias.

El general Laudon fracasó al atacar la plaza de Schweidnitz, no obstante que procedió con un

vigor inaudito (1º de Octubre de 1761). La historia presenta casi únicamente fracasos como el del general Laudon : pues se cuentan desde la existencia casi perfecta de las armas de fuego y como grandes fracasos, el ataque de Frankfort (2 de Diciembre de 1792), fracaso del Duque de Brunswick al atacar la plaza de Bitche (16 de Noviembre de 1793), fracaso del general Suchet, al atacar Valencia (Marzo de 1810), fracaso del « Manco » notable general español, al asaltar la plaza de Guadalajara, España (10 de Marzo de 1811), fracaso del ataque á la plaza de Constantina (1834), fracaso del ataque á Soissons (Marzo de 1814), fracaso del ataque á Roma (30 de Abril de 1849), fracaso del ataque á Toul (11 de Abril de 1870). En los Estados Unidos se cuentan el notable fracaso del general Grant en su asalto á la plaza de Uicksburg en 1864.

En México hemos visto fracasar al general Don Félix Calleja al asaltar la plaza de Cuautla, defendida por el general Morelos, y al general Taylor, al atacar la plaza de Monterrey, en 1846. Hemos visto al general Negrete, al atacar la plaza de San Luis Potosí en 1864, y al general Uruga fracasar en las plazas de Guadalajara y Morelia, en 1860 y 63. No conozco en Europa más que dos éxitos debidos á que el ataque fué por sorpresa, lo que disminuye algo sus peligros. El general Scott no tomó la plaza fortificada de México en 1847 por

asalto, sino después de haber destruído el ejército que la defendía, fuera de la Ciudad, en Padierna, Molino del Rey y Chapultepec, debido á la gran impericia de su adversario, el general Santa Anna.

Pues bien, el general Lorencez ní siquiera procuró sorprender; apareció delante de Puebla á las 9 de la mañana, desplegó sus columnas y ordenó que se sirviera el café á sus tropas.

La segunda falta del mismo general consistió en escoger el punto más fuerte de la plaza para atacarlo. La tercera fué no distraer la atención del enemigo de un modo muy serio, atacando otros puntos de la plaza. La cuarta falta consistió en haber colocado su artillería de brecha á una distancia inofensiva, ó más bien dicho, no llevó ni artillería de brecha, sino de batalla y muy escasa.

Y por último, la gran falta fué que los franceses se batieron como soldados medianos puesto que sólo perdieron el 8 por ciento de su efectivo. Por lo mismo que tanto desprecio mostraban por nuestros soldados y que tenían justamente tan gran renombre, estaban obligados á ir hasta la heroicidad, desde el momento que traían en sus históricos pergaminos la constancia de ser los primeros soldados del mundo. No pueden los primeros soldados del mundo, sobre todo el día en que se estrenan en un país que tenía un elevadísimo concepto de su cacidad, suspender un ataque contra soldados á

quienes desprecian, por haber perdido el 8 por ciento. Estaban obligados á perder el 40 por ciento, como la columna maciza inglesa en Fontenoy; ó el 45 por ciento como la guardia del Rey de Prusia en Saint Privat ó el 70 por ciento como la columna del general Mac Donald en Wagram.

Veo las cosas como las veía el general Serrano, Capitán General de la Isla de Cuba, cuando refiriéndose á las tropas españolas destinadas á invadirnos, daba al Almirante Rubalcaba, las siguientes instrucciones. « 12ª Por último, si como es regular y probable, hay que hacer uso de la fuerza para la toma del Castillo (Ulúa) es indispensable que Ud. y el general de las fuerzas de tierra, inculquen en el ánimo de las tropas y de todos los individuos que de su autoridad dependen, la idea de que la expedición de que se trata tiene un carácter especialísimo y fuera de las reglas comunes. Un descalabro en México no sólo sería para nosotros una deshonra y una mancha casi imposible de lavar, sino que acabaría tal vez para siempre con nuestra creciente importancia en América. Momentos hay en que es forzoso llegar hasta el sacrificio y éste es uno de ellos; *vale más que la escuadra y la división perezcan, que no verlos pasar por un ataque ineficaz y por un regreso vergonzoso*. Si la nación mexicana desmoralizada como lo está, en completa anarquía, menospreciada por Europa, con escaso y mal orga-

nizado ejército, nos hiciera retroceder ante sus fortalezas; la ignominia sería el resultado de nuestra empresa (1) ».

El general Zaragoza reconoció la impericia del general Lorencez al escribir. « El ejército francés se ha batido con mucha bizarría; su General en Jefe se ha portado con torpeza en el ataque (2) ».

El general francés Félix Douay escribía desde Orizaba á su hermano Abel, también general, el 8 de Julio de 1862 : « Verdaderamente la presencia del Conde de Lorencez á la cabeza de un ejército es una mistificación bien cruel para tal ejército; Lorencez es de una impericia incalificable y la indignación es unánime y profunda. Se debería enviarlo, no ante un Consejo de guerra sino ante un Consejo de Salud. Su conducta en Puebla y la de su ilustre V^{***}, su jefe de estado mayor, son objeto de las más vivas acusaciones. El grito general es : « Dios proteja á la Francia y nos libre de las gentes que lanzan columnas con grandes miras (3) ».

(1) General Serrano al Almirante Rubalcaba. Anexo núm. 1 al núm. 42 de los documentos presentados á las Cortes.

(2) Parte oficial del general Zaragoza al Supremo Gobierno. 9 de Mayo de 1862.

(3) *Campagnes de Crimée, d'Italie...* Lettres adressées au maréchal de Castellane, pág. 404.



Después del 5 de Mayo de 1862, del sensible fracaso del Borrego y de las convicciones de Napoleón y sus agentes mexicanos y franceses; Juárez debió haber previsto lo que tenía que suceder; el envío de fuerzas considerables para saciar el apetito de revancha del pueblo francés y para restablecer el prestigio empañado de la dinastía imperial.

Enviados importantes refuerzos á México, el problema presentaba dos soluciones : que Napoleón hiciera la paz con Juárez, después de ganar una ó dos batallas y tomar la Capital, imponiendo cuantiosas reclamaciones y el pago del costo de la expedición, con el objeto de afirmar su carácter de vencedor, ó proceder á la conquista del país para entregarlo al Archiduque Maximiliano, como lo decían á gritos los conservadores en todas partes. Las dos soluciones eran abominables para México; la primera significaba someterse de nuevo á todas las exacciones diplomáticas, cumplir los tratados firmados ó negociados con España é Inglaterra; entregar las aduanas y las rentas para el pago de convenciones y *reconvenciones* y perecer por último en el lúgubre oleaje de una anarquía incesante; á menos que el partido reaccionario, que

debería triunfar, porque todos los gobiernos sin un centavo se quedan sin partidarios, vendiese la República á Europa para colonia, presidio, monarquía ó para cualquiera otra cosa.

A Juárez no le convenía patrióticamente más que sostener la guerra hasta perecer ó liquidar con Europa, emancipando á la Nación de desangrarse en la guerra civil crónica para pagar inmensas deudas á gobiernos protectores, en lo general, de ruinosos y repugnantes fraudes. ¡Pobre de México si Napoleón después de tomar á Puebla en 1863, propone la paz á Juárez y éste la acepta ofreciendo pagar á Napoleón además de las reclamaciones del ultimátum de Saligny, la papeleta de los gastos de la expedición montante á 54 millones de pesos, que por la convención de Miramar, convino en pagar Maximiliano!

¿Hubiera aceptado Juárez la paz en esas condiciones? Probablemente sí, porque quitando el exceso de 15 millones que quería Jecker, Juárez había aceptado en los tratados Zarco-Saligny, Wyke-Doblado y Prim-Doblado, todo lo que la Europa le exigía injustamente. La cuestión que lo habría hecho tal vez vacilar, hubiera sido el pago de los 54 millones de pesos, costo de la expedición. Juárez habría acatado la opinión pública y ésa habría pedido la paz, que era la del sepulcro para nuestra desgraciada patria. La salvación de México,

como los hechos lo han probado, estaba en la guerra. Se me puede oponer que á Juárez no le era posible conocer el resultado final de la lucha con Francia. Aun cuando así sea, la paz con Francia significaba la vuelta á la tiranía, robos y exacciones de los diplomáticos; significaba la entrega de todas las rentas públicas para alimentar la ruinosa máquina de las reclamaciones fraudulentas; significaba la esclavitud bajo la férula voraz de los agiotistas y, por último, significaba la demacración absoluta social por la guerra civil eterna ó cortada por la conquista, aclamada por fin por un pueblo agotado de sangre, de paciencia, de esperanzas, de dignidad. Un gobierno sin rentas no puede ser gobierno y una sociedad sin gobierno no puede ser sociedad. México no podía liquidar sus deudas, la mayor parte de ellas injustas, y las reclamaciones inicuas que se le hacían, más que con su cólera, con su sangre, con su ruina y con su decisión de perecer ó liquidar.

CAPITULO II

LOS ESTADOS UNIDOS Y EL CONFLICTO FRANCO-MEXICANO

¿Debía esperar Juárez el primer semestre de 1862 algún auxilio de los Estados Unidos? Don Matías Romero ya lo había dicho desde Diciembre de 1861 : « No puede ocultarse á los ojos menos provisos que los Estados Unidos necesitan de cuantos recursos puedan disponer para proceder la guerra civil en que están empeñados. Si al enemigo interior que tienen y que por sí sólo es demasiado fuerte, se agregara el poder colosal de Inglaterra, no les quedaría la más ligera esperanza de buen éxito, siendo el primero de sus reveses, el reconocimiento inmediato de la independencia de los Estados disidentes.

« Esto ha venido á poner de manifiesto lo que nosotros podemos esperar de este país en nuestras dificultades con España. Si este gobierno no ha querido aceptar un conflicto en causa propia, provocado de antemano por motivos independientes

de su voluntad, es muy natural creer que mucho menos lo buscará en negocio que no le atañe tan directamente (1). »

¿Había esperanza en que los Estados Unidos dominando su guerra civil auxiliasen á México? Respecto á este asunto, Don Matías Romero decía oficialmente á Juárez : « y aun las mismas personas que parecen ver los sucesos con imparcialidad están acordes en decir que la división de esta República, es un hecho consumado y que la suerte de las armas sólo contribuirá á hacer más poderosas las barreras de la separación.

« El *Tribune*, órgano del partido republicano, llegó á decir, que le sería enteramente imposible al gobierno de los Estados Unidos subyugar al Sur si se viera empeñado en una guerra extranjera; que de lo único que debe tratar ahora es de vencer á los insurrectos y no de provocar guerras con alguna otra nación, aun cuando para ello tenga los motivos más justos y aun cuando el honor nacional estuviese de por medio (2). »

Pocos días después Don Matías Romero comunicaba oficialmente á Juárez : « El Senador Sumner, me dijo hoy en una conferencia que tuve con él, que la comisión de Relaciones del Senado se

(1) M. Romero al Ministro de Relaciones de México. Diciembre 28 de 1861.

(2) M. Romero al Ministro de Relaciones. Octubre 24 de 1861.

había reunido ayer para considerar el mensaje especial del Presidente, relativo á los asuntos de México y que, aunque no se había acordado ninguna determinación, prevalecía ante los miembros de ella la opinión de que no era conveniente aprobar el préstamo propuesto por Mr. Corwin al Gobierno de México, porque no se creyera que dicho préstamo surtiera el efecto de desbaratar la expedición europea organizada contra la República y porque podría conducir á enajenar á los Estados Unidos la voluntad de Francia y España, cuya amistad se trata de cultivar más que antes por el aspecto amenazador que están tomando las relaciones entre este país é Inglaterra (1) ».

Nuestro Encargado de Negocios en Washington ponía en conocimiento de Juárez, una opinión muy autorizada sobre los asuntos de México por emanar de uno de los funcionarios más respetables é influyentes de la administración. « En el curso de la conversación, me dijo Mr. Blair, con la franqueza que le es genial, estas palabras : « en la forma que « ha tomado la expedición contra México y por los « motivos que alegan las Potencias europeas para « llevarla á cabo, nosotros no podemos oponernos á « ella, conforme al derecho de gentes », lo cual

(1) M. Romero al Ministro de Relaciones en México, Diciembre 22 de 1861. *Correspondencia de la Legación de Washington*, tomo I.

considero yo como la opinión genuina de la administración. También me dijo que el resultado de la expedición dependerá del curso que tomen aquí los sucesos; que si la guerra civil termina pronto y el gobierno federal recobra su autoridad sobre los Estados disidentes, las Potencias europeas no tratarán de consumar sus planes, pero que en caso contrario, sólo con intrigas y astucias se podría impedir su consumación (1). »

En nota reservada Juárez recomendó á Don Matías Romero piedese al gobierno americano una fuerza naval respetable para que se estacionase en las aguas de Veracruz, y significase apoyo moral y aun material de los Estados Unidos á México (2).

« Aprovechándome de esta indicación, le manifesté (á Mr. Seward) que nosotros no dudábamos que cuando las presentes dificultades se arreglaran aquí, los Estados Unidos nos ayudarían en nuestra contienda por la independencia y libertad, pues que nuestra causa era su causa y entonces se encontrarían con todos los elementos necesarios para emprender fructuosamente una guerra con cualesquiera de las Potencias de Europa; pero que en el

(1) M. Romero al Ministro de Relaciones. Diciembre 4 de 1861. *Correspondencia de la Legación de Washington*, tomo I.

(2) Nota reservada de 3 de Febrero de 1862. *Correspondencia reservada de la Legación de Washington*, tomo I.

entretanto sería conveniente que nos dieran algunas seguridades de auxilio futuro, para animar al pueblo de México á perseverar en la defensa de sus derechos y neutralizar los trabajos del partido conservador con objeto de hacer creer que no es posible contar con auxilio presente y futuro por parte de este país. Esto se podría conseguir, le dije, dirigiendo yo á Ud. una nota en que le refiera lo que los franceses han hecho en México y que manifieste que trabajan por el establecimiento de la Monarquía; y le pregunté si los Estados Unidos consentirán en que tal forma de gobierno se imponga por la fuerza sobre el pueblo de México. Si Ud. me la contesta dándome las seguridades convenientes que sirvan para producir el efecto deseado, se la pondré á Ud. desde luego. Me respondió sin vacilar que me la contestaría de un modo satisfactorio y así terminó nuestra conversación sobre este asunto (1) ».

Don Matías Romero se dirigió á Mr. Crittenden, Presidente de la comisión de Relaciones Exteriores de la Cámara de representantes, instándole para que presentara algunas resoluciones favorables en cualquier sentido á la causa de México. « Mr. Crittenden pareció persuadido de la conveniencia de dar estos pasos; me dijo que cuando las cosas se

(1) M. Romero. XLI conferencia con Mr. Seward. Reservada. Mayo 8 de 1862.

arreglaran aquí, los ejércitos de los Estados Unidos se dirigirían á arrojar de México á los europeos intrusos y me suplicó hiciera yo al Supremo Gobierno, una recomendación que será objeto de nota separada (1). »

La conferencia de 18 de Septiembre de 1862, celebrada por el Señor Romero con Mr. Seward enseñaba á Juárez la situación con una claridad que no permitía dudas, ni vacilaciones, ni errores : « Lo expuesto, decía Don Matías Romero á Juárez, acabará de persuadir al Supremo Gobierno que no tenemos por ahora, absolutamente nada que esperar de este Gobierno. El Presidente, sus Ministros, los hombres de estado del país y la masa del pueblo en general, conocen perfectamente los planes de la Francia respecto de México y la hostilidad del Gobierno del Emperador á la Unión Americana; consideran que la invasión de México es lo accesorio y que sólo tiene por objeto facilitar el camino para llegar al objeto principal, que es consumar la división de los Estados Unidos; pero todas estas consideraciones lejos de inducirlos á prestarnos algún auxilio son otros tantos motivos que los determinan á no hacer en nuestro favor aun lo más sencillo, si con ello temen que se ofenda

(1) M. Romero al Ministro de Relaciones de México. Mayo 12 de 1862. *Correspondencia de la Legación de Washington*, tomo II.

la Francia. Saben perfectamente bien que el gobierno francés, sólo está buscando un pretexto para romper con los Estados Unidos y están determinados á no dárselo. Esto explica porqué no quisieron facilitar la suma que solicitaba el Señor Pacheco y porqué han prohibido la salida de las armas compradas por el Señor Bustamante. Hasta cierto punto tienen razón en la política que han adoptado, aunque la llevan hasta un extremo increíble. En las circunstancias actuales en que apenas pueden con el Sur, una guerra con Francia les sería fatal. Lo conocen así y tratan de evitarla á todo trance, aun á costa de las mayores debilidades, de las condescendencias más indebidas.

« Además el egoísmo de los norteamericanos, es igual si no mayor al de sus padres los ingleses; les hace ver con indiferencia los males ajenos, siempre que no les afecten inmediatamente, y no se detendrían en sacrificar no sólo á México, sino acaso al Continente entero, si creyeran que con ello alejaban la intervención francesa de sus asuntos y la guerra con Francia. La idea que tienen de su propia fuerza les hace creer que pronto conquistarán al Sur y que una vez restablecida la Unión, serán suficientemente fuertes para arrojar á la Francia de México y de las demás partes del Continente de que se haya posesionado.

« Por lo que respecta al préstamo de una canti-

dad considerable de dinero, como la estipulada en el tratado de 6 de Abril último, debo manifestar á Ud., que además de que falta á este gobierno la disposición de prestarnos ese auxilio por los motivos que acabo de indicar, sus circunstancias van siendo tales, que aunque quisiera no podría hacernos el préstamo, pues ahora ha asumido la guerra civil en este país un nuevo aspecto; no es ya el Norte el que trata de subyugar al Sur, sino que el Sur ha invadido al Norte y el Norte tiene que dirigir sus esfuerzos á rechazar la invasión (1). »

Téngase presente para las consecuencias de responsabilidad que desprenderé de estos hechos, que la fecha de la nota que acabo de copiar es 18 de Septiembre de 1862, seis meses antes de que comenzara el sitio de Puebla.

Veinte días después de haber expuesto con precisa evidencia el Señor Romero á Juárez la actitud de los Estados Unidos en los asuntos de México, le comunica cuáles serán las instrucciones que de su gobierno recibirá Corwin, el Ministro de los Estados Unidos cerca de Juárez. « Los términos en que tal despacho está concebido, no son muy favorables para el gobierno constitucional y en él se le previene al mismo tiempo que, si el Supremo Gobierno saliera de la Capital, no lo

(1) M. Romero al Ministro de Relaciones en México sobre la L conferencia con Mr. Seward, 18 de Septiembre de 1862.

siga. Esto se habrá hecho así probablemente por el excesivo temor de este gobierno de verse envuelto en dificultades con Francia (1). »

El 10 de Diciembre de 1862, el Señor Romero enviaba á Juárez la siguiente nota de sensación : « Tengo la honra de remitir á Ud. copia de la respuesta que hoy dirijo á Mr. Seward, sobre la posición que ha asumido este gobierno al permitir á los franceses que saquen de este país cuanto quieran; al paso que nos niega á nosotros el mismo privilegio. Mi nota parecerá á usted tal vez poco conciliadora; pero no he podido menos que indignarme al ver la conducta incalificable que ha seguido este Gobierno. Me he aprovechado de esta oportunidad para una relación de todo lo ocurrido en este desagradable asunto, que no deja muy bien puesta la buena fe de este Gobierno (2). »

El permiso de extraer mulas y carros de los Estados Unidos para que el ejército francés pudiese hacer la campaña en México nos causó inmenso perjuicio. El ejército francés no podía moverse de Veracruz; no había traído mulas ni carros suficientes, esperando comprar estos efectos en Veracruz.

(1) M. Romero al Ministro de Relaciones en México. Octubre 10 de 1862.

(2) M. Romero al Ministro de Relaciones México. Diciembre 10 de 1862.

La buena disposición de castigar con la pena de muerte al que condujese á Veracruz auxilios de cualquier clase al invasor y el fusilamiento de tres arrieros culpables, surtieron efecto admirable, pues los franceses sólo pudieron comprar con grandes trabajos en Tampico 116 mulas, cuando necesitaban más de 3,000. Pero Mr. Seward, violando las leyes de la neutralidad, lo mismo que el capitán general de la Isla de Cuba, dejaron sacar al ejército francés las mulas que necesitaban. Sin este auxilio los franceses habrían tenido que esperar lo menos tres meses para comenzar el sitio de Puebla y los mexicanos habrían aumentado sus elementos de resistencia y ganado tiempo, que era lo que más se necesitaba.

Por otra parte, los Estados de Nuevo León, San Luis, Aguascalientes y Tamaulipas, comisionaron y expensaron al Coronel D. Juan Bustamante para que comprase armas en los Estados Unidos y una vez obtenidas parte de éstas, el Gobierno de los Estados Unidos prohibió que saliesen del territorio de la Unión y ordenó que si se intentaba su exportación fuesen capturadas y decomisadas.

La indignación del Sr. Romero no fué justificada, pues, como él lo dice, la situación del Gobierno de los Estados Unidos era desesperada y la salvación de la Unión dependía de evitar la guerra con Francia y de halagarla para que no

diese el golpe final y decisivo á la nacionalidad americana. Todas las naciones en el mismo caso, entrando México, hubieran hecho lo mismo. Pero España no es disculpable, porque su situación era distinta y se había retirado de Veracruz en paz con México; su conducta fué, pues, gratuitamente desleal.

La orden del Presidente Lincoln fué la siguiente : « Mansión ejecutiva. Washington, Noviembre 2 de 1862. Se ordena que hasta nueva orden no se despache ni permita la exportación por los puertos de los Estados Unidos de armas y municiones de guerra. Que los despachos que hasta ahora se hayan hecho por el Departamento del Tesoro, de armas y municiones de guerra se suspendan y se detengan esos artículos si no han salido ya de los Estados Unidos. Y que el Departamento de Guerra tome posesión de las armas capturadas recientemente por su orden en Rose Point que se dirijan al Canadá. — *Abraham Lincoln.* »

Juárez y los gobernadores de los Estados tuvieron tiempo suficiente para comprar armas y municiones en los Estados Unidos desde el 1° de Octubre de 1861 hasta el 20 de Abril de 1862 en que el ejército francés al mando del general Lorenz declaró la guerra, rompiendo deslealmente los Convenios de la Soledad. La orden que he copiado tiene fecha 20 de Noviembre de 1862. En Diciem-

bre siguiente, tres meses antes de que aparecieran los franceses frente á Puebla, Juárez sabía que era imposible obtener armas y municiones en los Estados Unidos, mientras que esta potencia estuviese obligada á halagar al Emperador Napoleón. Y si por las prescripciones de la neutralidad internacional no podíamos conseguir armas y municiones á ningún precio ni de modo alguno en los Estados Unidos, menos podíamos obtenerlas en Europa. Esto imponía la convicción de que, para que la resistencia nacional fuese durable, era necesario exponer lo menos posible las armas de que se disponía para la defensa á perderse ó á ser entregadas al enemigo.

Por último, los buenos é importantes amigos de México en los Estados Unidos, como Mr. Wade, Mr. Blair, Mr. Mac-Douglas, los generales Mead Scofield y otros, habían dicho al señor Romero directamente ó por medio de otras personas, lo que Mr. Crittenden : « Aconsejad al señor Juárez que prolongue la lucha todo lo más que pueda; que no comprometa operaciones decisivas; los Estados Unidos se salvarán sin duda en más ó menos tiempo y podrán cooperar á la salvación de México. »

Juárez pues, sabía el 1° de Enero de 1862 con seguridad tan perfecta como saber que existe la Isla de Cuba :

Primero : Que no había que contar para la de-

fensa nacional con apoyo material, ni moral importante de nación alguna ;

Segundo : Que era imposible obtener armas ni municiones, mientras no se resolviese favorablemente para el Norte la guerra civil de los Estados Unidos ;

Tercero : Que había que contar en último caso hasta con la alianza de los Estados Unidos con Francia, si oportunamente así lo exigía el Emperador Napoleón ;

Cuarto : Que México debía contar con la alianza ó con toda especie de auxilios del Gobierno y pueblo de los Estados Unidos, si la guerra civil en ese país terminaba favorablemente para la Unión.

¿ Qué le ordenaban á Juárez los acontecimientos, aun cuando no fuera militar ? Prolongar la resistencia á todo trance. ¿ Y cómo era posible prolongar la resistencia ? Conservando el mayor tiempo posible á los combatientes y sus armas. Siendo esta necesidad de conservación de combatientes y de sus armas tan necesaria para la salvación de México, el Gobierno de Juárez para satisfacerla discurrió meter á todos los veteranos con la mayoría de fusiles, cañones y municiones existentes en la República dentro de una *olla de piñata* llamada la ciudad de Puebla para que al primer fracaso ó sea operación regular, todos los elementos militares serios se perdieran de un golpe. Cualquiera diría que la política

del Gobierno consistía en que terminara lo más pronto la resistencia á Francia.

Las noticias que recibió Juárez de los Estados Unidos á mediados de Febrero de 1863 eran aterradoras. Don Matías Romero le decía oficialmente : « El aspecto que presenta la situación es muy poco lisonjero, cada día se va generalizando más la opinión de que la independencia del Sur es un hecho consumado y de que no es posible conquistarlo.

« El partido que en el Norte simpatiza con los hombres y las ideas del Sur sigue ganando las elecciones por todas partes y haciéndose muy fuerte. Las discordias entre las facciones en que se divide el Norte se agrian más cada día y ellas se profesan entre sí una odiosidad más grande que la que el Sur tiene por el Norte. La situación financiera es bastante mala y la perspectiva para lo futuro peor, pues la deuda crece aceleradamente y el crédito del Gobierno decae en la misma proporción. A juicio de muchos, la duda no está ya en si el Norte podrá ó no subyugar al Sur, sino en si estallará ó no otra guerra civil en el Norte al instalarse el Congreso próximo ó al hacerse la elección del nuevo Presidente.

« La decadencia de este país es tan grande, que se está ya formando un partido considerable que favorece la intervención francesa en los asuntos interiores de los Estados Unidos para terminar las pre-

sentes dificultades. Si esto fuese así, hasta el sentimiento de la propia dignidad se iría perdiendo. Después de esto no puede causar extrañeza el que algunas personas hayan recibido hasta con regocijo las palabras que consagró el Emperador al abrir las sesiones del Cuerpo Legislativo (1).

Se me dirá que esas noticias en vez de ser aterradoras debían considerarse halagadoras para los mexicanos. ¿Qué mejor perspectiva que la división de los Estados Unidos en dos ó tres naciones? México podía resistir entonces mejor á las ambiciones de territorio que pesaban sobre nuestra vida nacional como montañas irreducibles. Esto ha creído y cree el vulgo conservador y el liberal; pero espero con pocas líneas hacerlo cambiar de opinión.

Ya en 1862 había un grupo de hechos especiales que iluminaban la situación, procedentes de los Estados Unidos. La guerra civil en esa nación comenzó hasta Abril de 1861, y como se recordará, la Carolina del Sur proclamó su separación en Diciembre de 1860. En el intervalo se trató de un arreglo para evitar una guerra devastadora y las proposiciones del Sur fueron que se mantuviese la esclavitud en los Estados Unidos en donde ya existía y poderla extender hacia el Sur, en los territorios que adquiriesen, es decir hacia México. Si el Norte

(1) M. Romero, *Correspondencia de la Legación de Washington*, tomo III, pág. 513.

hubiera admitido semejantes condiciones habría aprobado la inmediata invasión de México por el Sur con los elementos colosales que éste había preparado para su independencia.

En Febrero de 1861, nuestro Encargado de Negocios en Washington participaba oficialmente á Juárez: « La discusión en el Congreso, de las proposiciones de Mr. Crittenden, que han merecido la aprobación del partido democrático para servir de base al compromiso que se trata de celebrar entre las dos secciones de este país ha venido á demostrar con toda claridad cuáles son los proyectos que ambos partidos tienen respecto de México.

« Las citadas proposiciones disponen que haya esclavitud en el territorio al Sur del paralelo 36 grados 30 minutos que poseen actualmente los Estados Unidos y en el que en lo sucesivo adquieran y que se reconozca constitucionalmente en dicha demarcación la propiedad en esclavos. Estos dos puntos desechados enérgicamente por el partido republicano son los que han impedido que pasen en el Congreso dichas proposiciones.

« Mr. Sherman, diputado por Ohio, miembro de la Comisión á que pasaron las proposiciones y miembro prominente del partido republicano, que al principio de las sesiones del Congreso actual fué candidato de dicho partido para Presidente de la Cámara de Diputados, llegó á proponer que se inser-

tara una cláusula en la Constitución prohibiendo la adquisición de más territorio, para cortar de raíz el filibusterismo y los inconvenientes que la misma cuestión de la esclavitud hacen nacer en las adquisiciones nuevas; pero este proyecto no encontró eco en los demás miembros de la Comisión...

« Los demócratas, exaltados partidarios del establecimiento de la Confederación del Sur, en cuyas manos está ahora la situación de los Estados que se han separado, manifiestan ya sin embozo sus planes de que la Confederación comprenda además de los dichos Estados, á México, Cuba, la América Central y parte de la Meridional. Los límites que le asignan son los del Potomac y sueñan convertido el golfo de México en un lago de dicha Confederación.

« Es una cosa fuera de toda duda que todos los esfuerzos del Sur se dirigirán á cogerse cuanto terreno puedan de México para establecer en él la esclavitud (1). »

Doce días después volvía á escribir D. Matías Romero oficialmente : « El proyecto que Mr. Guthrie propuso en el Congreso de la paz y al cual me refiero en la reseña política de la última quincena, manifiesta que los demócratas en todo piensan, menos en desistir de sus proyectos

(1) M. Romero al Ministro de Relaciones de México. Febrero 6 de 1861.

respecto de la adquisición del territorio de México.....

« Esto es por lo que respecta á los Estados negreros que están en la Unión : los proyectos de los que ya se han separado de ella son ciertamente más peligrosos. Ellos cuentan **como cosa segura la adquisición de México ó á lo menos, por lo pronto, la de los Estados fronterizos.** Una persona fidedigna me ha informado refiriéndose á otra que acaba de llegar de Tejas que en aquel Estado se estaba organizando una expedición filibustérica, para invadir los Estados de Sonora y Chihuahua de la República... » « Los republicanos parece que temen una invasión inmediata del Sur sobre México (1). »

Un mes después, en nota reservada, D. Matías Romero decía á Juárez : « Los demócratas del Sur siguen manifestando que no tratan de disimular siquiera sus planes de extenderse hacia México é introducir la esclavitud en nuestro territorio (2) ».

El Sur envió á México agentes para seducir al Gobierno de Juárez y arrancarle el reconocimiento de la independencia; pero D. Matías Romero, siempre activo, oportuno, sagaz y patriota, escribió

(1) M. Romero al Ministro de Relaciones. México. Febrero 21 1861. Nota reservada.

(2) Correspondencia reservada de la Legación de Washington. Marzo 25 de 1861. Documento núm. 14.

á Juárez, siempre en nota reservada : « La Confederación del Sur podrá aparentar ahora muy buenos sentimientos y disposiciones hacia nosotros, mucho respeto por los derechos de la República; pero sólo será mientras se sistema sobre bases sólidas, pues su objeto constante y su deseo más ardiente, que tratará de llevar á cabo más ó menos tarde, es, como tengo dicho á Vucencia y no me cansaré de repetirlo, tomarse todo el territorio que pueda de México para establecer en él la esclavitud (1). »

Para confirmar todas esas aseveraciones ya demasiado justificadas por nuestra historia, figurando como tristes episodios comprobantes, la pérdida de Tejas, la guerra de 1846 á 1847, la venta obligada de la « Mesilla », participaba D. Matías Romero : « Me dijo también Mr. Seward que otra noticia no menos importante recibida esta mañana, es la captura de Mr. William Gwin, antiguo Senador por California, que vino á Nueva York procedente de San Francisco y á quien se le encontraron á bordo papeles importantes, que lo convencen de que estaba tratando de anexar la Baja California, Sonora y Chihuahua á los Estados disidentes (2). »

(1) El mismo documento.

(2) M. Romero. XI Conferencia con Mr. Seward. Abril 14 de 1861.



El triunfo del Sur indicaba pues la inmediata invasión de México por los formidables ejércitos esclavistas. ¿Quién la impedía? ¿El Norte? ¿Con qué ejército, con qué dinero, con qué bríos, con qué deseos? Para que el Sur consumara su independencia necesitaba aniquilar completamente al Norte, como lo estaba haciendo.

Si el Sur hubiera triunfado en 1863, habría podido muy fácilmente lanzar sobre México trescientos mil hombres aguerridos, combatiendo con sumo vigor y mandados por generales superiores en ese momento á todos los de Europa : Lee y Johnston.

Francia no hubiera podido quedarse en México para combatir al ejército sudista. Se habría retirado ó aliado con el Sur para dividirse la República. En los dos casos México, como nación, habría desaparecido. ¿Pensaba el gobierno de Juárez defenderse contra la agresión casi evidente del gran ejército del Sur? ¿No? ¿Entonces para qué sacrificar vidas defendiendo contra los franceses un territorio y una independencia que no se habían de defender contra las huestes esclavistas?

¿Estaba Juárez decidido á defenderse contra la invasión sudista, como he dicho, casi segura, porque en aquellos momentos nadie dudaba del triunfo

del Sur? Entonces ¿para qué entregar el único ejército bueno y las únicas armas ejecutando una operación decisiva donde no había probabilidades ni remotas de salir con bien, porque no hay quien ignore que *plaza sitiada, plaza tomada*? Juárez debió haber pedido al general Forey un armisticio y si no lo daba, fraccionar su ejército y sostenerlo frente al enemigo maniobrando para no batirse y ganar tiempo mientras se decidía el gran problema norte-americano, que era enteramente el nuestro, porque como lo he dicho y probado, si el Norte hubiera sido vencido, la nación mexicana hubiera dejado de existir. No emprendiendo Juárez operación decisiva se aventajaba siempre prolongar la resistencia, lo que era muy favorable por si triunfaba el Norte en los Estados Unidos.

Desgraciadamente, ni por un momento comprendió el Gobierno de Juárez cuál era su deber. El general Zaragoza ya había muerto y, en vez de procesar al general González Ortega por la falta imperdonable del Borrego, le dió el mando en jefe de los 24,000 hombres útiles como soldados que poseía la nación como único ejército.

CAPÍTULO III

HACIA EL DESASTRE.

El 23 de Noviembre de 1861, Juárez no organizó sino que colocó en Jalapa, Soledad y Camarón las siguientes fuerzas del ejército regular de la República :

Jefes.	127
Oficiales.	725
Tropa.	10,297 (1).

Casi un mes después, Juárez expidió el decreto que lleva fecha 17 de Diciembre de 1861, ordenando á los Estados que inmediatamente mandaran sus contingentes y además que levantasen guardias nacionales. Hasta el momento de aparecer el ejército francés, quince meses después de haber ordenado Juárez á los Estados la remisión inmediata del contingente de sangre, se habían obtenido los siguientes tristes resultados que prueban la falta de patriotismo de los Estados, con excepción del de Oaxaca (2).

(1) Documentos oficiales. — General Santibáñez. — *Reseña del Ejército de Oriente*, tomo I, pág. 26.

(2) Véase ley de 17 de Diciembre de 1861.

	Contingente ordenado por ley de 17 Diciembre de 1861	Obtenido hasta Marzo 15 de 1863.
Distrito Federal.	3.000 hombres	6,567 hombres
Oaxaca.	3.000 —	2.130 —
Guanajuato.	3.000 —	624 —
Jalisco.	3.000 —	1.010 —
Puebla.	3.000 —	1.820 —
Zacatecas.	3.000 —	815 —
San Luis Potosí.	3.000 —	1.114 —
México.	3.000 —	1.450 —
Michoacán.	3.000 —	932 —
Veracruz.	3.000 —	680 —
Nuevo León y Coahuila. .	2.000 —	806 —
Tamaulipas.	2.000 —	296 —
Durango.	2.000 —	870 —
Chihuahua.	2.000 —	305 —
Guerrero.	2.000 —	491 —
Yucatán y Campeche. . . .	2.000 —	000 —
Tabasco.	2.000 —	000 —
Aguascalientes.	1.000 —	000 —
Querétaro.	1.000 —	605 —
Colima.	1.000 —	000 —
Chiapas.	1.000 —	000 —
Tlaxcala.	1.000 —	196 —
Baja California.	1.000 —	000 —
Sonora.	1.000 —	000 —
Sinaloa.	1.000 —	000 —
	<u>52.000</u>	<u>20.711</u> —(1)

Oaxaca tenía dos brigadas en las fuerzas del general Uruga en 23 de Noviembre de 1861; contribuyó en todo hasta el sitio de Puebla con 3,785 hombres.

(1) Datos enteramente oficiales, tomados de los estados de las fuerzas que componían el ejército de Oriente y el del centro.

El estado de México comprendía entonces los actuales Estados de Hidalgo y Morelos.

Restando del total el contingente del Distrito Federal, tenemos como contingente de los Estados enviado en catorce meses y medio.

¡¡ 14,144 hombres!!

Tal fué el triste contingente de sangre que ofrecía una población de nueve millones de habitantes, y de esos 14,144 hombres lo menos 13,000 se hubieran ido con gusto á su casa.

14,000 hombres fué el número de soldados que el general Miramón levantó en cuatro meses después de la batalla de Silao, no contando más que con Puebla, Querétaro y la capital, y teniendo entonces recursos muy inferiores á los de Juárez á fines de 1861 y en todo el año de 1862.

¿Por qué los Estados se manifestaban tan poco patriotas? Porque Juárez se conformó con mandar circulares á los Estados para que las desatendiesen ó se burlasen de ellas, mientras que los generales organizadores que hemos tenido obran enérgicamente y levantan fuerzas con rapidez aun cuando el patriotismo aparezca sesenta grados abajo de cero, Juárez se conformó con mandar á la imprenta su decreto y esperó que buenamente se le llenasen Puebla y la ciudad de México de soldados. Conocía muy poco la historia de su país.

Es penoso contemplar el patriotismo de nuestros

Estados. 14,000 hombres de contingente para una población de nueve millones reunidos difícilmente en catorce meses. En 1860, la población de Tejas era de cuatrocientas setenta y ocho mil almas y mandó á batirse á la guerra de secesión á 87,000! Les bóeros con una población un poco menor que la de Tejas levantaron 35,000. Sólo el general Santibáñez puede ensalzar un patriotismo que da 14,000 hombres en catorce meses, correspondiendo á una población de nueve millones de habitantes que delira por la independencia de su país.



Un plan de defensa nacional es bueno cuando corresponde á las necesidades marcadas por el estudio de esa defensa.

No había más que una necesidad, evidente, indiscutible, imperiosa : prolongar la resistencia el mayor tiempo posible; y para alcanzar ese fin, se discurrió como ya lo he dicho, encerrar á las tropas más disciplinadas, á los mejores jefes y oficiales, á la mejor artillería, al mejor armamento y en suma, á los principales elementos de la defensa en una plaza en condiciones de ser tomada de una manera evidente si el ejército francés procedía con la pericia que su renombre imponía á los mexicanos.



Una plaza fuerte debe defenderse en vista de dos resultados : para que no sea tomada ó para que sea tomada, pero que su defensa sirva para distraer parte de las fuerzas del enemigo ó ganar tiempo para que se puedan organizar otras capaces de combatir militarmente.

Se defiende una plaza para que no sea tomada cuando su ocupación por el enemigo significa un golpe mortal en la moral de los ejércitos nacionales, como sucede con las capitales de las naciones. Lo general es que tomada la capital de un país por el enemigo, la defensa nacional cesa, á causa del pánico general resultante.

Una plaza debe defenderse para que no sea tomada, cuando sirve de gran almacén de provisiones de boca y de guerra para la totalidad ó parte importante de los ejércitos en campaña. Por último, una plaza fortificada debe defenderse cuando en su interior convergen gran número de vías de comunicación con lugares estratégicos á disposición ó empleados por ejércitos activos. Representando, entonces, centros de movimientos militares debe cuidarse con esmero su conservación.

Sin estos motivos, no debe fortificarse una plaza para defenderse. Puebla en 1863, no era la capital

de la República, ni gran almacén de materiales de boca y guerra para ejércitos activos, ni centro de comunicación para vías férreas ó caminos estratégicos; en consecuencia no debía defenderse Puebla por conservar á Puebla.

Para defender una plaza de conservación necesaria, para que no sea tomada, es indispensable disponer de ejércitos activos capaces de dar batalla campal al enemigo que pretenda sitiaria ó que la haya sitiado. Una plaza que se fortifica para que no sea tomada, expresa un lugar muy temporalmente seguro para enemigos muy débiles en campo raso para el enemigo. Las plazas fuertes sirven para ahorrar fuerzas militares destinadas al cuidado de los grandes elementos materiales ó de movimiento del ejército activo, el cual debe procurar desprenderse del menor número posible de soldados, en vista de que es más fuerte mientras mayor sea su concentración. La plaza fuerte tiene entonces por objeto racional, dar tiempo para que los defensores de los grandes intereses materiales del ejército activo sean por él auxiliados.

Las plazas fuertes también pueden servir en vista de que no sean tomadas, para apoyar operaciones de táctica : un ejército se encuentra en posición ventajosa apoyando una de sus alas en una plaza fuerte ó cubriendo con ella su retaguardia, haciendo infructuosa, caso de derrota, una persecución.

En suma, las plazas que se fortifican en vista de que no sean tomadas, tienen por objeto apoyar operaciones estratégicas ó tácticas de los ejércitos activos, y se entiende por ejército activo el capaz de dar batalla en campo raso al enemigo.

*
**

Una plaza debe fortificarse para ser defendida aun cuando deba ser forzosamente tomada, cuando se trata de distraer, contener ó debilitar á un enemigo que no da tiempo para que un ejército se organice, se concentre ó, en general, para que un ejército activo gane tiempo ó fuerza obligando al enemigo á debilitarse por el sacrificio de sitiar una plaza fuerte ó por dejar á su frente un cuerpo de observación.

Se ve por lo expuesto que las plazas fuertes destinadas á ser conservadas ó sacrificadas, sólo pueden servir para apoyar operaciones de ejércitos activos. Sin la existencia de éstos las plazas fuertes no solamente son inútiles sino profundamente perniciosas.

*
**

¿Cual era el ejército activo en 1863 cuyas operaciones debía apoyar la plaza fortificada de Pue-

bla? He dicho que un ejército activo es el capaz de dar batallas á campo raso con probabilidades de vencer.

En la *Historia militar del general Díaz*, por el general D. Ignacio Escudero, me encuentro estas líneas : « y se retiraban los republicanos de Oaxaca á sus hogares, fatigados de luchar sin elementos y agobiados con las derrotas que sufrían los restos de nuestro ejército, cuando éste no podía combatir contra el francés tan perfectamente armado, municionado y disciplinado (1). »

Lo que el señor general Escudero escribió en 1889, lo dijo el general D. José López Uruga el mes de Noviembre de 1861, cuando era muy oportuno decirlo y el gobierno se lo tomó muy á mal. Un general no debe ser un clubista ni un Tirteo, ni un demagogo, ni un patriota gárrulo. Un verdadero general está obligado á conocer la calidad del enemigo, y la de sus propias tropas á la luz de una verdad tan pura como la geométrica. Un buen general no debe sacrificar á sus soldados exigiéndoles más de lo que pueden hacer. Una nación atacada por excelentes soldados extranjeros, puede ser bien defendida con magníficas, buenas, medianas ó malas tropas nacionales; precisamente la habilidad y grandeza de un general verdadero

(1) *Obra citada*, pág. 83.

consiste en adoptar el sistema de defensa resultante de la comparación de sus elementos de guerra con los del enemigo. El caudillo que para dos mil reclutas mal mandados contra dos mil veteranos bien mandados para que aquéllos sean degollados miserablemente, ni es general, ni patriota, ni siquiera persona. A lo más es un valiente imbécil más que los animales, pues fuera del estado rábico no hay animal entre los mamíferos que ataque de frente á otro mucho más fuerte. El instinto biológico del débil es huir del fuerte. Si no fuera así, la fauna terrestre hubiera desaparecido antes de la aparición del hombre en el globo, lo que hubiera causado la imposibilidad del hombre en su planeta.

Los reclutas cobardes de hoy, tratados como se deben, son los veteranos heroicos del día siguiente; el soldado se forma por evolución, y lo repito, es profundamente imbécil sacrificar reclutas para que la patria no tenga madera con que hacer veteranos. No hay peor calamidad para una nación que tener pretendidos generales empeñados en *napoleonizar* sin tener los elementos para tan excepcional demanda. Un verdadero general está obligado á conducir á los soldados sólo al combate; no á una ejecución ni á la vergüenza de las cobardías.

Cuando hay desigualdad entre la calidad de las tropas beligerantes, se puede sostener la guerra regular compensando la calidad con la cantidad,

siempre que el débil no haya alcanzado el período de desmoralización. La cifra compensadora es cuestión de experiencia y para no exponerse á fracasos que ocasionen la desmoralización se ensaya con cifras exageradas.

Supongamos que para sostener con probabilidades serias de triunfo una batalla á campo raso, se necesitara que el número de soldados mexicanos fuese tres veces mayor que el de franceses. Si el ejército francés alcanzaba, como llegó á alcanzar, la cifra de 35,000 soldados, un buen general mexicano no debía aceptar operaciones de combate si no era manteniendo siempre entre sus fuerzas y las del enemigo la relación de tres á uno.

Con 30,000 máximo de ejército en Marzo de 1863, de los cuales apenas 10,000 hombres serían verdaderos soldados, frente á 35,000 franceses, todos soldados de primer orden, aun cuando hubiéramos tenido generales de la talla de Napoleón I, no hubiéramos ganado al ejército francés una batalla campal.

De todo esto se deduce : si no teníamos ejército activo para la guerra regular ¿ para qué fortificar á Puebla, siendo así que las plazas fortificadas sólo sirven para apoyar operaciones de ejércitos activos en campo libre?

¿Qué objeto sensato tenía, pues, encerrar en Puebla las únicas fuerzas que tenía México, sus

mejores armas, casi todas sus municiones y la mitad de la artillería existente en la nación? En suma, ¿qué objeto tenía encerrar todos nuestros elementos serios de defensa nacional en la plaza de Puebla en 1863? ¿Vencer?

El sitiado vence cuando obliga al sitiador á levantar el sitio.

El sitiador levanta el sitio cuando es derrotado ó teme serlo por un ejército exterior de auxilio. No era éste el caso de Puebla, puesto que no era posible presentar un ejército de auxilio capaz de librar con probabilidades de éxito batalla campal al ejército francés.

El sitiador levanta el sitio cuando el sitiado tiene la fortuna de resistir hasta el momento de alcanzar un cambio climatológico desastroso para el sitiador. En gran parte de Europa y los Estados Unidos, los defensores de una plaza fortificada cuentan con el invierno como un aliado irresistible para que el sitiador levante el sitio. Para Puebla no había ese terrible y siempre vencedor aliado.

El cura Morelos era un gran general y no cometió error cuando se encerró en Cuautla, porque tenía elementos para sotenerse hasta el momento de la llegada de la estación de lluvias. Al general español Calleja lo favoreció el fenómeno imposible de prever de un retardo excepcionalísimo de las lluvias. Con ellas se hubieran producido enferme-

dades destructoras para el ejército sitiador y además la inundación del campo de asedio. Tampoco con este aliado se podía contar en Puebla porque el clima es excelente en toda estación y no hay inundaciones.

El sitiador levanta el sitio cuando no siéndole posible tomar la plaza por asalto, se convence de que tampoco puede tomarla por hambre, como sucede, porque pueda recibir indefinidamente víveres y municiones, que fué el caso de los dos sitios de Veracruz durante nuestra guerra de reforma. No siendo ni pudiendo ser el General Miramón dueño del mar, era imposible tomar la plaza por hambre, á menos que hubieran faltado á los sitiados recursos con qué comprar víveres. No era este ni podía ser el caso de Puebla.

El sitiador puede levantar el sitio cuando el sitiado, haciendo una defensa activa, lo debilita extraordinariamente hasta acabar por derrotarlo ó hasta convencerlo que puede ser derrotado antes de que tome la plaza.

Para el éxito de la defensa activa se necesita :

Primero : que el sitiado tenga toda su fuerza ó al menos una buena parte de ella de la misma calidad ó mejor que la del sitiador;

Segundo : que el efectivo del sitiador sea deficiente;

Tercero : que la actividad de la defensa tenga lugar en el primer período del sitio.

El efectivo sitiador es deficiente cuando no puede sostener el ataque del sitiado debido á la debilidad de su línea de contravalación. Para que una línea de contravalación sea fuerte es indispensable no sobrepasar determinada relación entre la longitud de esa línea y el número de sitiadores.

Todo lo que estoy diciendo debía haberlo sabido el General Don Jesús González Ortega, jefe de la plaza de Puebla y el gobierno de Juárez que tenía la dirección de la campaña.

*
* *

Una autoridad militar inglesa dice : « El fin natural de la defensa pasiva de una plaza es la capitulación (1). »

Este concepto es el del adagio español : « Plaza sitiada, plaza tomada » El coronel Blume del ejército alemán escribe : « Casi siempre las defensas pasivas acaban por capitulaciones poco gloriosas (2). »

Por de pronto hay que convenir en que el gobierno de Juárez, escogió como mejor medio de defensa nacional, la destrucción segura del único

(1) Meade, *Plazas fuertes*, pág. 113.

(2) Blume, *Estrategia*, pág. 299.

ejército medio disciplinado de la República; ese gobierno condenó á su ejército á muerte por capitulación; poco importa que una capitulación sea ó nó gloriosa, lo que importaba en 1862, era prolongar á todo trance la resistencia para dar tiempo á los auxilios probables de los Estados Unidos, que eran seguros, porque la conquista de México tenía que ser humillante, perjudicial, imposible para los intereses morales, materiales y políticos de los Estados Unidos.

A ningún gobierno se le había ocurrido antes que al mexicano defender á una nación encerrándose en una plaza para capitular en ella. Los dos sitios de Zaragoza (1808 y 1809) no tuvieron por objeto concentrar en ellos la defensa de España, tuvieron lugar después de la destrucción de seis ejércitos activos y cuando había aún otros ejércitos activos, y la mejor prueba es que la célebre victoria de Bailén fué anterior al segundo sitio de Zaragoza y durante el primero.

¿ Se trataba, encerrando todos nuestros elementos de guerra en Puebla, de salvar simplemente el honor ó de otra cosa más importante, de impedir la conquista de la nación? Si lo que se quería era salvar el honor, era más elegante, más teatral, más caballeresco presentar en batalla campal con el sol de frente á nuestros 24,000 hombres al ejército francés y aguantarse la correspondiente derrota, dar las

gracias por el cruzamiento de armas al adversario y entregar el país al vencedor.

*
* *

En la guerra hay que contar siempre con el recurso de los desesperados; los desaciertos del enemigo. Se han dado casos en que el fuerte, por sus torpezas, haya dado al débil un triunfo completamente inesperado. Y los desaciertos del mando francés fueron suficientes para dar el triunfo á los mexicanos, los que no lo obtuvieron porque su jefe el general González Ortega y el gobierno de Juárez, á fuerza de impericia se esmeraron en hacer imposible la victoria.

En cualquier país del mundo, aun en los bárbaros, no se escoge para grandes operaciones de guerra al jefe que ridículamente ha fracasado, mostrando con escándalo su inmensurable ineptitud. En Roma, cuando un Cónsul sufría un descalabro ó derrota, se suicidaba ó perecía degollado por el pueblo ó los soldados; entre los piratas la regla fué colgar del tope del palo mayor al capitán que había cometido una falta grave; las hordas salvajes sacrifican á su dios feroz al jefe responsable de una derrota, y aun suelen comérselo; y en los países civilizados, el general González Ortega, después del Borrego, hubiera pasado á un consejo de guerra á recibir la

sentencia merecida por su incalificable impericia. Pero Juárez dispuso las cosas de otro modo; después del Borrego confió el mando supremo á González Ortega. Esta grave falta corresponde á la responsabilidad personal de Juárez,

CAPÍTULO IV

LOS RESPONSABLES DEL DESASTRE DE PUEBLA.

(1863)

Hay un axioma militar : No es la posesión de las fuerzas sino su empleo, lo que en la guerra decide del éxito. Una autoridad alemana del prestigio del Coronel Blume ha escrito : « La historia militar no concede admiración á la fuerza que retrocede ni á la prudencia que comete debilidades. La historia militar honra el nombre de los hombres que han sabido emplear enérgicamente y con éxito las fuerzas confiadas á su dirección, aun cuando no recojan los laureles de la victoria, y condena al contrario á aquellos que en la guerra no han hecho todo lo que podían (1). » En Agosto de 1862, hasta las piedras sabían en México que, como era de esperarse, el orgullo, el honor y la vanidad franceses no se habían de quedar con el golpe del 5 de Mayo y que el Emperador Napoleón había dado sus órdenes para enviar á México el

(1) Blume, pág. 76.

número de fuerzas necesarias con el objeto de derrocar al gobierno y dominar al país. La cifra de los refuerzos no era posible saberla, pero sí lo que se debía hacer, si la defensa estaba decidida.

Las guerrillas del Estado de Veracruz, se portaron admirablemente ejecutando un bello trabajo estratégico entre Orizaba y Veracruz; acosaban al enemigo por el hambre. Niox refiere los buenos resultados del ataque de las guerrillas veracruzanas.

« Toda la zona comprendida entre Orizaba y Veracruz estaba agotada. Costaba gran trabajo conseguir carne, en una región donde el ganado abunda en tiempos normales. El enemigo lo había arrojado hacia las montañas ó retirado muy lejos del camino y de los puestos avanzados franceses. En cuanto al trigo, esta región no lo produce y los guerrilleros colgaban á los que venían del Anahuac con víveres para Orizaba. La ración de pan, en cuya fabricación entraba la mitad de maíz, no era más que de 600 gramos por cabeza..... era necesario pedir siempre provisiones á Veracruz y el número de los carros era tan insuficiente que el general en jefe no creyó posible hacer avanzar á sus tropas sobre las altas mesas antes de haber asegurado sus provisiones y haberse procurado una gran cantidad de carretones y mulas (1). »

(1) Niox, pág. 223.

Desgraciadamente los hábiles guerrilleros de fino instinto estratégico, no formaban parte del estado mayor del ejército de Oriente. Al trabajo de las guerrillas faltó apoyo de combate, dirección y refuerzos para destruir.

Tres caminos tenía el ejército francés para subir á la mesa central; dos carreteros, el de Jalapa y el de Acultzingo y uno de herradura, el de Maltrata. El jefe del ejército de Oriente debió volar el Puente Nacional, camino de Veracruz por Jalapa, el Puente Colorado, camino de Veracruz por Acultzingo. La subida por el Infiernillo y Maltrata era un desfiladero angosto; debió ser volado en los tramos donde no había taludes, sino la roca cortada á pico y estos lugares eran numerosos. El camino de Acultzingo era otro desfiladero, ancho y debió ser volado en los tramos sin talud.

El ejército francés hubiera pasado, pero gastando tiempo, dinero, hombres y mulas. La fatiga también desmoraliza.

En la mesa central había nueve molinos de trigo que aprovecharon los Generales Berthier y Douay y el Coronel L'Hériller, para preparar su harina en gran cantidad. Bastaba haber volado los nueve motores hidráulicos para dejar enteramente quietos á los molinos. Las haciendas de toda la región estratégica, debieron ser registradas y todos sus granos conducidos á Puebla y sus ganados puestos

fuera del alcance del enemigo. De las poblaciones del Estado de Puebla comprendidas en la misma zona debieron ser extraídos todos los depósitos de víveres y los ganados de todas clases. Las sembraderas de maíz debieron ser arrasadas. Para todo esto tuvieron tiempo 20,000 combatientes más 12,000 ó 15,000 peones á quienes se les hubiera pagado con semillas y ganado. 30,000 hombres entregados á la destrucción desde 1º de Junio de 1862 hasta 1º de Marzo de 1863, en la zona que he marcado, hubieran dejado al ejército francés, al subir, en una posición muy comprometida, quedando obligado á recibir sus víveres de Veracruz y aun á pedirlos á los Estados Unidos.

Por impericia del general en jefe del Ejército de Oriente, no pasaron las cosas como debieron pasar. El coronel Niox nos enseña : « El 19 de Diciembre (de 1862) el general Bazaine se detuvo allí (Perote) y dispersó sus tropas en los alrededores, tanto para tranquilizar á las poblaciones, como para procurarse víveres. Se encontraron provisiones en gran cantidad y se reunieron mil ochocientas reses. El ejército podía vivir ampliamente sobre el país, sin preocuparse demasiado por los medios de transporte (1). » He aquí cómo el jefe

(1) Niox, pág. 239.

del Ejército de Oriente había resuelto la dificultad cariñosamente para el enemigo.

Y más adelante el coronel Niox, siempre lleno de satisfacción escribe : « Dichosamente, como lo dijimos, teníamos ya las subsistencias ampliamente aseguradas. Los artículos encontrados en la región alta, fueron suficientes para el consumo diario y para constituir una reserva de veinte días. Despreocupados con esto; el general en jefe pudo dedicar todos sus transportes al material de guerra (1). »

Niox nos edifica con sus enseñanzas cuando dice : « Los campos del Palmar y de San Andrés son bien cultivados. Las cosechas de maíz estaban aún en pie en la mayor parte de las localidades, por consiguiente el movimiento de las columnas francesas fué muy oportuno para impedir al enemigo que las tomara ó las destruyese. Obtuvimos trigo y sobre todo maíz. Los molinos del Palmar, de la Cañada y de San Andrés los transformaron en harina, lo que permitió hacer vivir á las tropas más fácilmente de lo que se creía.

Si el jefe del Ejército de Oriente hubiera sido militar, habría puesto en condiciones muy difíciles al general Forey en cuanto á víveres. Los víveres para cincuenta días para el ejército sitiador de Pue-

(1) Niox, pág. 242.

(2) Niox, pág. 242.

bla pesaban dos mil seiscientas toneladas, las que necesitaban de ochocientos carros y de diez mil mulas para ser transportados en un solo viaje. El término medio de carga de los carros del general Forey era tres toneladas, por ser los carros americanos más pequeños. Perdiendo mucho tiempo y con grandes dificultades, el ejército francés llegó á disponer para sus transportes (1) :

Carros franceses.....	108
Carros mexicanos.....	226
Carros americanos comprados en Nueva York....	250
Total.....	<u>584</u>

Respecto de mulas :

Compradas en Cuba.....	1100
— en Nueva York.....	1200
— en las Antillas.....	250
— en Tampico.....	116
— en diversos puntos de la costa.....	88
Total.....	<u>2754</u>

Se notará que si los gobiernos de los Estados Unidos y España hubieran sido leales con México, el general Forey hubiera tenido que esperar para moverse el tiempo necesario para pedir y recibir mulas de Europa.

Según Niox, los equipajes exigían mil cien mulas; quedaban para servicio de víveres, tiro, municiones

(1) Niox, pág. 242.

y demás material 1654 mulas. Si el general González Ortega y el gobierno de Juárez hacen su deber, contienen por lo menos cuatro meses más las operaciones sobre Puebla, las que hubieran comenzado en plena estación de lluvias, causando más molestias y fatigas al ejército sitiador y siendo posible reforzar las fuerzas de la defensa nacional.

*
* *

Una plaza fuerte debe tener una guarnición correspondiente á las dimensiones y clase de sus fortificaciones. Una guarnición insuficiente es peligrosa. Una guarnición excesiva es perniciosa. Conforme al plano de la plaza de Puebla fortificada en 1863 (1), su guarnición, comprendida la de los fuertes de Guadalupe y Loreto debía ser de 16,000 hombres. Una plaza media tiene poco más ó menos doce kilómetros de línea de fortificación exterior. La de Puebla tenía ocho mil cuatrocientos metros, considerando, como deben ser, los fuertes de Guadalupe y Loreto como obras avanzadas. Para una plaza muy bien fortificada, como lo estaba Puebla, cuyas obras de defensa honran á los ingenieros autores, Colombres y Beltrán, y cuya guarnición completa, suficiente, técnica, debe ser 16,000 hom-

(1) Niox, Atlas.

bres (1) ¿cuál debe ser el ejército suficiente para el ataque por sitio? La relación entre el efectivo del defensor y del ofensor se estima (2) :

<i>Efectivo del sitiado</i>	<i>Efectivo del ofensor</i>
Para un fuerte defendido por 1,200 hombres.....	9,600 á 12,000 hombres
Para una plaza, guarnición de 5,000.....	40,000 á 50,000 —
Para una plaza, guarnición de 9,000.....	54,000 á 72,000 —
Para 12,000 hombres de guarnición ó más.....	5 veces mayor —

Como las fuerzas mexicanas que defendieron Puebla durante dos meses no hicieron manifestaciones de debilidad, sino que por el contrario, probaron entereza y disciplina, deben considerarse entre los buenos para la defensa de una plaza y en tal caso el efectivo del sitiador debía ser

80,000 hombres

Un hermoso caso de plaza sitiada y asaltada, modelo en muchos textos, lo ofrece la plaza de Badajoz (España), donde la relación entre los efectivos

(1) Esta cifra es exacta; ante el plano de las fortificaciones he colocado á los defensores necesarios para cada baluarte, fuerte, reducto, cortina, plaza de armas, simple parapeto, etc., etc. llevando cuenta de reservas y reemplazos por bajas. (Nota del autor).

(2) *Attaque et défense des places fortes*. Ratheau, pág. 59. — *La misma materia*, Coronel Rysle, pág. 14. — General Goltz, pág. 22. — Coronel Hood, pág. 21.

del ofensor y del defensor se considera correcta, y fué :

Franceses al mando del general Philipone, sitiado.	5,000 h.
Ingleses al mando del general Velesley (después Wellington), sitiador.....	51,000

Pues bien, los franceses se decidieron á sitiar Puebla con una guarnición muy deficiente por su número que consistió en (1)

Infantería francesa.....	18,000
Caballería idem.....	1,400
Artillería idem.....	2,150
Zapadores idem.....	450
Trenes, ambulancia, administración.....	2,300
Tropas auxiliares mexicanas.....	2,000
Total.....	26,500

Como era debido, teniendo el general Forey su base de operaciones en Orizaba, para atacar á Puebla estaba obligado á establecer una segunda base y eligió á Amozoc, distante cuatro leguas de Puebla. En la iglesia parroquial de Amozoc se depositaron las municiones, los víveres para cincuenta días, que era lo que se había podido trasportar y en el pueblo se establecieron los hospitales y el abrigo para más de trescientos carros y dos mil seiscientas mulas. Los dos mil trescientos hombres de trenistas, ambulantes y de administración, ex-

(1) Documentos oficiales. Coronel Niox, pág. 247.

ceptuando los ambulantes de servicio en el campamento quedaron con quinientos hombres más como guarnición. En suma, quedó como fuerza efectiva para atacar á Puebla, 23,500 hombres.

La artillería era bien deficiente. En vez de piezas de sitio de 19 centímetros, el general Forey tenía piezas de sitio pero de calibre mínimo. Se componía su artillería de

Cañones de á 12 centímetros.....	14
De batalla.....	24
De montaña.....	12
Total.....	50

Cada pieza estaba dotada con 300 tiros y el resto de las municiones calculado para mes y medio. Resumiendo : el general Forey se presentó para atacar á Puebla el 15 de Marzo de 1863, con 23,500 hombres, 50 piezas de artillería, municiones para mes y medio y víveres para 50 días, es decir, hasta el 5 de Mayo de 1863.

Si la plaza resistía dos meses, y al mismo tiempo se impedía que el general Forey recibiera víveres y municiones, el sitio debía ser levantado y la victoria corresponder á los mexicanos. El General Forey tomó sus disposiciones en la creencia de que la plaza de Puebla debía resistirle muy poco tiempo.

*
* *

Veamos, pues, cuál era el estado de la plaza. Como fortificaciones buenas las representadas por las iglesias y conventos. Las construídas en pocos meses y con poco dinero, algo débiles; pero el solo hecho de que Forey llevase cañones de 0,12 centímetros (mínimo calibre de sitio) hacía subir notablemente el valor de las fortificaciones. En cuanto á la disposición de dichas fortificaciones era muy hábil. A los ingenieros no les faltó capacidad ni actividad, sino tiempo y dinero para hacer fortificaciones siquiera de segundo orden. Puede decirse que las fortificaciones de Puebla eran de tercer orden.

La guarnición se componía (1) :

Infantería.	19,357	hombres
Caballería	3,205	»
Artillería.	1,196	»
Ambulancia	172	»
Total.	23,930.	»

Comparemos los elementos necesarios para que la plaza de Puebla hubiera resistido cuatro ó seis meses, con los que de hecho tenía (1) :

(1) General Santibáñez, *Reseña del Ejército de Oriente*, tomo I. — Documento oficial número 11.

LOS RESPONSABLES DEL DESASTRE DE PUEBLA. 173

	<i>Debió tener</i>	<i>Tenía</i>
Guarnición, hombres.	16,000	23,930
Cañones y obuses.	400	166
Morteros	30	12
Proyectiles para boca de cañón y obús.	800	266
Proyectiles para boca de mortero.	500	100
Número de tiros por fusil conforme al arma usada en 1863.	600	95
Artilleros por pieza.	9	7
Artilleros auxiliares tomados á la infantería.	9	0
Pólvora para minas y armas, mínimo kil.	100,000	Cantidad insignificante.
Viveres, mínimo para.	120 días	45 días

Por lo que antecede se ve que si el plan de la defensa nacional consistía en la defensa pasiva de una plaza fortificada de tercer orden, ni siquiera el gobierno de Juárez había puesto á disposición del jefe los elementos necesarios. ¿Por qué? He dicho que el exceso de guarnición es pernicioso, y si en Puebla lo había al presentarse Forey, era porque en el gobierno de Juárez se ignoraba cuántos hombres eran necesarios para defender determinada plaza fuerte. Se creía que mientras más soldados tuviese una plaza era mejor. Esos 8,000 hombres de exceso en la guarnición de Puebla, representaban un obsequio al Minotauro llamado « *capitulación honrosa* ».

Había más de ciento cincuenta piezas de artillería en México de las cuales el gobierno pudo mandar

á Puebla más de cien, pero como se había proyectado también el desatino de defender la ciudad de México, en vez de hacer una cosa bien hecha, se hicieron dos malas : dejar con artillería insuficiente, tanto á México como á Puebla y si se hubiese proyectado defender todas las capitales y ciudades del país, se hubiera discurrido colocar medio cañón en cada plaza.

Lo mismo digo de las municiones : había suficientes para dotar á Puebla ; pero como también se proyectó defender á México, era preciso dejar incompleta la dotación de las dos plazas para facilitar al enemigo su adquisición.

« En vista de esto (de que el enemigo se aproximaba á fines de Febrero) tuve una conferencia con el señor general Paz, Comandante general de Artillería, respecto del estado de municiones y parque existentes en la plaza (Puebla) y tanto yo como dicho señor juzgamos ineficaces las que había para llenar el objeto á que estaban destinadas por su poco número y muy especialmente por la falta de pólvora para utilizar todos nuestros proyectiles.

« El señor general Paz me dirigió una comunicación en la que me decía el estado que guardaba nuestro parque, y que necesitaba de absoluta é imperiosa necesidad y con cuanta prontitud fuera posible unos 700 quintales de pólvora.

« No contento con esto por mi parte, mandé el día 22 del mismo mes de Febrero en comisión cerca del Supremo Gobierno á los señores coroneles Auza y Colombres, con el objeto de que manifestaran de viva voz, la necesidad que había de que se aumentaran el parque y los víveres con que contaba la plaza.

« En principios de Marzo, el señor Presidente acompañado de su Ministro de Relaciones, visitó la plaza de Zaragoza, allí volví á manifestarle la urgencia que había de que se me dieran los elementos necesarios que necesitaba la plaza (1). »

Veamos lo que importaba el pedimento del general González Ortega al gobierno del Presidente Juárez : 700 quintales de pólvora, á cuarenta pesos quintal (muy caro). \$ 28,000.

Proyectiles existían en abundancia en México y en cuanto á víveres se hubieran necesitado para cuatro meses : tenía el ejército para 45 días y la ciudad tuvo para dos meses y para dar al ejército durante quince días. Calculando población de Puebla y ejército en 100,000 almas, y necesitando víveres para otros dos meses, era indispensable proporcionar á la plaza seis millones de raciones. Previniendo á los habitantes de Puebla que el sitio debía durar seis meses y excitándolos á hacer pro-

(1) General González Ortega, Parte oficial al Supremo Gobierno relativo al sitio y defensa de Puebla.

visiones, éstos podían adquirir fácilmente tres millones de raciones, y el gobierno dar otro tanto. Un hombre en México puede vivir cien años alimentándose con tortillas, frijol, sal y agua.

Les tres millones de raciones importaban :

37,500 hectolitros de maíz á \$ 2 hectolitro	\$ 75,000
6,000 hectolitros de frijol á \$ 3 hectolitro	18,000
120 toneladas de sal.....	9,600
Total.....	102,600

Los víveres por valor de esta cantidad, sin que la nación hubiera desembolsado ni un centavo, pudo tomarlos González Ortega desde el mes de Julio de 1862, en que se decidió por el general Zaragoza que se fortificara la plaza de Puebla para defenderla. Del mismo Estado de Puebla, evitando al mismo tiempo que los franceses adquirieran víveres abundantes, el jefe del Ejército de Oriente pudo abastecerse espléndidamente. Juárez y González Ortega tuvieron ocho meses para surtir de víveres á Puebla, sin que el gobierno hubiera tenido que hacer el menor sacrificio de dinero. Y si no se hizo, fué porque faltaron dos cosas que necesita todo gobierno : inteligencia y acción.

No obstante que desde el 12 de Febrero de 1862, le pidió el general González Ortega, con grandísima urgencia á Juárez 700 quintales de pólvora, no se los mandó en 30 días contados desde la fecha

del pedido hasta el 15 de Marzo, día en que aparecieron frente á Puebla las cabezas de las columnas francesas. Y cuando el gobierno de Juárez envió víveres y pólvora ya no era tiempo, pues el general González Ortega escribe : « Pero los sucesos se precipitaron y ya no fué posible introducirlos (los víveres y municiones) á la plaza durante los citados treinta días (1) ».

No fueron los sucesos los que se precipitaron, porque los sucesos se llamaban *general Forey* que procedió con suma lentitud, debido á la falta de transportes. Los que se debieron precipitar á cumplir sus deberes fueron Juárez y González Ortega; pero la inacción característica del primero no sólo comprometió, sino que acabó de asegurar el desastre completo como resultado de la campaña.

Juárez también tenía resistencia de mandar elementos de guerra á Puebla, porque como había resuelto defender á México, no quería privar á la capital ni de un grano de pólvora ni de maíz. Pero como lo vieron los mexicanos, ni la capital fué defendida ni Puebla dotada como se debía. González Ortega debió no haber hecho caso alguno de Juárez; debió haberse provisto de víveres abundantes con sus armas, haber fabricado su pólvora y proyectiles durante ocho meses y haber impuesto prés-

(1) González Ortega, Parte oficial.

tamos forzosos al estado de Puebla, apoyado en la gran ley de la necesidad, y si salvaba la situación hubiera sido el primer ciudadano de la República y aclamado por el pueblo como Presidente.

*
* *

Una vez causados los perjuicios á la defensa nacional, por la inacción de Juárez y la ineptitud del General González Ortega, ¿pudo hacerse algo ó mucho para la patria desde el 15 de Marzo de 1863, día en que apareció frente á Puebla el General Forey?

¿Pudo haberse salvado la situación debido á los grandes desaciertos del General Forey? He dicho que este jefe se presentó con 23,500 hombres de efectivo de asedio y ataque, con 50 días de víveres y con mes y medio de municiones. He dicho también que el modo de vencerlo consistía en que la plaza resistiera más tiempo del que tardara el jefe enemigo en consumir sus víveres y municiones. Es evidente que el General francés no había pasado á González Ortega su estado de víveres y municiones; pero éste, con sólo tener noticia de los carros llegados á Amozoc, lo que era muy fácil puesto que las guerrillas mexicanas acosaban los convoyes, habría deducido la importancia que tenían los abastos de los franceses. Entonces todo el

esfuerzo debió consistir en oponerse á la llegada de convoyes al ejército sitiador, lo que era muy fácil.

El Ejército del Centro al mando del General Comonfort, se componía en Marzo de 1863, de 5,780 hombres, la mayor parte reclutas, con dos baterías máximas de batalla y tres de montaña (1). Sobraban en Puebla 8,000 hombres, puesto que había 24,000 y que la plaza exigía para su defensa técnicamente 16,000. Tomando de la plaza antes de la aparición de Forey 10,000 hombres, quedaban para defenderla 14,000, cantidad suficiente para resistir á 23,000 franceses y para que los 2,000 separados no hiciesen falta en los primeros días, no habiendo en ellos muchas bajas por enfermedades, ni la fatiga causada por la prolongación del sitio.

La guarnición técnica era de 16,000 defensores para cuatro meses, que podían ser reemplazados por 14,000 para veinte días, porque al calcularse los 16,000 se lleva en cuenta las bajas por el fuego, la deserción moderada y las enfermedades. Además si el ofensor emprende desde luego un ataque sin preparación, hay la casi seguridad de que sea derrotado no sólo por 14,000 defensores, sino por mucho menor efectivo. Las obras

(1) General Santibáñez, tomo I, dato oficial, pág 199.

defensivas y ofensivas y de aproximación, requieren algunos días durante los cuales no debe haber asalto y aunque lo hubiera, el número de 14,000 defensores es más que suficiente para bien resistirlo.

Ahora bien, agregando á Comonfort los 10,000 buenos ó regulares soldados de la plaza, hubiera adquirido un cuerpo de ejército de 16,000 hombres.

Veamos cómo había dejado el General Forey su línea de comunicaciones con Veracruz :

En Amozoc, segunda base de operaciones.	2,800 hombres
Entre Amozoc y Orizaba.....	00
En Orizaba.....	912
En el Fortín.....	100
En el Chiquihuite.....	200
En Paso del Macho.....	112
En Soledad.....	560
En Tejería.....	355
En Veracruz.....	865 (1)

Comonfort con sus 16,000 hombres, más media batería de grueso calibre, más dos de montaña, debió, tan pronto como apareció Forey frente á Puebla (15 de Marzo) lanzarse sobre Orizaba que contaba con *912 hombres* y tomar la plaza. El punto fuerte que tenía la pequeña guarnición era el pequeño reducto del Borrego y mientras la artillería lo desmoronaba, Comonfort podía tomar los víveres y municiones almacenados en la Ciudad y llevárselos ó destruirlos. Hecha esta opera-

(1) Niox, pág. 220.

ción debía barrer con los destacamentos del enemigo excepto el de Veracruz; y al volverse á la Mesa Central volar los tramos que pudiera del desfiladero del Chiquihuite. La operación de llegar á Orizaba y tomarla, podía hacerla en ocho días contados desde el 15 de Marzo. El General Forey se habría visto en la necesidad de enviar una columna fuerte sobre los 16,000 hombres de Comonfort. Esta columna para no exponerla á un fracaso, pues si la derrotaba Comonfort estaba perdido Forey, no podía bajar de 8,000 hombres. En consecuencia no habría quedado frente á Puebla, sin contar los harapientos soldados de Márquez, más que 13,500 franceses.

Al soldado mexicano lo caracterizan tres cualidades que hacen prodigiosa una infantería : resistencia á la fatiga como una mula, potencia enorme de marcha y sobriedad de ermitaño. Si la columna enviada contra Comonfort por Forey era pequeña, debía esperarla en buena posición y batirse, y si era grande, maniobrar, entretenerla, hacerse perseguir por el mayor tiempo posible.

Aun cuando la columna francesa perseguidora de Comonfort no le hubiera dado tiempo de tomar á Orizaba, hubiera ido dicha columna á esa Ciudad para reforzar su guarnición, salvar los almacenes y esperar á Comonfort. Éste debía entonces volver á subir á la Mesa Central, volando los tra-

mos bien escogidos de los desfiladeros de Acultzingo y el Puente Colorado y precipitarse rápidamente sobre Amozoc, segunda base de operaciones de Forey, que nunca estuvo fortificada. Este General hubiera tenido, para salvar todos sus víveres, carros y mulas, que desprenderse de otra fuerte columna para auxiliar á Amozoc. Forey se ha burlado de González Ortega y de los militares que dirigían la campaña en 1863, atacando Puebla con un efectivo muy insuficiente y dejando una línea de comunicaciones de 70 leguas guardada por 2,237 hombres que había entre Amozoc y Veracruz. Como el General Forey, aun cuando no era una águila como militar, no estaba loco, quiere decir que despreciaba profundamente las aptitudes militares de sus enemigos.

En el caso hipotético que venimos estudiando, si se hubiera hecho lo que se debía, destrozar la línea de comunicaciones del enemigo, Forey se hubiera visto obligado para conservarla, á levantar el sitio y esperar refuerzos de Francia ó á dividir sus fuerzas, quedando frente á Puebla un ejército de observación, impotente para sitiar y para impedir que González Ortega recibiera víveres y municiones, debido á su corto número.

Una vez corregida la torpeza é inacción del Gobierno de Juárez de dejar á Puebla sin los recursos más indispensables para resistir cuatro meses, ¿qué

hubiera hecho el General Forey, no pudiendo recibir víveres ni municiones y cuando sólo tenía él para 50 días los víveres y para mes y medio de municiones?

El General Forey se habría visto obligado á perecer de hambre y por el fuego no teniendo municiones frente á Puebla, ó á obrar en regla, guardando con la tropa suficiente su línea de comunicaciones, línea que necesitaba para ser bien guardada, en vista de los 16,000 hombres de Comonfort, lo menos de 12,000 hombres, pues no hay que olvidar que tenía 70 leguas de extensión. ¿Y si el General francés se desprendía de 12,000 hombres para estacionarlos á lo largo de la línea de comunicaciones y para escoltar sus convoyes, con qué fuerza sitiaba á Puebla? Con los 11,000 que le restaban.

« Esperando que los preparativos del sitio terminasen, dice el Coronel Niox, las tropas se limitaron á fortificar sus líneas y á mantener el asedio hasta donde lo permitía *la desproporción de un efectivo con la extensión considerable del perímetro vigilado*. Hacia el Norte, entre Santa María y Manzanilla, es decir sobre una longitud de más de dos leguas, se habían dejado solamente dos batallones de infantería, un escuadrón francés y alguna caballería mexicana (1) ». Como se vé no era ne-

(1) Niox, pág. 258.

cesario obligar al General Forey á que se desprendiese de muchas fuerzas para cuidar su línea de comunicaciones, para hacer infructuoso el asedio, hubiera bastado con cuatro ó cinco mil hombres.

Para restablecer la línea de comunicaciones de los franceses, si el General Comonfort se hubiera desprendido de Puebla con 16,000 hombres para marchar rápidamente sobre Orizaba; hubiera sido indispensable para el General Forey esperar la llegada de los seis mil hombres de refuerzo que procedentes de Francia llegaron á Veracruz el 30 de Marzo; le hubiera sido preciso reparar los puentes y tramos de desfiladeros volados; organizar el primer convoy en Veracruz con las mulas procedentes de Francia y escoltar éste con la fuerte columna que debió haber bajado á Orizaba para salvar los almacenes. No habiendo más que 200 carros en Veracruz, el convoy sólo hubiera podido subir 600 toneladas á la Mesa Central. Un mes de raciones mínimas francesas para las fuerzas de las Cumbres, Amozoc y Puebla, 30,000 hombres exigían una mayor cantidad de carros. Los carros de Veracruz sólo eran capaces de subir 20 días de raciones y ni un kilo de municiones.

La verdad es que el General Forey hubiera tardado, si Comonfort llena sus deberes, en constituir su línea de comunicaciones y aparecer con 20 días de raciones frente á Puebla, lo menos un mes. En

ese mes el gobierno mexicano podía haber integrado los dos mil hombres que faltaban á la guarnición de Puebla, para llegar á la cifra de 16,000 hombres de guarnición técnica.

Forey hubiera tenido que recomenzar el sitio con solo 40 días de víveres, contra una plaza asegurada para cuatro meses, con guarnición competente. La regla sabia de Comonfort debía ser, nó presentar batalla campal á un número de franceses superior á 4,000 hombres; excepto en el caso de 6,000 escoltando un convoy.

Puestas así las cosas, y así pudieron ponerse, la situación del ejército francés era muy peligrosa por los desaciertos de su jefe, debidos al sistema de desprecio establecido para todo lo que era mexicano, especialmente lo militar. La salud del ejército francés hubiera dependido de una batalla entre la escolta más ó menos numerosa de un convoy francés y 16,000 hombres de fuerzas regulares ayudadas de 2,000 guerrilleros. La victoria podía entonces haber sido de los mexicanos y una vez perdido un convoy, no había tiempo, ni escolta, ni tal vez moral para ensayar la subida de otro y el ejército frente á Puebla, sin víveres, tenía que acabar en capitulación por hambre, para lo cual bastaba que Comonfort rehusara sostenerle batalla. El hambre hubiera hecho todo.

CAPÍTULO V

LOS RESPONSABLES DEL DESASTRE DE PUEBLA 1863.

(*Continuación*)

Veamos cómo pasaron en realidad las cosas, haciéndolas funestas, primero la inacción de Juárez y después su indebida intervención directa en la campaña.

« El día 3 de Febrero del presente año, dice el General González Ortega, llegó á la Ciudad de Puebla de Zaragoza, el Señor General Don Ignacio Comonfort, en Jefe del Cuerpo de Ejército del Centro, comisionado por el Gobierno Supremo para acordar con el que suscribe, como General en Jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente, el plan de campaña que debía adoptarse en la guerra que la Nación sostenía contra la Francia, y muy especialmente en la defensa de las Ciudades de Zaragoza y México (1). »

Esto es sublime en el embrollo apelmazado de

(1) General González Ortega. Parte oficial.

nuestros errores y fantasías. El 27 de Octubre de 1862, el General francés Berthier salió de Veracruz con 5,400 hombres para ir á ocupar Jalapa, lo que logró sin dificultad. El primero de Diciembre de 1862, dos columnas de un efectivo de 5,700 hombres mandados por el General Douay salieron de Orizaba para establecerse tranquilamente en San Agustín del Palmar. Dos días después el Coronel L'Hériller con 2,200 hombres ascendió por los desfiladeros del Infiernillo y Maltrata para ocupar cinco días después á San Andrés Chalchicomula. Hacía un año y un mes que el país estaba invadido por los franceses y dos meses que lo estaba la Mesa Central en dos puntos, Palmar y San Andrés, más Jalapa en la vertiente oriental, por 14,000 franceses, representantes de la vanguardia del ejército invasor; cuando se le ocurrió á Juárez mandar á Puebla á Comonfort para que combinara con el General González Ortega un plan de defensa nacional. De modo que desde la ocurrencia ignominiosa del Borrego, todos los cerebros quedaron petrificados y sólo pudieron recuperar sus funciones ocho meses después. Durante ese tiempo el gobierno sabía ó nó sabía que estaba en campaña; pero no se le había ocurrido que debiera haber un plan. Debemos siempre felicitarnos que en la junta de guerra en que se trató de la rendición de Puebla no se hubiera tratado también del

plan de campaña para defender á Puebla antes que hubiera sido asediada.

Cuando en una nación en estado de guerra, hay dos ó más cuerpos de ejército, que deben obrar en combinación; es indispensable como la pólvora para que disparen los cañones y como los caballos para la caballería, que haya unidad de mando. La ignorancia militar de los Generales González Ortega y Comonfort no llegaba al grado de desconocer que sin la unidad de mando no podía haber acción combinada entre los dos cuerpos de ejército de Oriente y Centro y que, por consiguiente, las operaciones debían resultar, como resultaron, desastrosas. Convinieron ambos jefes en la necesidad urgente é ineludible de la unidad de mando y arreglaron pedir al gobierno, que si los franceses atacaban primero á Puebla, el General González Ortega tendría el mando supremo, y que si la primera plaza atacada era México, correspondería dicho mando al General Comonfort (1).

Pero Juárez no quiso que hubiera unidad de mando y discurrió lo *indiscurrible* en materia militar y fué que dos ejércitos de cuya combinación se esperaba todo lo bueno para el país, debían obrar, « con independencia uno del otro, no quedando entre ellos otra liga que las combinaciones acordadas y aprobadas mutuamente por los respectivos generales en

(1) General González Ortega. Parte oficial.

jefe de ambos cuerpos de ejército (1). » El gobierno de Juárez inventaba en momentos inoportunos el *mando bicéfalo* catastrófico hasta para dirigir la hechura de un par de pantuflas.

« Con la mayor pena, dice el General González Ortega, leí la comunicación de que me ocupo (2). » La del *mando bicéfalo*, desconocido en el mundo militar.

El General González Ortega poseía cualidades para ser buen general; era valiente, enérgico, y sabía mostrar voluntad inflexible siempre que tuviera la fortuna de entender de lo que se trataba. Era activo y tenía maneras afables y frases expresivas que le atraían serias y sinceras simpatías. Desgraciadamente todas estas grandes cualidades naufragaban en una ignorancia asombrosa. Si el General González Ortega hubiera tenido la instrucción profesional que exigía su alto cargo, hubiera salvado en Puebla la situación comprometida por los desaciertos del General Forey.

La responsabilidad del desastre completo en el sitio de Puebla es del género legal; ante la moral el jefe del Ejército de Oriente fué un brillante inventor. Creía que todos los generales franceses debían proceder para atacar las plazas fuertes como el General Lorencez el 5 de Mayo. No sospechaba que la con-

(1) General González Ortega. Parte oficial.

(2) General González Ortega. Parte oficial.

ducta de este general francés no había sido militar sino insensata. Desde el momento en que un jefe de plaza fortificada adquiere la convicción de que su enemigo sólo conoce un sistema de ataque, que es lanzarse como un potro bruto contra fortificaciones macizas, el triunfo tiene que ser la consecuencia forzosa, invariable, fatal del dueño de las fortificaciones. El General González Ortega estaba seguro de que el General Forey venía á México á dar la segunda edición del 5 de Mayo y naturalmente para el ejército de Puebla tenía que haber cosa mejor que el 5 de Mayo, porque se podían emplear ciertos refinamientos sanguinarios que no pudieron tener lugar en el ataque de 1862.

El estado de conciencia del jefe del ejército de Oriente, se revela tal como lo he presentado, en las líneas donde tranquilo y voluptuoso corre su pensamiento : « Los generales Carvajal y Rivera, dice el General González Ortega, con sus brigadas, lo mismo que el General O'Horán con la división de caballería que mandaba, no se han dejado encerrar en la plaza de Zaragoza, sino que para quedarse en ella han recibido de mi parte una orden expresa; pues la permanencia de dichas fuerzas en aquella Ciudad en los primeros días del sitio, *formaba parte de mi plan de defensa*, en atención á que esperaba *no un sitio formal*, sino un ataque rudo por alguno de los puntos no fortificados de la ciudad y quise

que las caballerías en uno de estos casos, me sirvieran para resolver la cuestión sobre la llanura, y no quedar expuesto á que me aconteciera lo que á los generales Berriozábal y Negrete el 5 de Mayo sobre los cerros de Guadalupe y Loreto, quienes después de haber rechazado y desbaratado á las columnas francesas no tuvieron una fuerza de caballería con que haber confirmado su triunfo de una manera absoluta, lanceando y aprisionando estas mismas columnas en medio de la confusión que produjo su huida (1). »

Se vé que el General González Ortega, no creyó en un sitio formal, sino en otro golpe á lo imbécil como el del General Lorencez el 5 de Mayo. Nuestro General ya había encontrado la « *lámpara de Aladino* » para derrotar siempre á los franceses, con la siguiente fórmula : Plaza fortificada, ocupada por mexicanos; ataque francés esmerándose en la derrota; caballería lanceadora para confirmar triunfo absoluto. Los franceses tenían que ser eternamente vencidos por tan sencillo procedimiento. México debía salvarse á fuerza de parapetos. El plan admirablemente sabio del General González Ortega, fué comunicado á Juárez, *quien tragó la píldora*, pues agrega el General : « Recuerdo que en una conferencia muy privada y confidencial que

(1) González Ortega. Parte oficial.

tuve en México con el Ciudadano Presidente, le comuniqué lo que dejo expuesto, como que formaba parte del plan de defensa que había adoptado (1). » Se comprende después de entendido el plan de nuestro General, porqué no se afectaba mucho con las deficiencias de víveres y municiones.

Juárez tuvo como plan de defensa nacional dos procedimientos enteramente contradictorios; defender con todo el ejército de que podía disponer las ciudades de Puebla y México dividiéndolo, lo que es un gran desanito militar y al mismo tiempo hacer una resistencia indefinida, cosa que cumplió. Es contradictorio querer hacer una resistencia indefinida y comenzar por sacrificar al ejército mexicano, en plazas fuertes, cuyo fin no podía ser más que la capitulación, perdiéndose armas, hombres, jefes, oficiales, moral, reputación. Concebir hacer una defensa indefinida y comenzar por entregar todos los elementos serios de esa defensa es una demencia difícil de explicar en la cabeza de Juárez y los hombres que le aconsejaban.

El General González Ortega destruye ese absurdo. La defensa de Puebla tenía por objeto asegurar el triunfo del ejército mexicano, en virtud de que el francés, siendo impetuoso, estaba obligado irrevocablemente á atacar la plaza de Puebla, sin prepa-

(1) General González Ortega, Parte oficial.

ración defensiva y ofensiva y sin apelar en ningún caso á tomarla por hambre. Esto era según el General González Ortega desconocido en los ejércitos franceses, no obstante la historia popular de los dos sitios de Zaragoza en España. González Ortega creía que los franceses se considerarían deshonorados y que, en consecuencia, tenían prohibido, por su Ordenanza, tomar la plaza por hambre, por una serie de ataques lentos y parciales ó por asaltos, consecuentes de sus obras técnicas de preparación. Ni el jefe del Ejército de Oriente, ni el gobierno de Juárez, tenían noticia del célebre sitio de Sebastopol que duró más de un año. Para nuestros directores militares y civiles de la campaña de 1863, el ataque y defensa de las plazas fuertes, no estaba sometido á reglas científicas, muy acreditadas en la práctica; era una cuestión de puro brío, una cuestión de caballos; un ejército holandés no podía atacar plazas por ser flemático, tampoco los ejércitos alemanes, ingleses, rusos. En cambio todos los países nerviosos tenían que asaltar las plazas fuertes de improviso, para ser derrotados. La derrota ante plazas fuertes era una propiedad imprescriptible, inevitable, preciosa de la raza latina. Juárez no era de raza latina, pero entendió y respetó sus misterios : la táctica y la estrategia latina era una simple afección de nervios; el mejor general tenía que ser una mujer histérica.

Parece imposible que se haya escogido una patraña como *fetichismo* de tahir para jugar la suerte de la Nación Mexicana. El General González Ortega no tenía la menor idea fija ni móvil sobre el ataque y defensa de las plazas fuertes, pues nos dice : « Los víveres y municiones de guerra existentes en nuestros almacenes, estaban calculados para treinta días, fundando el cálculo respecto de los últimos, sobre ataques fuertes y continuados á la plaza durante los citados treinta días ».

« Este fué el término, según lo que entendí, en que el Supremo Gobierno creyó que se resolvería la cuestión de armas, creencia de que participé yo también, fundándome en el brío y arrojo proverbial del ejército francés y la valentía y patriotismo del nuestro. Creí también que la resolución de ese sangriento problema no sería otra que la destrucción de ambos ejércitos (1). » Verdaderamente las creencias del general González Ortega eran completamente fúnebres y nada militares. Pero como él mismo asegura, eran las del Supremo Gobierno.

En suma, la defensa de Puebla, reposaba en la convicción sin fundamento, y una convicción sin fundamento es una ilusión de niño ó de adulto desequilibrado, de que los franceses no habían de intentar tomar á Puebla por hambre, ni por los

(1) General González Ortega, Parte oficial.

lentos y rigurosos procedimientos de un sitio científico.

*
* *

El general González Ortega omite en su parte oficial dar cuenta de un hecho importante, dado á conocer por un jefe liberal del Ejército de Oriente, que puso notas manuscritas en uno de los ejemplares del parte oficial impreso del general González Ortega. Estas notas manuscritas las ha visto Zamacois y las ha copiado. El jefe que escribe las notas parece ser muy inteligente como militar y dice : « A la una de la tarde (16 de Marzo de 1863) la columna que protegió á la vanguardia en la prolongación de la línea (de asedio) hizo alto en la Hacienda de la Manzanilla, en cuyo punto quedó apoyada su derecha. Al llegar á este sitio la fuerza que formaba la expresada columna, se encontró con grandes dificultades para situarse. El enemigo se encontró entorpecido en este punto. Ortega desde el fuerte de Guadalupe, lo observó perfectamente, é instado por los consejos del Coronel Colombres, ya había dado orden para que saliéramos sobre él 10,000 hombres de la plaza (1) ». « El autor de la nota manuscrita cree que el resultado de aquella salida debía ser sin duda la de-

(1) Zamacois, *Historia de México*, tomo XVI, pág. 377.

rrota de la columna francesa y que el descalabro de ella habría obligado á los sitiadores á dar un ataque brusco y decisivo, « que tanto nos convenía ó á que contramarchase ».

« En los momentos en que las fuerzas de la plaza se ponían en marcha, el Cuartel Maestre General Don José María González Mendoza, se presentó en el fuerte de Guadalupe, habló solo con Ortega y le manifestó que en su opinión el resultado de la salida sería funesto. González Ortega retiró su orden. »

No sólo una columna se vió en situación muy crítica ofreciendo grandes ventajas al ejército mexicano, si hubiera oportunamente atacado, sino casi todo el ejército, pues el capitán Loizillon, que venía en una de las columnas, dice : « Este movimiento (el de circunvalar á Puebla el 16 de Marzo) perfectamente ejecutado con mucha dificultad á causa de la falta de caminos, atravesando numerosas barrancas, ha sorprendido mucho á los mexicanos, quienes no han *tenido la audacia* de salir en los momentos críticos en que atravesábamos con nuestro material estas inmensas cortaduras llamadas barrancas (1). »

Este es el gran inconveniente de las defensas pasivas, se pierden las más bellas oportunidades de

(1) Loizillon, *l'Expédition du Mexique*, pág. 45.

obtener un éxito y se ganan todas las necesarias para ser derrotado.

El mismo capitán Loizillon, ocupado en el servicio de las paralelas frente á San Javier, escribió á su familia á la que no tenía necesidad de engañar, pues ni siquiera refería sus proezas : « El 23 (de Marzo) abrimos la trinchera. Los mexicanos probablemente nada comprendieron de lo que estábamos haciendo, porque no nos han molestado en lo más mínimo y en tres días hemos abierto nuestra tercer paralela perdiendo sólo dos hombres (1). »

No me ocuparé de los interesantes episodios del sitio de Puebla que no tienen relación con la obra de Juárez. Se los presentaré á mis lectores con toda verdad en el tomo de la colección que he resuelto escribir intitulada : *Las grandes mentiras de nuestra historia*.

*
* *

La noche del 13 Abril de 1863, salieron de la plaza de Puebla mil quinientos hombres de caballería al mando del general O'Horán acompañado del Coronel D. Vicente Riva Palacio, comisionado por el general González Ortega para hablar con general Comonfort y pasar después á México

(1) Loizillon, *Obra citada*, pág. 50.

con el objeto de conferenciar con el presidente Juárez.

El coronel Riva Palacio llegó á México la tarde del 15 de Abril y tuvo una conferencia con Juárez y cuatro de sus Ministros. « El comisionado dijo que empezaban á escasear los víveres y municiones de guerra, y esto hacía embarazosa la situación del general en jefe; que, en consecuencia, se presentaba comisionado expresamente por él, como jefe de su Estado Mayor para manifestar al supremo gobierno que era de urgente necesidad introducir en la plaza un convoy de víveres y municiones para que pudiera continuar su resistencia y cortar el camino de Orizaba para obligar á los contrarios á levantar el sitio (1). »

« Admitiendo que era tal la urgencia que el general en jefe veía de cortar el camino de Orizaba, que lo había autorizado al que hablaba para reunir todas las guerrillas que hubiese por el rumbo de Puebla y probar el ataque de alguno de los convoyes que les enviaban á los sitiadores. »

Ya era tarde, cuando el general González Ortega pensó hacer lo que hubiera sido fácil y de muy probable resultado espléndido, desde que el general Forey llegó á Amozoc el 9 de Marzo, porque hasta el 30 del mismo mes fué cuando llegó á Veracruz

(1) Coronel Riva Palacio, Parte al general González Ortega fechado en Tlaxcala, 20 de Abril de 1863.

el refuerzo de 6,000 hombres con material de guerra y mulas, que tanta falta hacían, habiendo estado un mes completo, la línea de comunicaciones de Forey en una debilidad sorprendente.

El coronel Riva Palacio, cumpliendo las órdenes de su jefe, quería romper con guerrillas la línea ya reforzada y atacar con ellas convoyes. ¿Para qué servía entonces ese Ejército del Centro? Se me dirá que para introducir víveres y municiones. La introducción de convoyes en una plaza sitiada no es una operación militar. Para introducir un convoy, para abastecer siquiera por un mes de municiones al ejército y de víveres á éste y á la población, es preciso dar una batalla campal al ejército sitiador y por supuesto ganarla. Mas hay que fijarse bien en lo siguiente; si un ejército de auxilio da una batalla campal al sitiador y la pierde, el convoy también se pierde y la plaza sigue atormentada por el hambre; y si la batalla se gana, el sitiador tiene que levantar el sitio y el convoy no es necesario, porque la plaza queda libre. Por lo tanto, los ejércitos de auxilio no se ocupan de convoyes, sino de dar batallas campales al sitiador.

Un ejército de auxilio debe ser capaz de hacer levantar el sitio dando una batalla campal, y si no tiene esa capacidad, su destino es la derrota completa. ¿Cómo era el Ejército del Centro ó de auxilio mandado por el general Comonfort? El señor gene-

ral González Ortega nos contesta : « El señor general Comonfort me dijo en una de sus cartas, en los primeros días del asedio de la plaza, que estaba al frente de un cuerpo de ejército improvisado y compuesto en su mayor parte de reclutas (1). »

Si esos reclutas, cerca de (6,000) hubieran sido incorporados en los 10,000 hombres de buena ó regular calidad de que se debió desprender la plaza antes del asedio, para formar el ejército activo de 16,000, nunca para atacar á todo el ejército de Forey, hubieran valido algo los reclutas : pero presentarlos solos á una tropa como la francesa, era mandarlos al desastre evidente y al ridículo.

El coronel Riva Palacio debió pensar que el enemigo en un mes que llevaba de sitio debió haber recibido uno ó varios convoyes, como en efecto sucedió. El 15 de Abril día en que el coronel Riva Palacio salió de Tlaxcala para la capital á conferenciar con Juárez, el general Forey recibió un convoy de 60 carros y dos días después uno de 90. Además, como el general Comonfort sólo cuidó, ya que había comenzado el sitio de Puebla, de recoger ó destruir los víveres de las haciendas cercanas á Puebla, no fijándose en las poblaciones de cierta importancia, resultó que el general Mirandol fué á Cholula, derrotó á la caballería del general Au-

(1) Coronel Riva Palacio, Parte al general González Ortega fechado en Tlaxcala el 20 de Abril de 1863.

reliano Rivera y se apoderó de gran cantidad de víveres. Lo mismo hizo el coronel Brincourt en Atlixco. Para quitar víveres poblanos al ejército francés, dispuso el gobierno de Juárez de ocho meses y pagó su inacción muy caro para su patria.

El 20 de Abril de 1863, cuando volvió el coronel Riva Palacio de Tlaxcala después de haber conferenciado con Juárez sólo quedaba un recurso que tocar; intentar la salida del ejército de Puebla. Esta operación es casi imposible de ejecutar en lo general. Desde el descubrimiento de las armas de fuego y en guerras extranjeras consignadas en la historia, sólo se conocen cinco casos de ruptura de sitio de plaza terrestre, de los cuales recuerdo tres : Salida del general Hammerstein de la plaza de Menin en 1794; del general D. Julián Estrada de la plaza de Hostalrich en 1810, y de la del general Grenier de la plaza de Almeida en 1811.

Pero en Puebla había, para que el éxito fuera bien probable, circunstancias excepcionales. Por el desprecio sistemático que empleaba el ejército francés con nuestras tropas no había construido al derredor de Puebla líneas de circunvalación y contravalación es decir, no tenía una doble línea de fortificaciones. No había más que tramos muy separados ligeramente fortificados. El efectivo del ejército sitiador era deficiente y lo era aun más el 1° de Mayo con motivo de las bajas sufridas por

fuego, enfermedades, prisioneros y desaparecidos.

- La regla general es que después de cuarenta ó sesenta días de sitio, los defensores están muy desmoralizados y los ofensores muy briosos. En Puebla, el 1º de Mayo pasaba lo contrario; el espíritu del ejército mexicano estaba muy levantado, sobre todo con el triunfo de Santa Inés y respecto del de los franceses, el coronel Niox nos dice : « Como consecuencia de este mismo fracaso (el de Santa Inés) el general en jefe convocó nuevamente á los generales de división y á los comandantes de artillería y de ingenieros; era la cuarta vez que en esta guerra de calles, se habían estrellado las tropas contra obstáculos insuperables : cada descalabro había sido pagado con la sangre de los mejores soldados. Se decidió al fin abandonar el sistema seguido hasta entonces (1). »

El capitán Loizillon, muy jactancioso y cuya convicción, antes del sitio, era que Puebla sería ocupada en siete ú ocho días, escribe á su familia después del golpe de Santa Inés : « Después de este triste negocio, hubo cierto desaliento; todo el mundo se preguntaba ¿qué medios vamos ahora á emplear? y nadie resolvía el problema. Todos convenían en que nuestros elementos en artillería eran insuficientes, y que era preciso esperar llegasen de Ve-

(1) Niox, pág. 256.

racruz los grandes cañones de la marina, antes de volver á emprender algo de nuevo (1). »

En los últimos días del mes de Abril é inmediatamente después del triunfo de Santa Inés, el general González Ortega, decidió romper el sitio en combinación con el general Comonfort. Se lo participó así, y este jefe cometió la torpeza de consultar á Juárez, quien cometió el gravísimo error de condenar el plan de salida y de ordenar á Comonfort que con sus reclutas introdujera el convoy de víveres. Semejante orden, desde el punto de vista militar, fué un desatino excepcional.

Si González Ortega intenta la salida y fracasa, no podía resultar cosa peor de la que resultó con la orden antimilitar de Juárez. En cambio, si González Ortega logra salir perdiendo la mitad de su fuerza, pone en ridículo al ejército francés ante todo el mundo. La gloria hubiera sido para el ejército mexicano, gloria muy superior á la del 5 de Mayo.

Si González Ortega hubiera logrado salir con las dos tercias partes de su efectivo, hubiera tenido México un brillante cuadro de veteranos para continuar la defensa. La orden funesta de Juárez condujo á la rendición y gran parte de los bravos soldados mexicanos fueron regalados á D. Leonardo Márquez, para convertirlos en traidores. La rendi-

(1) Loizillon, pág. 68.

ción de Puebla, según el parte oficial de González Ortega, se le debe á Juárez.

Es seguro que Juárez no dió tal orden absurda de que una chusma de reclutas ganara una batalla campal á los franceses para meter un convoy. Esa orden fué indudablemente de D. Miguel Blanco, el Ministro de la Guerra y aceptada por Juárez conforme á su política : dejar obrar á los Ministros, creyendo que sólo á ellos correspondía la responsabilidad. Este general fué el verdadero culpable; Juárez no estaba obligado á ser militar, ni á descubrir en el semblante de su Ministro de la Guerra su ignorancia y su capacidad; pero esto no impide que la responsabilidad de semejante orden sea una responsabilidad gubernamental, que nadie puede quitarle al Gobierno de Juárez.

Pero antes de Blanco hubo otro general más culpable : el general Comonfort, por haber consultado á Juárez una operación que no era de la competencia del gobierno, puesto que el mismo Juárez al negar la unidad de mando en la campaña de Puebla estableció el mando *bicéfalo*. Comonfort debió, pues, haber aceptado el proyecto de salida del general González Ortega ó haberlo combatido; su consulta fué gravemente perniciosa para la defensa nacional.

*
* *

Hemos visto que Puebla, para resistir al general Forey, sólo pudo presentar la mitad de las piezas de artillería que debió tener. El culpable de esta deficiencia incalificable fué Juárez, porque la nación había puesto en sus manos bastante artillería é inmensa cantidad de municiones de guerra.

« Los españoles en Diciembre de 1861 encontraron en el castillo (de Ulúa) 60 cañones de fundición inglesa y belga, de los tres calibres siguientes : 32, 68 y 80. También se hallaron tres morteros con excelentes cureñas del sistema giratorio que los Estados Unidos habían adoptado para la defensa de sus costas, y al lado de la batería (de San Miguel) otra batería de otros tres morteros de fierro de 14 pulgadas ascendiendo el número total de piezas de artillería con que la guarnición del castillo podía haber contestado á los fuegos de la escuadra á 196. Respecto á otros efectos de guerra se encontró un repuesto extraordinario de municiones y de bombas de á 36, 60, 80 y 120; 5,398 cartuchos de cañón rayado y en el foso que rodea al castillo un número considerable de granadas de 68 y 84 (1). » ¿ Porqué ese con-

(1) Zamacois, *Historia de México*, tomo XV, pág. 825. Tomada del parte oficial del jefe de la escuadra española, al tomar posesión de Veracruz el 14 de Diciembre de 1861.

siderable regalo á los invasores españoles cuando nuestra indigencia era espantosa? Porque el primer proyecto para oponerse á la invasión fué una locura; defender el castillo de Ulúa. No había hecho impresión ni en Juárez ni en nuestros militares directores la lección que nos dieron los franceses en el ataque á Ulúa. De nada sirvió que el general Scott en 1847, hubiera tomado á Veracruz en cinco días, sin hacer caso del castillo y sin que éste hubiera servido para defender la ciudad. Teníamos enfrente á España con una buena flota y á las dos más grandes potencias marítimas del mundo, Francia é Inglaterra, é íbamos á defender un castillo averiado, de tercer orden, que no servía, como lo probó el general Scott, para hacer invulnerable á Veracruz.

Se me puede objetar que la preparación de defensa del castillo se había hecho en vista de una guerra con España. Desde el 25 de Noviembre de 1861, ya Juárez sabía que se había firmado en Londres la Convención tripartita y los españoles desembarcaron en Veracruz el 14 de Diciembre de 1861. Además el Ministro inglés Wyke había notificado al retirarse en Agosto de 1861, que Inglaterra se apoderaría de los puertos de la República, para á sí misma pagarse. Pero aun cuando la guerra hubiera sido únicamente con España, esta potencia ya había aprendido del general Scott cómo se podía tomar

en cinco días á Veracruz sin que el castillo influyera más que para probar y comprobar su nulidad.

A última hora el gobierno de Juárez comprendió que la defensa del castillo era insensata y, como ya no había tiempo de salvar la artillería y demás efectos de guerra, perdimos ciento noventa y seis piezas, entre ellas sesenta nuevos cañones de fundición inglesa y belga. La gran desgracia de este país en sus guerras extranjeras ha sido la ignorancia de sus *glorias militares* en materia militar; lo que en vez de entristecernos lo hemos considerado digno de admiración. En efecto, personas del juicio y de la ilustración de los señores D. José María Vigil y D. Juan B. Híjar y Haro, nos dicen en 1874 hablando del general D. Ramón Corona : «..... el uno (el general Corona) era la personificación genuina del soldado del pueblo con su ignorancia en el arte militar (1). » ¡ Conque en las democracias los generales deben ser ignorantes! ¿ Y por qué no también los médicos, los ingenieros, los abogados, los marinos y todo el mundo? ¿ Por qué sólo han de personificar á los soldados del pueblo los ignorantes? ¿ A quién han personificado en los Estados Unidos generales tan capaces en el arte militar como Scott, como Jackson, como Sherman, como Grant? Conforme á la

(1) José María Vigil y Juan B. Híjar y Haro, *Historia del Ejército de Occidente*, pág. 163.

doctrina de los Sres. Vigil é Híjar, nuestro Colegio Militar, debe cerrarse para hacer honor á nuestra democracia, porque si sus alumnos resultan instruídos no podrán ser la representación genuina de los soldados del pueblo. ¡ Así le ha ido al pueblo en las guerras, extranjeras, por la ignorancia de los directores que han sido la personificación genuina, más que de la democracia, de la barbarie!

« Los cañones de la Fortaleza de Perote, fueron llevados á Puebla, para aumentar el número de baterías, aunque muchos de ellos quedaron tirados en el camino de un punto á otro (1). »

He dicho que el General Santa Anna con menos recursos que Juárez, levantó el año 1847 cuarenta y dos mil hombres; Juárez pudo presentar al enemigo en diez y nueve meses corridos desde que tuvo noticia de la invasión hasta la aparición del General Forey al frente de Puebla, lo menos cuarenta mil hombres. Colocando en Puebla, bien artillada, bien municionada, y bien provista de víveres, los elementos que tuvo la Nación, habría podido sostenerse largo tiempo, pues es hasta ridículo que una plaza como la de Puebla, centro de una comarca agrícola y cuando las cosechas estaban en pie en los campos y el ganado era abundantísimo y habiendo tenido

(1) Nota manuscrita por un jefe liberal del Ejército de Oriente puesta en el parte oficial del General González Ortega.

ocho meses para preparar su defensa, se haya rendido á los dos meses por falta de víveres. Pudo Juárez entonces colocar dentro de Puebla 16,000 hombres para que se sostuviesen cuatro meses y dedicar 24,000 á operar sobre la línea de comunicaciones del ejército francés, para impedir la llegada de convoyes, después de haber destruído ó tomado la gran cantidad de víveres que había en la zona, teatro de la campaña, y que tanto sirvieron al ejército francés, tan miserablemente dotado de medios de transporte.

Supongamos lo mejor para Forey, si el Gobierno de Juárez hubiera organizado y dirigido bien la defensa nacional; que se hubiera visto obligado á levantar el sitio por falta de víveres y municiones. No podía dar parte á Napoleón de un fracaso y recibir nuevos y considerables refuerzos antes de cuatro meses por lo menos; es decir la nueva campaña sobre Puebla no habría podido comenzar sino en Octubre ó Noviembre de 1863.

Juárez evacuó la Capital el 31 de Mayo de 1863 y no obstante haber aumentado la escasez de recursos por la pérdida del Estado de Puebla y de la Ciudad de México, no obstante el desaliento y no obstante las numerosas defecciones, había en Noviembre de 1863, de reciente organización :

Al mando de Uraga, con lo que atacó Morelia el 17 de Diciembre de 1863. .	10,000 hombres
Al mando de Arteaga, en Guadalajara. .	2,000
División Doblado, en Guanajuato. . . .	4,000
Brigada Patoni	900
Brigada Hinojosa.	2,000
Fuerzas de Garza, Méndez y Pavón, en Tamaulipas.	2,000
División Negrete	2,500
Brigada Rojas y demás fuerzas de Jalisco.	3,000
Brigada Pesqueira, en Sonora.	2,000
García Morales, en Sinaloa.	1,500
Álvarez, en Guerrero.	1,800
Total.	31,700 hombres

No tomo en cuenta las fuerzas del General Díaz, porque compensan las que sobraron del Ejército del Centro después de su derrota.

Si el levantamiento del sitio de Puebla hubiera retardado la nueva campaña, Juárez habría podido presentar al enemigo 60,000 hombres y si no discurrían encerrarse con el fin de capitular, sino maniobrar en guerra mixta regular ó irregular y con la mayor cantidad posible de infantería montada, se hubiera retardado un año por lo menos lo que se llamó la pacificación, y Maximiliano, tanto por lo formidable de la resistencia cuanto por estar ya decidida á fines de 1864 la victoria por los Estados Unidos, no hubiera venido y los franceses habrían tenido que retirarse ó declarar abiertamente su programa de conquista, con lo cual la intervención habría perdido la mayor parte de sus partidarios.

Antes de continuar, debo preguntar ¿hubiera mandado Napoleón los nuevos refuerzos, si Forey se hubiera visto obligado á levantar el sitio de Puebla, como estuvo á punto de hacerlo, no obstante todos los errores del Gobierno de Juárez y del General Ganzález Ortega? El Coronel Niox nos dice refiriéndose al Consejo de guerra convocado por Forey : « Las proposiciones presentadas fueron las siguientes (1) :

« Primera. Si era necesario, en presencia de la superioridad de la artillería enemiga, suspender los ataques y esperar la llegada de los cañones de grueso calibre que se pidieron al Almirante, jefe de la Escuadra del Golfo.

« Segunda. Si era necesario suspender el sitio manteniendo solamente el asedio de Puebla y marchar sobre México.

« Tercera. Si era necesario abandonar también el asedio y marchar sobre México con todo el ejército. »

Si el General Forey, antes del golpe de Santa Inés y debido sólo á la firmeza de los sitiados, estuvo á punto de levantar el sitio, lo habría hecho inmediatamente que se hubiera visto seriamente amenazado de la falta de víveres y municiones.

No hay que olvidar que cualquiera que haya sido

(1) Niox, pág. 266.

el proyecto de Napoleón III, para intervenir en México y fundar el trono de Maximiliano, la ejecución reposaba sobre la certidumbre de que la gran nación Norte Americana había desaparecido, quedando en su lugar dos naciones que se odiaban entre sí é impotentes individualmente para contrariar, según el Emperador francés, sus designios en América. Tal certidumbre en la ruina del poder de los Estados Unidos pareció evidente en 1861 y 1862 y primeros meses de 1863.

El 14 de Mayo de 1863, el General Grant había vencido al General confederado Johnston, en Jackson. El 4 de Julio el General Pemberton se rindió á discreción en Vicksburg al General Grant, quien por el éxito de su campaña se colocó en el rango del primer general de la Unión. Casi en el mismo día el General Lee era derrotado en Gettisburg por el ejército del Potamac. Estas grandes victorias cambiaban el aspecto de la guerra, indicando el triunfo final para el Norte y tenían que cambiar también el aspecto de las intenciones de Napoleón respecto de México. ¿Iba á exponer mayor número de hombres y más millones en un proyecto cuya base estaba completamente arruinada?

TERCERA PARTE

LA DEFENSA NACIONAL

SEGUNDO PERÍODO

CAPÍTULO I

LOS PROYECTOS DE NAPOLEÓN.

Ocupada la Capital de la República en Junio de 1863, por el general Forey, llegaba el momento de que Napoleón III descubriera sus verdaderas intenciones respecto de México. ¿La expedición significaba una intervención ó una conquista? Si Napoleón quería convertir á México en colonia francesa, el asunto tenía dos soluciones racionales, históricas, inevitables :

Primera. Establecer en el terreno ya conquistado un gobierno militar francés mientras se terminaba la conquista y continuar rápidamente ésta hasta su conclusión ; Segunda. Establecer un gobierno mexicano que pidiera la anexión á Francia, como había

sucedido en Santo Domingo respecto de España.

Si Napoleón lo que se proponía con su intervención era adquirir determinada fracción del territorio mexicano, había también dos procedimientos que seguir : proponer á Juárez la paz en cambio del territorio deseado ó establecer en la Ciudad de México un gobierno mexicano dispuesto á ceder territorio. Conseguido esto, las fuerzas francesas debían retirarse de la República, sin preocuparse de la suerte de los gobiernos que en ella quedasen ni por sus asuntos interiores.

El General Forey comenzó por establecer un gobierno mexicano. ¿Con qué hombres? Napoleón desde 1º de Noviembre de 1862, siete meses antes de la ocupación de la Capital, ordenaba al general Forey : « Una vez dueño del país, será preciso que vos mismo nombréis un gobierno provisional compuesto de hombres recomendables de los más adictos á nuestra causa (1) ». ¿Cuál era esta causa? La intervención armada no era más que un medio para hacer triunfar la causa.

En las mismas instrucciones, Napoleón decía á Forey : « Veré con gusto que Almonte forme parte del gobierno provisional. El orden una vez establecido, creo necesario que antes de reunir cualquiera asamblea, que todo el pueblo mexicano vote si desea

(1) Gaulot, *Réve d'empire*, pág. 124. Napoleón á Forey, 1º de Noviembre de 1862.

monarquía ó República, por medio del sufragio universal. En ningún caso aceptéis un voto cualquiera antes de que estemos en la Capital y que vos mismo hayáis establecido un gobierno á vuestra satisfacción, pues de lo contrario corremos el riesgo de ser víctimas de un escamoteo ».

Estas órdenes prueban que Napoleón veía las cosas á la europea : una vez tomada la Capital, toda resistencia cesa y el orden queda restablecido en todo el país. Sólo así era posible que, como lo quería Napoleón, votase todo el pueblo mexicano. Muy experto en fraudes y farsas electorales, sabía dos cosas : el sufragio popular en manos de un pueblo poco civilizado es el sufragio de su gobierno y por tal motivo, Napoleón ordenaba que antes de cualquier voto se estableciera un gobierno á satisfacción de Forey, para que el voto del pueblo fuera el voto de Forey. Según las instrucciones de Napoleón que acabo de copiar, las intenciones del Emperador, eran establecer en México el gobierno monárquico ; pero éste podía ser el suyo y quedar México anexado á Francia. Tales instrucciones no decidían si el objeto de la intervención era la conquista de México por Francia.

El 14 de Febrero de 1863, Napoleón modificaba sus instrucciones de 1º de Noviembre de 1862 á Forey : « Es necesario, le dice, que una vez restablecida la tranquilidad se consulte á la nación, sea

por una especie de sufragio popular ó sea nombrando un Congreso por uno de esos medios revolucionarios, cuya costumbre y tradición posee México ». Le dice además: « es necesario que en México seáis el amo sin aparentarlo (1). »

Como todas las instrucciones de Napoleón á Forey eran reservadas, los mexicanos sólo podían guiar su conciencia por los actos ostensibles de la intervención.

El general Forey expidió un decreto designando 35 personas escogidas por Saligny, para que éstas eligieran un gobierno provisional formado de tres individuos y para agregarse hasta 215 personas con el objeto de organizar la Asamblea de Notables, que debería elegir la forma de gobierno (2). » Saligny, en 1863, era execrable para los liberales, despreciable para los moderados, adorable para los clericales. Saligny era el súbdito del clero, el súbdito de los agiotistas, el agente de Jecker, el lacayo de de Morny. Dada á Saligny la facultad de designar la Junta de donde debía emanar la forma de gobierno, era poner la situación enteramente á su discreción, contrariar la proclama liberal de Forey del 12 de Junio y marcar la intervención como agencia de negocios sucios, de reclamaciones inicuas, de procedi-

(1) Gaulot, *Réve d'empire*, pág. 125.

(2) Decreto de Forey de 16 de Junio de 1863.

mientos fraudulentos : equivalía á nombrar regente á de Morny, asociándolo al clero, combinación imposible. Napoleón no había ordenado semejante falta; pero el General Forey se distinguía por lo tonto, presuntuoso y cortesano de la especie más servil.

Por otra parte, Forey no tenía de quien aconsejarse para nombrar las 35 personas agentes del complot monárquico. Napoleón le recomendaba que las escogiese entre las más adictas á la causa intervencionista y éstas no podían ser más que las clericales. Forey debió haber intentado formar la Junta con moderados, previamente ganados á la causa monárquica y los habría encontrado después de su proclama liberal del 12 de Junio. Cuando Napoleón comprendió la falta de Forey y la intriga de Saligny, los separó inmediatamente de la intervención. Cuando Napoleón ordenó á Saligny que volviera á Francia, el partido clerical improvisó una manifestación nacional suscrita por la mayoría de los Ayuntamientos de que disponía, suplicando á Napoleón conservase á Saligny como el hombre necesario para la realización de las ideas generosas del Emperador.

El partido conservador condenaba el negocio Jecker y no estaba dispuesto por interés propio á que la camarilla de Morny saquease al indigente erario mexicano.

Debió, pues, desprender su causa para mantener-

la honorable á sus propios ojos, de la causa del agio fraudulento. No haberlo hecho prueba, no falta de talento en los prohombres intervencionistas, pues de sobra lo tenían, sino falta de posibilidad. Separando los negocios Jecker, que eran muchos, de la causa de la intervención, no habría tenido lugar ésta. El partido conservador para conseguir el auxilio francés con el objeto de derrocar al gobierno liberal estaba obligado á entregarse á Napoleón, atado de pies, manos y conciencia.

El objeto principal de la intervención para el clero era la devolución de los bienes que la Reforma le había quitado y la seguridad para los que había ocultado, que era la mayor parte. En su primera palabra el General Forey había arruinado las esperanzas del clero; los bienes que había perdido no se le devolvían. Por de pronto no quedaba más que un recurso : hacerse del gobierno clerical como regla, y como excepción hacer que este gobierno expresase en las actas del sufragio popular que debía sancionar las resoluciones de la Asamblea de Notables, cualesquiera que fuesen, el vivo deseo del pueblo mexicano de conservar la dominación eclesiástica, reconociendo con alegría inefable todos los derechos, prerrogativas y bienes temporales y espirituales de la iglesia. Napoleón, ante la voz nacional, tenía indudablemente que ceder y anular sus disposiciones relativas á las leyes de Reforma. Lo

interesante era también fijarse en el catolicismo del futuro Emperador de México, y el designado por Napoleón aparecía como clerical de buena marca; no podía ser mejor ésta, « Hapsburg », marca con título apostólico y rival de la muy acreditada « Borbón » de España. Además Don José María Gutiérrez Estrada y Don Francisco de P. Arrangóiz catadores distinguidos de las conciencias de los príncipes, garantizaban el clericalismo de Maximiliano de clase tan sobresaliente como el de Fernando VII de España.

*
* *

¿Era prueba de que la Asamblea de Notables, al proclamar la Monarquía y designar al Archiduque Maximiliano como Emperador de México, no entraba en los planes de Napoleón anexas México á Francia? La intervención de Maximiliano en el asunto garantizaba completamente las promesas de Napoleón de no ambicionar la posesión de México ni de ejercer protectorado en el país. Precisamente para que Maximiliano no aceptase el trono de México, la Reina Victoria de Inglaterra le ofreció el trono de Grecia vacante por haber derrocado los griegos á su Rey Othón. Valía más ser Rey verdadero de Grecia que *gouverneur* ó *préfet politique* de Napoleón III en México. Un Archiduque

de la casa de Austria no podía aceptar convertirse en empleado de un Emperador sin nobleza, sin padres, sin pergaminos como Napoleón. El Emperador de Austria Francisco José jamás hubiera consentido en semejante oprobio ni tampoco las Cámaras Austriacas. La presencia de Maximiliano en México hacía imposible la anexión y el protectorado. Siendo imposible en este caso anexión y protectorado, el trono de Maximiliano garantizaba la posesión libre, por lo menos de la mayor parte del territorio, por los mexicanos y su nacional soberanía.

Pero semejante garantía no podía ser seria sino hasta que Maximiliano hubiese tomado en México posesión de su trono. Entretanto el ofrecimiento de la corona mexicana por Napoleón al Archiduque Austriaco podía ser un cordial, estilo 2 de Diciembre, para *decembrizar* á México como lo anunciaba indignado Quinet. En Junio de 1863, no había entre Napoleón y Maximiliano ningún convenio ni nada serio. El convenio de Miramar fué firmado el 10 de Abril de 1864. Podía Napoleón al estipular el convenio incluir en él cláusulas inaceptables y desechar á todos los príncipes que para substituir á Maximiliano propusiesen los Notables de México, hasta que la designación recayera en un miembro de la familia de Napoleón.

La aceptación del trono de México por Maximiliano no garantizaba que Napoleón, para cobrar los

gastos de la guerra y la recompensa por los inmensos beneficios con que abrumaba á los mexicanos, anunciase quedar satisfecho con algunos centenares de miles de kilómetros cuadrados del territorio nacional.

Las promesas de Forey de respetar la integridad territorial y la independencia de México tenían que cotizarse á vil precio, como todas las que hacen los *irresponsables*. Los mexicanos estaban cansados de recoger únicamente decepciones como frutos de las promesas. El tiempo de hablarles había pasado; engañarlos era muy difícil.

Las personas cultas, sobre todo, tenían derecho á desconfiar de una obra que sólo se emprendía á causa de la generosidad de la Francia. La generosidad de Francia, es un mito como la sabiduría del buey Apis, como la hidalguía de España, como el sonambulismo de Alemania, como el humanitarismo de los Estados Unidos. En punto á moral y justicia todas las naciones son iguales. Su ideal es su progreso á costa del bien propio ó del ajeno; todas tienen la misma religión, la fuerza; todas tienen la misma virtud, el egoísmo; todas buscan el triunfo de sus conveniencias en la lucha implacable por la vida; su voluntad es siempre la de la bestia, saciar su apetito; las víctimas se clasifican como simples manjares; comer pueblos es un derecho tan sagrado como comer codornices.

La generosidad de Francia aparece por la primera vez en la guerra de independencia de las colonias inglesas de la América del Norte. Los auxilios secretos que recibieron los norte-americanos para su guerra de independencia emanaron de Francia y España. Los auxilios públicos fueron proporcionados por las mismas dos naciones; la guerra se hizo contra Inglaterra y por el tratado de Versailles (1783) España obtuvo la devolución de las Floridas y de Minorca. Francia obtuvo la devolución por Inglaterra de las cinco Ciudades del Indostán, de Tabago, Santa Lucía, San Pedro y Miquelon en América; del Senegal y Gorea, en África. Quedó borrado lo relativo á Dunkerque en el tratado de Utrecht. Los Estados Unidos no pagaron la generosidad de Francia, sino el vencido, Inglaterra. Francia prestó un eminente servicio á los Estados Unidos y la recompensa que obtuvo fué bien inferior á sus sacrificios; pero el hecho fué que la ayuda no fué gratuita. En el caso de México, el vencido debía ser destruído por no tener con qué pagar y era claro que pagaría mucho ó poco el favorecido. El episodio de la generosidad de Francia en la guerra de independencia de los norte-americanos, no era prueba de que la intervención francesa sería gratuita para México.

El segundo ejemplo de generosidad de Francia se nos presenta en el paseo triunfal de sus ejércitos

por toda Europa derramando con profusión su sangre y la semilla de los redentores principios de 1789. Desgraciadamente no se limitó á derramar esas dos cosas, sino que sin medida derramó también contribuciones expoliadoras para enriquecer á Generales famélicos é insaciables; derramó la muerte sobre millares de seres que resistían á la *napoleonización*, derramó la injusticia privando de sus propiedades á gran número de familias para formar feudos á los magnates recién paridos por el vientre infatigable de la gloria militar; derramó el dolor, el espanto, la miseria y la desesperación en todas las naciones que la *espada* desmembraba, desgarraba, cintareaba; derramó, por último y á torrentes, la tiranía ilimitada de los soldados de fortuna; cayeron los tronos de los reyes, para levantarse en su lugar los de los sargentos; caía el absolutismo tradicionalista para que se levantase el militarismo conquistador, más punzante, ofensivo y ruinoso para las libertades individuales. Ningún derecho tuvo defensa, ninguna ley inviolabilidad, ninguna costumbre respeto, ningún individuo seguridad, ninguna propiedad garantía, el saqueo se derramó como un océano y las más bellas obras de arte fueron robadas al mundo conquistado para adornar París, como á manceba de salteador de caminos.

Los ejércitos de Napoleón I marchaban por

Europa derramando la semilla de los principios de 1789; pero el surco se abría con maldad, se labraba con tiranía, se regaba con iniquidades; la cosecha tenía que ser lo que fué : una monstruosa reacción á favor del viejo absolutismo. Napoleón I había derrocado á los tiranos para á todos absorberlos con todos sus vicios y centuplicarlos en su propia persona. La tiranía demente había soñado encerrar á los pueblos no en los templos, ni en las cárceles, ni en las preocupaciones, sino en el puño de una simple espada, siempre desnuda, siempre conquistando, siempre empeñada en la reducción de toda la actividad humana á un cerebro, el de Bonaparte; á un ideal, el de su ambición; á una voluntad, la inflexible de su pesadilla, aplastar al mundo. Esas semillas derramadas tan generosamente dieron un fruto amargo : infundir terror por la libertad, porque así habían llamado los jacobinos y Napoleón á su inconmensurable tiranía. Europa pagó muy caro la semilla revolucionaria de su libertad. La generosidad de Francia no fué, pues, gratuita.

La generosidad de Francia en el caso de la independencia de Grecia no entusiasma á las personas reflexivas. Tan generosa fué Francia, como Rusia é Inglaterra. Las naves de las tres naciones se batieron en las aguas de Navarino. El pueblo francés quiso libertar á Grecia desde su insu-

rrECCIÓN en 1821; pero su gobierno retardó el auxilio hasta que vió que Rusia en nombre del cristianismo ortodoxo y guerrero encontraba un pretexto para invadir á Turquía é instalarse en Constantinopla. Inglaterra tuvo también que fingirse generosa para evitar la toma de Constantinopla, y Francia, tanto por la cuestión de Oriente como por ser la potencia guerrera predilecta de Europa, no podía dejar de tomar parte en una guerra. El que toma el lugar de primer valiente en su hemisferio ó en el globo, está obligado á brillar en todas las guerras para no perder su lugar. El Gobierno francés, que había invadido á España para sostener el absolutismo, no podía tener entusiasmo por la libertad de Grecia. La intervención de las tres potencias, Rusia, Francia é Inglaterra, es una vergüenza para el mundo civilizado, porque tuvo lugar cuando habían ya perecido por la cimitarra turca más de doscientos mil griegos y cuando todas las ciudades y pueblos estaban arrasados. En el caso de Grecia no sólo los liberales, sino también los católicos, deben avergonzarse, porque de todos modos eran cristianos los que servían á las horribles hecatombes turcas y egipcias. Todas las naciones cristianas de Europa, presenciaron ocho años una lucha política, social y religiosa en la que un pueblo débil, implorando el auxilio del universo en nombre de todo y de

cualquier cosa, se iba ahogando en su propia sangre con la certidumbre de extinguirse rebanado por los alfanjes de conquistadores que nunca concibieron la piedad. Y ese pueblo en vía de completo exterminio era el último ejemplar de la raza fundadora de la civilización europea. La salvación de Grecia fué el resultado de un compromiso de lobos, en ningún caso un rasgo de sublime generosidad.

Los generosos fueron los individuos franceses, ingleses é italianos que dieron su vida por la emancipación de Grecia como Ballesté, Byron y Santa Rosa. El clero indiferente ante la catástrofe de los griegos probó una vez más que el catolicismo no es cristiano.

La intervención de Francia é Inglaterra en Bélgica en 1831 ciertamente puede calificarse como generosa, siempre que no se reflexione que ha habido un poderoso partido en Francia cuyo ideal es la anexión de Bélgica. Si Francia no ha intentado nada contra esa nación ha sido por Alemania é Inglaterra que terminantemente se opondrían á la absorción de Bélgica por los franceses.

La generosidad de Napoleón III para los italianos, expresada por la campaña de Italia, en alianza con el rey del Piamonte, contra Austria, fué al fin recompensada con la cesión de Niza y la Saboya á Francia. No fué gratuito el servi-

cio prestado por Napoleón á la unidad italiana. Pero Napoleón no había ayudado generosamente á la unidad italiana, pues fué el protector de Francisco II, rey de Nápoles, impidiendo con la flota francesa el bloqueo de Gaeta, hasta que Inglaterra, en nombre del principio de no intervención, le pidió que la retirara. Inglaterra obró á petición de los italianos unionistas.

No conozco más que dos casos de verdadera generosidad enteramente gratuita de Francia; la intervención en España, en 1823, y en la República Romana, en 1849. En ambos casos la intervención tuvo un éxito completo. En España quedó restaurado el absolutismo y en Roma el poder temporal pontificio.

Sería yo injusto si negara que el pueblo francés ha mostrado siempre, después de su gran revolución, simpatía por la causa de la libertad de los otros pueblos; pero también la ha mostrado por la causa de las más atroces tiranías. Francia es la nación más dividida que existe en el mundo. Desgraciadamente la fracción generosa ha sido la republicana que hasta 1873 no había tenido en sus manos el gobierno más que muy poco tiempo.

Es un hecho que la intervención francesa no fué originada por un vuelo generoso del pueblo francés. Gaulot dice que la expedición de México fué siempre antipática al pueblo francés, por no haber

entendido su grandeza. Debió Napoleón explicársela en términos que la entendiera. La expedición de México, tuvo por objeto colocar en el trono de este país á Maximiliano; pero ¿qué objeto se tuvo al colocar á Maximiliano en el trono? Al pueblo francés no podía entusiasmarle cometer un atentado internacional por dar un trono á un príncipe austriaco que no le había hecho ningún servicio.

La idea napoleónica de poner un dique á la ambición de los Estados Unidos no podía entusiasmar á un pueblo como el francés, mucho más ambicioso que el norteamericano en materia de conquistas. La causa sudista norteamericana tan simpática á Napoleón y tan ardientemente sostenida por sus periódicos « *Le Constitutionnel*, « *La Patrie* » y « *Le Pays* », era muy antipática al pueblo francés, que veía en ella la causa de la esclavitud con el abominable programa de extenderla en la América latina. Los confederados norteamericanos no representaban á un pueblo oprimido y doliente que busca la libertad por la independencia; representaba á un pueblo opresor que se irrita porque le ponen límite en sus maldades. La causa del Sur no podía ser simpática para ningún pueblo libre y honrado. Su triunfo podía convenir mercantilmente á Inglaterra y Francia; no era una causa digna de la civilización, no pasaba de negocio sucio, de crimen social. Las masas tienen una alma

muy distinta de la de los diplomáticos; les gusta todavía la justicia.

*
* *

A los mexicanos ilustrados tampoco podía entusiarlos la obra gloriosa de Napoleón, de fundar una monarquía en México, para que los Estados Unidos no le absorbiesen. Á un pueblo débil se le puede dotar de un gobierno fuerte; pero esto no convierte á una nación de cuarto ó quinto orden en potencia militar de primer orden. Lo que era necesario para impedir la absorción de México, era hacer fuerte á la nación y esto no se consigue recargándola de deudas, aplastándola con bonos Jecker, y poniendo á su cabeza un príncipe sin cabeza. Aun cuando Maximiliano hubiera sido un genio, no hubiera tenido tiempo para resistir á cualesquiera de los vencedores en los Estados Unidos, sudistas ó nordistas. Tan débiles eran los mexicanos con ó sin Maximiliano para resistir á los seiscientos mil soldados unionistas de los Estados Unidos, como á los trescientos ó cuatrocientos mil de los confederados, si hubieran triunfado.

Por otra parte, si Napoleón quería hacer algo serio contra la potencia de los Estados Unidos ¿ por qué no tomó el camino racional directo, y dió auxilio moral, militar y pecuniario á los sudistas, en el

momento en que éstos estuvieron á punto de triunfar? Yo creo que lo pensó y que si no lo ejecutó fué porque casi al mismo tiempo que recibía la noticia de la ocupación de la ciudad de México, recibió también la muy sensacional de la derrota del general Lee en la batalla de Gettysburg. Se ha considerado que esta derrota salvó la causa de la Unión y por consiguiente destruyó los planes efectivos de Napoleón respecto de los Estados Unidos y México. La batalla de Gettysburg desprendió de la intervención el verdadero proyecto napoleónico.

La historia de Francia enseñaba á los mexicanos cultos que su generosidad no había sido gratuita más que en los dos casos que habían tenido por objeto favorecer los intereses del clero. La proclama de Forey del 11 de Julio de 1863, era abiertamente contraria á las pretensiones del clero, luego tocaba á México el caso de pagar la factura de la generosidad. México no tenía dinero, luego el pago tenía que hacerse en kilómetros cuadrados de territorio.

• •

No obstante todo lo que acabo de exponer, hay un hecho que en mi concepto prueba que en el programa de Napoleón había algo más que el deseo de tomar un pedazo más ó menos grande de nuestro territorio. ¿ Qué necesidad tenía Napoleón de Almonte

y socios, de indisponerse con el pueblo francés, de irritar al de los Estados Unidos con el dique contra su ambición, de recibir silbidos, con plantear la cuestión de razas en una época que impone su desaparición, de fungir como destructor de repúblicas, de alarmar á las demás naciones latino-americanas, de gastar mucho oro y muchas vidas, si para obtener una porción de nuestro territorio le hubiera bastado cobrar los millones de pesos de la factura Saligny y, no siendo pagado por Juárez, tomar á Sonora ó á Tehuantepec, para saldar su cuenta? Hay que fijarse en que España ya había organizado sus fuerzas para invadirnos en Septiembre de 1861 cuando Napoleón decidió formar parte de la expedición. ¿Qué habría hecho Juárez si Napoleón en vez de enviar sus tropas á Veracruz, las hubiera enviado á Guaymas, pedido allí los millones que reclamaba y que no se le podían pagar y ocupar con cuatro mil hombres el Estado de Sonora, en prenda, mientras no se le pagase, y advirtiéndole que si en determinado tiempo no se le saldaba su cuenta se pagaría con Sonora? ¿Hubiera podido Juárez enviar siquiera un soldado hasta Sonora estando invadido por los españoles y obligado á defender la República? Las potencias conquistadoras no necesitan de muchas combinaciones y de crearse grandes dificultades para quitar á un pueblo débil parte de su territorio. Todos los partidos en Francia comenzando

por el republicano, habrían victoreado á Napoleón por la rápida toma barata y provechosa conquista de Sonora como han aplaudido las conquistas del Sudán, de Túnez, de Madagascar y del Tonkín.

Hasta el momento en que el general Forey ocupó la capital, las intenciones de Napoleón fueron las que daba á conocer en las proclamas que en su nombre se publicaban, con excepción de algo sobre la adquisición de Sonora.

El odio de Napoleón á Juárez y al partido reformista estaba justificado si se atiende á la creencia que tenía el Emperador de que en tiempos ordinarios las rentas fiscales de México se elevaban á cincuenta millones de pesos al año. Sin esta creencia, sin este triunfo de la tenebrosa y hábil diplomacia de Almonte, la intervención francesa jamás hubiera tenido lugar.

Napoleón III escribía al general Forey, dos meses antes del sitio de Puebla : « Cuando lleguéis á México debéis ocuparos desde luego en restablecer el orden en las finanzas, puesesto nos permitirá sin sobrecargar al país, pagarnos nuestras indemnizaciones. Según los datos que he adquirido, **los ingresos ordinarios de México en tiempos ordinarios alcanzan á cincuenta millones de pesos**, sea doscientos cincuenta millones de francos y como la administración de México puede ser ampliamente pagada con veinte millones de pesos, ten-

dremos, pues, todos los años un sobrante de ciento cincuenta millones de francos con los cuales será posible no solamente pagarnos nuestros gastos de guerra, sino presentar las bases para un empréstito que podrá ayudar á la regeneración del país (1). »

El presupuesto de egresos amplio en tiempo de Juárez en 1861 ascendió :

Deuda pública	\$ 2.400,000
Presupuesto federal	14,000,000
Presupuesto de los Estados . . .	8.000,000
	24.000,000

Producían los ingresos, según se le había hecho creer á Napoleón, cincuenta millones; luego quedaba un sobrante de 25,600,000 pesos. Juárez podía, pues, haber conseguido un empréstito de doscientos millones de pesos para impulsar la **fabulosa riqueza del país**, el más rico del mundo, mentira que todos sostenían; y descontado el servicio de réditos y amortización, sobraban aún nueve millones de pesos, para hacer más rápido el progreso nacional.

¿ Por qué no lo hacía Juárez? ¿ Por qué sus empleados se morían de hambre? ¿ Por qué el pueblo desnudo y hambriento? ¿ Por qué la deuda interior despreciada, valiendo tres por ciento? ¿ Por qué esa falta de crédito cuando los elementos fiscales eran para obtener trescientos millones de pesos de em-

(1) Gaulot, *Réve d'empire*, pág. 114.

préstito? ¿ Por qué ese aspecto social de ruina lúgubre, en vez de presentarse como país exuberante en riqueza y civilización? Á esto se contestaba en París que la facción liberal todo se lo cogía, todo lo devoraba, todo lo dislocaba y que sólo había una cosa en regla; el peculado, la depravación, el crimen.

Desde el momento en que se aceptaba la mentira de que las rentas fiscales de México ascendían en 1861 á cincuenta millones de pesos anuales, teniendo á la vista el estado hambriento y miserable del país, había forzosamente que aceptar que el pueblo mexicano era la víctima agonizante de una banda de facinerosos que fuera de las leyes humanas y de todo respeto á la moral y á la civilización daban al mundo un asqueroso escándalo de ignominia y vandalismo.

Todo hombre honrado, patriota y sensato, tenía que ver en Juárez un jefe de bandidos y que aplaudir, en Napoleón ó en cualquier soberano, la decisión de exterminar lo que no era gobierno, ni partido, ni facción, ni camarilla; sino una turba salvaje ebria de sangre, sedienta de oro y sin más ideal que la disolución y la vergüenza para su patria. ¡ Cincuenta millones de pesos anuales de ingreso y México en el lodo de la anarquía y de la abyección, justificaban la intervención, la glorificaban; el patriotismo consistía en exterminar á Juárez y su cuadrilla

y besar la mano de hierro y de justicia de Napoleón III !

Tales eran las deducciones indispensables, estrictamente lógicas, elevadamente morales, profundamente patrióticas, de la aceptación de la falsedad de que las rentas ordinarias de México eran cincuenta millones de pesos. Esta falsedad como lo decía M. Corta, como lo prueban los razonamientos que acabo de hacer, tenía que ser fundamental, decisiva, necesaria, para que en servicio y honra de la humanidad, Napoleón III procediera á derrocar á Juárez.

Hacerle creer á Napoleón lo de los cincuenta millones de pesos fué el triunfo de Almonte, era lo que hacía sensata, humanitaria, gloriosa é indispensable la intervención y por tal motivo Jauret llama á Almonte el genio maléfico de Francia y México.

Pero sobre el motivo de los cincuenta millones de pesos de ingresos, había otro muy grave para obligar á Napoleón III á hacer la guerra al Gobierno de Juárez. De Diciembre de 1860 á Septiembre 1861, veintitrés franceses habían sido asesinados por autoridades militares liberales y Juárez se había negado á castigar á los asesinos y á indemnizar á las familias de las víctimas. El derecho de gentes sancionaba el derecho y la obligación del gobierno francés de compeler al gobierno mexicano

á cumplir con sus deberes hacia la Francia, hacia Napoleón, hacia la humanidad.

Ciertamente habían sido asesinados en el corto tiempo que he marcado veintitrés franceses; pero como lo dice Lefèvre (1) : « ...salvando el respeto que debemos al representante de nuestro país, desafiamos á M. de Saligny á que nos señale un solo caso, entre los veintitrés que son objeto de su nota en que el crimen haya sido cometido por hombres pertenecientes al partido liberal ».

Los veintitrés franceses habían sido asesinados todos por reaccionarios y M. de Saligny, en vez de pedir á Juárez el castigo de los asesinos de sus compatriotas, los tenía escondidos en su casa y se había asociado á sus iniquidades como al negocio Jecker. Es Lefèvre, francés, quien nos lo hace saber : « Saligny con el cinismo de un criminal, aseguró en su nota á M. Thouvenel de 28 de Septiembre de 1861, que los asesinos eran todos juaristas (2) ».

El asesinato de veintitrés franceses después del triunfo de la Reforma en distintos puntos del país por diferentes jefes reaccionarios en el corto plazo de siete meses, infunde la sospecha de que tales crímenes constituyesen un medio político para enfu-

(1) Lefèvre, *le Mexique et l'intervention européenne*, pág. 215.

(2) El general Taboada asesinó al francés Lacoste en Nopala y después estuvo escondido en la casa de Saligny.

recer á Napoleón y obligarlo á cooperar con España en la intervención. ¿Por qué, en efecto, durante la guerra de Reforma no asesinaban á los franceses los jefes reaccionarios? La sospecha crece si se atiende al empeño de Saligny de cargar estos crímenes á la cuenta internacional de Juárez. Es de advertir que todos los franceses asesinados eran hombres pacíficos, indefensos, que no se mezclaban en política.

Por último, Napoleón creía que Juárez había resuelto entregar á México á los Estados Unidos y la misma creencia existía en Inglaterra y participaba de ella también Mr. Seward.

Nuestro Encargado de Negocios en Washington decía al Gobierno de Juárez en nota oficial : « El señor de Saligny dijo (en Octubre de 1860) que el Emperador nunca ha tenido mala disposición contra el gobierno constitucional; pero que cuando supo que había negociado con los Estados Unidos el tratado de 14 de Diciembre último (el tratado Mac-Lane), le pareció más patriótica y nacional la causa del gobierno de la reacción (1) ».

En este punto Napoleón pensaba justamente. No cabe duda que Mr. Forsyth, como lo aseguró el Ministro Bonilla, reaccionario, en la nota protesta que remitió al Senado de los Estados Unidos; pro-

(1) M. Romero al Ministro de Relaciones, en Veracruz, 10 de Octubre de 1860. *Correspondencia de la Legación de Washington*, tomo I.

puso al gobierno reaccionario « la compra de una porción considerable del territorio nacional de México »; y digo que no cabe duda, primero porque no se llegó á conocer un Ministro americano antes de 1861, que no propusiese al gobierno mexicano comprarle parte de nuestro territorio; segundo, porque entre los documentos que remitió el Presidente Buchanan al Senado de los Estados Unidos relativos á este asunto y por resolución de dicho Senado consta la nota de Mr. Forsyth diciendo que el gobierno de México, que entonces lo era el reaccionario, pues á él habían reconocido los Estados Unidos « ...había rechazado la proposición para comprarle Baja California, Chihuahua, Sonora y Sinaloa por veinticinco millones de pesos (1). » Si el gobierno reaccionario hubiera aceptado la proposición de los Estados Unidos, la marina de guerra americana hubiera arrojado á Juárez de Veracruz, el efecto de los veinticinco millones hubiera sido dar el triunfo á la reacción, y el Presidente Buchanan hubiera dado todo su apoyo material y moral á Miramón. Los reaccionarios sacrificaron sus intereses de partido á su aversión por vender territorio á los Estados Unidos.

Más tarde el señor Matías Romero en nota oficial decía al gobierno de Juárez : « Por lo que el Em-

(1) Senate Report. 1858, pág. 101.

perador dijo al señor Fuente (Ministro del Gobierno juarista en París) en la entrevista que tuvo con él al presentarle sus credenciales el 10 de Agosto último, se conoce que no abrigaba sentimientos muy amigables hacia los Estados Unidos y que veía con disgusto que México ó que alguno de sus Estados fuesen absorbidos por ellos (1) ».

Probablemente Napoleón tenía conocimiento de las instrucciones dadas por Mr. Seward á Mr. Corwin, relativas al empréstito mexicano. Los Estados Unidos consentían en prestar dinero á Juárez, «... con la condición de que ese Gobierno, decía Mr. Seward, convenga en empeñar á los Estados Unidos, su fe para reembolso del dinero que tenga que pagar, con el seis por ciento de interés sobre su importe, y en asegurarlo con una hipoteca especial sobre los terrenos públicos y derechos comerciales que tenga en los diversos Estados de la Baja California, Chihuahua, Sonora y Sinaloa, y la propiedad empeñada de esa manera, llegaría á ser absoluta de los Estados Unidos si antes de expirar el plazo de seis años contados desde la fecha en que el tratado debe surtir sus efectos no se hubiere verificado el reembolso (2) ».

(1) M. Romero al Ministro de Relaciones en México. — Noviembre 7 de 1861. *Correspondencia*, tomo I.

(2) Mr. Seward á Mr. Corwin. — Abril 6 de 1861. *Correspondencia de la Legación de Washington*, tomo I.

Por otra parte, nuestro Encargado de Negocios, el señor Romero, avisaba oficialmente : « Mr. Corwin, Ministro de los Estados Unidos en México, escribió á su Gobierno que lo que se necesitaba para la paz en México era dinero. El Presidente y sus ministros aceptaron en principio la necesidad de auxiliar pecuniariamente á México, pero Mr. Seward quería que fuese como precio de la Baja California y de algunas otras porciones de territorio mexicano, mientras que Mr. Blair opinó que se diesen en cambio de privilegios comerciales (1) ».

El Ministro español señor Tassara hizo una confidencia á D. Matías Romero bastante explícita sobre las inclinaciones sospechosas del partido liberal á acceder á la ambición norteamericana : « Lo único, decía D. Matías Romero, que creo digno de comunicar á usted, de cuanto pasó en dicha entrevista, es el concepto de que una de las causas que más han influído á decidir al Emperador Napoleón á obrar contra México, según me aseguró, fué el permiso concedido por el Supremo Gobierno al de los Estados Unidos para pasar tropas americanas al través de nuestro territorio (2) ».

El órgano de Mr. Seward, *The Times*, de Nueva

(1) M. Romero al Ministro de Relaciones, México, Julio 17 de 1861. — *Obra citada*.

(2) M. Romero al Ministro de Relaciones, Noviembre 7 de 1861.

York, decía : « El partido llamado liberal en México ha hecho en el tratado Mac-Lane concesiones vergonzosas á los intereses esclavistas del Sur, intimidado ó comprado por los hombres de la esclavitud. Siempre honrará á Mr. Seward haberse opuesto á un convenio fuente de consecuencias funestas para los intereses de ambos países (1) ». Y D. Matías Romero escribía al gobierno de Juárez... « las simpatías de Mr. Seward estuvieron siempre del lado del llamado gobierno reaccionario (2) ». Y más tarde afirmaba : « Mr. Seward era el apoyo principal de la reacción en el Senado y el censor más austero y más amargo de la política que Mr. Buchanan seguía respecto de México (3) ». Ya la hostilidad de Almonte era escuchada hasta los Estados Unidos, pues el Señor Romero comunicaba á su gobierno : « D. Juan N. Almonte es un hombre favorablemente conocido en este país, pues, como Vucencia sabe, ha estado varias veces con el carácter de Ministro de México (4) ».

Era evidente que si el pueblo mexicano era ardientemente católico, como se le decía á Napoleón,

(1) *Times*, 13 de Diciembre de 1860. — Senate Report, 1861, pág. 52.

(2) Romero al Ministro de Relaciones. México, Agosto 1.º de 1861. — *Correspondencia*, tomo I.

(3) Romero al Ministro de Relaciones. México, Diciembre 28 de 1861. — *Correspondencia*, tomo I.

(4) Romero al Ministro de Relaciones, Agosto 1 de 1861. *Correspondencia*, tomo I.

y Juárez había atacado á la religión; que si era muy celoso de su independencia y Juárez estaba vendiendo á los Estados Unidos el territorio; que si era amante del derecho y Juárez le imponía el vandalismo; que si era amante del progreso y Juárez lo había arrinconado en la miseria; que si era adorador de su buen nombre y Juárez lo desacreditaba faltando al pago de todas sus deudas y de todos los servicios no obstante los cincuenta millones anuales que pagaba ese pueblo con el sudor de su frente; tenía que odiar á su llamado Gobierno y ensalzar hasta la veneración á cualquier libertador nacional ó extranjero.

Por lo expuesto hay que admitir : las miras grandiosas y justicieras de Napoleón para intervenir en México estaban fundadas en cinco falsedades : país maravilloso, ingresos de cincuenta millones de pesos, intenciones del partido liberal de vender el territorio á los Estados Unidos, odio general al liberalismo, gobierno de facinerosos. Pero estas falsedades no eran destructibles. No era posible que Napoleón escuchase á los hombres que con éxito podían y estaban dedicados á descubrir la verdad. El clero francés había envuelto á la Emperatriz en su pesada influencia y de Morny evitaba que el Emperador fuera ilustrado, con el objeto de cobrar su parte del negocio Jecker. Si Jecker no se hubiera atravesado, Napoleón no hubiera sido tan vilmente engañado. Nuestro patriota, leal,

inteligente y activo Ministro en París, Don Juan Antonio de la Fuente, hubiera hecho brillar la verdad, pero no se le dejaba llegar hasta Napoleón. Si Napoleón se hubiera desengañado antes de emprender la intervención, ésta no hubiera tenido lugar ó hubiera cambiado de carácter, de forma, de fines, de programa. Por lo tanto, la intervención se verificó no porque Napoleón hubiera sido corrompido por Jecker, sino porque este negocio sirvió para aislar al Emperador de la acción de la verdad.

Hasta el momento de ocupar la capital el general Forey, Napoleón no fué más que un soberano engañado que rueda sobre un plano inclinado de errores donde se desgarran, hasta hacerse harapos, sus buenas y malas intenciones.

CAPÍTULO II

EL IMPERIO Á PUNTO DE FRACASAR EN 1863

Las resoluciones de la Asamblea de Notables de 1863, fueron torpes é indignas. Se puede ser monarquista y aun intervencionista de buena fé y tener decoro político. ¿El partido conservador quería la monarquía porque la consideraba como el medio único de salvación de un país que naufragaba en las sombrías olas de la anarquía? ¿El partido conservador había apelado á la intervención como medio exclusivo para establecer la monarquía salvadora? Tal medio, ante la ley, era una traición á la patria; pero si la salvación del país tenía lugar sin comprometer su territorio ni su independencia, la traición se hubiera transformado en patriotismo ante la historia.

La Asamblea de Notables en su primera resolución anunció que la nación mexicana « adopta por forma de gobierno una monarquía moderada ». ¿Qué es una monarquía moderada? ¿Una monarquía constitucional? Eso depende de como sea la Constitución. Moderado no es igual á constitucional. Dentro de

la autocracia puede haber moderación y dentro de lo constitucional puede existir un violento y desolador despotismo. Aun cuando en México en 1863 hubieran abundado los monarquistas constitucionales liberales, ninguno se hubiera adherido á una monarquía sin etiqueta, vaga, indefinida y en consecuencia autocrática. La primera resolución de los Notables excluía á los monarquistas de la especie de los *sagastinos* de España, que se precian de católicos liberales.

¿Se quería una monarquía como la de Fernando VII, con reacción acerba clerical, con *juntas de purificación* encargadas de expedir certificados de realismo y de ortodoxia, con sociedades como la del « *Angel Exterminador* » con la política cerrada de Don Tadeo Calomarde? ¿Por qué entonces no decir, de una vez, que el pueblo mexicano adoptaba la forma de monarquía española de 1824?

La segunda resolución de los Notables, fué que la corona de esa monarquía anónima debía ofrecerse á Fernando Maximiliano de Austria.

La cuarta resolución es una indignidad. Gaulot se muestra partidario entusiasta de la intervención, cree que el Imperio pudo establecerse y consolidarse, justifica la conducta de Napoleón y aun la de Bazaine, cuando estos personajes habían muerto, y escribió su libro hasta 1890, cuando no había ya intereses

ni personas que perturbasen su serenidad crítica. Y bien, Gaulot, al leer la cuarta resolución, que dice que en caso de que Maximiliano no acepte el trono, « la nación mexicana se entrega á la benevolencia del Emperador de los franceses para que designe otro príncipe », Gaulot no puede menos que escribir : « No puede negarse que este último artículo sobrepasaba en torpeza todo lo que se había hecho hasta entonces. ¿Cómo no se comprendió todo lo que había de vergonzoso para una nación que se decía independiente en apelar á la voluntad de un soberano extranjero y por otra parte, en todo lo que había de desagradable para Napoleón III colocado frente á los mexicanos en la situación de un amo que quiere ejercer una tutela absoluta, cuando la está rechazando con todas sus fuerzas? Después de este acto de servilismo la Asamblea... »

Cuando los soldados españoles se presentaron en Veracruz, multitud de jefes y oficiales conservadores, abandonaron la filas del conservantismo y ofrecieron á Juárez sus servicios, al ver amenazada la independencia de su patria. Gran número de personas, no militares, se lanzaron á la guerra contra los franceses en vista del peligro que corría la independencia nacional. Era evidente que todos esos combatientes tenían que abandonar las filas

juaristas desde el momento en que se convencieran de que la intervención no atacaba la independencia y de que el partido que la había traído estaba decidido á no sufrir en ella el menor atentado. Y en estas circunstancias se le ocurrió al partido clerical dar una gran prueba de desprecio por la independencia y de servilismo al Emperador de los franceses.

Según Gaulot, el fracaso del 5 de Mayo lo atribuyó Napoleón á la gran impericia del General Lorencez y siguió creyendo en la existencia de un formidable partido monarquista mexicano que comprendía en su seno á la parte sana de la población. Lo que lo hizo meditar profundamente fué la resistencia de Puebla, la presentación de 30,000 soldados por Juárez, la abstención del país para levantarse á favor de la intervención, como se le había ofrecido. Comprendió entonces que se había engañado miserablemente.

Ya había deplorado la primera falta : haberse presentado en México restableciendo el gobierno clerical. Napoleón era francés y sabía que De Maistre había dicho con motivo de la entrada de Luis XVIII al frente de los ejércitos extranjeros de la coalición : « Vuelve restablecido, pero envilecido. » Chateaubriand, había agregado « Vuelve entre el crimen y el vicio, Fouché y Talleyrand. »

Napoleón como todo su ejército, como todos los franceses, no podía dejar de ver la similitud : Al-

monte al frente del ejército francés volvía á México restablecido, pero envilecido, entre Márquez, el crimen, y Saligny, el vicio.



La resistencia de Puebla y el establecimiento del gobierno de Juárez en S. Luis hicieron ver á Napoleón que las cosas no iban á marchar á la europea y que la lucha iba á seguir indefinida, cruel, sin gloria, pero costosa en dinero, en vidas, en complicaciones con los Estados Unidos, en dificultades con la opinión pública en Francia.

« Cuando Napoleón supo, dice Gaulot, la singular manera de reunirse la Asamblea de Notables, el voto de esta Asamblea y la composición del gobierno provisional, sus temores aumentaron. No es temerario pensar que en este momento, con gusto habría visto en México un gobierno cualquiera que no hubiera sido el de Juárez y terminar una empresa que no había ofrecido las facilidades prometidas ni las ventajas esperadas (1). »

El disgusto que le causó la Asamblea de Notables, lo determinó á dar el bastón de Mariscal á Forey para retirarle el mando y á destituir á Saligny. Napoleón III no sabía todavía que lo de los cincuenta

(1) Gaulot, tomo I, pág. 137.

millones de pesos de rentas fiscales mexicanas era otra mentira y si lo hubiera sabido no da un paso ni un peso más, y la intervención habría terminado. A la notable falta de inteligencia de Forey, debió el partido conservador que la intervención continuase. Si Forey hubiera sido un general capaz, observador y un poco estadista, hubiera descubierto antes del sitio de Puebla, todas las mentiras que tejieron la red donde cayó la voluntad de un hombre de gran talento político como Napoleón III. Un hombre que no hubiera sido Forey habría tratado de oír á los moderados, á los liberales, á los indiferentes, al mismo Juárez y hubiera ilustrado así á su Soberano y evitado grandes desgracias á dos naciones.

Tan luego como el General Bazaine recibió el mando del ejército, Napoleón le ordenó : (1) « *Nada de hacer reacción*. No retroceder respecto de la venta de los bienes del clero; en fin tratar de pacificar el país empleando sobre todo tropas mexicanas. He deplorado los decretos de Forey respecto de la confiscación de los bienes de los hombres hostiles, y tengo miedo que el triunvirato nombrado en México sea demasiado reaccionario. »

El 12 de Septiembre de 1863, Napoleón recomendaba á Bazaine : « Nuestro objeto principal es pacificar y organizar México haciendo un llamamiento

(1) Gaulot, tomo I, pág. 138.

á los hombres de buena voluntad, sin dejarse arrastrar á las medidas reaccionarias... yo no puedo admitir que habiendo hecho la conquista de México quedemos impasibles ante medidas arbitrarias y opuestas á la civilización moderna. Cuento con vos, General, para dirigir al gobierno provisional en la vía de la firmeza, sin duda, pero también de la justicia y de la conciliación (1). »

El Mariscal Randon, Ministro de la Guerra, remitía al General Bazaine una carta particular recibida en Francia, enseñada á Napoleón y escrita en México por un francés honorable é independiente de la política. Esta carta tenía un párrafo inquietante por lo verdadero : « En lugar de ocuparse del interés general y trabajar en la conciliación, en obtener una fusión indispensable para el restablecimiento del orden y de la paz, las personas que están en el poder, el partido reaccionario ó clerical no admite más que á los suyos, no trabaja más que por él y no trata más que de recuperar su antigua preponderancia y dominación. De esta manera no se ayuda á la intervención ni al futuro Emperador, pues en vez de que encuentre al país á su llegada en vía de pacificación, sólo tendrá á la vista odios más ardientes que en el pasado (2). »

El 27 de Septiembre de 1863, Napoleón vuelve

(1) Gaulot, *obra citada*, pág. 168.

(2) El mismo, pág. 171.

á recomendar á Bazaine que pacifique al país, « tratando de atraer á los hombres importantes de todos los partidos, impedir la reacción, haciendo sentir que es la espada de la Francia que manda (1) »..... Napoleón trataba al gobierno provisional clerical como á un enemigo. La culpa era de Almonte.

Napoleón III jamás prometió una restauración clerical en México, jamás dió á entender que la intervención sería reaccionaria. « Almonte solicitó intervención para salvar á su país que se perdía y asegurando que en México existía un gran partido monárquico constitucionalista y amante del orden y de la libertad. El emperador dijo á Almonte que si el partido monarquista en México era como el Bonapartista en Francia adicto al orden y amante de la libertad, prestaría su ayuda siempre que se aceptase á un príncipe liberal y que su candidato era el Archiduque Maximiliano de Austria. Almonte con entusiasmo aceptó las condiciones indeclinables que S. M. puso á su intervención (2). »

No hay duda de que si Almonte habla francamente á los clericales de México y les dice que la intervención sería liberal y tendría por base indeclinable la sanción de las leyes de nacionalización de

(1) Gaulot, tomo I, pág. 172.

(2) Conde Mercier, Ministro de Francia en los Estados Unidos al Marqués de Montholon, Documento núm. 106, Anexo 8 de los presentados á las Cámaras francesas.

los bienes del clero y la prohibición absoluta de toda medida reaccionaria, los clericales habrían rechazado semejante intervención y la habrían combatido con su opinión, influencia y armas.

Precisamente en México los intervencionistas, en vez de ser monarquistas liberales, como los presentaba Almonte, eran antimonarquistas clericales.

Bazaine atribuía al General Douay una carta escrita á Mad. Cornu, amiga de Napoleón III, quien la había mostrado al Emperador para hacerle conocer la reacción en México : « Para haceros comprender bien, decía la carta, la política que seguimos, corto de un periódico el bando del Prefecto de Policía publicado el día 20, que prohíbe trabajar los domingos. Como sucesor de dicho bando hay otro que ordena arrodillarse cuando se encuentra el santo sacramento y quedar en esta postura hasta que haya desaparecido y que no se escuche el ruido de la campanilla que lo acompaña. Desde su llegada al poder los liberales habían abolido esta ceremonia estúpida y ridícula, que consiste en llevar el santo sacramento á un enfermo con una escolta de soldados y un ruido de campana capaz de hacer morir al paciente antes que tenga tiempo de tragarse á su Salvador (1). »

(1) Gaulot, tomo I, pág. 174.

*
* *

Napoleón era pues sincero cuando por su órgano el Ministro Billault, decía al Cuerpo Legislativo para que lo oyese el mundo.

« El lenguaje del Emperador fué explícito, pues declaró por medio de su Ministro de Negocios extranjeros que no tenía para sí ni para su familia ninguna pretensión ambiciosa y preguntó á los dos gobiernos si no tenían el mismo pensamiento y si no les convenía declarar que ninguno sacará de la acción común ventajas especiales ó personales (1). »

Por otra parte, si Napoleón hubiera deseado el trono de México para su dinastía, no se hubiera dirigido un mes antes de que firmase la convención de Londres, al Archiduque Maximiliano ofreciéndole el trono de México.

Es pues evidente que Napoleón III no concibió la expansión de México para poner un dique á la expansión de los Estados Unidos, ni para anexarse á México, ni para establecer su protectorado, ni para colocar á príncipes de su familia. ¿Qué iba, pues, buscando? El asunto de Sonora era secundario ó terciario y Napoleón indudablemente había pensado apoderarse de ese territorio antes del in-

(1) Billault, Discurso en el Cuerpo Legislativo, 26 de Junio de 1862.

forme del ingeniero Laur que le fué presentado en Enero de 1864.

El mejor de los datos para aceptar que el objeto de Napoleón al emprender la aventura mexicana fué erigir un trono con apariencias de envidiable para el Archiduque Maximiliano, se encuentra en una carta del General Fleury, edecán del Emperador, el preferido de sus favoritos y el que poseía frecuentemente el pensamiento íntimo de su soberano.

Maximiliano aceptó el trono de México, la nochebuena de 1861, al terminar la cena con que en el Palacio de Miramar fué obsequiado Don José María Gutiérrez Estrada, cuya misión era decidir al Archiduque á aceptar el trono mexicano (1).

Pero después del fracaso del 5 de Mayo y la resistencia armada que presentó el país, el Archiduque vaciló y el Emperador Napoleón llegó á creer que el Archiduque no aceptaría el difícil papel que se le ofrecía.

« Mi opinión personal, decía el General Fleury al General Bazaine, es que Maximiliano acabará por no aceptar. Que el gobierno reaccionario del General Forey, no es viable, que es antipático á los mexicanos, como á la política francesa y que en este caso (la no aceptación de Maximiliano) lo más con-

(1) Gaulot, tomo I, pág. 15.

veniente para nosotros sería fundar otro gobierno más conforme con el sentimiento liberal del país, *crear un dictador cualquiera, un Comonfort ó cualquiera otro que oponerle á Juárez* y en fin, una vez conseguido esto, volver á Francia con nuestro ejército. He aquí brutalmente mi opinión *y ella es la de muchos de nuestros hombres de gobierno* (1). »

En el sistema cesariano, los hombres del gobierno no emiten más opinión que la del César sobre toda clase de asuntos, aun los más triviales, puesto que comienzan siempre por hacer dimisión de su personalidad. En materia tan grave como la de la política mexicana, la opinión de los *muchos hombres de gobierno* que, según el general Fleury, opinaban como él, no podía ser otra que la del Emperador. Comprueba esto, lo que Napoleón escribió al general Bazaine pocos días después de que el general Fleury comunicó al jefe francés en México su *opinión brutal sobre el negocio* : « Haced de manera y por todos los medios posibles, ordenaba Napoleón á Bazaine, que los generales Doblado y Comonfort se pongan de nuestro lado. Esto sería el mejor medio de llegar pronto á una solución definitiva (2) ».

Se ve entonces que si Maximiliano no hubiera

(1) General Fleury al General Bazaine, 12 de Diciembre de 1863. Gaulot, tomo I, pag. 223.

(2) Napoleón III al general Bazaine, 15 de Nov. de 1863. — Gaulot, *Réve d'empire*, pág. 209.

aceptado, las ideas generosas, las ideas napoleónicas se habrían reducido desde la obra gloriosa de salvar á la raza latina de América hasta establecer el gobierno de Doblado ó Comonfort, tratar con ellos el pago de la expedición y créditos de los reclamantes franceses y retirar al ejército invasor á su patria. Obsequiar á Maximiliano un trono fué, pues, el único objeto de la expedición á menos de fijarse en los proyectos de Napoleón sobre los Estados Unidos y en ese caso la expedición de México no era más que un medio para alcanzar determinado fin en la cuestión norte-americana entre sudistas y unionistas.

*
* *

Puesto que el Emperador había decidido bañar con su benevolencia al pueblo mexicano, como medio de ejecutar sus ideas generosas, debía tener un gran concepto de los generales Comonfort y Doblado para designarlos como arbitrades de México.

Respecto del general Comonfort, no conozco las opiniones de Napoleón. En cuanto al general Doblado no eran satisfactorias. Un año antes de que Napoleón ordenase al general Bazaine que hiciera todo lo posible por conquistar á Doblado, escribía sobre este estadista al general Forey : « Es indis-

pensable desconfiar de Doblado : os reitero mis recomendaciones de no tratar con los hombres del gobierno actual, sobre todo con Doblado, que es, según mis noticias, el hombre más trapacero y el más desleal conocido (1). » Entre las ideas generosas se encontraba la de entregar al pueblo mexicano á un dictador inmoral, á falta de Maximiliano y con el objeto de dar una solución definitiva á la obra gloriosa de poner el dique á la expansión de los Estados Unidos.

Nuestro Encargado de Negocios en Washington creía haber encontrado el verdadero motivo de la invasión francesa : « Además, los planes del Emperador se han translucido ya demasiado para que se pueda aparentar desinterés. Concediendo á la dinastía austríaca un vasto imperio en América esperaba obtener del Emperador Francisco José la devolución al reino de Italia del Véneto; natural era que no haré este nuevo servicio al rey Víctor Manuel sin hacerse pagar por él con una nueva cesión á la Francia de otra parte del territorio italiano (2). »

Esta hipótesis bien estudiada no era admisible. Cuando Napoleón quiso continuar la campaña de Italia contra el Austria, la Prusia movió inmediatamente dos grandes cuerpos de ejército, lo que hizo

(1) Instrucciones secretas de Napoleón á Forey, 30 de Nov. de 1861. — Gaulot, *Rêve d'empire*, pág. 208.

(2) M. Romero á Mr. Seward, Octubre 2 de 1862.

comprender al monarca francés que la política prusiana se oponía resueltamente á que Francia sacara más ventajas territoriales de Austria. Poco tiempo después el mismo D. Matías Romero recibió del Ministro de Austria en los Estados Unidos la seguridad completa de que ni el Emperador ni el pueblo austro-húngaro estaban inclinados á interesarse en la cuestión mexicana á favor de Maximiliano ni mucho menos á hacer sacrificios. El Véneto fué entregado á la Italia después de haber sido vencida el Austria; de otro modo no lo hubiera dado.

Napoleón envió sus seis mil soldados al general Lorencez, á recibir sonrisas y flores, no balas ni insultos. Gaulot, en 1890, veintiocho años después de los acontecimientos, á la hora precisa de las verdades, relata con ingenuidad lo ocurrido antes del ataque de los franceses á Puebla el 5 de Mayo de 1862.

Después del combate de las Cumbres, dice Gaulot (1), « creyó Lorencez haber destruído la única resistencia que era posible oponerle y, lleno de confianza, siguió su marcha..... El 4 de Mayo llegó á Amozoc y el 5 á las nueve de la mañana se detenía á la cabeza de su columna delante de Puebla, teniendo á sus lados á M. Dubois de Saligny y al general Almonte.

(1) Gaulot, *Réve d'empire*, pág. 63.

« El instante era solemne, pues se iba á conocer, por fin, las verdaderas disposiciones del país. Nuestro Ministro, lo mismo que el jefe supremo interino, no manifestaba la menor duda. El general Márquez con numerosos disidentes no debía tardar en venir para ofrecernos la completa adhesión del ejército. En cuanto á la ciudad de Puebla, las simpatías de sus habitantes eran enteramente nuestras y estaban dispuestos á abrirnos las puertas.

« Así lo afirmaban M. de Saligny y el general Almonte cuando de la terraza del convento situado á la derecha de la ciudad, sobre el cerro de Guadalupe, se oyeron fuertes detonaciones y tres balas de cañón cayeron á algunos metros de distancia de nuestra vanguardia.

« Esta vez, la duda se disipa. No era ya posible engañarse con las seguridades de nuestro Ministro y sobre los verdaderos sentimientos de los habitantes de Puebla. Se preparaba á oponer una vigorosa resistencia á las tropas francesas y se les iba á recibir no con ramilletes de flores, como tantas veces se les había asegurado, sino con balas de fusil y de cañón.

« El contraste de esta acogida con la que se esperaba, causó asombro y una sorpresa tan penosa como profunda. La aventura se volvía trágica. ¡Y bien, sea, dijo el pequeño ejército, puesto que es necesario batirse, batámonos! Y cada uno tomó su lugar en vista del combate. »

Esta narración no puede haber sido inventada para disculpar la impericia del general Lorencez, consistente en atacar una plaza fuerte sin más preparación que la taza de café que recibieron los zuavos en su línea de vanguardia.

Antes del fracaso del general Lorencez el 5 de Mayo, M. Billault decía en el Cuerpo legislativo de Francia : « Estamos ya en camino para la ciudad de México, *debemos estar allí* (1). » Esto lo decía el Ministro de Napoleón oficialmente el 13 de Marzo de 1862, casi dos meses antes del ataque á Puebla, y en un discurso posterior decía : « En Francia, en España y en Inglaterra, todos los hombres al corriente de estos negocios estaban convencidos de que la expedición sobre México se emprendería inmediatamente; todos estaban convencidos de que en el mes de Febrero (1862) la situación estaría zanjada y que el pabellón de las potencias aliadas flotaría en la ciudad de México (2). »

En el acta de la primera conferencia de Orizaba consta : « En una visita hecha á S. E. (el general Prim) por el general Almonte, le declaró éste sin ambages que contaba con el apoyo de las tres potencias, para cambiar en monarquía el gobierno establecido en México y colocar la corona sobre las sienes

(1) M. Billault, Sesión del Cuerpo legislativo, 13 de Marzo de 1862.

(2) M. Billault, *ibid.* 26 de Junio de 1862.

del archiduque Maximiliano de Austria; que él pensaba que este proyecto sería bien acogido en México y que acaso antes de dos meses se realizaría. El comodoro Dunlop tomó la palabra para decir que algunos días después el señor Almonte le hizo la misma declaración. S. E. el Conde de Reus respondió al general Almonte que su opinión era diametralmente opuesta y que no debía contar con el apoyo de España. »

Almonte llegó á Veracruz en Febrero de 1862 « ...cuando se suponía en Europa que los fines de la expedición estaban alcanzados, cuando las banderas aliadas debían estar flotando en la capital (1) ». El general intervencionista D. José M. Cobos asegura que le dijo Almonte al pasar por Orizaba : « que estaba resuelto á cumplir con los compromisos que contrajese en Europa, á donde no podría volver si sus planes se frustraban, pero esto no sucederá, agregó Almonte, porque aquí no vengo atendido á las fuerzas del país, que de poco me servirán, por eso traigo bayonetas francesas (2). »

Cobos agrega en el mismo manifiesto : « En Veracruz, cuando llegó Almonte no faltó quien le dijera que la República no estaba preparada para la monarquía y que intentarlo de luego á luego sería

(1) M. Romero á Mr. Seward. Anexo á la nota de 10 de Mayo de 1862.

(2) Cobos José María, Manifiesto de Abril 22 de 1862.

exponerse á una conflagración general. « No, dijo, están muy desmoralizados (los juaristas) y su valor del todo debilitado ; ellos irán por donde los lleve un cabo y cuatro soldados franceses, » y yo me creo en aptitud de llevar á ejecución las órdenes que recibí de mi soberano el príncipe Maximiliano, rey de México. »

Queda probado que Napoleón tenía la convicción de que la capital de México sería ocupada en Febrero de 1862 por las potencias aliadas, las que debían ser acogidas en todo el país, con flores, repiques, banquetes y entusiasmo ferviente monárquico. Que Maximiliano había ya aceptado el trono de México desde la nochebuena de 1861, como lo manifestó su convidado á la gran cena D. José María Guriérrez Estrada y que dicho príncipe le dió órdenes á Almonte ya como soberano de México desde 1862. Conforme á las convicciones de Napoleón III, la empresa mexicana no podía ser sanguinaria ni opresora, ni difícil, ni costosa. Era una empresa de festival, de Te Deum á seco, sin victorias trágicas, de homenaje á los más elevados sentimientos humanitarios, de grandeza moral para los espectadores ilustrados más austeros y sacerdotales. No se debía combatir sino amedrentar con simples descargas sin proyectiles hasta que el pánico hiciera huir al gobierno de Juárez.

∴

En Enero de 1864, Napoleón fué informado por el honrado inspector francés enviado á México para preparar la organización financiera del Imperio, que los ingresos de cincuenta millones de pesos anuales jamás habían existido. Napoleón se indignó con el descubrimiento de este nuevo engaño y ordenó al nuevo Ministro de Francia en México, Marqués de Montholon que cobrara á la regencia doscientos diez millones de francos por gastos de la expedición hasta 31 de Diciembre de 1863. El regente Almonte reconoció la deuda y manifestó que por falta de fondos le era imposible cubrirla. El Marqués de Montholon solicitó entonces la concesión de todas las minas de Sonora abandonadas ó por descubrir con la prerrogativa de que las minas fuesen protegidas indefinidamente por una guarnición de tropas francesas.

Semejante petición equivalía á pedir la cesión de Sonora. Almonte consintió en principio, á reserva de que el archiduque Maximiliano al llegar á México ratificase la concesión.

Hasta 1864, Napoleón manifestó deseos de desmembrar el territorio mexicano de un modo disfrazado y con motivo de encontrar insolvente un erario que se le había presentado como rico. Las negociaciones relativas á este asunto entre Almonte y el Marqués de Montholon fueron muy reservadas.

CAPÍTULO III

LA INQUEBRANTABLE FIRMEZA DE JUÁREZ COMIENZA.

A los militares extranjeros amigos de México les llamó bastante la atención nuestro sistema de defensa nacional expresado por el encierro en plazas fuertes : « Y el general Milans del Bosch me escribió con fecha primero del actual en su nombre y en el del general Prim para manifestarme con objeto de que lo transmita al Presidente Juárez que á su juicio y en el de otros amigos nuestros en Madrid, es un sistema ruinoso y que debe abandonarse enteramente, el de tratar de defender plazas fuertes (1) ».

Juárez debió haber leído oportunamente las recomendaciones que un gran soldado, Simón Bolívar, dió al general Santander, Presidente de Colombia, relativas al modo de defenderse contra el ataque de las tropas francesas que probablemente debían invadir á Venezuela. Bolívar era general de veras y no gustaba de baladronadas y garrulerías y sus con-

(1) M. Romero á Ministro de Relaciones en México. Abril 22 de 1865. *Correspondencia*, tomo V.

sejos fueron bien acogidos por el general Santander, que era también distinguido militar.

« Yo creo que toda resistencia que se haga á los franceses, escribía Bolívar, siendo de frente, es destructora para nosotros. Puerto Cabello y Cartagena deben ser defendidos á todo trance metiéndoles seis ú ocho mil hombres á cada punto. El territorio que se evacue debe cubrirse por guerrillas mandadas por oficiales muy determinados. Nuestra guerra activa no debe comenzar sino uno ó dos años después que el ejército francés esté casi destruído. Lo que se llama guerra de posiciones es inútil con ellos, porque son muy atrevidos y con su artillería hacen prodigios. La guerra de Rusia y la de Haití deben servirnos de modelo en alguna cosa; pero no en el género horrible de destrucción que adoptaron, pues aunque allí fue útil, aquí no sirve de nada, porque lo que se destruye es inútil á todos. Los franceses recibirán refuerzos de fuera, y nosotros no recibiremos otros que los de casa. Además, cuando el país se destruye el enemigo lo evacua y el amigo perece en él. En Rusia había hielos, en Sto. Domingo cenizas que producían fiebres, y aquí no habrá más que inmensos desiertos propios para vivir al abrigo de esos males (1). »

(1) General Bolívar al general Santander, Marzo 11 de 1825, Carta remitida á Juárez por el general Mosquera, en Abril de 1865.

El general boero De Wet, uno de los verdaderos héroes de la memorable guerra sud-africana, que hizo con notable valor, tenacidad y habilidad los tres años de campaña, ha escrito con toda calma, verdad, sencillez y grandeza : « La toma de esta ciudad (Bloemfontein) no era solamente para nosotros una vergüenza, sino un desastre aun más peligroso por sus consecuencias que por sí mismo. Viendo su capital tomada nuestros burghers desorientados, desamparados, *perdieron todo su valor*. El pánico se hallaba en todos los comandos que burghers desmoralizados abandonaban para volverse á sus hogares. Ya los de Jauresmith, de Jacobsdal, después los Poplar Grove, se habían retirado; después de lo de Bloemfontein casi todos en desorden, con los caballos y los carros que acompañaban á los comandos, huían en todas direcciones. Ante esta desbandada me resolví muy á mi pesar á dar alguna calma á mis tropas, licenciándolas y enviándolas por algún tiempo á sus hogares (1). »

Lo que les pasó á los boeros, impregnados de terror, ya les había pasado á los primeros soldados del mundo, sobre todo después de la capitulación de París. A la raza heroica griega la hacía huir una odalisca ó cualquier objeto con tal que

(1) De Wet, *Trois ans de guerre*, pág. 70.

fuera turco, después de la batalla de Damokos. A su vez los turcos después de Plewna, se llegaron á enloquecer por el pánico, al grado de arrojar-se á los precipicios de los Balkanes con tal de no oír silbar balas rusas.

El pánico de Bull Run ha quedado anotado en las enseñanzas militares para graves estudios.

Pero si un general mexicano hubiera escrito lo que el general De Wet, se le hubiera anatematizado con la frasecilla banal, indecorosa, in-civil; « es cierto, pero esas cosas no se dicen ». Nuestra vanidad es un jugo de ignorancias; se pretende hacernos pasar por maravillosos en letras de imprenta, porque verbalmente somos los más audaces para decir la verdad y los más hipócritas para deshonrarla con la pluma. La caída de Puebla causó la pérdida de la ciudad de México, y el golpe de pánico, inevitable como la explosión de la pólvora cuando se le arroja fuego, dió lugar al ejército francés de glorificarse por su campaña en el interior del país, que no fué en realidad más que una persecución sobre fugitivos intensamente desmoralizados. Pero ese pánico lo preparó el sistema de defensa concebido y ejecutado por el gobierno de Juárez.

..

Una vez llegados á San Luis, en Junio de 1863,

Juárez y sus ministros y amigos ilustrados que lo rodeaban, debieron meditar. La guerra ya no podía continuarse por medio de *sitios*; mucho menos la guerra defensiva, llamada de *posiciones*; muchísimo menos la guerra ofensiva. El ejército enemigo había aumentado considerablemente. El liberal había disminuído considerablemente en moral. La incorporación á las fuerzas intervencionistas de gran parte de los soldados de Puebla y las defecciones que tenían lugar todos los días habían rebajado la moral militar de las tropas liberales hasta hacerlas deplorablemente cobardes.

Si el ejército de Oriente, 24,000 hombres, la mayor parte disciplinados y moralizados, no habían podido evitar en dos meses una completa ruina luchando en compañía de los 6,000 reclutas de Comonfort, contra 32,000 franceses y 2,000 intervencionistas, era la más insigne de las torpezas pretender que nuevos reclutas desmoralizados hasta la eclampsia del pánico pudiesen hacer una resistencia mayor de dos meses contra 60,000 hombres ó más, provistos de toda clase de recursos y con la moral muy alta.

Para continuar la resistencia en los términos menos desastrosos posibles, era indispensable apreciar los elementos del enemigo y los propios. Al abandonar Juárez la capital el 31 de Mayo de 1863 y fijarse en San Luis Potosí en Junio siguiente,

el enemigo contaba : con dinero á discreción, con 60,000 hombres, con la miseria del gobierno juarista que no podía sostener á una gran masa de jefes y oficiales obligados á morir de hambre ó á reconocer la intervención, que era lo que preferían por lo común, y por último contaba con el pánico que soplabá en la conciencia de casi todos los jefes, oficiales y soldados republicanos. La primera determinación que debió haber tomado Juárez, era dejar pasar la tormenta, correr el temporal á palo seco.

Para hacer bien la guerra se necesitan soldados, armas, dinero é inteligencia. Por lo mismo que los soldados indígenas hacen el servicio militar por la fuerza cualquiera que sea el partido que los sacrifica, Juárez contaba con todos los indios de la República para el instante en que quisiera reclutar gente, al estilo mexicano. Armas había bastantes en poder de los gobernadores de los Estados; faltaba dinero, pero había donde adquirirlo.

•
* *

Con motivo del bloqueo de los puertos sudistas de los Estados Unidos por la flota del Norte, el algodón, principal producto de los esclavistas, no podía ir á Europa más que importado á México por Piedras Negras y exportado por Matamoros.

La aduana de Piedras Negras producía por lo mismo considerables rentas. El cacique de Nuevo León, Vidaurri, había resuelto apoderarse de los cuantiosos productos de la aduana de Piedras Negras desde principios de 1862, y Juárez, no disponiendo de fuerzas para castigarlo, se mantuvo impasible sufriendo el despojo vandálico de las rentas federales.

El Lic. D. José María Iglesias, Ministro de Juárez en 1864, nos enseña : « Entre las rentas de la Federación de que ha estado disponiendo (Vidaurri) por tanto tiempo, la principal es el producto de la aduana fronteriza de Piedras Negras, la cual ha llegado á adquirir una importancia excepcional. Trasladada directamente al administrador de esa oficina la disposición de que sus rendimientos ingresasen á la Tesorería general de la Nación, contestó que tenía orden del gobierno del Estado de no obedecer la de ninguna otra autoridad ni que se dispusiese de un peso..... (1). »

Esto lo decía el señor Iglesias en 28 de Marzo de 1864. El ejército francés y las fuerzas intervencionistas dejaron á Juárez descansar y sin meterse con él para nada desde el 1º de Junio de 1863, hasta el 25 de Diciembre del mismo año, casi seis meses y no obstante estar libre Juárez para des-

(1) Lic. José María Iglesias, *Revistas históricas sobre la intervención francesa*, pág. 250.

tronar al desleal y defraudador Vidaurri y apoderarse de la aduana de Piedras Negras, la dejó en su poder diez meses, perdiendo un millón setecientos mil y pico de pesos. Desgraciadamente la característica de Juárez era la expectación sin estupefacción.

Por lo muy bajo, Juárez pudo reunir después de su salida de la capital y con los productos de dos meses de recaudación de la aduana de Tampico, de cinco de la de Mazatlán y de catorce meses de las aduanas de Piedras Negras y Matamoros, cuatro y medio millones de pesos que, colocados en los Estados Unidos, hubieran representado una fuerza poderosa para el momento oportuno de abrir la campaña contra el Imperio.

*
* *

¿Cuál debió ser el objetivo de la guerra? ¿Derrotar á 32,000 soldados franceses de primer orden? Para tener probabilidades de derrotar con reclutas que se batían en su gran mayoría contra toda su voluntad, á 32,000 franceses, se necesitaba en primer lugar dejar pasar el período de pánico, pues dentro de él, no hubieran sido suficientes un millón de republicanos. En segundo lugar, era preciso tener tiempo de medio foguearlos y disciplinarlos y elevar su número á 100,000 por lo menos. Ni

armas, ni dinero, ni tiempo, había ni podía haber para semejante empresa.

Además, supongamos que hubiera sido posible organizar 100,000 hombres hasta hacerlos soldados medianos y que éstos hubieran derrotado al cuerpo expedicionario francés. Ni Napoleón III, ni Francia se hubieran quedado con la derrota y en el caso habría mandado Napoleón 100, 200 ó 300,000 soldados franceses. Una vez comprometido el honor de la nación francesa con un golpe militar de gran desprestigio dado por los mexicanos, no hubiera habido un solo francés que no hubiese obligado á su Gobierno á continuar la guerra. Francia poseía de sobra recursos para sostenerla y para vencernos cualesquiera que hubiesen sido los esfuerzos mexicanos para dejarla vencida y militarmente humillada. En suma, era imposible vencer á Francia militarmente, en grandes batallas campales.

Era pues preciso que Juárez descontara del plan de campaña el ideal irrealizable de derrotar á Francia.

Una de tres cosas : ¿el proyecto de Napoleón era convertir á México en colonia francesa? En este caso Francia haría todos los esfuerzos de que era capaz y lo hubiera conseguido temporalmente por cinco, diez, veinte ó más años; mientras México no se robusteciera ó mientras Francia no se viera obli-

gada por las gestiones europeas á concentrar sus fuerzas en Europa ó mientras que los Estados Unidos continuasen en su exasperante guerra civil. En los tres casos la acción de Juárez era nula, y por consiguiente no debía tomarse en cuenta este proyecto napoleónico, tanto más cuanto que era público que se le había ofrecido el trono á Maximiliano desde 1861, y un archiduque de Austria, hermano del Emperador, no podía, como ya lo dije, absorber el oprobio de ser empleado del Emperador Napoleón, monarca sin nobleza. Además, Maximiliano era presunto heredero del trono de Austria y no se renuncia á semejante posición por un empleo de gobernador de una colonia.

El segundo proyecto de Napoleón podía ser, como ya se decía, adquirir para Francia Sonora ó Tehuantepec. Juárez, no pudiendo defender ni uno ni otro territorio, debía darse por satisfecho con que tal solución tuviera lugar lo más pronto posible, para que el partido liberal quedase en lucha solamente con el clerical, para disputarse el dominio de una república sin Sonora ó Tehuantepec. Una vez triunfante, el partido liberal debía ocuparse de examinar la mejor manera posible de recobrar el territorio perdido. Este segundo proyecto no imponía á Juárez el deber imposible de vencer militarmente á la nación francesa.

El tercero y último proyecto de Napoleón sólo podía ser colocar en el trono á Maximiliano, obtener de él concesiones comerciales, ferrocarrileras, bancarias, y dejarlo después que mantuviese el imperio con sus propias fuerzas.

Sin llevar en cuenta la acción de los Estados Unidos, los franceses solamente debían evacuar á México en dos casos : primero, una vez convencidos de haber establecido el Imperio y que éste les hubiera asegurado el pago del costo de la expedición y de las reclamaciones francesas; segundo, una vez convencidos de que el Imperio era un imposible, siempre que no se comprometiera su honor derrotándolos en grandes batallas campales capaces de echar por tierra su merecida fama.

¿Qué era más conveniente, dejar que se estableciera el Imperio sosteniendo por decoro la lucha con guerrillas al mando de jefes y oficiales determinados como lo aconsejaba en 1825, Simón Bolívar, para emprender derrocar al Imperio cuando ya no lo sostuvieran las bayonetas francesas, ó cuando éstas hubieran disminuído considerablemente en número? ¿Qué era más conveniente, suspender la resistencia militar mientras pasaba la tormenta en su máximum de intensidad y mientras se retiraban todas ó la mayor parte de las fuerzas francesas, manteniendo siempre algunas guerrillas en movimiento, ó continuar sin interrupción una

resistencia con pretensiones insensatas de que fuese estrictamente militar?

Si se continuaba la resistencia en el período de pánico, ésta tenía que ser no sólo débil sino ridícula y perniciosa, por desprestigiar la causa liberal mexicana ante los Estados Unidos, ante los republicanos de Europa y ante las naciones hermanas de Centro y Sur América. Batirse en el período de pánico era cubrir de glorias fáciles á los franceses, hartar su jactancia y hacer aparecer á los soldados mexicanos tan cobardes como los chinos; era atraernos el desprecio de la prensa extranjera amiga, como sucedió, y desde el punto de vista militar, era una falta imperdonable.

Si la nación se convencía de que la independencia de México no peligraba con Maximiliano, la nación en su mayoría debía defeccionar y la causa juarista tenía que perder el más importante de sus apoyos. Sin dinero, sin armas, sin el apoyo nacional y más bien con su hostilidad, y teniendo encima 30,000 franceses y 50,000 soldados mexicanos imperiales, la resistencia debía ser doblegarse y sucumbir en muy poco tiempo, en poco más de un año. No hay pueblos indomables más que en la imaginación de dementes é ignorantes oradores y si el 90 por ciento de la nación ó más aceptaba el Imperio, sucumbir era el destino irrevocable, inmediato de la causa republicana.

Tal es como se presentaban las cosas en Julio de 1863; la causa republicana cualquiera que fuese la heroicidad de sus defensores tenía que sucumbir temporalmente durante uno ó cincuenta años. Su salvación única posible dependía de los Estados Unidos y de los desaciertos del enemigo. En el mundo la mayor parte de las victorias de guerra se deben más á los desaciertos del enemigo que al mérito propio, lo mismo en política que en el terreno militar.

Juárez no debió nunca someterse, pero sí hacer lo siguiente : salir de México cuando se aproximaban los franceses, reunir en el interior 5 ó 6,000 hombres y marchar directamente contra Vidaurri, destronar su cacicazgo y apoderarse de las productoras aduanas de Piedras Negras y Matamoros, fijando su residencia en cualquiera de estos dos puntos. Debió ordenar á los Gobernadores de los Estados que se conservasen en sus puestos apoyados únicamente por las fuerzas indispensables para no ser arrojados de ellos por las bandas intervencionistas. Dichos Gobernadores debían reunir la mayor cantidad de dinero posible y situarlo en los Estados Unidos; las armas y parque debían esconderse en las sierras, en los bosques de las tierras calientes y en las poblaciones fronterizas. Desde el instante en que los Gobernadores fueran arrojados de sus puestos por las fuerzas

francesas, por supuesto sin combatir, debían dirigirse á los Estados Unidos á esperar órdenes. Juárez además debió escoger media docena de generales mexicanos, darles la mitad de sus sueldos y encomendarles que asistiesen como testigos á la gran guerra de los Estados Unidos. Debió también hacer que se enganchasen en dicha guerra voluntariamente y con el grado que pudiesen obtener en el ejército de los Estados Unidos, aun cuando fuera como sargentos, los oficiales mexicanos liberales sin colocación posible. Y si no era posible como sargentos, como soldados rasos. La vida de un soldado de la Unión Americana en la guerra era más tolerable que la de un oficial mexicano en las fuerzas que combatieron la intervención.

Juárez después de ocupar á Piedras Negras durante el mayor tiempo posible y de recoger las pingües rentas de las aduanas de Matamoros y de Piedras Negras, debió partir á los Estados Unidos, dejando en México organizada una resistencia lo más débil posible, pero constante, por medio de guerrillas mandadas no por bandidos, sino por oficiales resueltos, sujetos clandestinamente á las órdenes de un jefe de zona, hasta donde se pudiera incógnito, que las dirigiese. Estos jefes de absoluta confianza debían estar prevenidos y guardar el mayor secreto de que la salida de Juárez del país era temporal y que duraría mientras los franceses

se retiraban ó disminuían sus fuerzas al ver que el Imperio no tenía enemigos serios ni importantes que combatir.

Si Juárez hubiera salido del territorio mexicano á principios de 1864, pasándose al otro lado del Río Bravo y vigilando desde allí la buena administración de las aduanas de Piedras Negras y Matamoros, y reservando sus productos para cuando debiera comenzar la gran campaña, el convenio de Miramar habría cambiado.

Por este convenio Napoleón se obligaba á elevar á 8,000 hombres la legión extranjera y á sostener en México, comprendida dicha legión,

Durante el año 1865	28,000	hombres
Durante el año 1866	25,000	»
Durante el año 1867	20,000	»
Hasta 10 años después, la legión ex- tranjera	8,000	»

El convenio de Miramar fué firmado el 10 de Abril de 1864; si México hubiera aparecido casi totalmente pacificado y sobre todo, sin el gobierno de Juárez, que daba á la resistencia un carácter muy serio, las estipulaciones respecto á tropas hubieran cambiado notablemente. Napoleón no hubiera podido resistir á la opinión pública en Francia, que tanto deseaba la vuelta del ejército y por otra parte, Napoleón tampoco quería prolongar la ocupación de México.

En Enero de 1864, el Mariscal Randon, Ministro de la Guerra de Napoleón, escribía al General Bazaine, en contestación á la carta en que le participaba éste los progresos de la pacificación : « Me parece que ahora más que nunca podemos esperar que antes de fin de año, podréis enviarnos parte de nuestros Regimientos, como me lo habéis dicho en vuestra carta precedente. Esto sería más concluyente para satisfacer á la opinión que todos los discursos de los más elocuentes oradores (1). »

No era preciso ni convenía que Juárez esperara para abrir de nuevo la campaña con los recursos pecuniarios que hubiera acumulado y que tuvo tiempo y modo de colocar en los Estados Unidos, á que se retiraran todas las fuerzas francesas; el momento hubiera sido oportuno desde que la reducción del ejército francés hubiera sido poco más ó menos á la mitad, lo que debió haber tenido lugar desde principios de 1865 si Juárez no se empeña con su inquebrantable firmeza en no dejar salir á los franceses de México. La firmeza de Juárez no servía para derrotar á los franceses, sino para evitar que se fueran y dar tiempo á que sucumbiese el grupo heroico de republicanos que se defendían con desesperación; pero cuyo destino manifiesto era sucumbir por falta de elementos y por la persecución que se les hacía,

(1) Gaulot, tomo I, pág. 248.

si no hubieran tenido el auxilio de los Estados Unidos y, sobre todo, sin los desaciertos de Maximiliano. No fué la firmeza de Juárez la que salvó la situación, sino lo que la empeoró inútilmente, como lo veremos en el discurso de este estudio.

CAPÍTULO IV.

EL PERÍODO AGÓNICO.

El gobierno de Juárez no comprendió el problema que debía resolver, cuya solución consistía, como he dicho, en conservar los Estados el mayor tiempo posible, recoger dinero, simular la pacificación, mantener una tenue resistencia con guerrillas, es decir, guardar el fuego debajo de las cenizas, para encenderlo con vigor cuando los franceses hubieran retirado, por lo menos, la mitad de sus tropas. Se hizo todo lo contrario de lo debido : se multiplicaron las contribuciones, se impusieron préstamos forzosos, se desarrolló la leva con furor extraordinario, se hicieron requisiciones de armas, de caballos, de mulas, de carros. Se hizo todo lo posible para echar á las poblaciones en brazos de la Intervención. La mayoría de las actas de adhesión al Imperio fueron voluntarias. La mayoría de la Nación no creía ya entonces que la Intervención comprometía la independencia, y el resto, exceptuando el enérgico grupo liberal, estaba hasta por perder la independencia con tal de llegar á conocer el de-

recho de propiedad, el respeto á la vida humana y á la libertad personal, la inviolabilidad del trabajo, el sueño sin pesadillas, la autoridad sin brutalidades, las leyes sin desgarraduras, los tribunales sin consigna y sin venalidad. La Constitución había ofrecido prodigios en materia de libertades y garantías; pero la guerra civil, el clericalismo y el jacobinismo no habían hecho más que desarrollar esos siniestros despotismos de los fragmentos y el polvo de una sociedad, que forman la anarquía.

La gran masa nacional cometía el delito de traición; pero era su única esperanza, traicionar para vivir; su último esfuerzo, su último crimen, la última voluntad ciega y enérgica de su larga desesperación. Esta conquista del espíritu público por las promesas de la Intervención se hacía sentir triste, pero efectivamente.

Era una locura sacrificar al país y sacrificar el prestigio de la causa que se defendía con el objeto de formar grandes fuerzas regulares para batir á los franceses, cuando miserablemente se habían entregado los mejores elementos concentrados en Puebla para que fuesen devorados por la inevitable capitulación. Juárez y los hombres de muy buena voluntad y de gran patriotismo que le acompañaron, dieron satisfacción al error militar sin límites de aprovechar el período de pánico para presentar reclutas al ejército francés, como quien espera el ham-

bre de un tigre para arrojarle al hocico canarios. En los cinco meses corridos de Junio á Noviembre de 1863, Juárez y los Gobernadores de los Estados llegaron á organizar las siguientes fuerzas regulares :

General López Uraga	10,000 hombres
División Doblado	4,000
División Ortega y Patoni.	3,000
Fuerzas de Jalisco.	3,000
Brigada Rojas	2,000
División Negrete.	2,400
Brigada Cortina, en Matamoros. . . .	1,000
Brigada Carvajal y Pavón, en Tamaulipas.	1,500
Brigada Hinojosa.	800
División Porfirio Díaz y fuerzas de Oaxaca	4,000
Quiroga y Vidaurri.	800
Fuerzas de García Morales, en Sinaloa. .	1,500
» de Pesqueira, en Sonora. . .	2,000
» del Estado de Chihuahua. . .	1,500
Ugalde y Martínez, en la Huasteca. .	2,000
Tabasco y Costas de Barlovento y Sotavento	1,500
D. Juan Álvarez, en Guerrero. . . .	1,800
Guerrillas sueltas en todo el país. . .	3,000
Total.	45,800

Para armar estas fuerzas, organizarlas, sostenerlas y dotarlas de muy abundante parque de fusil y artillería, se hicieron esfuerzos sobrehumanos y se gastaron más de 5 millones de pesos. Veamos los resultados.

*
* *

Por supuesto que Juárez, receloso como siempre de que se levantase un héroe que lo arrojara de la presidencia, cometió el error intencional de no dar el mando de todas las fuerzas á un solo general. Si para la campaña de Puebla el mando había sido bicéfalo, para la del interior el mando fué policéfalo.

El general Bazaine, en los primeros días de Noviembre de 1864, salió de México para ponerse á la cabeza de 14,000 franceses y 7,000 mexicanos. El movimiento de internación de estas fuerzas se hizo rápidamente y sin disparar un tiro sobre las fuerzas regulares republicanas, que no maniobraban, huían y se consumían velozmente por la fatiga y la desertión. El General intervencionista Don Tomás Mejía ocupó la plaza de San Luis, cedida cobardemente por la División Negrete y este jefe, para reparar su debilidad, atacó la plaza que acababa de ceder, haciendo brillar una impericia digna de su nombre y fué completamente derrotado. Uraga cometió la insigne torpeza de atacar Morelia, fué desastrosamente batido, perdió la mitad de su fuerza y 33 piezas de artillería y marchó regando el material que le quedaba y multitud de soldados, perseguido por una columna francesa, hasta refugiarse en el Estado de Colima. Esta fuerza, unida

á la de Jalisco y reducida por la deserción á 4,000 hombres, acabó derrotada en Jiquilpan por 350 franceses al mando del Coronel Clinchant.

Como acabo de expresarlo, el General Bazaine salió de México en Noviembre de 1863, y el 6 de Enero de 1864, habían ya caído en poder de la Intervención, sin resistencia digna de llamarse militar, Querétaro, Guanajuato, Morelia, S. Luis Potosí, Aguascalientes, Zacatecas y Guadalajara. Todo el centro poblado del país estaba en poder del enemigo, sin que las grandes masas de fuerzas republicanas hubieran defendido el territorio, si no con brío, al menos con pundonor.

La división Doblado fué derrotada en Matehuala por D. Tomás Mejía y el Coronel Aymard, la de González Ortega y Patoni fuerte de 3,500 hombres y 22 piezas de artillería, sufrió una verdadera catástrofe en el cerro de Majoma, atacada por 531 franceses y 80 mexicanos. Cortina se sometió al Imperio con 1,000 hombres en Matamoros, Garza hizo lo mismo en Tamaulipas y entregó 800. En la Sierra de Huauchinango el General Rafael Cravioto se sometió á la Intervención con todas sus fuerzas; lo mismo hizo en el Estado de Guanajuato el General Antillón; lo mismo ejecutó en el de Michoacán el General Elizondo; lo propio verificaron el Coronel Quiroga y el General Vidaurri en Nuevo León.

La regencia del Imperio dió una ley en Enero de 1864, reconociendo grados y empleos á todo jefe ú oficial republicano que se presentara en el plazo de un mes. La Regencia disponía de dinero con abundancia para todos sus gastos y era la primera vez que se pagaba á todas las clases dependientes del erario con esplendidez y puntualidad. El llamamiento de Almonte, tan generoso como corruptor, no quedó desairado. Los jefes y oficiales del ejército republicano se desbandaban de sus filas para presentarse por pelotones, por batallones, por brigadas, á recibir el pan caliente de la Intervención. Los principios se refugiaban ávidamente en los repliegues intestinales.

La llegada á México del Archiduque dió un golpe mortal á la causa republicana. Todos los que aún dudaban de las generosas intenciones de Napoleón, de dotar á México de un gobierno fuerte y liberal, sin menoscabar su independencia, acudieron al llamamiento del nuevo Emperador. Los moderados se presentaron casi en su totalidad; era llegada su hora, porque el programa del Imperio se intitulaba conciliación: los liberales exaltados se fueron presentando en gran número, muchos de ellos convencidos de las ventajas de una monarquía opulenta y verdaderamente liberal, en vez de la vieja república, deforme, falsa, tiránica, miserable, jacobina, anárquica.

El Licenciado Don Manuel María de Zamacona, con su habitual elegancia de lenguaje, en una carta que le ha sido muy censurada por lo mismo que dice la verdad, tuvo la firmeza y la lealtad de hablar á Juárez en términos hábilmente políticos.

« Las olas de la invasión, escribía el Señor Zamacona, progresan sin dique ni resistencia y los confines del país donde aun no llegan estas olas ceden bajo nuestras plantas y se cambian en terreno no seguro y enemigo... ¿Cómo el invasor se ha extendido en el país estableciendo inmensas líneas militares, no interrumpidas, cómo ha restablecido la seguridad en los caminos, cómo atrae hacia él miembros del partido independiente, cómo gana terreno en las Cortes extranjeras y crédito financiero, hasta el punto que el hermano del Emperador de Austria se decide á venir á México á ocupar el trono elevado por la Intervención y que el sabio Rey de los Belgas induce á su hija á ceñir la corona mexicana y en fin cómo es que los Bancos de París y Londres abren al nuevo Imperio sus cofres para la realización de un empréstito?

« En la corriente de este año hemos caído del pedestal glorioso sobre el cual nos habían elevado Zaragoza y los valientes defensores de Puebla. En el interior hemos perdido todos los grandes centros de población y lo peor es que el enemigo ha

hecho la conquista material de todas estas localidades sin haber impedido á los espíritus facilitarle la conquista moral á la que aspira, y ha logrado por un sistema sabio, si no cautivar la simpatía de los mexicanos, al menos los ha resfriado para la defensa nacional.

« Nuestro gobierno se encuentra en un rincón del país ignorado de las poblaciones más lejanas. No estando sujeta la defensa nacional á la acción del gobierno, ha tomado un carácter anárquico y destructor, fecundo solamente en ruinas y mal renombre. En esta última mitad del año nada hemos hecho contra el enemigo y mucho hemos dejado hacer contra el país y sus habitantes. Delante de los progresos increíbles que han podido hacer en la corriente de este año, es de temer que los invasores y sus auxiliares no lleguen, por falta de obstáculos por nosotros suscitados, á dominar todas las dificultades y á realizar los proyectos más insensatos (1). »

*
* *

Tomando el gobierno Maximiliano, todos los poderes públicos se concentraban en sus manos y el ejército francés no era más que una fuerza auxiliar en sus manos, destinada á prestar servicios

(1) Traducida del francés, de la obra del General Thoumas, *les Français au Mexique*, pág. 235.

por tiempo muy limitado : ajustándose el Imperio á la convención de Miramar, la independencia mexicana no estaba comprometida. El ejército francés por su número, no podía ser un ejército de conquista, y el Emperador por su calidad de Hapsburg, no podía ser un empleado disfrazado de Napoleón, y Napoleón tampoco podía intentar nada contra el territorio é independencia de México porque desde que Sherman ocupó Atlanta (2 de Septiembre de 1864), la causa de los Confederados estaba totalmente arruinada y la doctrina Monroe en vísperas de recobrar su vigor.

¿Qué representaba, pues, en esos momentos la bandera de Juárez? ¿El régimen liberal? Lo había ofrecido Maximiliano y había inaugurado su gobierno rechazando brutalmente á los reaccionarios. ¿Representaba la Reforma? Su parte más sólida y más trascendente, la nacionalización de los bienes eclesiásticos subsistía, y el Arzobispo Don Pelagio Antonio de Labastida había escrito insolentemente al General francés Neigre (1) : « Nosotros (los Obispos) declaramos categóricamente que la Iglesia *sufre hoy los mismos ataques contra sus inmunidades y sus derechos que en tiempo del gobierno de Juárez*, y jamás se ha visto perseguida con tanto encarnizamiento y que la guerra

(1) El Arzobispo Labastida al General Baron Neigre, Comandante de la plaza de México, Noviembre 18 de 1863.

que se nos hace es peor que la de aquel tiempo ».

¿Representaba en esos momentos la causa de Juárez á la República? Nunca había habido verdadera República y la población prefería un gobierno verdadero á uno débil y falso. ¿Representaba la prosperidad del país? El Gobierno de Juárez, como todos los anteriores, no había expresado más que un Calvario de miserias en un *vía crucis* de desmoralización. Maximiliano se presentaba apoyado por un gran crédito y como un caudillo refulgente de millonarios europeos empeñados en transformar el país, de pordiosero en magnate.

La bandera de Juárez representaba en aquellos instantes una cosa muy débil y una cosa muy fuerte. La cosa muy débil era la creencia, en un grupo admirable de hombres severos, enérgicos y patriotas, de que la independencia y la democracia, que en su concepto había sido floreciente, estaban perdidas y les era forzoso sucumbir ó recuperarlas. Lo que representaba Juárez de muy fuerte era el *caciquismo*, tan natural y tan arraigado en el país como la raza indígena y notablemente poderoso, teniendo como apoyos principales : el provincialismo contrario al nacionalismo, la configuración geográfica del país y las tradiciones cacicales de identificación con la gran causa liberal. Nótese bien, todos los cacicazgos que protegía el sistema federativo, como los de

Guerrero, Sonora, Chihuahua, Durango, Chiapas, Guanajuato, Tabasco y Tamaulipas, se declararon por la República. El cacicazgo de la Huasteca se declaró también por la República, porque de hecho era un Estado independiente. En cambio, los caciques que no eran considerados como gobernadores federales y á quienes se quería sujetar al gobierno de los Estados, como Losada en la Sierra de Alica, como Tanorí en Sonora, como Don Tomás Mejía en Sierra Gorda, y como Don Remigio Tovar en la Sierra de Mascota, se adhrieron al Imperio que les ofrecía de hecho la tolerancia é independencia. Si los dominios de estos caciques hubieran sido declarados Estados federales, todos se hubieran puesto contra el Imperio, que representaba de hecho y de derecho el intransigente centralismo.

Vidaurri fué una excepción; rompió con Juárez porque le quitó la productiva aduana de Piedras Negras y creyó que el Imperio lo mantendría cacique del Departamento de Nuevo León para seguir medrando con el contrabando y llenando sus profundas arcas con los productos de las aduanas robados á la Federación. En los Estados no cacicales, sino militares, la posición de los gobernadores federales podía cambiarse hasta con ventaja por Comandantes generales de departamento bajo el centralismo. A la llegada del Archiduque, la

causa de Juárez tenía además del federalismo en su bandera, su legalidad, en la que ninguna persona sería podía creer, sabiendo que la voluntad nacional es siempre la voluntad del Presidente de la República ó la voluntad del que lo derroca.

*
* *

El estado de la opinión á la llegada del Archiduque tenía que reflejarse en las operaciones militares y demacrar hipocráticamente el aspecto ya lívido de la resistencia republicana.

« La situación de los republicanos de Oaxaca, dice el autor de la *Historia Militar del General Díaz*, era cada día más difícil, porque muchos de ellos se desmoralizaron con la certeza que tenían en su ánimo de que era imposible la resistencia *cuando el país entero había sucumbido*; y algunos de los defensores de la independencia deponían las armas y se retiraban á sus hogares, fatigados de luchar sin elementos y agobiados con las derrotas que sufrían los restos de nuestro ejército, cuando éste no podía combatir contra el francés, tan perfectamente armado, municionado y disciplinado (1) ». La desmoralización fué irresistible « y cundía rápidamente entre la tropa; parte de la

(1) General Ignacio M. Escudero, *Historia Militar del General Porfirio Díaz*, pág. 85.

caballería se desbandó y la guardia nacional de Tehuantepec se pronunció por el Imperio y la de Miahuatlán no quiso organizarse ni partir á la campaña (1) ».

« Al ver esto las fuerzas de Oaxaca se desmoralizaron á su vez, no sólo al palpar la superioridad en número, disciplina y armas del ejército francés, sino al persuadirse de que con la defección de la Caballería de Tehuantepec le faltaba un apoyo exterior que auxiliase á la guarnición.

« Los traidores que había dentro de la plaza, es decir, los conservadores, fomentaban el desaliento de la guarnición ya sembrando el terror anunciando que los defensores de la independencia serían pasados por las armas, ya prometiendo recompensas á los tráfugas ». En tales condiciones Oaxaca tuvo que rendirse con cerca de 4,000 hombres de guarnición y el jefe de la plaza, General Porfirio Díaz, fué conducido á Puebla en calidad de prisionero. Este golpe causó el desaliento más profundo en la zona destinada á la campaña del ejército de Oriente que había totalmente desaparecido, no quedando más que débiles guerrillas ».

*
* *

La situación del Ejército del Centro era ya de-

(1) General Ignacio M. Escudero, *obra citada*, pág. 85.

sesperada en el primer semestre de 1865 : « Es seguro que no nos someteremos, decía el Coronel Riva Palacio, pero también lo es que no triunfaremos ; antes el hambre y las pestes habrán acabado con nuestros espectros (1) ». El estado de Michoacán, donde operaba el ejército del Centro, se hallaba ocupado por los invasores, excepto Huetamo, aún en poder de los republicanos, que en conjunto « tenían 1.000 hombres y ciento y tantos que servían de escolta al General en Jefe José María Arteaga. Invadido Huetamo, no quedaba más que una pequeña línea, sin un solo pueblo, sin recursos de ninguna clase y bajo la influencia de un clima que estaba destruyendo á aquella pequeña fuerza (2) ». « Después de numerosas derrotas, sus tropas (las de Régules) llegaron á un estado de miseria y desnudez imposible de describir y que él no podía remediar, no teniendo como los jefes republicanos del Norte, quien les vendiese armas y municiones (3) »... « Existir mientras partían los franceses, tal era el objeto principal de los republicanos (4) ».

(1) Coronel Riva Palacio, informe al Presidente Juárez. Enero 6 de 1865.

(2) Coronel Jesús María Guerra, informe sobre el Ejército del Centro pidiendo auxilio. *Documentos para la Historia de México*, tomo III. Documento núm. 39.

(3) El mismo.

(4) Hanz, Querétaro.

Ya en Diciembre de 1864, los pueblos de la frontera del Norte, se habían sometido con sus fuerzas al General imperialista Don Florentino López. Los considerandos del acta de sumisión son desgarradores : extrema miseria, indiferencia ú hostilidad de las poblaciones, convencimiento de que el Imperio no ataca la independencia, necesidad de hacer cesar sufrimientos inútiles (1). En la Huasteca, otro baluarte de la defensa nacional, el Coronel General Joaquín Martínez se sometió con 2,000 hombres. « Los pueblos, le dice á Juárez, ya no quieren la guerra; macilentos, sin trabajo, cargados de huérfanos y sin esperanza más que de su total exterminio, ya no quieren la guerra; han hecho mucho, pero los sacrificios también tienen su límite (2) ».

*
* *

En Tamaulipas, el Coronel Pedro Méndez y el General Desiderio Pavón luchaban sin cesar, con una energía sobrehumana, pero sin obtener más que la certidumbre de sucumbir en más ó menos tiempo. El Coronel Escamilla en la Huasteca Vera-

(1) *Diario del Imperio*, Diciembre 20 de 1865.

(2) General Joaquín Martínez á Presidente Juárez. *Correspondencia de la Legación de Washington*, tomo VIII, pág. 1012.

cruzana, se inclinaba ante la fuerza de la adversidad, después de haber intentado lo imposible para mantenerse. « Ya no puedo continuar, dice, levantando á cintarazos á hombres consumidos por las fiebres y por el hambre, para acabarlos de matar en vez de hacerlos marchar. Se tiran al suelo y dicen : « Máteme mi jefe, pero ya no ando más ». Hace tres días, sus familias en tumulto me dijeron : « Ya no podemos hacer más, queremos que nuestros hombres enfermos y maltratados vengán á morir á sus jacales; ya no queremos más que á nuestros maridos, hermanos é hijos; ya no queremos patria (1). »

En Mayo de 1865, el General Corona, en el sur de Sinaloa, se vió obligado á ordenar á sus más leales y sufridos jefes la defección, para evitar la completa ruina de sus fuerzas. Esta defección debía ser á reserva de que los sometidos al Imperio defeccionasen después para volver á las filas republicanas. Tal orden es tan horrible como inmoral; pero la situación espantosa á que habían llegado las pocas fuerzas de Corona así lo exigían. Corona estaba firme, pero la miseria, la persecución y el desaliento lo rodeaban como una atmósfera asfixiante.

La conversación del General Corona con Don

(1) Parte oficial á Juárez, Febrero 22 de 1865. — *Documentos para la Historia de México*, tomo III. Documento 162.

Francisco Aragón así lo comprueba : « Aragón viendo simplemente los hechos en sí mismos, pasaba á hacer las deducciones más desfavorables para la causa nacional, considerando imposible que las fuerzas de la República llegaran á sobreponerse á los elementos combinados de la Intervención y del Imperio; debemos añadir que este modo de raciocinar era común en esa época á un gran número de mexicanos (1) »... « Advertimos de paso que las muchas defecciones que tuvieron lugar en aquellos días de infausta memoria »...

Según los autores de la *Historia del Ejército de Occidente*, el General Corona fiaba en la resistencia, no como causa de triunfo por sí misma, sino por la modificación que en ella introdujeran tres causas : la fuerza de la opinión pública en Francia, opuesta á la expedición de México; los acontecimientos probables de guerra en Europa, y por último la oposición inflexible de los Estados Unidos á la violación de la Doctrina Monroe. En el campo de Corona la miseria fué durante todo el tiempo de su campaña hasta la toma de Mazatlán, espantosa y según la describen los citados autores, sólo hombres de carácter superior y gran patriotismo pudieron soportarla; faltándoles muy poco para sucumbir con honra en el patíbulo ó por el hambre.

(1) Vigil é Hajar y Haro, *Historia del Ejército de Occidente*, pág. 310.

Si se lee el libro de Kératry sobre la campaña hecha por la contraguerrilla Dupin, hay que admirar el temple de los jefes republicanos de Tamaulipas, quienes después de una lucha incesante, sanguinaria y desesperada, se vieron algunos obligados á salir del Estado y otros á someterse para volver después á las filas de la República, quedando siempre un grupo irreducible y heroico.

*
* *

El desaliento de los combatientes republicanos era precursor de la última catástrofe : el fin de la resistencia. El General Díaz estaba preso en Puebla (Junio de 1865) y en su extensa línea había estupor. Su hermano el Coronel Don Félix Díaz estuvo en Nueva York y con relación á su visita escribía á Juárez Don Matías Romero : « Habiéndome manifestado dicho Coronel, que será conveniente escribiese yo por su conducto á los jefes militares del rumbo adonde él se iba, procurando alentarlos, porque á su juicio lo habían menester (1) »...

Para alentar á los jefes á que aludía el Coronel Félix Díaz, le escribió una carta Don Matías Romero, para que la enseñara á todos los amigos : « Entretanto nosotros (los mexicanos) aprovechán-

(1) M. Romero á Juárez, Junio 20 de 1865. *Correspondencia*, tomo VII. Documento núm. 290.

donos de la simpatía que siente este pueblo (Estados Unidos) por nuestra causa, podremos obtener aquí dinero, armas, municiones y toda clase de elementos de guerra y hasta gente si fuere necesario. Tengo pendiente una combinación en la que he estado trabajando hace ya muchos meses y que tiene todas las apariencias de llegar á producir los mejores resultados, de la cual espero obtener los fondos necesarios y demás elementos, no sólo para continuar pronta y satisfactoriamente la guerra contra los franceses, sino (1) »...

Hay demasiada ligereza en condenar y despreciar á todos los jefes republicanos que se sometieron al Imperio. Si muchos lo hicieron por corrupción, debilidad, hambre personal, ambición, creencia en la imposibilidad de triunfar, otros, y no pocos, lo hicieron después de agotar su gran energía, de demostrar gran carácter, de probar notable patriotismo, hasta que el deber les fué imposible.

Maximiliano no tenía más que 8,000 hombres de fuerzas regulares mexicanas, si hubiera organizado 10,000 hombres más y sostenido la campaña con dinero suficiente, la resistencia hubiera sucumbido. No hay pueblos indomables, he dicho, y tampoco era entonces el pueblo quien resistía en su inmensa mayoría. De los 532 jefes y oficiales del ejército

(1) M. Romero, en el documento anterior

que defendió á Puebla en 1863, deportados á Francia, 352 empeñaron su honor ofreciendo nunca volver á tomar las armas contra el Imperio. La mayoría del ejército y del partido liberal había defeccionado (1). La resistencia la hacía un grupo de hombres con fé en su fuerza y en el apoyo de los Estados Unidos. Los republicanos esperaban que los franceses se fuesen, para triunfar de los imperialistas, ó que los Estados Unidos les diesen suficiente auxilio para continuar la lucha en términos racionales.



De esta situación el gobierno de Juárez tenía gran culpa. De 43,000 hombres de fuerzas regulares levantadas con inmensos esfuerzos, 40,000 habían desaparecido rápidamente por el hambre, la deserción, el pánico; habían desaparecido todas ellas sin gloria, sin resistencia, sin esfuerzo; ba-

(1) Entre los Generales del ejército liberal que defeccionaron para servir al Imperio ó para retirarse á vivir bajo su amparo se encuentran : General de División Florencio Villareal, héroe del Plan de Ayutla, Ramón Iglesias, Parrodi, Vidaurri, López Uraga, Garza, Cortina, Echeagaray, Antillón, García de la Cadena, Cravioto, Martínez Joaquín, O'Horán, González de Mendoza, Alatorre, Ampudia, Aramberri, Caamaño, Huerta Antonio, Rey, Elizondo, García de León, Rosas Landa, Neri Felipe, Herrera y Cairo, Miranda, Ruiz Manuel, Espinola, Solís, García Julio.

rridas por pequeñas columnas francesas y hasta por destacamentos. Para llegar á esta estrategia de cordones había tenido lugar un gran derroche de dinero y expoliaciones para los pueblos... Las últimas fuerzas que organizó Juárez para que defendiesen Chihuahua, huyeron antes del primer tiro, abandonando su artillería. Ese empeño de consumir vergüenza quitando á los pueblos el pan de la boca, el dinero de su gasto, el capital del trabajo, los hombres de su hogar; quitando á todos sus bienes, su libertad, su tranquilidad, para formar ejércitos que no habían de batirse sino huir, dispersarse, defeccionar, rendirse, traicionar, es digno de censura más que de alabanza. Se debe llevar á los hombres al combate racionalmente, nunca para entregarlos al acero como *bestias de rastro* ó para que deshonren por su pánico la virilidad de una gran población ó el prestigio de una gran causa.

Si el gobierno de Juárez no hubiera obrado con tan poca pericia, el 1° de Enero de 1865, ni 15,000 franceses se hubieran encontrado en el país y ese hubiera sido el momento de emprender la lucha formal contra el Imperio.

« En los dos últimos meses de 1864, el Mariscal Bazaine obedeciendo al deseo tan á menudo expresado por Napoleón III, hizo que volvieran á Francia el 2° de Zuavos, el 99 de Línea, el 1° Batallón de Cazadores y la Batería de la Guardia Impe-

rial (1) ». « Os agradezco la seguridad que me dais de que la vuelta de las tropas que habéis designado *no sufrirá retardo*, pues si así fuese, el asunto del presupuesto de guerra, nos comprometería y se comprenderá muy difícilmente que no obstante todos nuestros triunfos, y la llegada de 9,000 belgas y austriacos, el convenio ajustado con el Emperador Maximiliano no tiene cumplimiento (2). » Al abrirse, el 15 de Febrero de 1865, las sesiones del Cuerpo Legislativo de Francia, Napoleón anunció la vuelta de una nueva fracción del ejército francés : « Los aplausos con que fueron acogidas estas palabras demostraron al Emperador una vez más la impopularidad de la expedición (3). »

Si la expedición de Oaxaca no hubiera sido necesaria, el Mariscal Bazaine habría devuelto á Francia en Diciembre de 1864, otros 5 á 6,000 hombres y si Juárez no hubiera hecho levantar 40,000 hombres para que 35,000 de ellos no hicieran más que correr y temblar, desbandarse ó desertarse, Bazaine se hubiera ido á Francia á la llegada de Maximiliano, no dejando en México más que la legión extranjera, los turcos, la contraguerrilla y á lo más 5 ó 6,000 franceses que no hubieran podido cubrir

(1) Gaulot, *l'Empire de Maximilien*, pág. 94.

(2) Mariscal Randon, Ministro de la Guerra á Mariscal Bazaine.
— Gaulot, pág. 94.

(3) Gaulot, tomo II, pág. 187.

ni la décima parte del país. Una vez retirada esa gran parte de las fuerzas francesas á principios de 1865, la lucha seria hubiera comenzado terrible y ventajosa para la República.

El gobierno de Juárez cometió dos errores inmensos : primero, creer que era posible el Imperio de Maximiliano ó la anexión de México á Francia; segundo, creer que entraba en lo posible que un grupo de mexicanos derrotase á una potencia militar, la primera del mundo como representaba Francia, pues ni aun todos los mexicanos unidos é inflamados de patriotismo hubieran podido hacerlo. Ya he expresado que si el ejército republicano hubiera batido á los 30,000 franceses, Francia hubiera mandado medio millón, si era necesario, para vengar su derrota. Como lo indicaba Bolívar en 1825, á los franceses había que combatirlos solamente con guerrillas, para fatigarlos de una campaña en que no podía haber gloria militar; pero en el caso especial de México no era necesario ni siquiera combatirlos con guerrillas, porque ante el triunfo definitivo de los Estados Unidos reconocido ya desde la toma de Atlanta el 2 de Septiembre de 1864, todo proyecto de conquista, desmembramiento, protectorado de Napoleón sobre México era ya imposible y por lo tanto el objeto de Napoleón en México era establecer el trono de Maximiliano é irse inmediatamente. Si Juárez, pues, quería que

se fueran los franceses del país, el medio único, positivo y racional era dejar su firmeza perniciosa á un lado é irse á los Estados Unidos mientras se hacía la evacuación de México por los franceses, y volver después, en son de guerra, con los poderosos elementos que despilfarró organizando tropas en momentos de pánico para dar un resultado tan humillante, tan triste, tan inútil como el que todos los mexicanos conocemos.

Á punto de sucumbir los enérgicos defensores de la causa republicana y para conjurar tan grave mal, Juárez recurrió á remedios desesperados que positivamente comprometían la independencia del país, no comprometida por el Imperio de Maximiliano.

CAPITULO V

JUÁREZ PIERDE LA FIRMEZA DE ESPÍRITU.

« En mi nota número 279, de 22 de Octubre próximo pasado, manifesté á Ud. que en comunicación separada le expondría mi opinión sobre la enajenación del territorio nacional. Aunque no puedo hoy disponer del tiempo necesario para entrar en un detenido análisis de este grave asunto, con objeto de no detener más esta comunicación, consideraré muy someramente este punto.

« He manifestado á ese Ministerio en otras ocasiones, y es un hecho indisputable que mientras dure la guerra civil en este país, el Gobierno de los Estados Unidos, no sólo no se prestaría á entrar en negociaciones con nosotros sobre enajenación de una parte de nuestro territorio en cambio de los auxilios que nos preste, negociaciones que darían el indudable resultado de complicarlo con la Francia, sino que ni aceptaría territorio alguno aun en el caso de que quisiéramos hacerle un presente de él. Tratar, pues, en las circunstancias actuales, y mientras la guerra no termine aquí, de abrir esas negociaciones,

sería un paso muy falso é impolítico, que acarrearía á nuestra causa todos los males posibles de la consumación de ese arreglo, sin producir por otra parte ninguna de sus ventajas.

« Una vez terminada la guerra civil en los Estados Unidos, la necesidad que este Gobierno tendrá de intervenir en la cuestión de México, ha de ser de tal manera imperiosa, que entonces él será quien nos solicite para tener la ventaja de nuestra ayuda, y dar á su intervención, aun cuando ésta no sea armada, como debemos procurarlo, el colorido de justicia, legalidad y fuerza moral que tendrá, procediendo de acuerdo con nosotros. Entonces nosotros estaremos en posición de poner condiciones, mientras que si ahora promoviéramos alguna negociación en este sentido, acaso tendríamos que aceptar las que se nos impusieran. Creo también que si desgraciadamente llegan los Estados Unidos á enviar sus fuerzas á México con nuestro consentimiento ó sin él ó sólo á prestarnos cantidades considerables para repeler la invasión francesa, después de conseguido este objeto y no teniendo modo de hacer el pago de los capitales prestados ó gastados por nuestra cuenta, solicitarían la cesión de una parte de nuestro territorio de las más deseables para todos los partidos y los hombres de todos los colores políticos de ese país, como Sonora, California, Tehuantepec.

« Las naciones nunca hacen la guerra en defensa de un principio, ni los auxilios que las unas prestan á las otras son jamás desinteresados. Si nosotros, pues, hemos de tener que recurrir alguna vez á este país para que nos ayude á arrojar á los franceses del nuestro, ó si á nuestro pesar este país ha de tener que intervenir en nuestros asuntos, y si en ambos casos hay peligro grave de que perdamos una porción de nuestro territorio, parece que la política más sabia y patriótica será la que tratará de reducir la pérdida á menor porción posible.

« En este supuesto ocurre desde luego una contingencia cuya probabilidad la hace digna de tomarse en consideración. Es casi seguro que el Gobierno francés llegará pronto á persuadirse que no puede tener á la República entera como colonia suya, y entonces reducirá sus pretensiones á conservar una parte de ella.

« Todo hace creer que las miradas de Napoleón están fijas en Sonora y en Tehuantepec, cuya cesión obtendrá fácilmente con una intimación hecha al Imperio mexicano, el cual no vacilaría en darle esos territorios como en pago de las deudas que el gobierno francés pretende que México tiene para con la Francia, deudas que Maximiliano ha reconocido ya y que cada día aumentarán muy considerablemente. Una vez concentradas las fuerzas francesas en una pequeña porción de nuestro país de fácil

acceso por mar, en donde hubiera una fuerza francesa suficiente para guarnecer á las posiciones militares construídas para defenderla, parecería que nosotros con nuestros propios esfuerzos no podríamos desalojarlos de allí á lo menos por mucho tiempo, y en este caso debíamos considerar á la referida porción como perdida. Si tal cosa llegara á suceder ¿ no sería más conveniente á los intereses de nuestra patria que esa pérdida nos fuera de algún modo provechosa y que nos evitara otras mayores? El modo de conseguir este resultado sería, á mi juicio, celebrar un arreglo con los Estados Unidos, cuando esto fuera posible, en virtud del cual nosotros nos comprometeríamos á cederles una parte ó todo el territorio de México que Maximiliano diera á Francia (1). »

En esta memorable nota, que parece contestar á una muy interesante que no he podido encontrar, se encuentra proyectada la convicción de nuestros grandes políticos que manejaron los asuntos republicanos de 1863 á 1867. No hay cosa peor que resolver problemas con datos falsos : la creencia de algunos liberales prominentes de que Napoleón III quería convertir á México en colonia francesa fué razonable como hipótesis antes de la llegada de

(1) Matías Romero al Presidente Juárez. *Correspondencia de la Legación de Washington, durante la intervención extranjera*, tomo IV, 1864, pág. 405. Documento núm. 288.

Maximiliano al país; después fué inadmisible. Muy conveniente era decirles á los pueblos que Napoleón había mandado á sus soldados para cogerse á México, para despojar á todo mexicano de sus propiedades y reducirlo á la esclavitud, para violar á todas las doncellas y considerar á las casadas como manjar de banquete servido en crudo; tales patrañas son magníficas armas de guerra para excitar el ánimo público contra determinado soberano ó nación.

Pero los hombres cultos, después de la llegada de Maximiliano como Emperador, y sobre todo después de la seguridad del triunfo completo de los americanos del Norte, obtenida en Septiembre de 1864, no podían razonablemente seguir creyendo que Napoleón trataba de convertir á México en colonia francesa. La creencia de que Napoleón trataba de adquirir, por cesión disfrazada, el Estado de Sonora, era más que aceptada, casi segura desde el momento que se vió la conducta del Emperador francés con Maximiliano en asuntos financieros y después del desengaño de ambos de que los ingresos fiscales ordinarios de México, no ascendían á cincuenta millones de pesos anuales.

Pero la creencia en la posibilidad de que Napoleón adquiriera Sonora por cesión de Maximiliano, ó sin su consentimiento, por vía de embargo, mientras que el Imperio mexicano le pagaba sus créditos, era absurda en Noviembre de 1864. Acabo de de-

cirlo, la rebelión del Sur, estaba completamente vencida y la toma de Richmond, objeto final de la campaña, era cuestión de poco tiempo. Si desde 1860, los Estados Unidos habían ambicionado Sonora para sí ¿cómo era posible creer que lo habían de dejar tomar á Napoleón III?

De todos modos, desde el momento en que los hombres de Paso del Norte se convencieron de que Napoleón estaba á su vez convencido de que no podía conseguir (lo que nunca proyectó) convertir á México en colonia de Francia, el ejército francés tenía, sin necesidad de ser arrojado por los Estados Unidos, ni por Juárez, ni por potencia alguna, que abandonar á México, pues su misión oculta había fracasado y su misión ostensible podía darla por terminada.

El problema se reducía á descubrir para cuándo se retirarían los franceses de México. No podían permanecer en México gastando inmensas cantidades de dinero é interesantes vidas sin objeto de ninguna clase, exponiéndose á un choque serio y terrible con los Estados Unidos. Juárez sólo debía preocuparse de reunir sus elementos para destruir el Imperio una vez que los franceses se hubieran retirado de México, como lo estaba exigiendo á gritos la opinión pública en Francia y como tenían que exigirlo los Estados Unidos, quisiera ó no quisiera Juárez, en virtud de su doctrina Monroe y

de todas sus conveniencias políticas internacionales.

*
* *

En 1863, el Presidente Juárez comisionó « ...al general D. Plácido Vega para que con una gruesa cantidad de dinero que se le dió en Mazatlán y otra que se le autorizó á que girara contra la aduana marítima de aquel puerto, comprara armas en San Francisco California (1) ». Dos años después el general D. Plácido Vega no se había presentado en México con las armas que debía haber comprado en San Francisco California con la fuerte suma que le fué proporcionada y tampoco había traza de que las entregara.

El señor D. José A. Godoy, Cónsul de la República Mexicana en San Francisco, decía oficialmente al Ministro de Relaciones de Juárez, D. Sebastián Lerdo de Tejada, el 28 de Junio de 1867 :

« Llama la atención, C. Ministro, que después de haber sido empleadas las gruesas sumas puestas por disposición del Gobierno á las órdenes del Comisionado especial que dejo mencionado (general D. Plácido Vega), llama la atención, repito, que para sacar de aquí y llevar á la República las

(1) Matías Romero, *Contratos hechos en los Estados Unidos*, pág. 8.

armas y pertrechos comprados, se necesiten aún \$ 125,000.

« Si, en efecto, el importe según las facturas de adquisición de los efectos que se proponía entregar al C. general Sánchez Ochoa, es de \$200,000, la cantidad que se pide para exportarlos de aquí y pagar las deudas, equivaldría cuando menos á ese valor, pues las armas y demás artículos de guerra han sufrido con el restablecimiento de la paz una baja extraordinaria en los precios que antes tenían.

« Á muchos comentarios dan lugar las comunicaciones á que me he venido contrayendo. Toca al gobierno dictar las resoluciones que crea convenientes (1). »

*
* *

Las personas á quienes el Gobierno de Juárez comisionó para obtener dinero en los Estados Unidos y emplearlo de determinada manera para favorecer la causa nacional fueron : D. Juan A. Zambrano, el general D. Gaspar Sánchez Ochoa, el general D. José María de Jesús Carvajal y el licenciado D. Matías Romero.

« La autorización concedida al señor Zambrano

(1) Matías Romero, *Obra citada*, págs. 282 y 283.

emanaba del Ministerio de Hacienda y estaba reducida á darle facultades para que dispusiera del producto de los bienes que debieran confiscarse á los traidores. El señor Zambrano se persuadió de que no sería posible realizar nada en virtud de dicha autorización, y al paso que estaba siempre dispuesto á hacer lo que pudiera á favor de nuestra causa, tuvo el buen sentido de no querer usar de aquella.

« Al general Sánchez Ochoa se le dieron facultades para que empeñando las rentas de nuestra aduana de El Paso, negociara hasta diez millones de pesos. En San Francisco California improvisó bonos por esta cantidad é hipotecó éstos al pago de *treinta mil pesos en oro* que le proporcionaron para hacer la impresión y para atender á sus gastos y á los de otras personas que lo acompañaban. Hizo además en aquella ciudad otros varios contratos, la mayor parte de los cuales llegaron á mi conocimiento y al del Gobierno de una manera incidental y no porque él nos los comunicara. Yo no tuve intervención alguna en estos contratos y ni siquiera conocí las facultades que tenía este general, sino después de su llegada á Nueva York. Todos ellos sin embargo, han sido declarados nulos por el gobierno.

« No pudiendo vender en San Francisco los bonos que había hecho imprimir, se vino á Nueva York, creyendo que allí sería posible realizarlos.

Cuando el Gobierno supo que aquel general estaba en Nueva York, le previno que obrara de acuerdo conmigo y necesitara de mi aprobación para la validez de sus actos. El 2 de Febrero de 1866 firmó un contrato con el general John C. Fremont, en virtud del cual le daba seis de los diez millones de pesos que tenía en bonos y una concesión de un ferrocarril, en cambio de obligaciones vagas que contraía este general. Pareciéndome gravoso para la nación este contrato le negué mi aprobación. El Gobierno lo declaró nulo luego que tuvo noticia de él. No satisfecho con esto el general Sánchez Ochoa, desconoció la autoridad de su Gobierno y solicitó y obtuvo que su contrato fuera aprobado expresa ó tácitamente por D. Jesús González Ortega, quien había asumido el carácter de presidente de la República, en Nueva York (1). »

*
**

El 12 de Noviembre de 1864, el Gobierno de Juárez comisionó al general D. José María de Jesús Carvajal para llevar á cabo negocios muy importantes : debía el general Carvajal comprar en los Estados Unidos (2) :

(1) M. Romero, *Contratos hechos en los Estados Unidos*, pág. 9.

(2) Sebastián Lerdo de Tejada á José María Carvajal. Chihuahua, Noviembre de 1864.

40,000 rifles ó fusiles para infantería;
3,000 de las diversas armas para la caballería;
Algunas baterías de cañones de batalla y de montaña;

Municiones competentes para todo este armamento.

Debía el general Carvajal procurar enganchar de mil á diez mil extranjeros para el servicio militar de la República, bajo el concepto de que sólo por el hecho de comenzar su servicio serían considerados como ciudadanos mexicanos.

Para hacer los gastos que demandaban tan importantes comisiones debía Carvajal obtener el dinero necesario por medio de un empréstito á la par, al seis por ciento anual, garantizado con las rentas aduanales del Estado de Tamaulipas y las de la Federación, aduanales y de cualquiera especie, causadas en dicho Estado (1).

Basta la lectura de estas condiciones para no vacilar en declarar locura el proyecto del Gobierno de Juárez para obtener dinero, pues ni aun en tiempo de paz hubiera podido obtenerlo, hallándose el país abominablemente desacreditado.

El enganche de extranjeros era otra ilusión, pues debían tener igual haber á los soldados mexicanos

(1) Lerdo de Tejada. El mismo documento.

y la recompensa que les concedía la ley de 11 de Agosto de 1864.

« El general Carvajal llegó á Washington en Abril de 1865, sus facultades eran independientes de las mías y no se me comunicaron oficial ni privadamente. A fines de Julio de ese mismo año, celebró en Nueva York *un contrato leonino* y ruinósísimo con Daniel Woodhouse que suponía firmado en San Carlos de Tamaulipas algunos días antes. Aunque no se le prevenía en sus autorizaciones que necesitara de mi aprobación para la validez de sus actos, él trató de obtenerla y yo no se la pude conceder. El Gobierno declaró nulo este contrato en el momento que tuvo conocimiento de él. Woodhouse sin embargo, llegó á imprimir el todo ó parte de los cincuenta millones de pesos en bonos, que debían expedirse según dicho contrato. Antes de venirme de Washington reuní todas las pruebas y dí todos los pasos necesarios para justificar que Woodhouse había procedido con fraude; que el contrato era por lo mismo nulo; que los bonos que imprimiera con arreglo á él serían fraudulentos y que el Gobierno de la República nunca los podría considerar como obligaciones legítimas de la nación (1). »

D. Matías Romero ocupa ciento cincuenta y

(1) *Contratos hechos en los Estados Unidos*, pág. 10.

cinco páginas de un gran libro, exponiendo sus valiosos é inteligentes trabajos hasta lograr destruir la perniciosa obra del funesto contrato Carvajal-Woodhouse. Hemos visto el año 1899, resucitar la cuestión Woodhouse, en los Estados Unidos, con motivo del empréstito que el Gobierno mexicano hizo en Europa y los Estados Unidos. Los reclamantes del fraude Woodhouse llegaron á obtener de un juez una orden de embargo contra la casa J. Morgan, donde se consideraban depositados los productos de nuestro empréstito por suscripción en los Estados Unidos. Pasma estudiar todos los esfuerzos que hizo el señor Romero, eficazmente secundado por el señor Lic. D. Ignacio Mariscal, para librar á México de las inmensas responsabilidades en que lo hacían caer las estupendas torpezas del general Carvajal.

El general Sánchez Ochoa recibió no una sino varias autorizaciones del Gobierno de Juárez para hacer empréstitos y comprar efectos de guerra. En la primera, de 29 de Octubre de 1864, decía D. Sebastián Lerdo de Tejada : « ...pudiendo admitirse como parte del empréstito uno ó más buques para hostilizar al enemigo (1) ». Sorprende que hombres como D. Sebastián Lerdo de Tejada creyeran posible que con uno ó más buques, que en ningún caso podían

(1) Lerdo de Tejada al general Gaspar Sánchez Ochoa : Chihuahua, Octubre 29 de 1864.

ser muchos, se pudiese hostilizar á un enemigo que, como Francia, poseía la más poderosa marina del mundo después de la de Inglaterra.

Según la autorización de 31 de Diciembre de 1864 dada al general Sánchez Ochoa por el Gobierno de Juárez, el empréstito que debía obtener podía llegar hasta cuatro millones de pesos á la par y con un interés de seis por ciento anual, poco más ó menos. Se recomienda que con los productos de este empréstito (imposible) compre de uno á tres buques blindados y de uno á dos vapores no blindados. Se faculta al general Sánchez Ochoa para que tome el mando superior de la escuadra, es decir, para que la eche á pique, pues el expresado general nunca había sido marino ni manifestado aficiones á dirigir escuadras. Por último, se le recomienda que enganche extranjeros, ofreciéndoles exactamente lo mismo que se les ha ofrecido á soldados mexicanos forzados y cuyo ideal era desertarse. No comprendía el Gobierno de Juárez las condiciones del servicio militar voluntario, único posible que podían aceptar los extranjeros.

El 1º de Marzo de 1865 y á petición del general Sánchez Ochoa se le autorizó para que hiciera un empréstito hasta por diez millones de pesos, fijándole por condiciones los desatinos de las autorizaciones anteriores (1).

(1) Lerdo de Tejada al general Sánchez Ochoa, Marzo 1º de 1865.

Ya hemos visto que después de perder mucho tiempo el general Sánchez Ochoa, resultó que mandó imprimir los bonos y que para pagar al impresor, sus gastos personales y los de otras personas que lo acompañaban, empeñó diez millones de pesos en bonos en treinta mil pesos efectivos.

Pero el Gobierno de Juárez guiado con fuerza por su inexperiencia é inspirado por pueriles ilusiones y viendo que sus comisionados para obtener empréstitos habían hecho torpezas é indignidades, autorizó al fin á D. Matías Romero el 28 de Junio de 1865 para obtener un empréstito hasta de cien millones de pesos, en los momentos en que no poseía más terreno que el que pisaba y en que su crédito como gobierno eras más que nunca nulo.

La elección de comisionado no podía ser mejor : gran talento, probidad perfecta, laboriosidad infatigable, instrucción competente, patriotismo notable; pero la autorización era descabellada. Cien millones de pesos no los hubiera conseguido ni Inglaterra en los Estados Unidos en 1865, no obstante su gran crédito y su asombrosa riqueza.

Para esa gran operación, el Gobierno de Juárez ofrecía : terrenos baldíos al precio de tarifa, siendo así que todos nuestros terrenos baldíos el año de 1865, no valían ni treinta millones de pesos, aparte de que el Gobierno de Juárez los concedía sólo en la imaginación, pues no se había deslindado la propiedad

particular de la nacional y el territorio mexicano estaba dominado casi en su totalidad por el Imperio.

Ofrecía además el Gobierno pagar el ocho por ciento de interés anual, para lo cual destinaba el veinticinco por ciento del producto de las aduanas marítimas y fronterizas, no poseídas por el Gobierno; pero aun cuando hubieran estado en su poder, el veinticinco por ciento de sus rendimientos apenas podía llegar á dos millones de pesos. Había más, los rendimientos de las aduanas que hubieran podido estar en poder del gobierno liberal pertenecían de hecho á los jefes militares para las atenciones de sus fuerzas, con ó sin la voluntad de Juárez. Se ofrecían además los impuestos establecidos en la minería que, aunque muy elevados, como esta industria se hallaba muy deprimida, apenas podían alcanzar en tiempo de paz á un millón de pesos.

Para excitar la codicia de los prestamistas, se les concedía que pudieran adquirir minas conforme á las leyes de la República, es decir como todo hijo de vecino, obteniendo gratis la superficie de las pertenencias mineras, caso de que el terreno fuera nacional.



Como se ve, el pensamiento del Gobierno de Juárez para obtener dinero en los Estados Unidos, repre-

sentaba un desconocimiento perfecto de los hombres y de las cosas de este mundo. Por supuesto que, como debía ser, el Comisionado fracasó, más bien dicho, el proyecto fracasó en las manos del Comisionado, que comprendió desde luego que semejante tarea no era posible para los humanos ni para los dioses.

A nadie se le debía ocurrir que en un país como los Estados Unidos, en que el limpio crédito de su gobierno había descendido por la terrible guerra á sólo poder colocar sus empréstitos con un setenta por ciento de descuento, el gobierno de México, sin crédito y sin estar en posesión de México pudiese colocar grandes empréstitos á la par. La guerra de secesión de los Estados Unidos costó al Norte tres mil millones de pesos y mil ochocientos al Sur. En el Sur el dinero llegó á faltar al grado de que un fusil valía una paca de algodón de quinientas libras. El Norte sólo pudo colocar sus últimos empréstitos en el extranjero; el mercado norte-americano estaba completamente agotado. ¿Y á un mercado que ya no lo era por su agotamiento, acudía Juárez con pretensiones como las que acabo de dar á conocer?

*
* *

El señor Romero aprobó en 11 de Septiembre de 1865, un contrato celebrado con John Corlies

y Compañía excesivamente ventajoso para México dadas las circunstancias en que se encontraba. Los términos del contrato fueron :

1. — El Gobierno mexicano entregaría en comisión para su venta 37.500,000 pesos en bonos á John Corlies y Compañía, que ganarían seis por ciento de interés anual y no pudiendo verificarse la venta por menos de 60 % del valor nominal de los bonos, á no ser que el Gobierno mexicano expresamente la autorizara ;

2. — De los 37.500.000 pesos de bonos debían John Corlies y Compañía disponer de 7.500,000 como honorarios por su comisión ;

3. — El Gobierno mexicano se comprometía á vender á John Corlies y Compañía 100 leguas cuadradas mexicanas equivalentes á 440,000 acres ingleses, de terrenos baldíos laborables y pastables á razón de un peso por acre, ó sea á razón de 4,400 la legua cuadrada ;

4. — El Gobierno mexicano se comprometía á conceder á John Corlies y Compañía 350 pertenencias de minas de las que estuvieran sin denunciar.

« En el referido contrato se dispuso que de los treinta millones de pesos en bonos solamente diez millones se sacarían al remate. Este remate no tuvo lugar y sólo fué posible colocar al sesenta por ciento de su valor cerca de dos millones de pesos en bonos, en cambio de armas, municiones y equipo,

cuya mayoría resultaron de muy mala calidad (1) ». El general Porfirio Díaz me ha referido que el vestuario que le fué entregado, procedente de los Estados Unidos, estaba podrido á fuerza de suciedad, que la mayor parte de las armas eran de muy mala clase y estaban usadas y que, en suma, para su campaña aprovechó muy poco de lo que el Gobierno de Juárez pudo remitirle en armas y en municiones (2).

*
* *

Juárez por conducto de su Ministro de Relaciones D. Sebastián Lerdo de Tejada dió instrucciones en 19 de Marzo de 1865 á D. Matías Romero (3) para que á la mayor brevedad posible obtuviese á toda costa dinero suficiente para organizar de veinte á cuarenta mil voluntarios norte-americanos escogidos entre los que el Gobierno de los Estados Unidos estaba licenciando por haber terminado la guerra. Estas fuerzas debían tener oficiales distinguidos norte-americanos y debían ser mandadas por uno de los mejores generales de los Estados Unidos, quien debía recibir del Gobierno mexicano,

(1) M. Romero, *Contratos hechos en los Estados Unidos*, pág. 11.

(2) Entrevista con el general presidente Porfirio Díaz. Marzo de 1904.

(3) Sebastián Lerdo de Tejada á D. M. Romero. Marzo 29 de 1865. Nota n° 106.

al terminar la campaña, un premio de cien mil dollars y premios menores otros jefes y oficiales. D. Matías Romero puso en conocimiento del general Grant, decidido amigo y favorecedor de la causa liberal mexicana las instrucciones que había recibido del Gobierno de Juárez para la organización del cuerpo de ejército norte-americano á que acabo de referirme. El teniente general de los ejércitos de los Estados Unidos aprobó con entusiasmo la determinación del presidente Juárez. « Le manifesté al general Grant que, partiendo de las bases indicadas, creíamos que era conveniente tanto á los intereses de México como á los de los Estados Unidos regularizar la emigración (de gente armada), que con este objeto deseábamos que se pusiera á la cabeza de ella un general de reconocido mérito y aptitudes en quien pudiéramos descansar plenamente y cuyo nombre fuera suficiente para atraer á la gente de valor á dar crédito á la empresa y proporcionarnos recursos en este país. Agregué que nosotros aspiraríamos á que, por ejemplo, Sherman ó Sheridan, que son los generales en quienes el general Grant tiene más confianza, se pusieran á la cabeza de la emigración. Al general Grant le agradó mucho esta elección y dijo que no podía encontrar nada mejor, aunque por lo que hacía á Sherman dudaba que quisiera aceptar ». « Por fortuna su deseo no disimulado de que sucediera esto

fué tal, que él mismo me abrió el camino diciéndome que su mujer deseaba mucho que él fuera á México (1). »

No fué posible al general Grant hacerse cargo de la expedición proyectada é indicó á D. Matías Romero dos generales eminentes : Schofield, que había mandado con gran maestría el ala derecha del gran cuerpo de ejército de Sherman y el general confederado Johnson, que se había distinguido resistiendo hasta donde su genio se lo permitió á la habilidad de Sherman, que mandaba fuerzas muy superiores. Según el general Grant, el general confederado Johnson valía tanto como Lee, lo que era mucho para cualquier general que ambicionara un gran título. El general Grant decidió al general Schofield para que aceptara el mando de la expedición, quien puso como condición técnica, mandar á todo el ejército mexicano liberal. El argumento del general Schofield era contundente : « Si hay en México un general mejor que yo, para qué queréis que yo vaya, es inútil; y si no lo hay, entonces es un error ponerme á sus órdenes; mi reputación está ya formada y no puedo exponerla en manos ajenas; un fracaso en México sería para mí un fracaso en los Estados Unidos y en todo el mundo. D. Matías Romero aceptó la condición técnica

(1) Conferencia entre el general Grant y D. Matías Romero. Mayo 6 de 1865. — *Correspondencia*, tomo V, pág. 297.

del general Schofield y también la económica de recibir antes y no como premio los cien mil pesos, pues viniendo á México al servicio de un gobierno extranjero, perdía conforme á la ley su grado de general en los Estados Unidos, y si el Congreso de éstos, rehusaba rehabilitarlo, los cien mil pesos, cuyo rédito podía ser de siete mil anuales, apenas servían para compensar el sueldo que debía disfrutar hasta su muerte...

Aceptada también esta condición se firmó la minuta del convenio, cuyo cumplimiento estaba sujeto al buen éxito del empréstito para cubrir todos los gastos de la expedición. El convenio fué el siguiente :

« Art. 1º. El General Schofield acepta el empleo de General de División en el ejército mexicano, con el carácter de general en jefe de todas las fuerzas que se levanten, según lo expresado en este convenio y de todas las demás que el Gobierno de México mande operar en unión de las fuerzas antes mencionadas.

« Art. 2º. El general Schofield organizará en los puntos convenientes del territorio mexicano un Cuerpo de ejército, que se compondrá de emigrantes de los Estados Unidos y constará de tres divisiones de infantería, nueve baterías de artillería y una división de caballería; ó la parte de esta fuerza que fuere posible levantar ó que exigieren las necesidades de la República.

« Art. 3°. Por creerse así conveniente, la organización de este cuerpo de ejército será la que previenen las leyes de los Estados Unidos.

« Art. 4°. Toda la oficialidad del Cuerpo de ejército será nombrada por el General en jefe.

« Art. 5°. La paga de los oficiales y soldados será la que prescriben las leyes para las clases correspondientes en el ejército mexicano. Los premios siguientes se darán á los oficiales superiores al aceptar sus empleos (en todo quinientos mil pesos) que serán para el General Schofield, para cuatro Generales de División, doce de Brigada, un General Jefe del Estado Mayor, Jefe de Ingenieros, Cuerpo Médico, Pagador y Proveedor.

« Art. 7°. Este cuerpo de ejército formará parte del ejército mexicano, y toda su oficialidad y soldados tendrán derecho, desde el día de su entrada al servicio, á todas las consideraciones y privilegios de los ciudadanos de la República de México (1). »

*
* *

La formación de un cuerpo de ejército con personal norte-americano tenía inconvenientes muy graves.

El disgusto de los generales mexicanos por ser co-

(1) *Correspondencia de la Legación de Washington*, tomo V.

locados bajo las órdenes de un jefe norte-americano no era de temerse mucho, por no existir la condición establecida por la intervención francesa, de subordinar, siempre que obrasen juntas fuerzas francesas y mexicanas, al jefe mexicano, aun cuando fuera un General de División, al jefe francés, aun cuando fuera un sargento. Por el convenio Schofield-Romero, el mando lo tendría siempre el jefe de mayor graduación, cualquiera que fuese su origen. En la guerra de Crimea, los generales ingleses, italianos y turcos, estuvieron siempre á las órdenes de un mariscal francés. Es depresivo para un militar que lo pongan á servir bajo un jefe de mayor graduación, si éste es cobarde, inepto ó bandido; pero el General Schofield tenía cualidades tan elevadas que salvaban las susceptibilidades más irritables. Además, los generales mexicanos que jamás cedieron habían dado pruebas de patriotismo tan notable que no debía admitirse su disgusto ó separación por motivos de amor propio mal entendido.

Si los 40,000 hombres que debía levantar el General Schofield á su satisfacción, hubieran penetrado á México, lo más probable, lo casi seguro era que hubieran batido á los 28,000 franceses que ocupaban México. La calidad de las tropas norteamericanas que habían hecho la gran campaña era igual á la de las mejores francesas. En la batalla de Gettysburg, los 100,000 hombres federales al

mando de Meade, tuvieron 23,190 hombres fuera de combate; en la batalla de Murfreesborough, los 35,000 hombres del General Bragg, tuvieron más de 9,000 muertos y heridos; estas pérdidas son las de Eylau, Wagram y la Moscowa, que demuestran combates entre tropas superiores.

El armamento era superior el americano, pues toda la infantería tenía carabina rayada y armas de repetición, la caballería y la *infantería en posición*, mientras que en el ejército francés sólo los zuavos y los cazadores de á pie, tenían carabinas rayadas. La artillería era muy superior la americana, recién inventada, pues tenía alcance de 4,000 4,500 y 4,800 metros. En cuanto al mando, el ejército francés en México, no tenía generales como Schofield ni como Johnson. Habiendo de parte de los americanos superioridad de número, de armamento, de mando é igualdad de calidad de tropas á las francesas, el triunfo les correspondía.

Pero Francia no se hubiera quedado con la derrota y habría mandado más fuerza. Y aceptando que las fuerzas de Schofield fueran derrotadas por el ejército francés de México ó después que éste recibiera refuerzos, hubiera sido imposible evitar que herido el pueblo y el ejército de los Estados Unidos no sólo en la Doctrina Monroe sino en su orgullo militar, hubiera declarado la guerra á Francia. Esta era la opinión de Mr. Seward : el choque de ame-

ricos y franceses dentro de México, tenía que determinar el choque formidable entre los Estados Unidos y Francia.

Para México la guerra tomaba el aspecto de una alianza entre los Estados Unidos y la República Mexicana : la guerra en ningún caso podía tener por resultado obligar á Francia, caso de ser vencida, á pagar los gastos, y por consiguiente, al cobrarnos los Estados Unidos nuestra parte en ellos, hubiéramos tenido que pagar con territorio. Podía ser que hubiesen sido generosos y no cobrarnos; pero lo más probable era que nos pasasen la cuenta.

Había otro mal gravísimo en el cumplimiento del convenio Schofield-Romero. Conforme al derecho internacional y á los preceptos más intransigentes del patriotismo, siempre que una nación es invadida por un ejército extranjero, esa nación tiene el derecho, y en algunos casos el deber, de solicitar alianzas con toda clase de gobiernos ó pueblos extranjeros. Esta regla no tiene excepción, de modo que el crimen del partido conservador, de hacer intervenir en las cuestiones interiores de México á las bayonetas francesas, no nulificaba, ni disminuía, ni alteraba el derecho del Gobierno de Juárez para pedir auxilio á las bayonetas del Gobierno americano. Es traidor el que apela á las armas extranjeras para resolver una cuestión interior en su país; no es traidor el que apela al auxilio de las armas extranje-

ras para combatir al ejército extranjero que lo ha invadido, cualquiera que sea el motivo de la invasión.

En virtud de lo que acabo de afirmar, si el ejército de los Estados Unidos, llamado por Juárez, hubiera invadido México para ayudarlo á rechazar al ejército francés traído por Almonte, éste hubiera continuado siendo traidor y Juárez no lo habría sido.

Pero las masas mexicanas ni saben derecho internacional, ni tienen suficiente cultura para razonar con verdad, y sus sentimientos patrióticos las habría conducido á identificar á Juárez con Almonte. Los liberales no hubieran podido convencerlas nunca de la inocencia de Juárez, porque los sentimientos tardan muchísimos años para ceder ante las razones. Una verdad matemática se aprende en un minuto; una verdad sociológica se aprende en cincuenta años ó se muere rechazándola, y la razón es que en la mayoría de los hombres sus sentimientos aparecen como gigantescas estalagmitas formadas por la acción secular de formidables mentiras, mientras que su inteligencia es pigmea por su miserable cultura.

Poco ó nada hubiera importado prácticamente que el ejército de Schofield hubiera sido legalmente mexicano; las masas lo hubieran confundido con el del Gobierno de los Estados Unidos. El convenio

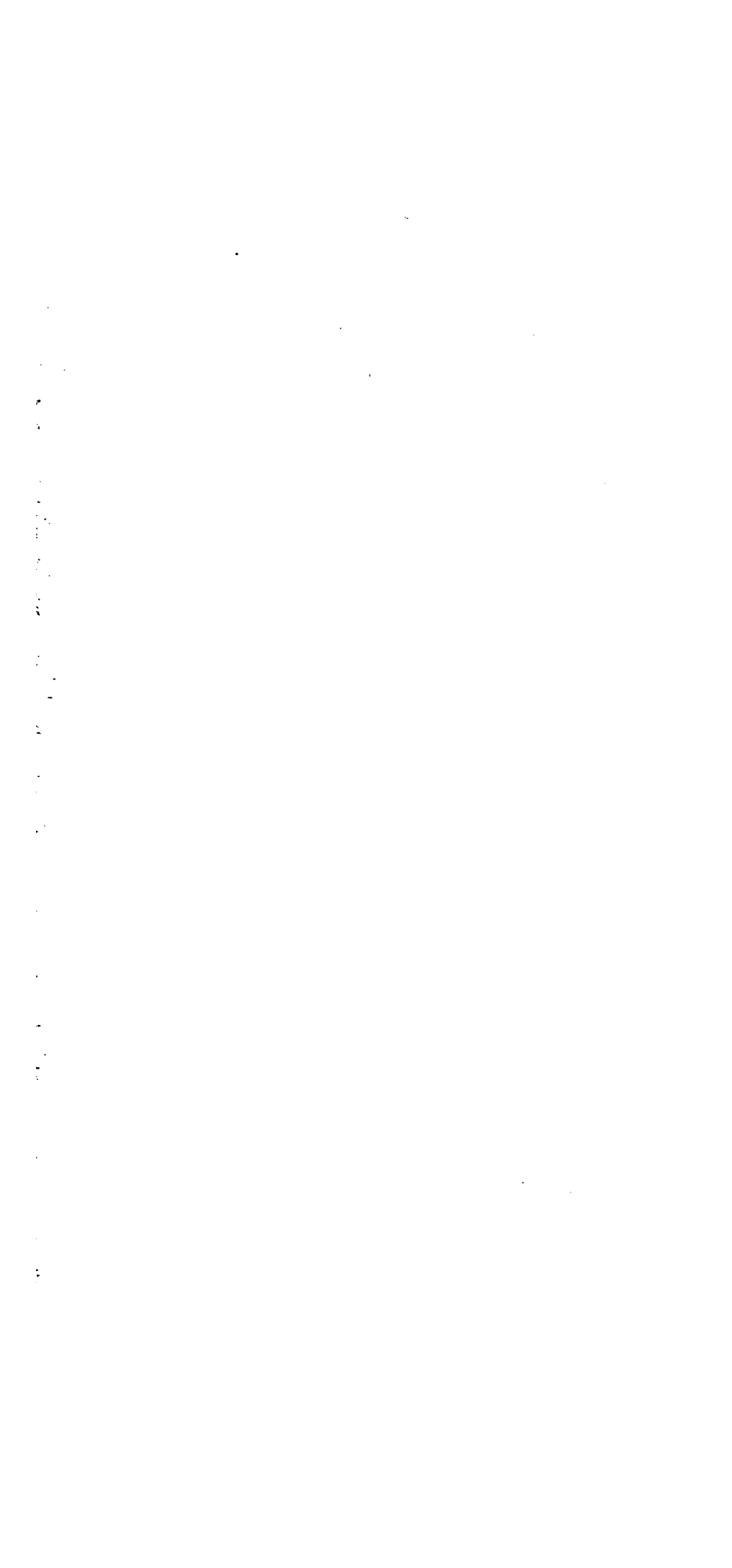
Schofield-Romero cumplido, habría desacreditado al partido liberal ante la gran mayoría de la sociedad y agrupado á la mayoría de los mexicanos bajo la bandera francesa, guiados por un instinto infalible de que la independencia corría más peligro con el triunfo de Schofield que con el de Bazaine.

¿Era necesario el ejército de americanos del General Schofield para salvar la situación? De ninguna manera. Una vez que el triunfo del Norte en los Estados Unidos, era ya completo en Abril de 1865, era imposible que Juárez y los hombres de su gobierno creyesen que Napoleón pretendía aún cogerse toda la República ó el Estado de Sonora. Ni con babero en el pecho se podía caer en la puerilidad de semejante creencia. Independientemente de la presión de los Estados Unidos, los franceses tenían que irse forzosamente en dos casos : primero, el de haberse terminado la pacificación; segundo, el de considerar imposible la pacificación.

Los franceses, juzgando á la europea, daban por terminada la pacificación cuando las fuerzas regulares republicanas quedaron destruídas y aun antes dieron prueba de considerarla terminada, retirando de México en los dos últimos meses de 1864, toda una brigada y anunciando Napoleón en su discurso de 15 de Febrero, que retiraría otra parte del ejército expedicionario. Juárez, en vez de tratar de conjurar los golpes que llevó en el primer semestre de

1865, debió, como ya lo he repetido tantas veces, procurar desde 1864 que no hubiera más que insignificantes guerrillas, y retirarse él á los Estados Unidos, para que el ejército francés se retirase en vista de la pacificación.

Pero el 29 de Marzo de 1865, día en que Juárez dió instrucciones á Don Matías Romero para la formación de un ejército norte-americano en México, debió haber cambiado de plan, si hubiera tenido alguno racional : arrojar á los franceses, aparentando la pacificación al notar que el Mariscal Bazaine cambiaba enteramente de conducta.





CUARTA PARTE.

LA SALVACIÓN.

CAPÍTULO I.

EL PRIMER ALIADO. EL RESENTIMIENTO NORTE-AMERICANO.

Como se ha probado por documentos irreprochables, el Mariscal Bazaine tenía orden de Napoleón de mandar á Francia la Segunda Brigada después de la toma de Oaxaca. Su plan, en Abril de 1865, era activar la campaña de Michoacán, único punto de la República donde quedaban aún mil hombres de fuerzas irregulares. La cuestión militar, decía Bazaine, había terminado. Los conservadores en sus periódicos, *El Cronista* y *La Sociedad*, que veían las cosas á la mexicana, sabían y lo decían, que una revolución en México está vigorosa mientras que en las guerrillas restantes de fuerzas regulares, figuran jefes honorables y de prestigio. La

revolución termina cuando al frente de las guerrillas sólo hay bandidos. El Mariscal Bazaine despreciaba consejos y sus órganos en la prensa llamaban tímidos y monjas sobresaltadas á los recelosos escritores intervencionistas.

Cuando los Generales Smith y Magruder supieron la rendición de Lee y la toma de Richmond, declararon públicamente su resolución de invadir á México con los últimos restos del ejército confederado (40 ó 50,000 hombres) arrojar á los franceses y sostener el trono de Maximiliano, quien les había ofrecido ventajosos contratos de colonización. Aun cuando los generales confederados que estaban en la frontera de Texas, no hubieran tenido la intención de chocar con el ejército francés, éste tenía que chocar con ellos ó romper inmediatamente con los Estados Unidos, apareciendo Napoleón aliado de los sudistas.

El Mariscal Bazaine consultó al Ministro de Bélgica, que era persona inteligente y muy versada en su profesión, lo que se debía hacer en el caso casi seguro de una irrupción vandálica del cuerpo de ejército sudista que se hallaba en la frontera del Norte, amagado por las fuerzas de la Unión triunfante. El Ministro de Bélgica dió su opinión por escrito (1) aconsejando al Mariscal Bazaine que caso

(1) Gaulot, tomo II, pág. 114.

de que el ejército confederado invadiese á México, lo desarmara por bien ó por mal y que entregase inmediatamente las armas al Gobierno de los Estados Unidos; lo que no le impedía dar hospitalidad á los oficiales, á reserva de enviar á Francia á costa del Gobierno francés, á los jefes y oficiales, para evitar que trastornasen el Imperio.

El Mariscal Bazaine aceptó la indicación del Ministro de Bélgica; pero reflexionó que no teniendo elementos de vida para situar en la frontera fuerzas considerables, era preferible aguardar la invasión en una zona favorable y chocar con el enemigo después que éste hubiese atravesado regiones sin recursos para un ejército numeroso, como las que se encuentran entre nuestra frontera norte y San Luis y Durango. El jefe francés, obrando como debía, concentró sus tropas en dos mandos que á su vez pudieran concentrarse en el suyo, en el centro del país.

Confió el primer mando, con base de operaciones en San Luis, al General Douay y el segundo, con base de operaciones en Durango, al General Castagny.

En esta actitud expectante se mantuvo hasta recibir la noticia de la rendición de Smith y Magruder el 2 de Junio de 1865, día en que fué ocupado Galveston por fuerzas unionistas.

Juárez no ignoró el proyecto de los Generales

sudistas Smith y Magruder... Don Matías Romero participó á Juárez : « Me enseñó una carta (el General Grant) que acaba de recibir del general Carvajal que está ahora en Nueva York, en que, con referencia á la declaración de Smith y Magruder, le decía que si los confederados se pasaban á México, él como Gobernador de Tamaulipas, no tendría embarazo en que las fuerzas de los Estados Unidos entrasen á perseguirlos. Aunque yo estoy de acuerdo con esa idea y creo que el Supremo Gobierno no la desaprobará.... » (1).



Después de la rendición de los últimos cuerpos confederados no era posible al Mariscal Bazaine activar nuevamente las operaciones contra las fuerzas republicanas.

En Abril de 1865 fué asesinado el Presidente Lincoln y lo substituyó Mr. Johnson, quien había dicho en la convención de Baltimore para la elección presidencial : « Las naciones de Europa ansían nuestra ruina; Francia saca partido de nuestras dificultades interiores y envía á Maximiliano á México para fundar una monarquía en nuestras fronteras.

(1) M. Romero á Juárez. Mayo 20 de 1865. Segunda conferencia con el General Grant, *Correspondencia*, pág. 327

Se aproxima ya el día de tomarle cuenta. No está distante el momento en que la rebelión quede sojuzgada; entonces atenderemos á los negocios de México y diremos á Luis Napoleón : « No podéis fundar monarquía alguna en este continente ». Una expedición á México sería una especie de recreo para los valientes soldados que hoy lidian en defensa de la Unión y cuanto hay de francés en aquel país desaparecería muy pronto ». Un Presidente de los Estados Unidos con estas ideas debía inquietar á Napoleón III.

« El General Grant se aprovechó de esa ocasión para manifestar sin embozo á Mr. Montholon (Ministro de Francia en los Estados Unidos) sus ideas respecto de la intervención francesa en México, y de la conducta que deben observar los Estados Unidos, y lo hizo en tales términos que el General Grant no duda que al despedirse de él fué Mr. Montholon á buscar á Mr. Seward para pedirle explicaciones de su lenguaje (1). »

« El General Grant había dicho al Presidente Johnson que no consideraba completamente terminada la guerra civil en los Estados Unidos mientras permanecieran los franceses en México, que todos los descontentos del Sur y las personas hostiles á los Estados Unidos se refugiarían en México para

(1) Romero á Juárez. Visita del Marqués de Montholon al General Grant. Julio 6 de 1865 Documento núm. 323.

organizar á la sombra de los franceses y continuar sus intrigas contra los Estados Unidos; que por esas consideraciones había creído conveniente situar en la frontera á lo largo del Río Bravo una fuerza considerable, en donde habrá dentro de poco más de 40,000 (1). »

« El presidente Johnson que ya tenía conocimiento de ello (del convenio Schofield-Romero) y que no manifestaba que le disgustara, le dijo (al general Grant) que se lo propusiera por escrito para someterlo al Gabinete : « Si el Gabinete lo aprueba, dijo « el Presidente, bien, y si no, veremos lo que se hace « para llevarlo á cabo » agregó (el general Grant) que á su juicio, el Gobierno de los Estados Unidos debía también proporcionar armas á México sin exigir su pago desde luego (2). »

« Me dijo el general Grant (Julio 20 de 1865) que ayer había vuelto á ver al presidente, quien lo autorizó á proceder por sí solo como lo tuviera por conveniente, sin que le consultara ni procurara que examinase sus actos antes de realizarlos. ».....
« El general Grant parece haber adoptado ya su línea de conducta en la cual, según entiendo, hay una contingencia que puede producir una ruptura

(1) Romero á Juárez, *Correspondencia*. Tercera conferencia con el General Grant.

(2) M. Romero á Juárez. Julio 1 de 1865. *Correspondencia*. tomo V. Documento núm. 340.

abierta é inmediata con la Francia, que es lo que él desea más ardientemente 1). »

El general Blair al despedirse de las tropas de su mando les decía con una admirable liberalidad de palabras agresivas y amenazantes para Francia : « ¿ Podrá decirse que hemos triunfado y que nuestra República se ha restablecido sobre fundamentos sólidos é inconvencibles, mientras que los Hapsburgos, sostenidos por las bayonetas de Francia, permanezcan en México, donde han establecido sobre las ruinas de la República un sistema enemigo del nuestro, un asilo para todos los disidentes de nuestro país, asilo desde el cual se tramarán planes?..... y que Bonaparte tenga el buen sentido de retirar sus tropas de aquel país, comprendiendo que si no las retira, serán lanzadas de allí por una potencia que no puede consentir en ver amenazadas sus instituciones (2) ».

Uno de los más brillantes jefes unionistas, el general Sheridan, publicó una carta leída en un meeting y publicada por los más importantes periódicos de Nueva York, en la que se decía : « Es inútil andarse con rodeos en los asuntos de México. Debemos dar á aquella República un gobierno permanente.

(1) Romero á Juárez, *Correspondencia*, 1865. Documento núm. 348.

(2) Proclama del Mayor general Blair, al 17 Cuerpo de Ejército. Louisville, Julio 11 de 1865.

Nuestros trabajos por sofocar la rebelión no pueden considerarse concluídos mientras esto no tenga lugar. El advenimiento de Maximiliano fué una parte de la rebelión y su caída deberá pertenecer á la historia de ésta. La mayor parte de los soldados de Maximiliano dejarán las armas en el momento que crucemos el Río Grande (1). »

Sin la habilidad, firmeza y prestigio de Mr. Seward en el partido republicano, el general Grant, de inmensa influencia popular y en el ejército, habría invadido á México desde Julio de 1865 y obligado á Francia y su país á una tremenda guerra, á la que resueltamente se inclinaba el presidente Johnson. Mr. Seward representaba la fracción formidable del partido republicano, la plutocrática, opuesta á toda guerra que no le produzca millones. El Secretario de Estado era bastante experto para no ponerse frente al general Grant, que representaba las aspiraciones tradicionales, las populares y las del ejército. Desde el 3 de Junio de 1865. « Mr. Seward había escrito á Mr. Bigelow, Ministro de los Estados Unidos en París, una carta, para que la enseñara al Ministro de Napoleón, Drouyn de Lhuys, asegurando que los Estados Unidos seguirían la misma política de estricta neutralidad que habían seguido hasta entonces y en consecuencia que no per-

(1) Traducción remitida á Juárez. Romero, Documento núm. 379.

mitirían la salida de expediciones para México ».....
« No sería justo con Mr. Seward si me abstuviera de manifestar á usted que según la explicación de este paso que dan sus amigos, su objeto es no alarmar á la Francia y dejar pasar el tiempo que se considera necesario para afianzar y cimentar la autoridad de este Gobierno en el Sur, después de lo cual se indica que las cosas pasarán de otro modo (1). »

En Julio 22 de 1865, Mr. Seward tuvo una franca explicación con D. Matías Romero. « Me repitió Mr. Seward, por dos ó tres veces que este carácter de neutrales que los Estados Unidos tienen en nuestra guerra con Francia, lo conservarán por ahora, dando á entender que habría alguna contingencia en que lo cambiarán (2). »

« Manifestó en seguida que sería más honroso para nosotros que nos salvemos con nuestros propios esfuerzos; pues así tendremos más probabilidades de estabilidad en el orden de cosas que establezcamos y menos peligros. ¿Quién podrá decir, agregó, lo que costaría á México el que los Estados Unidos fueran á arrojar á los franceses de su territorio? Dijo también que él estaría siempre en

(1) Romero á Juárez. *Correspondencia*, 1865. Documento núm. 267.

(2) *XXXI Conferencia con Mr. Seward*, Romero, tomo V. Doc. núm. 352.

contra de esa política, porque lo está en contra de toda intervención extranjera. Si los Estados Unidos ayudan á los independientes de México, volverán contra ellos á todos los afrancesados y habrá contra ellos un partido en el país, que no les permitirá establecer ningún orden de cosas, y quedarían en la misma situación en que están los franceses ahora, al paso que perjudicarían grandemente á los independientes, pues el hecho de la intervención extranjera debilitaría considerablemente la bondad de su causa. »

De todos los hombres de Estado franceses, norteamericanos y mexicanos de ambos partidos, el único que tenía conciencia de la situación y la dominaba con talento y serenidad era Mr. Seward. D. Matías Romero lo mismo que Juárez y su gabinete, no podían comprender que los franceses pudieran irse de México más que arrojados por las bayonetas norteamericanas.

Napoleón III no podía mantenerse tranquilo con las seguridades de neutralidad de Mr. Seward; había vivido mucho tiempo en los Estados Unidos y sabía que la prensa se hace escuchar del pueblo y que éste es el que al fin manda. Con las declaraciones terminantes del general Grant al Marqués de Montholon tan favorables á la guerra y con el apoyo que daba el presidente Johnson á la política hostil, Napoleón debía tomar desde luego medi-

das aconsejadas aun por la prudencia más elemental. Tan pronto como D. Matías Romero recibió la declaración de Mr. Seward que acabo de copiar, corrió á ver al general Grant, quien reprobó la actitud del Secretario de Estado y enseñó con satisfacción á Don Matías Romero un parte telegráfico del general Sheridan fechado en Nueva Orleans quien « estaba disminuyendo el envío de provisiones de Nueva Orleans á Matamoros con lo cual tenía muertos de hambre á los traidores y que creía que se verían obligados á abandonar aquella ciudad (1) ».

*
* *

Para destruir el proyecto de que el general Schofield organizase con voluntarios norteamericanos un ejército en México, Mr. Seward dijo á ese general que veía con agrado el plan de la futura expedición á México; pero que creía conveniente despacharlo antes á París encargado de una misión confidencial para manifestar á Napoleón III, el peligro de una ruptura entre los Estados Unidos y Francia si no retiraba sus fuerzas de México.

El general Schofield consultó el caso con D. Ma-

(1) Romero á Juárez. Julio 22 de 1865. — *Correspondencia*, tomo V, pág. 666.

tías Romero y este diplomático comprendió cuáles eran las verdaderas miras de Mr. Seward, pero como aun no se había conseguido el dinero para organizar la expedición, el señor Romero aconsejó al general Schofield que aceptara la comisión. Este incidente tuvo lugar el 4 de Agosto de 1865 (1).

El general Carvajal por su parte, estaba en buen camino para organizar diez mil voluntarios al mando del general Wallace, que debían ser los primeros en romper hostilidades con el ejército francés en México.

El presidente Johnson habló con el general Schofield el 12 de Septiembre de 1865 y « ... le manifestó el mismo interés de siempre por nuestra causa; le dijo que desde el principio había creído que si á poco de la rendición de Johnstone se hubiera pedido á la Francia el retiro de sus tropas de México, se habría conseguido fácilmente este objeto; pero que tuvo que ceder á la opinión de su gabinete, que fué contraria á que se diese entonces ese paso. Acababa de recibir una carta del general Grant, en que le recomendaba muy especialmente que no dejáramos dormir este asunto, alarmado seguramente con la noticia de la ocupación de Chihuahua. El presidente Johnson se informó con interés de lo que el general Schofield

(1) Romero á Juárez, *Correspondencia*, 1865. — Documento núm. 377.

le comunicó que estábamos haciendo aquí (organizando la expedición para México) y le recomendó que no desistiéramos de los pasos que estábamos dando, sino que siguiéramos trabajando, seguros de que seríamos sostenidos por el gobierno (1). »

*
* *

Mr. Seward, no obstante su firmeza, sentía que por momentos la presión militar y popular iba destrozando su voluntad y que poniéndose en contra de sus ideas el presidente Johnson, se acercaba el momento de un conflicto político, pernicioso para el partido republicano desde luego y sobre todo en las futuras elecciones.

En Septiembre 19 (1865) D. Matías Romero participaba á Juárez que al fin Mr. Seward había tomado una actitud enérgica respecto de Francia, pues le enseñó una carta reservada dirigida á Mr. Bigelow para que la mostrase al Ministro francés Mr. Drouyn de Lhuys, en la que entre otras cosas se encuentra : « que por algún tiempo la rebelión obligó al Congreso y pueblo de los Estados Unidos á guardar silencio, por lo que Francia no debe sorprenderse si en las elecciones próximas hablan alto y claro sobre este asunto,

(1) Romero á Juárez, Septiembre 18 de 1865. — *Correspondencia*. Documento núm. 441.

que nos obliga á tratar la cuestión en defensa propia (1). »

El ex-cónsul de México en Francia, residente en París, escribía á D. Matías Romero : « Si en los Estados Unidos se conociera todo el tamaño del miedo que aquí se les tiene, no tardarían en declararse en contra de quien hizo cuanto pudo para dividirlos y perpetuar su guerra civil (2). »

El general en jefe del cuerpo de ejército federal estacionado en la frontera de México llegó á tener orden de palabra y por escrito de romper contra traidores y franceses, sin conocimiento de Mr. Seward : « Me informa el general Grant, que el general Sheridan estaba muy disgustado con la conducta del general Steele, que ha tenido hasta aquí el mando en jefe de las fuerzas de los Estados Unidos en el Río Grande. *Sin embargo de las instrucciones que se le dieron á este general de palabra y por escrito de que aprovechase el menor pretexto para romper con los traidores y franceses, ha seguido una conducta muy diferente* (3). »... « El primer cuidado del general Grant, en esta ciudad fué obtener el acuerdo del pre-

(1) Romero á Juárez, *Correspondencia*, 1865. Documento núm. 454.

(2) Luis Maneyro á D. Matías Romero. — Octubre 2 de 1865. Documento núm. 472.

(3) Romero á Juárez, Entrevista con el general Grant. Octubre 7 de 1865. *Corresp.*, tomo V, pág. 675. Documento núm. 484.

sidente para remover al general Steele de aquel mando. Según me dijo hoy, envió ayer al general Sheridan por telégrafo la orden para esa remoción. »

El Ministro de Francia en los Estados Unidos, Marqués de Montholon, estaba servido por excelente policía secreta y privada y conocía admirablemente la situación. La orden del general Grant, con aprobación extraoficial del Presidente de los Estados Unidos, era aprovechar el menor pretexto para romper con los traidores y franceses. Se comprende ahora bien lo hábil y prudente de la conducta del general Bazaine en México. Se le había ordenado de Francia que evitara todo conflicto y que estuviera prevenido contra un ataque repentino y brusco. El coronel Niox dice : « Se esmeró (el Mariscal Bazaine) en evitar cualquiera causa de conflicto y recomendó al general Mejía (que ocupaba Matamoros) que opusiese la mayor paciencia posible respecto á los jefes americanos de la orilla izquierda del Bravo (1) ».

Para evitar todo pretexto de conflicto, el mariscal Bazaine estaba obligado á retirar sus fuerzas á una buena distancia de nuestra frontera del Norte, lo que equivalía á evacuar gran parte de los Estados de Nuevo León, Coahuila, Tamaulipas

(1) Niox, pág. 499.

y Sonora, y á no perseguir á Juárez hasta Paso del Norte; para no volver á hacer la guerra en esa región mientras no se decidiese la cuestión entre Francia y los Estados Unidos, cuya solución no podía ser otra que la evacuación de México ó la guerra con los Estados Unidos. Tal estado de cosas fué altamente favorable para la causa republicana; en una gran zona fronteriza el general Escobedo podía organizar sus fuerzas, mantenerlas, disciplinarlas y hacer la campaña contra el Imperio como si los franceses no existieran ó estuvieran en el Congo. La misma protección indirecta para hacer la guerra recibía el general Pesqueira en Sonora.

La actitud terrible de los Estados Unidos obligaba al mariscal Bazaine á mantener concentradas sus tropas como lo exigía la ciencia militar, con lo cual desocupaba grandes regiones de las que tenían que apoderarse los republicanos, luchando sólo contra los mexicanos imperialistas. Esto hizo que la ruda campaña que se preparaba contra las fuerzas regulares de Michoacán fuese abandonada por los franceses. Los Estados Unidos no habían invadido el país pero habían hecho á los republicanos el gran servicio de neutralizar al grueso del ejército francés, que no se ocupaba ya de perseguirlos, sino de esperar la lucha con las expediciones de voluntarios que trataban de organizar D. Matías

Romero y el general Carvajal, para lo cual ayudaba con gran estrépito la prensa de sensación de los Estados Unidos.

*
* *

Si la miseria, la actividad de la persecución, las defecciones y la conformidad ó entusiasmo de las poblaciones para el Imperio, colocaron á los enérgicos y admirables defensores de la causa republicana y reformista á algunos centímetros de su completa destrucción; la falta de armas y municiones estuvo á punto de hacer del todo imposible la continuación de la resistencia y el aprovechamiento del momento favorable indicado por la reacción antifrancesa.

Se llegaron á sentir los últimos desgarramientos de la desesperación y los combatientes principales sin meterse con Juárez acudieron á los Estados Unidos, buscando la salvación en su auxilio.

« El 6 del actual (Enero de 1865) fuí con el general Baranda á ver al general Grant á su casa, para manifestarle la urgencia con que se necesitaban armas en la línea de Oriente, la facilidad de enviarlas de aquí de un modo seguro y la imposibilidad de procurárselas por falta de recursos. El general Grant dijo que trataría de que se nos dieran cinco mil fusiles con municiones suficientes

y que vería con este objeto al Presidente y al Ministro de la Guerra.

« El día 9 volví á ver en su despacho al general Grant quien me dijo que el Presidente tenía la mejor disposición para que nos dieran las armas; que le había dicho que si no se nos podían vender, convendría ponerlas de algún modo á nuestro alcance, para que nos apoderásemos de ellas y que, aunque el Secretario de Guerra estuvo frío, no había manifestado oposición á que se nos dieran. Hablamos entonces de la manera con que se nos debían de entregar y el general Grant, escribió delante de mí una carta reservada al Ministro de la Guerra, en que le decía que era de opinión se mandara vender en Nueva York al general Pedro de Baranda cinco mil fusiles de Springfield y tres millones de tiros al costo, aceptando en pago libranzas de este general (1). »

Un mes antes D. Matías Romero había conseguido que nos vendieran armas al precio de cero, pues escribía á Juárez : « Tengo la honra de comunicar á usted que los efectos de guerra de este gobierno que existen en Nueva Orleans que podemos conseguir que se nos vendan á un precio moderado, son los siguientes :

(1) Romero á Juárez. Enero 15 de 1866, tomo VII. — Documento núm. 35.

« 10,000 fusiles rayados Springfield, calibre de 69;
3,000 fusiles Enfield calibre de 68;
Cuantas municiones se quieran para los fusiles precedentes;
34 cañones de á doce;
24 cañones rayados de tres pulgadas;
400 sables nuevos para caballería;
1,000 de medio uso;
1,700 carabinas de caballería Bordside;
600 carabinas de repetición Shart;
Algunas más de Bordside;
1,100 sillas de montar nuevas y muchas más de medio uso;
Todos los arneses que se deseen para mulas de tiro;
Todo el parque y proyectiles de cañón que se necesite.

« Sabiendo que estos efectos están para trasladarse al arsenal de Baton Rouge, en donde quedarán á poca distancia de Nueva Orleans y accesibles por agua. Si tuviésemos los fondos necesarios, aunque sólo fuese para transportar estas armas á la República, creo que podríamos disponer de ellas (1). »

Este gran material de guerra lo ofrecía D. Matías Romero regalado, puesto que con sólo tener el dinero para transportar las armas á la República se podía contar con ellas. No conozco el paradero de esas armas, ni sé si por falta de fondos para transportarlas no fueron aprovechadas. En la historia del Ejército del Norte, por D. Juan de Dios Arias, consta que el general Escobedo después de derrotar á Tinajero en El Paso de las Cabras, se

(1) Romero á Juárez. — Diciembre 15 de 1865. — *Correspondencia*, tomo V, pág. 892. — Documento núm. 653.

dirigió á Brownsville para conseguir armas y municiones y continuar la organización de sus fuerzas. El mismo autor asegura que el general Escobedo volvió con las armas; pero como por lo común no se citan fechas en esa historia, no puedo decir si el material de guerra obtenido por el general Escobedo es al que se refiere D. Matías Romero.

Lo que sí debe aceptarse como hecho indiscutible es que cuando Mr. Seward tuvo conocimiento de que D. Matías Romero estaba consiguiendo armas nominalmente vendidas, se puso de acuerdo con Mr. Stampton, Secretario de Guerra, para que no continuaran actos contrarios á los deberes de neutralidad, suficientes para que Francia declarara la guerra á los Estados Unidos.

Al general Baranda ya no le fué posible obtener los cinco mil fusiles que pedía, sin comprarlos en subasta pública por conducto de otra persona que ni fuera mexicano, para que la neutralidad quedase inmaculada. « Hoy lo volví á ver (al general Grant) para saber la resolución final del gobierno (sobre armas pedidas por Baranda) y me dijo que el Ministro de la Guerra le había dicho, que si se nos entregaban las armas de la manera que él lo pedía se violaría la neutralidad, que los franceses podrían declarar desde luego la guerra á los Estados Unidos y le preguntó si estaba dispuesto para esa emergencia. El general Grant le contestó que

estaba enteramente preparado para tal cosa. Mr. Stampton agregó que no tenía inconveniente en vendernos el número de fusiles que necesitásemos; pero que deberá ser en subasta pública y pagando en efectivo el valor de los artículos que compramos, lo cual en nuestras circunstancias actuales sería de todo punto irrealizable (1) ».



La situación era muy crítica para los republicanos en los primeros dos meses de 1866. D. Matías Romero ponía en conocimiento de Juárez : « El 28 de Febrero próximo pasado llegó á esta ciudad el general D. Jesús Díaz de León, en comisión especial del general Escobedo. Al día siguiente vino á verme y me entregó el oficio y carta particular de este general de que acompaño copias, fechadas ambas en Linares el 30 de Enero último. Me dijo que su objeto era conseguir armas y una parte de la fuerza que los Estados Unidos tienen en el río Bravo y me manifestó una carta que trajo del Coronel Brown, que manda la línea del Bravo, dirigida á Mr. Seward y en que le dice que para el buen éxito de nuestra causa en la frontera, es indispensable que se nos faciliten algunos regimientos de

(1) Romero á Juárez. Enero 15 de 1866. — Tomo VII, núm. 35.

negros de los que hay en la línea del Río Bravo (1). »

D. Matías Romero aconsejó al general Díaz de León que no enseñara la carta del Coronel Brown á Mr. Seward y ofreció que él vería al General Grant. Visto dicho general por el señor Romero, escribió al momento al presidente de los Estados Unidos : « Refiriéndome á la conversación que tuve hoy con Ud. sobre la cuestión mexicana, tengo la honra de manifestarle que sigo siendo de opinión que es necesario ayudar al Gobierno liberal de México : pues que según informes *recibidos aquí recientemente*, hay peligro de que si no se le atiende con prontitud *acabe con toda resistencia á la intervención francesa* (2). »...

El General Don Pedro Baranda dice en el informe relativo á su comisión en los Estados Unidos :

« Acompañado del General Grant, asistí á una entrevista con el Presidente, acordada para las dos de la tarde.

« Le expliqué la situación que guardaba la guerra en los Estados de Oriente, el peligro que corren de sucumbir por la falta de elementos, como ha sucedido ya con la línea de Barlovento de Veracruz, al

(1) Romero á Juárez. — Marzo 3 de 1866. — *Correspondencia*, tomo VII. — Documento núm. 155.

(2) Romero á Juárez. — Marzo 3 de 1866. — El mismo documento.

mando del General Alatorre, y otras cuatro secciones más, que se han visto en la necesidad de rendirse por la misma causa, de todo lo que tiene la Legación mexicana constancias oficiales, y, por último le dije que no me quedaba otro recurso que el de ocurrir al Gobierno de esta nación para ver si de alguna manera podía facilitarme un cierto número de armas y algunas municiones que sirvieran para alentar en su gloriosa tarea á los defensores de la República *antes que la desesperación ó las ventajas con que son atacados, los hagan desaparecer, quedando todo el país en manos de los franceses y traidores.*

« El Presidente Johnson dijo : que podía yo persuadirme de que tenía la mayor simpatía por la causa de la República de México, que estaba en la mejor disposición de prestarle cuantos auxilios pudiera; pero que no lo había podido hacer hasta ahora por no faltar á ciertos deberes. Dirigiéndose al General Grant, le dijo, que de la enorme existencia de fusiles y parque elaborado que es necesario enajenar se me podía vender lo que necesite. Yo manifesté que no me sería posible pagar ninguna suma al contado, y entonces dijo el General al Presidente *que se me entregaran de cualquiera manera*, puesto que no tenían que dar cuenta á nadie del precio á que se me vendían esos efectos. Por fin, acordaron el Presidente y el General que

se sacaran de los Almacenes Nacionales 20 ó 25,000 fusiles, con destino á Brownsville, para lo que dispusiese el Gobierno, y que de éstos se me entregaran en Nueva York 5,000 con el correspondiente parque (1). »

Mr. Seward se opuso desde luego á la determinación del Presidente y no hay que culparlo, porque él y Don Matías Romero se habían colocado en la cuestión en terrenos muy distintos. Mr. Seward afirmaba, y con justicia, que los franceses se retirarían de México, y digo con justicia, porque el 6 de Abril de 1866 apareció en París en *Le Moniteur* la noticia oficial de la retirada de todas las tropas francesas de México. Mr. Seward aseguraba al Señor Romero que estaba seguro de que Napoleón cumpliría todo lo que había ofrecido y que si no cumplía, los Estados Unidos lo obligarían á que lo cumpliese. Ahora bien, si ya se había conseguido la retirada de los franceses de México, de ninguna manera podía quedar comprometida la integridad ni la independencia de la República. ¿ Para qué entonces las armas y el apoyo material de los Estados Unidos?

Acabada la intervención de Napoleón, Mr. Seward no quería intervenir en los negocios interiores de

(1) Informe del General Baranda. Washington Marzo 25 de 1866. — Copia certificada por el Lic. Ignacio Mariscal, Secretario de la Legación.

México, reducidos al choque entre dos partidos : el imperialista y el republicano. Una vez, decía Mr. Seward, que no quede un soldado francés, la guerra extranjera ha concluído y pasado á guerra civil, en la que no considero conveniente mezclarme; soy enemigo de las intervenciones; por tal motivo combato la de Napoleón III en México y combato también la de los Estados Unidos en México. El razonamiento de Mr. Seward era irreprochable.

Mr. Seward llegó á decir á Don Matías Romero cosas muy serias y profundas, pues nuestro Ministro en Washington decía oficialmente á Juárez : « Trató también de manifestarme Mr. Seward que á México mismo convenía el que los Estados Unidos no le den auxilio ninguno físico, y que sólo cuente con el moral que ha tenido hasta aquí. Dijo que estaba seguro que si un ejército de los Estados Unidos iba á México, *nunca regresaría* : que era fácil arrojar á los franceses de nuestro país, pero que sería imposible arrojar á los Yankees; que cada millón de pesos que el gobierno de los Estados Unidos nos prestara ahora nos costaría después un Estado y cada arma que nos dieran en estas circunstancias tendrían o que pagarla con un acre de tierra mineral (1). »... « Mr. Seward, añade el Señor Romero, manifestó en

(1) Romero á Juárez. Abril 6 de 1866. *Correspondencia*, tomo VI, Documento núm. 266.

toda la conversación una vehemencia tal que no dejaba duda que sentía lo que decía. »

Don Matías Romero colocaba la cuestión en el terreno en que la presentó siempre á los mexicanos, afirmando que la Intervención y el Imperio atacaban la existencia de la Nación. Mientras no se probara que Napoleón había contratado con los imperialistas ó les había impuesto, ó pensaba imponerles la cesión á Francia de todo ó parte de nuestro territorio, el ataque á nuestra integridad territorial era sólo una sospecha ó una arma de partido. Mientras el ejército francés permaneciera en México teniendo su jefe autoridad de hecho, la independencia de México estaba atacada; pero una vez retirado el ejército francés no había más que una cuestión interior entre instituciones monárquicas y republicanas.

El hecho de que Maximiliano fuese príncipe de origen extranjero no quería decir que la monarquía no fuera nacional. Hacer creer que una vez retirados los franceses el gobierno de Maximiliano era un gobierno extranjero, estaba bueno para nuestro vulgo, pero no para un estadista de la elevada categoría de Mr. Seward.

En los Estados Unidos la opinión era unánime contra la ocupación de México por un ejército de conquista extranjero; mas en cuanto á la permanencia de Maximiliano, la opinión estaba dividida.

La doctrina Monroe llevada por los Estados Unidos, hasta impedir que los pueblos latino-americanos establezcan instituciones monárquicas, es un ataque á la soberanía de esos pueblos. Ciertamente que en México el Imperio fué puesto por un ejército extranjero; pero retirado este ejército correspondía al pueblo mexicano libre aceptarlo ó derrocarlo. En semejante cuestión nada tenían que ver los Estados Unidos.

Juárez estuvo en su pleno derecho para pedir hasta la fuerza armada de los Estados Unidos con el objeto de arrojar á los franceses; pero nunca lo tuvo para pedir al gobierno americano auxilio material contra Maximiliano, quien, una vez retirado el ejército francés, no era ante el derecho y ante los hechos más que el jefe de un partido mexicano. De no ser así Juárez tenía que reconocer en los Estados Unidos, el derecho que negaba á Napoleón : intervenir en nuestros asuntos domésticos.

Juárez, como gobierno legítimo reconocido por los Estados Unidos, tuvo siempre el derecho de levantar empréstitos, comprar armas con su producto, aceptar el servicio de jefes, oficiales y soldados norteamericanos que viniesen á México como particulares, para después formar parte del ejército nacional; pero para solicitar apoyo físico del Gobierno de los Estados Unidos no tenía derecho ni era digno hacerlo, una vez que los franceses aban-

donasen nuestro territorio. Haciéndolo, se ponía en el mismo caso de Almonte cerca de Napoleón III rogándole que interviniese en la política mexicana.

Cierto es también que al solicitar los auxilios que en gran parte obtuvo del Gobierno de los Estados Unidos respecto de armas y municiones, Juárez lo hizo con derecho, pues si bien en Abril de 1866, ya estaba dispuesta la retirada del ejército francés, el estado de guerra entre Francia y el gobierno republicano de México no había cesado y se mantuvo hasta después que se embarcó el último soldado de Napoleón. Juárez no faltó, pues, á su deber; lo que no impedía que Mr. Seward por su conducta se mantuviese también en su deber y que él y Don Matías Romero no pudieran entenderse. Don Matías Romero en realidad pedía las armas contra Maximiliano y sus partidarios mexicanos, no contra los franceses, pues en Abril de 1866, la actitud del ejército francés era abstencionista, á menos que no lo atacasen directamente á él mismo ó á sus víveres y líneas de comunicaciones estratégicas de simple concentración para retirarse. Excepto en Sonora y Sinaloa, los franceses desde que se les comunicó la noticia oficial de su retirada, dejaron de tomar la ofensiva contra las fuerzas regulares republicanas.

Sin armas ni municiones, la situación era grave para la causa republicana, era más que grave, de-

sesperada. Don Matías Romero urgido por todos los jefes republicanos que le pedían armas y municiones y desolado con la oposición poderosa de Mr. Seward, llegó á decir al Presidente de los Estados Unidos : « que hasta aquí la esperanza de que Napoleón desistiera de su empresa de conquistar á México, después de terminada la guerra civil en este país, ó de que los Estados Unidos intervinieran en la contienda, *había sostenido el patriotismo del pueblo mexicano* y lo había hecho apurar sus sacrificios creyendo que no durarían ya mucho; pero que ambas esperanzas se iban desvaneciendo : que Napoleón en vez de retirarse, hacía mayores esfuerzos por vencer toda resistencia y consolidar á Maximiliano : que la extenuación del país había llegado al mismo tiempo á un grado supremo : que de poco tiempo á esta parte había yo recibido los partes oficiales de que varias secciones de nuestras fuerzas habían tenido que rendirse por falta absoluta de municiones; que varios de los jefes que están aún en el campo de batalla, me habían enviado comisionados, creyendo que habíamos conseguido alguna cantidad considerable de nuestro préstamo, para pedirme armas y municiones, *indicándome que si no se las mandaban á tiempo, tendrían que rendirse también* (1).

(1) Romero á Juárez, Entrevista con el Presidente de los Es-

« El Presidente me dijo entonces que él deseaba positivamente que tuviéramos armas, que nos las daría si esto se podía hacer de una manera honrosa para los Estados Unidos, y por lo que respecta al pago de su valor, aceptaría lo que pudiéramos ofrecerle, que había armas sobrantes en abundancia y que extrañaba que no hubieran pasado ya algunas á nuestro poder. »

Don Matías participaba oficialmente al General Escobedo algunos días después : « Tengo la honra de informar á Ud. de una manera del todo fidedigna, que este Gobierno (el de los Estados Unidos) ha mandado que se envíen á Brownsville 10 ó 15,000 fusiles con algunas municiones. Tal vez llegando dichas armas á la línea del Río Bravo, se determinen las autoridades militares de los Estados Unidos á venderlas á cualquier comerciante que las quiera comprar como especulación particular. *Creo que se venderán á un precio puramente nominal* y si Ud. pudiera quedarse con ellas, estoy seguro que las conseguiría bajo términos muy ventajosos (1). »

El General Escobedo contestó : « Por todo esto doy á Ud. las gracias, Señor Ministro, y estaré

tados Unidos. Abril 11 de 1866, *Correspondencia*, 1866. Documento núm. 270.

(1) M. Romero al General Escobedo. *Correspondencia*, 1886. Documento núm. 275.

muy pendiente de que lleguen dichas armas á Brownsville para comprar las que me sea posible, no ya para el ejército del Norte, pues tiene las suficientes, sino para todos los demás que en el interior de la República combaten por la independencia (1). »



A Don Andrés Treviño le fueron vendidas armas muy baratas en los Estados Unidos, la mayor parte á crédito. Por conducto del General Sturm fueron compradas y pagadas con bonos mexicanos, computados al 60 por ciento de su valor nominal, armas para los generales Porfirio Díaz, Alejandro García, Nicolás Régules y Mariano Escobedo. Las armas que le llegaron al General Díaz, como ya lo he dicho, fueron en su mayor parte de mala calidad y el General Régules no llegó á recibir las que se le enviaron. Por la frontera de Sonora habían introducido armas de los Estados Unidos los Generales Pesqueira y García Morales. Puede afirmarse que el número de fusiles y rifles vendidos á precio nominal ó muy bajo por el Gobierno americano por interpósita persona y los pagados con los bonos del empréstito Carvajal no bajaron de 40,000, con sus respectivas municiones. Don

(1) *Obra citada*, pág. 715.

Matías Romero con suma actividad envió á México tres grandes expediciones, con toda clase de armas para infantería, caballería y artillería; pertrechos de guerra, equipo y todo lo necesario para continuar la campaña. A los Generales Baranda y Escobedo les fueron entregadas armas de repetición para la Caballería que no eran conocidas en México ni del ejército francés.

Don Matías Romero hubiera podido colocar desde mediados de 1865, los bonos mexicanos emanados del contrato Carvajal-Corlies; pero los generales mexicanos Don Jesús González Ortega y Don Gaspar Sánchez Ochoa hicieron todo lo posible para impedirlo, lo mismo que la camarilla de caballeros de industria organizada por Woodhouse merced al citado contrato que celebró el General Carvajal. « Como hasta ahora se presentan dos intereses encontrados, el de los bonos del General Carvajal y el de los del General Sánchez Ochoa, que se han estado haciendo la guerra recíprocamente, al presentarse hoy la resolución de Mr. Woodbrige, los amigos del primer programa no sabían qué hacer... La conducta del General Sánchez Ochoa, es uno de los principales embarazos con que tendré que tropezar, según comunicaré á Ud. en nota aparte (1) ». « No habiendo tenido

(1) Romero á Juárez, *Correspondencia*, tomo VII. Documento núm. 159, pág. 244.

verificativo la idea del préstamo de cincuenta millones de pesos garantizado por este Gobierno (el de los Estados Unidos) en parte por el manejo poco patriótico del General González Ortega, de que después hablaré á Ud., no tenemos aquí recursos de qué disponer (1) ».

*
**

El auxilio efectivo y muy oportuno de los Estados Unidos á la causa republicana de México consistió desde luego en obligar militarmente al Mariscal Bazaine á que concentrara sus fuerzas, abandonando así la activa persecución que ejercía sobre los últimos desmoralizados restos de las fuerzas republicanas. Tal concentración hizo que las fuerzas francesas de Sonora y Sinaloa no fueran repuestas, y que en el Norte, especialmente en la línea del Bravo y en el Estado de Tamaulipas, los Generales Escobedo, Espinosa y Pavón y Coronel Méndez quedaran en libertad para luchar solamente contra las fuerzas imperialistas, los turcos y parte de la Legión extranjera. En la extensa é importante línea de Oriente no quedaron más que austriacos y mexicanos, y el principal núcleo de fuerzas regulares que sostenían la campaña en el Estado

(1) M. Romero á Juárez, *Correspondencia*, tomo VIII, pág. 212.

de Michoacán se salvó gracias á esa concentración, como lo asegura el General Régules.

No quedaban ya en Michoacán « más que 700 hombres, desnudos, mal armados y que acababan de sufrir una derrota... » « El plan de campaña no podía ser mejor, porque moviéndose dichas columnas como comenzaron á hacerlo, ó me obligaban á librar un combate en que infaliblemente sería destruído ó á replegarme desnudo, hambriento y sin recursos de ningún género al Estado de Guerrero, en el que así por no estar á mis órdenes, como por su excesiva pobreza tendría que acabar yo por inanición. La expedición fracasó sin embargo, porque la fuerza principal de ella, que eran dos columnas francesas de cerca de 4,000 hombres, que eran el verdadero apoyo de ella, tuvo que retirarse al interior de la República, no sé si por haber recibido orden de reconcentración para salir fuera del país... (1) »

Gracias á esa reconcentración, Juárez pudo permanecer en Paso del Norte sin ser molestado, pues la orden que tenía el General Brincourt en Chihuahua, era no avanzar sus tropas más allá de una jornada militar hacia el Norte, para evitar el peligroso contacto con las fuerzas de los Estados Unidos (2).

(1) Informe oficial del General Régules á Juárez sobre el Ejército del Centro. *Correspondencia*, tomo VIII, pág. 211.

(2) Véase Niox, pág. 514.

Agregado á los saludables efectos de la reconcentración del Mariscal Bazaine, equivalente al abandono de la mayor extensión del país, los Estados Unidos proporcionaron armas y municiones en cantidad considerable para continuar la campaña y le dieron considerable apoyo al General Escobedo cuando estableció el sitio de Matamoros. Si no todas las armas fueron vendidas á precio nominal, las que se pagaron en su mayor cantidad fué con bonos emitidos por el Gobierno mexicano á un precio más alto que el realizado por Maximiliano en sus empréstitos de París.

El ejército francés tomando una actitud expectante, siempre que las fuerzas republicanas no se acercaran á su zona de reconcentración, permitió la reorganización de las fuerzas liberales con el armamento y municiones, la mayor parte americanas, en el momento oportuno para hacer fructuosa la campaña.

Si Juárez como ya indiqué, hubiera colocado en los Estados Unidos las importantes sumas que recibió de las Aduanas de Piedras Negras, Matamoros, Tampico, Mazatlán, Guaymas y Manzanillo, en vez de despilfarrarlas organizando para el pánico ejércitos que no se habían de batir; habría tenido en 1865 con qué armar y equipar espléndidamente á 100,000 hombres, en los momentos en que los franceses abandonaban de hecho la campaña y

cuando los imperialistas comenzaban á sentir las trepidaciones del hundimiento.

¿Sin el auxilio de los Estados Unidos, hubiera sucumbido la resistencia? No, porque Juárez contaba con otros aliados tan poderosos como los Estados Unidos, que le hubieran hecho obtener el triunfo.

CAPÍTULO II

EL SEGUNDO ALIADO. — LA CORRUPCIÓN INTIRVEN- CIONISTA.

« El periódico *l'Estafette*, redactado por un caballero de la devoción y á sueldo de Mr. Saligny, mezclado en los sucios negocios cuyo mercado era la Legación francesa, llena desde hace un mes las columnas de su diario con jeremiadas que le inspira la partida de Saligny de « este hombre indispensable por su inteligencia, su energía, su honorabilidad, que ha forzado á la intervención á marchar en la nueva vía (1)... »

« Este periódico representa el partido de los banqueros ladrones, de los reaccionarios podridos que hemos colocado en el poder por la influencia *salignista*. Todos ellos tienen intereses comunes que consisten en hacer pagar al nuevo gobierno *créditos agusanados*. Las operaciones estaban muy avanzadas, marchaban muy bien. Los *pots de vin* estaban convenidos, Saligny había recibido noticia de sus

(1) Loizillon, pág. 154.

anticipos, cuando repentinamente llega la noticia de su remoción. ¡ Juzgad la estupefacción de esta cuadrilla de canallas! »

¿Qué crédito debemos dar á Loizillon? Conforme á los antecedentes de Saligny en el negocio Jecker, hechos interesantes de irreprochable exactitud han comprobado la existencia de esa *banda de canallas*, dirigida desde París por el corrompido Morny y en México por su hombre de acción y de confianza, Saligny.

Por el artículo 14 de la Convención de Miramar se comprometía la Nación Mexicana á indemnizar á los súbditos franceses por los daños y perjuicios que habían sufrido en el país.

Por el artículo 11 de la Convención de Miramar (1) quedaron en manos del gobierno francés, del primer producto de los préstamos, doce millones de francos en cuenta de las reclamaciones, antes de saber á qué sumas montaban y la justicia y exactitud de cada una de ellas; mas para llenar este vacío se estipuló por el artículo 15, que una comisión mixta de tres mexicanos y tres franceses se reunirían á los tres meses para examinar y calificar las referidas reclamaciones.

Pero antes de la llegada de Maximiliano la Regencia había estado pagando á banqueros y particu-

(1) Véase Convención de Miramar de 10 de Abril de 1864.

lares franceses, créditos antiguos emanados de contratos y alcances de empleados comprados *por platos de lentejas* y que los influentes, gracias á los *pots de vin*, cobraban á la par.

El comisionado oficial Payno, al presentar las cuentas de la Intervención, expone la siguiente partida :

« *Créditos pagados á varios por contratos y por abonos de alcances, según su grado de favor* (1) \$ 3,683,244.

*
**

« Un banquero de aquí, perteneciente al partido retrógrado M. L... ha ido á buscar á Mr. Saligny con el cual desde hace mucho tiempo celebra negocios del mismo género, para preguntarle si debía comprar un crédito todavía más sucio que el de Jecker. Este crédito pertenece á un banquero francés que, sabiendo que era malo y fraudulento, quería venderlo. Mr. Saligny ha prometido conseguir que el Gobierno lo pague mediante una gratificación de 200,000 francos por su trabajo ».

« Esto es positivo, pues ha sido contado por la hermana de un oficial de Marina, la cual hermana está casada con uno de los Señores L. (2) »...

(1) M. Payno, *Cuentas, gastos, acreedores del tiempo de la Intervención*, pág. 912.

(2) Loizillon, pág. 120.

« Por otra parte, continúa Loizillon, desde hace mucho tiempo, la Legación francesa en México, pasa por ser una oficina de *sinvergüenzadas*, donde se trafica con el nombre francés para hacerse pagar por el Gobierno créditos malos (1). » Esta afirmación tiene que ser verdadera por la cantidad exorbitante de créditos franceses que se hizo pagar á Maximiliano en México.

Continúa aún el Comandante Loizillon, del ejército francés de México : « Desde nuestra vuelta á México, parece que Mr. Saligny trabajaba en una escala más grande que nunca. Prometía hacer pagar tal crédito por tal suma, exigiendo se le adelantase parte de esa suma. » « Así es que desde hace veinte días, cuando se supo su destitución, los individuos que le han dado anticipos se los reclaman con encarnizamiento. Él no quiere devolver nada y repite hasta la saciedad, que son sus enemigos los que han propalado ese rumor, pero que está mejor que nunca en el concepto del Emperador Napoleón III. A pesar de estas seguridades, los demandantes no se muestran convencidos, puesto que entre canallas, la regla es desconfiar los unos de los otros... Es cierto que es necesario perdonar á los mexicanos la mala opinión que tienen de nosotros, pues sólo han conocido hasta ahora peluqueros y minis-

(1) Loizillon, pág. 421.

tros plenipotenciarios casi todos más ladrones que los ministros mexicanos (1). »

*
* *

La comisión mixta á que se refería la Convención de Miramar en su artículo 15, se reunió en México en el mes de Agosto de 1864. Estaba formada por tres eminencias del partido conservador notablemente honradas : Don Joaquín Castillo y Lanzas, Don Antonio María Salonio y Don Bonifacio Gutiérrez. Los tres miembros franceses fueron los Señores Maximiliano Chabert, Luis Gauthier y Antonio Farini.

Los franceses, cuyo número en el país era de 2400, comprendiendo mujeres y niños, presentaron reclamaciones contra México por valor de « *cuarenta y seis millones de pesos mexicanos*, quedando reducidas por fallo inapelable é irrevocable de la comisión mixta — á \$ 6,373,110. La comisión mexicana no se conformó con algunas decisiones de la francesa; así es que todavía esa suma, conforme á los antecedentes y á la justicia, debió disminuirse considerablemente, según la opinión de los comisionados mexicanos (2). »

(1) Loizillon, pág. 121.

(2) M. Payno, *Cuentas, gastos, acreedores...*, pág. 912.

Conforme á los fallos inapelables é irrevocables de la Comisión Mixta de Reclamaciones francesas, quedaron éstas reducidas á.....	\$ 6.373,110,00
Se había hecho un anticipo cumpliendo con el artículo 11 de la Convención de Miramar, tomado del producto del primer empréstito de 1864, de.....	2.400,000.00
Saldo contra México en 1865.....	\$ 3.973,110.00

Sorprende é indigna que, cuando el monto de las reclamaciones francesas emanado del fallo de la Comisión Mixta que legal y solemnemente tenía el carácter de inapelable y cuando después del pago anticipado de los doce millones de francos, el saldo contra México era menor de cuatro millones de pesos, sorprende saber que inmediatamente después de dicho fallo y sin más motivo que el fraude, el Ministro César de Maximiliano, el mismo que según declaración comprobada del mariscal Bazaine recibió trescientos mil pesos de dietas para su bolsillo particular, en cambio de una letra de dos millones seiscientos mil pesos girada sobre París, hubiera firmado un **convenio secreto** comprometiéndose á pagar en vez del saldo inferior á cuatro millones, una suma doble : **ocho millones de pesos**.

En el convenio secreto quedó estipulado : « Artículo primero. — El monto total de las indemnizaciones debidas á los súbditos franceses por los perjuicios causados directamente á sus propiedades ó á sus personas por los gobiernos mexicanos ó por

sus agentes, queda fijado en la suma de cuarenta millones de francos (1). »

Todavía este convenio inicuo fué reformado á favor de los agiotistas franceses abiertamente protegidos por los favoritos del emperador Napoleón III. Abusando de la angustia en que se encontraba Maximiliano por la indigencia de su erario, el Gobierno francés le notificó que le haría un préstamo de dos millones de pesos siempre que aceptara entre otras cosas, ceder para saldar las reclamaciones francesas cincuenta millones de francos en títulos del segundo empréstito de seis por ciento (2). Maximiliano aceptó y la operación fué consumada.

El anticipo de doce millones de francos estipulado por el artículo 11 de la Convención de Miramar, en cuenta del importe de las reclamaciones francesas, se hizo en títulos seis por ciento, pero no á la par. Fueron entregados veinte millones en títulos del primer empréstito de 1864. De manera que los 6.373,110 de pesos, importe de las reclamaciones francesas según fallo irrevocable de la Comisión mixta, fueron saldados con *setenta millones de francos*, en títulos seis por ciento de los dos empréstitos. Maximiliano estaba en su derecho para pagar

(1) Convenio secreto celebrado entre el Subsecretario de Hacienda del Imperio Mexicano, D. Francisco de P. César y Su Excelencia el E. E. de S. M. el Emperador de los franceses, A. Danó. Véase Payno, *obra citada*, pág. 755.

(2) Gaulot, *Fin d'empire*, pág. 30.

esa deuda como pagaba la contraída en Londres por la República, á plazo largo y sirviéndole el tres por ciento de interés anual. Ese mismo interés de tres por ciento lo tuvieron al principio las Convenciones inglesa, española y del padre Morán y fué el asignado por Napoleón III á la deuda de México originada por el costo de la expedición francesa. Pagando la deuda francesa en cincuenta años y sirviéndole el rédito de tres por ciento anual, Maximiliano hubiera cumplido con su deber sin hacer imposible la existencia de su gobierno con sacrificios que no podía resistir. La exigencia del Gobierno francés para proteger fraudes é injusticias dió el siguiente resultado :

Importe de la anualidad para amortizar \$ 6.373,110.00 en cincuenta años, tres por ciento interés anual.....	\$ 242,178.00
Importe de la anualidad para amortizar en cin- cuenta años, rédito seis por ciento, el capital de \$ 6.373,110.00 en los términos que lo hizo Maximiliano, emitiendo una suma muy superior de títulos de la deuda pública.....	\$ 882,000.00
Diferencia en contra de México por año, durante cincuenta años.....	\$ 637,822.00

Estas cifras prueban que el Gobierno francés quería establecer el Imperio no generosamente ó, por lo menos, ayudando á Maximiliano con reglas de justicia, sino extorsionando el tesoro del Imperio, para llevarlo lo más pronto posible á la más tremenda bancarrota.

El empréstito de Maximiliano de 1865, regentado por el Gobierno francés, fué un gran fraude cínicamente combinado contra el pueblo mexicano y sufrido por el pueblo francés, miserablemente robado por la cuadrilla imperial napoleónica que brillaba como la cuadrilla de las ideas generosas intervencionistas.



« Todo lo que hemos visto de México hasta ahora es bien triste. Desde el punto de vista material, una miseria profunda, y sin embargo, hemos atravesado un país aun no devastado por la guerra (1). »
« En la inmensidad de México hay relativamente pocas tierras cultivadas y cultivables, por falta de agua, así es que á pesar de su riqueza, el país no es capaz de alimentar y por consiguiente de tener una población específica en relación con nuestras poblaciones de Europa (2). » « Así los filántropos que creen en la regeneración de México por la raza indígena no hacen más que un sueño que acabará después de cuarenta y ocho horas de estar aquí (3). » « Además, México á pesar de su re-

(1) Loizillon, págs. 18 y 19.

(2) Loizillon, pág. 188.

(3) Loizillon, pág. 183.

putación de riqueza, es mucho más pobre de lo que se puede imaginar (1). »

Un simple oficial francés había visto claramente la pobreza de México; un país sin agua en las tres cuartas partes de su extensión y sin carbón de piedra no podía ser ni medianamente rico. Otro oficial del ejército expedicionario había conocido que era un engaño la fabulosa riqueza de México. « *Si tu as des fonds à placer évite soigneusement de les confier aux emprunts mexicains publics ou particuliers; si tu as des amis à l'humeur émigrante, dissuade-les de venir sur ces rivages très faussement représentés comme dorés* (2). »

El diputado Corta, enviado por Napoleón como perito avaluador del país con el objeto de hacer posible el gran fraude llamado empréstito mexicano de 1865, fijaba la atención del Cuerpo legislativo francés diciéndole desde la tribuna con el aplomo de un cortesano en plena digestión : « *Le Mexique au point de vue agricole, commercial et industriel, est tout simplement le pays le plus favorisé du globe* (3). » El coronel Niox comenta sencillamente : « La mayor parte de las cifras citadas

(1) Loizillon, pág. 359.

(2) Oficial francés Malglaive á su querido Julio. Correspondencia tomada por el general Escobedo en Monterrey y publicada en el tomo VIII de la *Correspondencia de la Legación de Washington*, pág. 47.

(3) Sesiones del 9 y 10 de Abril de 1865.

por M. Corta, respecto de las rentas públicas de México en diferentes épocas, eran erróneas (1). »

« Considerando que el inconveniente principal con que tropieza la intervención francesa en México es la falta de recursos, se ha pensado en París solicitar un nuevo empréstito de loterías que dé algunos millones de francos. El Ministro de Hacienda, M. Fould se ha opuesto abiertamente, según asegura Mr. Begelow, á esta idea y hasta ha indicado su intención de separarse del gabinete si se lleva á cabo, pues le parece que este préstamo no sería otra cosa que un fraude mal disimulado, supuesto que Maximiliano no puede pagar ni el interés de los otros préstamos que ha contraído (2). » Este préstamo no tenía por objeto salvar la situación de Maximiliano ni siquiera auxiliarlo; sino salvar los robos en negocios sucios de los agiotistas franceses, patronos de reclamantes en su mayoría ladrones. En 1865 ningún miembro del gobierno imperial podía dudar ya de la insolvencia irreparable de México. M. Fould se calmó tomando parte su casa bancaria en la gloriosa operación de despojar al pueblo francés de sus abundantes economías. Setenta mil víctimas cayeron en la trampa y al año *Le Moniteur* anunciaba : » « El presidente de la comisión mexicana en París, informa

(1) Niox, pág. 493.

(2) M. Romero á Juárez Julio 4 de 1865.

á los tenedores de bonos mexicanos que tendrá que diferir el pago de los cupones que se vencían el 1º de octubre próximo, por no haber hecho el Gobierno mexicano remisión ninguna para su pago (1). » Esta remisión jamás debía hacerse.

*
* *

Algunos jefes del ejército francés se habían dedicado á la productiva profesión de contrabandistas con tan gran escándalo, que Maximiliano se vió obligado á tomar medidas, por supuesto *azucaradas*. « Entre estas disposiciones á que me refiero, había una que se dictó con el objeto de evitar el pernicioso contrabando que aquellos (los jefes franceses) hacían introduciendo por el puerto de Veracruz cargamentos valiosos que llevaban el siguiente rótulo : « **Service de S. M. l'empereur**, » y que, por lo mismo, no eran registrados en la aduana. El emperador Maximiliano informado de aquel abuso de que la voz pública acusaba á Bazaine estar interesado, dió, el 21 de Julio una orden para que todo bulto de efectos que entrase en el puerto, fuese registrado aun cuando fuese dirigido á su misma persona. La orden estaba concebida en estos términos : « Haga usted preparar las órdenes más severas para que en presencia de dos

(1) *Moniteur de Paris*, 20 de Septiembre de 1866.

empleados y del señor Poliakowitch, secretario de la intendencia, se abran durante dos meses todas las cajas dirigidas á mí ó á la Emperatriz. La misma orden severa, naturalmente sin la intervención del señor Poliakowitch, deberá darse para todas las cajas, que vengan para el ejército francés y las del mariscal. Sobre este punto he recibido noticias poco edificantes. Creo que el mariscal y los oficiales franceses deben felicitarse de probar al público, como yo lo hago, que no tienen fundamento las calumnias que se hacen esparcir. Han dado lugar á una discusión fuerte en el Consejo de Ministros, las quejas contra el contrabando que se hace bajo el nombre del ejército francés »... La disposición quedó escrita; la orden fué comunicada al jefe de la aduana; pero el ardid de que se valió Maximiliano no produjo el resultado que llegó á imaginarse, y las cajas rotuladas « **Service de S. M. l'empereur** » continuaron pasando sin que interviniera para nada la aduana (1) ».

En el informe del comisionado Payno aparece que Maximiliano escribió después este acuerdo de su puño y letra : « No siendo posible por ahora proceder contra tan conocidos culpables, resérvese hasta nueva orden (2) ».

(1) Zamacois, *Historia de México*, tomo XVIII, págs. 45 y 46.

(2) Payno, *Los ingresos del Imperio y el Contrabando*, folleto, 1867, Imprenta El Siglo XIX, pág. 23.

En 1864, los habitantes de la ciudad de México presenciaron que en la esquina de la primera calle de San Francisco y la del Coliseo se abrió una gran tienda de ropa francesa denominada « *Los precios de Francia*, » donde se vendía más barato que en ninguna otra parte; lo que naturalmente hacía que las ventas fueran enormes. No se podía comprender la baratura sin atribuirle al contrabando; pues agregando al precio de factura de las mercancías los elevados derechos aduanales, era imposible que se pudiera vender al público al precio que se les había fijado. El vulgo llamaba á esa tienda : « **Los precios de Bazaine.** » Lo que comprueba que ese establecimiento era fruto del contrabando, es que, no obstante su gran clientela, se cerró tan pronto como se retiró de México el ejército francés.



En el cuerpo austríaco había también gran corrupción. Con este cuerpo, el belga y la Legión extranjera, el mariscal Bazaine formó una división llamada auxiliar, que puso al mando del general francés Neigre, quien nombró al comandante Loizillon jefe de estado mayor; en consecuencia, este oficial estaba al tanto de las intimidades de la división.

« A pesar de todos sus esfuerzos, sus abusos (de los austríacos) comenzaron á ser conocidos. Se sabe

que simples oficiales han robado hasta cuarenta mil pesos. Como esto pasaba un poco los límites, el general Dethun se ha contentado con obligarlos á dar su dimisión, lo que ellos han aceptado para volverse á Austria á disfrutar del fruto de sus rapiñas. Resulta de esta malversación que el cuerpo austriaco ha perdido su reputación.... (1) » « Tengo temores de expedicionar con austriacos que no buscan más que el dinero (2). » *

« Sus amigos (de Maximiliano) sus compatriotas, sus europeos, grande y noble palabra en ese país (México), lo robaban bajamente (3). »

*
* *

En menos de un año de reinado, Maximiliano había comprometido á la Nación fuera del costo de la Intervención, en ciento cuarenta y siete millones de pesos de empréstitos, sin haber recibido de ellos más que una bicoca. El Imperio había sido más ruinoso á la Nación en un año que la anarquía en cuarenta.

Con excepción de Santa Anna, los presidentes de México no habían robado á su país; la desmoralización administrativa probaba obos por miles de

(1) Loizillon, pág. 393.

(2) Loizillon, pág. 395.

(3) D'Héricault, pág. 55.

pesos; la Intervención había organizado el robo por millones, por cientos de millones. Forey había anunciado traer en sus cañones la moral, la economía, la integridad administrativa, las virtudes burocráticas, la generosidad casi piadosa de Napoleón, y la intervención desnuda apareció al pueblo mexicano deforme, oscura como un gran negocio Jecker; era el *jeckerismo* la grande base de la aventura intervencionista, según el golpe de sus masas inconcebibles de millones sobre un país de tiempo atrás aniquilado, pobre, enfermizo. Si las cortas deudas de la República habían ocasionado humillaciones, bloqueos, bombardeos, penurias espantosas y todo el tren de escuadras, de diplomáticos irritados, de monarcas europeos voraces, de insultos soeces al país y á su gobierno, de amenazas continuas, de horizontes de infierno ¿qué sería en el porvenir toda esa deuda contraída por el Imperio? En pocos meses el Imperio había vendido la tranquilidad, la libertad, el honor y la independencia de los mexicanos; era claro que esas deudas habían de pagarse con territorio, vergüenzas y despotismos europeos. Maximiliano podía salvarse abdicando; la Nación no podía abdicar de su pobreza, de su impotencia, de la desgracia en que la Intervención lo había sumergido.

Juárez había decretado que la República, cuya bandera empuñaba, no reconocía los empréstitos

imperiales, no reconocía las reclamaciones exorbitantes y fraudulentas francesas, no reconocía ni nuevas ni antiguas *convenciones*, no reconocía gastos de guerra, no reconocía deuda interior emanada de Zuloaga y Miramón. En suma, el Gobierno de Juárez absolvía á la Nación de más de trescientos millones de pesos de deudas, cuyo servicio anual excedía á todas las rentas posibles de la República. Con el Imperio, la paz, el desenvolvimiento de la Nación, la dignidad del Gobierno, la vitalidad de los contribuyentes, la inviolabilidad del trabajo, la acumulación de capitales, todo era imposible. La causa de Juárez llegaba á ser la primera de todas, porque expresaba la salvación económica. Del lado del Imperio, la miseria eterna como un tributo al fraude y á la expoliación; del lado de Juárez la emancipación de la rapacidad diplomática y de la esclavitud fenicia. Maximiliano había vaciado en el molde del interés nacional, la gran figura de la república reformista.

CAPÍTULO III.

EL TERCER ALIADO. — EL DESPRECIO FRANCÉS POR EL SOLDADO MEXICANO.

Con la calma necesaria excluyente de tumultuosos sentimientos patrióticos, con el método que impone un razonamiento riguroso y con las pruebas irrefutables é indispensables para no incurrir en errores ni en declamaciones, voy á intentar establecer con firmeza en el delicado asunto de nuestros soldados la verdad histórica completa.

El deber de crítico me indica recoger las apreciaciones de Loizillon y d'Héricault como las del ejército francés que invadió México. Los autores extranjeros de libros sobre la Intervención y el Imperio son numerosos y muy notables; pero Quinet se ocupa de defender en la causa de los mexicanos la de todos los pueblos débiles que excitan á los tiranos á privarlos de libertad y á abrumarlos con odiosos atentados. Su obra es un libro de guerra contra Napoleón III y no se ocupa para nada de apreciaciones militares.

Lefèvre es un defensor de los mexicanos liberales,

su libro es esencialmente político y económico, lo mismo que los de Marx, Charney, Bazancourt y Masseras. Estos cuatro autores han hecho libros políticos y económicos, buscando el terreno imparcial; pero absteniéndose de crítica militar.

Kératry en su obra *l'Empereur Maximilien* es político y roza solamente la cuestión militar y su libro *la Contraguerrilla au Mexique*, es episódico dentro de un límite muy estrecho de acontecimientos militares. Gaulot hace un muy hermoso alegato sobre la política de Napoleón y especialmente sobre la conducta del mariscal Bazaine, y sólo presenta los grandes aspectos de la cuestión militar.

Basch y Domenech han hecho alegatos á-favor de Maximiliano sin tratar cuestiones de guerra. Bivresco, Laurent, Hans, Laffon, y los belgas Loyseau, Wallon y Timmerhans no se ocupan cada uno de ellos más que de una parte de las operaciones militares y, en conjunto, sus apreciaciones son las de Loizillon.

El capitán Loizillon nunca pensó en escribir un libro para el público, escribió cartas íntimas á su familia durante el tiempo que estuvo en México haciendo la campaña, viendo las cosas de cerca, y sus apreciaciones según M. Gilbert, oficial superior de artillería, buenas ó malas, son las de la gran mayoría de los oficiales franceses de la expedición. El libro de Loizillon, formado por sus cartas, es sincero,

presenta su conciencia y la del ejército á que pertenece. D'Héricault es el continuador de las apreciaciones militares, desde la retirada del ejército francés hasta la ejecución de Maximiliano.

El capitán Loizillon ascendido á comandante en México, era un oficial valiente, cumplido y poco ilustrado. No se puede exigir á los oficiales de un ejército que sean sociólogos consumados. Sobre todo, el libro de Loizillon, ó mejor dicho las cartas del capitán Loizillon, escritas durante el tiempo de la guerra, expresan las opiniones, los sentimientos y los juicios de los oficiales franceses dados á conocer conforme eran impresionados por los acontecimientos.

Las obras del coronel Niox y del general Thoumas sobre la Intervención y el Imperio, han sido escritas, la primera en 1884 y la segunda en 1890, cuando la reflexión y las derrotas que sufrió el ejército francés en 1870 y 1871 modificaron sensiblemente la jactancia y pueril vanidad que, desviándolos de la verdad, los arrojaba en la derrota. Los libros de Niox y sobre todo el de Thoumas dan la impresión actual de los militares franceses respecto de la guerra de México; la impresión contemporánea sólo existe en las obras de Loizillon y d'Héricault.

*
* *

« Hemos encontrado toda la población (la Piedad) presa de una emoción de la cual podéis tener idea sabiendo cómo los mexicanos son miedosos..... (1) »
« Estamos obligados á tener aliados que nos avergüenzan..... (2) » « Aun cuando los mexicanos carezcan de valor hasta donde no es posible imaginar..... (3) » « Bastan cinco ó seis individuos para hacer temblar una población de dos ó tres mil almas. Las leyes son impotentes para reprimir semejantes monstruosidades. El hombre miedoso, y lo es la inmensa mayoría de esta raza degenerada y decrepita, tiende á no malquistarse con ninguno de los partidos que le roban igualmente sus cosechas y sus bestias (4). » « Ayer llegó el ejército de Márquez que debe acompañarnos á Perote. Se llama á esto un ejército regular. Viéndolo se pregunta uno lo que significa la palabra regular. Todo este montón de canallas andrajosos vive sobre nuestro tesoro (5). »

« Todo el mundo en el ejército está convencido y todos los combates que hemos tenido lo han pro-

(1) Loizillon, pág. 160.

(2) Loizillon, pág. 107.

(3) Loizillon, pág. 206.

(4) Loizillon, págs. 18 y 19.

(5) Loizillon, pág. 16.

bado bien que tres batallones, dos escuadrones de caballería y una batería de artillería, pueden recorrer todo México sin que el ejército mexicano entero se atreva á atacarlos (1). » Poco tiempo después, Loizillon cree que con sólo « una columna de un batallón con dos piezas de artillería hay seguridad de atravesar todo el país sin encontrar resistencia seria (2) ».

El mismo comandante Loizillon afirma « ... pues es necesario confesar que estas gentes mueren bien (los sentenciados á muerte mexicanos) cuando ven que les es imposible escapar á su suerte (3). » « Es sorprendente ver las contradicciones que existen en el carácter y espíritu de estas gentes. Desprovistos hasta la cobardía de vigor para batirse, pues los mexicanos pueden dispararse golpes de fusil á mil metros de distancia durante un día sin que resulte un solo hombre herido y reclamando la victoria de ambos lados tienen un estoicismo soberbio en presencia de una muerte que saben no poder evitar. En una palabra, prefieren morir á batirse (4). »

El general francés Thoumas, tomándolo de Kératry y manifestándose de su opinión, escribe : « No es posible dejar de admirar la sangre fría con la cual

(1) Loizillon, pág. 40.

(2) Loizillon, pág. 118.

(3) Loizillon, pág. 173.

(4) Loizillon, pág. 195.

todas estas gentes aceptan su suerte. Juegan una partida y saben perderla como elegantes jugadores. Sentados tranquilamente delante de la lumbre, durante la audiencia sumaria de la Corte marcial piden confiandamente un cigarrillo que saborean hasta la última bocanada, pronunciando la palabra sacramental en español : « A la disposición de usted, señor » y de esta manera es cómo se van al otro mundo⁽¹⁾. »

El que asiste á una batalla tiene la probabilidad de morir; el que marcha al cadalso, tiene la seguridad de morir. Si los mexicanos son admirables para morir fusilados no pueden ser menos valientes que los que manifiestan serenidad ante una muerte solamente probable, que es el caso en los combates. Esos mexicanos tan soberbiamente estoicos en el patíbulo, según una lógica que probablemente se calificará también de mexicana y por lo tanto despreciable, tienen las aptitudes suficientes para llegar á elevarse á la altura de los mejores soldados del mundo, puesto que también saben morir cuando tienen la seguridad de no poder escapar á la muerte.

Loizillon marca la contradicción entre el soldado mexicano para morir y su cobardía para batirse. No hay tal contradicción.

¿ Cuándo es cobarde el soldado mexicano para batirse ? ¿ Cuando está desmoralizado ? Todos los

(1) General Thoumas, *les Français au Mexique*, pág. 263.

soldados en el mundo se muestran cobardes para batirse cuando están desmoralizados.

El general Dumouriez, comandante en jefe del Ejército del Norte, escribía desde Ste-Menehould al Ministro de la guerra el 18 de Septiembre de 1792 : « La marcha continuaba con bastante éxito y no era inquietada más que por escaramuzas ligeras, cuando el cuerpo á las órdenes del general Chazot que marchaba sobre la izquierda entró en confusión. Entonces, y hacia media noche, los gritos de « *sálvese el que pueda*, » « nos han traicionado », « estamos cortados », han ganado á las diferentes columnas. El 12 Regimiento de cazadores á caballo, en vez de cargar sobre el enemigo ha retrocedido sobre nuestra infantería. El 5º Batallón de granaderos ha perdido sus dos piezas de artillería porque los conductores cortaron los tirantes para huir : los equipajes se han mezclado con las tropas y el desorden ha llegado á su colmo y si en vez de mil quinientos hombres, los prusianos nos hubieran enviado seis mil contra esta retaguardia de 15,000, el ejército se hubiera perdido enteramente (1). »

*
* *

El general Labourdonnais participaba al Ministro de la guerra desde Châlons-sur-Marne, el 18 de Sep-

(1) General Pierron, *Méthodes de guerre*, tomo I, págs. 660 á 669.

tiembre de 1792. « Si las cualidades individuales de nuestras tropas fuesen las de los americanos en la guerra de 1776, que tenían costumbres y valor, pocos días ciertamente bastarían para hacerlas útiles á la patria (1).



Los ciudadanos Camus y Treilhard, comisarios de la Convención Nacional cerca del ejército, informan á la Convención desde Tirlemont el 8 de Marzo de 1792 : « Pero hay en el ejército otros hombres que es esencial daros á conocer y contra los discursos peligrosos de los cuales deben estar prevenidos los ciudadanos. Estos son cobardes, indignos del nombre francés, que no buscan en los momentos del combate más que un pretexto para abandonar el campo de batalla. Una gran parte de estos soldados venían á Bruselas, donde esparcían la confusión y el temor, hemos encontrado á varios que todavía y cuando no pueden ya excusarse con el primer momento de terror, huyen de sus banderas (2). »

(1) General Pierron, *Méthodes de guerre*, tomo I, pág. 660 á 669.

(2) Id., *Ibid.*



En la guerra franco-alemana, el 15° ó el 17° Cuerpo, compuesto de 60,000 hombres se desbandó totalmente con la noticia de que lo seguía un cuerpo de ejército enemigo.

El Teniente Coronel Canonge, del 69 de Línea, nos hace saber; « que durante la noche el General Chanzy recibía de todas partes los informes más desconsoladores del estado moral de las tropas : *los generales insistían sobre la imposibilidad de continuar la lucha* (1) ».

Las tropas que presentaban imposibilidad de continuar la lucha por su estado de desmoralización, ó sea cobardía eran :

Ejército del Norte.....	36,000	hombres.
Ejército del Sur.....	103,423	«
Ejército de la Loire.....	160,000	«
Ejército del Este.....	90,314	«
División Crémer.....	17,000	«

Suma 406.737 soldados que

rehusaban batirse.

Aquí se manifiesta una contradicción conforme al criterio de Loizillon entre el entusiasmo de las tropas francesas para batirse en México con reclutas y su desmoralización para no batirse después de la

(1) F. Canonge, *Histoire militaire*, tomo II, pág. 338.

toma de París con el ejército alemán. Sería mucho exigir en el terreno de la impertinencia que el soldado mexicano nunca se desmoralizara ó que desmoralizado se batiera admirablemente.

Al invadir á México el ejército francés y hasta su retirada no fué posible presentarle más que 10 ó 12,000 soldados medio disciplinados que formaban la base del ejército que defendió Puebla. El ejército de Comonfort estaba formado de reclutas frescos y las fuerzas levantadas inmediatamente después de la ocupación de la Capital no eran más que Guardias Nacionales de los Estados al servicio de la Federación. La gran torpeza de Juárez de encerrar todos los elementos militares serios de que disponía el país en la plaza de Puebla, para que totalmente se perdieran, hizo que 532 jefes y oficiales de los más disciplinados y fogueados, aunque en su gran mayoría sin instrucción militar, fueran deportados á Francia. La gran mayoría de los oficiales republicanos que sostuvieron después la lucha, nunca habían tomado una espada ni escuchado un disparo, ni mandado soldados, ni conocían lo más elemental del arte y ciencia militares, ni tenían disciplina, ni era posible imponérselas por medio de la miseria; en suma no eran soldados.

*
* *

En la Memoria dirigida desde Niza con fecha 10 de Marzo de 1793, al Ministro de la Guerra, por el Representante del pueblo francés cerca del Ejército de Italia, se lee : « No examino aquí, si es por el efecto de un terror pánico ó por las maniobras de hombres pagados para introducir el desorden en el ejército que se ha conseguido alarmar las tropas que componen este ejército. Más de 500 voluntarios dejaron el campo y fueron á arrojar al mar, esperando salvarse á bordo de las fragatas..... El 17 se atrevieron á proponer ir á Cagliari y entregar las banderas al enemigo; otros querían marchar hacia Saint-Pierre. Se tuvo mucha pena para hacerles comprender lo vergonzoso de semejantes proposiciones y lo peligroso de aceptarlas (1). »

El ciudadano Elías, General de División, Comandante de Givet, al ciudadano Bouchotte, Ministro de la Guerra : « La posición era tan bella, que no era posible desearla mejor y si hubiera tenido soldados, *es decir soldados valientes*, no habría tenido la desesperación de ver tomar toda mi artillería excepto una pieza de á 8....« Si ellos hubieran tenido oficiales que hubieran sostenido su valor

(1) General Pierron, *Méthodes de guerre*, tomo I, págs. 669 y siguientes.

vacilante y que les hubieran inspirado alguna confianza; pero los oficiales que los mandaban tenían ellos mismos necesidad de ser alentados, ¿podían hacer concebir de ellos alguna buena opinión y hacer participar á sus soldados una bravura y una firmeza que estaban lejos de tener, puesto que varios de entre ellos escondieron sus charreteras en sus bolsillos, para no ser reconocidos como oficiales en su fuga (1) »?

El representante del pueblo francés cerca del ejército de los Pirineos orientales, participaba desde Perpignan al Comité de Salud Pública el primero Nivoso, año II : « Nuestros Batallones de levantamiento en masa, no quieren batirse más; huyen desbandándose al frente del enemigo. Arrojan, rompen sus fusiles. A pesar de nuestras súplicas y de nuestras vigorosas medidas, no hay medio de volverlos al honor ni de conducirlos al combate (2) ».

*
* *

Terminantemente ha escrito el Duque de Wellington : « Pretendo, que si se reflexionara, se vería que no es como se imagina el entusiasmo lo que ha

(1) y (2) General Pierron, *Méthodes de guerre*, tomo I, págs. 669 y siguientes.

permitido á los franceses resistir con éxito á toda la Europa, al principio de la Revolución; sino la fuerza inspirada por el sistema terrorista que había adquirido el falso nombre de entusiasmo (1). »

*
* *

En la guerra de 1870 á 1871, la cobardía de las tropas bisoñas fué aún más notable : « Al fuego de fusilería se mezcla bien pronto el de artillería que enviándonos granadas contuvo el ardor de nuestros tiradores..... Pero á esta hora siendo más vivo el fuego, los tiradores móviles de las Deux-Sèvres con una parte de sus oficiales se desbandaron..... Después de esfuerzos inauditos y perfectamente secundado por mis oficiales de estado mayor, conseguí reunir á una parte de los fugitivos y volverlos á colocar en línea (2) »... « Sólo con revólver en mano he logrado mantenerlos, galopando de derecha á izquierda y de izquierda á derecha y este oficio lo desempeñé cuatro horas con el corazón despedazado por no poder obtener ningún resultado sobre un enemigo menos numeroso que nosotros y que habríamos podido vencer si mis tropas hubieran tenido más valor »... « En estas circunstancias en

(1) y (2) General Pierron, *Méthodes de guerre*, tomo I, pág 669 y siguientes.

que debimos obtener la ventaja, tengo el profundo pesar, Señor Ministro, de deplorar la indigna conducta de la mayor parte de los oficiales de la móvil que han dado ejemplo de cobardía abandonando á sus hombres y arrastrándolos en su fuga. »

« Los móviles no saben más que huir, sus oficiales se esconden, hay 5,000 hombres en desorden en el camino de la Ferté á Mans »... « En cuatro días de huída se ha entregado todo el departamento (1) »... « Hay mucho charlatanismo en el alarde de valor de la guardia nacional. Desde que supo que se le iba á emplear su valor ha bajado mucho; es preciso no hacerse ilusiones en este sentido (2). »... « El gran esfuerzo que ha conducido al campo de Conlie *cincuenta mil hombres* no ha obtenido resultado, lo confieso con dolor. Los hombres son actualmente una causa de embarazo y un manantial de desórdenes y nada más. La mayor parte han perdido la resolución y la energía patriótica que los animaban al partir (3) ». « La legión de la Alta Saboya se ha conducido de una manera innoble, rompiendo sus fusiles y rehusando partir. En la Estación de Beaume, han tirado sus

(1) Gambetta á Mr. de Freycinet. 23 de Noviembre de 1870, Pierron, tomo I, pág. 682.

(2) General Thoumas, Deliberaciones del Gobierno de la Defensa Nacional. Sesión de 10 de Enero de 1871.

(3) El Prefecto del Finistère á Gambetta, Ministro del Interior. Pierron, tomo I, pág. 683.

fusiles, han rehusado quitar la bayoneta del cañón, diciendo que no eran franceses y no querían subir al tren, entretanto se peleaba cerca de Dijon (1). » « Recibo al instante aviso del General Demay que un muy gran número de movilizados de los Altos Pirineos han abandonado á Tolosa ayer á las 9 y media de la noche. Estamos reunidos el Prefecto y yo para avisar á las autoridades y arrestar á esos miserables (2). »

Para bien batirse, además de las tropas viejas se necesitan oficiales con espíritu de sacrificio : el General Pierron ha escrito. « El día de la batalla de Sedan (con tropas viejas) cuando el enemigo había hecho ya grandes progresos, fuimos á encontrar al General Douay, Comandante del 7º Cuerpo para pedirle que insistiera cerca del Emperador para hacer un último esfuerzo y tratar de romper las líneas enemigas; nos respondió mostrándonos los Cuerpos que se desbandaban : « Ellos no pueden « más y no quieren más. Hace veinte años « en Francia que no se quiso tener ejército, se ha « matado el espíritu de sacrificio, se cosecha lo que « se ha sembrado (3). »

(1) El Comandante de la Plaza de Beaume al Ministro de la Guerra. Pierron, tomo I, pág. 685.

(2) El General Comandante de la División de Bayona al Ministro de la Guerra. Pierron, pág. 687.

(3) Capitán Pierron. Pierron, tomo I, pág. 383.

*
* *

D'Héricault no es injusto con el soldado mexicano, pero es inexacto. Hablando de los combates de las fuerzas del General Márquez con las del General Porfirio Díaz en Abril de 1867, dice : « Las 18 piezas (imperiales) destrozaban al enemigo, que con esta extraña naturaleza mexicana, tan brava delante del fuego y tan pronta á la huída delante del sable, cerraba valientemente sus filas clareadas (1) ».

D'Héricault no una vez sino varias afirma en su libro que al soldado mexicano no le agrada el arma blanca.

*
* *

Asegura que al soldado mexicano no le agrada el combate al arma blanca; es una verdad; pero á ningún soldado le agrada, ni al soldado francés. Al soldado francés le agradaba lanzarse amenazando con la bayoneta, sabiendo que no lo habían de resistir soldados bisoños con malos oficiales en general ó desmoralizados y, en consecuencia, brillantes por su cobardía. Esos mismos soldados no

(1) D'Héricault, *Maximilien et le Mexique*, pág. 214.

se lanzaron á la bayoneta ni una sola vez cuando se vieron frente á los batallones alemanes en 1870; prueba que no les agradaba, pues había oportunidad de darse gran satisfacción si tal hubiera sido su gusto, capricho ó táctica. Yo no trato de ofender al soldado francés; soy el primero en reconocer que es muy valiente y que su historia es muy gloriosa; pero afirmo que á los soldados muy valientes les disgusta profundamente el combate al arma blanca en los tiempos modernos. La carga á la bayoneta es excepcional y en México la infantería francesa la tomaba como regla contra nuestras chusmas de reclutas y hacía muy bien; es de buena táctica cargar á la bayoneta contra masas que no han de resistirla por su miserable disciplina y esas cargas á la bayoneta que el enemigo recibe por la espalda son naturalmente muy agradables á sus autores y los fascina. De cien cargas á la bayoneta en la historia militar del mundo, hay noventa y nueve recibidas por la espalda por uno de los combatientes, que ha determinado huir. Cuando hay frente á frente dos buenas infanterías fogueadas, muy disciplinadas, de primer orden, cada beligerante sabe que si se lanza á la bayoneta, su adversario le resiste la carga, y entonces no hay carga á la bayoneta. Entre buenas tropas, ésta comienza cuando alguna de ellas, quebrantada ó aniquilada por el fuego se desmoraliza; y en ese caso, la carga

á la bayoneta es oportuna porque el combatiente que tiene la ventaja conoce que su enemigo debe recibirla por la espalda.

Los franceses, en la guerra de España durante Napoleón I, abusaban de la carga á la bayoneta, contra las infanterías españolas mal disciplinadas y sin consistencia, no obstante que el español es magnífico como materia prima para buen soldado; pero cuando las tropas francesas no obstante ser las napoleónicas, se encontraban frente á las infanterías inglesas, que practicaban la rara costumbre de resistir á pie firme las cargas á la bayoneta, los franceses perdían el gusto por el arma blanca y muy excepcionalmente tenían lugar combates de ese género. Los franceses obraban hábil y correctamente, lanzándose á la bayoneta contra las chusmas africanas de Argel, contra los reclutas de Garibaldi en Italia y contra las masas de indios sin disciplina levantadas por Juárez y las que tenían ganas de todo, menos de batirse. Lo repito, la carga á la bayoneta es desconocida entre infanterías de primer orden mientras ambos adversarios conservan la moral. No hay libro militar que aconseje comenzar una batalla con una carga á la bayoneta. Los hombres modernos son todos cobardes en comparación con los antiguos. En nuestra época no sería posible reproducir las campañas de Julio César, quien durante su vida combatió contra más de tres millones de

hombres, de los que más de la tercia parte murieron por arma blanca y otra tercia fué vendida como esclavos. Si hubiera un choque de tres millones de franceses contra igual número de alemanes, la paz tendría lugar forzosamente antes de que hubiera sido muerto el ocho por ciento del efectivo de cada beligerante.



Con el *arma blanca*, los militares y los civiles escriben verdaderas novelas fantásticas para especulizar á sus semejantes y engrandecerse con las impresiones de terror que tales lecturas causan. De mil partes militares de batallas apenas habrá en el mundo uno medio exacto. Napoleón I desconoció la batalla de Marengo descrita por uno de sus generales que había asistido á ella. Toda la humanidad, y lo que es más raro, casi todos los militares creen en las cargas de caballería en los tiempos modernos. El combate de las caballerías al sable es otra patraña con que se engaña á los pobres lectores de batallas. No hay en la guerra de los hombres modernos, combates de caballería al sable, sino muy raros é instantáneos. Los encuentros comunes de las caballerías valientes de primer orden, consisten en amenazarse para ver la que huye primero y ésta es la que lleva la carga en las espaldas.

Veamos la verdadera historia; es ya tiempo de acabar con las novelas militares del género Ana Radclife.

El coronel de caballería Schauenbourg, no de gabinete ni de Estado Mayor, ni de salón, sino muy veterano y actor en la mayor parte de las guerras modernas, explica bien lo que en el terreno de la verdad es una carga de caballería, entre tropas valentísimas y muy bien disciplinadas. Dice el práctico coronel : « Muchos militares que sólo conocen de la guerra lo que han oído contar, están persuadidos de que cuando dos cuerpos de caballería se acometen, hay choque, es decir, que los caballos golpean unos contra otros, las cabezas de los unos frente á las de los otros y que los jinetes de uno de los dos bandos son derribados como *capucins de carte*.

« Sin embargo, los que han visto verdaderas cargas de caballería, saben que en el momento de abordarse, el menos bravo, el menos impetuoso ó el menos confiado en sí mismo, da media vuelta, y entonces no hay más que perseguir.

« Si no fuera así, ¿ cómo era posible que tropas de caballería inferiores en número, en talla de hombres y de caballos, habrían podido destrozar tropas más numerosas y compuestas de hombres y de caballos de talla colosal? (1) ».

(1) Coronel Schauenbourg, *l'Emploi de la cavalerie á la guerre*, pág. 47.

*
**

El Coronel Cherfils, llama la atención sobre el hecho siguiente : « El 12 de Febrero de 1814, en Château-Thierry, el Coronel Curély á la cabeza del 10 de Húsares cargó contra treinta escuadrones. Esta carga decidió el éxito de la batalla.

« ¿Cómo comprender la carga de estos seis escuadrones contra treinta? ¿Hubo choque de estos seis escuadrones contra los treinta? Esto no tendría sentido común. Hubo treinta escuadrones enemigos que dieron la vuelta ante seis escuadrones franceses y puede ser que ante Curély sólo (1). »

*
**

Al general de Brack, la historia lo llama inmortal y sus laureles los recogió entre las cargas de Caballería : « Lo que prolonga el término de una carga, lo que dobla su vigor, es la confianza inspirada por las tropas que la sostienen. Casi todas las *medias vueltas de las cargas*, no son debidas más

(1) Coronel Cherfils, *Essai sur l'emploi de la cavalerie*, pág. 272.

que á la flojedad ó á la ignorancia de las tropas que deben sostenerla (1).

*
**

Otro héroe de la caballería el Príncipe Hohenlohe enseña : « Viejos soldados me contaban, cuando era yo joven oficial, que sobre doce ataques de caballería, en once no se llegaba al choque; uno ú otro de los adversarios, daba antes media vuelta y huía (2). »

*
**

El Príncipe de Ligne se burla en sus *Preocupaciones Militares*, de la creencia en el choque de las caballerías : « Se imagina que los escuadrones ruedan, que una tropa parte al galope para encontrar otra; y se mira la superioridad de la impulsión como cosa irresistible. ¿No se ha oído decir que era preciso colocar la caballería en tres filas, para que la tercera empujase á las otras dos, como si los caballos pisasen los unos los talones de los otros? (3) »

« Las mulas del Príncipe Eugenio, de las cuales

(1) General De Brack, *la Cavalerie*, pág. 244.

(2) Príncipe de Hohenlohe, *Lettres sur la cavalerie*, pág. 169.

(3) *Préjugés militaires*, pág. 120. Príncipe de Ligne.

habla el Rey en sus *Reflexiones sobre la Guerra*, pueden razonar así; pero es singular que los generales de este tiempo que han tenido ojos y que no han visto... Para mí que no soy de este tiempo, nunca he visto un combate de caballería de buena fe, *puesto que aparentemente nadie tiene ganas de que lo haya*. No he comprendido cómo puede concebirse el choque. Se ha creído que era *encuentro* contra *encuentro* del caballo. Esto es materialmente imposible. ¿Qué sucedería con las cabezas de los caballos si ellas chocasen?... Y el choque sería tan fatal al que ataca como al atacado. »



Un célebre jefe prusiano de caballería, La Roche Aymon, ha escrito sobre la cuestión :

« La mayor parte de los oficiales que no han ido á la guerra se imaginan que dos fuerzas de caballería que se acometen, chocan una contra otra como dos cuerpos sólidos. Nada de esto sucede. Desde luego la construcción y la naturaleza de los caballos impiden este pretendido golpe de *encuentros*, del cual hablan los que no han asistido á algunas campañas. Es raro que una carga sea llevada bastante á fondo para abordarse recíprocamente, una de las dos tropas, aquella que está mal unida, la que tiene menos consistencia moral, dis-

minuye su carrera, vacila, se abre y da la vuelta; entonces la que ha conservado su impulsión moral y su conjunto no tiene más que perseguir.

« Si dos tropas igualmente valientes, igualmente bien conducidas se abordan, entonces los caballos se arrojan mutuamente entre los pequeños intervalos entre los caballos y las filas se mezclan, entonces el más hábil en el manejo del sable decide de la victoria. Pero semejantes casos son muy raros en la guerra... Yo no puedo citar más que dos ejemplos (1). »

Y la Roche Aymon da el detalle de estos dos choques en 1807. Cuatro escuadrones de su regimiento contra el 2º de Húsares francés, que lo había provocado y le había dado cita á hora fija. Pero este lance, añade el jefe prusiano de caballería, fué un desafío, una especie de combate singular.

De manera que la Roche Aymon en su larga vida militar y después de haber asistido á gran número de campañas, sólo había visto que las caballerías que se acometen llegasen al choque una sola vez, pues en el otro caso hubo reto especial. Y esto sucedía nada menos que en la época de Napoleón I, cuando los combates han sido numerosos y la bravura marcaba un grado muy alto.

(1) Coronel Cherfils, *Essai sur l'emploi de la cavalerie*, pág. 274.



El Mariscal Marmont, escribió respecto de las cargas de caballería : « Su oficio habitual es perseguir al enemigo, pues es muy raro que las dos tropas lleguen á chocar. Al momento de aproximarse, el menos confiado se detiene y huye (1) ».



Según Federico II, la primera fila debe buscar el flanco de la caballería enemiga y la segunda fila cuidar el flanco de la primera. En el caso del choque de frente, la carga ha abortado, según el gran Capitán prusiano.

El Coronel Ardent de Picq enteramente moderno, pues fué muerto en la guerra franco-alemana de 1870, dejó escrito : « Rebanar gruperas es el sólo objeto de la acción de la caballería y sus resultados. Las maniobras de caballería son amenazas... (2) ». Ahora bien, este jefe enseña, además, que de cincuenta cargas, en cuarenta y nueve una de las dos caballerías huye antes de chocar. ¡ El dos por ciento !

(1) Mariscal Marmont, *Esprit des institutions militaires*, pág. 67.

(2) Coronel Cherfils, *Essai sur l'emploi de la cavalerie*, pág. 281.



Si á los soldados europeos de primer orden muy bien disciplinados, modelos de bravura, no les agrada el combate á sable y de cien tentativas noventa y ocho se frustran por falta de deseo de alguno de los combatientes, que huye, ¿qué tiene de particular que el soldado mexicano de caballería de 1862, montado en una verdadera sardina, sin sable, sin saber el manejo de la lanza, requisito, sin educación de jinete, ni de dragón, sin escuela y sobre todo sin jefe, pues generalmente era guerrillero, no manifestara entusiasmo por los combates á sable?

No queriendo incurrir en la misma falta que estoy censurando, me abstengo de hacer comparaciones entre el soldado francés y el mexicano. No puedo confundir la jactancia con la lógica y para que hubiera elementos de comparación, hubiera sido preciso haber visto luchar soldados mexicanos veteranos, muy bien disciplinados, dirigidos por oficiales fogueados é instruídos y por jefes competentes, con igual armamento y con los recursos de guerra que poseían las tropas francesas, ó bien haber visto á las tropas bisoñas de Juárez y á las guardias nacionales de nuestros Estados luchar, no con la crema del ejército francés que vino á México, sino con las tropas bisoñas y los *móviles* que arrojaban los fusiles

y huían despavoridos al frente de los prusianos en 1870 y 1871. Comparar sin otro elemento que una lucha entre viejas tropas y chusmas, puede ser muy glorioso para la vanidad, pero es muy censurable para la razón.



Era tal el orgullo del ejército francés que invadió á México, que nunca tuvo la idea, siquiera por cortesía, de honrar la verdad. El Coronel Niox nos cuenta que el General Márquez sin auxilio de las fuerzas francesas, derrotó en Morelia en Diciembre de 1863 al general republicano Don José López Uruga, que lo atacó con 12,000 hombres. Nos refiere también que el general intervencionista Don Tomás Mejía derrotó al general republicano Don Miguel Negrete con sólo fuerzas mexicanas, asegurando que el General Negrete tenía 5,000 hombres. Cuenta además que el mismo General Mejía obligó al general republicano Cortina á entregar la plaza de Matamoros y 1,000 hombres. Y por último nos enseña, que en Matchuala el mismo General Mejía, ayudado por 800 hombres del Coronel Aymard, derrotó al general republicano Doblado que mandaba 6,000 *hombres*. Según Niox las fuerzas republicanas regulares fueron derrotadas hasta Diciembre de 1864 :

Por tropas mexicanas intervencionistas.

General López Uruga por General Márquez	12,000 hombres.
General Negrete por General Mejía.	5,000 »
General Cortina, obligado por Mejía á capitular	1,000 »
Total.	18,000 hombres.

Por tropas mixtas.

En Matchuala, Doblado, derrotado por Mejía y Aymard	6,000 hombres.

Por sólo tropas francesas.

En Majoma, González Ortega.	4,000 hombres.
En Jiquilpam, General Arteaga.	4,000 »
Total.	8,000 hombres.

La verdad en detalle dada por el Coronel Niox y el General Thoumas, sin que haya nadie que pueda negarla, es que la mayoría de las fuerzas republicanas, como lo prueban los datos irreprochables anteriores, fué destruída por fuerzas mexicanas intervencionistas. Sin embargo, el Coronel Niox se atreve á escribir después de lo que él mismo ha afirmado : « Cuando terminó el año de 1864, el ejército francés había hecho reconocer la autoridad imperial sobre la mayor parte del inmenso territorio de México(1) ». Eso no es exacto, porque á fines de 1864, no estaban sometidos, los Estados de Sonora, Sinaloa, Chihua-

(1) Niox, pág. 435.

hua, Guerrero, Oaxaca, Chiapas, Tabasco, ni gran parte de Michoacán, Veracruz, Tamaulipas, Jalisco y Durango. Se nota que sólo el ejército francés ha hecho reconocer al Imperio; las fuerzas intervencionistas no se mencionan ó se mencionan para avergonzarlas, declarándolas cobardes é inútiles. Las felicitaciones de Napoleón por el éxito de tan ridícula campaña son exclusivamente « para el ejército francés, que todo lo ha hecho ». La prensa francesa de París derramaba flores sobre la gloria del ejército francés de México y desprecio y vituperio para sus aliados.

Después de la llegada de Maximiliano, la acción de Tacámbaro fué ganada por una columna belga-mexicana y el Teniente Coronel Van-Der Smissen ni siquiera menciona al Coronel imperialista Don Ramón Méndez, quien, al reclamar por tan ofensiva omisión, dice con firmeza que sin sus fuerzas los belgas habrían salido derrotados. Los republicanos de Michoacán, de quien recibieron los golpes más rudos, fué del jefe Don Ramón Méndez. En Sinaloa quien puso en aprietos al General Corona, hasta obligarlo á evacuar el Sur de Sinaloa, fué el cacique de la Sierra de Alica, Losada, y en Sonora, quien hizo posible la situación del Coronel Garnier fué el cacique Tánori. Sin embargo, los franceses se declaran únicos autores de la pacificación; sus aliados eran siempre inútiles, cobardes ó traidores. Como

lo escribe Loizillon, era una canalla cobarde que comía de balde el pan del tesoro francés y que avergonzaba á las huestes napoleónicas.

Hay que convenir en que la mayor parte del desprecio que profesaban los franceses á sus aliados no era porque habían traicionado á la patria, sino porque eran mexicanos. Este desprecio sería muy artístico para las glorias francesas; pero era muy torpe. La oficialidad y jefes que servían á la intervención y al Imperio lo hacían, unos de buena fe, por creer seriamente que el nuevo orden de cosas salvaba á su patria; otros y era el mayor número servían por hambre, y los restantes por corrupción. Pero ninguno de ellos era abyecto. La abyección significa insensibilidad ante el desprecio y el mexicano mestizo ó español siente siempre el desprecio en su orgullo y vanidad como marca de hierro candente. Las relaciones entre el ejército francés y las fuerzas intervencionistas eran un cambio de desprecio por odio. No era posible que oficiales y jefes mexicanos imperialistas pudieran permanecer veinticuatro horas cerca del ejército francés sin desear su ruina. Estaban obligados á desear en cada combate el triunfo de los republicanos. Era una alianza que engendraba debilidad y que tenía que romperse en muy poco tiempo. La primera razón que había para que no pudiera haber ejército mexicano imperial era la presencia del ejército francés, excluyente por

su intolerancia, su presunción, su pasión por despreciar no sólo á los mexicanos en primer lugar, sino á los norte americanos, que se hallaban en situación de imponerle á su gobierno muy duras humillaciones.



En 1865 había en México :

Fuerzas francesas.....	28.000 hombres.
Fuerzas regulares mexicanas.....	9.000 hombres.
« irregulares.....	11.000 »
« regulares de Losada.....	6.000 »
« « de Tánori.....	3.000 »
« de Sierra Gorda.....	2.000 »
Austriacos y Belgas.....	9.000 »
Total de fuerzas imperialistas, no francesas.	40.000 hombres.

Según las historias francesas sobre el Imperio, estos 40,000 hombres sirvieron sólo para avergonzar á los 28,000 franceses. En efecto, Loizillon afirma : « Por todas partes hay fracasos, donde no hay franceses (1) ». Respecto de los austriacos y belgas asegura : « Los austriacos y belgas no son hechos para este género de guerras : son 8,000 y no capaces de hacer lo que 3,000 franceses (2). » Respecto de la invasión de los norte americanos que amenazaba al ejército francés no podía preocu-

(1) Loizillon, pág. 318.

(2) Loizillon, pág. 311.

parlo : « *Los desgraciados* (los norteamericanos) no saben que para llegar solamente á *rozarlos* les sería necesario tener tres veces más fuerzas que las nuestras (1). » Después de Sadowa no la nación francesa que seguía lo mismo, sino el Príncipe Napoleón decía al Barón Stoffel : *Il ne nous est plus permis de nous moquer de la Prusse* (2) ».

El mejor combustible para la sangre humana es la impertinencia y el peor género de impertinencia, la garrulería. El fanfarrón lastima aun cuando se proponga ser agradable. Y con frecuencia va á dar al ridículo. D'Héricault no pudiendo negar las cualidades é intrepidez del General Miramón, conviene en que las tenía « *pour ce quelque peu de sang français qu'il avait dans les veines* (3) ».

..

Mis palabras no son las del patriotismo, ni las de la preocupación, sino simplemente las de la verdad : el Coronel francés Barón de Stoffel, de gran talento y juicio, buscaba las causas de la decadencia intelectual y moral de Francia y las encontraba en la abominable educación propinada al pueblo francés.

(1) Loizillon, pág. 345.

(2) General Pierron, tomo I, pág. 374.

(3) D'Héricault, pág. 118.

« Hablando por el momento, decía el Coronel Stoffel, el 31 de Mayo de 1871, que el género de instrucción que ha recibido la juventud francesa desde principio de este siglo no es más que una inmensa é incesante mentira que continúa cuando alcanzamos la edad adulta y no se termina más que con nuestra existencia. Recordad cómo hemos sido educados vos y yo. Se nos ha dicho y repetido desde la edad de la razón :

« El pueblo francés es el pueblo más grande del mundo. Somos la gran nación. »

« El ejército francés es el primer ejército del mundo. Ha vencido á la Europa entera. »

« Las finanzas francesas son mejor administradas que las de ningún otro país. »

« La magistratura francesa no tiene igual. »

« Nuestros sabios, nuestros poetas, nuestros artistas no tienen rival en el mundo. »

« El pueblo francés es el más espiritual del universo, etc., etc.

« Apenas salidos de las escuelas de donde tomamos estos gérmenes funestos, que excitando nuestra vanidad y nuestra presunción natural nos disponen á vegetar en la ignorancia, leemos todos, más ó menos, los libros de historia moderna, principalmente los que han sido escritos sobre la Revolución ó sobre el Consulado y el Imperio; ¿Y qué encontramos en ellos? La glorificación ince-

sante de los hombres y de los actos de la Revolución y el Imperio, el elogio exclusivo de la Francia, de su genio y de sus obras, con detrimento de todos los otros países; encontramos narraciones seductoras donde todo se relaciona con la Francia, como si todo gravitase hacia ella y como si sola existiese en el mundo. Como los autores de semejantes libros son ellos mismos productos de una educación esencialmente francesa y no tienen más que un conocimiento imperfecto de la historia de los países extranjeros cuya lengua ignoran, resulta que leyéndolos y estudiándolos nos confirmamos en las ideas que nos han sido inculcadas en nuestra juventud, ideas falsas puesto que son exclusivas. Estudios de esta naturaleza no pueden servir para desarrollar nuestro juicio, pues no se juzga más que por comparación, y por último llegamos á la edad adulta sin apercibirnos que nuestra educación ha sido un inmenso embuste.

« Cuando en seguida entramos en la vida práctica, nos confirmamos á nuestro pesar en las ideas exclusivas y los sentimientos falsos que nos han sido inculcados en la época de nuestra juventud. Como lo he dicho, la mentira nos envuelve por todas partes; está en los libros, en los periódicos, en las conversaciones, en los discursos oficiales, en la tribuna y en el gobierno. Está en nuestras costumbres, en nuestras inclinaciones y hasta en las

formas del lenguaje. En la prensa y en la Cámara, se distribuyen sin ningún discernimiento los títulos de « *gran ciudadano* » ó de « *general ilustre* » á hombres que no tienen ningún título de gloria ó de servicios prestados y con este modo de contar tendremos mayor número de ciudadanos y de generales ilustres que todos los pueblos de Europa reunidos. Es aún otra forma de mentira que no se encuentra en ningún otro país. »

« He visitado los países extranjeros y he podido, en consecuencia, juzgar y comparar. Y bien, lo declaro, cueste lo que cueste á mi amor por la Francia, somos con todo nuestro *esprit* el pueblo más estúpidamente vanidoso, el más pazguato (*badaud*), el más simplón del mundo. No hay un país en Europa que produzca más necedades, más ideas falsas, más boberías que el nuestro. Encontraréis la causa principal en el modo de instrucción que recibe la juventud, instrucción falsa, exclusiva y mentirosa, que desarrolla nuestras faltas en vez de corregirlas (1). »

Después de la guerra de 1870, el General francés Trochu, escribió : « Renunciemos para siempre á lo que tan caro nos cuesta y ganaremos en sencillez, en verdad, en dignidad, en actitud. Inspiraremos más confianza á nuestros amigos, más

(1) General Pierron, *Méthodes de guerre*, tomo I, pág. 379.

respeto á nuestros enemigos, cuando hayamos abandonado nuestra vieja costumbre de admirar y representar al mundo como héroes á hombres que hacen su deber (1). »

D'Héricault, francés y empleado en el gabinete de Maximiliano, conocía á sus compatriotas tan bien como el Barón Stoffel : « Yo creo que si nosotros somos los más aceptables de los vencedores, somos también los más desagradables protectores que se puede ver. No sabemos establecer la diferencia entre la protección y la dominación. Nuestra suficiencia natural, nuestra difícil inteligencia de las costumbres y prácticas de otro, nuestro desprecio por los demás pueblos, nuestras tendencias burlescas y escépticas, hacen á la larga olvidar que no somos ni severos, ni pedantes, ni crueles. Lo digo, no supongo que en el mundo exista pueblo que haya resentido más desprecio que el mexicano por el soldado francés, cuya debilidad consiste en comenzar siempre por despreciar al enemigo. ¿ Y qué fuerza, qué respeto podía sacar de su dignidad el rey de un pueblo tan despreciable (2)? »

(1) General Pierron, *Méthodes de guerre*, pág. 379.

(2) D'Héricault, pág. 55.

CAPÍTULO IV

EL CUARTO ALIADO. — EL DESPRECIO Y LA FURIA FRANCESA

« Tenemos sobre los mexicanos tal superioridad de raza, de organización, de moralidad y de elevación de sentimientos, que por lo tanto ruego á V. E., se digne decir al Emperador que desde luego á la cabeza de mis 6,000 soldados, soy el amo de México (1) ». — « Este pretendido partido liberal, no tiene nada que hacer de mejor que confiscar todas las libertades y substituir al despotismo brutal y tonto de Miramón la dictadura de Mr. Juárez, un idiota doblado de bribón. Este pretendido partido liberal no es más que un amasijo de gentes sin fé ni ley, sin inteligencia, sin honor, sin patriotismo, no habiendo tenido nunca más opinión política que el robo (2). » « Lo que hay de horrible en esta situación es que no ofrece ningún medio de salvación. Reaccionarios, puros, liberales, no valen más los

(1) General de Lorencez al Ministro de la Guerra, 26 de Abril de 1862. — Niox, pág. 155.

(2) *Correspondance de Juárez et de Montluc*, pág. 60 y 61.

unos que los otros; los primeros son bandidos, los segundos son ladrones. Por todas partes la venalidad, la corrupción y la incapacidad ». Tal era la opinión del hombre benéfico del partido reaccionario objeto de las manifestaciones de los ayuntamientos del Imperio á Napoleón III, para que no abandonase el suelo mexicano, el que conocía tan bien á la sociedad y sus necesidades, según los manifestantes.

« En México no hay un estadista ni un hombre honrado. Todos aquellos que tienen un nombre un poco conocido son ignorantes ó ladrones (1). » « Este pueblo está demasiado gangrenado y ha perdido completamente las nociones del bien y del mal para dejarse conducir de otro modo que por la fuerza y el temor. Le es necesario, y por largo tiempo, una mano de hierro dispuesta siempre á pegar á la menor veleidad de rebelión (2) ».

« Estos reaccionarios tratan de hacer pasar á Márquez por un hombre probo, pero es tan canalla como todos los demás. Tiene por jefe de Estado Mayor á un tal Facio, que es un ladrón en el concepto de todo el mundo (3). » « Almonte es un reaccionario de poco mérito y el viejo General Salas una momia desenterrada en virtud de las cir-

(1) Loizillon, pág. 239.

(2) Loizillon, pág. 259.

(3) Loizillon, pág. 107.

cunstancias (1) ». « Sabéis que nosotros somos los que pagamos al ejército mexicano. Es natural que estas gentes conserven respecto de nosotros la costumbre que habían tenido hacia su gobierno, es decir, robarlo lo más posible (2) ». « Nos apoyamos sobre el partido podrido y acabado (3) ».

*
* *

« Yo no he encontrado un solo europeo, repito ni uno sólo, que no me haya presentado el carácter mexicano, como trapacero, fanfarrón, vanidoso y cínico sin firmeza. No he interrogado á ningún soldado francés que no estuviese convencido de que todo establecimiento de gobierno regular era imposible en México, sin previo exterminio completo de los mexicanos (4) ». « Y nuestro Comandante, escéptico como todo francés, estaba convencido de que el primer movimiento de todo mexicano recibiendo una consigna era tratar de sustraerse, pasándose al enemigo (5) ». « No he podido reunir para empleados, el número de hombres honrados necesarios porque hay muy pocos en Mazatlán (6) ».

(1) Loizillon, pág. 99.

(2) Loizillon, pág. 94.

(3) Loizillon, pág. 64.

(4) D'Héricault, pág. 26.

(5) D'Héricault, pág. 35.

(6) General Castagny á Mariscal Bazaine. Enero 31 de 1865.

Ciertamente que en México la corrupción política alcanzó el grado superior que debía tener en virtud del disgusto siempre inerte en el terreno de los hechos, de la gran parte sana de la población. Pero no obstante la corrupción política, tanto en el partido liberal como en el conservador, había gran número de personas honorables, sobre todo en el liberal. La corrupción política revela falta de responsabilidad del gobierno ante la Nación y esta sólo se puede obtener por medio del espíritu público vigoroso y capaz de organizar fuerzas revolucionarias ó la legal del sufragio para corregir á sus gobiernos. Esta gran inercia es el sedimento secular de la educación católica antigua que sancionaba el derecho divino. Con gobiernos de derecho divino, es crimen para el pueblo exigirles responsabilidad por sus actos. Un pueblo sincera y fielmente católico está incapacitado para ser pueblo libre, por sus antecedentes que lo han sumergido en la abyección, á la que se da al nombre de purificación.

En el derecho divino, no se reconocen los derechos de insurrección, de censura, de responsabilidad, de castigar al mal gobernante, sino que se califica como la primera de las virtudes públicas la adhesión sin límites, el amor y el respeto al soberano aun cuando sea un malvado. El partido conservador reconocía dos poderes irresponsables; la

Iglesia y el Estado. Todo poder irresponsable es corruptor y corrompido. Los liberales, habiendo destruido el poder político de la Iglesia, no tenían que luchar más que contra la corrupción del Estado y ésta correspondía bien á la anarquía que durante medio siglo había flagelado á la Nación.

Pero en México, en las clases altas y medias no existe la corrupción de costumbres; el mexicano de la clase media era obligatoriamente famélico por falta de industria en el país; pero es el individuo más desinteresado del mundo y el que menos rinde culto á los ricos ni á los nobles, ni á clase ó persona alguna privilegiada por la casualidad ó el atentado. El mexicano tenía en 1865 todos los vicios de la anarquía, pero también las virtudes que de ella resultan cuando opera sobre un organismo social secularmente abyecto. El mexicano tenía un sentimiento profundo de la igualdad como nadie. No hacía diferencia entre las personas por su color, ni por su cuna, ni por su fortuna. En la sociedad no hacía impresión distinta el blanco, de la que producían el indio ó el mestizo. El mexicano no practica la justicia porque no puede, pero es muy sensible á su acción; ama instruirse y progresar y rompe con violencia y pronto la viga de las preocupaciones. Es natural que en un país cincuenta años revolucionado, se considerara el robo oficial

con indiferencia ó casi como una institución indispensable para la buena marcha del gobierno.

Los pueblos jactanciosos como el francés sólo ven en sí mismos sus cualidades ó lo que estiman como tales, y en los demás pueblos sus vicios ó defectos. Se colocan falsamente en una posición para despreciar todo y á todos, y como el francés es eminentemente comunicativo, no se abstiene de hacer lujo de mostrar su desprecio por los que no son sus compatriotas. El francés tiene culto por lo militar y el mexicano tenía aversión y desconfianza por el extranjero. El pueblo mexicano también es muy vanidoso y ponerlo en contacto con el ejército francés, era crear entre ellos relaciones que sólo podían satisfacerse con odio y sangre. La intervención tenía que ser forzosamente odiosa desde el momento en que no fuera instantánea, de días ó de pocos meses. La intervención larga tenía que identificarse con la conquista, y ningún mexicano la deseaba, ni tenía suficiente abyección para soportarla. Alargar la intervención militar era armar á Juárez con el formidable sentimiento público de repulsión contra toda fuerza que lastimara la independencia nacional.

*
* *

El desprecio profundo aplicado al país significaba

supresión violenta de su dignidad. ¿En qué fundó Napoleón III su intervención en México? Sus enemigos han dicho que en su maldad. Quinet se retuerce de ira al ver que para cobrar los bonos Jecker se debía ensuciar á toda la raza latina. Los defensores de Napoleón, aseguran que la intervención era la manifestación de ideas más que generosas del Emperador, y el Ministro Billault, desde la tribuna del Cuerpo Legislativo, aseguraba que una idea más que generosa, sólo podía ser una *idea Napoleónica*. Esa idea era redimir á los mexicanos remolidos por la tiranía de Juárez, que los preparaba para ser absorbidos por los Estados Unidos. Esa doctrina daba lugar á que Juárez tuviese también ideas más que generosas, *ideas juaristas*, que lo indujesen á mandar un ejército á Francia para redimir á los franceses remolidos por la tiranía de Napoleón que los preparaba al desmembramiento por la Alemania. El derecho de Napoleón era el de Juárez; la diferencia era cuestión de fuerza. Desgraciadamente para la generosidad de Napoleón, el derecho de gentes no reconoce el *derecho de redención*, ni la soberanía de las ideas generosas de los monarcas fuera de su reino.

El derecho de gentes no condena en lo absoluto las intervenciones armadas, pero sí admite como regla absoluta que todo gobierno por opresor, infame, expoliador y abominable que sea, tiene pleno

derecho para rechazar las intervenciones armadas ó pacíficas de cualquier gobierno extranjero, aun cuando la acción de éste emane de sus ideas más que generosas. Admitiendo que Napoleón III no tratase de desmembrar el territorio mexicano ni de vejar su independencia y admitiendo que Juárez fuese el peor de los hombres y su gobierno el más oprobioso para la humanidad y el más cruel y asolador para los mexicanos; el derecho de gentes reconocía en Juárez, el de combatir á la intervención. Ningún gobierno está obligado á reconocer como sus jueces en materia de política interior á los gobiernos extranjeros.

Napoleón III podía negar á Juárez que fuera hombre, que fuera liberal, que perteneciese á la raza latina, que fuera sano, que fuera benéfico; pero lo que no podía negarle era que fuera gobierno; el peor de los gobiernos si se quiere, pero la civilización y el derecho conceden al peor de los gobiernos rechazar la intervención del mejor de los gobiernos. Negar á Juárez ese derecho era negar á Europa toda su cultura. Si Juárez tenía el deber de aceptar la guerra que le imponía Napoleón, los combatientes republicanos tenían derecho á ser tratados como soldados, aun cuando estuviesen indisciplinados, hambrientos y desnudos. El soldado no lleva su causa en su uniforme, sino en su corazón. Tratar á soldados como á bandidos era manchar la his-

toria militar de Francia ante la humanidad y aniquilar el prestigio de una nación ante los mexicanos sensatos de todos los partidos. La firma de un mariscal de Francia refrendando el Decreto de 3 de Octubre de 1865, es la decoración más artística que la historia de México puede presentar en el cadalso de Querétaro.

Para disculpar la conducta tiránica del ejército francés en México, se ha dicho : Juárez representó un gobierno con derecho á resistir con las armas á la intervención, mientras la nación mexicana no manifestó la voluntad de ser gobernada por Maximiliano; una vez que lo hizo, Juárez no fué ya más que un rebelde.

Soy el primero en reconocer que la mayoría del país, desesperada por sus sufrimientos, aceptó la Intervención como un remedio heroico; pero el sufragio que hizo la nación no lo expresa; fué un *sufragio de notabilidades*, no popular como debió ser, y Juárez, ante todos los gobiernos extranjeros y en el terreno estrictamente legal, era un gobierno emanado del sufragio popular, expresión de una soberanía que no puede ser desconocida por un sufragio de notabilidades. Aun cuando el sufragio que ofreció el trono á Maximiliano hubiera sido popular; había sido hecho ante la presencia de bayonetas extranjeras y á favor de la consigna que el dueño de esas bayonetas había transmitido á sus

subordinados; era, pues, un sufragio nulo, ante el derecho, la moral y el patriotismo. Toda Europa y toda América, con excepción del gobierno francés y de los interesados en la Intervención, calificaron de farsa sanguinaria é indigna tal sufragio. ¿Por qué Juárez había de calificarlo de otro modo? ¿Qué precepto ó qué deber lo obligaban á ver una autoridad en el fondo y en la superficie de un atentado? El sufragio del Imperio está condenado con un solo hecho : no hay en él un solo voto por la República. El sufragio unánime es la expresión correcta del sufragio falso.

Todavía admito más : el sufragio fué popular, fué libre, no hubo bayonetas francesas dentro de los comicios ; pero bastaba que Juárez tuviese el derecho de creer que la mayoría de la Nación abdicaba de su independencia para que Juárez también tuviese el derecho de oponerse á ese voto. Si en un país la gran mayoría vota por la anexión á un Imperio extranjero, la minoría independiente conserva el derecho de luchar hasta morir contra el gobierno extranjero y contra la mayoría anexionista. La causa de la independencia es tan grande, tan honrosa, tan elevada, tan noble, que no admite sobre ella el voto de una mayoría ciega, demente ó corrompida. Un solo mexicano tiene derecho á luchar por la independencia, si los demás se venden ó se entregan al extranjero.

La fuerza no tiene el privilegio de nulificar derechos. El débil tiene derecho que la justicia niega al fuerte. Si Napoleón I hubiera incendiado á Moscou hubiera sido anatematizado como un monstruo; incendiado por los rusos, fué un acto sublime de sombría heroicidad. La defensa del débil no tiene límites; amparado por el derecho de propia defensa, por la ley biológica de propia conservación, por el laudable sentimiento del patriotismo, puede hacer todo. Si sólo es posible la defensa de la patria por el bandidaje, el bandidaje es legítimo, es santo, es piadoso, es honorable. Si la química descubriese una substancia explosiva capaz de hacer volar todo el territorio de una nación enterrando algunas toneladas de dicha substancia á determinada profundidad; cualquiera de los invadidos tendría el derecho de hacer desaparecer á su patria por una gigantesca explosión, si no había otro medio de exterminar al enemigo que la había invadido. Ante la necesidad de independencia, el invadido puede hacer de cada crimen un derecho, y de cada atentado una virtud; es el castigo que la moral ha sancionado contra la fuerza.

Aun conforme á los códigos más feroces de la fuerza, sólo es permitido incendiar, destruir, exterminar á un pueblo, sólo es permitido pacificar con la desolación, operar á sangre y fuego, arrasar, limpiar, devastar, cuando la invasión tiene por ob-

jeto la conquista; la bestia tiene la facultad de desgarrar su presa para masticarla, para digerirla. ¿El objeto de la intervención era poner en libertad la voluntad nacional? Pues bien, una vez arrojado Juárez á los suburbios del país, sin fuerza física para oprimir, la Intervención había concluído su obra; tocaba á esa voluntad nacional reintegrada á su soberanía terminar la pacificación. ¿No podía hacer tal cosa la nación? Entonces la protección francesa tenía que ser indefinida, se convertía en tutela y degeneraba en conquista.

¿Quién había de sostener el trono de México? ¿Los mexicanos ó los soldados franceses? El objeto ostensible de la intervención, que era libertar al pueblo para que escogiese libremente el gobierno que le conviniera, ya se había logrado; el pueblo estaba libre y había elegido su gobierno. ¿Qué hacía en México entonces el ejército francés si su misión *más que generosa* había concluído?

El objeto ostensible de la intervención no era pues el objeto real. Como en México ningún gobierno puede sostenerse sólo por la acción de la voluntad nacional, porque ésta es muy débil, es indispensable que un gobierno mexicano cuente también con la voluntad de las bayonetas para que haga respetar la voluntad de un pueblo incapacitado para manifestar poder. La Intervención había logrado hacerse de la mayoría de la oposi-

ción al trono de Maximiliano; faltaba, pues, organizar el ejército mexicano que debía terminar la pacificación. La misión protectora del ejército francés nunca debió ser intentar la pacificación, sino, una vez vencedor, garantizar al Archiduque su trono mientras á la mayor brevedad posible se organizaba el ejército mexicano á quien correspondía de una manera estable é indefinida sostener el Imperio. Si el partido imperialista, recibiendo del ejército francés el poder público, contando con la mayoría del país, en territorio y en opinión, con todas sus aduanas marítimas, con dinero suficiente para organizar su ejército y administración y con el tiempo necesario para constituirse ante un enemigo destrozado, disperso, sin recursos y en vía de disolverse ó sucumbir; si con todos estos elementos todavía no podía bastarse á sí mismo el Imperio y necesitaba de las bayonetas francesas, quería decir que el objeto real de la Intervención también había fracasado, como el ostensible, y el ejército francés entonces debía retirarse.

*
* *

La pacificación de un país con puro terror es fugaz; el terror debilita al rebelde; pero debilita más al tirano. No hay terror mientras no se hace el escándalo de inmolar inocentes y de aplicar penas

terribles por delitos débiles ó de perseguir á los que se llama sospechosos. En el sistema de terror todo el mundo se siente criminal, hasta los favoritos, hasta la familia del tirano, y todo el mundo ve su salvación en el triunfo del rebelde. El ejército francés, ajustándose en México al sistema de terror, cometió el más imbécil de los crímenes : pagar por ser verdugo cuando tenía pergaminos de *gentleman*. Napoleón no fué culpable de esta degradación, porque ordenó á Bazaine que las tropas mexicanas hicieran la persecución, limitándose los franceses á destruir las tropas regulares y á conservar todas las posiciones estratégicas necesarias.

El ejército francés estableció, para pacificar, las cortes marciales dándoles la extensión para practicar el asesinato en escala inaudita. Los delitos políticos de toda clase fueron juzgados más que como rebelión armada, como crímenes de vulgares malhechores. En todo el país se castigó con la pena de muerte la complicidad de cualquier género con los rebeldes. Dupin y Berthelin, dos hienas, castigaron en Tamaulipas, San Luis Potosí, Veracruz, Jalisco y Colima, con la pena de muerte el delito de simpatía por rebeldes y la sospecha de simpatía por la causa republicana. Se inventó el delito de egoísmo, el delito de frialdad, el delito de indiferencia, consistentes en no tomar las armas voluntaria y gratuitamente por el Imperio, en no delatar

á los rebeldes, en no espiarlos, calumniarlos y vituperarlos. Se castigaba con el incendio á las poblaciones que cometían tan horrendos crímenes.

No hago acusaciones falsas ni exageradas; es un general francés quien enseña : « El Mayor Polack, sostenido á distancia por el Coronel Clinchant, tomó la posición é incendió el pueblo (1) ». « Una columna mandada por el jefe de batallón Vilmette, compuesta del primer batallón del regimiento extranjero, tomó el pueblo de Monte Alto y lo incendió (2) ». « El General Castagny hizo que el pueblo de Veranos fuese enteramente incendiado (3) ». « El Comandante de la contraguerrilla hizo emboscar una pequeña fuerza para apoderarse del General Pavón; pero prevenido éste á tiempo, pudo escapar refugiándose en el interior de la Huasteca y el jefe de la expedición se vengó de su fracaso haciendo arder y arrasando la casa del General Pavón (4) ». « Dió la comisión (el general Castagny) al Coronel Cottret de partir para el Distrito de San Sebastián, comprendido entre los ríos de Mazatlán y del Rosario y *de arrasar el país cuyos habitantes eran partidarios de Corona;*

(1) General Thoumas, *les Français au Mexique*, pág. 394.

(2) General Thoumas, *obra citada*, pág. 394.

(3) Niox, pág. 462.

(4) General Thoumas, pág. 221.

el rancho del Barón, le pueblo de Malpica, la pequeña ciudad de San Sebastián, fueron entregados á las flamas; en seguida se hizo lo mismo con Guásimas. Otra columna destruía al mismo tiempo el Verde, Santa Catarina, Naranjas, Siqueros y Jacobo (1) ». « El 8 de Febrero, el Teniente Coronel Cottret, del 62 de Línea fué enviado con nueve compañías, una sección de montaña y un pelotón de Cazadores de África para castigar al Distrito de San Sebastián, que sostenía á Corona; varios pueblos así como las ciudades del Presidio y San Sebastián, fueron saqueadas é incendiadas... Estos rigores no hicieron más que aumentar el encarnizamiento de las poblaciones contra los franceses (2). »

*
* *

« D'abord on ne fait plus de prisonniers et les blessés sont achevés; c'est une vraie guerre de sauvages, indigne des Européens (3) »... « Voilà le resultat depuis quatre ans que nous tuons et fusil-

(1) Niox, pág. 463.

(2) General Thoumas, *les Français au Mexique*, pág. 284.

(3) Teniente G. Coine á Mr. Bénard, *Correspondencia tomada por el General Escobedo en la sorpresa de Monterrey y publicada por la Legación Mexicana en Washington*, tomo VIII, pág. 48.

lons de tous les côtés. Cela doit te prouver comme nous sommes bien vus par les indigènes ».

« Siete oficiales fueron muertos (en Santa Isabel) y uno hecho prisionero con cosa de veinte hombres. Gracias á Treviño no fueron fusilados. Y sin embargo la manera con que nos comportamos con ellos, habría justificado esta sanguinaria medida. Si continúa tratando á nuestros prisioneros como lo ha hecho los primeros días dará un famoso ejemplo de clemencia (1). »

Hago notar que todos los documentos que cito son tomados de obras francesas, escritas por militares franceses que tomaron parte en la expedición de México. En las obras mexicanas relativas á la Intervención y el Imperio la conducta sanguinaria y salvaje del ejército francés para hacer la pacificación está comprobada con abundantes y completos datos; pero no los tomo para no hacerme sospechoso de parcialidad. Los autores franceses omiten describir las atrocidades cometidas por los bandidos Dupin y Berthelin en las extensas regiones donde operaron, lo mismo que las cometidas por Jeanningros, en Nuevo León y Coahuila, y por Garnier, en Sonora.

(1) El mismo origen y libro, pág. 49.

*
* *

La ferocidad militar francesa se extendió sobre los habitantes pacíficos y aun contra los partidarios del Imperio, por honorables que fuesen.

El historiador Zamacois fué partidario de la Intervención y el Imperio ; su pluma está muy lejos de ser liberal y sin embargo escribe : « Esa neutralidad que se vieron precisados á tener (los hacendados) por las circunstancias, los comandantes militares franceses de los Departamentos la calificaban de criminal egoísmo y llegaron á imponer terribles penas á los hacendados (1) ». « Sin examinar la situación aislada en que se encontraban las haciendas de campo y cortas poblaciones, imponían varios de esos jefes (franceses) multas á sus habitantes porque no daban aviso de haber pasado alguna partida republicana ó porque no se habían resistido á entregarles caballos y semillas. Esas multas eran injustamente impuestas y las repetidas quejas elevadas por los propietarios al gobierno, hicieron que Maximiliano expidiera un decreto (2) para evitar que se confundiese la justicia con la arbitrariedad. En lo sucesivo, decía el decreto en su artículo único, las multas señaladas á los pue-

(1) Zamacois, *Historia de México*, tomo XVII, pág. 732.

(2) Zamacois, *Historia de México*, tomo XVIII, pág. 44.

blos como medida de represión para reducirlos al orden, sólo se impondrán por los Comandantes militares de acuerdo con las prefecturas políticas y cuando con buenos fundamentos se pueda conjeturar la omisión ó tolerancia de las poblaciones con los malhechores (1). »

Una población que no se defiende ó se deja robar, *tolera á los malhechores que la roban*. Una población está obligada á tolerar una guerrilla que le exige semillas, dinero ó caballos, porque esa guerrilla está sostenida por el cuerpo de ejército á que pertenece. Si una población rechaza con las armas á una guerrilla de cien hombres, vienen más tarde mil, dos mil, tres mil, diez mil de fuerzas regulares del color político de la guerrilla y la arrasan. Mientras el poder público no destruya la posibilidad de que las poblaciones sean arrasadas por ejércitos con motivo de que aquéllas no resistan á las guerrillas, no es justo acusarlas de cobardía ni de complicidad.

En la ley correctiva que presenta Zamacois, sólo se ve que la arbitrariedad está prohibida á los inferiores y reconocida á los superiores. No es de legislación penal civilizada substituir el criterio de la *prueba* por el de la conjetura, como lo ordenaba el decreto de Maximiliano. « La expresada disposición del Emperador ordenando que las multas á

(1) *Diario del Imperio*, 18 de Julio de 1865.

los pueblos no fuesen impuestas por los jefes de columna ni por nadie que no estuviese autorizado para ello, era justa, pero no siempre fué observada por algunos oficiales franceses que iban al frente de cortas secciones, como no fueron acatadas otras muchas disposiciones no menos importantes, por individuos de más elevada categoría empleados en el ejército francés (1). »

El Prefecto Político de Mazatlán Don Gregorio Almada, decía oficialmente al Licenciado Gaona : « El Exmo. Señor General de División De Castagny, en carta oficial de ayer me dice : que á pesar de la desagradable resistencia expuesta por Ud. para entrar al desempeño del Juzgado 2º de primera instancia de este Puerto, á que fué Ud. llamado por el decreto de S. E. promulgado con fecha 28 del pasado, quiere dar á Ud. una prueba de indulgencia concediéndole en la reclusión en que se encuentra tres días de término, que comenzarán á contarse desde las dos de la tarde de ayer, para que con el detenimiento y cordura que el caso demanda, medite Ud. las graves consecuencias que indefectiblemente producirá su obstinada resistencia contra el mencionado decreto (2) »... En Monterrey, « el General Castagny nombró al prefecto, á los alcal-

(1) Zamacois, *Historia de México*, tomo XVIII, pág. 45.

(2) Vigil é Hajar y Haro, *Historia del Ejército de Occidente*, pág. 259.

des, á los regidores, á los administradores, á los jueces, previniendo que toda persona que se rehúsase á aceptar el empleo que se le confería, sería inmediatamente castigado con seis meses de prisión (1) ».

Las exacciones alcanzaron á veces un exceso inaudito. Al pueblo de Pánuco, de 1,000 habitantes miserables, el Coronel Dupin « le impuso la obligación de entregar 200 fusiles ó 200 pesos por cada fusil, bajo pena de arrasar el pueblo (2). »

*
*
*

Después del fusilamiento del coronel republicano Nicolás Romero, cinco periódicos censuraron con más ó menos acritud la ejecución. El Mariscal Bazaine dió orden de aprehender á los responsables del delito de imprenta. Gaulot para justificar el atentado asegura con toda calma « que el Mariscal Bazaine, no teniendo en ese momento la misión de establecer la libertad de la prensa en México, y no pudiendo tolerar los insultos y las burlas dirigidas públicamente á un gobierno establecido con el apoyo de la Francia (3)... » Es extraño que el

(1) General Thoumas, *les Français au Mexique*, pág. 250.

(2) Coronel Dupin, Proclama al pueblo de Pánuco, 7 de Mayo de 1864.

(3) Gaulot, *l'Empire de Maximilien*, pág. 196.

amor á sus compatriotas conduzca á Mr. Gaulot á inconsecuencias tan desastrosas para su buen juicio. La Francia no había venido, según lo afirmado y firmado por sus generales, que hablaban en su nombre, á establecer gobiernos irresponsables ante la opinión pública, y si los periodistas censores habían faltado á la ley mexicana, correspondía á los tribunales mexicanos competentes conocer del caso y aplicar la pena. En el manifiesto del General Forey de 12 de Junio de 1863, se había ofrecido á la prensa mexicana una muy triste libertad, la que Napoleón III otorgaba á los franceses. En la ley francesa, la pena era supresión del periódico delincuente, previas dos advertencias ó amonestaciones. El Mariscal Bazaine en efecto no tenía por misión en México establecer la libertad de la prensa; pero tampoco tenía la de destruirla, ni era legislador, ni mucho menos inquisidor.

El atentado cometido á consecuencia de los funerales del Coronel Tourr es más repugnante. Al desfilar el cortejo fúnebre del expresado Coronel, « un licenciado, escogiendo mal la ocasión, lanzó un insulto á los franceses; arrestado inmediatamente y consignado ante un consejo de guerra, fué sentenciado á cinco años de trabajos forzados (1) ». Lo más sensible es, para el buen nom-

(1) Gaulot, *obra citada*, pág. 245.

bre del liberalismo y de la civilización, que los historiadores franceses de la Intervención consideran semejante sentencia como admirablemente justa.

Un simple delito de injuria se confundía con el delito de blasfemia de la legislación antigua, lo que prueba que los franceses en México, en 1865, no se consideraban hombres sino divinidades. ¿En qué país civilizado se castiga la simple injuria con cinco años de trabajos forzados? El General Santa Anna, el tirano más odioso que había tenido México, jamás había castigado la injuria con cinco años de trabajos forzados. El General Forey, empeñando su honor de soldado y el honor de la Francia, había prometido solemnemente á los mexicanos el 12 de Junio de 1863 : « En el porvenir á nadie se le exigirá contribución alguna forzosa, ni requisición de ninguna clase, bajo ningún pretexto y no será cometida exacción alguna sin que sus autores sean castigados. Las propiedades de los ciudadanos, así como sus personas serán colocadas bajo la salvaguardia de las leyes y de los mandatarios del gobierno. »

Ya se ha visto cómo había cumplido sus promesas, llamadas solemnes, la autoridad francesa. Las propiedades y las personas llegaron á colocarse bajo la salvaguardia de la barbarie de Dupin, Berthelin, Castagny y demás protectores que se

distinguieron extorsionando, incendiando, despojando y aterrando.

La política francesa había ofrecido la prosperidad y cumplía con la miseria, desplomando empréstitos ruinosos sobre el trabajo nacional; había ofrecido el respeto á la vida y á la propiedad y cumplía con incendios y la ferocidad de las cortes marciales; había ofrecido la paz y cumplía con una guerra salvaje, interminable, conquistadora; había ofrecido leyes militares y cumplía abrumando con el militarismo sin restricciones; había ofrecido la moralidad y escandalizaba con la corrupción, amparando fraudes como los de Jecker; había ofrecido un gobierno fuerte y cumplía con un príncipe pueril, débil, voluble, ciego, abyecto, atolondrado en materia de sentimientos y difuso y nulo en materia de ideas; había ofrecido la independencia y el respeto más puro á la soberanía mexicana y quien mandaba como un sultán africano era el Mariscal Bazaine. México no era más que un esclavo del militarismo francés y una presa enjuta de los agiotistas napoleónicos. La Intervención había hecho ya en 1865 una bancarrota fraudulenta y completa de promesas. La Nación estaba desengañada; y reaccionando contra su crimen, sus esperanzas se acumulaban sobre el grupo intransigente, heroico, firme, sufrido, presidido por Juárez; grupo que jamás se dejó engañar, más

que por su ciencia, por un instinto indomable de dignidad, por una sensación indefinible de patriotismo, por una obsesión intransigente de desconfianza respecto de la benevolencia del déspota que oprimía á Francia. El ejército francés, como bien lo define D'Héricault, confundió la protección, con la dominación de un amo de lustrosos africanos y colocó al grupo liberal que combatía esa opresión en lo más ardiente del sentimiento nacional de independencia y odio por la Intervención y el Imperio.

La colonia francesa residente en México honrada, con excepción de su fracción *jeckerista*, comprendió el mal que le había hecho y que continuaba haciéndole la política tiránica del Mariscal Bazaine y, á su llegada, el General Castelnau « recibió una petición firmada por un gran número de franceses del interior, en la cual se le suplica que nos haga partir lo más pronto posible y que impida toda operación militar (1) ».

« Llegando á México el General Castelnau, había podido juzgar por sí mismo de la gravedad de la situación. Se manifestaban movimientos en la población pareciendo anunciar que todos los partidos, comprendido el imperialista, se reunirían en

(1) Loizillon, pág. 417.

una acción común contra el ejército francés. Se insultaba al Emperador Napoleón III en los teatros por medio de mueras y silbidos (1). »

(1) General Thoumas, *les Français au Mexique*, pág. 374.

CAPÍTULO V.

EL IMPERIO PUDO ESTABLECERSE EN MÉXICO.

Antes de continuar el estudio de los aliados de Juárez, es indispensable, para apreciar la conducta del Archiduque Maximiliano, resolver en regla, sin preocupaciones ni reticencias, el siguiente problema : ¿fué posible el establecimiento del Imperio en Mexico ?

Hay que preguntar qué clase de Imperio : ¿ El de Tiberio, el de Carlomagno, el de Carlos V, el de Napoleón I, el moderno de Rusia, los actuales de Austria-Hungría y Alemania? La misma palabra expresa muy diferentes formas de gobierno. Ninguno de los imperios que he citado pudo establecerse en México, lo que no quiere decir que no era posible establecer un imperio mexicano, un imperio especial para nuestro medio de 1864.

El imperio que ofreció la intervención francesa contaba con los elementos siguientes.

Desde luego con el clero y el partido conservador, que era absolutamente clerical. Creo que el

partido conservador, al traer la intervención armada, cometía el delito de traición á la patria; pero hacía bien en cometerlo. El partido conservador se encontraba en la necesidad de optar entre la traición á la patria ó á la religión. De dos males escogía el menor.

El católico asceta considera su patria como un lote fangoso y áspero del *valle de lágrimas*, que para las almas santas no es más que un muladar. El católico místico, profundamente espiritualista, sólo se fija en adaptar la naturaleza, la humanidad, la patria, las leyes, los hombres y las cosas á los sacramentos y mandamientos divinos; su deleite es la meditación, su tarea exclusiva contemplar lo invisible, su anhelo ardiente convertirse en abstracción. No pueden ser compatibles el patriotismo y el *nirvanismo social*. El católico combatiente, vociferador, político, teócrata, demagogo, se encuentra en el profetismo. Oseas no hacía más que llamar á los más feroces monarcas extranjeros para que invadiesen á su patria y pasasen á cuchillo á todos sus compatriotas, sin virtudes, sin fé, sin ardores religiosos, sin creencias santas, hombres, en fin, degenerados en víboras.

Todos estos tipos antisociales de católicos existen aún, especialmente en el sexo femenino, y el delito de traición á la patria, cuando se trata de salvar á la religión, no puede existir para sus con-

ciencias. El tipo del católico eminentemente social, político y evolucionista, es una creación del jesuitismo. Sin los jesuitas la religión católica estaría en el vasto osario de las instituciones que, empeñándose en no marchar, se empeñan en morir. El jesuitismo reconoce el patriotismo *con reservas*, la libertad *con reservas*, la democracia *con reservas*, el socialismo *con reservas* y es capaz de llegar á reconocer el ateísmo *con reservas*. Para el jesuitismo nada de lo que presenta la civilización moderna es condenable desde el punto de vista católico, si oportunamente se hacen las debidas reservas. Las reservas del jesuitismo consisten en aceptar todo ostensiblemente, con la sonrisa en los labios y la traición en el espíritu, decidido á destruir sigilosamente lo que con fingida buena fé se acepta, mientras llega el momento de atacarlo ostensible y reaccionariamente con la intriga ó con la fuerza.

La civilización, siendo más fuerte que el jesuitismo, hace que éste vaya marchando hacia adelante y olvidándose cada día más de cumplir el programa de las reservas. El jesuitismo es un cazador con piernas de elefante que persigue á un ciervo infatigable en un campo infinito. Cuando en determinado asunto el jesuitismo reconoce que las reservas son completamente ineficaces, procura acomodar lo mejor que puede y aunque no pueda, la teo-

lógica y la ciencia y afirma que nada de la religión se ha alterado y que no ha habido más que una nueva interpretación del caso. A fuerza de interpretaciones, la teología jesuítica tiene que llegar á la incredulidad absoluta.

El jesuitismo es el justificador y el amplificador de la doctrina « *el fin justifica los medios* ». De manera que aun cuando se reconozca que llamar una intervención extranjera es una traición á la patria, con repugnancia debe ejecutarse si el fin es tan noble como salvar la religión. En política el principio adoptado por los jesuítas, « el fin justifica los medios », es esencialmente latino y no es otro que el de sobreponer á todo lo moral, lo justo y lo racional, la *salud* del Estado. El católico latino moderno es, pues, lógico con su raza, con su historia, con su naturaleza, con sus necesidades espirituales, cuando sobrepone á todo la *salud de la religión*, del mismo modo que los jacobinos justifican todas sus atrocidades con la *salud del pueblo*.

La raza anglo-sajona condena el principio latino de que el fin justifica los medios. El partido conservador ante la historia obró como partido político latino, sin ser más culpable que el partido liberal cuando arregló el tratado Mac-Lane. Entre este tratado y el Almonte-Napoleón, para traer la intervención, hay solamente la diferencia estable-

cida por el derecho penal entre el crimen intentado y el crimen consumado.

Tanto uno como otro partido eran latinos y obraban en consecuencia con su incorregible naturaleza.



El trono imperial de Maximiliano contaba también con el partido de los *hombres de orden*. Generalmente los *hombres de orden* son clericales, sin que esta filiación sea necesaria. El *hombre de orden* en el sentido histórico, es el *hombre de privilegio*. Los privilegiados aman el orden que mantiene sus privilegios intactos, flamantes, indestructibles. Don Francisco de P. Arrangoiz, enviado confidencial del Archiduque Maximiliano cerca de la Corte de Londres para solicitar el reconocimiento de su trono por la Gran Bretaña, explicaba á Lord Palmerston lo que en México se entendía por *hombres de orden* : « Todas las gentes de negocios, de fortuna, de educación, de nacimiento, de creencias, de moralidad y de saber ».

En todas partes del mundo, las clases privilegiadas con los derechos ajenos contienen naturalmente á los hombres de negocios, porque dichos negocios emanan y se mantienen con privilegios ; contienen á los hombres de saber, porque cuentan con el privi-

legio del verdugo para el asesinato político de los que se atreven á condenar los privilegios; contienen á la clase rica, porque precisamente es el resultado de los privilegios; contienen á las gentes de creencias, porque sólo se consideran sanas las que justifican los privilegios; contienen á las gentes de nacimiento, porque sólo los privilegiados nacen; contienen á las gentes de educación refinada, porque ésta llega á ser el privilegio de los que pueden vivir sin trabajar, dedicados á pulir sus modales, lenguaje, estilo, preocupándose de ser entre sí lo más agradables posible.

El gobierno de privilegio es el representante del gobierno paternal; el soberano paternal tiene que atender á sus súbditos conforme á sus necesidades. El pueblo necesita ignorancia, desgracia, miseria, harapos, supersticiones, vicios, debilidad; porque de otro modo, obedeciendo á sus instintos exterminadores, destruiría el orden de los *hombres de orden*. Cuando algún rey bondadoso se empeña en no atender con tanto esmero las necesidades de su pueblo y quiere rebajar los privilegios de la clase gobernante, ésta prueba que eso no es posible, porque ella es la que sostiene el trono, la religión, la moral y el orden social, contra la voracidad bestial de las masas, y los privilegios no son más que el salario correspondiente á su noble y difícil tarea.

El gran error de los hombres de orden es desco-

nocer que á las sociedades primitivas las gobernaba sólo el instinto de conservación conforme á sus necesidades, entre las que no se contaban las intelectuales, descubridoras de las morales. Se debe al progreso intelectual el descubrimiento de la justicia, como el de la luz eléctrica y el del gobierno representativo. El gobierno debe radicar donde esté el dinero adquirido por la inteligencia, no el hereditario ó, más bien dicho, el gobierno del mundo ha pertenecido y pertenecerá al grupo intelectual. Las clases privilegiadas descuidan tener y mantener el privilegio de ser clases intelectuales ó profesionales, por la sencilla razón de que al llegar á determinado período intelectual los privilegios resultan condenados en vez de enaltecidos y llegado tan crítico momento histórico, las clases privilegiadas están obligadas á sacrificar sus privilegios ó á sacrificar su posición intelectual. La fortuna por los privilegios, origen de todos los demás que distinguen á las aristocracias, es una gran fuerza; pero la inteligencia le es superior y á ella le corresponde el gobierno universal. Lord Palmerston debía haber preguntado al Señor Arrangoiz : ¿de qué lado está la verdadera cultura intelectual? ¿Del lado de los reformistas mexicanos? Entonces poco importa que sean pobres, hambrientos, groseros, sin negocios, sin nacimiento, pues los *hombres de orden* están perdidos. El orden debe ser siempre progresista, porque de lo

contrario representaría el más criminal desorden contra las leyes de la evolución.

Si he hecho esta digresión, es para probar lo infundado de los *hombres de orden* para creerse con derechos indiscutibles con el objeto de gobernar á la sociedad en nombre de sus voluntades. Si el Imperio se apoyaba sobre los *hombres de orden* estaba condenado á muerte, como todo orden que significa el reposo en el abuso y en la degradación de la inteligencia.



Maximiliano contaba en 1864 con todos los *moderados*, cuyas eminencias eran notables por su probidad é ilustración, siempre que la causa imperialista no comprometiese la independencia ó la integridad territorial. La independencia estaba gravemente comprometida con sólo la presencia del ejército francés en el país. Para los moderados, éste era el sacrificio inevitable que hacía posible la aplicación del remedio heroico contra la anarquía crónica. La intervención era una especie de *camisa de fuerza* puesta á los partidos políticos para obligarlos á reflexionar y á enfriar sus destructoras pasiones. En cuanto al delito de traición á la patria, para los moderados, existía en los que trajeron al ejército francés; pero para ellos era

muy leve, porque sólo se limitaban á aceptar el hecho consumado, transformándolo en provechoso para la Nación.

En el espíritu de los moderados había dos patriotismos en conflicto : el consistente en aplicar un remedio heroico aunque pasajeraamente indigno, para salvar al país de su inmediata ruina completa, y el que consistía en dejar perecer á la sociedad muy avanzada en descomposición, más bien que aceptar del extranjero una fuerza que no podían dar los partidos nacionales, á quienes sólo debía el pueblo mexicano, maltrato, desmoralización, pillaje, debilidad y vergüenza. En el terreno de la política, los moderados eran muy débiles; en el social, muy fuertes.



Maximiliano contaba en 1864, con la gran masa razonable, políticamente pálida, legítimamente egoísta, prudentemente ambiciosa de bienestar, anhelante de paz, sostenida por un gobierno indefinidamente estable. En México no existía un poderoso partido monarquista teocrático en 1864; pero sí existía la nación sedienta de paz, abrumada de desgracias, con el alma inquieta y desgarrada como sus vestidos, como sus leyes, como sus esperanzas, como su dignidad, arrastrada en todos los vicios, como

sus intereses, estropeados por todas las violencias. La gran masa, más biológica que sociológica, ya no quería patriotismo, sino vida; sobre el sentimiento nacional pesaba hasta remolerlo el sentimiento humano, la ambición sin límites era resucitar, aun cuando fuera en los atléticos brazos de un ejército extranjero.

Llega un momento en que la voz de la especie humana se hace oír reclamando derechos anteriores al concepto, á la necesidad, al sentimiento de una patria. Ni la religión, ni la moral, ni el patriotismo pueden ir nunca más allá del instinto biológico de conservación. El patriotismo es un sentimiento moderno, porque el patriotismo antiguo era precisamente una de las más enérgicas formas del principio de conservación de vidas, costumbres, propiedades, religiones, castas y privilegios. No hay que tocar con el estilete de los atentados el fondo de una colectividad humana, reclamándole la aceptación de su exterminio; el patriotismo moderno tiene doscientos años; el instinto de conservación tiene la edad del género humano, más de trescientos mil años y, en vez de debilitarse, crece y se fortalece : en el patriotismo latino, el hombre es para la patria; en el anglo-sajón, la patria es para el hombre.

El hombre es el único animal progresista, debido á su inteligencia suprema. El hombre

es el único animal mental, moral y económicamente evolutivo, y esta evolución es la fórmula exacta de su mejoramiento. La civilización no es más que el poder creciente de la humanidad sobre su planeta y su destino. La horda salvaje es el esclavo cobarde de la naturaleza; la nación civilizada es su audaz soberana, cada día más exigente, más despótica, más arrogante. Donde el hombre sufre, hay un atentado contra su destino, un campanillazo que le recuerda la cuna de su especie, un empuje regresivo; el derecho natural sólo tiene un precepto, libertarse del mal por la fuerza; el derecho civilizado tiene otro, libertarse del mal por la justicia, y siempre el hombre justo se levantará en el porvenir sobre el hombre patriota.

Es bueno enseñar á los hombres á patriotas; pero esto no se enseña con suplicios, con actas, con insultos, con engaños, con crímenes, con tiranías, con toda clase de ofensas, tormentos y brutalidades; resultan patriotas todos los hombres que precisamente han sabido hacerse una patria; una patria es un hogar, no un calabozo; un hogar grande, tan grande como las virtudes privadas y públicas de su autor. Antiguamente, cuando la miseria atormentaba á pueblos sin ciencia, emigraban por naciones, por continentes, por hemisferios, hasta encontrar una tierra que les pareciese bendita y un sol generoso para todas las frialdades.

Hoy ya no puede haber de esas emigraciones; los pueblos son fijos y cuando sufren, lo que emigra son sus sentimientos, su abnegación, su paciencia y sus virtudes, y sólo queda en su conciencia la cólera para exterminarse ó la necesidad exasperada y desesperada de acatar la ley inviolable de las colectividades : la conservación.

*
**

Desde la clase indígena, silenciosa, pero humana, hasta la más encumbrada, filosófica, estaban en 1864 cansadas de promesas que se cumplían con atrocidades. Todos los partidos habían apelado á la tempestad para sembrar; todos habían querido labrar la tierra con el rayo, regar la libertad con despotismo, salvar los principios con la corrupción, cubrirse de bienestar haciendo de los atentados una industria nacional. Todos los partidos habían tenido hombres ilustres gesticulantes por transacciones vergonzosas; los facinerosos estaban en el gobierno á la altura de los honrados; había un general venerable que se llamaba Degollado, había otro del mismo escalafón que se llamaba Rojas; había un General Miramón como había un General Losada; en el orden civil era lo mismo, las más puras personalidades despilfarraban su honorabilidad en consideraciones para seres

asquerosos. El partido reformista, que ejercía el poder en 1861, no era propio para tan alto cargo. Yo adoro la memoria de Ocampo por ser el hombre de la verdad, y éste con su túnica siempre blanca como la honradez, ha dicho : « Por desgracia el partido liberal es esencialmente anárquico y no dejará de serlo sino después de muchos miles de años ». Ocampo debió haber escrito : « y no dejará de serlo mientras sea jacobino ».

La gran mayoría nacional, con tal de no ver comprometida su independencia ni su territorio, quería saborear un verdadero gobierno, quería saber cómo es la paz, quería gozar por la primera vez con la seguridad de su vida, de su trabajo, de su propiedad, de su presente y aun de su porvenir; poco le importaba para conseguirlo que el sistema de gobierno fuera antiguo ó de moda, con tal que fuera gobierno; la presencia pasajera de las bayonetas francesas no le era agradable, pero le era mucho menos la presencia perpetua de la anarquía.

*
* *

Desde el momento en que Juárez se retiraba de la Capital no ofreciendo á los que siguieron su causa más que la fatiga, la miseria, las persecu-

(1) Melchor Ocampo, tomo II, pág. LV, edición A. Pola.

ciones y la muerte, la gran falange, fulminante en política, de los *convenencieros*, que posee grandes facultades de pensamiento, de acción, de audacia, de fuerza, que prestigia y desprestigia á los gobiernos y que da los triunfos y popularidad á todos los partidos, saltando de uno á otro de los platillos de la balanza, cuando el gobernante no compra con empleos su adhesión, quedaba enteramente á favor de Maximiliano. En esta falange hay espiritualistas, místicos, profetas, materialistas, espiritistas, ateos, teócratas, rojos, clericales; pero siguen siempre fielmente una bandera : la del actualismo opulento; son incondicionales para su vientre. La estrepitosa y decisiva falange actualista está constituida por el famelismo de las clases medias. Don Manuel Payno comisionado por el gobierno liberal en 1867, para estudiar lo relativo á las cuentas del Imperio, encontró 104,000 solicitudes de empleo, Payno quiso publicar la lista de los solicitantes y, según él contaba, Don Sebastián Lerdo de Tejada se lo prohibió, diciéndole : « Si publica Ud. esa lista nos quedamos sin partido liberal ».

Maximiliano contaba además con muchos liberales reformistas muy exaltados en ideas, pero muy moderados en carácter y en virtudes como la fidelidad, el valor y la constancia. Este grupo importante se sometió, porque estaba seguro que las cosas no tenían remedio y que era inútil, antipa-

triótico é inhumano continuar la lucha sin esperanza.

*
**

Maximiliano contaba con el apoyo moral europeo, con crédito para conseguir centenares de millones de pesos, con el apoyo armado y financiero de la potencia militar más rica del mundo y con la creencia vulgar de que México era un país maravilloso, como ninguno para la inversión de capitales fabulosos y para centuplicarlos en horas ó minutos.

*
**

Todo gobierno que satisface las verdaderas necesidades de un pueblo es sólido. El gobierno fuerte es el que responde á la voluntad positiva del país, pero esa voluntad no se descubre en actas de adhesión ni en farsas sufragantes impuestas por la autoridad, en nombre del cohecho ó del terror. Lo que un pueblo quiere, se descubre en su historia, no en una oficina de trampas electorales. El pueblo enmudece ante la fuerza salvaje, engaña con la corrupción, ó finge desear lo que conviene á los tiranos que, social ó políticamente, lo subyugan.

Es necesario saber leer historia para descubrir lo que quiere un pueblo. Leyendo la historia de México, los conservadores descubren que lo que quiere la mayoría del pueblo mexicano es catolicismo hasta reventar, de donde correctamente deducen que el clero debe gobernarlo. La clase indígena nunca ha dejado de ser fundamentalmente idólatra y politeísta. La divinidad suprema para cada pueblo indígena es el santo patrono de su iglesia. El politeísmo, no es más que la libertad de cultos dentro del sistema religioso, por consiguiente al indígena no se le puede impresionar ni ofender, ni extrañar, con la libertad de cultos dentro de la legislación civil. El indio lleva siglos de adorar algún santo católico como el Ser Supremo y de saber y considerar como natural que en el pueblo vecino sea honrado como Ser Supremo otro santo. Es muy raro un choque entre pueblos indígenas por cuestión religiosa; el choque es casi siempre por cuestión de terrenos.

El indio no es místico, ni contemplativo, ni piadoso; es netamente pagano; aprecia en el culto la sensualidad; se sacrifica en contribuir pecuniariamente á una fiesta religiosa, si en ella hay bailes, mogigangas lascivas, pulque, música, aguardiente y riñas. El pagano tiene la propiedad de ser dulcemente fanático ó de ser en el fondo un escéptico. No puede haber fanatismo en un hombre que no gusta,

ni conoce, ni medita, ni le atraen los dogmas. Al sensual nada le importa que otro sea casto, frío ó ardiente, sobrio ó incontinente. Jamás se ha visto á un glotón asesinar á otro hombre porque coma de dieta.

Al indígena le agrada el liberalismo porque sabe que puede bajo su amparo ser idólatra con cualquier clase de ídolo, azteca, católico ó hindou. El indio es un falso católico que se encuentra en su elemento con la libertad de cultos, con la separación de la Iglesia y el Estado, con el matrimonio civil, que no le extorsiona, y en suma, con las leyes de Reforma. En los hospitales militares se ha hecho desde 1861, la observación de que un indio jamás pide sacerdote para confesarse y no siempre lo acepta cuando se le ofrece. En su pueblo, como he dicho, adora al santo de su iglesia como al Ser Supremo; pero al pasar á otro pueblo, adora á otro Ser Supremo en el santo de la iglesia de ese pueblo, y cuando se le saca de la vida de aldea para hacerlo entrar á la vida nacional, más le preocupa su hembra que su religión.

Los mestizos de la clase popular son en su mayoría jacobinos. Es la propiedad de las plebes. Toda persona sensible á la adulación pertenece á su adulator. El jacobinismo es el cortesano profesional de las plebes; éstas tienen que pertenecerle. La plebe de Puebla gozaba en 1856, de la reputa-

ción de ser fanática y completamente adicta al clero. En 1867, el general conservador Don Manuel Noriega, jefe defensor de la plaza de Puebla cuando la atacó el General Díaz el 2 de Abril, decía oficialmente á su Ministro de la Guerra al pedirle auxilios con gran apremio : « *No es hoy Puebla la del año de 1856; su población es hostil ó indiferente* (1). » Diez años habían bastado para transformar á la plebe más resuelta á favor de los intereses clericales. En 1861, la clase popular de la Capital dió pruebas hasta de ferocidad en contra de los prisioneros conservadores á quienes quería despedazar después del asesinato de Ocampo. Juárez ha expulsado á las monjas y frailes de los conventos de la Capital con sólo una guarnición de 1,600 hombres y el clero hizo inauditos esfuerzos para sublevar á la población.

Leyendo atentamente la historia de México se nota la fuerza indomable del federalismo luchando contra el centralismo desde nuestra independencia y vencéndolo. El sistema federalista era una necesidad histórica debida al secular sistema cacical, por la tendencia regionalista española, por la independencia relativa de las intendencias coloniales en

(1) General Manuel Noriega, *Su defensa publicada en el folleto del Ex-Coronel de Artillería Ignacio de la Peza y el Teniente Coronel Agustín Pradillo impugnando al Príncipe de Salm*, pág. 168.

que se dividía Nueva España. El aislamiento de las poblaciones desarrolla el provincialismo y éste tenía que ser muy fuerte en México, de gran territorio, poco poblado y sin vías de comunicación, lo que obligaba á la población á vivir en grupos aislados. Este sistema satisface las doctrinas modernas que lo proclaman como el sistema más propio para desarrollar y garantizar la libertad individual. El federalismo pudo caer en 1834, debido á haberse comprometido en la causa liberal contra el clero en los momentos en que éste se hallaba en el máximo de su fuerza. No obstante la omnipotencia del clero y del ejército unidos, el federalismo había logrado vivir 21 años, de los 41 á que alcanzaba la edad de la Nación en 1862 y su fuerza había considerablemente aumentado, como lo probaban las revoluciones de Ayutla y la Reforma. El federalismo, imperfecto como lo hemos tenido, ha sido y será una necesidad real del pueblo mexicano.



Leyendo la historia de México, se descubre pronto la pasión de la empleomanía y, examinando ésta, se descubre á su vez la necesidad de la clase media de apelar al presupuesto para vivir por falta de educación independiente y por falta de elementos económicos en la nación. El pan de la

clase media, sobre todo la profesional, se encontraba en las mesas de las oficinas del Gobierno. Era preciso para gobernar, alimentar á una clase social, mientras el desarrollo de los elementos económicos nacionales permitía á la clase media ir viviendo fuera del presupuesto. El pueblo mexicano tenía necesidad de un presupuesto opulento para hacer posible la paz.

En materia de opiniones la clase media era liberal-católica, por ilustración, por necesidad, por ambición, por rivalidad contra la clase rica. El liberalismo católico no es más que la pretensión de aislar á la religión del poder político eclesiástico. El catolicismo liberal quiere imitar al protestantismo. El clero protestante es un simple servidor profesional de los fieles, los que pueden cumplir con todos los preceptos de su religión, sin necesidad de la intervención del clero como servidor ni mucho menos como soberano. Naturalmente una religión tan profundamente sacramental como la católica, tiene que hacer del creyente un súbdito absoluto del clero, y ésta es la razón por la que ha sido condenado por la iglesia el catolicismo liberal; pero se ha visto precisada á levantarle el anatema, viendo que los católicos liberales, en vez de replegarse al clericalismo, se lanzaban francamente al deísmo ó al ateísmo, para obtener su emancipación política. La iglesia en México, como en

todos los países católicos, se ha encontrado con fieles que le han dicho : « Ó haces concesiones ó abjuramos, no es posible reproducir la Edad Media en plena civilización ». Y la Iglesia ha hecho concesiones para contener la deserción, lo que, visto por los fieles, los impulsa á pedir las cada día más fuertes. Las Leyes de Reforma fueron muy bien aceptadas por la mayoría política de la clase media.

*
..

¿Qué hubiera hecho Juárez si Maximiliano no comete la imbecilidad de acudir á la farsa electoral y se presenta en la Capital de la República dos días después de que la ocupó el General Forey y decreta :

1º El Imperio reconoce el sistema federativo mexicano sin más modificaciones que las necesarias para privarlo de jacobinismo é igualarlo al de los Estados Unidos; en consecuencia cada Estado es libre para continuar rigiéndose por el sistema democrático, representativo, popular.

2º El Imperio Mexicano reconoce todas las leyes de Reforma y la Constitución de 1857, sin más modificaciones que las necesarias para depurarla de jacobinismo é igualarla á la de los Estados Unidos, con la única diferencia de que el Presidente Federal será vitalicio, se denominará Em-

perador y tendrá un sueldo de \$ 500,000 anuales.

3° El Imperio reconoce á todos los militares conservadores y liberales sus grados; formarán parte del ejército los más ameritados jefes bajo jefes superiores y organizadores franceses, quienes durarán al servicio del Imperio á lo más cinco años. El servicio militar será voluntario para el ejército en pie de paz y podrán formar parte de él los extranjeros que se naturalicen. Los jefes y oficiales mexicanos, cualquiera que haya sido el partido político á que hayan pertenecido, gozarán de la mitad de su sueldo desde el grado de alférez hasta el de general de división.

4° Se reconoce, como gobernadores constitucionales de los Estados federales, á las personas que lo eran bajo la administración del Señor Juárez.

5° El ejército francés durará en el país á lo más un año, mientras se organiza el ejército mexicano; pero no ejercerá ninguna función civil, pues su jefe no tendrá más autoridad que la que tenga á bien concederle el Congreso Federal.

6° El Imperio protesta no enajenar en ningún caso ni un centímetro cuadrado de territorio mexicano y todos los que á él se adhieran tienen pleno derecho para insurreccionarse si esta promesa fuere violada.

7° Se consolidará la deuda pública interior y se

le abonará un rédito de tres por ciento anual.

¿Qué hubiera hecho Juárez con un Emperador que se le hubiera puesto enfrente dando las disposiciones que acabo de enunciar y apoyado por doscientos millones de pesos, prestados en condiciones convenientes en Europa y seguido de una cauda de banqueros, ferrocarrileros, y mineros capitalistas capaces de introducir en el país en diez años quinientos millones de pesos por lo menos? ¿Qué habría hecho Juárez si además, las cualidades del príncipe hubieran sido ser brillante soldado, funcionario laborioso, legislador sagaz, modesto, austero, sobrio de fondo y forma eminentemente liberal y eminentemente generoso?

Lo que hubiera sucedido entonces, era que el Imperio de estilo mexicano se habría afirmado. Colocado el Imperio en estas condiciones, los Estados Unidos lo habrían respetado siempre que se hubiera mantenido independiente de la política europea.

*
**

Al gabinete de París, no se le escapó el gran golpe á la causa de Juárez, de establecer en México la federación reconociendo su gran fuerza. Parece que el pensamiento emanó de un político tan audaz como hábil, el Duque de Persigny. Napoleón III

le decía al Mariscal Bazaine el 16 de Febrero de 1866 :

« Pero hay otra medida que deseo aconsejar al Emperador Maximiliano y que significaría muchísimo (*bien des choses*) y es *volver al sistema federativo*, constituyendo en México, ocho ó diez Estados, teniendo cada uno su representación local y su gobierno. Estos Estados estarían ligados por lazos federativos bastante débiles... El Emperador conservaría las aduanas, el ejército, la política extranjera (1)... »

Un eminente escritor francés observó bien la situación : « La misma anarquía tiene sus preferencias y cierto orden de cosas que le es propia. En aquel vasto territorio (México), donde el aislamiento es tan fácil, la independencia tan cómoda, la revuelta tan seductora; la forma federativa y republicana no solamente está indicada por la naturaleza de las cosas; sino que se ha implantado en las costumbres y está aceptada por todos (2). »

El Conde Kératry ha escrito en su obra sobre Maximiliano : « ó bien como nos pusimos en 1866, convenía tornar á la Constitución de 57 proclamando los diez y siete Estados libres é independientes, bajo la égida de un jefe soberano (3). »

(1) Gaulot, *Fin d'empire*, pág. 18.

(2) Prevost Paradol, Prólogo de la obra de Kératry.

(3) Kératry, pág. 99.

No se necesitaba aproximarse á una confederación como lo pretendia Napoleón y era peligroso destruir quince Estados, los que hubieran resistido. El proyecto terrible contra la legalidad de Juárez hubiera sido mantener la federación intacta hasta en su personal, como se hallaba en 1862. Cuando Napoleón III se fijó en esta medida, era ya demasiado tarde.

CAPÍTULO VI.

EL MÁS PODEROSO ALIADO DE JUÁREZ.

No es posible gobernar fuera de la democracia sino con una clase privilegiada sólida y, naturalmente, irresponsable, ó con una clase privilegiada inestable é irresponsable, si se quiere obtener un gobierno más ó menos definido y durable. La tercera especie de gobierno es el cesarismo, forma lastimosamente precaria hasta producir la anarquía permanente, que era la que había tenido México y la que la Intervención, después de condenarla, se había propuesto combatir.

Clase privilegiada estable sólo existía en México el clero; apelar á su auxilio para fundar la monarquía, era precipitarse en la teocracia pura. Maximiliano al aceptar el trono de México había ofrecido la monarquía constitucional, luego no podía gobernar más que con el apoyo del partido político que juzgase preponderante.

Desgraciadamente para el Archiduque, su falta de cultura política lo condujo al error napoleónico de creer que se puede establecer una dinastía sobre un

cesarismo, es decir sobre una persona cuyo prestigio pasa con su vida ó con el estupor de la nación que ha implorado, en momentos de anarquía, un gobierno sin responsabilidad.

El orador de la comisión que presentó al Archiduque Maximiliano en Miramar los votos generales de la Nación mexicana, para que dicho Príncipe fuese el jefe de la anhelada monarquía, hizo revolear con tenacidad entre gran número de frases halagadoras cortesanas el apolillado argumento de que, emanando las desgracias de los mexicanos de su división en partidos, el remedio natural era su unión en una monarquía eminentemente católica.

Este infeliz argumento no fué inventado por el Señor Gutiérrez Estrada; es el de todos los tradicionalistas y equivale á decir : las desgracias del país vienen de la división entre monarquistas y republicanos; el remedio consiste en verificar la unión, transformando á los republicanos en monarquistas. ¿ Por qué medio? ¿ Por la fuerza? La tiranía jamás ha logrado unir las opiniones de sus víctimas con la de sus verdugos. ¿ Por la persuasión? No es la obligación de un gobierno predicar, ni catequizar, ni hacer de los habitantes de la nación discípulos.

A los mexicanos nunca les ha dañado su diversidad de opiniones, fruto de necesaria cultura intelect-

tual; lo que les ha dañado es no contar con los elementos económicos y morales necesarios para que su fructificación intelectual se hiciera sin perturbaciones graves. Durante el sistema colonial, existía un terreno fértil de gran cultura; la intelectualidad de los criollos y mestizos. El gobierno español se esmeraba en sembrar en ese terreno *zacate* ó en mantenerlo inculto. La gran corriente revolucionaria europea transportó á México numerosas semillas que, á pesar de la vigilancia española, cayeron en el terreno fértil de la intelectualidad, y la primera cosecha fué de insurgentes que proclamaron la independencia y heroicamente se sacrificaron por ella. La grande y primera división entre los mexicanos quedó formada: partido independiente y partido español.

Aun cuando la desunión de los mexicanos ocasionara revoluciones, éstas son altamente benéficas. No se conoce una verdadera revolución que no haya sido útil en alto grado á la humanidad. Pero los mexicanos hasta 1863, no habían tenido más que dos revoluciones verdaderas; la de Independencia y la de Reforma. A los gobiernos los habían hecho caer los *cuartelazos* y éstos no son revoluciones. Los cuartelazos no son debidos á la desunión de opiniones. En la Roma imperial no había partidos políticos; no había diversidad de opiniones políticas, no había desunión radical, irreconciliable en los espíritus, y, sin embargo, los cuartelazos fueron

continuos, interminables, incorregibles hasta agotar al Imperio y hacerlo conquistable por los bárbaros.

El pretorianismo no es un efecto de la diversidad de opiniones, originado por la diversidad de partidos. En Inglaterra, Francia, Bélgica, Alemania, Austria, Estados Unidos, Italia, en todas las naciones civilizadas, hay diversidad de partidos políticos; hay desunión intelectual política, religiosa, económica, industrial, literaria, artística y, sin embargo, no hay pretorianismo, que era el gran azote de México. Luego si en las grandes naciones civilizadas han existido, existen y existirán las desuniones intelectuales debidas á la libertad de conciencia, sin que resulten *cuartelazos*, es ilógico atribuir en México los *cuartelazos* á la desunión de los espíritus. Sería horrible para la humanidad que la libertad de conciencia tuviera por efecto los *cuartelazos*.



Es cierto que cada caudillo pretoriano se esmera en dar á su *cuartelazo* el traje majestuoso de una revolución y esparce proclamas llenas de doctrinas; pero sólo los bobos pueden tomar á lo serio semejante literatura. El pretorianismo en México, como en todas partes, tiene por origen la falta de una aris-

tocracia ó de una plutocracia poderosa que supla la carencia de cualidades del pueblo para gobernarse á sí mismo. Donde el ejército se transforma en clase gobernante, siendo así que es una institución impropia para gobernar, resulta el estado anárquico por los *cuartelazos*, haya ó no diversidad de opiniones.

Pero admitamos que la desunión intelectual de los mexicanos en vez de ser un inmenso bien, porque prueba que son susceptibles de vida intelectual activa, y por consiguiente de progreso indefinido, fuese un mal. ¿Podía esto remediarse? El mal consistía en haber germinado en la virgen intelectualidad mexicana colonial las semillas del mundo moderno europeo.

¿Cómo destruir esa vegetación de iniquidades? ¿Prohibiendo la importación al país de semillas intelectuales? ¿Prohibiendo la entrada de extranjeros, de libros, de periódicos, de estampas, de obras de arte? ¿Prohibiendo la salida de los mexicanos del país ó su vuelta á él? Ni aun así se lograba detener nuestra cultura intelectual, porque poseemos bibliotecas y cerebros repletos de magnífica semilla. ¿Se arrasaban las bibliotecas, se cortaba la cabeza á las personas ilustradas? ¿Quién ejecutaba esa obra? ¿La fuerza tradicionalista? La independencia probaba que la fuerza tradicionalista se había extinguido. Precisamente nuestra cultura intelectual era

el efecto de la falta de fuerzas tradicionalistas para impedirla.

La desunión de los espíritus es inevitable en una sociedad que positivamente se civiliza; es la señal de que entra en activo progreso. El tradicionalista que ha colocado el ideal del porvenir en reproducir el pasado razona del modo siguiente : En los antiguos imperios de castas, la paz inalterable duraba tres y cuatro mil años; en esos felices imperios no había desunión de los espíritus; luego debemos volver á los imperios de castas para alcanzar la paz. Por supuesto que los tradicionalistas pretenden volver al imperio de castas, colocándose en la superior, que aplastaba á las demás.

El gran vicio mental de los tradicionalistas consiste en creer que la felicidad de una nación es la felicidad de la clase privilegiada que la explota y domina. El tradicionalista no piensa que los pueblos han sido fieles á sus dominadores mientras que fueron ignorantes y que, una vez ilustrados, tienen que rehusarse á honrar la injusticia en contra de su bienestar. El mundo antiguo se caracterizaba por la falta de ambición de las clases desgraciadas para salvarse de sus sufrimientos. Al mundo moderno lo caracteriza la ambición de todas las clases sociales, no sólo para salvarse de sus sufrimientos, sino para privilegiarse á costa de las demás. Al mundo antiguo lo caracterizaba la abundancia de imbéciles, al

mundo moderno lo caracteriza la escasez de imbéciles.



El Archiduque Maximiliano escuchó el discurso tradicionalista del Señor Gutiérrez Estrada y contestó que aceptaba la pesada carga del trono y se manifestó enteramente de acuerdo con la necesidad de la unión de los mexicanos, pero se reservó declarar en el seno de qué principios debía tener lugar esa unión. No aceptó francamente el local teocrático que le proponía la comisión mexicana.

El Archiduque aceptó el trono de México y firmó el acta respectiva el 10 de Abril de 1864. Veinticuatro días antes, el 16 de Marzo, hacía escribir por el Barón de Pont, su hombre de confianza, á Don Jesús Terán, amigo personal de Juárez y agente confidencial del gobierno republicano en Europa pidiéndole que le proporcionara una entrevista con Juárez para cuando llegase á México y, entre otras cosas, le decía : « Si ha de constituirse esta monarquía, el Archiduque está firmemente resuelto á fundarla con el concurso de todas las fuerzas del país, sin distinción de partidos y quiere trabajar sinceramente en fundir en el supremo interés de la patria común, las opiniones políticas que tan largo tiempo han dividido á una nación digna de mejor

suerte. Una inteligencia franca y leal con los principales hombres políticos del partido liberal, *y principalmente con el que hasta ahora ha sido jefe legítimo del país y cuyos sentimientos patrióticos no ha cesado de apreciar el Archiduque, podrá ayudar eficazmente á lograr el resultado* (1). »

Esta carta es muy notable porque pone en la evidencia una completa anarquía de ideas en el cerebro archiducal. Almonte era gobierno provisional en México y después debió ser para Maximiliano gobierno regente legítimo. ¿Cómo era posible que el Archiduque reconociera á Juárez *hasta ahora*, es decir hasta el 16 de Marzo de 1864, como al jefe legítimo del país? ¿Cómo era posible que el Archiduque fuese la expresión de la Intervención y que al mismo tiempo « no hubiera cesado de apreciar los sentimientos patrióticos de Juárez », que no podían ser otros más que los que lo habían decidido á combatir sin tregua á la Intervención?

En esta carta se encuentra el verdadero programa del Archiduque, probado con su conducta posterior; su idea fué fundir á todos los partidos en un partido imperial. Con semejante programa el Archiduque estaba condenado á fracasar. Jamás se ha dado ejemplo en el mundo de una fusión de partidos irreconciliables, no por la rudeza de sus pasiones,

(1) Barón de Pont á Don Jesús Terán. *Correspondencia de la Legación de Washington*, tomo V, pág. 648.

sino por la oposición radical, recíproca de sus principios.

Una obra aparente de fusión, es la muy notable de Don Antonio Cánovas del Castillo para formar el gobierno español actual.

Los partidos españoles irreconciliables eran y son el carlista y el republicano anticlerical, libre pensador. Esos dos partidos existen separados entre sí y no se han fundido tampoco en el partido monarquista reinante. Lo que Cánovas del Castillo unió fué el partido conservador liberal monárquico en el partido liberal conservador republicano. El primero quería un gobierno responsable, yendo en materia de religión hasta la tolerancia de cultos, regido por un monarca. El segundo quería el gobierno responsable y no consideraba oportuno ir más allá de la tolerancia de cultos; es decir, los dos partidos tenían el mismo programa con la diferencia poco apreciable para ese programa de la forma monárquica ó republicana centralista. La fusión fué fácil entre partidos por su naturaleza fusionables. Cánovas reconoció á los partidos irreconciliables vida, pero en ningún caso podía reconocerles vida gubernamental.

En México el partido moderado no tenía fuerza moral, ni revolucionaria, ni de ninguna clase. El partido fuerte, el que había arrollado en la guerra de Reforma á sus rivales, era el liberal. En materia

de concesiones el partido liberal no podía hacerlas, por ser progresista y por haber ya gobernado y probado que en la práctica sus principios eran posibles y benéficos. Un partido progresista que ha llegado hasta practicar en el poder sus principios jamás retrocede. Los partidos progresistas no hacen reacciones. Un partido liberal como el francés actual puede hacer la concesión durante cien años de aplazar el establecimiento de la separación de la Iglesia y el Estado; pero una vez que la independencia de la Iglesia y el Estado quede establecida en Francia probando su éxito durante un año; el partido liberal francés jamás daría un paso atrás. Las reacciones las intentan y corresponden á los partidos regresistas.

La fusión de los partidos mexicanos irreconciliables no era una idea nueva, ni monárquica; se había ya intentado varias veces y siempre había fracasado. ¿Por qué había de realizar el Archiduque lo que no había obtenido Robles Pezuela con sus pronunciamientos y Notables de Navidad? ¿Iba á emplear el Archiduque un razonamiento irresistible, secreto y de su invención? ¿Iba á emplear la fuerza? ¿Iba á emplear la corrupción en grande escala?

El Archiduque no podía emplear la fuerza porque precisamente la Intervención la estaba empleando para exterminar al partido liberal, y precisamente

lo que quería Maximiliano era suprimir la guerra, suprimir el empleo de la fuerza. ¿Pensaba emplear la corrupción comprando á los caudillos y estadistas liberales? Lo había ya intentado el clero. Pero él podía intentarlo ofreciendo más oro que el clero. Lo que no se compra con un millón, se compra con diez, con cien, con mil, y á los pocos que resisten se les extermina.

Con la corrupción se logra suspender la acción de un partido mientras éste reemplaza á los jefes que lo han vendido. Comprar á todo un partido es imposible; la corrupción de los jefes puede suspender su acción revolucionaria; pero la acción de los principios del partido en la opinión pública jamás se suspende. Un periódico comprado se calla hoy; pero diez hablan más fuerte al día siguiente. La corrupción es un medio poderoso para resistir, para contener, para aplazar, mas sobre ella lo que se funda es la indignación pública y la ruina final del corruptor.

*
* *

El razonamiento que descubrió Maximiliano para reunir á los partidos irreconciliables fué el muy gastado de apelar al patriotismo de los partidos para que, en obsequio de la paz, sacrificasen sus principios.

Si los partidos políticos fuesen capaces de prescindir de sus aspiraciones en nombre del patriotismo y en obsequio de la paz, la humanidad jamás hubiera salido de la barbarie; porque existiendo siempre los argumentos de *paz* y *patriotismo*, los partidos políticos habrían tenido que desaparecer y las naciones se habrían extinguido por embrutecimiento y corrupción. La ley histórica del partido político ha sido y es obtener el poder por todos los medios posibles, para realizar su programa, considerado siempre como patriótico. No se puede invocar el patriotismo para que un partido político deje de ser patriota, desde el momento en que la formación del partido político tiene por objeto exclusivo el bien de la patria. ¿Se puede invocar la paz para conjurar un partido político á que se disuelva ó á que acepte el estado cataléptico indefinido? Eso depende del programa del partido.

El partido demócrata actual en los Estados Unidos profesa el principio antiimperialista y en virtud de él ha condenado la conquista en Filipinas; pero consideraría la más insigne de las locuras provocar una guerra civil por semejante motivo. En cambio el partido antiesclavista norteamericano sabía en 1860 que, llevando adelante su programa, tenía que ir á una guerra civil tremenda, capaz de arrojar á un abismo todo el poder y prosperidad de la nación y no obstante provocó la terrible con-

flagración, porque consideró que el mal estaba precisamente en una paz destructora de sus más sagrados intereses. Mas quien califica la necesidad de perturbar la paz en bien de un principio político, es el partido que lo inscribe en su bandera, no los interesados en que tal principio perezca.

¿Cómo se quiere que el Virrey Venegas fuese la autoridad encargada de decidir si el cura Hidalgo debía turbar la paz insurreccionándose el 15 de Septiembre de 1810? ¿Cómo es posible admitir que el clero en 1856 fuese el que fallase si se debía turbar la paz para que triunfara el programa de la Reforma? A los partidos políticos exclusivamente corresponde, decidir si el principio que quieren hacer triunfar, exige la perturbación de la paz y á ellos corresponde también elegir el momento oportuno para perturbarla.

A un partido político se le combate sólo manteniendo la opinión pública en su contra; el día en que la opinión pública apoya al partido político, ya no se puede combatirlo con éxito; se intenta á veces combatirlo con atentados, pero sólo se logra entonces perecer pronto y con ignominia. Pensar que á un partido político se le destruye invitándolo á que por su patriotismo abandone la lucha, es una debilidad epidémica entre los gobiernos que carecen de inteligencia.



El que dijo « *La unión da la fuerza* » ha causado más víctimas en política, que la pólvora en la guerra. ¿Qué clase de fuerza da la unión? Diez mil cotorras humanas por unidas que se manifiesten, jamás producirán el canto de la Patti. Los doscientos millones de negros africanos, aunque se unan dentro de las planchas de una prensa hidráulica, no harán ni uno sólo de los descubrimientos de Edison. Todos los hombres existentes en el mundo no correrán, por unidos que estén, lo que un caballo árabe. ¿Se trata de obtener por la unión fuerza militar? Un ejército no es una unión sino una organización. Las sociedades industriales son la prueba de que la unión da la fuerza. Un millón de accionistas, exhibiendo doscientos pesos cada uno, dan el capital posible para canalizar el Istmo de Panamá; pero sin los ingenieros que conciben la obra y la dirigen, el istmo no se canalizaría con los doscientos millones. La fuerza sin la inteligencia es siempre una catástrofe y la unión, en los casos en que puede dar fuerza, necesita, para ser útil, dar una fuerza inteligente.

Cuando se solicita la unión de los partidos ¿se desea una unión mental, una unión de conciencias, ó una unión material como para mover una bomba extinguidora de incendios?

La unión de la conciencia de un católico ¿puede verificarse con la de un ateo, para resolver cuestiones religiosas? ¿Puede haber unión entre la conciencia de un liberal y la de un esclavo? Depende de un hombre aparentar que sacrifica sus convicciones como dependía del hereje fingirse católico, para no ser quemado por el Santo Oficio; pero un hombre que tiene la convicción de que un triángulo sólo puede tener tres lados no puede unirse espiritualmente con un analfabeta ó demente que afirma que el triángulo es igual al dodecaedro.

∴

La unión de los partidos políticos cuyos principios son irreconciliables, sólo puede tener lugar en el fondo de una olla de rancho cuando sus miembros son todos hambrientos, mas entonces no hay unión espiritual, se forma simplemente una alianza de vientres, para devorar y calmar apetitos. Tal estado político prueba una situación más triste que la que desarrolla una siniestra guerra civil.

Los partidos son la única garantía de responsabilidad de los gobiernos. Los reyes que han gobernado sin partidos, lo han hecho con clases privilegiadas, como el clero y la nobleza, poseedoras de intereses inmensos y bien definidos. La unificación

con que soñaba Maximiliano significaba la irresponsabilidad, en teoría, la desorganización irremediable, en la práctica. Con semejante programa Maximiliano sólo podía contar para gobernar con la debilidad, con la corrupción, y con la hostilidad hipócrita de todos los partidos.

Cuando se quiere gobernar con todos los partidos, se consigue disgustar á todos, sin tregua ni limitación. El que pretende gobernar con todos los partidos no puede tener partidarios... El primer sacrificio que hace un gobernante que quiere gobernar con todos los partidos es privarse de la hermosa virtud de la sinceridad. Napoleón III comenzó su reinado ofreciendo á la clase militar guerras á granel; á los Soberanos de Europa les ofreció la paz universal; al clero le prometió sostener el poder temporal del Papa y á los italianos proteger su unidad nacional contra el poder temporal; á los burgueses les ofreció parlamentarismo; á las clases populares, la soberanía del pueblo, á los aristócratas, la soberanía del orden aristocrático; á los economistas, libre cambio; y á los socialistas, ultraprotección del trabajo.

El Archiduque entendió que la política de Napoleón, era la *mecánica celeste* del arte de gobernar y se propuso plantearla en el suelo mexicano. No hay que calificar al Archiduque de malvado : la política latina siempre ha tenido por base *el fin justifica los*

medios. Engañar á todo el mundo es el privilegio de la conciliación mal entendida.



El Archiduque no fué sincero con los conservadores que le ofrecieron cómicamente un trono creado por la potencia, los intereses y la voluntad exclusiva de Napoleón III. El partido clerical no elevó al trono á Maximiliano; aceptó con gusto la consigna de Napoleón de forjar un sufragio favorable de notabilidades, para que el Emperador francés cubriese un atentado con una mentira. No obstante, el Archiduque debió haber sido franco con los monarquistas exponiéndoles su programa, que era como hemos visto una fusión de partidos en un terreno moderadamente liberal. Los conservadores, á su vez, debieron decir dignamente y con firmeza, al ofrecer el trono á Maximiliano, que el establecimiento de la monarquía en México debería tener por base indeclinable la restauración de la Iglesia á la posición que disfrutaba en 1830.

Tal declaración era difícil de hacer á los conservadores porque las *actas de adhesión* presentadas al Archiduque no expresan en su gran mayoría más que el deseo del pueblo mexicano de adoptar la forma monárquica para obtener un gobierno fuerte y al efecto aceptan la Intervención siempre que no se com-

prometa la independencia ó la integridad del territorio nacional. El sufragio se había hecho en presencia de las bayonetas francesas y además de no haber ese deseo en la mayoría de la clase sufragante de restaurar á la Iglesia completamente, los jefes franceses tenían orden de impedir adhesiones reaccionarias, porque no era ese ni lo fué nunca el programa de la Intervención.

Tocaba, pues, al partido conservador haberse entendido á tiempo con Napoleón III, después de la franca y liberal proclama del General Forey que contenía el programa napoleónico. Los conservadores debieron hablar con dignidad y entereza : si la Intervención no tenía por objeto la restauración clerical, decididamente debían haberla rehusado. El partido conservador no fué engañado ni necesitaba que lo desengañasen, porque la política francesa de París fué leal en ese punto : nada de restauración eclesiástica. Saligny fué llamado, y así lo publicaron *le Constitutionnel*, *la Patrie* y *le Pays*, por haber pretendido falsear el objeto de la intervención, que de ninguna manera podía ser favorecer las ambiciones del partido reaccionario. Más franco no pudo ser el Emperador francés, al hablar por sus tres órganos oficiosos. El Ministro Billault en el Cuerpo legislativo había contestado á Julio Favre : « Jamás el Imperio protegerá en ninguna parte á partidos retrógrados, su bandera es siempre la que honra en

Francia, la del orden y de la libertad (1) ». Estas declaraciones que no podían ser más solemnes y más públicas, tuvieron lugar antes de la aceptación del trono por Maximiliano. Hay un documento concluyente que prueba que el partido conservador no fué engañado. La convención de Miramar, en su artículo primero adicional y secreto, estipula que el Emperador Maximiliano acepta como base de su política liberal, las declaraciones hechas por el General Forey en su proclama de 12 de Junio de 1863. Entre estas declaraciones se encuentran las que reconocen la nacionalización y desamortización de los bienes del clero. La convención de Miramar está firmada por el Conde Herbet, representante del Emperador Napoleón III, y por Don Joaquín Velázquez de León en representación del Emperador Maximiliano.

Don Joaquín Velázquez de León, Ministro de Estado, es decir Jefe del Gabinete de Maximiliano y jefe del partido clerical, no puede haber firmado el convenio de Miramar que contiene estipulación anticlerical tan grave, destructora de todo el programa conservador, sin el conocimiento de los prohombres de ese partido. Y la prueba de que había ese conocimiento es que nunca han sido los prohombres conservadores que estuvieron cerca de

(1) Jauret, *l'Intervention devant les Chambres françaises*, pág. 28.

Maximiliano los que han condenado la conducta de Velázquez de León calificándolo de traidor.

Se ve que mientras el Regente Arzobispo Labastida, cumplía con su deber de prohombre del partido clerical, oponiéndose resueltamente á la sanción de las disposiciones que reconocían las leyes de Reforma sobre los bienes del clero, al grado de lanzar en compañía de otros prelados la excomunión contra el gobierno de la Regencia y sus agentes : « Por la misma razón, los decretos, leyes y circulares expedida por orden de V. V. E. E. manifestando un objeto atentatorio y tiránico contra la propiedad sagrada, quedan sujetos á la censura de la iglesia y especialmente á la excomunión mayor fulminada por el Concilio de Trento en el Capítulo II de la sección 22 de la reforma. En consecuencia, quedan comprendidos en esta pena canónica no solamente los autores y ejecutores de los Decretos y de las circulares precitadas, sino aun todos aquellos que por cualquier medio han cooperado á su cumplimiento (1) ».

Además de la firma del Regente Arzobispo Labastida, constan en este documento, las de los Arzobispos de Michoacán y Guadalajara y las de los Obispos de Oaxaca, San Luis, León, Tulancingo y Tamaulipas. ¿Cómo Don Joaquín Velázquez de

(1) Protesta y excomunión del clero, 26 de Diciembre de 1863.

León, jefe del partido católico como lo anunciaba su alto puesto de **Ministro de Estado**, estipulaba como base de la legislación imperial que quedaban aniquilados los principios fundamentales del partido conservador, por los que tanto tiempo y con tanto brío había luchado? Si Almonte, que jamás fué engañado por Napoleón, engañó á los conservadores al principio de la intervención haciéndoles creer que se trataba de una restauración clerical, el General Forey y el Archiduque, el día que firmó el convenio de Miramar, representado nada menos que por el jefe del partido conservador, los desengañó á tiempo para retirarse de una aventura peligrosa é insolentemente destructora de sus principios. Este hecho prueba que la mayoría del partido conservador quería la intervención porque quería el poder; era un asunto más de ambición y de hambre que de principios.

En México ha tenido lugar el primero y único caso de un partido católico excomulgado por la Iglesia católica y lo más notable fué que el partido sacro recibió la excomunión como si hubiera sido ateo. No se explica tan raro fenómeno sino por la excesiva corrupción del partido conservador, hasta llegar á traicionar primero á su patria y luego al clero, por saciar ambiciones y obtener empleos.

Pero si no son suficientes las pruebas que he dado para hacer inatacable la afirmación de que la

Intervención jamás engañó al partido reaccionario católico con la promesa de una restauración eclesiástica, voy á presentar la declaración terminante del periódico francés *l'Estafette*, órgano del Mariscal Bazaine y por consiguiente del Emperador Napoleón III. « El cronista de México » asentó : « Que entendía por partido reaccionario á todos los adictos á la Intervención (1) », y esto lo dijo para significar el profundo disgusto que había causado á todos los intervencionistas la nota dura y amenazante dirigida por el General Neigre al Arzobispo Labastida, con motivo de la circulación de escritos anónimos sediciosos, atribuídos al clero.

L'Estafette (2) respondió : « No es por un partido, sino por la casi unanimidad de pueblos indígenas, por las gentes pacíficas, de intereses, de opinión y de *partidos bien diversos*; es en fin lo que se llama en todas partes la mayoría del pueblo, la que se ha reunido al rededor de una misma idea, de una misma esperanza. *La Intervención no debe su triunfo ni á un partido, ni á algunos nombres propios*; nunca se ha propuesto ella hacer prevalecer una oligarquía sobre otros, sino elevar sobre los antiguos partidos el sentimiento de la patria y *la práctica de la libertad*. Y como tiene ella consigo al pueblo, se siente fuerte contra todas las fac-

(1) y (2) Zamacois, *Historia de México*, tomo XVII, pág. 32.

ciones, y como tiene consigo el buen derecho y la conciencia de su alto destino, puede reprimir sin temor, las vilezas, las ingratitudes y las calumnias que en rededor se agitan ».

Todavía más : el Regente Almonte recibió después de su disgusto con el clero en 1863 una tronante y categórica carta de Napoleón III, en que le decía : « No he contestado desde hace mucho tiempo á las cartas que me ha escrito usted, porque, lo confieso, no he estado muy satisfecho de la marcha de los negocios en México, y prefería que no llegara á usted directamente la noticia de mi disgusto. *Ciertamente, mientras mi ejército esté en México, no permitiré que se establezca una reacción ciega, que comprometería el porvenir de ese bello país y que deshonraría nuestra bandera á los ojos de Europa* (1). »

En esa carta Napoleón III afirmaba que mientras su ejército permaneciera en México no permitiría una reacción; luego no podía haber esperanza alguna de que Maximiliano pudiera hacer nada por la restauración eclesiástica, por católico que se le supusiera, mientras el ejército francés permaneciera en México, que conforme al tratado de Miramar, debía ser cuatro años contados desde el 1° de Enero de 1864.

(1) Zamacois, volumen citado, pág. 34.

Ni el clero ni los conservadores tienen motivo para afirmar que fueron engañados por Napoleón III, quien siempre antes de la intervención y después de ella habló claro, pública, oficial y privadamente, afirmando que la intervención no tenía por objeto entregar el poder á los reaccionarios.

Si en el terreno oficial, el Archiduque no engañó á los conservadores, parece, según Arrangoiz, que en conversaciones íntimas les dió esperanzas en Europa ó, mejor dicho, les *llevó el barreno*; pero Arrangoiz no produce prueba testimonial ni documental de que las cosas hayan pasado en la intimidad como él las relata. El Archiduque no fué leal con la nación, pues su programa político debió ser público, claro, franco, no emitido vergonzosamente dentro de un artículo secreto de un convenio casi secreto. El Archiduque en su carta al Barón de Pont, de fines de 1865, llega á confesar que los prohombres clericales que cumpliendo con la consigna de Napoleón le ofrecieron el trono, no le inspiraron confianza como estadistas ni aun como conocedores de la verdadera situación de México. Maximiliano escribía el 8 de Diciembre de 1865 á su ex-secretario confidencial, el Barón de Pont, tranquilo habitante del castillo de Miramar : (1) « He creído lo que Terán (el agente confidencial de Juárez) me decía

(1) Zamacois, tomo XVIII, pág. 316.

antes de mi salida de Europa : ya sabía que las ideas de los pobres desterrados y de la regencia enbarazada no eran más que fantasmagorías, nunca me hice ilusiones Todo cuanto Gutiérrez (Estrada) ha manifestado, es falso y fundado en errores irreparables de más de veinticinco años de ausencia involuntaria. El país no es ni ultracatólico, ni reaccionario; la influencia del clero es casi nula..... ».

No podía haber prueba mejor de la influencia casi nula del clero, que la excomunión fulminada contra el partido católico y recibida por éste casi como una cortesía de un viejo amigo. La prensa europea y especialmente la de Francia, comprendió ya tarde que el partido liberal era el verdaderamente fuerte y preponderante. El clero no debió haber apelado á los rayos del Concilio de Trento ni á los de ningún otro, sin tener la seguridad de producir el cataclismo correspondiente para hacer respetable y prestigiosa la fulminación.

*
**

El partido conservador había deseado la monarquía, no fastuosa y asiática, sino constitucional, severamente católica, con su cámara de diputados emanada del sufragio popular, con su senado compuesto de prelados, abades, priores, generales de división, mariscales, antiguas eminencias de la ma-

gistratura, escritores sagrados y mayordomos de monjas. Los moderados, en su mayor parte legistas distinguidos, ambicionaban el parlamentarismo inglés puro, con sus dos cámaras emanadas del sufragio restringido y del nombramiento del soberano, con su religión de estado frente á la libertad de cultos, con sus conventos limitados, su matrimonio civil, sin clases privilegiadas con fueros ni con títulos de nobleza. Los liberales exaltados, en gran número adheridos al nuevo sistema, veían en Maximiliano un príncipe rigiendo una república central del corte y jacobinismo de la de 1848.

El asombro de todos los políticos alcanzó al estupor cuando Maximiliano apareció en México fundando inmediatamente un gobierno raro: el *ultra-personal*. « Un hecho poco notado (en Europa) domina la historia del Imperio Mexicano y es que desde su primer día hasta el último funcionó sin instituciones de ninguna clase. Los notables habían proclamado al Emperador, la Comisión de Regencia había ejercido en su nombre una autoridad interina, el principio monárquico había sustituido al principio republicano; pero habían quedado por establecer las leyes constitucionales del nuevo régimen, por crear el mecanismo político, administrativo y financiero. Este gran hueco nunca se llenó. Maximiliano se instaló en el gobierno que se le había preparado como un particular que toma po-

sesión de su propiedad sin recordar que el gobierno más absoluto se compone de un conjunto de cuerpos constituidos y que el poder personal está obligado también á expresar determinadas formas y á sujetarse á determinadas reglas. Maximiliano quedó único legislador, único gobernante, único administrador de su imperio; el árbitro exclusivo en todos los negocios, el dispensador único de los empleos, de los grados, de los emolumentos, de los honores, del favor ó de la desgracia, frente á frente de todos sus súbditos:

« Los pocos simulacros de leyes orgánicas elaboradas en la intimidad del palacio no produjeron más que una confusión de disposiciones contradictorias en medio de las cuales sobresalía siempre como instrumento efectivo del gobierno, la voluntad imperial, sin responsabilidad ni contrapeso.

« Si la legislación dejada en pie por la república derrocada no hubiera servido de punto de apoyo en esta confusión, la nueva monarquía antes de llegar á la catástrofe, se hubiera ella misma precipitado en el caos (1). »

En las hordas tiene derecho el más potente macho, en las tribus el adivino tiene inviolabilidad y privilegios definidos religiosos; en las monarquías asiáticas antiguas, la casta sacerdotal dominaba al

(1) Masseras, *Un essai d'empire au Mexique*.

soberano absoluto y le señalaba con oráculos y vapores el banquillo de la responsabilidad; en la teocracia musulmana el Korán es una constitución política sagrada eternamente respetable; en la autocracia rusa hay un código imperial macizo formado de las voluntades de los grandes antepasados; en los gobiernos personales de las repúblicas latino-americanas, las formas democráticas con sus juegos ruidosos de responsabilidades y su prensa siempre castigada, pero siempre viva y tolerada, y sus formas bien marcadas, constituyen algo si no como una jaula, sí como un extensísimo redondel. En esas repúblicas hay reglas para todo, que el gobierno personal, en parte, puede violar; su soberanía absoluta consiste en poder desgarrar leyes; pero mientras no las desgarrar todo marcha bien ó mal, pero conforme á las leyes.

Maximiliano inventó en México y para México una forma nueva de gobierno, como ya la nombré, el *ultra-personalismo*; sin más forma que las *epístolas*. Cuando quería legislar escribía una carta pública á uno de sus Ministros para que redactara la ley en los términos que indicaba la carta. En esto se sospecha una analogía entre las capitulares de Carlo Magno y las epistolares de Maximiliano. Los mexicanos, como latinos, damos mucha importancia y con justicia á la forma, porque toda forma es un límite de algo; lo verdaderamente absoluto no tiene

forma. Además, la forma es vigorosamente educativa y la mitad de la aptitud democrática es cuestión de educación en las formas, más que en las ideas.

En un pueblo como el mexicano, brutalmente democrático en su vida social y en sus aspiraciones políticas, ver á un príncipe manejando el *absolutismo absoluto*, le produjo un sacudimiento tempestuoso de desconfianza y de disgusto. D. Joaquín Pacheco dijo bien en el Senado español : « los conservadores de México son liberales entre nosotros ». En efecto, aun los clericales mexicanos, son liberales comparados con los carlistas de España, los legitimistas de Francia y los papistas de Italia. El clerical mexicano, fuera de la cuestión religiosa, es un partidario leal de la igualdad, de la fraternidad, de la libertad. Todos los partidos mexicanos han sabido reconocer el gran valor de los derechos individuales. La actitud de Maximiliano, de *Divina Providencia*, en traje de autócrata epistolar, preparó instantáneamente la reacción contra el Imperio. Todos sintieron la ducha helada de la decepción recorriendo como mano de pianista su espina dorsal. Cuando un gobernante absorbe la cantidad de poder necesaria para alcanzar el gobierno *ultra-personal*, debe pretender justificarlo por la firmeza de ese carácter, las seguridades políticas, la plenitud de sus miras, la soberanía de su

voluntad y la indiscutibilidad de su poder. Desgraciadamente, Maximiliano quería el poder divino para que lo ejerciera la persona que le simpatizaba como tutor; él se conformaba con el arte, con algunas meditaciones poéticas, con disecar pájaros y lancear mariposas, clasificar insectos y hacer viajes marítimos. Maximiliano era muy laborioso; pero todos los príncipes ven en el trabajo una distracción y, por consiguiente, son nulos para los trabajos que les desagradan.

Uno de los funcionarios del gabinete particular del Emperador Maximiliano, el abate Domenech, explica bien la composición de ese antro « omnipotente y funesto » llamado el gabinete del Emperador. « Este gabinete tenía una composición bien infeliz. Su jefe, M. Eloin, era un belga, ignorante de la lengua y de las costumbres de México. Sus compatriotas me han asegurado que el rey Leopoldo lo había impuesto al archiduque Maximiliano. Sin talento, me han dicho, para ser ingeniero, no pasó de sobrestante de minero. Su manera de cantar cancioncillas y algunos talentos de sociedad le valieron la benevolencia de un gran señor que lo lanzó hasta la corte, donde supo atraerse la atención del rey.

« Las funciones de jefe de gabinete lo hacían más poderoso que los ministros. No habiendo ocupado nunca en Bélgica puestos importantes, no se encon-

traba en su lugar con el que ocupaba en México. No supo elevarse á la altura de las funciones que se le habían confiado; quería ver todo, monopolizar todo; pero abrumado por la abundancia de negocios y su poca aptitud para despacharlos, nunca terminaba nada. Sus sentimientos antifranceses, su ignorancia completa de la situación de México y de su pasado, le hicieron rechazar una multitud de proyectos presentados por franceses y de una importancia incalculable para el país (1). »

Tal era el hombre que el rey de los belgas impuso á Maximiliano para que lo dirigiera. No hay que olvidar que á ese rey se le llamaba venerablemente en Europa : « *el sabio rey Leopoldo* ».

« Así era el hombre (Eloin) que desde el mes de Junio de 1864 hasta el mes de Marzo de 1865, *fué la única potencia verdadera en México*. Tuvo todo entre sus manos, literalmente todo; nada supo hacer más que crear enemigos al Imperio. El fué quien por su acritud ó sus groserías, desalentaba á la mayor parte de las empresas listas para organizarse y cansaba las esperanzas de los capitalistas extranjeros; él fué quien sucesivamente despojó á los Ministerios de sus atribuciones más esenciales, quien lanzó á Maximiliano en esa vía de gobierno ultra-personal, al fin del cual debía encontrarse la desorganización

(1) Domenech, *Juárez et Maximilien*, pág. 202.

y la impotencia »..... « M. Eloin fué al cabo de algunas semanas el *factótum* del Imperio, y desde un principio su calamidad (1). »

*
* *

Maximiliano era un simple *amateur* del trabajo político; más bien dicho, lo que le agradaba era ejercer el *flirt* con el trabajo. « Cuando el Emperador tocaba las cuestiones más serias, era casi siempre como soñador. Se convence de que el despacho de los negocios debe acelerarse y cree llegar á ello forjando un reglamento de ochenta artículos, abundante en prescripciones pueriles de manual de disciplina escolar. Por él se advierte á los empleados de los ministerios que en ningún caso deben salir de sus oficinas aun después de las horas de trabajo, sin el permiso del subsecretario de Estado. El subsecretario no puede ausentarse de su gabinete sin el permiso del ministro; éste, en fin, está obligado á dar el ejemplo de puntualidad. Otro día el *Diario del Imperio* promulga el Código Naval, estableciendo una jerarquía del cuerpo de la marina con todas sus reglas, desde el capitán de navío hasta el grumete, no faltando más que una cosa: la marina! (2) »

(1) Masseras, *Un essai d'empire au Mexique*, pág. 54.

(2) *Obra citada*, pág. 414.

Parece imposible que á un país se le deje sin una constitución política, sin leyes, sin decretos, sin circulares sobre los negocios importantes (1). Los agentes de policía no sabían si debían matar á los perros, porque no se habían revalidado los antiguos bandos; los magistrados no sabían si aplicar las leyes españolas, las húngaras ó las griegas. « En cada aduana se cobraba por un arancel distinto, ó por tres ó cuatro á la vez (2). » No existían presupuestos; no había reglamentos ni bases, ni orden, ni glosa en la contabilidad; el tesoro imperial era un bolsillo de gran señor siempre abierto para el despilfarro y siempre cerrado para la contabilidad. Cuando el general D. Tomás Mejía se presentó al tesoro con su orden para recibir recursos y partir inmediatamente á la campaña, « el tesorero le contestó que sólo quedaba en caja una media onza de oro española, que conservaba porque al fin era falsa (3) ».

(1) Debemos recordar que aunque Maximiliano expidió un Estatuto orgánico provisional, varias leyes orgánicas y aun algunos códigos, no por eso organizó realmente el Imperio y su gobierno, pues toda su legislación tuvo por base el poder ilimitado del Emperador.

(2) Payno, *las Finanzas del Imperio*, pág. 14.

(3) *L'Estafette*, Marzo 11 de 1865.



El Emperador Maximiliano se excedió en más de doscientos mil pesos del sueldo que él mismo se había fijado, lo que causó general disgusto; pero no reclamaciones, porque no había ley que le prohibiera gastar en su persona todas las rentas fiscales mexicanas (1). Fuera de sus sueldos, gastó del 15 de Junio de 1864 al 20 de Enero de 1866, en reparaciones de los Palacios Nacional y de Chapultepec la enorme suma de \$ 423,976. No habiendo en las cajas públicas ni un centavo para los gastos más indispensables, mandó hacer al notable pintor francés Beaucé las siguientes obras : su retrato ecuestre, el retrato del Mariscal Bazaine, la defensa de Morelia por el General Márquez, la defensa de San Luis por el General Mejía, recepción de unos salvajes por SS. MM., un campamento de Zuavos y otro de Cazadores de Africa. Gastó en una gran pajarera \$22,000; dió en seis meses veinte banquetes, diez y seis bailes, doce recepciones de corte y setenta comidas íntimas á las notabilidades extranjeras y á algunas del país. Sin que existiera teatro en Palacio nombró su director, con un gran sueldo, al poeta español Don

(1) Payno, *Cuentas, gastos, acreedores, etc., etc.*, pág. 714.

José Zorrilla, dotándolo de toda una oficina (1). El Mariscal Randon llamaba á la hacienda pública de Maximiliano « *caverna de dilapidadores de la fortuna pública* (2) ». Napoleón III, comprendiendo á dónde marchaba el Imperio, escribía al Mariscal Bazaine : « Es necesario que el Emperador Maximiliano comprenda que no podemos ocupar indefinidamente México, y que en lugar de construir teatros y palacios, es esencial que introduzca el orden en sus finanzas y en sus caminos nacionales (3). »

Don Francisco de Paula Arrangoiz, al renunciar su puesto de Ministro Plenipotenciario del Emperador Maximiliano en Inglaterra dice á su soberano, en carta adjunta oficial : « En el desempeño de mis funciones como Ministro Plenipotenciario, he tenido ratos muy desagradables, causados porque ni por el gabinete particular de V. M., ni por el Ministerio de Negocios Extranjeros se contesta á mis despachos, ni se resuelven los negocios que se le someten (4). » El Prefecto imperial de Morelia, persona honorable, enérgica y leal á sus principios, al renunciar su cargo por la cuarta vez, estampó con sus letras el verdadero estado de la situación : « No

(1) Payno, *obra citada*, pág. 712.

(2) Mariscal Randon al Mariscal Bazaine, Gaulot, tomo II, pág. 293.

(3) Gaulot, *l'Empire de Maximilien*, pág. 301.

(4) Arrangoiz, Carta adjunta á su renuncia como Ministro Plenipotenciario en Inglaterra.

tiene éste (el gobierno de Maximiliano) pensamiento fijo, no hay acuerdo en sus disposiciones, faltan en todo la oportunidad y la unidad de acción; en suma, Señor, se echan de menos la inteligencia superior que dirija, la voluntad firme que decida, y la mano vigorosa que ejecute. El caos por tanto es la consecuencia necesaria (1). » El Licenciado Don José María Iglesias, Ministro de Juárez, á gran distancia, en un rincón del país, hacía iguales apreciaciones sobre el gobierno de Maximiliano : « Recapitulando en pocas palabras lo que hasta aquí hemos dicho acerca del desorden del gobierno imperial, podemos aseverar con fundamento que es la imagen del caos (2). »

Los resultados correspondieron maravillosamente al esfuerzo del sabio Rey Leopoldo, de dotar á México con la dictadura de un jilguero de canciones picarescas, como lo era Mr. Eloin, para hacer imposible el imperio de Maximiliano desde el día de su estreno.

(1) Zamacois, tomo XVII, pág. 1104.

(2) Licenciado José María Iglesias. Revistas sobre la intervención francesa. Enero 31 de 1865.

CAPÍTULO VII

EL MÁS PODEROSO ALIADO DE JUÁREZ

(Continuación)

Veamos qué solución recibieron las cuestiones fundamentales de vida ó muerte para el Imperio, porque en fin el dictador Eloin era un favorito de fácil aniquilamiento. La primera de las cuestiones sensacionales, aunque no la más importante fué sin duda la religiosa.

Maximiliano guiado por Napoleón se empeñó en resolverla tomando por modelo el concordato francés de 1802. ¿Hizo bien Maximiliano en proponer semejante solución?

El Emperador Napoleón III, como ya lo hemos visto, había declarado categóricamente á Almonte que, mientras permaneciera su ejército en México, no se deshonraría la bandera francesa apoyando una reacción ciega. Para que el gobierno imperial hubiera podido obrar con plena libertad, le habría sido necesario dar por terminada la intervención y esperar á que el ejército francés hubiera evacuado completamente nuestro territorio. Maximiliano, para

dar por terminada la intervención, necesitaba haber organizado el ejército mexicano imperial, obra que demandaba bastante dinero, que no existía. Desde la llegada á México del Archiduque, el tesoro francés quedaba relevado de la obligación de hacer gasto alguno en México. Sin dinero no podía haber ejército imperial, sin ejército no podía sostenerse el Imperio sin los franceses ni un día ; luego era preciso para que hubiera Imperio conservar en México el ejército francés, porque aun cuando Maximiliano no lo mantenía, como estaba obligado á hacerlo, el gobierno francés no podía dejar de hacerlo.

Si el clero hubiera entendido las cosas tales como hablaba, no le quedaba más recurso que aceptar las concesiones ventajosas que á la Iglesia hacía Maximiliano, ó no tocar la cuestión hasta que se hubieran retirado los franceses, ó intentar que Napoleón III cambiase de resolución, lo que era imposible, porque además de ser en Francia anticlericales los republicanos, los orleanistas y los bonapartistas, el ejército de México era enemigo de toda reacción.

Aplazar la cuestión religiosa para cuando se fueran los franceses presentaba un mal grave, caso de que se hubiera obtenido dinero para organizar el ejército imperial; Maximiliano necesitaba formar ese ejército enteramente reaccionario y ser en México el esclavo del clero ó, al romper necesariamente con el clero, encontrarse con que su

ejército era su enemigo. Echarse en brazos del clero equivalía á forzar á los adjudicatarios á que gastasen hasta el último peso en hacerle la guerra, á echarse encima á todo el partido liberal, á perder la esperanza del reconocimiento de los Estados Unidos y á rechazar á los capitales europeos del país, que pedían por necesaria condición de su apoyo la prueba de que México se colocaba en una vía de progreso moral y político. Había una dificultad mayor : más de la tercia parte de los bienes eclesiásticos desamortizados estaban en manos de franceses; los habían obtenido legítima y legalmente; sus derechos adquiridos eran incontestables. No se les podían arrancar sin previa indemnización. ¿De dónde tomaba Maximiliano esos millones indispensables para indemnizar? Por otra parte, al saber los adjudicatarios mexicanos que á los franceses y en general á los extranjeros no se les podía expropiar sin indemnización, tenían que vender á bajo precio esos bienes, para salvarlos. Si no había dinero para tan enorme operación, Francia con sus armas tenía que defender los derechos de sus nacionales y, ó Maximiliano respetaba las leyes de Juárez y la Regercia en materia de bienes eclesiásticos, ó tenía que aceptar una guerra con Francia, que era igual á recibir un puntapié, para que ocupase el gobierno un jefe francés ó uno no reaccionario indicado por Napoleón.

Resumiendo : Maximiliano no podía pretender continuar de Emperador sino acatando las decisiones irrecusables de Napoleón en la cuestión religiosa. El clero debió haber visto que Maximiliano, aun cuando hubiera sido tan clerical como el Padre Miranda, no podía, sin perder el trono inmediatamente, separarse de la política francesa en asuntos clericales.

¿Creía el clero que si Maximiliano obligaba á Francia á declararle la guerra, el partido mexicano clerical podía defenderlo con éxito contra Napoleón y contra Juárez? Juárez no se hubiera reunido á Napoleón, pero tampoco al clero, y tanto el partido reformista como el francés, obrando sin entenderse, habrían pulverizado en un instante al partido reaccionario. Parece increíble que la ceguedad del clero llegara al extremo de admitir que podía luchar contra Juárez y contra la Intervención. El clero no tenía más que aceptar lo que Maximiliano le ofrecía, que era inmenso en comparación con lo que había perdido la Iglesia con las leyes de Reforma. En efecto, Maximiliano ofreció al Nuncio del Papa : religión de Estado, católica, su clero sostenido por el gobierno, lo mismo que los gastos del culto; órdenes monásticas de frailes restablecidas, pero limitadas ; las de monjas todas restablecidas , pero limitado su personal; el registro civil servido por eclesiásticos ; pendientes de arreglo

los fueros eclesiásticos y la secularización de los cementerios. Respecto á intervención del clero en la prensa y en la instrucción pública, silencio absoluto. En cambio, tolerancia de cultos; servicios sacramentales del clero á los fieles, gratuitos; cesión al Estado de los bienes eclesiásticos desamortizados por la República; reconocimiento del patronato del soberano, tal como lo tuvo la monarquía española en Nueva España.

El clero debió aceptar desde luego si hubiera sido bastante sagaz ó menos apasionado para reconocer que la reacción pretendida por el Nuncio era imposible. Pero no fué así. El Nuncio creyendo que el clero era omnipotente en México, rechazó hasta discutir las proposiciones imperiales, con dureza, impertinencia y causticidad. El Nuncio en realidad vino á México, no á tratar, ni á conciliar, ni á hacer diplomacia, sino á presentar el insolente *ultimátum* de un monarca conquistador, absoluto é invencible.

Maximiliano debía contestar abdicando, por serle imposible regir á la sociedad conservadora por procedimientos que hacían del gobierno un esclavo del clero, ó ir franca y decididamente hasta las leyes de Reforma. El Imperio no se hubiera por tal motivo salvado, porque tenía enemigos más fuertes, entre ellos la incapacidad política y administrativa del soberano, pero como tal cosa no la percibía

éste, su conducta debía levantarse á la altura de las circunstancias. El Nuncio le había probado que la conciliación era imposible; él debió probar al Nuncio que la ruina de las pretensiones clericales era posible, devolviendo á Napoleón III la corona ó sosteniendo las leyes de Reforma.

Pero su incapacidad mental y de carácter le forzó á tomar la peor de las resoluciones. Sancionó las leyes de desamortización, la libertad de cultos, la abolición de fueros y, estando en bancarrota, sostuvo su decisión de sostener al clero y al culto, cuando no podía dar de comer á los soldados mexicanos dedicados á mantener trono, religión, paz y absolutismo ultra-personal. Cometió otra falta mayor, nombró una comisión de tres personas para que fuesen á Roma á procurar un arreglo con el intransigente Pío IX, en los momentos en que éste abría una campaña insensata de reacción contra el mundo moderno.

¿La comisión mandada á Roma tenía por objeto presentar un *ultimátum*? ¿Sí? Entonces no se necesitaba comisión, bastaba con el Ministro de México cerca del Vaticano. ¿Estaba autorizada para hacer arreglos que destruyesen las prevenciones de las leyes promulgadas ya, resolviendo la cuestión religiosa sin intervención del Pontificado? Entonces esas leyes eran precarias, provisionales, indecisas, y dejaban más que al aire, en la *boca del lobo*, in-

mentos intereses. Tal conducta no podía satisfacer al clero, porque las leyes ya promulgadas tenían el carácter de definitivas, reconocían plenamente derechos adquiridos y no era posible lógicamente romperlas.

No puede decirse que legalmente podían ser nulificadas, porque como era un imperio sin más leyes que la voluntad absoluta del emperador, éste podía todo, hasta el imposible jurídico. En tal concepto, la conducta imperial no podía satisfacer de ningún modo á los adjudicatarios ni á la política francesa ni á las potencias protestantes, ni mucho menos al partido reformista. Maximiliano logró lo que todos los conciliadores de ideas é intereses irreconciliables : quedar mal con todo el mundo.

Pero el clero fué más torpe todavía : hizo conocer al trono su disgusto, su indignación, su intransigencia y sus amenazas. Vicario, uno de los generales clericales, hombre de convicciones inquebrantables, muy sanguinario y de gran valor, lanzó una proclama excitando á los pueblos á rebelarse para defender su santa religión. El llamamiento no tuvo eco y la autoridad imperial ordenó la persecución del rebelde. Mas este paso tan torpe inundó de desconfianza á Maximiliano y á las autoridades francesas. Fueron privados de sus mandos los caudillos clericales, Miramón, Márquez, Ta-

boada y otros de menor importancia. Fueron desterrados, disimuladamente, los generales Miramón y Márquez y, abiertamente, Taboada. Se licenciaron algunas fuerzas regulares y sólo quedó D. Tomás Mejía como general de división con mando, tal vez por inspirar una confianza absoluta. El clero había logrado hacer imposible la organización de un ejército imperial con elementos reaccionarios, en consecuencia había hecho por la causa republicana lo que difícilmente hubieran podido hacer en su beneficio sus mejores partidarios.

Maximiliano había aceptado con gusto á los jefes liberales de alta graduación que habían defeccionado; pero con excepción del general Cortina, á ninguno de ellos le había confiado un mando, lo que prueba que desconfiaba enteramente de su lealtad y hacía bien; resultado, tampoco podía organizar el ejército mexicano con elementos liberales.

Podía solamente organizar un ejército con elementos extranjeros, es decir, crear un ejército enteramente de dominación en el país y profundamente odioso para sus habitantes. Para sostener un ejército de esta clase, contra la verdadera voluntad nacional, necesitaba mayor cantidad de dinero que para sostener un ejército mexicano acostumbrado á la escasez y resignado hasta donde le era posible con la miseria. Cuando el mariscal Ba-

zaine, para ayudar á Maximiliano, dispuso que el tesoro francés pagara á los austriacos y belgas, éstos se disgustaron profundamente porque siendo su sueldo mayor que el de los soldados franceses, comenzaron á recibir solamente lo mismo que éstos. Un capitán de infantería austriaco ganaba mensualmente \$150; fué preciso que Maximiliano les prometiera que él pagaría la diferencia. Cuando en San Luis se retardó tres días el haber de los belgas : « De aquí grandes recriminaciones que entre los belgas han llegado hasta el tumulto, pues han gritado : « ¡ Viva la libertad ! ¡ viva la República ! ¡ abajo Maximiliano y los franceses ! (1) ».

Las tropas voluntarias defeccionan ó se sublevan inmediatamente que no se les paga, cuando están formadas de hombres libres capaces de tener voluntad y, sobre todo, de mercenarios.

Era imposible encontrar europeos que aceptasen venir á México á servir militarmente para ser tratados como nuestros desgraciados indígenas y nuestros no menos desgraciados oficiales. En Europa y los Estados Unidos la disciplina comienza con el dinero.

*
**

No era posible la formación de un buen ejército

(1) Loizillon, pág. 385.

imperial y enteramente nacional, porque no se había intentado siquiera disimular el desprecio con que el mismo Emperador abrumaba á los militares mexicanos que á su servicio estaban. El desprecio por los soldados mexicanos era casi una obligación de los extranjeros que habían venido á México, comenzando por los príncipes. « Así sucedió en el Estado de Michoacán con algunas disposiciones dictadas por el valiente coronel D. Ramón Méndez al teniente coronel belga Van der Smissen. *Este se negó á obedecer las órdenes de aquél, devolviendo todas las comunicaciones del jefe mexicano sin haberlas siquiera leído.* El coronel D. Ramón Méndez, comandante de Michoacán podía haberle sujetado á juicio, por insubordinado, á un consejo de guerra; pero usando de moderación para evitar un conflicto, elevó su queja al general en jefe, Bazaine, y al Ministerio respectivo (1). »

El coronel Méndez y D. Tomás Mejía, eran, sin duda, los mejores jefes mexicanos que tenía Maximiliano y sin duda alguna los que mejores servicios habían prestado leal y valientemente á la causa imperial; pero el coronel Méndez obró muy mal en haber tenido moderación en un caso tan grave de indisciplina, que determinaba por sí solo desmoralización y disgusto de todas las fuerzas impe-

(1) Zamacois, *Historia de México*, tomo XVIII, pág. 168.

rialistas mexicanas. Méndez debió obrar como se lo prescribía la ordenanza. Maximiliano correspondió á la moderación de Méndez con una bajeza. No quiso castigar al culpable, fijando así el precedente de que los soldados mexicanos que le servían eran despreciables al grado de no merecer la protección que les otorgaba la disciplina. En ningún gobierno civilizado hubiera quedado el teniente coronel Smissen impune. Maximiliano era indigno de la lealtad y de la sangre del más infeliz soldado mexicano con semejante comportamiento. Esta conducta no era error sino doctrina en los príncipes reinantes. La Emperatriz Carlota escribía en carta particular : « Los austriacos y los belgas son muy buenos en tiempo de calma; pero en tiempo de tempestad sólo se puede contar con los pantalones rojos (los franceses) (1). » Los infelices soldados mexicanos, que servían mal tratados y mal atendidos, parecía que no existían ó que no eran buenos ni para los días de calma. El general austriaco de Thun no tuvo reparo en dar un latigazo á los militares mexicanos sobre sus insignias. Con gran aplomo y verdad, contestando á una orden del mariscal Bazaine, le decía : « V. E. comprenderá muy bien que los oficiales y soldados salidos del ejército austriaco deben conservar la dignidad de este ejército y en conse-

(1) Niox, *l'Expédition du Mexique*, pág. 436.

cuencia jamás consentirán en ocupar la posición en que se encuentra el ejército mexicano (1). » Luego, según el general de Thun, el ejército mexicano imperialista no tenía dignidad por haber aceptado la posición humillante en que lo había colocado Maximiliano.

Los jefes imperialistas D. Ignacio de la Peza y D. Agustín Pradillo han dicho al público : « Al ejército (imperialista mexicano) á este pobre ejército tan mal conocido y peor juzgado, ¿cómo se le trató? Con el más torpe é inmerecido desprecio, al grado de verse oficiales de buena carrera, no improvisados, en la miseria más espantosa y esto en los buenos tiempos del Imperio..... El Imperio, queriendo ganarse su voluntad (de los extranjeros) admitió en el ejército aun en los grados superiores, á muchos de ellos postergando así á militares con méritos por la sola circunstancia de ser hijos del país; se hizo más : á todos los extranjeros al servicio de México se les designaban altas pagas, en términos de que mientras un capitán mexicano disfrutaba un sueldo mensual de setenta y cinco pesos, otro de la misma clase y extranjero, recibía ciento cincuenta y dos pesos (2). »

Entre los jefes y oficiales imperialistas había mu-

(1) General Thoumas, *les Français au Mexique*, pág. 296.

(2) Peza, Pradillo, Noriega, *Maximiliano y los últimos sucesos del imperio*, págs. 136 y 137.

chos valientes, pundonorosos, instruídos, de convicciones, que creían firmemente servir á su país adhiriéndose y sosteniendo la causa del trono. ¿Por qué estos jefes y oficiales no rompieron sus espadas y arrojaron sus fragmentos sobre la escalinata del trono? Algunos, muy pocos, por espíritu de sacrificio llevado hasta el martirio, convirtieron sus charreteras en cilicios y su espada en hisopo bendito de penitentes. Pero la gran mayoría sufría las más terribles humillaciones por hambre. Un individuo, antes que rebajarse hasta determinada indignidad, se suicida; una clase social jamás lo hace. El hambre de la clase media en México es su perdición; su espíritu es ilustrado, sus ambiciones sanas, su orgullo elevado, su educación refinada, sus tendencias nobles, su instrucción vasta; mas como el medio físico no le presentaba más que cuatro abrigos, los conventos, los asilos, los vicios y el gobierno, cualesquiera que fuesen sus cualidades se despojaba de todas ellas para como gusano siempre enlodado comer yerbas amargas y venenosas, crecidas en la esterilidad del presupuesto. El hambre, en realidad, fué el fundador del Imperio; debía ser también su exterminador.



El desprecio de los principios se extendía como una bruma gris y helada sobre toda la sociedad mexicana. Maximiliano convidaba á su mesa con la confianza del valor que adquieren las trufas para domesticar caracteres indomables montados sobre estómagos vacíos; convidaba también para doblegar conciencias repletándolas de vanidad. Pero era también grosero; se vengaba del disgusto de haber sido afable para seres que consideraba indignos. Ponía anotaciones en la lista de las personas á quienes se debía invitar á su mesa. En la lista de 5 de Junio de 1865, se ve escrito con lápiz y con su mano : « Basilio Arrillaga, jesuita y cangrejo. » Al lado del nombre de D. Ezequiel Montes, que no aceptó la invitación y ni siquiera la contestó, se lee : « Demagogo farsante ». En el nombre de las demás personas hay anotaciones ridículas ú ofensivas que no ha querido copiar D. Manuel Payno (1).

« Yo sé, decía Maximiliano, cuán corrompido es el clero (2) ». Zamacois habla « de la mala disposición que había en la emperatriz contra

(1) Payno, *Gastos, rentas, acreedores, etc.*, pág. 712.

(2) D'Héricault, pág. 115.

los prelados mexicanos..... » Intervenía la emperatriz en todos los negocios y al leer (en un programa de fiesta) que asistirían el arzobispo y el venerable cabildo, tomó inmediatamente un lápiz y borró la palabra « *venerable* », diciendo que nada era digno de esa calificación en México y mucho menos el clero (1). »

*
**

Ciertamente el clero bajo era corrompido y lo había sido desde el siglo XVI, como tenía que ser; toda autoridad eclesiástica ó laica es corrompida en razón directa de la debilidad mental y moral de sus gobernados. El indio no tiene ideas y es un escéptico sentimental; en consecuencia sus gobernantes inmediatos tienen completo derecho á la depravación. El clero alto era, en 1863, honorable, agrio, feroz, intransigente; mas su tendencia simoníaca no se puede considerar como corrupción, porque la iglesia autoriza la simonía. La superioridad del alto clero francés sobre el alto clero mexicano consistía en la elocuencia admirable y en el uso de la invención de querer demostrar con la ciencia lo que se condena con la ciencia : la

(1) Zamacois, tomo XVII, pág. 803.

revelación. Prefiero escuchar un sermón mexicano enteramente mexicano, empleando la fe como fuente de creencias, que uno de esos brillantes baturrillos á la Frémont ó á la Lacordaire, en que se pretende probar la *resurrección de la carne* con la química, la mecánica y la balística.

El clero mexicano en 1864 era antisocial, no por ser mexicano, sino por ser clero. La intolerancia, la intransigencia, la reacción hasta la Edad Media, venían de Europa; no eran mexicanas. Precisamente en 1864 Pío IX promulgó la encíclica *Quanta cura*, en la que condena el *naturalismo* ó sea la separación de la Iglesia y el Estado; la libertad de la prensa en asuntos de moral, de religión y en determinadas teorías científicas; el dogma de la soberanía del pueblo; el *regalismo*, que afirma que el poder eclesiástico debe someterse al civil, mas el comunismo y el socialismo, y por último, la instrucción pública ó privada laica ó religiosa, cuando ésta se halla fuera de la vigilancia pastoral. A esta encíclica siguió inmediatamente el famoso *Syllabus*, conteniendo ochenta proposiciones que condenaban todo el progreso humano alcanzado desde el Renacimiento; no hay en este documento movimiento del espíritu que no esté reprobado; el hombre, según él, debe habitar en la cisterna de los Sacramentos. Pero nada de esto era mexicano; toda esa grande y ab-

surda tentativa para empujar al género humano y hacerlo caer de espaldas sobre los escombros de su pasado, era europea y el principal apoyo de Pío IX para su demente reacción se encontraba en Francia, en la gran mayoría del clero francés ultramontano; la fracción galicana liberal de ese clero estaba postergada y perseguida; la regresión clerical tenía su fuerza en Francia más bien que en Italia.



Don Francisco de P. Arrangoiz, en su carta que acompaña á su renuncia, ya citada, dice á Maximiliano : « En dichos periódicos (los gobernistas franceses) se habla con frecuencia contra los jueces mexicanos, pintándolos á todos como corrompidos... Se dice en los periódicos y cartas que he citado que no hay mexicanos honrados para las aduanas y otros empleos, que se necesitan superintendentes extranjeros para que los vigilen ».

La corrupción de los empleados aduanales era efectiva, vieja, roedora como una ulcera fagedénica. A Mr. Seward le informaba Mr. Corwin, residente en México sin carácter oficial : « Desde que la aduana de Veracruz salió del dominio francés, la corrupción ha subido á un punto del que no se

tenía idea ». Don José María Iglesias, Ministro de Juárez, llamaba la atención del país : « En el *Courrier des États Unis* (órgano de la Legación francesa en Washington), periódico intervencionista y que se publica en Nueva York, se ha asegurado que toda la administración financiera de México va á quedar en manos de la Francia, la cual enviará un ministro y todos los empleados necesarios para el movimiento de tan vasta máquina. El encargado de este anómalo ministerio será el famoso Corta, recién llegado á París de vuelta de su primera misión en México, y cuyos informes son los que han dado lugar al plan mencionado, por haber asegurado á Napoleón que nada absolutamente se puede hacer con los empleados mexicanos, á casi todos los cuales les faltan inteligencia y probidad. »

La corrupción era cierta, pero necesaria. Sin excepción, todos los autores europeos de economía política enseñan á nuestros escolares, al tratar del contrabando, que éste es el resultado indeclinable de los aranceles fuertemente protectores, y, sobre todo, prohibicionistas. Donde hay un arancel insensato, la corrupción de los empleados que lo manejan es inevitable, cualquiera que sea su nacionalidad. El arancel de México era en 1864, tal vez el más insensato del universo; la corrupción debía estar á la altura de la causa. El segundo

motivo de gran corrupción era la gran edad del partido conservador; todo partido viejo en el poder trasciende á letrinas. El tercer motivo era que había trono, príncipe, ministros, ejército francés y empleados y no había gobierno. El caos administrativo es una excelente caldera para hacer hervir la corrupción y convertirlo todo en miasma. Por último, la prensa libre es el gran moderador de los gobiernos corrompidos; Maximiliano la había entregado á las cortes marciales; el robo, el fraude, la estafa, la concusión, el peculado, tenían que ser libres como la tiranía y soberanos como el Emperador.

Pero Maximiliano, en vez de estudiar la causa de la miseria de su administración, culpaba de todo á la raza, á esa raza mexicana, para todos los extranjeros intervencionistas, inmunda y sin salvación. Maximiliano ignoraba que él era también un corrompido y que había venido á corromper. No se puede gobernar con ideas y principios opuestos y quien quiera gobernar con los principios de todos los partidos, lo que en realidad quiere es corromperlos á todos para que le entreguen su fuerza, su honor, su inteligencia, su presente y su porvenir. La política de Maximiliano era la corrupción; la semilla era el Soberano. ¿Por qué espantarse de la buena cosecha? Cuando el soberano se vuelve verdugo, no tiene otros partidarios, siempre desleales, que los corrompidos.



Un gobernante puede ser temido, estimado, admirado; pero sólo es verdaderamente querido por el pueblo cuando es justo. Es preciso no confundir la justicia con la benevolencia. Cuando no hay justicia, la benevolencia no es más que la caridad roñosa de la tiranía ó el derroche escandaloso de todas las energías; es la debilidad infantil babeando todas las leyes ó la limosna arrogante que el déspota arroja al pueblo después de convertirlo en el huérfano de todas las libertades. La benevolencia del despotismo conservará siempre la amargura de la fuerza. Maximiliano era un benévolo de la peor especie; un benévolo débil, que no es más que el órgano de la malevolencia de sus favoritos, con accesos súbitos, inesperados, fugaces de tímida bondad. Maximiliano fué el benévolo que firmó el Decreto de 3 de Octubre de 1865.

Antes de la Intervención, los mexicanos estaban acostumbrados á los crímenes violentos y ardientes de las revoluciones en su paroxismo de pasiones convulsivas, ó al asesinato político, clandestino, misterioso, vergonzante cometido por Presidentes que concedían á la sociedad la cortés y púdica hipocresía de Tiberio. Con el ejército francés fué distinto; el incendio y el pillaje de las poblaciones des-

afectas fueron penas de un código de civilización; los asesinatos del 11 de Abril de 1859 en Tacubaya palidecieron hasta perder sus espesas manchas ante las hecatombes sistemáticas, jurídicas, tranquilas, frías, de las cortes marciales, funcionando con su magistratura de odio, de delación, de deshonra de la fuerza.

Cuando la sociedad sintió el olor de cuartel, de barbarie, de sangre coagulada, propio de las cortes marciales, sintió la ausencia del partido *demagógico*, inmensamente humano; sintió en ese partido todos los nervios de la nacionalidad, todo el calor del hogar, todos los glóbulos de la misma sangre, los recuerdos de la misma infancia, los remordimientos de los mismos errores; sintió en él el amor patrio precipitado en el fondo histórico de la gran familia mexicana, enloquecida y desgraciada.

*
* *

Un tribunal civil funcionando bajo el imperio de códigos civiles no puede coexistir con una corte marcial. La jurisprudencia de la corte marcial es la omnipotencia para considerar todo acto humano delito militar, para condenar sin defensa y sin pruebas, para aplicar penas inusitadas, excesivas, atroces. Donde funciona una corte marcial absorbente de toda clase de jurisdicciones, derechos, ga-

rantías, libertades, costumbres, no puede haber estado social; no hay siquiera estado de *campamento*, porque los civiles no son considerados como soldados en cuanto á prerrogativas; no hay más que un estado, el de la iniquidad; una ley, el terror; un procedimiento, la ferocidad; un fin, la venganza; una moral, hacer amar la anarquía. Los pueblos estrellados contra todos los infortunios por sacudimientos anárquicos, acaban por ver su salvación en un tirano; pero los cadalsos también fatigan y espantan; la corte marcial llega á presentar más víctimas que el desorden, y entonces la sociedad busca la anarquía como una salvación. La corte marcial es el calabozo, es el emparedamiento, es la vida con anticipación del ataúd; la anarquía es el caos donde el aire, las sombras, los gritos, los sufrimientos son libres. En la anarquía, el tirano es anónimo, es **todo el mundo**, es la libertad, es algo de grande por su idea, por su forma, por su estrépito; en la corte marcial, el tirano es un hombre, tal vez un miserable, un deforme, un idiota; una opresión de nauseabunda debilidad, un gusano aplastando un planeta. Este fenómeno horrible repugna á toda la naturaleza; es el absurdo matemático: la fuerza oprimida por su negación. En la anarquía, todos se mueven por la envidia; en la tiranía, todos revientan de abyección.

La magnanimidad de Maximiliano es prueba de

su hipocresía. Los franceses fueron lógicos; habían forjado la voluntad nacional monárquica con bayonetas, era natural que se propusiesen sostenerla con suplicios. Maximiliano aceptaba la corte marcial como había aceptado su trono, como una maravilla de la fuerza. Al principio, Maximiliano había venido al país á servir su voluntad, á sacrificarse por ella, á reinar democráticamente por un sufragio popular, á derramar el bien desinteresadamente como los astros derraman su luz. Poco tiempo después, cuando la voluntad nacional comenzó á expresar su reacción republicana, cuando se reveló su instinto invariable de nacionalidad, su horror por la dependencia, su reprobación por la ferocidad francesa, entonces la Emperatriz concibió otro programa y sobre él escribía á Europa : « Para civilizar á este país es preciso ser completamente su dueño, para tener todos sus movimientos libres; es necesario poder realizar todos los días su fuerza en gruesos batallones; este argumento no se discute (1) ».

El objeto de la Intervención era civilizarnos por medio de la corte marcial, expresión siniestra, cínica, repugnante de la dominación por el fuego, la sangre, la arbitrariedad y la bancarrota. En la clase opulenta se aceptaba esta misión por haber fracasado la grande obra de la restauración religiosa,

(1) Niox, pág. 436.

de purificación, de fe, de expiaciones para aplacar cóleras divinas. No habiendo sido posible al partido conservador embotellar el espíritu moderno, para arruinarlo, en la bodega de alguna tradición, se aceptaba el Imperio en las clases ricas, como una moda, por vanidad, por el lujo de las libreas, por las pelucas empolvadas de los cocheros imperiales.

Es triste ver á hombres piadosos que se decían de opiniones intransigentes é inmaculadas ortodoxas, enroscarse para vivir como caracoles en las ceñidas espirales de una etiqueta de corte. El partido conservador había derramado tres años largos sus lágrimas en la nación para salvar á la iglesia; sin ella la vida pública era, según se decía, la prostitución que congestiona en la taberna y disuelve las costumbres; pero cuando Maximiliano se presentó desgarrando también el sentimiento religioso con los principios de la Reforma, todos los piadosos, con muy raras excepciones, los pisaron como alfombra. Las almas que no podían resistir, sin congelarse, el tufo de la oratoria liberal, cortejaron la obra de Juárez servida en vajilla de plata con águilas coronadas apostólicas. Juárez había honrado al viejo partido conservador vencéndolo con balas y cadalsos; Maximiliano lo vencía con trufas, con fiestas chillantes, con alabarderos gigantescos de barba postiza.

Monseñor Meglia se había ido de México despi-

diéndose con el gesto profético que incendia, con la sonrisa del que ha conjurado á la infiel nación para convertirla en desierto de sal, con la ira sagrada del dios hebreo que espumaba calamidades, y no obstante la sociedad sana, la pía, la devota, asistía á las fiestas imperiales para honrarse con una mirada del príncipe hereje. La vanidad había vencido á la fe; la luz del banquete impío, azotando las tinieblas inquietantes del santuario, había puesto en claro la sensualidad pagana escondida en los pliegues cavernosos del jesuitismo. Juárez había ofrecido al partido conservador la tragedia; Maximiliano le impuso la abyección. El partido conservador era el enemigo político del Imperio; pero la vanidad le arrodillaba ante el príncipe.

El hambre burocrática y pretoriana y la vanidad de la clase elegante, mezclada con el terror por las confiscaciones que prometía la ley terrible republicana de Enero de 1862, sostenían únicamente al Imperio. La vanidad disponía de cortesías y abnegaciones de banquetes, no de espadas. El hambre que mantenía fieles al trono á la mayor parte de los militares mexicanos, tenía que invadir al fin al Imperio y diseminar casi á todos sus defensores, con su soplo irresistible de escorbuto.



Maximiliano era inteligente, sabía apreciar los hechos con la cabeza y con el corazón. El 18 de Julio se quejaba amargamente al Barón de Pont, su viejo y leal amigo residente en Miramar; refiriéndose á los militares franceses de México, le decía : « Hablo de estos altos funcionarios que gastan el dinero y la sangre de los mexicanos inútilmente, que hacen todas las intrigas para contrarrestar la formación de un ejército mexicano, que repatrian tropas sin el permiso de su soberano y contra los tratados más sagrados, que *permiten y autorizan el robo y el pillaje*, que desmoralizan cada día más un noble y glorioso ejército (el francés), que pisotean los principios de la civilización (1). »

La conducta del ejército francés estaba perfectamente apreciada y era de esperarse, en consecuencia, que Maximiliano ordenara al mariscal Bazaine, que estaba bajo sus órdenes, el inmediato regreso á la moral, al deber, á la civilización, ó que procurase retirarlo cuanto antes del país. Por el contrario, en Noviembre de 1865, solicitó del Emperador Napoleón la revisión del tratado de Miramar, « proponiendo aplazar toda reducción del efectivo de las

(1) Niox, pág. 491.

tropas francesas, y al mismo tiempo pretendió que Francia las pagase, lo mismo que los gastos de guerra. El gabinete de París rechazó estas proposiciones (1). »

La famosa ley del 3 de Octubre de 1865, fué una obra del mariscal Bazaine; él mismo lo declara así al Ministro de la guerra de Francia : « El Emperador Maximiliano, cuyo carácter parece ser esencialmente paciente, ha querido esperar que Juárez saliera del territorio antes de promulgar esta ley. S. M. se decidió al fin, por *mis consejos*, á dar una prueba de firmeza, que ha hecho un buen efecto entre los conservadores (2). »

La ley de 3 de Octubre es cruel; pero no lo es más que la relativa de Juárez de Enero de 1862; le fué impuesta á Maximiliano por Bazaine y por los mexicanos imperialistas. Bazaine no tenía razón de apelar á los procedimientos de Argel.

¿ Quedaban mexicanos honorables que peleaban sin descanso por la libertad de su patria, ó bien la resistencia era sólo un pretexto de bandidos para desarrollar el pillaje? Si lo primero se afirma, los combatientes de 1865 no tenían menos derechos á ser tratados como soldados que los defensores de Puebla de 1863 y la ley no era digna de un ejército civilizado. Si nada más quedaban en el país ha-

(1) Gaulot, tomo II, pág. 293.

(2) Gaulot, tomo II, pág. 293

ciendo resistencia gavillas de bandoleros, la pacificación estaba hecha en lo tocante al empleo de fuerzas militares francesas. Quedaba la tarea á cargo de la policía urbana y rural, y ese trabajo no era propio ni glorioso para el ejército francés.

Maximiliano esperó la salida de Juárez del territorio mexicano para dar la terrible ley. Además de la ligereza de aceptar una noticia grave sin la competente confirmación, la resistencia no tenía por objeto restaurar á Juárez en su trono, como la guerra carlista en España ha tenido por mira devolver el trono á un príncipe. Si Juárez hubiera muerto y lo mismo González Ortega, la lucha habría continuado. Juárez no dirigía la guerra ni la sostenía con recursos, era un simple signo de gobierno, útil, pero no necesario; su mérito fué enteramente *monolítico*, como lo asegura uno de mis más ilustrados amigos.

Dadas las condiciones en que se dió la ley de 3 de Octubre, más que acto de crueldad, fué acto de ligereza. No había sido necesaria la ley de 3 de Octubre de 1865 para asesinar patriotas civiles y militares. Las cortes marciales habían funcionado desde el año 1863 con toda regularidad y salvajismo. La ley de 3 de Octubre no agregó facultad alguna nueva á la ferocidad con que se combatía contra los republicanos. La ley de 3 de Octubre es una ley de amnistía dada en un momento de entusias-

mo provocado por la noticia de que Juárez había abandonado el territorio y por la creencia falsa de que Juárez era el todo de la resistencia. En tal concepto erróneo, una vez sin Juárez, no podían quedar hombres honorables luchando contra el Imperio y al mismo tiempo se abría á éstos los brazos de la clemencia y se procuraba aterrorizar á los bandidos. Basta ver las firmas de los moderados signatarios de la ley de 3 de Octubre para comprender que hombres como ellos, sin energía y muy cuidadosos de su vida y de sus bienes, eran incapaces de firmar semejante ley si no hubieran tenido la convicción de que había terminado la lucha en la República.

Pocos días después, los generales Arteaga y Salazar, indiscutiblemente honorables, soldados verdaderos y patriotas legítimos, 'cayeron en poder del coronel Méndez, quien cumplió con los preceptos de la ley. Inmediatamente Maximiliano ordenó que en « lo sucesivo no se ejecutase sentencia alguna contra personajes sin pasarla á su revisión (1). » Maximiliano debió derogar su ley ya que tan pronto la enmendaba. Su promesa solemne de Miramar lo demolía y lo atormentaba : « Pero si mis fuerzas fuesen inferiores á mi valor, mi más ardiente deseo será evitar que mi corona se vea manchada por

(1) Gaulot, tomo II, pág. 285.

una sola gota de sangre mexicana (1). »

El crimen de Maximiliano no fué la ley de 3 de Octubre de 1865, que no hizo más que *ratificar* la crueldad de las cortes marciales en el extranjero y hacer que toda la prensa libre de Europa y América reconociese al Imperio como atentador contra el pueblo mexicano y la civilización. El crimen de Maximiliano fué consentir en que la pacificación se hiciera á sangre y fuego, como de conquista en Madagascar, en el Tonkín, ó en el Soudan. Si el trono se lo ofrecía la mayoría del pueblo á Maximiliano y si en México, como lo vió al llegar, las cuestiones políticas graves sólo se decidían por la guerra civil, como lo probaba nuestra historia, no debía haber aceptado colocarse á la cabeza de un partido cualquiera para sostener una guerra civil en condiciones forzosas de salvajismo, no desfiguradas en nuestros anales revolucionarios. Bastaba haber leído la historia de la resistencia á la Intervención desde Enero de 1862 hasta Marzo de 1864, para convencerse de que la voluntad nacional en México era nada ó muy poca cosa en política ó que no había tal voluntad nacional. La persistencia de la guerra en la mayor parte del país probaba que si el Imperio no fué rechazado al principio por la mayoría del pueblo, sí lo estaba siendo por la mayoría de los mexicanos ca-

(1) Declaración de Maximiliano en Miramar. Zamacois, t. XVIII, pág. 171.

paces de vida activa política, que eran los únicos que habían constituido la nacionalidad mexicana.

En Maximiliano se siente la contradicción como su favorito fruto mental. Su inteligencia era capaz de tener ideas muy elevadas si se quiere, pero era incapaz de tener principios. Su cerebro se presta á la emulsión de los pensamientos. Le faltaba la facultad de coordinación; reflexionaba por tandas; no era capaz de desenvolver un drama, ni de fijarlo, ni de concluirlo. Comenzaba todo y nada acababa. Su talento era de *oberturas*; pero una vez que para cada negocio hacía sonar los primeros veinte compases, pasaba á otra cosa. Pero en lo que nunca logró entender ni la primera letra de la primera palabra, fué en la cuestión financiera, la verdaderamente decisiva. Cuando el problema económico tiene soluciones precisas y favorables, la cuestión política es siempre una esclava dulce aun cuando vista trajes de Cleopatra. Todas las faltas políticas tienen absolución, reparación y olvido, en una situación favorecida por amplios elementos económicos. Por el contrario, donde el problema económico tiene por solución la bancarrota social, gubernamental é individual, los asuntos políticos son inflexiblemente sombríos é insolubles.

La cuestión económica tenía que decidir del destino del Imperio en primer lugar. En pocas líneas y haciendo lo posible por no fastidiar á mis

lectores, voy á darla á conocer, pues su insensatez es tan grande que puede divertir como cuento árabe.

*
* *

Los gobiernos mexicanos habían disfrutado hasta 1864, de grande y justa celebridad por los negocios ruinosos que inventaban para subsistir en un fondo de suprema angustia. Maximiliano los sobrepasó. No pienso hacer el análisis de esos negocios, porque consumiría millares de páginas; pero voy á darlos á conocer de una manera clara, breve y precisa.

Maximiliano en 1864 y 1865 emitió en París títulos de deuda pública imperial (1).....		Frs. 732,592,960
<i>A deducir</i>		
Prima obsequiada á los suscriptores de los empréstitos	Frs. 268,213,205	
Comisiones, gastos y pérdidas.....	58,387,794	
Separado para pago de réditos de dos años por vencer y para garantía de los premios de la lotería de amortización.....	<u>96,219,519</u>	<u>422,820,518</u>
Líquido disponible.....		Frs. 309,772,442

(1) Todas las cifras están tomadas de datos oficiales del Imperio, publicados por D. Manuel Payno, comisionado al efecto por el Gobierno republicano, en el libro intitulado : *Cuentas, gastos, acreedores del tiempo de la Intervención francesa y del Imperio*.

Suma referente. Líquido disponible. Frs. 309.772.442.

Empleo que se les dió :

Pago de réditos atrasados de la deuda contraída en Londres por la República, pago que pudo hacerse en 50 años, al tres por ciento de interés anual, como estaba el capital.	Frs. 72,971,755	
Pagado á Napoleón III, á cuenta de sostenimiento de tropas y gastos de guerra	135,683,032	
Pagado por reclamaciones francesas, la mayor parte injustas ó fraudulentas..	62,600,000	
Regalo á la familia Iturbide	646,263	
Para enganche y transporte de austriacos y belgas.....	13,255,912	
A cuenta de sueldos de Maxiliano y Carlota, gastos secretos y de gabinete imperial, reparación y amueblamiento de edificios imperiales, gastos de la comisión que ofreció el trono y de recepción de la pareja imperial en México.....	<u>37,579,025</u>	<u>322,735,987</u>
Saldo en contra de Maximiliano.....		Frs. 12,963,545

*
..

Como se ve, la enorme suma representada en títulos de la deuda pública exterior contraída por

Maximiliano voló en primas, comisiones, gastos, pérdidas, depósitos para pagar réditos por vencer, en pagar deudas justas no exigibles de un solo golpe y en el pago de créditos injustos ó fraudulentos y, por último, en escandalosas dilapidaciones.

Para que se aprecie el espíritu desquiciador de Maximiliano, llamo la atención sobre la siguiente operación.

La República debía á los tenedores de bonos de la deuda contraída en Londres, réditos atrasados

Francos 72,971,755,

que agregados al capital, que ganaba según convenio tres por ciento anual, vencerían

Frs. 2,189,152 cada año.

Maximiliano pagó el importe de esos réditos atrasados entregando títulos que ganaban seis por ciento anual, y por un valor de francos 122,592,960 que vencían anualmente

Frs. 7,355,577.

Se propuso, pues, regalar á los ingleses por un tiempo indefinido, que podía ser de cincuenta años,

Frs. 5,166,425 al año,

ó sea, más de un millón de pesos anuales, sin conseguir que Inglaterra tuviese simpatía por su trono ni que le prestase más servicios que apoyar á los Estados Unidos en la aplicación de la doctrina Monroe.

La deuda total que reconoció y contrajo Maximiliano fué :

	<i>Capital</i>	<i>Servicio anual de réditos y amortización.</i>
Deuda contraída en Londres por la República..	\$ 51,500,000	\$ 2,000,000
Antiguas convenciones inglesa y española.....	13,000,000	1,440,000
Saldo del costo de la Intervención hasta 1° de Julio de 1864, que se debía á Napoleón III, y ganaba el 3 % anual....	43,200,000	1,296,000
Total de emisiones del Imperio, de 1864 y 1865...	146,518,600	10,526,241
Conforme al art. 10 de la Convención de Miramar.		5,000,000
Deuda pública interior 3% (cálculo).....	160,000,000	4,800,000
Suma....	<u>\$ 414,218.600</u>	<u>\$ 25,062,241</u>

Esta deuda de \$ 414,218,600 del Imperio, era hasta Diciembre de 1865. En el año 1866 se aumentó en :

Libranzas que se giraron sobre la Comisión de Hacienda de París, respaldadas por falta de fondos.....	\$ 5,914,600
Adelanto hecho por el tesoro francés en México.....	1,000,000
Lo estipulado en la Convención de Miramar, que no se pagó en el año.....	5,000,000
Saldo insoluto de gastos de campaña.....	3,200,000
Total.....	<u>\$ 15,114,600</u>

Agregado esto á lo anterior y sin contar los saldos insolutos por falta de pago de quincenas á los empleados y por otros servicios, dan en cifras redondas :

\$ 430,000,000.

Deuda de la República hasta la salida de Juárez de la Capital.....	\$ 175,000,000
Deuda de la Intervención y el Imperio.....	430,000,000
Debió habernos costado el Imperio.....	\$ 255,000,000

que pagó el pueblo francés gracias al triunfo de la República.

••

Maximiliano jamás se ocupó de hacer un Presupuesto; no sabía *qué cosa era eso*; se figuraba que una nación se rige como un gran señor derrochador que lleva por regla el magnífico principio : « *Hágase lo que se deba, aun cuando se deba lo que se haga.* » Pero según las obligaciones ineludibles que había contraído, su presupuesto anual económico debía ser :

Presupuesto imperial.

(Sin derroches)

Deuda Pública.....	\$ 25,062,000
Sueldos del Emperador y de la Emperatriz. «	2,025,000
A referir.....	27.087.000

<i>Suma referente.....</i>	27.087.000
Casa imperial, gabinete, servicio y gastos secretos.....	« 400,000
Ejército mexicano, 40,000 hombres comprendidos austriacos, belgas y Legión extranjera.	« 16,000,000
Gran depósito de jefes y oficiales del ejército antiguo y liberal, cuya mayoría reconoció al Imperio y á quienes conforme á la ley, se les reconocía grado y sueldo.....	« 6,000,000
Presupuesto del clero, según proyecto de Concordato, ofrecido á Monseñor Meglia.....	« 3,500,000
Gastos de administración de los Ministerios con excepción del de la Guerra.....	« 10,000,000
Gastos de administración de los antiguos Estados federales convertidos en Departamentos, pues el sistema de gobierno era central.....	« 7,000,000
Por instrucción pública y mejoras materiales (Cero.).....	
Gastos de campaña hasta 1868, causados por el ejército francés, término medio.....	« 2,500,000
Total.....	« 72,487,000
Ingresos efectivos anuales.....	« 18,000,000
Deficiente anual.....	\$ 54,487.000

Se comprende que un deficiente anual de *cincuenta y cuatro millones de pesos*, en egresos de setenta y dos millones, aun cuando Napoleón III hubiera cargado y recargado toda la marina mercante y de guerra francesa con financieros del calibre de Mr. Langlais, para que arreglaran la hacienda pública imperial, el fracaso tenía que coronar con espinas y silbidos sus esfuerzos.

El Imperio era imposible con Juárez ó sin Juá-

rez, con liberales ó sin ellos, con los Estados Unidos ó sin ellos. Ya no se necesitaba de la doctrina Monroe para desmoronar el Imperio; bastaba con la *doctrina de la miseria*. De esa situación no podía salir más que una catástrofe. El Imperio no necesitaba para morir que lo atacasen; la muerte estaba en sus entrañas; él solo se desplomaba por la acción de la gravedad, como un globo al que se escapa el gas. Nuestra historia financiera de desórdenes y absurdos estaba de luto, Maximiliano la hacía aparecer racional al lado de las finanzas imperiales. Los gobernantes mexicanos habían perdido el primer lugar en la escala de los desquiciamientos políticos, administrativos y sociales. Maximiliano había opacado el negocio Jecker y las finanzas de Miramón.

QUINTA PARTE

LA JUSTICIA

CAPÍTULO I

PRESENTACIÓN DE GRANDES CULPABLES

Hay cuatro clases de naciones. Las que tienen un gobierno emanado de su voluntad. Las que accidentalmente tienen un gobierno opuesto á su voluntad; pero que son capaces, una vez derrocado éste, de recobrar sus fuerzas, recomponerse y gobernarse por sí mismas. Las que son impotentes para tener voluntad política; pero que viven tranquilas bajo un gobierno secular tradicionalista que insensiblemente las conduce á su ruina; tipo Persia. Y por último, hay naciones que no tienen voluntad política; pero que marchan sensiblemente por la vía del progreso, conducidas con más ó menos miramientos por una minoría despótica y civilizadora.

En todo país católico en que el clero es muy rico y la sociedad muy pobre, el gobernante inflexible é intransigente de ésta es el clero. Todos los partidarios del clero, que lo son toda la clase un poco rica, tienen que sostenerlo por convicción ó por interés. El clero no cede más que por la violencia. El único partido ó facción posible para romper la dominación clerical, tiene que ser violento, despótico, de combate. En esta clase de sociedades, los moderados son una decoración moral; sólo los exaltados pueden llegar al poder.

Una vez victorioso, el partido progresista queda imposibilitado de hacer la paz por la conquista moral de la población y de sus adversarios vencidos, si no tiene dinero. Este era el período en que se encontraba México en 1867.

Almonte presentó á Napoleón á México como una nación de las de segunda clase; capaz de gobernarse por su voluntad, pero afligida por una demagogia que se lo impedía. Presentaba un carro sólido, perfectamente construído, ocupado por un cargamento riquísimo; pero detenido por una tranca entre sus ruedas. Bastaba quitar el obstáculo para que el carro recobrase su rápida marcha y llegara á su glorioso destino. Napoleón odiaba las demagogias y con cuánto placer debía acoger la oportunidad de destruir una *jacobinera* de primera clase. ¿Qué costaba tan benéfica obra? Casi

nada. En México había una gran parte de la población sana que deseaba ardientemente la monarquía y sólo pedía *un punto de apoyo* para sublevarse como un océano y arrojar á su pequeña plebe de tiranos estriados por sus inauditos vicios. La sangre francesa no podía correr, ni aun la mexicana; la horda Juarista tenía que rodar del poder poniéndole un dedo en cualquiera parte; pero ese dedo debía ser Francia, el dedo de un poder moral y material casi infinito. El costo de la expedición lo pagaría México sin vacilar, sin contar, sin reprimir su gratitud; podía pagar, mejor que con francos, con minas inagotables de oro y plata, á razón de una mina por zuavo. Lo único que costaría á Napoleón la expedición, era un poco de generosidad; mas la Francia tenía en su historia depósitos colosales de ese sentimiento.

Por otra parte, México era un deudor importantísimo al pueblo francés, le debía numerosos millones y reparaciones por agravios tremendos, de aquellos que emponzoñan el perdón de las naciones más generosas y lo matan irremisiblemente. México podía pagar sus inmensas deudas de honor y de millones, porque era sano y portentosamente rico; pero sus tiranos se lo impedían. Destruídos éstos, los súbditos franceses podían ser pagados inmediatamente con la largueza que impone la gratitud en los pueblos noblemente apasionados.

No hay acreedor cruel que no esté dispuesto á hacer un pequeño sacrificio para facilitar el pago á sus deudores. La expedición tenía, pues, un aspecto glorioso y un aspecto de gran conveniencia. La benevolencia y la justicia se desplegaban para servirle de alas y atravesar los sombríos espacios de la censura, donde se agitaban las oposiciones interior y exterior.

La causa de la Intervención se explica ingenuamente por los acontecimientos que la prepararon, la desenvuelven y la consuman, sin recurrir á cavilaciones sobre la adquisición del Véneto, el dique á los Estados Unidos, la posesión de Sonora, la ruptura del istmo de Tehuantepec. Napoleón III acogió el proyecto de la intervención precisamente porque no era un problema diplomático, ni político, ni militar, ni social; era un acto sencillo, natural, fácil, sin consecuencias, sin complicaciones, sin amarguras; imposible de comprometer en nada grave y en cambio podía dar resultados grandiosos, incalculables, sublimes é imprevistos. Contando con el Imperio mexicano como aliado fiel, íntimo é inteligente, México podía ser la base de operaciones para sostener á los insurrectos de los Estados Unidos. Podía la gratitud mexicana, una vez feliz la nación, soltar un poco de territorio, podía recompensar concesiones comerciales é industriales, bancarias, ferrocarrile-

ras. Podía dar lugar al agradecimiento de la casa de Austria y á una combinación para que Francia obtuviera el Véneto, darlo á Italia y recibir de ella una ó dos provincias italianas colindantes con el territorio francés. El negocio era excelente; se prestaba á grandes resultados sin comprometerse; todas las probabilidades eran de ganar mucho y ninguna de perder. No tenía caída y sí muchos elementos para levantarse y para proporcionar bienes sorprendentes é inesperados. Napoleón no fué torpe, ni malvado, ni ridículo al decidirse á intervenir en los negocios de México en virtud de los datos que le habían dado los interesados en la expedición. Napoleón tampoco fué ligero aceptando datos falsos para emprender una obra importante: Napoleón era César, y en esta posición es muy difícil que un hombre oiga y vea con sus propios ojos y sus propios recursos. El castigo de los Césares es dominar á todos los hombres de bien, excepto á sus aduladores malvados, que en la mayor parte de los casos son los que verdaderamente ejercen el despotismo.

*
..

El que se reconoce con derecho para intervenir con las armas en país ajeno, reconoce necesariamente el derecho de ser intervenido en el suyo. El

que apela á la intervención como derecho, aclama la vulnerabilidad de su propia soberanía. Para Napoleón III el derecho de intervenir era moral y políticamente imposible. La dinastía imperial fundada por Napoleón I había sucumbido por el derecho de intervención, los bonapartistas lo habían condenado con energía, llamaban traidores á los que solicitaron la intervención contra el primer imperio y la denominaban « **la horrenda traición de 1814** ». Proclamando Napoleón III el derecho de intervención, se hacía despreciable ante su propio partido ó hacía despreciar á éste por toda Francia. Intervenir era deshonar la dinastía napoleónica, denunciar su ilegitimidad, arrojar el decoro imperial á las oposiciones para que lo hicieran astillas. Napoleón III, según decían sus enemigos, no era más que el hombre de su crimen, el sobrino de un condotiero usurpador. El bonapartismo tenía que desaparecer en la lógica y en la veneración que aun le profesaba el pueblo francés. El obstáculo para intervenir en México un bonaparte era, pues, política y moralmente insuperable.

Pero Almonte había asegurado que no se necesitaba usar del derecho de intervención. Bastaba con el de *reclamación armada*; todavía más, no se necesitaba que las armas reclamantes fueran francesas. Cualquiera que fuese el *punto de apoyo ar-*

mado, el gran partido monarquista mexicano tenía que levantarse como una tempestad para derrocar á la vil demagogia, y ese mismo partido, levantado y vencedor, no teniendo á quien ofrecer el trono, se empaparía en honra aclamando al príncipe que le designara Napoleón.

Salvado así, tan ingeniosamente, el obstáculo, se presentaron los aliados reclamantes reunidos en Veracruz. El gran partido monarquista no se levantó y los reclamantes pidieron permiso para internarse, el que les fué concedido. Entonces los representantes de Francia cometieron un acto incalificable. Introducir dentro de las líneas enemigas franqueadas por la generosidad del gobierno mexicano á los enemigos de este gobierno, para que conspirasen y trataran de sobornar á sus tropas. Pero ni aun así se levantó el formidable partido monarquista, á pesar de que se le daban dos puntos de apoyo : las armas francesas y la felonía de sus jefes.

Entonces Saligny, en combinación con Almonte, se vió en la necesidad de apelar al **derecho de reclamación** en una forma odiosa. Se le exigieron á Juárez numerosos millones por créditos ni siquiera presentados al presunto deudor; todavía más, se hizo una reclamación por créditos que ni siquiera habían sido presentados á los reclamantes, y se exigió el pago inmediato ó la destrucción del

deudor. Para esquivar la deshonra del bonapartismo con el derecho de intervención, se apeló á un principio feroz, desconocido en la historia, principio denunciado por Julio Favre en el Cuerpo legislativo : « **mata á tu deudor cuando no pueda pagarte** ». Roma en su barbarie había dicho : « Haz esclavo ó vende al deudor que no te pague ». Napoleón hacía retroceder á Francia hasta el canibalismo : el vencedor se come á su prisionero de guerra que sólo puede pagarle con su demacrada carne. El pueblo francés sintió entonces que la expedición de México lo ensuciaba. Fué preciso decirle que la expedición tenía otro fin, un fin muy alto, un fin napoleónico, más que generoso porque surgía nada menos que de las ideas napoleónicas. Francia preguntó entonces cuál era ese fin; pero como en realidad no lo había, el Ministro Billault habló mucho para convencer á Europa sin quererlo de que el gobierno había puesto su prestigio en la cuerda floja y su habilidad debajo de una colosal aberración.

Es cierto que Napoleón III había querido colocar en el trono de México á Maximiliano desde fines de Septiembre de 1861, para algo, con un objeto provechoso para su dinastía; pero ni él mismo sabía para qué. El curso de los acontecimientos debía indicárselo y, antes de ser derrocado Juárez, los acontecimientos nada indicaban. Napoleón no

había pensado para obrar, obraba para pensar; por consiguiente, sus ideas napoleónicas tanto para México como para Francia no fueron preconcebidas.

Se ordenó á las tropas francesas que operando siempre generosamente marchasen sobre Puebla, centro venerable de monarquismo é intervencionismo; las flores debían caer sobre las gorras turcas de los zuavos; así lo aseguraron Saligny y Almonte al general de Lorencez.

*
**

Ya he dicho, y probado con numerosos é irrefutables documentos, que Napoleón III nunca engañó al partido clerical mexicano ofreciéndole una restauración eclesiástica. Tampoco Maximiliano la ofreció, como lo prueba el hecho siguiente: Monseñor Meglia, nuncio del Papa, en su nota primera á Maximiliano le dice: « Puesto que de este proyecto (del concordato) no se había jamás hecho mención á la Santa Sede ni al episcopado mexicano; por el contrario se le habían dado otras esperanzas y lisonjeras promesas (1) ». En estas palabras, el clero afirmaba que había sido engañado, puesto que había recibido lisonjeras prome-

(1) Monseñor Meglia al Ministro D. Fernando Ramírez, 29 de Diciembre de 1864.

sas y éstas no podían ser más que la restauración del poder eclesiástico, anhelada por el clero. Inmediatamente el ministro de Estado D. Fernando de Ramírez constestó al nuncio : « Como S. E. no explica claramente quiénes son las personas que adquirieron semejantes compromisos, esa afirmación puede dar lugar á creer que el Emperador sería la primera de ellas. Debo declarar completamente falsa tal afirmación (1) ».

No es el engaño al partido clerical lo que puede reprocharse á Napoleón y á Maximiliano. En el asunto de la intervención, Napoleón obró engañado, como es de rigor en la mayoría de los casos sometidos á la decisión de un César. Napoleón no pudo desconocer que los términos en que Maximiliano hizo sus empréstitos de 1864, eran ruinosos; pero creyó sin duda que la *fabulosa riqueza* de México podría soportar semejantes derroches, benéficos al pueblo francés suscriptor principal de los empréstitos. Su idea fué halagadora á sus súbditos especulando sobre la ilimitada riqueza de México. Como hemos visto, estaba ya convencido de que los ingresos fiscales mexicanos no eran en tiempos ordinarios de cincuenta millones de pesos anuales, mas no estaba desengañado de que la fabulosa riqueza mexicana era una estúpida mentira.

(1) Ramírez Fernando á Mons. Meglia. Enero 2 de 1865.

Si Napoleón hubiera sido menos ilógico ó hubiera tenido cerca funcionarios honrados, habría comenzado por enviar á México desde 1862 financieros instruidos y rectos, como M. Langlais, quienes unidos en Veracruz, Orizaba y la capital, á comerciantes, agricultores é industriales franceses honorables y viejos residentes en nuestro país, habrían ilustrado la cuestión financiera y demostrado á Napoleón la imposibilidad de fundar en México el imperio, la república, la teocracia ó cualquiera clase de gobierno sobre una perenne y escandalosa bancarrota creada, más que por los desaciertos de los infelices gobiernos mexicanos, por la pobreza real del país.

La conducta del Archiduque Maximiliano fué varias veces indigna. D. Jesús Terán, ex-ministro de Juárez, había ido á Miramar expresamente para desengañar al Archiduque respecto de los paisajes deslumbradores y fantásticos que le habían presentado los clericales que desempeñaron la comedia de ofrecer en nombre del pueblo mexicano una corona forjada en las fraguas ambiciosas de Napoleón III, destinada al archiduque austriaco. Maximiliano no debió firmar los empréstitos de 1864, porque eran la ruina de sus ambiciones. Hay una prueba de que no lo creyó así, en el hecho de haber renunciado, aunque con pesar, á todos sus derechos á la sucesión probable del trono austro-húngaro.

La primera indignidad del Archiduque consistió en cargar á la nación que iba á regir con una deuda expoliadora, con millones que no debía pagar y haciendo concesiones de despilfarro inmoral. Aun cuando el Archiduque creyera que México podía pagar fácilmente por su decantada colosal riqueza, los millones que se le robaban, la probidad del archiduque debió impedir que se consumara robo alguno. Hay otra indignidad más grave de Maximiliano. Su médico y amigo íntimo el Dr. Basch copia de los apuntes del Emperador Maximiliano lo siguiente: « Los franceses roban todo el dinero. De los dos préstamos no entran más que diez y nueve millones de francos en las cajas del tesoro y la guerra que ellos hacen cuesta más de sesenta (1). »

Si el Archiduque asegura él mismo que en los préstamos fué robado México, ¿por qué autorizó con su firma semejante robo y por qué de dicho robo tomó para su bolsillo ocho millones de francos? La verdad es que el archiduque fué coautor del robo, que según él se hacía á México en los empréstitos, por haberlo autorizado y por haber recibido su parte.

Los préstamos de 1864 importaron 432 millones de francos que debían ganar un interés anual de seis por ciento. Sin tomar en cuenta la deuda de la

(1) Dr. Basch, *Recuerdos de México*, pág. 17.

República, Maximiliano por sus decretos financieros de 10 de Abril de 1864, y por el tratado de Miramar, antes de poner un pie en México había gravado al erario mexicano en una suma colosal, al grado de que las rentas normales del nuevo imperio no podían ser suficientes para cubrir el servicio de los compromisos contraídos en Europa por el Archiduque.

No fué, pues, el partido moderado, como asegura el Dr. Basch, el responsable de la muerte de « un imperio que tenía elementos de vida ». Nunca tuvo el Imperio elementos de vida. Maximiliano lo trajo ya infestado de una miseria estupenda, que debía matarlo, sin remedio, en muy poco tiempo.

Quien mató al Imperio, en primer lugar, fueron los prohombres clericales que rodeaban á Maximiliano. Ninguno de ellos podía admitir que los compromisos ruinosos que adquiría el Archiduque podía cumplirlos el miserable tesoro de México. No importaba á esos prohombres que su patria se comprometiese hasta tener que pagar con territorio los millones que el Archiduque firmaba para derrocharlos por centenares. No hubo uno solo de los prohombres conservadores que en Miramar intentase contener la mano de Maximiliano, para que él mismo no hiciera imposible el imperio proyectado.

No se puede admitir que dichos estadistas conservadores no comprendiesen por las enseñanzas de

nuestra historia que las deudas de los débiles para con los fuertes se pagan siempre, tarde ó temprano, si no con dinero, con territorio ó con la independencia. El partido conservador representado en Miramar por D. Joaquín Velázquez de León, fué desleal para con su patria, con Napoleón III y con Maximiliano. No quería á toda costa el triunfo de sus principios, porque cuando éstos fueron repudiados tanto secretamente en el convenio de Miramar como pública y abiertamente por Maximiliano en México después de haberlo sido por el general Forey en su memorable proclama de 12 de Junio de 1863, ellos permanecieron fieles á un trono que había condenado sus ideales y que sólo podía dar pan ú oro á sus conveniencias. Lo que quisieron los más influyentes de ellos fué explotar al Imperio, adquirir altos puestos y hacerse pagar con esplendidez todos sus alcances.

*
..

Instalado Maximiliano en el trono y conociendo Napoleón á la nación mexicana tanto como los territorios de la luna, creyó de buena fe en el establecimiento y prosperidad del Imperio. Pero esta ilusión duró muy poco. En Marzo de 1865, nueve meses después de la llegada del Archiduque á México, después de haber negociado empréstitos por valor

de 432 millones de francos, después de haber contado con las esperanzas de la mayoría de la nación y con la pacificación casi terminada, resultaba que el Imperio cada día tenía menos partidarios, que la miseria era cada momento más rabiosa, la desconfianza más grande, la desertión de los adeptos más escandalosa. El mariscal presenta á Maximiliano á fines de 1865, los informes políticos que le habían dirigido de los diversos puntos del país los generales de división bajo sus órdenes : « Por todas partes el porvenir inspira inquietud, más bien desde el punto de vista interior que exterior. Hay asombro por no ver realizada organización de ninguna clase. Hay espanto por el vacío de las cajas públicas, que constantemente crece. Los partidarios del Imperio se desalientan y se resfrían (1) ». El prefecto imperial de Morelia, D. Antonio del Moral, explicando por qué había nombrado secretario de la prefectura á determinada persona, expresa que sus instancias « no tuvieron otro origen que el deseo de acercar al Imperio *uno de los muy pocos amigos que le quedan en este departamento* (2). »

Es innegable que Maximiliano era una gran potencia desquiciadora é incapaz de gobernar por sí solo un palomar; pero no es menos cierto que aun

(1) Gaulot, tomo II, págs. 309 y 310.

(2) Nota oficial de D. Antonio del Moral. Zamacois, tomo XVII, pág. 1041.

cuando el Archiduque hubiera sido el genio político, administrativo y guerrero de la época ó de todas las épocas, el Imperio, tal como se le entregó Napoleón III, era una obra imposible.

El Gobierno de París vió en el fracaso de la obra napoleónica únicamente la rara ineptitud del Archiduque y se propuso aconsejarlo, tutorearlo, protegerlo, y en último caso, despedirlo del trono como un mal sirviente. La política de Napoleón en 1865, después del triunfo del Norte de los Estados Unidos, no podía ser más que una : fijar el Imperio y retirarse cuanto antes; y así lo prueba el violento desengaño que obtuvo el mariscal Bazaine cuando viendo la ineptitud del Archiduque intentó trabajar por cuenta propia.

« Los partidos, decía el mariscal Bazaine, en su informe á Napoleón III, correspondiente al 28 de Marzo de 1865, que quedan en pie son : el demagógico y el que yo llamo conservador liberal, partido que quiere el orden y la paz, compuesto de grandes propietarios territoriales, de los liberales y moderados amigos de su país y de casi todos los antiguos clericales. Este último partido se encuentra en una inquietud extrema, aumentada desde los últimos acontecimientos de los Estados Unidos. Sus miembros forman un grupo cuya fuerza aumenta en proporción de la debilidad del gobierno y del peligro que puede crear la apatía aparente que pre-

side á los destinos del país y á la elección de los agentes del poder ejecutivo.

« He recibido á este respecto confidencias que emanan de un origen que no me permite dudar, y más bien que sufrir el yugo americano al que tiende el partido demagógico, los conservadores no vacilarían en entregarse al brazo que los ha sostenido y sobre el que basan todas sus esperanzas para el porvenir : es una anexión á la Francia ó por lo menos un protectorado en su forma más absoluta lo que el partido conservador está decidido á proponer el día en que á consecuencia de los acontecimientos, que no son improbables, el soberano que la intervención les ha dado llegue á faltarles.

« Este partido es nuevo, numeroso, poderoso, rico y saca su fuerza y su derecho en el amor sincero por su país y su nacionalidad; toma la denominación de partido imperialista por la esperanza que tiene en que el Emperador buscará en su seno los miembros de una administración que pueda salvar el país (1). »

Como muy bien lo hace notar el general francés Thoumas, este partido anexionista existió únicamente en la imaginación del mariscal Bazaine.

Los moderados execraban, lo mismo que los clericales, el yugo francés de igual modo que el norte-

(1) Gaulot, tomo II, pág. 224.

americano, y los mexicanos tampoco conocieron semejante partido. Napoleón, aun cuando le halagaba naturalmente anexas México á Francia comprendió que los Estados Unidos se habían de oponer con todas sus fuerzas y no siendo posible á Francia sostener una guerra colosal y ruinosa, en que debía resultar vencida, el gobierno francés desechó completamente las insinuaciones del mariscal Bazaine, contestándole el mariscal Randon lo siguiente : « Volviendo aún al contenido de vuestro último informe político, en lo concerniente á las aspiraciones de un cierto partido que señaláis, y cuyas tendencias se dirigen á reclamar ante ciertas eventualidades el protectorado de Francia, si estas tendencias tomasen alguna consistencia, debo declararos que debéis rechazarlas de la manera más perentoria, pues por ningún título y cualesquiera que sean las consecuencias, podría ser admitida, ni siquiera considerada semejante pretensión, pues está en abierta oposición formal con los intereses de la Francia y con las intenciones de Su Majestad. No creo tener necesidad de extenderme más sobre este asunto, que vuestra alta inteligencia no debe tomar en consideración ni por un solo instante (1). »

No podía ser más contundente la repulsión contra las ambiciosas insinuaciones del mariscal Ba-

(1) Gaulot, tomo II, págs. 225 y 226.

zaine, lo que prueba que Napoleón III, á mediados de 1865, estaba decidido á ni siquiera pensar en pretensiones sobre el territorio ó la independencia de México, en vista, entre otras cosas, del triunfo completo del partido unionista de los Estados Unidos.

¿ Por qué Napoleón, no pudiendo sacar provecho alguno de su intervención en México y contando con la oposición del pueblo francés y con la de los Estados Unidos persistía en una empresa que sólo le proporcionaba gastos, disgustos y peligros?

Napoleón III creía, á mediados de 1865, que el Imperio era no sólo posible, no sólo probable, sino un hecho ya indiscutible. Bazaine, mirando las cosas á la europea, aseguraba á su gobierno que la cuestión militar, que era la cuestión grave, estaba terminada, no quedando de fuerzas regulares diseminadas más de tres mil hombres, los que muy fácilmente y en poco tiempo tenían que ser destruídos forzosamente. Para Bazaine, las guerrillas significaban abundancia de manchones nocivos á la sociedad, no al Imperio.

La segunda cuestión importante para la definitiva consolidación del Imperio, la financiera, que debía ser la principal, no ofrecía dificultad, pues en el concepto de Bazaine y de Napoleón, no radicaba en la incapacidad económica del país que según ellos era **asombrosamente rico**, sino en la incapacidad

de los funcionarios mexicanos, resultado de su falta de cultura y probidad. En tal concepto, bastaba enviar á México financieros honrados y hábiles para dejar en algunos meses brillantemente resuelta la cuestión financiera. Se ve en las instrucciones que recibió de su Gobierno el notable financiero Langlais, que no le encomienda estudie si México es capaz de proporcionar al Imperio las rentas que éste necesitaba para satisfacer su cuantioso presupuesto, sino que tal cosa se da por hecha, por indiscutible, y solamente se recomienda que presente un plan magnífico, para recoger desde luego la exudación de oro que debía brotar con tenacidad de todos los poros del país. La tercera cuestión inquietante, la religiosa, estaba también salvada, porque no obstante las excomuniones fulminadas por el clero, todo el partido clerical, excepto algunos cabecillas como Márquez, Taboada y Vicario, habían aceptado el Imperio tal como quería Francia que fuese y asistían al banquete de las quincenas imperiales, sin importarles mucho ni poco las prerrogativas y reacciones eclesiásticas.

En suma, para Napoleón, si el Imperio no estaba completamente consolidado y asombrando por su prosperidad, se debía á la ineptitud de Maximiliano y á la corrupción y analfabetismo de los empleados mexicanos. « Como se sabe el consejero de Estado M. Langlais había sido enviado de Francia á ins-

tancias de Maximiliano para limpiar las caballerizas de Augias, á donde las aduanas y los impuestos eran pillados por los primeros servidores de la corona. Por todas partes sucedía lo mismo en los ramos de la administración mexicana (1). » No hay que olvidar que Augias tenía en sus establos tres mil bueyes y que llevaban treinta años de no limpiarse.

Ante tan gran facilidad para la terminación de la obra del Imperio, era lógico que Napoleón, comprometido ante su país, y ante todas las naciones civilizadas, no quisiera abandonar una obra ya casi concluida. Y era natural también que se empeñase en protegerla contra la agresión de los Estados Unidos. Napoleón nunca fué el necio que trata de llevar á cabo una obra imposible. El mariscal Randon, notando la diferencia que había entre los informes políticos del mariscal Bazaine relativos á Maximiliano, siempre malos, y los militares, relativos á su misión como mariscal, siempre buenos, le escribía : « Seguramente, si vuestros informes políticos viniesen solos se desesperaría del porvenir de México y nada tendríamos que hacer de mejor que abandonar el campo lo más pronto posible (2). » Napoleón no quería ya dificultades, no quería sa-

(1) Kératry, *Elevación y caída del Emperador Maximiliano*, pág. 82.

(2) Gaulot, tomo II, pág. 226.

crificios ni meterse en honduras, pero como creía su obra efectivamente establecida y fácil de terminar con brillo, esperaba esa pronta terminación para retirarse de México. No había más que dos medios para que Napoleón retirase sus tropas, fuera de la presión de los Estados Unidos : demostrarle la imposibilidad de la pacificación con el efectivo de las fuerzas francesas en México, ó demostrarle la imposibilidad de que México tuviese recursos para sostener el Imperio.

*
**

Maximiliano tenía las mismas convicciones que Napoleón y Bazaine respecto de México, el país maravilloso que podía dar para el sostenimiento brillante del trono todo lo que éste le pidiera, aun cuando fuera una tonelada de diamantes por hora. Maximiliano se sentía en el caso de un archimillonario que se muere de hambre por falta de algunos centavos debido á que su dependiente le roba, y por su falta de inteligencia y conocimientos, de lo que sólo resultan malos negocios. La salvación era, pues, cuestión de energía y admirablemente sencilla. Adquiriendo empleados públicos hábiles y rectos, todas las dificultades quedaban vencidas.

En los primeros días de Septiembre llegó el salvador de la situación financiera, M. Langlais, en-

viado por Napoleón III á petición de Maximiliano.



¿Pudo Mr. Langlais salvar la situación? El notable financiero llegó á la ciudad de México á mediados de Septiembre de 1865 y murió repentinamente el 23 de Febrero de 1866. Trabajó con tesón cinco meses y como se va á ver, su fracaso hubiera sido tan completo como lo fué el de su vida.

Mr. Langlais, pocos días antes de su muerte, había notificado á Maximiliano, que la cuestión financiera estaba ya resuelta por medio de un concienzudo plan. Por supuesto que Mr. Langlais fué creído y contribuyó con su grano de plomo al fusilamiento del Cerro de las Campanas.

He tomado empeño en conocer el plan de Langlais y voy á exponerlo, sin hundir á mis lectores en campo árido de cifras y reflexiones ininteligibles para los extraños á la ciencia económica.

El plan de Langlais, tenía por base la de todos nuestros ministros de hacienda desde la independencia hasta la intervención, que no fueron financieros, ni franceses, ni notables. Esa base ha sido la de todas las madres de familia que disponen de limitados recursos y la de todas las personas que

presentan sospechas de sensatas : la base del plan Langlais era nada menos que *disminuir los gastos y aumentar los ingresos*.

El Licenciado Don José María Lacunza, Ministro de Hacienda de Maximiliano, en su exposición al Mariscal Bazaine, que no es más que un grito desesperado de socorro, porque al ejército mexicano se le debían ya dos meses de haberes y no había ni esperanzas de darle lo correspondiente á una hora, decía con la ingenuidad de una persona que podía ser todo menos Ministro de Hacienda : « ¿Hay un remedio para esta situación? Ciertamente que lo hay y no soy yo quien lo afirma, sino Mr. Langlais quien lo ha dicho, él, que poseía la entera confianza de la Francia y que ciertamente era digno de ella. ¿Cuál es ese remedio? *consiste en un nuevo sistema hacendario* en el cual disminuyan los egresos y aumenten los ingresos. Este sistema está proyectado, casi redactado y puesto en práctica en su mayor parte (1). »

El Señor Lacunza, creía que era un sistema nuevo hacendario inventado por Mr. Langlais, equilibrar los presupuestos, disminuyendo los egresos y aumentando los ingresos. La idea era excelente, pero no nueva, y lo difícil en México, y en todas las naciones, siempre ha sido resolver la

(1) Licenciado José María Lacunza al Mariscal Bazaine. Exposición, 28 de Abril de 1867.

cuestión á que semejante axioma da lugar. ¿Era posible reducir los gastos?

Mr. Langlais vino á México cuando ya se habían consumido los dos empréstitos mexicanos de 1865, hechos en París; es decir, cuando el Imperio se había introducido por medio de una pieza de artillería dos balas rasas en su vientre.

El Imperio tenía entonces como gastos irreducibles anuales, en cifras redondas :

Servicio de los empréstitos de París, deuda contraída en Londres y convenciones.	\$ 12,400,000
Conforme á la Convención de Miramar.....	5,000,000
Gasto mínimo de campaña.....	2,000,000
Total.....	\$ 19,400,000

Estos gastos eran irreducibles en el terreno del derecho y de los hechos. Maximiliano no podía hacer lo que Juárez, decir á sus acreedores extranjeros : suspendo por un cierto número de años el servicio de la deuda. El Imperio habría sido atacado por las mismas escuadras y fuerza armada que cobraba á Juárez menores cantidades. Además, no podía ser el plan de Mr. Langlais, enviado por Napoleón, proponer que se repudiasen todos los créditos y deudas francesas y por último, las aduanas conforme al convenio de Marzo de 1865, debían quedar en poder de los franceses y no era posible desconocer sus derechos.

Maximiliano necesitaba organizar el ejército mexicano, pagar la administración civil central, y las de los antiguos Estados federales convertidos en Departamentos imperiales :

Estos gastos en su mínimo eran 30,000 hombres de ejército con tropas mexicanas.....	\$ 12,000,000
Gastos de la administración civil central, sin mejoras materiales.....	4,000,000
Gastos de administración de los antiguos Estados convertidos en Departamentos....	4,000,000
	<u>\$ 20,000,000</u>

El presupuesto de Juárez muy económico, hecho por el Licenciado Don José María Iglesias en 1867, fué sin pago de deuda pública :

Presupuesto federal.....	\$ 15,000,000
Presupuestos de los Estados.....	8,000,000
Total.....	<u>\$ 23,000,000</u>

Acordando á Mr. Langlais un presupuesto inferior al muy modesto de la República juarista en 1867, resulta :

Servicio de la deuda pública exterior.....	\$ 19,400,000
Presupuesto de administración interior.....	20,000,000
Total.....	<u>\$ 39,400,000</u>
Rentas totales del Imperio	18,000,000
Deficiente....	<u>\$ 21,400,000</u>

Necesitaba Mr. Langlais duplicar todas las contribuciones de la República para equilibrar su presu.

puesto. Sólo la duplicación de todas las contribuciones habría causado una sublevación general contra el Imperio y formado un inmenso partido de capitalistas y trabajadores mexicanos á favor de Juárez. Mr. Langlais trabajaba, pues, para Juárez.

La cabeza era francesa, su instrucción francesa, Mr. Langlais había consultado al Barón de Humboldt cuidadosamente, como lo declaraba *l'Estafette*, y había encontrado que un país tan *fabulosamente rico como México*, bien podía dar cuarenta millones de pesos anuales para pagar á su gobierno. Mr. Langlais, encontró que cada francés pagaba en Francia doce pesos anuales por contribución y cada mexicano dos pesos veinticinco centavos, lo que era insignificante; se podía duplicar, pues, la cuota. El Barón de Humboldt, continuaba cumpliendo su sagrada misión de trastornar cabezas de estadistas, conquistadores y príncipes. La obra de Mr. Langlais tenía que fracasar irremisiblemente.

*
* *

Pero ni Maximiliano, ni Langlais, ni Bazaine, ni Lacunza, ni los demás funcionarios que ejercían el poder, habían entendido lo que era el Imperio mexicano, y aun cuando Langlais hubiera conseguido el imposible de hacer subir los ingre-

sos á cuarenta millones de pesos anuales, el Imperio no podía vivir.

¿Qué era el Imperio?

Hasta Junio de 1863, las clases pasivas compuestas de huérfanos, viudas, cesantes, retirados, jubilados, pensionistas, todos demacrados, habían ajustado cuarenta y cuatro años en una miseria inconcebible. La Regencia de Almonte, les hizo sentir el deleite de percibir por la primera vez sus quincenas pagadas íntegras y con exactitud, cosa que jamás habían visto. Esta clase desvalida era muy numerosa, pues su presupuesto anual importaba más de tres millones de pesos. El Imperio fué para esta clase desgraciada, la vida, la salud, la patria, el honor, la humanidad, la religión. Mr. Langlais no consideraba en su presupuesto económico esos tres millones de pesos anuales que representaban el entusiasta imperialismo de las abundantes clases pasivas.

Ya he dicho que el Regente Almonte, conocedor de su país, promulgó la verdadera ley de pacificación. A todo militar, cualquiera que fuese su color político, se le reconocía grado y empleo con pago íntegro y puntuales quincenas. Almonte hizo más; como entonces pagaba el tesoro francés y tenía empeño en acreditar la negociación, admitió militares hasta con despachos extendidos en papel de estraza por reconocidos bandoleros, jefes de

guerrillas. Apareció cobrando al tesoro francés una verdadera población harapienta militar en la que dominaban los grados de general y coronel. Almonte discurrió formar un gran depósito de jefes y oficiales, con sueldos íntegros y exactamente pagados. Con excepción del grupo republicano heroico, que jamás dejó de combatir al Imperio, no obstante la tremenda miseria y persecución que lo acosaba, todos los militares reconocieron al Imperio, comprendida la mayoría del ejército liberal y se adhirieron á un sistema que les era desconocido : comer todos los días á hora fija, hacer la paz con los cobradores de inquilinato y vestir decente é higiénicamente. El Imperio fué, para esta dominante clase social, la verdadera gloria, la verdadera bandera, la verdadera patria, la verdadera doctrina política. Mr. Langlais suprimía entre sus economías los haberes de la clase militar fuera de servicio activo, lo que equivalía á ordenarle que fuera á ponerse á las órdenes de Juárez para derrocar al Imperio.

El Imperio era la piscina de néctar de los empleados civiles que jamás habían visto en junto una paga y que, abrumados de estupor, no concebían en virtud de qué artificio divino habían recibido doce pagas al año, veinticuatro medias pagas, una cada quince días, lo que los lanzaba, no solamente al bienestar sino á la opulencia, al despilfarro, á la

locura, abandonando para siempre en su concepto el triste oficio de asaltar á los amigos y á los conocidos para extraerles la peseta de la salvación ó un traje de medio uso con que asistir á la oficina. Para esas innumerables víctimas burocráticas, poco importaba que Juárez hubiera dado la ley de 25 de Enero de 1862 condenando á muerte á los servidores del Imperio. La ley de morir siempre de hambre era más terrible todavía. ¡Qué importan uno ó varios patíbulos después de haber recibido *cincuenta pagas* sin interrupción! Valía la pena de encararse con la muerte por tal de inundarse de felicidad. Mr. Langlais, reduciendo plantas de oficinas y sueldos á la burocracia adicta á las quincenas, devolvía á la República á un buen número de hijos extraviados entre las latas de conservas y jamones de la despensa imperial.

Los agiotistas en México habían acumulado sobre doscientos millones de pesos de créditos de la deuda interior, que á lo sumo habían adquirido por seis millones. El Imperio, cuyo objeto era *arreglarlo todo*, estaba obligado de preferencia á fundar el crédito nacional, lo que no podía hacerse sin fijar un rédito y una amortización á la inmensa deuda interior. El Imperio forzosamente debía hacer subir el papel del Estado *del 3 al 50 por ciento por lo menos*; los agiotistas deberían realizar entonces por lo bajo noventa y cuatro millones de

pesos de utilidad, sobre seis. El Imperio, no habiendo arreglado la deuda interior, no había hecho marchar los negocios como se esperaba. Mr. Langlais, en su presupuesto económico, no consagraba un solo centavo á la deuda interior, ni admitía negocios de agio. Los agiotistas hicieron lo de siempre, trabajar para que se hundiese un gobierno que no les era propicio.

Según el proyecto de concordato que se discutía en Roma, la Iglesia Mexicana continuaría disfrutando de sus bienes que no hubieran sido desamortizados, es decir de todos los que logró ocultar, que fueron la mayor parte, y además, debía recibir del Estado una cantidad anual no inferior á tres millones de pesos, como compensación por los bienes desamortizados. Mr. Langlais no consideraba en su presupuesto económico el del clero, por consiguiente la gran cuestión religiosa quedaba más que nunca en pie y amenazante contra el Imperio.

Parece imposible que hombres de talento é ilustración, como Lacunza, Siliceo, Escudero y Echagüe y Don Fernando Ramírez, aparezcan tan diminutos como estadistas. Ninguno de ellos comprendió que el Imperio fué aceptable, sostenido, aclamado, venerado, no obstante que á todas las conciencias en México les repugnaba la monarquía, como una estación de lluvias en una comarca agrícola largos años afligida por la sequía.

El mexicano, en materia de democracia social y política, es inflexible; ni en tiempos del gobierno colonial aceptaba la arrogancia de los nobles, ni tiene naturaleza para ceder á impertinencias aristócratas. El mexicano posterior á la independencia está acostumbrado á ver en el Presidente de la República á su igual y las cortes, etiquetas, ceremonias y pantomimas palaciales las desprecia ó le ofenden. El mexicano es un patriota intransigente en convicciones, más que en conducta, y las bayonetas extranjeras causaban efectos de humillación irritante candentes, sulfúricos, en sus sentimientos, en su vanidad y en sus intereses. El mexicano había recibido trescientos cincuenta años de educación muy esmerada para aborrecer á los extranjeros, lo que fué antisocial, pero por lo mismo la sociedad mexicana repudiaba en el fondo la intervención extranjera, y si la admitía, era como el enfermo desesperado que se somete sin cloroformo á tratamientos bestiales que lo martirizan.

El Doctor Basch, no tiene derecho para asegurar en su libro que los mexicanos carecen de convicciones muy firmes en política; no es cierto; el mexicano tiene convicciones muy firmes, es exaltado, violento, intransigente, intolerante y de gran fidelidad de conciencia á sus ideales. Lo que los mexicanos no tienen firme, por falta de régimen industrial en la sociedad, es el estómago,

y en la humanidad el centro de las fuerzas humanas se encuentra en el vientre. El Imperio, en México, apareció como una nodriza con tetas como océanos espumosos para acabar con el famelismo nacional; fué por consiguiente una verdadera bandera humana; fué en apariencia una gran revolución política y social. Combatir en México, el hambre de las clases decentes equivalía á constituirles una verdadera patria. El Imperio, ya lo he dicho, se hubiera establecido si hubiera sido federalista, liberal y si se hubiera hecho cargo de dar de comer á las clases decentes mientras el desarrollo del país les proporcionaba trabajo. El Imperio sólo podía subsistir en México bajo la condición impuesta á cualquiera clase de gobierno, y era la de tener un gran presupuesto; no un presupuesto de servicios reales administrativos, sino un presupuesto de pacificación, de orfanatorio, de seducción, de altruismo, de beneficencia y de corrupción.

Pretender reducir el presupuesto del Imperio acabando con el despilfarro, era una locura, porque el despilfarro bien entendido, consistente en amparar á las clases decentes, con el presupuesto, podía hacer la monarquía soportable y durable. Hacer economías en el presupuesto del Imperio era declarar que continuaba la demacración social, so-locada bajo el desprecio extranjero. La cuestión financiera en México, no podía ser resuelta con

economías, sino con derroches hábilmente calculados.

Siempre tocó la gloria á un francés de haber definido la verdadera situación financiera de México; pero no fué una eminencia en la ciencia económica como Mr. Corta, Mr. Bonnefond ó Mr. Langlais, sino un simple capitán del ejército francés, M. Loizillon, quien con notable precisión escribía á su familia en 1866 : « *Maximiliano se ha vuelto imposible, está completamente desmonetizado; es necesario que se vaya y lo más pronto mejor* (1) ».

La Intervención y el Imperio, representan la *monetización* del medio político, que se sintió removido, atraído, manejado, higiénico, por poderosas, especiales y desconocidas corrientes vivificantes de bienestar económico. *Desmonetizado* Maximiliano no podía continuar la base en que reposaba su partido. El derrumbe era inevitable. Si las eminencias moderadas que formaban el gabinete de Maximiliano desde su llegada á México hasta la agonía del imperio, hubieran sido estadistas, habrían dicho á Maximiliano : « Si el Imperio tiene por objeto también representar la miseria, no necesitamos de él; para el caso nos basta con una pantomima de República ó con un contubernio demagógico; para gobernar, aunque sea muy mal, dentro

(1) Loizillon, pág. 289.

de la penuria gubernamental, los mexicanos tenemos adquirido el primer lugar en el globo; la presencia de un Emperador nos es simplemente gravosa y nos pone en ridículo ».

. . .

Pero sucedió lo que debía suceder; Lacunza, sus socios y Maximiliano dieron enteramente fe á los desatinos de Mr. Langlais y la situación siguió desgarrándose á cada paso que daba. El primer genio embrollador de las cabezas de los estadistas mezclados en esta cuestión fué el Barón de Humboldt. El Barón de Pont, contestando la carta de Don José María Gutiérrez Estrada, en que este caballero le participa la muerte del padre Miranda, dice que el Archiduque se dedicó en Miramar á aprender el español, á leer la « Historia de México », por Don Lucas Alamán y el « Ensayo Político sobre la Nueva España (1) », por el Barón de Humboldt. Jauret asegura que Almonte convenció á Napoleón de la fabulosa riqueza de México con la autoridad de Humboldt (2). *L'Estafette* aseguró que Mr. Langlais había consultado igualmente á Humboldt y es probable que el Duque de Morny,

(1) De Pont á Don José María Gutiérrez Estrada, Correspondencia de Don Jesús Terán á Juárez, documento núm. 42.

(2) Jauret, *le Mexique devant les Chambres françaises*, pág. 39.

para dedicarse á robarnos millones, haya calculado sus negocios con la obra de Humboldt. Creo que si el noble y célebre Barón no hubiera exagerado una riqueza que, al cambiar el régimen industrial del mundo, tenía que convertirse en triste pobreza, Napoleón no habría sido engañado, Maximiliano hubiera permanecido Almirante de Austria, la Princesa Carlota no habría tenido motivos para que primero la enloqueciera la ambición y luego la desgracia, y no hubiera habido ni Imperio ni Intervención.

CAPÍTULO II

LA MALDAD CABALLERESCA DE MAXIMILIANO.

La expedición de México había tenido un objeto ostensible y otro oculto. Componían el objeto ostensible la necesidad de hacer efectivas las reclamaciones francesas y aprovechar los deseos monarquistas de la nación para establecer el trono de un príncipe liberal, virtuoso y capaz, que diera al mundo garantías de la reorganización de un vasto y rico país, útil á todas las naciones. El objeto oculto era cualquiera; pero estando basado en el triunfo de los confederados en los Estados Unidos y habiéndose declarado su ruina absoluta desde el 2 de Septiembre de 1864, desde esa fecha los designios ocultos de Napoleón sobre la expedición de México habían quedado completamente aniquilados. El trono de Maximiliano fué un medio para llegar á un fin oculto napoleónico, y siendo imposible éste desde que se anunció con seguridad la poderosa reconstrucción de los Estados Unidos, el *medio* no podía presentar interés para Napoleón III.

Haciendo á un lado la existencia de los Estados

Unidos, la situación para Napoleón III era muy difícil el 1º de Enero de 1866.

El pueblo francés, por medio de sus brillantes órganos en el Cuerpo Legislativo y en la prensa, presentaba con lógica correcta é implacable un argumento que no tenía réplica.

« Se ha dicho á Francia, decía Julio Favre, para hacerle subscribir el empréstito de 1865, excesivamente peligroso, que el Imperio mexicano está consolidado y en vía de gran progreso; ¿entonces, por qué no vuelven nuestras tropas; por qué continúan nuestros sacrificios? ¿El Imperio mexicano no está consolidado? ¿Cuál debe ser entonces el límite de nuestros sacrificios? Hemos inmolado en la cuestión mexicana hasta la fecha, ocho mil vidas de los mejores hijos de Francia, hemos puesto en peligro más de mil millones de francos de nuestras economías, que representan mucho en el bienestar y porvenir de la población de Francia; hemos perdido la simpatía de todos los hombres honrados de la tierra, porque es imposible que la voluntad nacional en México, quiera el imperio cuando ochenta mil hombres entre franceses, austriacos, belgas y mexicanos han derramado sangre, dolor y espanto durante cuatro años. Pedimos al gobierno que nos fije siquiera el número de vidas que hemos de sacrificar y el número de millones que hemos de perder, para seguir deshonrándonos

por una obra inicua de violencia. No admitimos que se nos diga que el trono de Maximiliano debe quedar establecido, nada nos importan ese príncipe extranjero, ni su trono. Pedimos al gobierno que categóricamente nos diga qué bienes le vienen á Francia con que Maximiliano tenga un trono en un mar de sangre. »

Tan justos razonamientos no fueron expuestos y sostenidos, con sombría y majestuosa elocuencia, sólo un día sino todos los días en la prensa y en la tribuna francesa. Fueron manejados y repetidos en todos los tonos, prestigiados con todas las galas de la arrogante lengua francesa, reproducidos por la prensa de todos los países civilizados. El primero que no podía contestarlos era Napoleón III, por ser también el primero en reconocer su exactitud.

Cuando por las necesidades militares de la campaña, en vista de la actitud resuelta de los Estados Unidos de proteger desde luego invasiones á México de voluntarios norteamericanos en grandes masas para alistarse en las filas republicanas, obligaron al Mariscal Bazaine á hacer la concentración estratégica de sus fuerzas, se vió, á no caber duda ni para los ciegos, que la pacificación era falsa, precaria, aparente; donde se retiraban los soldados franceses, la causa republicana triunfaba inmediatamente, con signos evidentes de fuerza, de necesidad

y de gran porvenir. Lealmente Bazaine transmitió lo que veía y sabía á Napoleón III, y este soberano, verdadero gran talento y político eminente, comprendió que la causa del Imperio estaba perdida y que los indebidos sacrificios que, con peligro de su propia dinastía, le imponía al pueblo francés, eran completamente inútiles y excesivamente peligrosos.

« Habían pasado los tiempos en que el gobierno francés creía aún en la posibilidad de hacer viable la empresa mexicana y de consolidar el Imperio. La convicción de que cualquier nuevo sacrificio no sería más que una pérdida para Francia, sin ningún resultado práctico para México, había penetrado tan bien en el espíritu de Napoleón III, que las pretensiones de Maximiliano transmitidas por el Comandante Loysel se estrellaron contra una voluntad formalmente expresada (1). »

¿Es ó puede ser un crimen de Napoleón III, reconocer que no podía, aun cuando quisiera, llevar al pueblo francés á sacrificios á que éste se resistía legítimamente, porque ese pueblo nunca se comprometió á nada con Maximiliano y siempre le fué antipática la expedición de México? ¿Es ó puede ser un crimen de Napoleón III, reconocer que todo sacrificio impuesto á ese pueblo era inútil para la

(1) Gaulot, tomo III, pág. 14.

realización de una obra condenada á perecer irremisiblemente?

Napoleón había ofrecido el trono á Maximiliano, es cierto y había ofrecido sostenerlo. ¿En qué términos? En los muy bien fijados por la Convención de Miramar.

En México se creía, porque así le convenía á Maximiliano hacerlo creer, que Napoleón, retirando sus tropas de México, había violado el tratado de Miramar. Esto es tan falso como asegurar que los bueyes vuelan como las águilas.

El Convenio de Miramar obligaba á Napoleón III á sostener en México :

Durante el año 1865, comprendida la Legión extranjera de 8,000 hombres.....	28,000 hombres
Durante el año 1866, comprendida dicha Legión	28,000 »
Durante 1867, comprendida la citada Legión.....	20,000 »

Pero el mismo Convenio de Miramar obligaba á Maximiliano á pagar cada año á Francia \$ 5,000,000, más los gastos de guerra. ¿Siendo el contrato bilateral, puede exigirse jurídica ó moral ó políticamente á una de las partes el cumplimiento de sus obligaciones, después que la otra no ha cumplido con las suyas? Maximiliano había dado algo á cuenta de sus compromisos; mas no habiéndolos llenado á satisfacción de la otra parte, conforme al contrato,

no tenía derecho á exigir á ésta el cumplimiento de sus obligaciones, que hasta entonces habían sido perfectamente cumplidas.

La mejor prueba de que Maximiliano no habia cumplido con las obligaciones que le imponía el tratado de Miramar, es la disculpa agresiva y estúpida que él mismo presentó á Napoleón en el Memorial por él firmado y que la Emperatriz Carlota leyó al Emperador francés: « El General en Jefe francés (Bazaine) ha privado á este gobierno de sus naturales recursos, no terminando pronto y felizmente la guerra ». De manera que, según Maximiliano, estaba obligado á pagar el sostenimiento de las tropas francesas sólo en el caso de que éstas hubieran hecho pronta y felizmente la pacificación. Semejante cosa no la dice el convenio de Miramar y tan agresiva como ridícula pretensión indignó al soberano francés. El tal Memorial no es más que una requisitoria calumniosa contra el Mariscal Bazaine. No hay en el tratado de Miramar, ni podía haberla, una palabra que autorice á creer que pueda sospecharse de algún modo que sería posible la estipulación de que sólo debía Maximiliano cumplir sus obligaciones pecuniarias, previa pronta y feliz pacificación.

Los artículos relativos de la Convención de Miramar son :

« Art. 10. — La indemnización que deberá

pagar el gobierno mexicano á la Francia por sueldos, alimentos y sostén de tropas del cuerpo de ejército, desde el día 1º de Julio de 1864, queda fijada en la suma de mil francos al año por cada soldado.

« Art. 13. — El gobierno mexicano entregará en México el último día de cada mes, al pagador general del ejército, lo que deba para cubrir los gastos de tropas francesas que queden en México, conforme al art. 10 ».

No habiendo probado Maximiliano á Napoleón ni á la historia con los recibos del pagador francés que había cumplido fiel y estrictamente con las obligaciones del tratado de Miramar, sino que bajo su firma pretendió disculparse con una calumnia irritante contra el Mariscal Bazaine, queda probada la nulificación del tratado de Miramar por culpa exclusiva del Emperador Maximiliano. Es, pues, una calumnia insostenible la afirmación de que Napoleón violó los tratados de Miramar.

*
* *

Tiempo es ya de tomar en cuenta en el asunto la intervención de los Estados Unidos.

El gobierno de los Estados Unidos representante de una influente plutocracia en 1865, no quería la guerra con Francia; pero el pueblo y el

ejército la deseaban. Durante la guerra de secesión el pueblo norteamericano había sido herido con el reconocimiento por Napoleón de los Confederados como beligerantes, por la simpatía que la prensa francesa semioficial y oficiosa manifestaba por los rebeldes y por la invasión de México, en su orgullo, en sus ambiciones, en sus tradiciones, en sus sentimientos y en sus convicciones. En los momentos de mayor angustia se vió obligado á humillarse como un *granuja* ante la arrogancia de Napoleón III; la hora de la venganza había sonado con la caída de Richmond. M. Seward tenía que ceder á las exigencias populares y militares ó retirarse y nulificar al partido republicano.

Mr. Seward calculó bien á su enemigo; Napoleón III no podía aceptar la guerra. Francia contaba, es cierto, con una marina poderosa; pero no podía limitarse á la guerra naval siendo el punto en cuestión el sostenimiento del trono de Maximiliano y la ocupación de México por el ejército francés. La guerra en tierra tenía que dar la victoria completa á los Estados Unidos y, para sostenerla, Francia necesitaba comprometer todo su ejército y quedaba desarmada ante las potencias de Europa que le eran enemigas y ambicionaban la ruina de su poder y el desmembramiento de su territorio. Es indudable que si Francia hubiera mandado 300,000, hombres á México, para comenzar á re-

sistir á los setecientos mil de la Unión Americana, el Rey de Prusia se habría dirigido á París en 1866, antes que destruir en Sadowa á las formidables fuerzas de Austria. Esto lo sabía bien Napoleón.

La guerra naval tenía grandes inconvenientes. Los Estados Unidos habían perdido su marina mercante por la intrepidez de los corsarios del Sur. Francia tenía que perder una importante marina mercante atacada por los más terribles corsarios del mundo : los norteamericanos. Francia podía destruir con su poderosa flota á la marina de guerra norteamericana, cerrar y bloquear los puertos de los Estados Unidos arruinando su comercio. Pero Inglaterra no podía consentirlo. Inglaterra y los Estados Unidos eran las naciones que entre sí hacían más comercio en el mundo. La cuarta parte del total y colosal comercio de Inglaterra tiene por clientela rica y firme los Estados Unidos. La industria inglesa había sufrido hasta tocar á funestas crisis con la suspensión del comercio del algodón americano durante la guerra separatista. Además, como los Estados Unidos se habían quedado sin marina mercante, la marina inglesa servía todo el comercio de los Estados Unidos. Una guerra naval entre Francia y los norteamericanos, á quien hería de muerte era á Inglaterra, potencia que no había de permitir que se la sacrificase.

Sin el consentimiento de Inglaterra, que fué pedido por Napoleón III y que le fué rotundamente negado, el Emperador francés tenía que ser destruído en tierra por el ejército americano en México, en el mar por la flota inglesa y en Francia por la Prusia.

Los Estados Unidos al exigir la desocupación de México á Napoleón, defendían su honor, su supremacía en América, sus intereses políticos y comerciales, su puesto entre las potencias, legalizado por su poder. ¿Francia, qué iba á defender? ¿El trono de Maximiliano? No era un interés francés. ¿Un asunto de amor propio del género necio? Tampoco; el pueblo francés siempre reprobó la expedición de México. Era sencillamente locura en asunto de amor propio personal para Napoleón III.

El Emperador francés no era un demente para sacrificar por un caso personal de amor propio, su trono, su patria, su reputación intelectual y tal vez aun su vida. Yo creo que aun cuando Napoleón III hubiera tenido que violar el convenio de Miramar para salvar á Francia de su ruina, de su desmembramiento, de la deshonra, habría hecho bien, ante la moral y el patriotismo, en violarlo. No hay deberes imposibles y no hay gobernante que tenga el deber de causar á sabiendas la ruina de su patria por sostener su firma en un convenio político personal.

Sobre todo, Napoleón, empeñándose en no retirarse de México por sostener sus tropas nueve meses más, no sostenía el trono de Maximiliano; simplemente evitaba el derrumbamiento de un imperio ya cadáver, durante algunos meses. ¿Valía la pena sacrificar á Francia por conservar el enjuto cadáver de la situación imperial fuera de su ataúd algunos días?

Como lo he probado, Napoleón III no estaba obligado á respetar convenios que Maximiliano había violado.

Napoleón, cuando determinó retirar de México á sus tropas y así se lo notificó á Maximiliano, ofreció á éste compensaciones generosas que valían muchísimo más que el cumplimiento del tratado de Miramar.

CAPÍTULO III

EL DERRUMBE

En el asunto de la Intervención y el Imperio, las pasiones han hablado con altanería y expulsado á la verdad de la historia. El Archiduque Maximiliano ha sido juzgado con inmerecida benevolencia hasta 1887 y el Emperador Napoleón III con injustificado rigor.

Napoleón III jamás ofreció al Archiduque Maximiliano que la Francia lo sostendría indefinidamente en el trono con su oro y con su sangre. Tampoco ofreció pacificar el país y retirarse cuando á Maximiliano no le quedara un solo enemigo armado. Desde Agosto de 1864, en que se supo en París que el tesoro francés continuaba pagando tropas mexicanas, el Ministro de Marina Mr. de Chasseloup-Laubat notificaba al Mariscal Bazaine : « Debéis comprender cuán falsa será la situación del gobierno del Emperador ante el Cuerpo Legislativo, si todas las afirmaciones hechas en el período anterior se encuentran desmen-

tidas por los hechos. Es necesario que las deudas del gobierno mexicano con la Francia no aumenten y que la Convención de Miramar sea religiosamente observada (1) ».

Maximiliano firmó el tratado de Miramar sin tener más datos sobre México que los que le daban los conservadores interesados en que aceptase el trono que le ofrecía Napoleón. El mismo Maximiliano en su carta muy conocida á su íntimo amigo el Barón de Pont, que ya cité, le dice que « bien sabía desde que recibió por primera vez en Miramar á la comisión mexicana, que sus miembros sólo le contaban fantasmagorías ». De modo que sobre *fantasmagorías* aceptó el Archiduque las responsabilidades que le imponía el tratado de Miramar.

Una vez en México, el Archiduque tuvo ocasión de ver y saber que su gobierno no podía cumplir los compromisos del Convenio de Miramar, ni los contraídos por los empréstitos emitidos en París en 1864. Era el momento de haber obrado con inteligencia y honradez, diciéndole á Napoleón : « Estoy decidido á abdicar si no se reforman mis compromisos hasta hacer posible su cumplimiento. ¿Creía el Archiduque que México tenía recursos suficientes para satisfacer los compromisos ocasio-

(1) Gaulot, tomo II, pág. 140.

nados por el Imperio y que no lo hacía por el estado de guerra? Entonces el Archiduque debió exigir que mientras durase el estado de guerra quedaran suspensos sus compromisos.

Napoleón nunca pensó en obtener la pacificación á todo trance, cualesquiera que fuesen los sacrificios que hubiera importado. En Julio de 1865 el Mariscal Randon escribía resueltamente, por acuerdo del Emperador, al Mariscal Bazaine : « Ciertamente que si vuestro informe viniese aislado, se desesperaría del porvenir de México, y lo mejor que deberíamos hacer entonces sería retirarnos lo más pronto posible (1). »

La ambición es un vicio que, como el alcoholismo, produce en determinado período y en determinadas naturalezas, el *delirium tremens*. Alcanzado el período de alucinación permanente, la inteligencia de la víctima se reduce miserablemente á la del idiota. Maximiliano nunca tuvo motivos para saber, ni para admitir, ni para suponer que Napoleón estaba dispuesto á hacer más sacrificios por la conservación del trono mexicano que por la conservación del suyo propio y, sin embargo, semejante *imposible* lo considera como un hecho que no admite duda ni discusión.

El Ministro de Hacienda de Maximiliano, Li-

(1) Gaulot, tomo II, pág. 226

cenciado Don José María Lacunza, persona de gran talento, instrucción y probidad, pedía por acuerdo de Maximiliano un recurso pecuniario con urgencia al Mariscal Bazaine y terminaba su solicitud con las siguientes extrañas palabras :

« Por lo expuesto, el Mariscal verá en qué alternativa se encuentra : Ó le impone al tesoro francés una carga ligera para terminar la obra comenzada por el Emperador Napoleón, ó si no lo hace, tendrá que imponer á la Francia más tarde sacrificios mucho más importantes, *pues la obra no puede quedar abandonada* (1) ». Existía, pues, la convicción en el gobierno de Maximiliano que Francia *no pudiendo, sin que se sepa porqué*, abandonar la obra *del Imperio* estaba dispuesta á no poner nunca límite á sus sacrificios.

Esta nota de Lacunza fué escrita después que Napoleón III le había dicho á Francia, en el Cuerpo Legislativo, el 23 de Enero de 1866 : « Nuestra expedición toca ya á su término ». El Mariscal Randon, Ministro de la Guerra escribía al Mariscal Bazaine al mismo tiempo : « No podemos prolongar indefinidamente nuestra permanencia en México; varias razones inútiles de enumerar imponen al gobierno del Emperador el deber de fijar el término de nuestra ocupación. La repatria-

(1) Licenciado Lacunza al Mariscal Bazaine, 25 de Abril de 1866. Niox, pág. 564.

ción deberá comenzar el invierno próximo ó tal vez mejor en el otoño y deberá continuar sin precipitación, pero *también sin interrupción* (1) ».

Más claro, más franco, más leal no podía mostrarse Napoleón III. ¿ En qué se fundaban Maximiliano y Lacunza para escribir á Bazaine que Napoleón no podía abandonar la obra comenzada? ¿ No era bastante que el Barón Saillard, enviado especial de Napoleón, viniera á decir á Maximiliano, que se había alcanzado ya el límite de los sacrificios de Francia por el Imperio mexicano?

Se contestará que Napoleón estaba obligado á cumplir el tratado de Miramar. Ya he dicho y probado que no habiéndolo cumplido Maximiliano, el Emperador Napoleón quedaba sin la obligación de cumplirlo. Pero Maximiliano no pretendía que Napoleón llenase sus compromisos mientras él conservaba la libertad de violarlos; quería un nuevo contrato en términos dementes y para el efecto envió á negociarlo á París al General Almonte.

Tenía encargo el General Almonte de pedir á Napoleón : tres años más de permanencia de las tropas francesas en México; pago de lo estipulado en la Convención de Miramar, para *cuando pudiera hacerlo el tesoro mexicano*, lo que equiva-

(1) Niox, pág. 450.

lía á eximirse de todo pago; el ejército mexicano no había de recibir órdenes más que de Maximiliano; por último Francia, el gobierno francés, haría todos sus esfuerzos para que Maximiliano fuese reconocido por los Estados Unidos ». Esto lo había hecho ya Napoleón con tanta insistencia como mal resultado.

Por supuesto que Napoleón contestó sin engaños, sin dar esperanzas, ni desfigurar su terminante resolución, que lo que pedía Maximiliano era *imposible*. En su nota de 31 de Mayo de 1866, el Ministro de Negocios Extranjeros de Francia dice, con enfado por pretensiones que son verdaderamente impertinentes : « El Emperador Napoleón ha sentido sobre todo, ver *reproducidas* en el proyecto de tratado remitido á su gobierno por el General Almonte, proposiciones ya formuladas, y que cada vez que se han reproducido, le han obligado á rechazarlas por las razones más poderosas ». Mr. Drouyn de Lhuys marca las siguientes expresiones : « Después de las declaraciones francas, leales y explícitas del gobierno francés, *cuesta trabajo explicarse la persistencia de las ilusiones que han presidido á la concepción del proyecto. Es imposible admitir las proposiciones del General Almonte* (1). »

(1) Nota de Mr. Drouyn de Lhuys al Gobierno de Maximiliano 31 de Mayo de 1866.

Después de esta enérgica cuanto firme contestación, Maximiliano no se dió por convencido; recibió la nota de Almonte en que participaba el fracaso ya anunciado á Maximiliano por Mr. Drouyn de Lhuys y entonces tuvo un momento de lucidez y resolvió abdicar. Pero la Emperatriz Carlota, á quien varios autores dan la reputación de inteligente, detuvo la mano de su marido cuando iba á firmar la abdicación y se ofreció á ir á París con el objeto de vencer la resistencia de Napoleón. No hubo una sola persona en la Corte de Maximiliano que hubiera tenido el valor y la honradez de decir que la nueva instancia no podía ser más que una nueva impertinencia, necesariamente mal recibida por el gobierno y el pueblo francés.

Llama la atención que después del conocimiento de la actitud de Napoleón, la Emperatriz Carlota partiera de México, para pedir aún más de lo que se había declarado *imposible conceder á Almonte*, pues pretendía que se *aumentasen las fuerzas francesas de México*, no pagar las deudas corrientes y que se le diesen los millones de pesos necesarios para consolidar el Imperio. La obcecación era la gran virtud de la pareja imperial.

*
* *

Napoleón en su nota de 31 de Mayo proponía

á Maximiliano un nuevo arreglo notablemente generoso y magnánimo, que ha sido calificado de duro, de tiránico, de hostil á Maximiliano por escritores que no lo conocían ó que leyendo sus proposiciones no las entendieron, no obstante la claridad que las distingue.

Hay el error enorme de creer que los arreglos para efectuar la evacuación de México por el ejército francés celebrados con Mr. Seward alteraban esencialmente el tratado de Miramar. Este tratado imponía la obligación de conservar en México, sin incluir la Legión extranjera, las siguientes tropas (1):

Durante el año 1865.....	20,000	hombres
Durante 1866.....	17,000	»
Durante 1867.....	12,000	»

A Mr. Seward ofreció Napoleón III retirar sus tropas en tres plazos : á fines de 1866, en la primavera de 1867 y en el invierno del mismo año. El Mariscal Bazaine propuso y fué aceptado, que en Noviembre de 1866, desocupasen México seis mil hombres, ocho mil en la primavera siguiente y el resto de doce mil en Diciembre de 1867.

Comparando las condiciones del tratado de Miramar con las estipuladas con Mr. Seward resulta :

(1) Art. 2º secreto de la Convención de Miramar de 10 de Abril de 1864.

PERMANENCIA EN MÉXICO DE TROPAS
FRANCESAS

	<i>Según convenio de Miramar</i>	<i>Según arreglo con Mr. Seward</i>
De 1º de Abril de 1866 á Noviembre del mismo.	17,000 hombres	26,000 hombres
De Noviembre de 1866 á Marzo de 1867 . . .	12,000 »	20,000 »
De Marzo de 1867 á Diciembre del mismo año.	12,000 »	12,000 »
Después de 1867.	0,000 »	0,000 » (1)

No cabe pues duda que el arreglo con Mr. Seward no lastima el convenio de Miramar.

Veamos ahora cuáles eran las exigencias nuevas de Napoleón propuestas en su nota de 31 de Mayo de 1866. Napoleón imponía á Maximiliano como condición para que sus tropas permanecieran en México, conforme á lo estipulado en el convenio de Miramar, que no resulta desfavorablemente alterado con el arreglo celebrado con M. Seward, que firmara el convenio conocido por « *Convención* de 31 de Julio de 1866 ».

Conforme á dicho convenio, Maximiliano se comprometía á entregar al gobierno francés la mitad del producto líquido de todas las aduanas maríti-

(1) Véase Gaulot, tomo III, pág. 8 y nota de Mr. Bigelow á Mr. Seward, de Abril 10 de 1866.

mas y fronterizas del Imperio. Los productos aduanales estaban gravados con :

Para la deuda contraída en Londres.	24 %
Para la antigua Convención inglesa.	8 »
Para la antigua Convención española	8 »
Total	<u>40 %</u>

Quedaba como producto líquido aduanal el *se-senta* por ciento bruto. Correspondiendo la mitad á Napoleón, quiere decir que le tocaba el treinta por ciento de los productos brutos. Estos alcan-zaban á diez millones de pesos por año, de los cuales debía por el nuevo convenio entregar Maxi-miliano á Napoleón

\$ 3,000,000.

A esto se le llama dureza, iniquidad, hostilidad, porque los censores de Napoleón III no han leído más que el artículo 1º del convenio de 31 de Julio. Si hubieran leído el artículo 2º, habrían sabido que dice :

« Artículo 2º. — *El producto de la consignación estipulada se consignará*

« I. — *Al pago de los intereses y amortización de todas las obligaciones resultantes de los dos empréstitos contratados en 1864 y 1865, por el gobierno mexicano ;*

« II. — *Al pago de intereses á razón de 3 % de la suma de 216 millones de francos, que el go-bierno mexicano reconoce deber según la Conven-*

ción de Miramar y de todas las sumas anticipadas por el Gobierno francés (1). »

El artículo 3º del contrato de empréstito de 1865, prescribe : « El gobierno mexicano consagra á los intereses y á la amortización de dicho empréstito, cincuenta anualidades del *valor de diez y ocho millones, setecientos cincuenta y seis mil trescientos cuarenta francos* (2). »

El artículo 1º del contrato del empréstito de 1865, convertidor de la primera emisión de 1864, dispone que las nuevas obligaciones quedan en condiciones idénticas á las del empréstito de 14 de Abril de 1865 y siendo igual el capital, el gobierno mexicano queda obligado á pagar otras cincuenta anualidades de *diez y ocho millones setecientos cincuenta y seis mil trescientos cuarenta francos* (3).

Respecto de las otras dos emisiones de 1864, el gobierno de Maximiliano debía servirles un seis por ciento de interés y después de cinco años comenzar la amortización, aumentando la anualidad en *uno* por ciento (4).

En definitiva, Maximiliano estaba obligado á pagar anualmente :

(1) Niox, Apéndice, pág. 757.

(2) Ley contrato de empréstito. París, 14 de Abril de 1865.

(3) Ley contrato de 27 de Septiembre de 1865.

(4) Ley contrato de 10 de Abril de 1864.

Por servicio y amortización de los empréstitos de 1864 y 1865.	\$ 10 280,000
Por lo convenido en la Convención de Miramar.	« 5,000,000
Total. . .	\$ 15,280,000

Napoleón proponía á Maximiliano que en vez de pagar *quince millones de pesos* al año le diera tres, importe de la mitad de los productos líquidos de las aduanas, quedando los *doce millones* restantes *diferidos*, como quien dice, tratándose del erario imperial mexicano, perdidos. En efecto, el segundo inciso del artículo 2º del convenio de 31 de Julio de 1866, dice á la letra :

« Caso de que la consignación de la mitad del producto de las aduanas no baste para cubrir el importe de los servicios á que se destinan, *los derechos de los portadores de títulos de los empréstitos y los del gobierno francés quedan enteramente diferidos.* »

La iniquidad de Napoleón á Maximiliano consiste en haberle impuesto que en vez de pagarle *quince millones de pesos* al año, le diera solamente tres, quedando *diferido indefinidamente* el pago de los doce millones restantes. Aliviar el miserable presupuesto del Imperio de la carga anual de doce millones, le llaman Bach, Kératry, Zamacois y otros historiadores del Imperio, dureza, hostilidad, iniquidades de Napoleón III, tomando como justas

las poco decentes reclamaciones de Maximiliano.

Pero hay más todavía : en la misma convención propuesta por Napoleón á Maximiliano, no obstante haber caducado la Convención de Miramar, el Emperador Napoleón, mantuvo el compromiso de pagar el presupuesto de la Legión extranjera hasta el momento de la retirada de todas las fuerzas francesas de México. El Mariscal Randon escribía al Mariscal Bazaine : « *La Legión extranjera* en las condiciones estipuladas por el Convenio de Miramar, queda á cargo de México *después de la partida de las tropas francesas* y haremos por elevarla á un efectivo de 7 á 8,000 hombres (1) ».

En virtud de este acuerdo el Mariscal Bazaine dispuso formar una división de *quince mil hombres*, con la Legión extranjera, los austriacos y los belgas, dando el mando de ella á un general francés ameritado, como el barón Neigre.

Napoleón III bondadosamente y sin que ningún contrato ó compromiso verbal lo obligara, dispuso que el tesoro francés pagase las tropas austriacas y belgas. Con tal motivo Maximiliano escribía al Mariscal Bazaine el 3 de Abril de 1866 : « Me es muy grato saber que el tesoro francés se encarga de cubrir las necesidades de mi legión austrobelga (2) ».

(1) Leyes contratos de 10 de Abril de 1864.

(2) Kératry, *la Elevación de Maximiliano*, pág. 121.

Los *cazadores*, cuyo número era de 3,600 y que debería elevarse á 9,000, excelentes tropas, con cuadros y oficialidad francesa, estaban entonces pagados por el tesoro francés, debido á la generosidad de Napoleón. Resumiendo; la legión extranjera elevada á *ocho mil hombres* como lo disponía el gobierno francés, los belgas y austriacos y los cazadores, elevados á 9,000, formaban 24,000 hombres, cuyo presupuesto, pagado por el tesoro francés mientras se hallasen en México las fuerzas francesas, importaba anualmente :

\$ 5,000,000.

Napoleón cobraba á Maximiliano *tres millones*, correspondientes á la mitad de los productos líquidos de las aduanas marítimas en un año y le *regalaba* cinco millones anuales para pago de tropas indispensables para Maximiliano, mientras permanecieran en Mexico las tropas francesas, que debía ser hasta Diciembre de 1867. Tal es la iniquidad napoleónica con Maximiliano.

Según las disposiciones de Napoleón III, el Imperio mexicano podía contar, para concluir la pacificación, si era posible hacerla en *veintiún meses* contados desde el 1º de Abril de 1866, hasta Diciembre de 1867, con los siguientes elementos militares (1) :

(1) Informe de Bazaine al Mariscal Randon. Abril 4 de 1866.

Legión extranjera pagada por Napoleón. .	8,000	hombres
Legión austrobelga pagada por Napoleón.	7,700	«
Cazadores pagados por Napoleón.	9,000	«
Tropas francesas pagadas por Napoleón, un mínimum de.	12,000	«
Tropas mexicanas selectas, como las de Mejía, Méndez, Chacón y Oronoz, paga- das por Maximiliano.	10,000	«
División de Losada, pagada por los pro- ductos de la Aduana de San Blas, cua- lesquiera que fuesen.	6,000	«
Fuerzas irregulares pagadas por Maximi- liano.	9,000	«
Total.	61,700	hombres

Restando los 9,000 hombres de fuerzas irregulares, el imperio podía contar con 52,000 hombres de excelentes tropas, de los cuales deberían ser pagados 36,000 hombres por el tesoro francés. Estas fuerzas tenían, sin contar la artillería francesa, 662 piezas y en cuanto á municiones de guerra, de cañón y de fusil había en cantidad exorbitante. Todo el armamento era magnífico.

¿Cuáles eran los elementos de los liberales el 1° de Abril de 1866, en cuanto á fuerzas regulares?

Del General Escobedo y los de Tamauli- pas.	7,000	hombres.
Todos los del Ejército de Oriente.	1,600	«
Los de Corona y los de Sonora.	5,000	«
Régules.	1,000	«
Martínez.	1,000	«
Riva Palacio.	500	«
Total.	16,100	hombres.

Estas cortas fuerzas en su mayoría estaban mal armadas, mal municionadas, mal alimentadas, desnudas y con muy pocas municiones é insignificante artillería. Maximiliano tuvo, pues, veintiún meses para luchar con elementos poderosos en relación con los infelices de los republicanos. Si el Imperio hubiera sido viable tenía elementos sobradísimos para constituirse en las condiciones en que Napoleón generosamente colocaba á Maximiliano. En el caso de que el Imperio con estos elementos no pudiera sostenerse, significaba claramente que su vida era imposible en México y todo sacrificio por sostenerlo un verdadero crimen. Tal era la opinión oficial en París y popular en todo el mundo. Decir que Napoleón abandonaba á Maximiliano cuando ponía en sus manos 52,000 hombres de excelentes tropas contra 16,000 republicanos mal disciplinados y en la miseria, es empeñarse en hacer con la historia *partituras de amor* en beneficio del Archiduque.

Una vez retiradas en Diciembre de 1867 las tropas francesas, quedaban á Maximiliano 40,000 hombres de tropas de primer orden sin contar con las irregulares. Tal fué el abandono, la mala fe, la inflexibilidad de Napoleón, para dejar *desamparado* al romántico Emperador de México, compadecido de buena ó de mala fe, por conservadores y aun por liberales mexicanos y por escritores extranjeros

que han hecho novela histórica sentimental con los acontecimientos del Imperio.

*
* *

El 1º de Abril de 1866 no eran elementos militares los que faltaban al Imperio para establecerse; los tenía de sobra; lo que le faltaban eran elementos nacionales que Napoleón no podía darle. El Emperador francés tenía el poder de destrozar á la población y de arrasar su territorio, mas era impotente para darle un solo partidario á Maximiliano. En Abril de 1866 era la oportunidad de que Maximiliano al frente de un ejército hubiera salido á campaña á conquistar un imperio sin partidarios. En vez de portarse como un soldado, como un conquistador, como un tirano capaz de oprimir con mano de hierro ensangrentando, se dedicó al gemitido, á la recriminación, al llanto, á la intriga y á la perfidia. Como se ha visto, Maximiliano abandona la cuestión militar para entregarse en cuerpo y alma á una necia diplomacia, cuyo objeto consistió en hacer indefinida la tiranía que el ejército francés ejerció en nuestro suelo.

Maximiliano estaba resuelto á todo lo depresivo y funesto para México con tal que lo sostuviese Napoleón III y para mostrar á este monarca su incondicionalismo, resolvió dar una prueba concluyente

de que estaba dispuesto á entregar la independencia de México al gobierno francés, para lo cual nombró Ministro de la guerra al general D'Osmont, jefe del estado mayor del ejército francés de ocupación, y Ministro de Hacienda á M. Friant, intendente en jefe del mismo ejército. En todas las naciones independientes los Secretarios de Estado no pueden ser extranjeros y mucho menos funcionarios de otro gobierno. A Maximiliano nada le importaba la dignidad del país, ni la de su propio gobierno; entregaba la independencia con la facilidad del que entrega cualquier ridícula condecoración.

Zamacois, adicto al Imperio no desconoce que este desmayo imperial en los brazos de la soberanía francesa causó muy mal efecto en la opinión. « No fueron, dice el historiador español, bien recibidos estos nombramientos por la sociedad mexicana. Veía desempeñados todos los puestos por franceses y sentía que Maximiliano, no contento con darles los empleos de más confianza, les diese también la dirección de los ministerios más importantes (1) ». El paso de Maximiliano enseñaba que había adquirido la convicción de que no podía gobernar con partido mexicano y que sólo era posible hacerlo con elementos extranjeros.

Tanto el intendente Friant como el general D'Osmont

(1) Zamacois, tomo XVIII, pág. 496.

mont eran personas de indiscutible honorabilidad; pero la sorpresa pública fué inmensa al ver surgir como jefe del gabinete de Maximiliano á un clérigo extranjero, inmoral é intrigante. Conforme al sistema de gobierno *ultra personal* de Maximiliano y á su *ultra debilidad*, el jefe de su gabinete particular era el jefe del gabinete de gobierno; árbitro en todos los negocios y potencia sobre todas las leyes si las hubiera habido.

« Agustín Fischer, de origen alemán, se había agregado en 1845 á una partida de colonos que se dirigían á Tejas. No habiéndole producido esto resultado, se hizo pasante de notario y fué á buscar oro á California. Pronto abjuró el antiguo colono su fe de protestante, se ordenó en México y obtuvo el puesto de secretario del obispo de Durango. Despedido muy pronto del palacio episcopal, por sus costumbres disolutas, fué recogido en Parras en la casa del señor Sánchez Navarro, quien seducido por las apariencias lo presentó á Maximiliano (1). »

Maximiliano debió tener conocimiento oportuno de las malas costumbres de Fischer, porque más tarde, en Querétaro, escribió al profesor Bilimeck, manifestando haberse confirmado las noticias que tenía sobre Fischer. « Durante mi marcha, dice Maximiliano al profesor Bilimeck, he tropezado ca-

(1) Kératry, *Elevación de Maximiliano*, pág. 165.

sualmente con Fischer, es decir, con los lares domésticos del piadoso pastor, de que tanto se ha hablado; y para expresarme con toda claridad, he dado con las huellas de la familia Fischer. No son rumores vanos ni hablo con acalorada fantasía; los Fischer existen en carne y hueso, *verbum caro factum est*. Sólo que la cosa no anda muy limpia (1) ».

El fin principal de Fischer era el concordato, mientras para los conservadores el concordato no era más que un accesorio. Después Maximiliano dirá á su médico Basch, en Querétaro (2) : « El padre Fischer con su concordato ha mentido y me ha engañado (3). « En aquel momento (Julio de 1866), la ambición del secretario imperial Fischer no conocía límites y codiciaba el obispado de Durango (4).

En Julio de 1866 el gobierno imperial fué un gobierno extranjero. El Emperador extranjero; los principales ministros, excepto uno, extranjeros; el **jefe de gabinete y del gabinete** particular un aventurero extranjero, terminado en clérigo disoluto, y en cuanto á las demás personas que íntimamente rodeaban al Archiduque, eran sin excepción extranjeros. « Entre estos hombres

(1) Dr. Basch, pág. 155.

(2) Basch, pág. 74.

(3) Basch, pág. 74.

(4) Kératry, pág. 165.

que componían el personal (íntimo), unos sólo tenían como idea fija hacer fortuna; los otros habían venido con la pretensión de hacer el papel de hombres de Estado, en un país cuya lengua, costumbres é historia no conocían y por el que profesaban anticipadamente un soberbio desprecio (1). »

Maximiliano terminaba bien la larga farsa que había sostenido como acerado paladín de la independencia nacional. El médico Basch reprueba á Bazaine que teniendo un mando del todo independiente « se manejó como dueño del país. En realidad se puso al lado del Emperador, no á sus órdenes. No tuvo más fin que los fines de su amo, ni prestó su apoyo al gobierno local sino en tanto que las disposiciones de éste iban de acuerdo con los intereses franceses (2) ». Estas palabras son un grande elogio para la lealtad del mariscal Bazaine, que era Mariscal de Francia, súbdito francés y encargado por su amo de cuidar de preferencia los intereses franceses. ¿Pero quién tuvo la culpa de que Bazaine se pusiera al lado de Maximiliano y no á sus órdenes, destruyendo con tal conducta la independencia nacional?

Fué Maximiliano, quien escribía á Bazaine el 2 de Diciembre de 1865 : « Ha llegado ya el momento de gobernar y de obrar. He contado con

(1) Masseras, pág. 52.

(2) Basch, pág. 20.

vuestro concurso para que me ministréis informes sobre los prefectos, los comisarios imperiales y los generales mexicanos (1) »... « tengo necesidad de hombres leales, honrados y enérgicos, y cuento con vuestro concurso para informarme sobre todos los funcionarios llamados á aplicar las leyes (2) ». Y pocos días después que el mariscal Bazaine le presentó el informe pedido, Maximiliano le contestó : « Me he impuesto de los informes que me habéis comunicado sobre los funcionarios del país y os doy las más expresivas gracias por este excelente trabajo que consultaré con fruto (3). »

El 3 de Junio de 1866, Maximiliano decía al mariscal Bazaine : « Todas las órdenes que déis y trasmitáis al Ministerio de la guerra dirán : « *Por orden del Emperador* (4) ». Maximiliano escribía al mariscal « varias cartas por día sin que lo supiesen sus ministros, le pedía su opinión sobre las personas, sobre las resoluciones que debía dictar, trataba de asociarlo á las responsabilidades del gobierno (5) ». Maximiliano mismo expone á Napoleón III por conducto de la Emperatriz Carlota : « El 10 de Enero (1866) señaló el comandante en jefe Bazaine á tres funcionarios y al ministerio como

(1) Kératry, pág. 97.

(2) Gaulot, tomo II, pág. 295.

(3) Gaulot, *ibid.*

(4) Kératry, pág. 134.

(5) Gaulot, tomo II, pág. 310.

no mereciendo su confianza (1) »... « Dos días después el Emperador Maximiliano participaba al Mariscal : « Pongo en vuestro conocimiento que las tres personas que cita han sido destituídas de sus cargos (2) ». El 5 de Marzo siguiente se cambió el ministerio ». Refutando los cargos políticos, Maximiliano decía al Emperador Napoleón : « Se ignora que esta política (la que él seguía) fué aconsejada desde un principio por los mismos generales franceses (3) ». Al cargo de que Maximiliano no había arreglado la hacienda pública, éste contestó : « Un decreto imperial promulgado el 3o de Septiembre de 1865, invistió á Mr. Langlais de atribuciones más latas que las que corresponden á los ministros y casi dictatoriales. Todos los gastos fueron sometidos á su examen, y tan luego como formuló su plan de reforma, fué aceptado sin modificación alguna y sancionado por las leyes (4)... « Cuando M. Langlais murió, el Emperador de México pidió inmediatamente á París al financiero que debía sustituirlo. »

(1) Memorial de Maximiliano presentado á Napoleón. — Niox, Kératry, Thoumas. — *México á través de los siglos*.

(2) El mismo documento.

(3) El mismo documento.

(4) El mismo documento



El memorial de Maximiliano á Napoleón III es una lección archiducal de servilismo revolcado en indignidad. Se reduce á probar que el Emperador de México ha sido siempre dócil, afectuoso, sumiso, obediente, atento á las órdenes de Francia; que jamás ha desobedecido al mariscal, que nunca obró por inspiración propia ó de funcionarios mexicanos « ineptos y sin probidad » y que, en consecuencia, no merece que el Emperador de los franceses, teniendo un tan incondicional servidor en México, le retire su apoyo y confianza.

El mismo hombre llamado Maximiliano, que firma el *Memorial* y los demás documentos que he expuesto para probar que había violado la independencia de México, tuvo el cinismo de decir oficial y solemnemente en Querétaro : « Por espacio de tres años he debido sostener una dura lucha contra la poderosa y fuerte influencia extranjera que llegó á ser perjudicial para nuestro país... En el momento en que los extranjeros desocupan nuestro territorio y en que *con eso logro uno de mis más vivos deseos, la conservación de la integridad y de la independencia de nuestra patria amenazada* (1) ».

(1) Discurso pronunciado por Maximiliano el 10 de Abril de 1867, en Querétaro, en celebración del principio de su cuarto año de reinado.

*
**

El 5 de Julio de 1866, Maximiliano tomó la pluma para abdicar, la Emperatriz se la arrancó de la mano y propuso ir á Europa para salvar al Imperio y fué convenido que, caso de fracasar, el Emperador mexicano « después de entregar el poder á la nación, iría á reunirse con su mujer á Europa (1) ».

Correspondía á esta decisión sensata suspender hasta donde fuera posible el derramamiento de sangre y esperar *la última de las últimas* palabras de Napoleón sobre el asunto. La Emperatriz Carlota fué recibida por Napoleón III, el 11 de Agosto de 1866; pero antes de que Maximiliano hubiera recibido la noticia del resultado de la entrevista de su consorte con el Emperador francés, ya había resuelto no abdicar y echarse en brazos del partido conservador, empujado por el aventurero Fischer, *todo poderoso* (2) en la corte mexicana.

El clérigo Fischer era un seductor. Su primera víctima fué una mujer casada protestante, á quien el sacerdote arrancó de la herejía y de su marido, obsequiando al catolicismo dos vástagos (3) sacrí-

(1) Zamacois, tomo XVIII, pág. 479.

(2) Gaulot, tomo III, pág. 164.

(3) El mismo volumen y pág.

legos. Su segunda víctima debía ser Maximiliano, quien debía morir ajusticiado como simple filibustero.

Yo no creo en la inteligencia superior de Fischer; para seducir á un ambicioso impresionable, voluble en todo menos en su obstinación para reinar, todos son inteligentes. Fischer no fué la *mala estrella del Archiduque*, ni la *fatalidad*, como lo aseguran muchos escritores. He dicho que la ambición de poder es como la dipsomanía para un alcohólico, todos los que lo invitan, aun cuando sea ligeramente, á embriagarse son la *fatalidad* ó sus *malas estrellas*; la verdadera *fatalidad* para Maximiliano era su indomable ambición. La historia prueba que los favoritos que más corrompen, manejan, destronan y pierden á los príncipes, no tienen gran inteligencia. Por lo común tienen la malicia y el arte de los *lenones*, conocen la hora y la intensidad de la *brama* de su amo y aprovechan ese momento para flagelarlo dentro de la dorada jaula de la adulación.

El plan de Fischer, de arrojar á Maximiliano en brazos del clericalismo aparece innegablemente estúpido. El Imperio podía sostenerse, más ó menos tiempo, únicamente por medio de elementos militares. Los más sólidos elementos militares de Maximiliano eran en Julio de 1866, diez y siete meses de permanencia en México de las tropas francesas; la legión extranjera que debía quedar á su servicio;

la legión austro-belga y los *cazadores*, formados en su mayor parte de soldados franceses y con oficialidad y jefes franceses.

Todos los elementos militares franceses en que Maximiliano podía apoyarse dependían de Napoleón. Igualmente dependía la legión austro-belga, porque ésta no podía estar dispuesta al sacrificio de bestias que se impone á los infelices soldados indígenas mexicanos. ¿Con qué pagaba Maximiliano á sus fuerzas extranjeras? ¿Con lo que sobraba de los productos de las aduanas, después de hechos los descuentos que pesaban sobre ellas? Dependía de la voluntad de Napoleón embargar las aduanas y pagarse con sus productos lo que el gobierno mexicano debía á la Francia. Los elementos serios de lucha y resistencia que tenía Maximiliano estaban palpable y visiblemente en las manos de Napoleón.

El Emperador francés había escrito á Almonte en 1867 : « Mientras mis tropas ocupen á México no he de consentir en una *reacción que deshonre á nuestra bandera ante el mundo entero* ». El artículo 1º secreto del tratado de Miramar, respetado por el convenio último que había firmado Maximiliano el 31 de Julio de 1866, le imponía la obligación de mantener el programa liberal anunciado á nombre de la Francia por el General Forey el 12 de Junio de 1863.

Dar un verdadero golpe de Estado llamando al

clero al gobierno, era retar ante el mundo á Napoleón, provocar represalias, romper toda clase de alianza, ahuyentar toda protección, recibir en pleno pecho la *revancha* del César francés.

El Mariscal Bazaine había comprendido la maniobra de Maximiliano al llamar al General D' Os-
mont y al intendente Friant al Ministerio. El objeto real era comprometer á Francia, si era posible hasta decidirla á un *imposible*, á que entrara en guerra con los Estados Unidos, para ejercer su protectorado en México.

Llamando al gobierno al partido clerical, Maximiliano se echaba encima á todos los adjudicatarios de los bienes eclesiásticos, entre los que había gran cantidad de franceses, que debían ser protegidos por su gobierno ante la confiscación de sus bienes. En derecho, Maximiliano no podía dar un paso atrás, porque había reconocido la desamortización de los bienes eclesiásticos. ¿Creyó Fischer que sólo el partido conservador podía sostener el Imperio? Entonces lo más hábil era romper clara, franca y terminantemente con los franceses. ¿Se creía que aún era necesario el apoyo de Napoleón? Entonces no se debía procurar la ruptura entregando al clero el Imperio.

Pero como á Maximiliano lo distinguía la deslealtad idiosincrásica y la profesional, discurrió burlarse de los franceses y de los clericales al mismo

tiempo. Llamó á Don Teodosio Lares, representante genuino del clero, le encargó formar un ministerio á su gusto y le pidió el programa clerical, ofreciendo seguirlo, y al mismo tiempo escribía confidencialmente al Mariscal Bazaine : « Creo que han sorprendido vuestra buena fe al presentar la modificación ministerial como el primer paso de una era de reacción imposible con la presencia de dos generales franceses entre sus nuevos colegas. Mi pasado y mi tolerancia política son bien conocidos y, si no me engaño, prestan la garantía cierta de que la transición será la que pidan los acontecimientos y digna de mis gloriosos aliados y de mí (1) ».

Maximiliano no llamó á los conservadores al ministerio; ellos intrigaron por conducto de Fischer para ser llamados. A Fischer le importaba un *bledo* el Imperio; quería que Maximiliano le consiguiera por medio del clero el obispado de Durango. Una vez obispo no tenía inconveniente en desempeñar sus funciones bajo la jurisdicción republicana de Juárez. Fischer era un cortesano limpio de escrúpulos (2).

(1) Zamacois, tomo XVIII, pág. 547.

(2) Fischer recibió siempre el premio de sus servicios al clero, pues fué nombrado cura de la parroquia de San Cosme en la ciudad de México, cargo que desempeñó hasta su muerte.



Del 1º de Abril de 1866 al 15 de Septiembre del mismo año, la situación había cambiado notablemente en el interior del país contra el Imperio. El 1º de Marzo tuvo lugar la destrucción de la pequeña columna del Comandante Briand en Santa Isabel por el General Treviño, y Maximiliano había pedido un escarmiento con sus autores. El 15 de Junio el General Escobedo había destruído completamente en Santa Gertrudis á las fuerzas austro-mexicanas al mando de Olvera, haciéndose de grandes recursos. El General Mejía, comandante de las mejores fuerzas mexicanas del Imperio, había capitulado en el puerto de Matamoros el 23 de Junio. El 7 de Agosto capitulaba la fuerza franco-mexicana en Tampico; el 26 de Julio, por no poderse sostener los belgas en Monterrey, fué evacuada la plaza y ocupada por el General Escobedo. El Estado de Tamaulipas íntegro había caído en poder de los liberales. Losada se retiraba á sus agrestes montañas rehusando terminantemente continuar dando su apoyo á la causa imperial.

La orden para la evacuación del Estado de Sonora por la guarnición francesa había sido dada y el 4 de Septiembre, el General imperialista Lamberg fué derrotado y muerto. Este terrible golpe ocasio-

naba la caída de Ures y Hermosillo y la destrucción de las fuerzas del cacique imperialista Tánori. El General Corona, el 1º de Septiembre, dominaba en todo el Estado de Sinaloa, excepto en Mazatlán que á pocos días debía caer en sus manos. El General Díaz había logrado ya organizar una fuerza respetable, había vencido en varios combates y abría una campaña activa que prometía ser brillante. Régules se sostenía en Michoacán con facilidad y aumentaba sus fuerzas. Riva Palacio se internaba con su brigada en el Estado de México. Toda la Huasteca estaba insurreccionada y los belgas recibían una fuerte derrota en Ixmiquílpam.

El Imperio crujía para despedazarse y caer en polvo. Las fuerzas imperialistas eran derrotadas, defeccionaban ó se desbandaban, se sentía el aliento de pavor de la catástrofe final. Zamacois tan adicto á la Intervención y al Imperio, dice : « El nuevo Ministerio (el clerical) entraba á ejercer sus funciones cuando *todos los elementos de vida de un gobierno habían desaparecido*. No existía erario, ni ejército; el espíritu público había muerto » (1).

El Mariscal Bazaine disgustado de que Osmont y Friant se mezclaran en una situación cuyo fin natural era la catástrofe, escribía al Mariscal Randon, cumpliendo con su deber, que lo malo era

(1) Zamacois, tomo XVIII, pág. 547.

que se haría recaer sobre los ministros franceses « lo odioso de las medidas extremas que les sería necesario tomar para prolongar la agonía de una situación imposible ».

Maximiliano, en vez de adquirir la convicción de los hechos desde el 1° de Agosto, en que se manifestaban resueltamente desastrosos para el Imperio, concibió un plan lleno de perfidia, probablemente inspirado por Fischer, y fué preparar un conflicto armado entre Francia y los Estados Unidos, para obligar á la primera á que una vez lastimado profundamente su honor militar, se decidiese á vengar la afrenta de una derrota en México, enviando todo su ejército.

Maximiliano no podía creer que aun cuando Francia, lo que no cabía en lo posible, triunfase en una guerra contra los Estados Unidos en territorio mexicano, se consolidase su Imperio, porque el pueblo francés, habiendo hecho en ese caso sacrificios inconmensurables de sangre y riquezas, estaba en su derecho de exigir la anexión de México á Francia como una ligera compensación de sus gastos de guerra, pecuniarios, humanos y morales. La guerra entre Francia y los Estados Unidos, era la ruina del Imperio mexicano, cualesquiera que fuesen sus resultados. El plan de Maximiliano, al preparar el conflicto armado entre los ejércitos de las dos naciones, no podía ser más que el de

vengarse de ambas. ¡ Digno de Shakspeare para un drama en honor de la ambición!

A este respecto dice Kératry : « el ministerio (clerical) se ha bien alucinado por un momento, en que nuestra bandera comprometida en un buen conflicto con los Estados Unidos, se encontrase de tal modo empeñada, que la Francia, lejos de poder retirarse se viese obligada á enviar nuevos refuerzos (1) ». « Así es que expresaba sin cesar el deseo de que los franceses guarneciesen especialmente las líneas del norte y los puntos vecinos de los Estados Unidos. En este terreno había posibilidad de un choque con los Estados Unidos (2). »

En Agosto de 1866, Maximiliano indicó al Mariscal Bazaine que se debía recobrar á todo trance la plaza de Matamoros. « Concertado el plan, dice Zamacois, algunos buques franceses debían remontar á fines de Agosto (de 1866) la corriente del Rio Bravo, para combinar un ataque sobre la expresada plaza de Matamoros con una división franco-mexicana, que al mando del General Douay, debía acometer por tierra á la población (3). »

Zamacois sufre una lamentable equivocación; el plan de recobrar Matamoros con fuerzas francesas

(1) Kératry, *Elevación de Maximiliano*, pág. 171.

(2) Kératry, pág. 173.

(3) Zamacois, tomo XVIII, pág. 504.

nunca fué concertado con el Mariscal Bazaine, porque éste tenía órdenes terminantes de Napoleón III de evitar á todo trance un conflicto de armas con el ejército americano colocado en la frontera de Texas. No había posibilidad, sino seguridad de un ataque entre Francia y los Estados Unidos si se colocaban fuerzas francesas no sólo en la frontera mexicana sino cerca de ella, y así se lo había comunicado á su gobierno el Marqués de Montholon, Ministro de Francia en los Estados Unidos.

Cuando Maximiliano, en Abril de 1866, pretendió que fueran fuerzas francesas á auxiliar al General Mejía en Matamoros, el Mariscal Bazaine rehusó y propuso que fueran mexicanas. Cuando Maximiliano quiso que el Coronel Brincourt, arrojase á Juárez de Paso del Norte, éste jefe contestó que tenía orden expresa de no hacer avanzar sus fuerzas más allá de una jornada común de tropa de la ciudad de Chihuahua. Cuando Lamberg suplicó al Coronel Garnier que la fuerza francesa persiguiera al General Pesqueira hasta la frontera de Sonora, el jefe francés le dijo que tenía órdenes expresas para evitar conflictos con el ejército de los Estados Unidos.

Maximiliano debía conocer estas órdenes, pues era el deber del General Don Tomás Mejía, haberle hecho conocer las que había recibido en

Matamoros del Mariscal Bazaine. « Se tuvo empeño, dice el Coronel Niox, en alejar todo motivo de conflicto y se recomendó al General Mejía que diese pruebas de *la más grande paciencia* con los jefes militares de la orilla izquierda del Bravo (1). » Era muy conocida la carta notablemente despreciativa y grosera del general americano Weitzel al contralmirante francés Cloué, con motivo del apoyo que dieron los norteamericanos á las tropas del general Escobedo durante el primer sitio de Matamoros.

El pérfido plan contra Francia, de obligarla á que irremisiblemente aceptase ó emprendiese una guerra con los Estados Unidos, lo atribuye Kératry al Ministerio clerical, pero no presenta pruebas para sostener su aserción. Es cierto que cuando Maximiliano pidió con insistencia al Mariscal Bazaine que Matamoros fuera recobrado con fuerzas francesas, el Ministerio reinante era clerical; es cierto también que Matamoros capituló el 23 de Junio de 1866, y que desde esa fecha hasta el 19 de Agosto del mismo año, no se pensó en abrir la campaña á orillas del Río Bravo, y que este pensamiento coincidió con la entrada de los clericales al ministerio. Es cierto también que más falta hacía al tesoro del Imperio la aduana de Tampico que la de

(1) Niox, pág. 499.

Matamoros y que, no obstante que Tampico capituló el 7 de Agosto, no se le ocurrió al Ministerio con urgencia recobrarlo. Es cierto, por último, que el partido clerical siempre creyó en el desatino de que el triunfo de Francia era evidente en una guerra con los Estados Unidos y que prefería el partido clerical la anexión de México mejor que el triunfo de Juárez.

En el partido clerical había lógica en desear y promover la guerra entre Francia y los Estados Unidos en territorio mexicano, partiendo del dislate del triunfo de Francia. Para Maximiliano los resultados de la guerra debían serle funestos. Pues bien, todo lo expuesto no forma más que *presunciones* para inculpar á los clericales mexicanos de un proyecto, que caso de realizarsè debería dar fin con la nacionalidad mexicana, cualquiera que fuera el vencedor.

*
..

El Ministerio clerical había recibido una mala situación y en sus manos había llegado á desesperada, el 1º de Octubre de 1866. El decoro del Ministerio y la necesidad de evitar ser arrojado á puntapiés, le imponía el deber de presentar su dimisión, abdicase ó no Maximiliano. Había ofrecido levantar al Imperio en los macizos hombros de su

partido, que se había abstenido de obrar, por la postergación injusta á que se le había condenado. El Ministerio clerical no había logrado hacer entrar *un peso* al erario imperial, ni salvado una plaza, ni evitado una derrota, ni obtenido una victoria, ni hecho sentir fuerza alguna protectora del Imperio. El desmoronamiento había continuado con más fuerza; era el momento de dejar una tarea en la que se había fracasado y devolver honradamente al Archiduque su plena libertad de acción y aun aconsejarle que abdicara, caso de que los Ministros tuvieran por su soberano, si no afecto personal, por lo menos compasión.

Si el partido clerical en el poder no había logrado mejorar la infeliz situación del Imperio, no había otro partido que ofreciera á Maximiliano apoyo, ó que hubiera en aquellos días aceptado la fúnebre sucesión del Ministerio conservador. Maximiliano estaba obligado á abdicar, ó luchar apoyándose en el partido conservador, el único que se hacía ilusiones, no de salvar al Imperio, pero sí de poder establecer una república conservadora sobre los escombros del Imperio, para lo cual y sólo por el pronto, la presencia de Maximiliano era indispensable.

CAPITULO IV

EL DUELO ENTRE DOS PERFIDIAS.

El 8 de Julio de 1866, la resolución de Maximiliano, *un Hapsburgo*, era abdicar en el caso de que la misión de la Emperatriz Carlota, no obtuviese satisfactorios resultados. Sesenta y ocho días después, el 16 de Septiembre, en un ampuloso discurso oficial, el Archiduque declaraba *que no abdicaría*, porque « *un verdadero Hapsburgo no abandona su puesto en el momento del peligro* ».

El *verdadero Hapsburgo* sale para Cuernavaca á principios de Octubre de 1866, á solazarse con las bellezas del clima cálido, en su poético albergue llamado « *Olindo* », lejos del bullicio de los negocios en que se está jugando con la seguridad del desastre la suerte del Imperio. El día 8 de Octubre (1866) volvió Maximiliano al castillo de Chapultepec. « Al volver de Cuernavaca el Emperador había preparado con Herzfeld un proyecto según el cual se convocaría un congreso nacional *que decidiera acerca de la forma de gobierno para el porvenir* (1). »

(1) Doctor Basch, *Recuerdos de México*, pág. 11.

En su discurso de 16 de Septiembre de 1866, Maximiliano declaraba que permanecería en su puesto, no obstante el peligro, « porque la mayoría de la nación lo había elegido para que hiciera valer sus derechos contra los enemigos del orden, de la propiedad y de la *verdadera independencia*. » *La verdadera independencia* para Maximiliano había sido entregarse á los franceses, pedirles órdenes, alegar haber sido sumiso como un sirviente de Napoleón. Sea como fuere, del 16 de Septiembre al 10 de Octubre inmediato, *veinticuatro días habían bastado* para hacerle cambiar de resolución, apelando á un congreso nacional para que decidiese sobre la forma de gobierno en el porvenir.

Como idea europea, para la *Europa electoral* era soberbio el proyecto de someter á la voluntad del pueblo la forma de gobierno, siempre que el país europeo á quien convenía la idea europea estuviese en paz. Pero en plena guerra extranjera y civil, proponer la organización de una asamblea electoral, era un dislate europeo y en México donde *el voto es imaginario*, y el poco efectivo *inerte*, donde la historia decía con letras de *cartel de aviso*, que todo gobierno había tenido por título el triunfo de sus armas, pensar en resolver el problema por la voluntad nacional era un absurdo. Según aseguraba el Barón de Pont, Maximiliano había leído la historia de México por Alamán y en cuanto á *voluntad na-*

cional gobernante, Alamán la trata de farsa, de fraude, de juego de intrigantes y, sobre todo, de inútil.

La volubilidad de Maximiliano era la manifestación de una lucha sin tregua entre sentimientos é ideas opuestos. Los acontecimientos le indicaban que era necesario abdicar; pero más que su ambición de un poder que se había mostrado hasta entonces bien miserable, tenía ambición de vengarse de Napoléon III, por el absurdo agravio de que éste no sacrificaba á Francia por sostener el trono mexicano. Basch, que lo estudiaba íntimamente, acaba por confesarlo : « Los conservadores que hasta entonces tenían suspendidas sus relaciones con el Emperador, habían adquirido en la persona del padre Fischer un aliado eficaz y en contacto con el príncipe; por intermedio suyo, fuéles posible hacer llegar á éste sus promesas y sus ofrecimientos. Fácil acogida hallaron sus proposiciones; *sonreía al Emperador el pensamiento de mantenerse en el trono sin el auxilio de los franceses y á despecho de éstos, con la cooperación de los conservadores á quienes hasta entonces se les había dado de mano* (1) ».

Si tal fué la intención de Maximiliano al escuchar las promesas y ofrecimientos de los conservadores y llamarlos á su lado, fué una indignidad incalifi-

(1) Basch, pág. 23.

cable la carta-satisfacción á Bazaine que ya copié y en que dice Maximiliano que jamás seguirá una política que no sea digna de él y de sus *gloriosos aliados*. Era un triste modo de quebrar con los franceses arrodillándose, como siempre, ante su poder.

« Vanas fueron las tentativas, hízose á un lado el pensamiento de la asamblea nacional propuesto por el Emperador, y en cuanto á dinero, quedó en *promesa* como se acostumbra en México.

« Los conservadores que, por medio del Ministerio Lares, se habían hecho dueños de la situación, dieron á conocer, no bien se les presentó la oportunidad, que ante todo pensaban en reforzar su partido; el cual quizá flaquearía en el congreso; poco se cuidaron por tanto de secundar los desig-nios y las miras del Emperador, á los que no tardaron en oponer su veto. Sin ocuparse de otra cosa, se lanzaron atrevidamente en el camino que se les ofrecía (1) »...

No encuentro justificado tan furibundo reproche del Doctor Basch. El partido conservador, como su nombre lo indicaba, no era ni podía ser lo que impropiamente se llama un partido personalista. Cuando un partido principista, y no les puede haber de otra clase, llega al poder, es precisamente para poner en acción sus principios. Si hicieron

(1) Basch, págs. 26 y 27.

á un lado el pensamiento de la asamblea nacional y si no secundaron las miras y los designios del soberano, que entre paréntesis eran desatinados, obraron legítimamente y sus deberes como hombres de principios debían pasar sobre las indicaciones, deseos ó voluntad del Emperador.

Los partidos políticos obran imponiéndose, están organizados para mandar, son potencias, no súbditos. Maximiliano había ejercido aparentemente el gobierno *ultra personal* mientras contó con la omnipotencia de las bayonetas francesas. Faltándole éstas, el gobierno *ultra personal* era imposible. El partido conservador comprendió que á Maximiliano, si no abdicaba, no le quedaba más recurso que ser gobernado por el único partido mexicano sobre cuyos intereses políticos era posible únicamente mantener su corona. Cualquier partido honrado europeo habría hecho lo que el conservador en Octubre de 1866.

Sucedió lo que debía suceder. Maximiliano había sido un súbdito de los franceses, y un verdadero soberano absoluto para los mexicanos, á quienes en el fondo de su conciencia despreciaba profundamente, lo mismo que todo su séquito de extranjeros.

Sintiéndose sagrado, irresponsable, absoluto, debe haber recibido como un tormento ser desatendido, oprimido, gobernado, enfrenado, obser-

vado y aun amenazado, por hombres que hasta entonces había visto como simples sabandijas, y por lo tanto debe haber sentido contra ellos desmesurada antipatía; y su orgullo de descendiente de Carlos V debe haberse desbordado en su interior, en su propia alma, no pudiendo estallar en cóleras y fulgores olímpicos. Los ministros mexicanos que hasta la entrada al poder de los conservadores había tenido Maximiliano, se habían portado como infelices cortesanos, sostenedores á fuerza de servilismo de su aparente encumbrada posición. El Imperio fué para el partido moderado, una cloaca para su prestigio, una mancha para su historia, una debilidad mayor que todas las que formaban su programa, un desengaño de sí mismos y un asombro para la historia, pues con corazones de canarios y temple de mariposas firmaron la siniestra ley de 3 Octubre de 1865. Se decidieron á gesticular como Nerón con tal de no perder su puesto, determinaron beber sangre cuando su sed sólo era de abyección.

D. Teodoro Lares y sus compañeros de gabinete, aparecieron como debían aparecer, como verdaderos ministros, como órganos de un partido que llevaba en sus pergaminos cuarenta años de maldad, decisión, sacrificios por sus principios : su deber era gobernar, su derecho imponerse, su justicia hacer de Maximiliano su simple órgano

ejecutivo, no un amo divino resplandeciente de orgullo y tiranía. Los conservadores, en aquel momento, jugaban la cabeza, jugaban sus bienes; ya habían perdido su honor; el mundo los llamaba traidores y en estas condiciones, cuando á sus espaldas y á su frente zumbaba una tempestad de fuego y sangre, no se acepta el ministerio para divertir al rey con boleros políticos ni con frases melosas rimadas por las castañuelas infatigables de la adulación.

El Ministerio Lares debió renunciar al momento en que O'Horán hacía una hecatombe en Tlálpam para castigar una conspiración probablemente imaginaria. La delicadeza obligaba á los ministros á renunciar; pues lo indicado era que fuesen despedidos si Maximiliano quería elevarse hasta ser **alguien**. Pero desde el momento en que el Emperador abandonó la ciudad, á principios de Octubre para realizar idilios con la flora de Cuernavaca, en momentos de suprema y última crisis para su imperio, el ministerio inepto adquirió el derecho de seguir cayendo con el Imperio.

Maximiliano tenía frenesí por un llamamiento al pueblo con el objeto de que decidiera en definitiva sobre la suerte del Imperio, en virtud de que había tomado muy á lo serio las ovaciones que recibía en sus viajes servilmente preparadas por la efusión violenta de autoridades que cuida-

ban con esmero sus especiales ambiciones. El Archiduque no se había fijado en uno de los mejores trozos de nuestra historia sobre ovaciones á los gobernantes. El general Santa-Anna era ya visto como tirano abominable cuando su cuerpo adulatorio discurrió desenterrar la pierna de Su Alteza perdida el 5 de Diciembre de 1838 en un vuelo magnífico de cobardía.

La descripción del *homenaje nacional* á poco más de un kilogramo de huesos blanqueados y perfumados que habían armado la pantorrilla militar de Su Alteza, era imponente como prueba decisiva de las expansiones borrascosas de la humana abyección. Ni la entrada á la ciudad de México del ejército trigarante en 1821, ni la procesión del Corpus del año 1834, memorable por su fausto y solemnidad, ofrecieron esplendor igual al paseo triunfal del **miembro** que, como amuleto oriental, debía ser el signo de la felicidad de los mexicanos. El **miembro sagrado** se colocó en un catafalco **pernil** conseguido expresamente para circunstancias tan excepcionales, porque era la primera reliquia de hombre vivo que honraba la humanidad. Los oradores más notables se desataron en salmos salomónicos contra la pierna y hubo uno que aseguró que la pierna desde lo alto de su catafalco, contemplaba al pueblo mexicano feliz á los pies de su benefactor, el general Santa-Anna.

Poco tiempo después, el dueño inmortal de sus inmortales restos fué arrojado del poder por medio de un *soberbio cuartelazo* y el pueblo prorrumpió en sonoros y frenéticos aplausos.

En Europa es muy difícil que la autoridad improvise ó prepare una espléndida manifestación política dedicada á un personaje odiado, despreciado ó indiferente. En México, la regla que presentaba nuestra historia era que las ovaciones valen no lo que los personajes á que están dedicadas, sino en relación con el dinero que cuestan y con la inspiración artística de las autoridades que las preparan. El pueblo mexicano es escéptico ó ecléctico en materia de ovaciones; asiste á todas como asiste al teatro sin conmoverse. Impresiona más políticamente á nuestro pueblo el Tiberio del drama « Germánico », paseado en el escenario de un teatro de barrio, que un Tiberio verdadero de carne y hueso, paseado por las calles de la capital en hombros de sus aduladores. El pueblo mexicano asiste á las ovaciones oficiales intituladas populares, como concurre á los fuegos artificiales, decidido siempre á silbar al cohetero; asegura él mismo no haber tomado parte en la fiesta con su presencia, porque dice no ser barbero, y censura, sin sublevarse, á los que hacen fiestas oficiales porque son *barberos*. Aun cuando el pueblo llegue á tomar parte en una fiesta política y á mostrar cívico

entusiasmo, cuando termina la fiesta se conduce como cuando termina la función del teatro; nada le importa la suerte del rey que apareció en las *tablas*.

Maximiliano llegó á tener la debilidad romántica de creerse un príncipe amado por el pueblo y tuvo esperanzas de llegar á ser el ídolo de la nación, especialmente de la indígena, y para conseguirlo sentaba á su mesa en Cuernavaca á indios en paños menores. Masseras censura con razón estas comedias sin arte, en las que el soberano no podía ocultar su interna desesperación para llenar deberes espantosos de igualdad y confraternidad.

La conspiración de Tlálpam, real ó imaginaria, y cuyo objeto era asesinar á Maximiliano, lo impresionó profundamente, sobre todo cuando recibió envuelto en un paño negro el fusil destinado á disparar la bala regicida, regalo caprichoso y macabro del general O'Horán, verdugo inimitable de los conspiradores (1).

Cediendo el Emperador al veto del Ministerio Lares, reprobatorio de la convocatoria de una asamblea nacional para que decidiera de la suerte del Imperio, dejó obrar á sus tiranos los ministros y se entregó á melancólicas meditaciones, en vez de llenar el deber de ejecutar enérgicos proyectos de

(1) Basch, pág. 29.

salvación. El 18 de Octubre recibió la noticia de la locura de la Emperatriz y su grande y sincero dolor le inspiró el pensamiento sano de abdicar y de abandonar inmediatamente el país. Consultados sus fieles amigos, Basch, Herzfeld y Bilimeck, que constantemente lo acompañaban, resolvieron éstos que la resolución única de todas las dificultades era la abdicación.

*
* *

Maximiliano debió entonces obrar como se lo dictaban su posición, la honradez y las conveniencias. El Emperador no podía abdicar como Carlos V con el derecho de designar sucesor al trono que voluntariamente abandonaba; iba á abdicar porque su trono era imposible, no su persona. La República, tenía que suceder al Imperio y cuando se reconoce que la república, democrática ú oligárquica, es lo único posible en un país, no se puede pretender designar al jefe supremo constitucional de esa república, cuyo acto corresponde al pueblo ó á los que en su nombre forjan elecciones.

Maximiliano tenía el deber, si había decidido abdicar, de retirarse resignando el poder en manos del que realmente se lo hubiera dado; es decir, en manos del gobierno francés. Pretender designar

un gobierno provisional extraño ú opuesto á las miras de Francia y de Juárez, era saldar la situación con una nueva guerra civil, innecesaria para el decoro é intereses de Maximiliano.

Por otra parte, el gobierno que dejara el Archiduque, debiendo tener como enemigos á Juárez y al gobierno francés, no podía tener prestigio, ni fuerza, ni ocasión de devolver al pueblo mexicano su soberanía.

Maximiliano no podía comunicar ó traspasar á otro una fuerza ó un derecho del que él carecía. Los que aparecían como elementos propios eran en su mayor parte elementos franceses ó íntimamente ligados con la potencia francesa. La única solución posible y digna para Maximiliano, que no había sido más que un mal servidor del Emperador Napoleón III, era renunciar el empleo que éste le había dado, llamándole abdicación, y ante la autoridad del Gobierno francés.

Tampoco le era posible obrar de otro modo, caso de abdicación mientras el ejército francés ocupase el suelo mexicano, porque el mariscal Bazaine no hubiera reconocido á ningún gobierno improvisado por Maximiliano sin el consentimiento de Francia, en lo que hubiera hecho su deber. En la Intervención y el Imperio había comprometidos los intereses puramente personales de Maximiliano, los intereses políticos, militares y pecuniarios de Francia

y los intereses y vidas de los mexicanos que habían llamado ó aceptado la Intervención.

Los intereses puramente personales de Maximiliano quedaban íntegramente salvados con su abdicación y retirada del país. No sucedía lo mismo con los demás grandes intereses franceses y mexicanos comprometidos gravemente á causa de la Intervención. El honor del Archiduque le imponía el ineludible deber de no separar de la abdicación la causa de sus asociados ó cómplices. ¿Se salvaba él? Le correspondía ponerse de acuerdo con el jefe francés y con los comprometidos mexicanos para discutir la resolución más conveniente á los intereses franceses y mexicanos envueltos en el desastre de la monarquía.

Maximiliano debió llamar á Lares y decirle : « Yo no dejaré mis pocos elementos de gobierno y de combate á ningún partido mexicano, porque yo no quiero dejar al país una nueva guerra civil. Me propongo ponerme de acuerdo con el mariscal Bazaine y con usted para encontrar un medio de disminuir las pérdidas de Francia y de impedir que los mexicanos comprometidos por mi causa sean destruídos, arruinados y perseguidos; si ustedes no quieren la paz sino por el contrario, continuar la guerra, quedan en libertad de obrar como les convenga, sin contar con mi apoyo y quedando yo al mismo tiempo libre de obligación de pre-

ocuparme por su suerte. » Pero Maximiliano tomó un camino desleal, tortuoso, inmoral, impolítico en esto. Su plan fué cobarde y mezquino : huir. Concibió entregar á Bazaine la situación sin prevenir al partido á quien había entregado el gobierno y, en apariencia, su confianza. Esta deslealtad, muy parecida á una traición, no es posible negarla, pues hay documento innegable reconocido como auténtico por el médico y confidente de Maximiliano, el Dr. Basch. El Ministerio Lares y su partido reclamaron cuando supieron ó sospecharon que Maximiliano trataba de abdicar. Como ministros, como partidarios, como cómplices, estaban en su derecho para pedir explicaciones al que sin preocuparse de ellos los abandonaba. Los conservadores habían intrigado por conducto del clérigo Fischer para ser llamados por Maximiliano, lo que de ningún modo absolvía á éste de la obligación de darles á conocer sus planes ó sus resoluciones de abdicación. El Dr. Basch, cegado por el cariño á su príncipe, perdió el sentido moral, pues aprueba que Maximiliano, al comprender la agitación de los conservadores « y para substraerse á sus pretensiones, se atrincheró por decirlo así, en su castillo (Chapultepec) (1) ».

Maximiliano ordenó á su íntimo amigo Herzfeld

(1) Basch, pág. 41.

fuese especialmente á engañar á sus ministros ; « diciéndoles que se marchaba á Orizaba sólo por motivos de salud y por estar más cerca del puerto de Veracruz, á donde debían recibirse pronto noticias de la Emperatriz (1) ».



Nose crea que la abdicación estaba en el período de proyecto. Es Basch, que no se apartaba de Maximiliano ni un momento en Octubre de 1866, quien asegura que al referir los preparativos de viaje no se ha propuesto otro fin « que probar hasta qué punto estaba Maximiliano firmemente decidido á regresar á Europa y cómo había tomado ya las disposiciones más minuciosas para el efecto (2) ». « Deseo, escribía Maximiliano á Bazaine, desde la hacienda de Zoquiápam al fugarse para Orizaba, que llaméis á los ministros Lares, Marín y Tavera, á fin de convenir en las medidas indispensables para asegurar estos tres puntos *sin necesidad de que transpiren en nada mis intenciones expresadas en el primer párrafo* (3) », que eran las de abdicar.

Maximiliano engañaba también al mariscal Ba-

(1) Basch, pág. 41.

(2) Basch, pág. 61.

(3) Basch, pág. 51.

zaine diciéndole en el primer párrafo que tenía intenciones de abdicar, cuando había manifestado ya su resolución inquebrantable de abdicar; pues en camino para Orizaba, el Archiduque « y en calidad de reservada dió al coronel Kodolisch, comandante de la escolta, la orden de participar la abdicación á los oficiales (1) ». En Zoquiápam « no prestaba Maximiliano oídos á ninguna razón, á argumento ninguno, no hacía más que responder secamente (2) : « *No debe derramarse por mi causa más sangre* ».

Al saber el Ministerio Lares que Maximiliano iba á partir, dió su *dimisión condicional*. Otendida su dignidad por no haber sido consultados, ni prevenidos, ni recibidos siquiera por el Emperador, como con tanta urgencia lo había solicitado Lares, la dimisión debió ser definitiva. El clérigo Fischer buscó á los ministros y los convenció de que el mejor medio de evitar la abdicación era que no pusieran obstáculo á la salida del Emperador (3). El Mariscal Bazaine, prevenido por el consejero Herzfeld, cometió la insigne torpeza de influir con los ministros para que retiraran su dimisión. Como justamente lo hace notar Masseras, fué una falta muy grave para los partidarios de la abdicación impedir

(1) Basch, pág. 51.

(2) Basch, pág. 55.

(3) Basch, pág. 45.

que el partido opuesto resueltamente á la abdicación dejara el poder cuando lo abandonaba sin provocar escándalo ni crisis.

El General Castelnau, portador de las instrucciones de Napoleón III para hacer todo lo posible para que Maximiliano abdicase, desembarcó en Veracruz el 10 de Octubre de 1866, y era esperado en México el 14 del mismo mes. No se sabe por qué motivo el General Castelnau llegó á la ciudad de México hasta el 22, cruzándose con Maximiliano, que iba para Orizaba, en Ayotla. Bazaine influyó con el ministerio conservador para que retirase su dimisión el 20 de Octubre, antes de haber tenido su conferencia con Castelnau. ¿Si este General hubiera llegado el 14, el Mariscal Bazaine habría entonces influído para que le fuera aceptada su dimisión al Ministerio Lares? Era lo indicado. Y Maximiliano una vez aislado de las influencias funestas para su persona, se habría salvado, retirándose con los franceses. Tal es la opinión de algunos escritores franceses.

Yo creo que lo que determinó á los conservadores á retirar su dimisión fué el argumento de Fischer. Para que Maximiliano no abdicara, lo mejor era no oponerse á su empeño en abdicar. A toda persona voluble se le vence con tiempo, no con reflexiones. Dando tiempo á Maximiliano para que se le pasaran sus ataques de nervios, tenía que

gravitar fatalmente hacia el abismo ahuecado por el fracaso de su inexorable ambición. Es evidente que una vez retirado el ministerio y aislado Maximiliano, hubiera tenido que abandonar el país contra toda su voluntad. A Bazaine le faltó olfato político y al General Castelnau todo lo necesario para desempeñar bien su misión.

Basch, Kératry y D'Hericault consideran como criminal la conducta del partido conservador. Es cierto que Maximiliano no llamó al partido conservador á última hora, sino cedió á las intrigas de Fischer para que lo llamase y es igualmente cierto que el partido conservador hizo todo lo posible por evitar la ida de Maximiliano á Europa al mismo tiempo que los franceses. Es, pues, falso que los conservadores no hayan pensado más que en sacrificarse cediendo á los deseos de un soberano que los había engañado y postergado; pero también es cierto que un partido político no comete crímenes, ni manifiesta conducta inmoral cuando toma empeño en que su soberano no abdique, aun cuando los resultados por no abdicar sean la muerte de ese soberano en un cadalso.

El fin del partido conservador era restablecer las leyes conservadoras en la nación y gobernarla católicamente. Consideraban que por algún tiempo Maximiliano les era necesario para conseguir sus fines, que nada tenían de vergonzosos, ni de ile-

gítimos, ni de inmorales. Siendo indudablemente legítimos los fines del partido conservador, ¿lo fueron igualmente los medios empleados para conseguir tales fines?

El partido conservador partía, para decidir á Maximiliano á que se quedara, de un hecho evidente. La mayoría del país había aceptado al Imperio; se agregaba otro también evidente, y que consistía en que la conducta del ejército francés, odiosa para los mexicanos, les había alejado ó quitado su adhesión por el Imperio. De estos dos hechos innegables sacaban una consecuencia falsa, pues decían; luego retirándose los franceses, el Imperio recobrará las grandes simpatías nacionales, perdidas á causa de la tiranía del ejército francés. « Preguntado (el General Miramón) ¿por qué juzgaba que sin los franceses podría sostenerse mejor el Imperio? Respondió : que lo creía así, porque los excesos que cometieron en el país los franceses habían enajenado al Imperio las simpatías; mientras que sostenido por un ejército mexicano, el Imperio debía ser un gobierno nacional (1) ». Indudablemente que la réplica de este argumento era la siguiente : Si el Imperio no necesitaba de las bayonetas francesas y por el contrario le eran fu-

(1) Causa instruída al General Miramón. Primer interrogatorio. — Arias, pág. 301.

nestas, ¿por qué los conservadores no habían establecido el Imperio sólo con bayonetas nacionales? ¿Por qué haber cometido la traición de traer las bayonetas francesas, desastrosas para el Imperio?

La política conservadora se ha recostado siempre sobre este pretendido axioma : El país es notoriamente católico, luego su gobierno necesario, fuerte, natural, es el gobierno católico.

El error conservador consiste en creer que un gobierno debe emanar siempre de la voluntad de la mayoría. La historia dice todo lo contrario. Desde la formación prehistórica de las sociedades hasta el siglo XIX de nuestra era, que fué el siglo del culto por el sufragio popular, los gobiernos jamás habían emanado de la voluntad de las mayorías nacionales. En Grecia y Roma, donde aparentemente tal cosa sucedía, formaban la gran mayoría de la población esclavos, declarados *cosas* ó *bestias* por las costumbres y las leyes. Los noventa mil atenienses republicanos oprimían á cuatrocientos mil esclavos, sin derecho de ninguna clase. El gobierno natural de los pueblos ha sido, es y será el de las minorías representativas socialmente de los tres poderes sociales efectivos : la inteligencia, el dinero, la actividad. Estos tres poderes tienden á reunirse con gran energía y forman la clase gobernante. En la Edad Media, la Iglesia representaba la inteligencia, la actividad, la riqueza.

La separación ú oposición de estos poderes entre sí causa gobiernos inestables ó anarquías.

Todo pueblo, por bárbaro que se le suponga, es capaz de elegir; la elección es acto biológico. Entre diversas clases de pasturas, los caballos saben elegir las que más les convienen; el perro con gastritis elige en el campo la yerba que ha de curarlo; el salvaje de la tribu elige al jefe que debe guiarlo en la guerra. Pero para que haya gobierno popular ó democrático es indispensable que el pueblo esté constituido por hombres libres; un pueblo de siervos vota siempre por sus tiranos, por abominables que éstos sean, y si los *amos* del pueblo son curas, el pueblo, desde el primer día que vote, lo hará *eligiendo* la teocracia y, en consecuencia, no quedará constituida la democracia. Esta exige el voto del pueblo, por el gobierno del pueblo y para el pueblo. Un pueblo que reconoce á los curas como infalibles y en consecuencia como sus *amos absolutos*, será el gobierno del clero y para el clero. No se puede pensar en la democracia fuera de la existencia de hombres libres y esta afirmación sí es verdaderamente un axioma.

Durante siglos las sociedades han sido muy mal gobernadas por sus minorías conservadoras ó tradicionalistas, en virtud del falso derecho divino y del hecho de reunir los tres poderes, inteligencia, actividad y riqueza. Pero esa clase, siendo dogmá-

tica, es estacionaria y la ley del mundo es la evolución. Cuando las tres condiciones pasaron á otra clase social y ésta fué la industrial, se produjo la revolución y la derrota en la mayor parte del mundo de las clases tradicionalistas.

El error conservador consiste en creer que toda voluntad individual tiene valor político, lo que es enteramente falso. En México, como ya lo hice observar, la clase indígena es nominalmente católica y la mejor prueba de la falta de voluntad práctica ó política, es que el soldado indígena sirve, forzado ó voluntario, con igual indiferencia todas las causas. La indiferencia completa de la mayoría de las masas populares mexicanas deja en libertad la lucha entre la clase progresista, que es la media, contra la tradicionalista, propietaria del suelo. En la clase media reside el *profesionalismo* y sus intereses son como en todo el mundo, industriales, y el industrialismo ha sido el representante de la ciencia ó sea el enemigo natural del clericalismo.

Yo no demando que los conservadores sean sociólogos y que reconozcan las verdades que acabo de afirmar, pero debía llamarles considerablemente la atención un gran hecho culminante en nuestra guerra de Reforma. El partido liberal sufrió numerosas derrotas y no obstante ellas, vivía, luchaba, crecía. El partido conservador fué vencido, no obstante haber alcanzado numerosas victorias. Lo que

prueba que la fuerza del partido conservador era puramente militar, mientras que la prodigiosa resistencia del partido liberal á las derrotas, prueba que su fuerza era indefectiblemente social. Dos derrotas al paladín Miramón acabaron con la fuerza de los conservadores inmediatamente, demostrándose que todo el poder del clero se hallaba incrustado en el puño de la espada de un solo militar. ¿Quiénes fueron los paladines del clero en 1859 y 1860? Miramón, Márquez y Vicario. ¿Quiénes lo eran en 1867 al lado de Maximiliano? Márquez y Miramón. En el campo liberal ¿quiénes fueron los caudillos en 1859 y 1860? Degollado, González Ortega, Berriozábal, Ogazón. ¿Quiénes lo fueron en 1867? Porfirio Díaz, Escobedo, Corona, Régules... jefes nuevos, jóvenes, llenos de aspiraciones. Cuando un partido no cuenta sino muy escasamente con la juventud, debe considerarse perdido.

No hay en política error más grave que contar con *votos inertes*; éstos son iguales al murmullo de los riachuelos; en política vale el voto activo; es decir el voto del individuo decidido á sostenerlo con su vida, con sus bienes, con su jornal. En México es considerado como el colmo de la estupidez, de la locura, de la ridiculez, morir ó perder un miembro defendiendo á balazos la inviolabilidad del sufragio en una casilla electoral previamente asaltada por la

policía. Con semejantes ideas generales en todas las clases, el voto político mexicano, cuando lo hay, tiene menos importancia que el maullido de los gatos en las noches tibias y calurosas. Esto no quiere decir que los gobiernos sean irresponsables ante la opinión; ésta los derroca, pero jamás por el voto, sino por el pretorianismo y, en casos muy excepcionales, por una revolución de forma militar. El ejército se deja sugestionar por la oposición y cuando se oye decir por todas partes : « Este gobierno no puede ya durar, tiene que caer, » el primer ambicioso que se subleva, cuenta entonces con los que se van á la cargada, que lo es la mayoría de los civiles y militares, y la *cargada* la determina la opinión pública.

El error clerical consistía en asegurar que el pueblo mexicano no podía desarrollar, por su catolicismo discutible ó efectivo, más que una acción teocrática y gubernamental, y el error jacobino era y es creer que ese mismo pueblo puede desarrollar acción gubernamental democrática.

La gran fuerza positiva del partido liberal emanaba de las clases profesionales modernas, del industrialismo, de la ambición de las clases laicas por apoderarse de las grandes riquezas del clero y de los formidables elementos cacicales llamados federalistas. Los elementos del partido conservador eran el clero, los propietarios territoriales, las mu-

jeros de las clases superiores y el viejo y estancado profesionalismo civil y militar. Pero ambos beligerantes sólo tenían una acción, la militar. Los caciques sólo defendían una causa á la cual eran eternamente fieles; el caciquismo, mientras que el ejército, por ser pretoriano, se pronunciaba por todas las causas. El caciquismo vivía fácilmente de los recursos locales, mientras el centralismo tenía que vivir de la exacción contra los cacicazgos. El partido liberal siendo cacical, tenía que ser el dominador en el terreno de las armas.

Pero sea lo que fuere, el error del partido conservador era un error general de partido, de principios, de dogmas y si los partidos no tuviesen grandes errores y grandes verdades al mismo tiempo, y grandes intereses, no habría partidos, porque todos los hombres serían de la misma opinión.

El partido conservador, asegurando á Maximiliano que desde el momento en que el Imperio fuera franca é indiscutiblemente católico, echaría raíces y florecería, no era desleal, ni perverso, ni intrigante, ni engañaba. Para engañar es preciso tener conciencia de la mala fe con que se procede.

*
**

Interrogado el general Miramón en Querétaro

por el fiscal señor Azpíroz sobre su conducta en Enero de 1858, respondió, entre otras cosas, « que el haber sido vencidos los partidarios del plan de Tacubaya fué debido al auxilio que prestaron á los constitucionales los buques americanos en las aguas de Antón Lizardo (1). »

La creencia del general Miramón era sincera aunque errónea. Necesitaba probar, para justificarla : primero, que el castillo de San Juan de Ulúa mejor artillado y reparado en 1859 que en 1838 no hubiera podido resistir á la escuadrilla de Marín, muy inferior á la del contraalmirante francés Baudin, siendo así que en 1838 el castillo capituló por la cobardía de sus jefes; segundo, que por el hecho de tomar á Veracruz hubiera dominado á una revolución que no recibía de Juárez en Veracruz ni hombres, ni dinero, ni dirección y cuya principal fuerza se encontraba en el interior del país; tercero, que vencidos los liberales, el triunfo para los conservadores hubiera sido definitivo, sin que el país pudiera haber agitado una nueva revolución.

Pero no viene al caso probar que las creencias de Miramón eran insostenibles; basta aceptar que eran sinceras, en lo que no cabe duda, porque todavía en 1904 la mayoría de los conservadores

(1) Interrogatorio al general Miramón, Arias, *Reseña del Ejército del Norte*, pág. 324.

mexicanos cree que sin el auxilio norteamericano en Antón Lizardo no habría triunfado la causa de la Reforma. Creen más nuestros actuales conservadores, y es que si Maximiliano, desde su llegada, se entrega al Ministerio Lares y organiza un ejército con los antiguos jefes de la reacción, el Imperio se habría consolidado. Si la mayoría actual de los conservadores tiene estas creencias, no es posible negar la sinceridad de los caudillos que con tanto brío lucharon por ellas, en los momentos en que las pasiones perturbaban la razón.

¿ Quiénes fueron los que decidieron á Maximiliano á rechazar el proyecto juicioso de abdicar? En primer lugar su obstinada ambición que lo dominaba por completo y unos elocuentes consejeros y fieles aliados de esta ambición : los generales Miramón y Márquez. « Nadie en el mundo, dice Basch, hubiera podido por aquellos días pronosticar feliz éxito á los esfuerzos del padre Fischer y de sus amigos. En la tardanza estaba el peligro positivo para los conservadores, **quienes en ultimo resultado nada habrían conseguido**, si á última hora no hubiesen aparecido en la escena dos hombres : Márquez y Miramón, los cuales habían representado ya muchas veces un papel fatal en la historia de México; éstos, contrapesando las palabras vacías de sentido de los *pelucones y mandarines*, como solía llamarlos el Emperador, po-

nían en la balanza sus ya conocidas espadas (1). »

Se ha visto que en la hacienda de Zoquiápam, Maximiliano, resuelto á abdicar en la misma hacienda, contestaba á las observaciones que se le hacían, invariable y secamente : « No quiero que por mi causa se derrame más sangre ». Cuando Márquez y Miramón le ofrecieron sus espadas, que no podían servirle más que para derramar mucha sangre, entonces convino en que por su causa se derramara toda la sangre que fuera necesaria para conservar el trono.

El argumento de Miramón nos lo hace conocer Zamacois y no podía ser otro; era brillante, seductor é irreprochable para un espíritu infestado de ambición. Miramón decía : « Cuando triunfó en la capital el plan de Tacubaya, no disponíamos más que de la ciudad de México y de seis mil hombres; el resto de la República pertenecía á los liberales. Con esos seis mil hombres apoyados financieramente por una bancarrota, llegamos á poseer casi todo el país y hubiéramos vencido completamente si el gobierno de los Estados Unidos no hubiera auxiliado en los momentos de agonía á los constitucionalistas. Contando ahora (en Noviembre de 1866) con treinta mil hombres de excelentes tropas, más todas las clases sociales comprometidas en lo

(1) Basch, pág. 67.

que Juárez llama el crimen de traición y poseyendo por de pronto las rentas aduanales de Veracruz y las plazas de Puebla, Orizaba, México, Querétaro, San Luis, Guadalajara, Guanajuato, dudar de nuestro triunfo sería la más insigne de las aberraciones. Además, la reacción es católica, imperialista, odia á los norteamericanos protectores de Juárez y sus demagogos y si no le ha dado, como sabe darlo, todo su apoyo al Imperio ha sido por que éste ingratamente se divorció de ella para ayudar á los franceses á que la tiranizasen. Sin bayonetas extranjeras, sin yugos estranguladores de nuestra independencia y sin las humillaciones que nos imponía Napoleón, el Imperio tiene que ser la gran manifestación nacional que cubrirá de gloria al Emperador Maximiliano ».

El contra argumento debió ser : « El Imperio arrojó contra los liberales **ochenta mil hombres** apoyados por **sesenta millones de pesos** en gastos de guerra, la fuerza moral de la Europa, la abstención de los Estados Unidos y el deseo del país de obtener paz y prosperidad, más la defección en tumulto de la mayoría del ejército liberal y de gran número de sus más notables eminencias. Estas fuerzas formidables operaron cuatro años y no consiguieron la paz. ¿Era posible que el Imperio, cuando no tenía ni erario ni partidarios, ni ejército, ni prestigio, ni la protección de

Napoleón III, dominase fácilmente á sus enemigos? Junto á esos hechos había otros no menos importantes. Desde Enero de 1862 hasta Junio de 1863, Juárez acumuló elementos militares entre Puebla y Veracruz; el resto de la República quedó casi sin fuerzas federales á disposición de las intrigas y del audaz programa de rebelión del partido conservador. Almonte, Saligny, Lorencez y Forey estuvieron invitando, excitando, conspirando y corrompiendo para un levantamiento general y ni un solo Estado cayó en poder del partido intervencionista; ni un puerto, ni una sola plaza se perdió. Miramón murió sin saber que la principal causa de sus éxitos como militar fué que los liberales tuvieran por ejército después del triunfo de Ayutla, en su mayor parte al viejo y corrompido ejército conservador, que fué el que hizo el pronunciamiento que derrocó á Comonfort. Después de la batalla de Salamanca, donde acabaron las fuerzas regulares de Juárez, la lucha continuó con abogados, comerciantes, tintorrillos, médicos, como generales y jefes improvisados, como lo fueron Degollado, Ogazón, Zaragoza, González Ortega, Herrera y Cairo y otros distinguidos caudillos. Estos generales reformistas, para luchar, mal organizaban chusmas, las que tenían que ser derrotadas por tropas más disciplinadas y dirigidas por hombres expertos en la materia.

El primer período de la lucha entre el viejo

ejército y las nuevas chusmas, tenía que ser desastroso para la causa liberal. Degollado no era un *desgraciado* porque lo derrotaban, tenía que sucederle; pero una vez que las chusmas, á fuerza de derrotas, de foguearse, se disciplinaron y sus oficiales prácticamente se instruyeron, lo mismo que sus jefes, la ventaja militar dominante quedó perdida y Miramón y Márquez fueron derrotados.

Vuelvo á decir que si los argumentos de Miramón y Márquez eran erróneos, eran también sinceros; no engañaban con ellos á Maximiliano; lo sedujeron legítima y correctamente, presentándole sus convicciones de triunfo. Es, pues, injusto que algunos escritores hayan presentado á Márquez y Miramón en Orizaba como á un par de intrigantes sin dignidad, explotando la delicada credulidad del Emperador y su *noble confianza*. El general Márquez vino al país llamado por Maximiliano; el general Miramón vino faltando al deber militar, pues desempeñando en Prusia una comisión como militar no podía dejar el punto á donde se le había destinado sin orden expresa del gobierno. El general Miramón vino para hacerse dueño de la situación, porque creyó, como todo el mundo sensato debía creerlo, que Maximiliano abdicaría y se retiraría con los franceses.

El general Almonte no fué leal con Maximiliano.

« Estando ya embarcado á mediados de Abril D. Juan Nepomuceno Almonte y próximo á salir del puerto de Veracruz el vapor en que se hallaba, recibió instrucciones del Emperador en que le decía que si Napoleón se negaba á celebrar el tratado secreto, le dijese que retirase de México su ejército. Esta resolución decisiva de Maximiliano provenía de las nuevas noticias que hasta entonces tenía de la buena marcha que llevaba un arreglo hecho con el Emperador de Austria, respecto á reclutamiento de tropas que quisieran marchar al servicio de México. Había encargado en los últimos meses del año de 1865, al ministro mexicano cerca de la corte de Viena, que entablase negociaciones con ésta á fin de obtener autorización de reclutar diez mil hombres (1). »

Almonte llegó á París y el gobierno francés, sabiendo á lo que iba, lo trató con la frialdad á que es acreedor todo impertinente, pues Francia jamás había dado esperanza de hacer por el trono de Maximiliano más sacrificios que los consignados en el convenio de Miramar. Habiendo llegado Almonte á París con misión urgente el 14 de Mayo de 1866, no había recibido hasta el 8 de Junio contestación á su apremiante carta, ni había sido recibido por el Emperador. El mismo día 8 de

(1) Zamacois, tomo XVIII, pág. 399.

Junio, suplicó al ministro Drouyn de Lhuys que le contestase y éste respondió tres días después « que no se aceptaban absolutamente las proposiciones de Maximiliano y que ya había informado á Mr. Danó, Ministro francés en México, de la resolución tomada por el Emperador Napoleón (1). »

Conforme á sus instrucciones, Almonte debió haber respondido á Napoleón que retirase de México inmediatamente sus tropas; pero en vez de hacerlo así, como se le había ordenado, escribió á Maximiliano : « Mi primera idea fué cumplir al pie de la letra con las órdenes é instrucciones; pedir inmediatamente la salida del territorio mexicano de todas las fuerzas francesas, si no se arreglaba en todo ó en parte el tratado presentado por mí; pero reflexionando que, según su nota, no se niega terminantemente á tratar M. Drouyn de Lhuys, sino que, al contrario, desea que las negociaciones se verifiquen en México y no aquí, he creído conveniente suspender por el momento ese paso y esperar nuevas instrucciones de Vucencia (2) ». No era cierto que la nota de M. Drouyn de Lhuys diese esperanza, pues textualmente dice que es *absolutamente imposible* tomarlas siquiera en consi-

(1) Zamacois, tomo XVIII, págs. 468 y 469.

(2) General Almonte al Ministro de Relaciones en México Junio 14 de 1866.

deración. No obstante la parcialidad de Zamacois por los conservadores, se fija en el engaño de Almonte, y dice claramente : « El despacho de M. Drouyn de Lhuys (dirigido á Almonte) no estaba de acuerdo con lo que aquél aseguraba en la segunda parte del párrafo. » Almonte comprendió que si cumplía con las instrucciones de su gobierno, desde ese momento acababa el Imperio y el partido que lo había consentido y aclamado. Almonte tenía otras miras, creía evidente que al retirarse las tropas francesas, Maximiliano abdicaría y su deseo era que Napoleón III dejara la situación al general Miramón. Esta nueva intriga de Almonte, prueba deslealtad, pues mientras fuera representante de Maximiliano en París no podía tratar, sin el consentimiento de su soberano, de la sucesión del trono de México. Hay pruebas concluyentes de estas maniobras de Almonte, desde luego, la llegada á Veracruz del general Miramón sin que lo llamase Maximiliano é incurriendo en la responsabilidad militar de deserción.

D. Matías Romero escribía á Juárez : « En el curso de la conversación me dijo Mr. Mac Lane que estando en Septiembre de 1866 en París, tuvo una importante entrevista con M. de Persigny, en la que se habló sobre los asuntos de México. M. de Persigny le dijo que Almonte había propuesto que el gobierno francés aceptara la abdicación de

Maximiliano y dejara ir á la República á D. Miguel Miramón para que organizara un gobierno provisional con quien los franceses se entendieran al salir de México; que M. de Persigny no estaba muy satisfecho con este plan y le pareció preferible que dicho gobierno provisional fuera organizado por D. Jesús González Ortega (1). » Basch da gran importancia á la junta de Orizaba formada por los consejos de ministros y de Estado. Hace una pintura fiel y expresiva de los moderados, fieles á la bandera de su egoísmo, y afirma que todos los que votaron por la no abdicación se portaron sin honradez y de los veintitrés asistentes sólo dos estuvieron por la abdicación inmediata. Yo no creo que la junta de Orizaba celebrada el 20, haya tenido influencia en la decisión de Maximiliano. El Archiduque conocía la opinión de la junta contraria á la abdicación, antes que ésta hubiera deliberado y votado. Lacunza, jefe de los consejeros moderados, le había hablado con calor, tenacidad y elocuencia para que no abdicara y esto nos lo cuenta el mismo Basch, quien tampoco cesa de hablar contra los conservadores por sus intrigas para hacer rodar la abdicación. Apelar á una junta formada por hombres que demasiado han externado sus opiniones y que demasiado habían

(1) *Correspondencia de la Legación de Washington*, tomo VIII, pág. 747.

suplicado y argumentado para que Maximiliano no abdicara, no podía tener más objeto que hacer á la nación una nueva farsa. Pero si esto no fuera suficiente para probar que Maximiliano solo convocó la junta para que confirmase sus más indomables deseos, basta leer el autógrafo del Emperador dirigido á la junta y copiado por Basch, para convencerse de que el Archiduque representaba una vulgar y gastada comedia.

En dicho autógrafo, Maximiliano dice : « que está resuelto á abdicar; pero que si la nación le exige nuevos sacrificios sobre los muy grandes que ha hecho por ella, se quedará. » Es tan viejo en el mundo como la ambición política el artificio de Maximiliano. Cuando un gobernante dice : quiero dejar el poder, pero si la nación me exige nuevos sacrificios, continuaré sacrificándome, debe entenderse : no tengo el menor deseo de dejar el poder y los interesados en que no lo deje deben tomar, aun cuando sea ridículamente, el nombre de la nación para que ésta me ruegue que no la abandone. Esta copla ha sido recitada en todos los siglos, en todos los planetas, en todas las naciones, por todos los ambiciosos y ha servido para millones de chistes en sainetes, zarzuelas, y periódicos bufos. Maximiliano, desde el momento en que dijo que estaba dispuesto á continuar sacrificándose, habló claro y sólo el Dr. Basch no entendió que el Archiduque quería á

todo trance que la nación abstracta de los ambiciosos no lo dejara partir.

Hay otra prueba de la comedia que representaba Maximiliano en Orizaba. Basch, á causa de sus emociones, no puede leer lo que él mismo escribe. Nos cuenta que el Emperador puso sus condiciones para quedarse y que, siendo éstas imposibles, los conservadores obraron sin honradez al aceptarlas. Desde luego hay que observar que si Maximiliano conocía que las condiciones para quedarse eran imposibles, ¿para qué las proponía? Es jugar como niños decir : me quedo de Emperador si me ponen sobre la mesa todas las estrellas. Si Maximiliano ignoraba que las condiciones que imponía no eran imposibles hay que convenir que había perdido completamente la razón, y un soberano loco no puede reinar. Las condiciones imposibles eran :

1ª Convocación de una asamblea nacional, cuando el país en su mayor parte no estaba ya bajo la jurisdicción imperial;

2ª Arreglo inmediato y satisfactorio de la hacienda pública;

3ª Reconocimiento del Imperio por los Estados Unidos.

Ciertamente que las condiciones eran imposibles; pero, aun cuando lo diga Basch, es falso que Maximiliano había puesto semejantes condiciones para no abdicar.

El autógrafo del Emperador Maximiliano copiado por Basch dice : « Si nuestro Ministerio y nuestro Consejo de Estado se hallan en aptitud de **proponernos los medios para llegar á una solución segura y practica**, entonces continuaremos perseverando con franca y buena voluntad en la obra de la regeneración de México ».

Maximiliano no ponía por condición que le ministrasen recursos, que la asamblea nacional se reuniese, que los Estados Unidos lo reconocieran; pedía sólo que le *propusieran medios* para llegar á la solución de las dificultades, y no es lo mismo que una persona diga : me quedo en México si me dan un millón de pesos, que expresar : me quedo en Mexico si me **proponen medios** para hacerme de un millón de pesos.

Mas aun cuando las condiciones hubieran sido posibles por su naturaleza, ninguna de ellas podía tener una realización inmediata; pero como Maximiliano lo que pedía era *que le propusieran medios*, esto podía hacerse desde luego; pero ni él lo exigió, ni los conservadores lo hicieron, probando con ello suficiente perfidia, en ningún caso engaño, porque Maximiliano sabía bien que no había *medios seguros y prácticos para alcanzar lo que deseaba*.

Los conservadores no lo engañaron, porque no era posible engañarlo. Don Luis Arroyo, el enviado

de Maximiliano á los Estados Unidos, trató de engañar á su gobierno, porque jamás el gobierno de los Estados Unidos le dió la más ligera esperanza de reconocer al Imperio en México; ni siquiera quiso escucharlo, ni que le fuera presentado aun como simple caballero; y sin embargo, Arroyo en su correspondencia siempre ocultó á Maximiliano la verdad. El General Almonte tuvo noticia de la inflexible nota siguiente de Mr. Seward á Mr. Drouyn de Lhuys, porque el General Schofield en lo privado y en París, le dió una copia de ella. « La verdadera razón del descontento de los Estados Unidos consiste en que el ejército francés al invadir á México, ataca á un gobierno republicano, *profundamente simpático á los Estados Unidos*, y elegido por la nación, para reemplazarlo por una monarquía, que, mientras exista, será considerada como una amenaza hacia nuestras propias instituciones republicanas (1). »

Aun cuando los diplomáticos Almonte y Arroyo no hayan dicho á Maximiliano lo que nadie ignoraba en el mundo y era que los norteamericanos habían declarado que jamás lo reconocerían, procedieron con perfidia. Pero Maximiliano no podía ser engañado, porque el ministro mexicano en Viena y otros funcionarios de la Corte de Viena, le parti-

(1) Nota de 6 de Abril de 1866.

ciparon la decidida y formal oposición del gobierno de los Estados Unidos para que autorizase el enganche y la salida de voluntarios con objeto de sostener á Maximiliano en México. El decreto del Presidente de los Estados Unidos no reconociendo el bloqueo ni la clausura del puerto de Matamoras ordenada por Maximiliano, tratándolo de príncipe *que pretende ser Emperador* de México, no podía dejar duda al Archiduque sobre la resuelta actitud de los Estados Unidos, no sólo para no reconocerlo, sino para hostilizarlo de la manera que les fuera posible hasta obtener su caída. Pero Maximiliano, en el asunto de no soltar el poder, era tan obstinado como Juárez.

Basch nos dice « lo disgustado que estaba Maximiliano con el Ministerio conservador, cuyos representantes en justicia no podían serle simpáticos (1) ». Pero si no le eran simpáticos ¿por qué no los despedía, puesto que era soberano absoluto? Ya lo dije, le eran antipáticos porque ante ellos no se sentía *absoluto*, comenzaba á recibir el yugo de un partido, como el clerical, muy bien disciplinado, exigente, diplomático, untuoso, pero inflexible en sus tendencias, implacable en su autoridad, frío en sus cóleras, risueño en sus perfidias, inmensurable en sus pretensiones. Para tal partido,

(1) Basch, pág.

Maximiliano era un *muñeco rabioso y perfumado*, cuya volubilidad tenía que desaparecer dentro de la mano de fierro de un viejo tirano del mundo tradicionalista : el clero.

El partido conservador conocía la deslealtad del Archiduque, tan bien descrita por Arrangóiz y Don José Hidalgo. Maximiliano estableció y sostuvo por mucho tiempo una *agencia de difamación en París*, contra los conservadores mexicanos; agencia muy bien dirigida por el abate Domenech. Zamacois refiriéndose á esta *oficina* de dicterios, dice : « No era ciertamente muy digna de un sacerdote la misión de hacer publicar todo lo que se le enviase en elogio de Maximiliano, *aun cuando fuese á costa de la honra de los que se separaban de su servicio, por causas que juzgaban justas* (1).

« El objeto de Maximiliano al observar esa conducta (difamar y calumniar) era desprestigiar á los que dejaban su servicio por no estar conformes con su política (2). »

El profesor Church en su opúsculo sobre la cuestión de México, publicado en Filadelfia en 1867, censuraba con alguna severidad la *agencia difamatoria* de Maximiliano dirigida en París por el abate Domenech. « Parece imposible, dice Church, que un príncipe culto, un príncipe europeo mo-

(1) Zamacois, tomo XVIII, pág. 397.

(2) Zamacois, tomo XVIII, pág. 396.

dermo que pretende cumplir una misión civilizadora en la población latina de América, haya descendido hasta absorber uno de los vicios más repugnantes de los gobiernos de aquellas miserables y abyectas razas. En Europa, el decoro del soberano le prohíbe mandar insultar á los que son ó toma por enemigos; en Asia, los príncipes son misteriosos y feroces, oprimen y desgarran con la fuerza; pero no los mancha el oprobio de ser los que distribuyen la ignominia á su pueblo. En los Estados Unidos, nadie se imagina á un presidente ordenando que se difame á los ciudadanos como ley de gobierno. El príncipe Maximiliano en poco tiempo se dejó arrastrar por la barbarie característica del sistema cacical que desprestigia á las más infelices naciones latinas de nuestro continente (1). »

(1) Church, pág. 29.

CAPÍTULO V.

EL GOLPE DE ESTADO DE JUÁREZ.

El Congreso concedió al Presidente federal Don Benito Juárez facultades omnímodas, sin más limitación que conservar las leyes de Reforma, la independencia nacional y la forma de gobierno constitucional. Esta autorización contiene un absurdo de primera magnitud y para ponerlo en evidencia, voy á separar las delimitaciones de conservación de la independencia y leyes de Reforma, ajenas á la cuestión.

Las facultades extraordinarias concedidas á Juárez se reducían, haciendo la separación que acabo de indicar, á esto : Se conceden al Ejecutivo facultades omnímodas, sin más límite que conservar la forma de gobierno constitucional.

Conforme á la forma de gobierno constitucional que Juárez quedaba obligado á conservar, el Presidente federal tiene un número limitadísimo de facultades. Substituyendo esta afirmación en el texto de la autorización de facultades extraordina-

rias al Ejecutivo, de las que me estoy ocupando, queda : Se conceden al Ejecutivo facultades ilimitadas, sin más límite que el que sean muy limitadas conforme á la Constitución. Tal es el absurdo.

La forma de gobierno que Juárez debía conservar era democrática, representativa, federal. En esta forma, y la Constitución lo dice, aun cuando no es necesario; « el pueblo ejerce su soberanía por medio de los poderes federales y de los Estados ». Para que Juárez, cumpliendo con el límite de su autorización, conservase la forma de gobierno constitucional, era indispensable que conservara los poderes federales y de los Estados, lo que era imposible, y precisamente en vista de que era imposible durante la guerra extranjera conservar los poderes federales y de los Estados, el Congreso invistió á Juárez con omnipotente dictadura.

La forma de gobierno que Juárez debía conservar y que era la democrática, representativa, federal, tiene por único objeto hacer imposibles las dictaduras. ¿Cómo es posible que no haya absurdo en la autorización de facultades extraordinarias que el Congreso dió á Juárez en 1861, cuando en realidad se le dice : Te hago dictador; pero conservarás la forma de gobierno que hace imposible toda clase de dictadura. Ó lo que es lo mismo : *Te hago dictador; pero te prohibo que seas dictador.*



Es indudable que el legislador quiso decir lo siguiente : Te hago dictador omnipotente mientras dura el estado de guerra, prohibiéndote que comprometas de alguna manera la forma de gobierno constitucional que debe continuar rigiendo cuando termine la guerra que nos obliga á investirme con la dictadura.

Si se acepta á la letra la autorización de facultades extraordinarias, hay que aceptar el absurdo que he marcado. Pero en ese caso, como desde el momento en que dejan de existir dos de los poderes federales, el legislativo y el judicial, y la mayoría de los poderes de los Estados, cesa el régimen constitucional y sin éste, Juárez no podía tener siquiera sus muy limitadas facultades constitucionales, quiere decir entonces que todos los actos de Juárez eran nulos. El argumento no tiene réplica; el Presidente Constitucional de la Federación Mexicana no puede ejercer legalmente sus facultades constitucionales sin la coexistencia y libre funcionamiento de los demás poderes federales y de la mayoría de los poderes de los Estados. Desde que cesa el régimen constitucional, cesa de existir el Ejecutivo federal.

Si Juárez debía, al obrar, conservar la forma de

gobierno constitucional, tenía que obrar con la presencia y acción conjuntiva de los demás poderes constitucionales, y como era imposible que por el estado de guerra, estos poderes existiesen, era también imposible que Juárez obrase conforme se lo ordenaba la ley de facultades extraordinarias. Resumiendo, la ley de facultades en realidad dice : Se conceden al Ejecutivo facultades omnímodas sin más límite que la prohibición de tener alguna.

Tomando á la letra la ley de facultades de 1861, tan golpe de estado es la prórroga del período presidencial, como el nombramiento de un corneta ó la celebración de un contrato para que se haga el aseo de la oficina presidencial. Desde el momento en que tenía que cesar por tiempo indefinido el régimen constitucional, *no podía haber período constitucional presidencial* y la dictadura de Juárez tenía que ser necesariamente indefinida, como lo era el estado de guerra que la había causado.

Desgraciadamente yo soy el primero que hace estos razonamientos el año de 1904, y la situación de 1865 no podía considerarlos ni regirse por ellos. Siendo imposible que Juárez se rigiese por la letra de la ley, era indispensable que lo hiciera por su espíritu y conforme á él. Juárez, pues, no dió golpe de Estado; obró correctamente.

CAPÍTULO VI

LOS ÚLTIMOS ERRORES GRAVES DE JUÁREZ.

Tiempo es ya de examinar uno de los más grandes errores de Juárez, que estuvo á punto de dar el completo é inmediato triunfo militar á los imperialistas y de retardar por años y con gasto inmenso de sangre y recursos nacionales la soberanía de la causa liberal. Este error ha sido calificado por los enemigos de Juárez como una prueba de su desfreno de ambición, capaz de sacrificar en sus aras los intereses más sagrados de la patria.

Para entender bien la importancia del error á que me refiero, es indispensable fijarse mucho en los hechos que lo constituyen.

El 10 de Octubre de 1866, el General Escobedo, que había hecho en el Norte una feliz campaña, recibió una comunicación de Juárez en que le ordenaba pusiese á disposición del General Don Santiago Tapia las fuerzas necesarias para arrojar al Coronel Canales de Matamoros, quien ocupaba ese puerto como Gobernador del Estado de Tamauli-

pas, nombrado en virtud de una sublevación contra el General Carvajal, Gobernador legítimo de dicho Estado.

Antes de continuar, es preciso conocer la situación de los beligerantes el 10 de Octubre de 1866. Los imperialistas tenían fuerzas regulares excelentes :

En Guadalajara, al mando del General Gutiérrez.....	1,200	hombres.
En el Estado de Jalisco, al mando del Coronel Sayan.....	800	»
En S. Luis, al mando del Gral. D. Tomás Mejía.....	800	»
Fuera, al mando del Gral. Olvera.....	700	»
Al mando del Gral. Liceaga, entre Querétaro y Guanajuato.....	1,500	»
En Aguascalientes y otros puntos del interior muy diseminados.....	1,300	»
En Colima, al mando de Chacón y otros.	700	»
En Michoacán, al mando del Gral. Ramón Méndez.....	3,500	»
Legión extranjera, en el Estado de S. Luis y Zacatecas.....	3,600	»
Total.....	14,100	hombres.

Napoleón dió orden desde París al Mariscal Bazaine, de que no dejara á Maximiliano la Legión extranjera, hasta el 13 de Diciembre de 1866, que conforme al tratado de Miramar, debía quedarse diez años á las órdenes de Maximiliano.

Los republicanos tenían, para oponerse á la amenazante concentración de ataque de las tropas imperialistas del interior, solamente la división del

General Escobedo. El General Corona se hallaba aún en el Estado de Sinaloa muy ocupado terminando su campaña; Régules y Riva Palacio lastimosamente maltratados por las tropas del General Méndez, estaban reorganizándose con suma dificultad. El General Díaz apenas contaba con 1,500 hombres y no había ganado la acción de la Carbonera, ni ganado Oaxaca. Las fuerzas de Pesqueira y García Morales se hallaban en Sonora decididas á no salir de ese Estado. En suma, no había más que los 9,000 hombres de Escobedo, como esperanza seria, racional, militar, para obrar inmediatamente y conjurar los gravísimos peligros que debían esperarse de una acción inteligente y rápida del gobierno imperialista.

Lo indicado militarmente con urgencia al General Escobedo por las circunstancias, era internarse violentamente en el país, ocupar las ciudades de recursos defendidas por tropas mexicanas imperialistas, como Aguascalientes, Guanajuato, Guadalajara y Zacatecas, barriendo con 10,000 ó 12,000 hombres á las fuerzas mexicanas imperialistas, torpemente diseminadas en una inmensa región. Tal operación debía hacerse por supuesto sin buscar contacto con las tropas francesas, ni hostilizar sus líneas estratégicas de retirada, conforme á la orden de evacuación de México, que habían recibido de París.

Si el General Escobedo hubiera obrado como debía, su éxito hubiera sido inmenso. No habría tenido como enemigo á la Legión extranjera. Méndez se hubiera quedado, como se quedó, en Michoacán, vacilante y desmoralizado y los 7 ú 8,000 imperialistas diseminados en el interior, hubieran sido destruídos con extremada facilidad por las fuerzas de Escobedo, antes que de la ciudad de México hubieran podido recibir órdenes de concentración, pues eran los momentos en que Maximiliano se había retirado á Cuernavaca para hacer reflexiones sobre la política de los coleópteros y para satisfacer las vibraciones poéticas de sus esquisitas fibras de artista.

El General Miramón, salió de la ciudad de México con 400 hombres, rumbo á Guadalajara hasta el 28 de Diciembre de 1866, y si el General Escobedo hubiera cumplido con su deber militar, hubiera estado en Querétaro con 20,000 hombres antes que Miramón y Márquez hubieran desembarcado en Veracruz. Maximiliano, sin caudillos que lo sedujesen para no abdicar y desmoralizado por la fácil audacia de las tropas de Escobedo amenazando á la Capital, hubiera abdicado, pues hasta los mismos clericales se habrían desmoralizado al punto de no tener audacia para engañarlo con promesas de hombres, de dinero, y de energías nacionales para sostener el Imperio.

Las fuerzas que llevó el General Miramón á Zatecas, con excepción de los 400 hombres que sacó de la Capital, eran precisamente las fuerzas diseminadas en el interior, que tan fácilmente pudo destruir el General Escobedo, incorporándose por supuesto los buenos soldados rasos que las formaban.

El General Escobedo hubiera hecho lo que debía, porque su campaña del Norte fué muy bien dirigida y si no hizo oportunamente imposible la reorganización militar del partido clerical, que se presentó audaz y vigoroso en Querétaro, fué por la funesta intervención de Juárez, ordenándole que diese gran parte de sus fuerzas al General Tapia, para que este jefe marchase á castigar al Coronel Canales. Y como los 1,500 hombres al mando de Tapia, separados de las fuerzas de Escobedo, no podían tomar una plaza bien fortificada, bien artillada y bien defendida como la de Matamoros, el General Escobedo tuvo que mandar á Tapia un número mayor de fuerzas, con lo que quedó lastimosamente debilitado para continuar la urgente campaña contra el Imperio.

Semejante orden de Juárez comprometió toda la campaña, pues relegaba á la mayor parte de la división de Escobedo á emprender el sitio de una plaza fronteriza en una región asolada en aquellos momentos por el cólera morbo, enfermedad que

mató al digno General Santiago Tapia y diezmó las fuerzas de Escobedo.

El Brigadier norteamericano Sedgwick, con algunas fuerzas del ejército de los Estados Unidos, pasó el Río Bravo y con el pretexto de sostener á Juárez, sostuvo á Canales, al grado de que las fuerzas norteamericanas constituyeron las fuerzas de reserva de la plaza, pudiendo así Canales colocar á todas sus tropas en la primera línea para resistir á las de Escobedo. El General Escobedo obrando con tanta prudencia, como dignidad y habilidad, salvó el tremendo conflicto armado entre fuerzas norteamericanas y mexicanas, no sin haber estado en peligro de ser derrotado al atacar la plaza de Matamoros, operación en la que experimentó muy serias pérdidas y el fracaso de no tomar la posición. Debe afirmarse que por el cólera, el arrojó de los sitiados, y el atentado del general norteamericano, el ejército de Escobedo, única fuerza capaz de oponerse en Octubre de 1866 á los elementos aún formidables de los imperialistas presentados en el interior, estuvo á punto de perecer por orden de Juárez. ¿Qué hubiera sido de la República si el ejército de Escobedo hubiera desaparecido y Miramón sólo hubiera encontrado al General Corona en el interior? Es innegable que lo que hubiera pasado era el triunfo temporal del Imperio por varios años. Tales debían ser los resultados de la intervención de

Juárez en la cuestión militar y si no tuvieron lugar fué debido á lo que se llama casualidad, es decir, á que Maximiliano tardó dos meses en meditar si abandonaba México ó continuaba en el poder, causando parálisis total en la vida de su gobierno.

*
* *

Se me dirá, Canales era un rebelde que debía ser castigado. ¿Por qué Juárez no hizo castigar al General Corona cuando también fué rebelde, al pronunciarse contra el Gobernador legítimo de Sinaloa, el General García Morales, arrojándolo del poder? Los enemigos de Juárez dicen : porque Corona era general juarista; mientras que Canales no había aprobado los decretos de Juárez prorrogándose á sí mismo su período presidencial y despojando de sus derechos á González Ortega.

Las intenciones de Juárez no puedo conocerlas, porque tenía sin duda la ley militar en la mano para castigar á Canales; pero también es cierto que Canales era su enemigo personal y que nunca había dado el ejemplo de intentar castigar á un jefe juarista por indisciplinado que fuese, no obstante ser muy numerosos los casos de indisciplina en el ejército liberal en aquella época. El gran escándalo del General Don José María Arteaga de no ponerse á las órdenes del General Echeaga-

ray cuando se lo ordenó su superior, el general López Uruga, lo aprobó Juárez en vez de castigarlo. Si Juárez hubiera resuelto aplicar estrictamente la Ordenanza á ejércitos mal armados, desnudos, siempre en la miseria y sin elementos para bien disciplinarse, se habría quedado sin un soldado.

El primer error de Juárez en este asunto consiste en haber nombrado al General Don Santiago Tapia, Gobernador y Comandante Militar del Estado de Tamaulipas; era persona ameritada, pero no era tamaulipeco. A los fronterizos muy especialmente, les disgusta que el Gobierno federal les nombre gobernadores á personas que no son hijos de sus Estados. Juárez debía grandes consideraciones á los fronterizos, quienes se habían distinguido defendiendo la causa republicana y experimentado todo el rigor de la ferocidad enemiga. Fué en Tamaulipas donde el bandido francés Dupin se hizo célebre por sus incalificables atentados.

Por otra parte, la conveniencia política, militar, patriótica, indicaba como regla fija, constante, inmutable, dejar de jefe de los cacicazgos á sus caciques.

El éxito de la resistencia se había debido, y se iba á deber el triunfo en gran parte, al poder cacical. ¿Qué hubieran hecho los heroicos jefes republicanos sin el apoyo de los caciques, necesi-

riamente adictos á la causa republicana, puesto que la imperialista representaba el centralismo ó sea la destrucción de su poder y dinastías? ¿Qué hubiera hecho Juárez sin Álvarez en Guerrero, sin los García-Baranda en Campeche, sin Martínez y Ugalde en la Huasteca, sin Pavón, Cortina y Canales en Tamaulipas, sin Pesqueira en Sonora, sin Trias y Terrazas en Chihuahua, sin Cravioto en la Sierra de Huauchinango, sin Domínguez en Chiapas? Todos estos combatientes eran caciques y lo que más defendían eran sus cacicazgos. A los cacicazgos les debemos el triunfo de la república federal en 1824, el triunfo de las primeras leyes de Reforma en 1833, el triunfo del Plan de Ayutla en 1856, el de la Reforma en 1860, y el de la guerra contra el Imperio. Sin la potencia cacical, nuestros bravos combatientes, simplemente militares republicanos, se hubieran encontrado sin apoyo serio; les hubiera sido necesario pronto sucumbir ante el empuje de las huestes del ejército franco-mexicano. La fuerza efectiva del partido liberal mexicano ha sido siempre el caciquismo. Destruídos los caciques el partido liberal es solo un recuerdo.

Por otra parte, Canales se había batido bien y constantemente contra la Intervención y el Imperio y aunque adicto á González Ortega, en nada perjudicaba tal adhesión á la causa republicana. El

General González Ortega y sus partidarios aseguraron en su proclama-programa que protestaban contra la usurpación de Juárez, pero que de ninguna manera pensaban entorpecer la campaña contra el Imperio y que, por el contrario, estaban dispuestos á hacerlo con todas sus fuerzas. Los militares y políticos *orteguistas* deseaban evitar á todo trance la anarquía, cumplir como buenos patriotas republicanos combatiendo aparte ó en combinación con los jefes juaristas y solamente el día del triunfo exigir á Juárez la responsabilidad por lo que llamaron su golpe de Estado.

*
* *

¿Cuál debió ser la conducta de Juárez? Desatenderse por completo de su cuestión personal, no poner impedimento á que el grupo orteguista combatiere, dejar á Canales tranquilo en Matamoras, ordenar á Escobedo que invadiese rápidamente el interior de la República arrollando á las fuerzas imperialistas diseminadas; y llegado el día del triunfo someterse al fallo de la Nación, al que apelaba el General González Ortega.

Canales estaba dispuesto á seguir combatiendo por la causa liberal en las filas de Escobedo. Si Juárez hubiera reconocido á Canales como gobernador, en virtud de lo grave de las circunstancias,

que exigían más que nunca la unión de los republicanos en los campos de batalla, la posición de los republicanos se habría elevado considerablemente. Juárez no puede disculpar su actitud alegando que obraba por hacer respetar estrictamente el principio de autoridad, porque había sancionado la rebelión del General Don Ramón Corona contra el General García Morales, gobernador legítimo del Estado de Sinaloa, á quien Corona arrojó indebidamente de su puesto. Juárez sancionó el acto de insubordinación del General Don José María Arteaga rehusándose entregar la división que constituía el Ejército del Centro, al General Echeagaray. Realmente, la única diferencia que se encuentra entre el caso Canales y los casos Corona y Arteaga, es que Canales no reconocía á Juárez como Presidente de la República, con motivo del golpe de estado de Paso del Norte, mientras que los rebeldes Corona y Arteaga lo eran contra las leyes. Indudablemente que Juárez quiso castigar á Canales porque era un rebelde contra su persona.

La funesta orden de Juárez á Escobedo, privó á la división de este jefe de las fuerzas de Canales y de las de Cortina, empleadas en perseguir á aquél, cuando éste se separó después de haberse sometido. La funesta orden de Juárez mantuvo la excelente división del General Escobedo, cincuenta

y seis días sin efectuar ni una sola operación contra los imperialistas. Y ¡ay de Juárez y de la República si Maximiliano hubiera sabido aprovechar la oportunidad que se le presentaba para dar un golpe mortal á sus enemigos!

En una campaña, cincuenta y seis días de inacción de un beligerante en los momentos en que el éxito depende, ante todo, de la actividad, tienen que ser su muerte, y como lo he dicho, si no se pusieron las cosas horribles para la República, fué porque Maximiliano había descendido al último grado de inercia y abatimiento y había permitido por un largo período de abstención y de reclusión del gobierno en Orizaba, que se compensara la inacción del Cuerpo de ejército del General Escobedo.

En Enero de 1867, el General Miramón concibió un inteligente plan de campaña adecuado á las reducidas fuerzas con que contaba, pues apenas reunió poco menos de cuatro mil hombres. Juárez se hallaba en Zacatecas con una fuerza insignificante y el General Escobedo en San Luis Potosí con toda su división. El plan de Miramón consistió en dividir sus fuerzas, ordenando al General Don Severo del Castillo amenazase á San Luis á determinada distancia, mientras él se dirigía sobre Zacatecas, con la mira de que el General Escobedo, empleando la vieja y estúpida escuela de los generales mexica-

nos de preocuparse de cubrir plazas y defender todo al mismo tiempo, dividiera sus fuerzas enviando una buena parte para sostener á Zacatecas, tanto más cuanto que en esa ciudad, se encontraba el gobierno de Juárez. Una vez dividido Escobedo, Castillo y Miramón debían reunirse con rapidez y atacar sucesivamente á las dos fracciones del ejército republicano. Miramón, desde que insistió con Maximiliano para que no abdicara, manifestó estar creyendo que los generales liberales de 1867, eran los mismos aficionados novicios del año 1858. El General Escobedo entendió perfectamente el plan de Miramón y puso en práctica las medidas estratégicas propias para contrarrestar el plan del general imperialista; lo que dió por resultado el completo desastre de Miramón en San Jacinto, que debió haber terminado con el aniquilamiento de Don Severo del Castillo, si Escobedo no hubiera sido desobedecido por el General Herrera y Cairo y otros jefes.

Juárez, sin saberlo, se puso enteramente del lado del General Miramón, pues ordenó á Escobedo que le enviase parte de su división para que lo defendiese en Zacatecas, que era precisamente lo que anhelaba el inteligente y bravo general imperialista. El General Escobedo, obrando como buen militar, rehusó dividir sus fuerzas y seguir la desastrosa estrategia de Juárez, en la que Miramón había colocado todas sus esperanzas.

« Mucho se instaba al General Escobedo para que desprendiera alguna de sus fuerzas en auxilio de aquella ciudad (Zacatecas), pero esto nó era fácil por muy justa que apareciese la exigencia del gobierno que había ya amenguado sus tropas en aquel punto; por la necesidad en que se hallaba de custodiar al General González Ortega, que en momentos aciagos había penetrado al mismo Zacatecas, é intentado promover un trastorno, en su delirio de apoderarse de la presidencia. La situación podía complicarse y el General Escobedo, que debía su prudente previsión á una experiencia larga y costosa, entendió que no era conveniente dividir sus fuerzas, sino por el contrario hacerlas compactas y separarlas lo menos posible, pues durante sus largas y penosas campañas, comprendió que sólo podían obtenerse buenos resultados militares con fuerzas unidas y bien organizadas (1). » Lo que comprendía el General Escobedo y que lo acreditaba como militar, no lo había entendido el General Don Ignacio Mejía, Ministro de la Guerra de Juárez, que ordenaba á Escobedo la enorme falta de fraccionarse frente al enemigo.

El gobierno de Juárez, á su vez, debió haber entendido que en Enero de 1867, las fuerzas republicanas apenas eran suficientes para impedir la con-

(1) Juan de Dios Arias, *Historia del Ejército del Norte*, pág. 110.

centración de empuje de los imperialistas, que contaban con cuerpos muy bien disciplinados, oficiales viejos y generales distinguidos. No era, pues, posible que una sola división fuera destinada exclusivamente á cuidar el personal del gobierno republicano. Si Juárez no se encontraba seguro en Zacatecas, debió dirigirse á San Luis y seguir los movimientos y la suerte del General Escobedo, como lo hacía la Emperatriz de Austria María Teresa, en circunstancias análogas, ó bien debió permanecer tranquilo en Chihuahua.

*
* *

El 6 de Abril de 1866, *Le Moniteur*, de París, anunció la retirada definitiva del ejército francés de México. El Emperador Napoleón anunciaba también que los intereses franceses quedarían asegurados al retirarse el ejército. Estos intereses eran los cuantiosos y ruinosos empréstitos contratados por Maximiliano en París y la enorme deuda del Imperio mexicano al tesoro francés, el costo de la expedición militar. Era imposible que Juárez admitiera asegurar tales intereses franceses. El gobierno mexicano asegurador de ellos no podía ser más que el Archiduque Maximiliano ó un gobierno liberal formado de acuerdo con Napoleón III, especialmente escogido para asegurar los intereses franceses, ó sea

la ruina económica, política y social de México.

Se ofrecían tres hipótesis :

Primera. Al retirarse los franceses, Maximiliano no abdicaba ;

Segunda. Al retirarse los franceses, Maximiliano abdicaba y entonces el gobierno francés entregaba en México el poder al partido reaccionario ;

Tercera. Abdicaba Maximiliano y Napoleón formaba un gobierno liberal, con cualquier caudillo reformista enemigo de Juárez.

No abdicando Maximiliano, ¿qué elementos debían sostenerlo? Desde luego los importantes militares : la Legión extranjera, el cuerpo austriaco, el belga y los Cazadores, compuestos en su mayor parte de tropa extranjera y con jefes y oficialidad extranjeros. Todas estas fuerzas excelentes debían ascender á 24,000 hombres. Pero tales tropas no podían resistir la miseria como las mexicanas, ni se hubieran contratado para morir de hambre. Maximiliano podía contar con ellas si tenía dinero ; en caso contrario, no se debía tomarlas en consideración. Maximiliano no podía tener dinero, porque para quedarse en México reconociendo los intereses franceses debía privarse de sumas muy superiores al total producto de las rentas imperiales, que eran lastimosamente escasas.

En suma, cualquiera que fuera el gobierno sucesor de Maximiliano, se debía encontrar sin re-

cursos y sostenido por elementos nacionales.

¿Cuáles debían ser éstos?

Considerando la segunda hipótesis consistente en que Napoleón III entregase el poder al partido clerical, semejante hipótesis no resultaba admisible. Napoleón había declarado que mientras sus tropas permanecieran en México, la bandera francesa no se deshonraría con una restauración teocrática y no podía, en consecuencia, legar el poder al clero. Por otra parte, estaba convencido como toda Europa, de que el partido clerical no podía resistir á la larga ni á la corta el empuje del partido liberal aislado, y mucho menos contando con el eficaz auxilio de los Estados Unidos.

La tercera hipótesis era la admisible : Napoleón debía intentar la conquista de un jefe liberal de prestigio, para que en uso del sistema nacional de pronunciarse por cuestión de ambiciones personales y recibiendo armas, plazas, dinero y todos los elementos que dejaba el ejército francés, se comprometiese en cambio el favorecido á reconocer los intereses franceses. El jefe indicado por las circunstancias era el General González Ortega, que no tenía ya prestigio personal, pero á quien se lo daba inmenso la ley, aun en el concepto de los mismos jefes juaristas. González Ortega, según la conciencia pública ilustrada y vulgar, había sido la víctima de un golpe de estado, de una usurpación, de un gran

crimen. El General González Ortega tenía que contar con importantes elementos. El primero y muy considerable era el del gran número de jacobinos que profesaban el dogma : Sálvense los principios aun cuando se pierda la patria (1). En segundo lugar contaban con buenos jefes liberales que habían aceptado el golpe de estado como una calamidad inevitable, pero sólo mientras duraba la guerra contra los franceses y resueltos á que una vez terminada ésta se obligase á Juárez á respetar en otro lo que tanto había querido que se respetase en él : la legalidad.

El General González Ortega podía contar si le aconsejaban bien sus amigos, con elemento muy importante : *¡los comprometidos!* Estaban comprometidos jugando la vida todos los que habían servido ó ayudado á la Intervención y al Imperio y las clases ricas habían comprometido además sus bienes, condenados á la confiscación por una ley inexorable y terrible que había recibido ya numerosas aplicaciones.

Bastaba una amnistía amplia y generosa decretada por González Ortega para poner de su lado todos los intereses de los comprometidos, que eran

(1) Véanse las cartas de don Guillermo Prieto á Don Juan A. Matcos, á Don Joaquín Alcalde, á su amigo Don Pancho y á *Chipilin*, recomendándoles apoyen á González Ortega, publicadas en el tomo VIII de la *Correspondencia de la Legación de Washington*.

enormes en el terreno militar, en el económico y en el social.

La gran ventaja de Juárez consistía en no reconocer la ruina de su patria, obligándose á pagar los empréstitos franceses y demás créditos componentes de las reclamaciones del gobierno francés. Pero una vez que los franceses hubieran abandonado el país, González Ortega con cualquier pretexto podía romper sus compromisos con Napoleón III y dejar á Juárez sin legalidad, sin partidarios y sin bandera. Por último, Napoleón III era muy capaz de dejarle el poder al General González Ortega, aun cuando no reconociera las reclamaciones y los empréstitos franceses, con tal de hundir á Juárez. Con este golpe, Napoleón hubiera perdido millones, que en realidad estaban ya perdidos, y hubiera triunfado sobre Juárez dentro del campamento liberal, lo que hubiera proporcionado inmortal victoria á su amor propio.

Colocada en estas condiciones la cuestión política, que eran las naturales exigidas por la evolución, la causa de Juárez degeneraba hasta volverse indigente causa personal.

Juárez, considerando que la mayor parte de los jefes y oficiales del ejército liberal habían reconocido al Imperio, debió facilitarles la segunda defección y facilitársela también á los militares imperialistas. Debió tranquilizar á los moderados, absolver con

las dos manos los grandes pecados de la clase rica y desarmar casi por completo á González Ortega, haciendo todo lo posible y llegar á impedir á todo trance la continuación del derramamiento de sangre y desgracias. Y todo esto pudo hacerlo expidiendo desde el mes de Julio de 1866 una ley de amnistía, con las excepciones necesarias, en número muy limitado. Al anuncio de que Napoleón retiraba sus fuerzas de México, publicado en *Le Moniteur*, de París, Juárez debió responder inmediatamente con una ley de amnistía, intentando por nobleza y por conveniencia, hacer imposible una nueva guerra civil, que podía ser muy larga y muy costosa á la nación y á la causa liberal.

Esa ley de amnistía hubiera dejado á Maximiliano al claro, caso de que no abdicase; la gran mayoría de los comprometidos que escapaban á la muerte, á la confiscación, al destierro, á las persecuciones, no habían de querer meterse en una segunda aventura de infamia y traición. La mayor parte de los comprometidos en la Intervención y el Imperio, lo habían hecho estimulados por el poder militar y pecuniario de Francia, que creían les era asegurado perpetuamente. Una vez Maximiliano sin bayonetas francesas, sin belgas ni austriacos, sin dinero, sin prestigio personal, sin comprometidos á rodearlo y sostenerlo, se hubiera quedado á lo más acompañado de cinco ó seis generales, de algu-

nos camaristas y de media docena de prelados.

Nunca una ley de amnistía fué mejor reclamada por las circunstancias. La amnistía debió comprender á los orteguistas ó sea á los legalistas.

La amnistía estaba indicada por la justicia, por la generosidad, por la habilidad, por el patriotismo.

No menos que el noventa por ciento de la nación había defeccionado y merecido las severas penas de la ley de 25 de Enero de 1862. Era indispensable pasar por las armas á siete millones de mexicanos y confiscar todas las propiedades de la República. Cuando una ley feroz se desploma en el ridículo, sólo una amnistía puede salvar el decoro del gobierno que la ha decretado.

Chocaba ver que los-jefes y oficiales liberales que habían traicionado á la República y después al Imperio se cubrían con la blanca túnica de las vestales, adornadas con las manchas de dos defecciones. Gozando de altos cargos, ocupando puestos eminentes como gobernadores de Estados federales, recibiendo felicitaciones, aplausos, respeto y aun admiración. En cambio, los jefes y oficiales conservadores que jamás habían defeccionado y que, víctimas de sus erróneos principios, habían reconocido á la Intervención y al Imperio, morían fusilados por la espalda y denigrados como parri-cidas. En buena moral y en lógica, esto no podía

ser justicia, sino una de esas infamias que bajo el fuego rojo de las pasiones de partido, en el paroxismo de la exaltación toman el tinte de virtudes cívicas. La ley de amnistía habría colocado la verdadera justicia en lo que no podía considerarse más que como un muladar de venganzas.

El gobierno liberal había perdido el derecho de castigar, desde el momento en que había entregado su prestigio y sus banderas á multitud de jefes que dos veces habían traicionado. De manera que si el partido conservador debía llamarse justamente el partido de la traición, el partido liberal, con excepción del grupo admirable que jamás reconoció al Imperio, debía llamarse el partido de la doble traición.

Por último, los hechos habían probado que Francia no se había anexoado el territorio nacional, ni tratado de convertir á México en colonia francesa. El crimen de aceptar el desmembramiento del territorio y la pérdida de la independencia nacional, señalado y penado por la ley de 25 de Enero de 1862, no era el que se había cometido. Los que no tomaron parte en la Intervención y aceptaron el Imperio como hecho consumado y bajo la condición expresa que no había de comprometerse la independencia ni la integridad del territorio, no podían haber cometido el crimen de entregar á su patria al extranjero. Era indispensable al retirarse

los franceses hacer un vigoroso llamamiento á la razón, á la equidad, á la civilización y á un patriotismo más racional y menos sanguinario que el que con la impasibilidad tétrica de un Torquemada pretendía aplicar Juárez, en nombre de un partido que no había podido ni podía arrojar de su bagaje al tratado Mac-Lane, más antipatriótico que el tratado de Miramar.

Juárez hizo bien en acoger á las ovejas descarriadas que volvieron voluntariamente al redil y que contribuyeron al triunfo de la buena causa; pero para no romper con las más ligeras nociones de humanidad, debió excitar al arrepentimiento ó á la conveniencia, extendiendo generosamente su perdón.

La amnistía era un paso político hábil, porque privaba al enemigo de valiosos elementos; lo aislaba en la aberración de pretender continuar una causa declarada incompatible con nuestro modo de ser, con nuestro modo de desear, con nuestra manera de juzgar, con nuestros más activos é inflexibles intereses.

La amnistía era patriótica, porque disminuía considerablemente ó anulaba las probabilidades de que á la guerra extranjera sucediera la guerra civil. La inflexibilidad de roca de Juárez debió haberle costado muy caro si Maximiliano abdica y si González Ortega hubiera sido entonces bien aconse-

jado, ó bien si no abdicando Maximiliano, los Generales Miramón y Márquez no se hubieran hecho una guerra desastrosa para los intereses de la causa que defendían. La salvación la debió Juárez simplemente á su estrella favorita, la casualidad, pues hizo todo lo posible para que el triunfo militar correspondiese á los imperialistas.

-

CAPÍTULO VII

LA JUSTIFICACIÓN DE NAPOLEÓN III.

Napoleón III retiró sus fuerzas de México á causa de la resistencia tenaz del grupo intransigente y heroico de republicanos que combatió sin cesar al Imperio; las retiró acosado por la opinión del pueblo francés, siempre opuesto á una empresa que no le presentaba más que aspectos insensatos; las retiró por la intimación arrogante y enérgica de los Estados Unidos, reprobando toda intervención europea en los asuntos políticos de América, y por último, las retiró convencido de que los sacrificios que hacía Francia eran infinitos, si se atiende á que aparecían nulos los beneficios que la nación francesa debía esperar del trono mexicano.

Como no es posible estimar con balanzas de precisión, la parte que en la resolución de Napoleón III de retirar sus fuerzas de México, tuvo cada una de las causas que la impusieron, hay que aceptar el concepto universal de que la más importante de ellas, la decisiva, la apremiante, la irresistible,

fué la determinación inexorable de los Estados Unidos de acabar en México con la política del gobierno francés, á la que debían amenazas y humillaciones por su acción durante la guerra entre esclavistas y unionistas. El error enorme de Napoleón fué no haberse desprendido del negocio mexicano, como lo deseaba y como le convenía, antes que los Estados Unidos se lo impusiesen. Mas una vez cometida la falta, era preciso aceptar la humillación y devorarla. Corregirla por el estúpido crimen de llevar á Francia á una guerra con los Estados Unidos, hubiera colocado á Napoleón en el último rango de los imbéciles y de los malvados.

Maximiliano no supo apreciar esta solución inmutable de la cuestión mexicana. Sobrepassando su obcecación los límites más amplios de la necedad, pretendía que Napoleón III sacrificase en América á la nación que gobernaba y que la dejase desarmada ante la Europa agresiva. ¿Suponía Maximiliano, no obstante ser un príncipe europeo é instruído, que Napoleón era un autócrata perfecto, como los que suele producir la América Latina? Aun cuando así fuese, la más infeliz de las Repúblicas Latino-Americanas no habría consentido á su más feroz cacique, sacrificarla completamente por sostener á dos mil leguas de distancia el trono de un príncipe extranjero, indiferente, antipático ó desconocido para la nación que se pretendía

inmolar. El pueblo francés del siglo XIX inspiraba mucho respeto á todos sus gobiernos y bastaba para la pérdida de Napoleón un movimiento demasiado brusco, una exigencia demasiado fuerte, un programa un poco insensato. Una conducta regularmente despótica y desatinada era suficiente para hacerlo caer con la facilidad con que habían caído los cuatro gobiernos anteriores.

La mayoría de los escritores que se ocupan del Imperio mexicano, se irritan de que Napoleón III haya abandonado á Maximiliano y lo hacen responsable de la ejecución en el Cerro de las Campanas. Si Napoleón hubiera abandonado á Maximiliano por capricho ó por dañarlo, el reproche sería merecido; pero no siendo posible negar que Napoleón estuvo obligado á elegir entre retirar sus fuerzas de México ó aniquilar á Francia en una guerra con los Estados Unidos y á su propia dinastía, el abandono de Maximiliano fué un deber sagrado, porque todo gobernante debe violar sus compromisos personales si su cumplimiento conduce á la nación que gobierna á su ruina ó le impone costosísimos sacrificios en sangre, dinero y honra.

El tratado de Miramar no fué presentado al Senado francés; no recibió la sanción de Francia, legal ni de ninguna clase; fué un compromiso personal. Y Napoleón hubiera hecho bien en violar mil veces el compromiso personal de sostener in-

de iníadamente á Maximiliano, sin límites en los sacrificios de Francia, compromiso que jamás existió, antes de conducir á Francia á su pérdida y desmembramiento.

¿ Ignoraba Maximiliano que todos los compromisos personales de los soberanos son y deben ser condicionales? Un soberano puede y debe responder de sus compromisos personales con sus intereses personales; pero ni la moral, ni la política, ni las leyes admiten que un soberano deba responder por sus compromisos personales con los intereses nacionales. En tiempo del absolutismo existía invariable la palabra del rey. Cuando las naciones han dejado de ser una propiedad absoluta de los reyes, no puede existir la inmutable palabra del rey. Napoleón comprometió á Francia en sus proyectos personales; obtuvo el consentimiento de Francia para el objeto ostensible de la expedición de México y éste nunca fué sostener indefinidamente á Maximiliano en tiempo y sacrificios. Tampoco fué éste el compromiso personal y privado de Miramar y ya he dicho y probado, además, que el tratado de Miramar fué roto por Maximiliano, á causa de no haber llenado las obligaciones que le correspondían.

Otros escritores han dicho : si Napoleón III, les habla recio á los Estados Unidos, éstos hubieran dejado su impertinencia y retirado sus pretensiones dejando tranquilos á Napoleón y al Imperio mexi-

cano. Esta afirmación tan grave exige, más que ninguna, pruebas concluyentes. — ¿Cuándo han sido presentadas? ¡Nunca! La plutocracia americana no quería la guerra; pero tampoco quería la intervención francesa en México. El pueblo americano quería lo mismo que el ejército, la retirada de los franceses de México aun á costa de la guerra, ó más bien dicho, deseaba la guerra para vengar las ofensas que la política de Napoleón le había impuesto durante la guerra de secesión. La plutocracia encontraba imposible admitir el derecho de intervención armada de Europa en América y quería aplazar la guerra hasta que la reconstitución nacional fuese completa y reparadas las más grandes brechas financieras abiertas por la guerra civil. El pueblo y el ejército estaban por la guerra inmediata. Estos hechos públicos é innegables no pueden probar que si Napoleón habla recio hubiera pisoteado impunemente la doctrina Monroe.

Pero Francia tampoco quería la guerra con los Estados Unidos; comprendía los sacrificios inmensurables que debía hacer y comprendía también que la victoria no quedaría de su lado. El pueblo francés hubiera ido á la guerra solamente si su honor hubiera sido seriamente atacado. Pero la simple probabilidad de un choque tremendo y mortal con los Estados Unidos por sostener una

aberración de su gobierno, había aumentado considerablemente la antipatía del pueblo francés por la expedición de México. Don José Hidalgo, Ministro de Maximiliano en París, escribía al gobierno de Maximiliano en Enero de 1865, tres meses antes del triunfo definitivo del partido de la unión de los Estados Unidos : « Hace la oposición (la prensa francesa) pidiendo la vuelta del ejército y apareciendo como que teme una complicación con los Estados Unidos el día que hagan la paz. No debo ocultar que este último argumento, se me presenta aquí día por día, por multitud de personas que no me cabe duda nos son favorables, pero que temen también ver á Francia empeñada en una lucha gigantesca y altamente impopular aquí, más aún porque no se tiene fé alguna en la alianza de Inglaterra (1). »

Y si las personas favorables al Imperio mexicano, querían antes de que terminase la guerra en los Estados Unidos la evacuación de México, para evitar una guerra gigantesca, altamente impopular, la presión del pueblo francés contra su gobierno debió de haber sido inmensa después del triunfo completo del Norte en los Estados Unidos. Es seguro que no quedó al Imperio mexicano ni una persona favorable, y con justicia, después de la

(1) Juan de Dios Arias, *Reseña del Ejército del Norte*, pág. 251.

toma de Richmond. Para los Estados Unidos era fundamental, lógico, necesario, de interés práctico, no permitir á la Europa hacer conquistas en América. Para Francia no era de interés práctico, ni teórico, ni de ninguna clase, ni necesario, ni superfluo mantener una guerra costosa en México por una causa, que en realidad no era más que una estupidez. A Francia le hacía honor ceder, porque nunca había visto con favor la intervención de México; le hacía honor obligar á su gobierno á que diese fin con una empresa que nadie aprobaba después de la reconstrucción de los Estados Unidos; por último, le hacía honor no colocar toda su fortuna cuando ganando, lo que era imposible, no podía obtener más que nuevas calamidades.

Creo que no hay ejemplo en la historia de una obcecación igual á la de Maximiliano y sus partidarios, para no haber notado la imposibilidad de que Napoleón se pusiera en pugna abierta con el pueblo francés, con la existencia de su dinastía, con la tranquilidad de la Europa y con el formidable poder de los Estados Unidos, por sostener un convenio personal caduco para sostener un imperio mexicano sin elementos racionales de vida. La plutocracia americana mientras aplazaba la guerra, respetando el derecho de gentes, pedía proporcionarle dinero suficiente á Juárez para or-

ganizar y sostener una campaña formidable con fuerzas mexicanas. ¿Con qué dinero contaba Maximiliano para sostener sus fuerzas? ¿Con el de Francia? El Cuerpo Legislativo estaba resuelto á no dar un peso más, ni el pueblo francés á consentirlo, ni Napoleón á solicitarlo.

Veintiocho mil franceses, sin ayuda de fuerzas mexicanas, no podían bastar á cubrir el país y tenían que perecer poco á poco por las enfermedades, la fatiga, la deserción y los combates. Maximiliano quería el envío de más fuerzas, pero nadie puede afirmar que Napoleón estaba obligado á ello y que Francia lo hubiera permitido. ¡Qué espantoso programa para Napoleón, entregar al ejército de México á la consunción lenta de una guerra interminable, hasta el momento en que las fuerzas liberales fogueadas por la campaña y disciplinadas, hubieran dado grandes batallas capaces de acabar con el prestigio militar francés y obligando en consecuencia á Napoleón á enviar considerables refuerzos, lo que equivalía á declarar la guerra á los Estados Unidos!

*
* *

Tampoco es cierto que Napoleón III haya abandonado á Maximiliano. A tiempo le dijo que Francia jamás se había comprometido á sostenerlo

indefinidamente, que le daría ayuda para que se sostuviera, como era ya tiempo de que se sostuviese. Cuando Napoleón III vió que esto era imposible, le dijo leal y francamente que no siendo viable el Imperio, pues no son viables los gobiernos que para sostenerse necesitan de las bayonetas extranjeras indefinidamente, no le quedaba más recurso que abdicar. Napoleón dijo á Maximiliano; el gran enemigo del Imperio mexicano son los Estados Unidos, no he podido lograr á pesar de mis esfuerzos, y los hizo muy grandes, que reconozcan al gobierno imperial; la cuestión interior y la exterior están perdidas; hay que concluir con este negocio. A esto no se puede llamar abandonar á un aliado ni á un protegido. Hubiera habido abandono en el caso de que Napoleón se hubiese comprometido á sostener á Maximiliano indefinidamente y á pesar de la oposición que hicieran los Estados Unidos.

Si Maximiliano hubiera tenido el noble carácter que indebidamente se le atribuye, hubiera sido el primero en reconocer la necesidad de no lanzar á Francia á una guerra gigantesca á dos mil leguas de distancia, desarmándola ante Prusia, para hacerla derrotar en América. Napoleón III había cobrado á Maximiliano los gastos de la expedición, pero no las ocho mil vidas de franceses que hasta entonces costaba el trono mexicano. El Em-

perador de México debió haber sostenido por moralidad, las palabras que por nervosismo pronunció en Zoquiápam : « No quiero que por mi causa se derrame más sangre ». Desgraciadamente su sombría ambición lo había dispuesto todo admirablemente para que Márquez y Miramón lo convencieran de que eran capaces de derramar toda la sangre necesaria para calmar la ardiente sed del Archiduque para reinar.

El partido conservador sabía muy bien que la conservación de la armonía entre Maximiliano y los franceses, significaba la abdicación. El trabajo conservador fué magnífico como astucia, falsedad, perfidia para separar á Maximiliano de la sana influencia francesa respecto de sus intereses, que eran puramente personales, pues Maximiliano no representaba ninguna causa mexicana, ni francesa, ni humanitaria. El mejor medio de impedir que sintiera la acción salvadora del Mariscal Bazaine fué inculcarle que era su enemigo político y personal.

Subyugado Maximiliano por la obsesión morbosa de que Napoleón debía provocar una guerra con los Estados Unidos, el odio contra Francia lo agitaba y respondía á las insinuaciones que se le hacían para que abdicara, con la recriminación. A Fischer llegó á escribirle desde Querétaro : « Un proscrito que narrase exactamente las últimas in-

famias de los franceses (1) ». Y participaba al mismo tiempo al Profesor Bilimeck : « Por donde no había disidentes las poblaciones nos han hecho excelente acogida, suspirando por la paz y *maldiciendo á los franceses* (2) ». Y á su amigo Herzfeld, le decía : « Ya deberá Ud. saber á la hora de esta, como los franceses que á todo el mundo hacen feliz, abandonaron por fin á México... fuéronse de tapadillo, no como quien puede volver el rostro á la obra que tras sí dejó, sino como quien no se atreve á volverlo por temor de que se le arroje á la cara la inmundicia que marca sus huellas. Y así es la verdad, que sólo inmundicia dejaron y mucha (3) ». Cualquiera que fuese la conducta de los franceses en México, no tocaba al Archiduque examinarla, por haber sido siempre el cómplice y en muchos casos el instigador. Declarar que los franceses sólo inmundicia habían dejado en México, colocaba á Maximiliano en un puesto ignominioso, sobre todo si se atiende que mandó á París al Comandante Loysel con un informe á Napoleón, rogándole le mandara más franceses; recomendó á su Ministro Hidalgo pidiera á Napoleón más franceses; estuvo de acuerdo con la Emperatriz Carlota en sus felicitaciones al Mariscal Bazaine,

(1) Basch, pág. 148.

(2) Basch, pág. 154.

(3) Basch, pág. 108.

con motivo de que los franceses eran lo único con que se podía contar para sostener el Imperio y civilizar á los mexicanos; mandó á Almonte para que suplicase á Napoleón que los franceses se quedaran aún tres años más en México y por último envió á su mujer, para que llorando pidiese al César francés continuasen sus tropas sosteniendo con sus *inmundicias* el trono de Maximiliano. Hablar de los franceses como lo hacía Maximiliano, era lo mismo que dimitir de toda dignidad personal, habiendo sido Maximiliano el infeliz súbdito incondicional de los franceses, no por la fuerza, sino por las conveniencias inmorales de su ambición.

Hay otro hecho oprobioso para el Archiduque : haber repudiado las deudas que él mismo había contraído con Francia y con el gobierno de Napoleón. Cuando un gobierno no puede pagar, lo dice lealmente á sus acreedores; pero no les niega sus derechos, ni salda con una impertinencia. Al ocuparse de los acontecimientos de Orizaba, Maximiliano dice entre sus *Apuntes* : « Los franceses exigen mi salida para arreglarse con Ortega, y hacer pagar á México; mi permanencia salva al país de este peligro (1) ». De modo que Maximiliano pone su firma al calce de contratos de empréstitos, celebrados con él por particulares que no se han

(1) Basch, pág. 103.

comprometido más que á soltar su dinero, y luego ese mismo deudor que se intitula hombre honrado y noble, se proclama salvador del país, resolviendo burlarse de sus acreedores. La inmoralidad de Maximiliano es asquerosa hasta para un caballero de industria; se declara salvador del país, repudiando deudas que él mismo le ha echado encima; debió haberlo salvado, no contrayendo esas deudas, ni admitiendo comprar su corona con la ruina inevitable de la nación que iba á gobernar. « Tanto más, añade Maximiliano en sus *Apuntes*, que quiebro el tratado de aduanas », es decir el convenio de 31 de Julio de 1866. Y esto lo decía á principios de Noviembre. Lo que equivale á decir á un acreedor; si no me presta Ud. la cantidad que necesito, no le pago lo que ya le debo y ni siquiera se lo reconozco ». Esto hizo Maximiliano con Francia, y á semejante acto se le llama en todas partes *fullería*. Aun cuando Napoleón hubiese declarado la guerra á Maximiliano, éste no tenía derecho para repudiar las deudas que había contraído con los subscriptores de los empréstitos.

Según el convenio de 31 de Julio de 1866, que había substituído al de Miramar, Maximiliano debía comenzar á entregar al gobierno francés la mitad del producto líquido de las aduanas, el 1º de Noviembre de 1866. Hubiera estado en su derecho si suspende sus pagos y pide esperas á sus acrec-

dores; pero en vez del camino decoroso, tomó el de repudiar sus deudas, creyendo obtener vivas simpatías de la nación á la que se las había impuesto. Nada extraño, ni de censurable, ni de inconveniente tuvo que Napoleón, conociendo la actitud profundamente agresiva de su protegido despedido, hubiese enviado al Mariscal Bazaine el 13 de Diciembre de 1866, el muy conocido despacho que aniquiló la mayor parte del ejército de Maximiliano : « Embarcad la Legión extranjera y á todos los franceses, soldados ó paisanos, que quieran hacerlo, y á las Legiones austriaca y belga, si lo piden (1). »



Maximiliano y sus consejeros debieron prever este golpe, que los privaba repentinamente de 15,000 hombres de buenas tropas. Las Legiones austriaca y belga pidieron irse, aconsejadas sobre todo por los Ministros de Austria y Bélgica cerca de Maximiliano. En esto hicieron bien; antes que todo diplomáticos, porque su misión era cuidar de los intereses de los súbditos de sus respectivos gobiernos y de ninguna manera de los del Emperador de México.

(1) Kératry, pág. 265.

Si la ira de Maximiliano contra los franceses por no haber emprendido una guerra con los Estados Unidos fué indigna de un príncipe culto y de un hombre serio y honrado, la deslealtad archiducal contra el Mariscal Bazaine, alcanzó proporciones increíbles. En su comportamiento con el jefe del cuerpo expedicionario, el Emperador de México, lució toda la ruindad de su carácter.

El 5 de Febrero de 1866, Maximiliano decía cariñosamente al Mariscal Bazaine : « Acabo de saber el precioso servicio que habéis prestado á mi gobierno, prestándole ayuda recientemente en una crisis importante y bien difícil (1). » Este servicio fué prestar al erario mexicano imperial, en los momentos de absoluta indigencia y cuando la mayor parte de las fuerzas maximilianistas se iban á desbandar por falta de haberes durante dos meses, un millón de pesos, desobedeciendo las órdenes terminantes de París, para no prestar ni un franco.

El 3 de Abril de 1866, decía Maximiliano afectuosamente al Mariscal : « Me es muy grato saber que el tesoro francés se encarga de cubrir las necesidades de mi Legión austro-belga. En esto veo una prueba de la simpatía de vuestro gobierno por la causa de México (2). » Y el 16 de Mayo siguiente, decía Maximiliano al Mariscal : « Puesto que ha-

(1) Kératry, pág. 99.

(2) Kératry, pág. 121

béis colocado tan generosamente á nuestra disposición todos los medios que están á vuestro alcance para organizar el ejército nacional, os pido agreguéis un nuevo servicio á los que os debemos ya (1). » Y en 3 de Junio de 1866 decía : « Tales es el plan que he aceptado definitivamente, después de que me habéis ilustrado con vuestros consejos; se ha concedido únicamente con el objeto de concentrar una organización, que sólo vos y vuestros dignos oficiales pueden realizar (2). » Y el 21 de octubre de 1866, el afable Maximiliano, en camino para Orizaba, escribía al Mariscal Bazaine desde la hacienda de Zoquiápan : « No dudo que agreguéis esta nueva prueba de verdadera amistad á todas las que nos habéis dado (3) ».

Al mismo tiempo que Maximiliano se manifestaba agradecido y altamente satisfecho con la conducta del Mariscal Bazaine, trabajaba activamente para perderlo en el ánimo del Emperador Napoleón. « Parecerá extraño, dice Kératry, que el Emperador y la Emperatriz de México hayan podido quejarse secretamente al Emperador Napoleón del general en jefe, pidiendo que fuese llamado á Francia. Sin embargo, esto era lo que pasaba hacía muchos meses ya, sin saberlo el Mariscal, el cual supo

(1) Kératry, pág. 127.

(2) Kératry, pág. 134.

(3) Kératry, pág. 212

la verdad en el mismo París más tarde (1). » No es posible censurar al Mariscal Bazaine que no haya visto con agrado y que no haya tenido buena voluntad para el Emperador Maximiliano, después de conocer las gestiones de este príncipe para perderlo en el ánimo del Emperador Napoleón III.

Zamacois, que no era francés, ni tenía simpatía por el Mariscal, no puede dejar de honrar la verdad al escribir : « Por su parte el Emperador de México, cuando hacía muy poco que acababa de hacer acusaciones muy graves contra Bazaine, en la *Memoria* presentada por la Emperatriz Carlota, escribía el 20 de Octubre al Mariscal : « En estas « circunstancias dolorosas y difíciles, cuento más « que nunca con la lealtad y la amistad que siempre « me habéis mostrado (2) ».

A la deslealtad de Maximiliano Zamacois la llama dulcemente *contradicción*, pues dice refiriéndose á las líneas preinsertas : « En medio de estas contradicciones que dejo indicadas y de las cuales podría presentar un número asombroso... (3) ».

Maximiliano, el 10 de Enero de 1867, hizo llamar al Mariscal Bazaine á la hacienda de la Teja y tuvo con él una larga y expansiva conferencia. El Mariscal con tanta lealtad como exactitud le dijo :

(1) Kératry, pág. 135.

(2) Zamacois, tomo XVIII, pág. 600.

(3) Zamacois, tomo XVIII, pág. 600.

« Desde el día en que los Estados Unidos han opuesto altivamente su veto al sistema imperial, el trono era efímero, aun cuando V. M. hubiese obtenido cien mil franceses..... mi opinión hoy es que S. M. se retire espontáneamente (1). » Los hechos han probado que el consejo nada tenía de pérfido y que por el contrario era inmejorable.

« Al momento de separarse, Maximiliano contestó al Mariscal : « Tengo la mayor confianza en vos, « porque sois mi verdadero amigo (2). » Algunos días después y sin que Maximiliano y Bazaine hubieran tenido motivo de hostilidad, el Emperador de México denunciaba á su *verdadero amigo*, todo un Mariscal de Francia, como ladrón de muebles y de carruajes del Estado. « Su Mariscal (Bazaine), es un hombre muy honrado que antes de marcharse vendió los muebles, cuyo uso le había concedido el gobierno; y así como convirtió en moneda contante los coches de Santa Anna, que eran propiedad del Estado y que Juárez respetó siempre (3). »

No puedo decir cosa alguna sobre los coches de Santa Anna, pues no tengo datos para hablar sobre el asunto; pero respecto á la venta fraudulenta de los muebles, de que habla Maximiliano, es una ca-

(1) Kératry, pág. 287.

(2) Kératry, pág. 287.

(3) Maximiliano á Herzfeld, 26 de Marzo de 1867. — Basch, pág. 198.

lumnia de la especie más vil y estúpida, porque el mismo Archiduque presenta la prueba plena de la inocencia de Bazaine en este negocio.

El *Diario del Imperio* publicó la muy conocida carta que tiene valor de escritura pública.

« Mi querido Mariscal Bazaine :

« Queriendo dar á V. E. una prueba tanto de amistad como de reconocimiento por los servicios prestados á nuestra patria, y aprovechando la ocasión del matrimonio de V. E., damos á la Mariscala Bazaine el palacio de Buena Vista, comprendiendo el jardín y los muebles. » No admite duda que Maximiliano descendió á vil calumniador.

*
* *

La carta de Eloin publicada por todas las obras que se ocupan de la Intervención y el Imperio, impresionó á Maximiliano y confirmó su resolución de no abdicar, no la determinó. Basch dice que Maximiliano se sintió vivamente ofendido cuando supo que entre Napoleón y los Estados Unidos se había celebrado un convenio para establecer de común acuerdo un gobierno republicano después de la abdicación del Archiduque. Nada de ofensivo para el Emperador de México, había en que una vez consumada la abdicación, el gobierno francés no quisiera dejar el triunfo completo á Juárez, abando-

nando toda esperanza de salvar todo ó parte de los intereses franceses comprometidos en la aventura. La ligereza de Maximiliano fué grande y pueril porque jamás hubo convenio expreso, ni tácito, ni de clase alguna, entre Francia y los Estados Unidos respecto á la sucesión de Maximiliano; ni podía haberlo, puesto que los Estados Unidos habían reconocido siempre é inflexiblemente á Juárez como Presidente legítimo.

La misión de Mr. Campbell y del General Sherman era contraria á las aspiraciones de Francia y de todos los pretendientes mexicanos al gobierno de México contrarios á Juárez. Con gran claridad comunicó oportunamente Don Matías Romero á Juárez el extracto completo de las instrucciones dadas á los comisionados Campbell y Sherman para el caso de que Maximiliano abandonara á México.

« Comienzan diciendo, que cuando Mr. Campbell llegue á la República, estará ya á lo menos una parte del ejército invasor en camino para Francia; que el gobierno francés ofreció retirar sus fuerzas en tres porciones, en los términos que Ud. conoce y que aun cuando algunos han dudado de que lleve á cabo este convenio, el Presidente Johnson está satisfecho de que se cumplirá fielmente : que el gobierno francés no ha ofrecido nada más, ni está obligado á otra cosa, más que á aca-

bar de sacar á sus fuerzas de México en Noviembre de 1867 y á cesar entonces de intervenir en la República; pero que hay motivo para creer que se propone hacer dos cosas : hacer salir de México á Maximiliano antes de la evacuación y verificar ésta en un solo destacamento en el curso de este mes; que este gobierno sabe que además de los partidos que sostienen en México á Maximiliano y al Ciudadano Presidente, hay otros que tienen diversos planes para restablecer el orden y consolidar la paz : que el gobierno de los Estados Unidos, no reconoce á ningún gobierno en México más que al que encabeza el Ciudadano Presidente : que Mr. Campbell no podrá por lo mismo reconocer á ningún otro gobierno, jefe militar, ó combinación de personas que pretendan ejercer autoridad : que en caso necesario podrá hablar con ellas y comunicar sus planes al Departamento de Estado, con las observaciones que crea conveniente hacer : que los Estados Unidos no se proponen adquirir parte alguna del territorio, ni intervenir en manera alguna en nuestros asuntos, siendo su deseo de que establezcamos con nuestro libre albedrío el gobierno que deseáremos : que el general del ejército de los Estados Unidos que lo acompaña, va autorizado por el Presidente para prestarnos ayuda material, con fuerzas de tierra y navales, cuando sea requerido por las autoridades legítimas y á su juicio convenga hacerlo así, para

restablecer el orden en algún lugar y principalmente en los puntos de la frontera (1). »

El gobierno de los Estados Unidos comunicó estas instrucciones al Ministro de Francia en Washington Marqués de Montholon.

Es indudable que Almonte comunicó á los conservadores de México su conversación con el Duque de Persigny, por la que éste le hizo conocer las intenciones de Napoleón de entregar la situación al General González Ortega, si Maximiliano abdicaba. Se comprende el interés supremo de los conservadores para impedir la abdicación de Maximiliano; pues Juárez, los Estados Unidos y Napoleón se hallaban decididos á que el partido reaccionario no obtuviera el poder. La insensatez del Archiduque era la única y última esperanza del partido conservador.

*
* *

El 4 de Febrero de 1867, Maximiliano recibió del Cuerpo Diplomático una nota altamente ofensiva, que debió inspirar al soberano la decisión de enviar sus pasaportes á los signatarios de tan terrible

(1) M. Romero al Presidente Juárez, *Correspondencia*, tomo VIII, pág. 531. Documento núm. 726. Estas instrucciones se publicaron por el Gobierno de los Estados Unidos, con el mensaje del Presidente de 21 de Enero de 1867, dirigido á la Cámara de Representantes.

documento, del que copio lo siguiente : « En los momentos en que parece resolverse la crisis dolorosa que creó en esta desgraciada nación el prematuro término de la intervención francesa, preciso es decirlo, ninguna garantía esperamos del gobierno de V. M. en favor de los súbditos á quienes respectivamente debemos proteger.

« Sólo la más estricta moralidad pudiera fundar nuestras esperanzas de que las vidas y propiedades sean respetadas en los días aciagos de que se presentan ya los primeros anuncios, y por desgracia, los informes más verídicos que ministran extranjeros imperiales y honrados, avecindados en México años atrás, con la corroboración de hechos de pública notoriedad y de documentos auténticos, nos convencen lastimosamente de que V. M. está rodeado de hombres sobre quienes pesan inmensas responsabilidades por procedimientos vergonzosos.

« Preside el Ministerio de V. M. el Señor Licenciado Don Teodosio Lares, quien presidía igualmente el de la administración del General Santa Anna, que sucumbió á fines de 1855.

« Eran entonces Ministros con el Señor Lares, los Señores Licenciados Don Manuel Díez de Bonilla, Don Ignacio Aguilar y Marocho y el Señor Don Joaquín Velázquez de León. La administración sucesora de la del General Santa Anna, encausó á los expresados Ministros, por usurpación y abusos

del poder, presantando entre otros cargos, el de que los Señores Lares y Aguilar habían extraído del tesoro *treinta mil pesos*, como un adelanto de los sueldos que en tres años futuros debían de devengar; que el Señor Bonilla había dispuesto en provecho propio de los fondos procedentes de los derechos que pagaban los extranjeros por cartas de seguridad y de pasaportes, y hasta se había apropiado algunas alhajas de uso del departamento de su cargo; y que el Señor Velázquez trasladó á su domicilio los fondos destinados á las mejoras materiales y hasta un piano, propiedad particular, presentado por su autor en solicitud de un privilegio. El proceso quedó abierto, la acusación vigente y nada se ha sabido en vindicación de los acusados.

« El mando de las armas del Imperio está confiado á los jefes Márquez y Miramón. V. M. no puede haber olvidado, porque en Europa están aún vivos los recuerdos, y los interesados resienten todavía las consecuencias del atentado cometido por estos dos jefes á fines de 1860, violando los sellos de la Legación británica y fracturando las cajas para extraer algunos millones remitidos allí, por el gobierno liberal, residente entonces en el puerto de Veracruz, para pago de los dividendos de la deuda inglesa, millones que desaparecieron instantáneamente.

« No fueron otros sino los jefes Márquez y Mi-

ramón, secundados activamente por el General O' Horán, que también figura en el gobierno de V. M., quienes resultaron responsables de los fríos asesinatos cometidos en Tacubaya, en Abril de 1859, en jóvenes inermes, en médicos humanitarios y en habitantes pacíficos arrancados de sus hogares en los pueblos circunvecinos.

« Esta penosa reseña, que la gravedad de las circunstancias y la consecuencia de nuestro deber nos obliga á presentar á la consideración de V. M., fundan suficientemente los motivos de nuestra desconfianza en el apoyo y protección que de su gobierno tenemos derecho de esperar y explican también la razón por qué en esta nota salvamos los usos comunes establecidos en las relaciones internacionales.

« No incumbe á nuestra posición discutir si es conveniente y humanitario prolongar una resistencia inútil que compromete intereses dignos de consideración; tócanos sólo demandar de V. M., como formal y solemnemente demandamos en nombre del derecho de gentes, seguridades efectivas para los súbditos de nuestros correspondientes gobiernos, las cuales no pueden consistir sino en la remoción de los funcionarios antes expresados, y en el caso de que tal procedimiento no sea posible, protestar, como desde luego protestamos, contra todo acto de violencia y exacciones, que como la de-

rrama del uno por ciento sobre capitales se pretende ejercer en las propiedades y en las personas de los mismos súbditos.

« Sírvasse V. M. aceptar nuestros respetos. Alfonso Danó, Ministro Plenipotenciario de Francia; A. D. Magnus, encargado de negocios de Prusia; El Marqués de la Rivera, Ministro Plenipotenciario de España; Federico Hoorvichy, encargado de negocios de Bélgica; C. R. F. Middleton, encargado de negocios de la Gran Bretaña; Francisco Curtopassi, encargado de negocios de Italia (1). »

Habiendo confiado Maximiliano la suerte del Imperio á las sanguinarias espadas de los generales Márquez y Miramón y á las exacciones y violencias, pues sin ellas no era posible obtener dinero, era imposible que atendiese á la nota insinuante del Cuerpo Diplomático. *Remover* á Márquez y Miramón era acabar con el trono. En bien triste situación se había colocado el Archiduque ante los representantes de esa Europa, para quien pretendía guardar su honor ileso. El papel triste de volver á Europa con los franceses pudo ser el de un hombre honrado y verdaderamente noble que rechaza una guerra civil sostenida en su nombre y á su beneficio; aparecer ante el mundo obligado á echar mano de personas profundamente desprestigiadas *para*

(1) General Santibáñez, *Reseña histórica del Cuerpo del Ejército de Oriente*, tomo II, pág. 639.

prolongar con actos de barbarie una situación insostenible; no podía realzar la honra de Maximiliano como príncipe ni como simple mortal.

Tres días después, la noticia de la completa derrota de Miramón en San Jacinto por el General Escobedo y el terrible castigo de ciento y tantos extranjeros juzgados como filibusteros, impresionó vivamente al Archiduque, quien lleno de lucidez escribió á su Ministro Lares la siguiente memorable carta :

Mi querido Ministro Don Teodosio Lares :

« La situación de México me conmueve profundamente. Cada resolución adoptada para terminar la guerra civil nos conduce á encenderla con más fuerza, y por todas partes donde se pretende consolidar el Imperio corren torrentes de sangre sin obtener la menor ventaja.

« Se esperaba que una vez el Imperio emancipado de la intervención francesa, nuestra acción se haría sentir de una manera saludable en favor de la paz ó del bienestar de las poblaciones. Desgraciadamente ha sucedido lo contrario y si los acontecimientos, para siempre lamentables, de San Jacinto y del Monte de las Cruces no sirven para abrirnos los ojos, constituirán el recuerdo más amargo del Imperio.

« Se prometía mucho de la habilidad, de la actitud, de la lealtad, del prestigio de los Generales Mejía, Miramón y Márquez. Pretextando el mal

estado de su salud, el primero ha dejado el servicio; el segundo ha sacrificado, casi sin combatir, en la primera batalla que ha dado, todos los elementos que se le habían confiado : el tercero después de extorsionar por los medios más violentos á los ciudadanos laboriosos y pacíficos, ha ordenado una expedición mal calculada, cuyos sangrientos resultados nunca serán bastante deplorados.

« Al mismo tiempo, el tesoro se encuentra agotado; para hacer miserablemente frente á los gastos de algunos ramos de la administración, es preciso imponer préstamos forzosos, imposibles de realizar y decretar contribuciones extraordinarias más odiosas que productivas.

« El Imperio no cuenta ni con la fuerza moral ni con la material; los hombres y el dinero le huyen y la opinión se pronuncia contra él de todas las maneras posibles.

« Por otro lado, las fuerzas republicanas, que injustamente se ha pretendido representar desorganizadas y animadas solamente del deseo de robar, prueban por sus actos que constituyen un ejército homogéneo, estimulado por el valor y la habilidad de su jefe, y sostenido por la idea grandiosa de defender la independencia nacional, que cree comprometida por el Imperio.

« En una situación tan crítica, no tenemos siquiera el recurso de apelar al sufragio universal de

las poblaciones, puesto que el voto de algunas localidades ocupadas por las armas imperiales nada significarían en cuanto á sus resultados. El momento de emplear este medio ha pasado; debemos renunciarlo para siempre (1). »

Hasta aquí exceptuando el primer párrafo, esta carta por su vigor, su lucidez, su lógica y por el conocimiento exacto de la situación, parece haber sido escrita por Don Sebastián Lerdo de Tejada. El primer párrafo es inaceptable por su falsedad. Hemos visto que lo que decidió á Maximiliano á no abdicar fué el ofrecimiento que Miramón y Márquez hicieron de sus flamígeras espadas. Al aceptarlas, el Archiduque no podía tener la resolución de terminar la guerra civil, porque *las espadas* sirven precisamente para lo contrario.

En su bien escrita carta, hasta donde la he copiado y con la excepción señalada, Maximiliano muestra indignación y pesar por haber sido engañado por los conservadores, que fueron los que le prometieron que tan pronto como se hubieran retirado los franceses, la nación, que los aborrecía, daría inmediatamente pruebas de saber y poder por sí sola sostener al Imperio, que era su ideal. Los conservadores habían presentado á los Generales Miramón, Márquez y Mejía como invencibles,

(1) Masseras, pág. 162.

y asegurando que donde desnudaban las espadas, allí les llovían los laureles de la victoria.

Habían asegurado también que el deficiente del presupuesto desaparecería desde el 1° de Enero, sobrando recursos legítimos para el sostenimiento del Imperio y, por último, públicamente afirmaban que las fuerzas liberales eran solamente chusmas de bandoleros sin más dirección que el olfateo del pillaje.

En la parte de la carta á que aludo, Maximiliano decía en realidad á los conservadores : « He sido vilmente engañado por Uds.; el Imperio está irremisiblemente perdido; Uds. le han dado, con su ineptitud, desprestigio y exacciones, el último golpe ».

Después del sentido de su carta, no le quedaba más recursos que fugarse como Santa Anna en 1855, ó entregarle la situación á Juárez incondicionalmente. Cualquiera de estas dos soluciones únicas eran de esperarse, tanto más cuanto que Maximiliano continúa su carta con el siguiente párrafo :

« He contraído hacia México el compromiso solemne de no ser jamás causa para prolongar la efusión de sangre. El honor de mi nombre y la inmensa responsabilidad que pesa sobre mi conciencia delante de Dios y de la historia, me prescriben no diferir por más tiempo una gran resolu-

ción que haga cesar inmediatamente tantos males ».

Después de este párrafo, la gran resolución no podía ser más que entregar la situación incondicionalmente á Juárez, porque la fuga dejando los elementos aún existentes de guerra á los conservadores, significaba la continuación de la guerra civil y por consiguiente « *no se hacían cesar inmediatamente tantos males* ». La sorpresa es inmensa, cuando se ve que esta gran resolución, que no podía ser más que la que acabo de indicar, fué pedir un nuevo consejo á... Lares. Es decir, la carta de Maximiliano, después de reconocer lo insostenible de la situación, se reducía á escribir á Lares : « He sido vilmente engañado por Ud. en nombre propio y de su partido; el Imperio está perdido; estoy resuelto á que no se derrame más sangre; pero deme Ud., que supo tan bien engañarme, un nuevo consejo. » La gran resolución fué ridícula, pues consistía en pedir consejos á los que habían probado darlos detestables.

El Ministerio Lares debió responder con su dimisión, como hace todo ministerio honorable que no puede sufrir que su soberano le diga que lo ha engañado y que sus labores han sido y son profundamente perniciosas. Pero en vez de dimitir, Lares contestó con una carta pérfida y que sólo podía causar efecto en un desequilibrado romántico y voluble, como Maximiliano.

Debe leerse íntegra la carta respuesta de Lares, porque estos documentos constituyen verdaderamente el plano donde la perfidia y la ambición trazaron el cadalso de Querétaro y la destrucción pronta y definitiva del partido conservador.

« México, Febrero 10 de 1867.

« Sire :

« La carta de V. M. fecha de ayer me ha turbado profundamente y cumpliendo con mi deber he reunido inmediatamente el ministerio que tengo el honor de presidir. Después de examinar concienzudamente esa carta, *nuestro primer movimiento* fué renunciar las funciones con que nos ha honrado la confianza de V. M. á causa de la persuasión del actual ministerio, de no hallarse en estado de seguir la difícil política que V. M. se propone adoptar. El ministerio cree que en la extremidad á que nos ha reducido la deslealtad del gobierno francés, *el exterminio completo de uno de los adversarios puede solamente asegurar la victoria del otro y restablecer la paz*. Pero una consideración nos ha decidido á no ejecutar esta idea de dimisión; puesto que V. M. ha aceptado con tanto valor como abnegación el voto de los consejeros y resuelto permanecer á la cabeza de la nación,

tenemos el deber de quedar cerca del trono y de dividir con V. M. todas las amarguras del presente y todas las incertidumbres del porvenir (1). »

En este párrafo, el ministerio prueba no haber querido entender la carta de Maximiliano. El primer movimiento del ministerio fué presentar su dimisión, pero debió presentarla por el fracaso completo de su programa, con el que sólo se había conseguido empeorar la situación. Había otro motivo para renunciar y era esa *nueva política difícil* que se proponía seguir Maximiliano y con la que no estaba conforme el partido conservador. Pero la falta de entendimiento de la carta se hace sentir en la frase : « *el exterminio completo de uno de los dos adversarios puede sólo asegurar la victoria del otro y restablecer la paz* ». Eso se pudo decir en Orizaba el 20 de Noviembre de 1866; pero lo que decía Maximiliano el 9 de Febrero de 1867 en su carta era que el adversario exterminado iba á ser él y que precisamente buscaba evitarlo. Maximiliano no quería seguir la lucha para ser exterminado, como lo indicaron los acontecimientos, y Lares debió probar que el partido conservador estaba en condiciones de no ser exterminado. El General Don Tomás Mejía, á quien Maximiliano acusa en su citada carta de haberse separado del

(1) Masseras, pág. 167.

servicio bajo pretexto de enfermedad, declaró al fiscal de su causa, Señor Aspíroz, que « creyó desde entonces, es decir, desde que se decidió la partida de los franceses, completamente perdida la causa del Imperio y que continuó sosteniéndola sin fe y obligado por el honor (1) ».

Lares no era amigo personal de Maximiliano, ni como tal había sido llamado al poder, sino como jefe de un partido que había ofrecido sostener el trono en beneficio de dicho partido. Lares, pues, no tenía derecho á volverse personalista y si lo hizo fué para no dimitir y engañar á su soberano, cuando en el programa del ministerio sólo entraban los intereses de los conservadores, y en ningún caso el pensamiento del sacrificio por la persona del Archiduque.

Lares continuaba su carta con notable hipocresía : « Esta resolución tomada (la de no dimitir), rogamos á V. M. juzgue de nuestra adhesión á su persona por el sacrificio que hacemos de nuestras opiniones para secundar su deseo de poner fin á la guerra por medios que nos son antipáticos.

« Así establecidas las cosas y en vista de las últimas determinaciones de V. M. voy á exponerle el único medio que creo practicable para resolver

(1) Reseña del Ejército del Norte. Primer interrogatorio al General Mejía.

la crisis que aflige á México desde hace cuatro meses.

« Antes que todo debemos evitar á la Capital las calamidades de un sitio y los horrores de un asalto; es pues preciso ir á tentar afuera la solución, á Querétaro, por ejemplo, donde el Imperio cuenta aún numerosos adherentes. Concentrando en esa plaza el mayor número posible de tropas regulares, bajo las órdenes de generales los más renombrados y los más leales, á fin de constituir un ejército respetable, convendría que V. M. tomase el mando en jefe, para impedir las rivalidades y las divisiones inevitables entre nosotros, cada vez que se encuentran en presencia dos ó más oficiales del mismo grado.

« Habiendo tomado así una actitud verdaderamente fuerte, que haga comprender á los republicanos que deben encontrar aún enérgicas resistencias, se deberá entrar directamente en negociaciones con Don Benito Juárez. Es probable que rehusará y aquí se presenta la dificultad para conseguirlo; se podrá apoyarse en el estado de fatiga en que se encuentra la nación y en la laxitud que debe abrumar necesariamente á los que siguen la lucha. La apelación al voto público no será propuesta en ningún caso. Juárez es un fanático de la legalidad de su título; cree de buena fe en su mandato y nunca consentirá en ponerlo á discusión.

« El debate se limitará á consentir que se estipulen las reformas constitucionales siguientes por el primer Congreso :

« 1º Creación de un Senado.

« 2º Inamovilidad de los ministros de la Suprema Corte, con excepción de su Presidente, que será renovado cada ocho años y nombrado por el Congreso.

« 3º Elección directa del presidente y de los diputados.

« 4º Restitución del voto activo y pasivo al clero.

« 5º Libertad á las corporaciones de adquirir bienes arreglando un modo de enajenación para los valores mobiliarios que adquieran.

« Sería necesario estipular expresamente que el gobierno republicano proclama una franca amnistía y que las personas de ella exceptuadas serán juzgadas por los tribunales ordinarios, con todas las garantías que aseguraban las leyes en vigor, antes del 31 de Diciembre de 1861, considerando derogadas las promulgadas posteriormente sobre la materia.

« Convendría igualmente obtener que la República reconociera la deuda interior contraída por el Imperio y admitiera como válidas las concesiones y privilegios industriales y comerciales acordados por V. M.

« De este manera, las reformas constitucionalistas satisfarán las aspiraciones del partido conservador y los intereses del clero; la amnistía y el juicio por los tribunales ordinarios tranquilizarán á las personas que se han comprometido por el Imperio; si se obtiene además el reconocimiento de la deuda y de las concesiones, los interesados en ellas sólo deberán congratularse.

« Considero el más profundo secreto como de una importancia vital en todo este negocio. Es evidente, en efecto, que si antes de llegar á un arreglo definitivo, el alerta fuese dado á algunos de los generales en jefe del ejército, las nobles miras de V. M. se encontrarían en conflicto con su interés personal puesto en peligro por la cesación de la guerra y el restablecimiento del orden.

« No me alienta la esperanza de que V. M. verá el éxito coronar sus nobles esfuerzos; pero suceda lo que suceda, tendré para mí la satisfacción de no haber retrocedido..... *Teodosio Lares* ».

Un soberano tiene derecho á entablar negociaciones secretas para cualquiera clase de negocios; pero una vez negociado algo, tiene que obrar del modo siguiente : Si es un soberano de derecho divino, no está obligado á dar cuenta á nadie de sus actos y puede en consecuencia celebrar tratados con las demás potencias por perniciosos que sean á su patria y sin responsabilidad alguna. Si es

soberano emanado de la voluntad nacional, los tratados secretos deben obtener la sanción del Cuerpo que la nación haya designado constitucionalmente para tales casos. Pero Maximiliano no era monarca de derecho divino y aun cuando él se titulase de origen popular, no existía el cuerpo constitucional nombrado por la nación para sancionar los arreglos secretos de paz.

Maximiliano, en aquel momento, era un soberano por el voto de dos caudillos. Márquez y Miramón, que disponían de la mayoría del ejército imperialista. Maximiliano tenía el derecho de entablar negociaciones secretas con Juárez; pero tenía el deber y la necesidad para hacerlas efectivas una vez convenidas con Juárez, de obtener la sanción de los jefes que disponían de la mayoría del ejército imperialista.

Ni Lares ni Maximiliano obraban mal procurando iniciar negociaciones secretas con Juárez.

¿Qué intereses representaba Miramón? ¿Los del clero? Había manifestado y se le conocía que no era clerical. ¿Los del trono? Había escrito en 1862 que no era monarquista. No había vuelto á México llamado por Maximiliano, sino á recoger, sin más título que su espada, la sucesión de Maximiliano. Lares calificaba bien; el interés de Miramón era personal; por consiguiente sólo podía satisfacerle el puesto que ocupaba Maximiliano ó el de Juárez.

Ahora bien, mientras Miramón tuviese probabilidades de vencer á Juárez, por pocas que éstas fuesen, no había de admitir capitular, no teniendo más ventaja que obtener la vida y el derecho de vivir proscrito en el extranjero.

*
* *

El 10 de Febrero de 1867, el ejército imperialista estaba en posibilidad de luchar con el republicano, correspondiéndole la mayoría de las probabilidades del triunfo.

Veamos cuál era la situación militar de los beligerantes el 10 de Febrero de 1867.

Fuerzas liberales regulares.

10 de Febrero de 1867.

General Porfirio Díaz, en Acatlán.....	3,000 hombres
General Riva Palacio, en Toluca; Coronel Joaquín Martínez, en Pachuca; F. Leyva, en Cuernavaca, y otras en lugares cerca- nos á la Capital.....	8,000 "
General Escobedo, en S. Luis Potosí.....	7,000 "
General Canto, en Zacatecas.....	500 "
General Antillón, en Guanajuato.....	2,000 "
General Corona, en Jalisco.....	5,000 "
General Régules, en Michoacán.....	2,000 "
Total :	<u>27,500</u> hombres

Las fuerzas de los caciques de Tamaulipas, So-

nora, Guerrero, Chihuahua, Chiapas y Campeche, permanecieron como de costumbre en sus localidades.

Fuerzas imperialistas.

10 de Febrero de 1867.

Generales Miramón, Castillo y Mejía, en Querétaro.....	4,000	hombres
General Ramón Méndez, en Michoacán...	3,500	"
General Noriega, en Puebla.....	2,500	"
General Olvera, en Sierra Gorda.....	300	"
San Martín Texmelucan.....	200	"
Orizaba y Córdoba.....	600	"
Ciudad de México.....	5,400	"

Total : 16,500 hombres

En Puebla, los imperialistas tenían gran cantidad de artillería y un repuesto inmenso de municiones (1).

Para las operaciones regulares de la campaña el principio fundamental es *concentrarse para combatir*. Cumpliendo con él ambos beligerantes se hubieran encontrado frente á frente;

Fuerzas republicanas.....	27,500	hombres
Fuerzas imperialistas.....	16,500	"

Las fuerzas imperialistas, con insignificantes excepciones, todas eran sólidas y vieja su oficialidad.

(1) Véase parte oficial del General Díaz sobre la toma de Puebla.

Las fuerzas liberales contaban á lo más con 15,000 hombres de fuerzas sólidas y con su oficialidad en su mayoría inexperta. En lo general, la disciplina era superior la del ejército imperialista. En una batalla campal las fuerzas bisoñas, mal organizadas, son más funestas que útiles, pues su papel es desmoralizar á las tropas sólidas. En estas condiciones, no creo temerario asegurar que no era ni es posible afirmar con sensatez quién hubiera sido el vencedor en la gran batalla que debió darse entre imperialistas y republicanos, si los primeros para hacer honor á su jactancia y fanfarronadas hubieran obrado como militares.

Pero el consejo del Ministro Lares que obraba de acuerdo con Márquez, muy pérfido y muy hábil para hacer que Maximiliano no abdicara, fué desastroso para la situación militar del Imperio y le hizo perder la mayoría de probabilidades de triunfo. Con razón, según d'Héricault, algunos escritores franceses han dicho que el consejo de que Maximiliano dejara México para ir á Querétaro « *ne put être donné que par un traître et suivi que par un imbécile* (1) ».

Las reglas más elementales militares imponían á Maximiliano la concentración de sus fuerzas. ¿En qué lugar debió tener efecto esa indispensable con-

(1) D'Héricault, pág. 131.

centración? Juárez teniendo diseminadas ó concentradas sus fuerzas, contaba para mantenerlas con los recursos de todo el país, excepto en los puntos militarmente ocupados por el enemigo, debido á la mayoría de la opinión que estaba de su lado y sobre todo al formidable régimen federalista. Los imperiales no disponían más que de los puntos que ocupaban militarmente, y en consecuencia al concentrarse sólo podían disponer para mantener su ejército de los recursos propios del lugar en que hacían la concentración. Semejante condición imponía el deber de que el lugar de la concentración ofreciera por sí mismo grandes recursos y el único que satisfacía á esa necesidad era la ciudad de México.

No se podía tampoco abandonar la ciudad de México, porque era dar sus grandes recursos al enemigo y porque la pérdida de la capital para todo gobierno es desastrosa. El efecto moral producido en las tropas de un gobierno que deja la capital determina el desaliento, defecciones, desmoralización y pánico en sus fuerzas.

No siendo, pues, posible abandonar la capital y debiendo Maximiliano concentrarse en Querétaro, esa concentración tenía que ser incompleta, ó por mejor decir, no podía haber concentración. La ciudad de México amagada en Febrero de 1867, por las fuerzas liberales que la circundaban y que ascendían á 11,000 hombres, y teniendo su línea exterior

de defensa 15 kilómetros, no podía cubrirla con 2,000 ó 3,000 hombres; su guarnición técnica hubiera sido 30,000 hombres.

Quitar de una concentración de 17,000 hombres, 6 ó 7,000 para cubrir una plaza, era desatino militar y civil garrafal.

Debió Márquez ordenar, por lo menos, la concentración en México de las fuerzas de Orizaba, Córdoba, San Martín Texmelucan y, sobre todo, de la guarnición de Puebla con todo su gran material de artillería y municiones, del que tanto provecho sacaron los Generales Díaz y Escobedo. Márquez debió haber salido violentamente el 10 de Febrero de 1867 á Puebla, antes de que el General Díaz se desprendiese de Acatlán. De este modo, Márquez hubiera podido traer á la ciudad de México las fuerzas de Noriega con su gran material.

El General Escobedo llegó á Guanajuato hasta el 26 de Febrero de 1867 en la tarde; no podía presentarse frente á Querétaro en actitud de combate más que hasta el 2 de Marzo. Márquez tuvo desde el 10 de Febrero hasta el 1º de Marzo, diez y nueve días, para ir á Puebla á recoger guarnición y material, traerla á México y llevar á Querétaro 3 ó 4,000 hombres más de los que llevó. Esta nueva enorme falta, aparece inconcebible en un buen soldado como el general imperialista Márquez.

*
* *

Maximiliano, al escribir su carta á Lares de 9 de Febrero de 1867, en que se muestra desmoralizado é indignado con los fracasos del ministerio conservador, discurrió llevar á cabo una traición de primer orden, como lo comprueba la conocida carta del General Porfirio Díaz al Gobernador y Comandante Militar del Estado de Oaxaca :

« Se ha presentado en esta villa (Acatlán) Mr. Burnouf, enviado por Maximiliano, con el objeto de ofrecirme el mando de las fuerzas que se han encerrado en Puebla y México; que Márquez, Lares y compañía serán arrojados del poder, y que el mismo Maximiliano se retirará pronto del país, dejando la situación en manos del partido republicano. »

En este documento, se prueba que Maximiliano al concebir su ignominioso proyecto estaba saturado de odio contra Márquez, Lares y compañía. La carta del General Díaz está fechada en Acatlán el 14 de Febrero de 1867 y en la misma se dice : « como la presencia de Mr. Burnouf en el Cuartel General por este día y acaso el de mañana, porque me dice que su salud no le permite regresar en el acto... » Burnouf, bastante viejo y enfermo, no debe haber caminado con la celeridad de un correo

veterano; para llegar á Acatlán el 13 de Febrero, debe de haber salido el 8 ó el 9 de la ciudad de México. La misión de Burnouf, igual, en lo que respecta á Maximiliano, á la que dió al Coronel López la noche del 14 de Mayo en Querétaro, coincide con el momento en que el Archiduque escribió su carta del 9 de Febrero á su Ministro Lares, manifestándole su resolución de terminar con la guerra, dándole muerte al Imperio.

Para arrojar del poder á Márquez, Lares y compañía, no necesitaba el Archiduque, si se hubiera sentido soberano efectivo, de la protección del General Díaz; bastábale despedir del mando al uno y pedir su renuncia al Ministerio. Para abandonar el país, si Maximiliano se hubiese sentido el jefe de su ejército, no necesitaba tampoco de la protección del General Díaz, puesto que las fuerzas de México y Puebla ascendían á 9,000 hombres de buenas tropas, con las cuales podía llegar fuera del Estado de Puebla y seguir hasta Veracruz, para embarcarse, escoltado por la excelente caballería que estaba á sus órdenes. Para entregar la situación al partido republicano tampoco necesitaba el Archiduque obtener el asentimiento del General Díaz. ¿ Por qué entonces apelar á una traición que debía deshonrarlo á la faz del mundo y privarlo en Europa del contacto de las personas honorables?

Semejante aberración sólo se explica por el senti-

miento que debió tener el Archiduque de que no era realmente soberano; de que estaba cogido en una red de bayonetas homicidas y desleales; de que estaba poseído por Márquez, Lares y compañía; de que el ejército no era suyo, sino de sus carceleros; en fin, de que no podía hacerse sin la traición, una cosa muy fácil de ejecutar honorablemente si hubiera sido libre y verdaderamente soberano. Esta situación le hacía odiar al partido conservador que lo había metido en una cisterna de fango, de barbarie y de sangre. Quería indudablemente con el apoyo del General Díaz libertarse, vengarse, y huir.

En Maximiliano la traición era como una regla saludable de conducta, porque se manifestó dispuesto á cometer una deslealtad también con el General Díaz. En efecto, este notable jefe recibió al comisionado Burnouf el 14 de Febrero, y el 10 á medio día Maximiliano, después de haber enviado á Burnouf á proponer la entrega de México, Puebla, Márquez, Lares y compañía, determinó marchar á Querétaro y salió para esa ciudad en la mañana del 13 de Febrero, un día antes de que Burnouf hubiera podido hablar con el General Díaz, quien si hubiera aceptado las proposiciones de Maximiliano se habría visto burlado por el Archiduque.

CAPÍTULO VIII.

EL CAMINO DEL CADALSO.

El médico de Maximiliano ha escrito refiriéndose al viaje de su soberano á Querétaro, emprendido la mañana del 13 de Febrero de 1867 :

« Cabalgaban á su lado, en alto grado de favor, conversando amigablemente, los dos cómplices de la catástrofe del 19 de Junio de 1867 : Márquez y López. Con ellos se encaminaba á Querétaro la traición (1)! »

La historia ha llegado á descubrir muy especialmente por los sólidos trabajos críticos del Señor Don Fernando Iglesias Calderón, que el Coronel Miguel López, entregó la plaza de Querétaro y á sus compañeros de armas por orden de Maximiliano, quien traicionó á su ejército. Espero demostrar plenamente que el General Márquez jamás traicionó á Maximiliano ni á sus compañeros. Fué el Archiduque el desleal con el General Márquez.

(1) Basch, pág. 132.



« El 10 de Febrero á eso de medio día, el Emperador me participó, encargándome el más riguroso secreto, que estuviera yo dispuesto para marchar dentro de dos semanas; añadió que iríamos á Querétaro (1). »

La carta del Ministro Lares en que aconsejó á Maximiliano partiese para Querétaro, es de 10 de Febrero, lo que prueba que el Archiduque aceptó sin vacilar el consejo del jefe de su Ministerio. La partida de Maximiliano á Querétaro, tuvo lugar sesenta horas después de que el mismo Maximiliano había dicho á su médico el Doctor Basch que se alistara para partir dentro de dos semanas.

¿ Qué acontecimiento violentó la partida del Emperador? ¿ Llegó á conocimiento de Lares el paso dado por Maximiliano, enviando á Burnouf cerca del General Díaz, para ofrecerle la situación y sus hombres? No hay ni indicios de que esto haya sucedido. En cambio, la conducta del General Miramón, más que sospechosa, debió inspirar muy serios temores á Maximiliano y á su ministerio. Miramón había atropellado completamente la so-

(1) Basch, pág. 129.

beranía del Emperador para establecer la suya.

Maximiliano á nadie había nombrado general en jefe del ejército ó de los ejércitos imperiales. Por su decreto promulgado en Diciembre de 1866, el territorio mexicano quedó dividido en tres zonas de pacificación, confiadas á tres jefes de igual graduación é independientes unos de otros.

La primera zona de pacificación comprendía los departamentos de Baja California, Sonora, Sinaloa, Chihuahua, Nazas, Durango, Nayarit, Jalisco y Colima, y fué confiada al General Miramón, poniendo á sus órdenes las fuerzas del General Ignacio Gutiérrez, que ocupaba León, las que estuvieren en la zona indicada y 400 hombres de la guarnición de la ciudad de México.

La segunda zona comprendía los departamentos de Guanajuato, Querétaro, Michoacán, Toluca, Tula, Valle de México, Tulancingo, Tüxpam, Tlaxcala, Puebla, Guerrero, Veracruz, Oaxaca y Tehuantepec. Esta zona fué confiada al General Márquez, jefe del segundo cuerpo de ejército, compuesto de la brigada del General Ramón Méndez, que operaba en Michoacán, y de los 1,000 hombres que formaban la guarnición de Puebla.

La tercera zona comprendía los departamentos de Coahuila, Nuevo León, Matamoros, Tamaulipas, San Luis Potosí, Matchuala, Aguascalientes, y Zacatecas. El mando de esta zona fué confiado

al General Mejía, quien desde luego podía disponer de 3,000 hombres (1).

Miramón comenzó por nombrar, sin facultades, al General Don Severo del Castillo, para que se hiciese cargo de las fuerzas del General Mejía, por hallarse éste algo enfermo. Al General Miramón, no siendo más que un jefe igual al general Mejía, no le tocaba observar la conducta de éste, ni tomar medidas para la campaña en la zona de Mejía, ni nombrarle sustituto.

Después de esta usurpación de facultades, Miramón dió órdenes á Don Severo del Castillo, como si fuera su superior, y marchó sobre Zacatecas y San Luis Potosí, dos puntos que no estaban comprendidos en su zona. Es decir, Miramón, por sí y ante sí, decidió hacer la campaña en una zona que no le correspondía y tomando para sí fuerzas que pertenecían al mando de otro general, á quien semejante conducta debía lastimar.

Miramón con las fuerzas de su verdadero mando fué más que derrotado en San Jacinto, pues de su división se salvaron únicamente él y algunos oficiales. Inculpó á Castillo por el desastre y éste á su vez dijo que era imposible hacer campañas como quería Miramón, sin dinero absolutamente para que sus soldados comieran.

(1) Basch, pág. 103.

Miramón debió haber sentido ser culpable del golpe terrible que sufrió el Imperio en San Jacinto, pues si Castillo descuidó la combinación estratégica, él faltó á todos los preceptos de la táctica, pues sus fuerzas se desbandaron sin combatir. En un ejército *de veras*, Miramón hubiera pasado de San Jacinto á un tribunal de guerra.

Si el jefe liberal Herrera y Cairo hubieran seguido las instrucciones acertadas y terminantes del General Escobedo y no ataca con 3,000 caballos, en la Quemada, á Don Severo del Castillo, en buena posición y con 2,500 hombres de las tres armas, Escobedo hubiera acabado ese día con el Imperio. El primer plan de Miramón fué tan desgraciado que estuvo á punto de dar por resultado la destrucción de los dos cuerpos de ejército principales del Imperio casi al mismo tiempo.

Miramón no se mortificó por lo que Maximiliano llamaba *su aturdimiento*; por el contrario, después de haber arruinado al General Mejía, después de haber conducido al desastre sus tropas y de haber puesto en inminente peligro á las de Castillo, discurrió disponer también de las de Márquez, sin consentimiento de este jefe. Se ha visto que el General Don Ramón Méndez con su brigada y por decreto imperial, fué colocado bajo el mando del General Márquez, quien escribe : « Méndez se le reunió (á Miramón) sin esperar la orden mía como su

jefe, porque Miramón se la dió arbitrariamente, y Méndez cometi6 la falta de obedecerle (1) ». Miramón, además, pidió dos brigadas á México y dinero para salvar al Imperio (2). En suma, Miramón se creía en 1858, y había identificado á Maximiliano con Don Félix Zuloaga; estaba resuelto á obrar por su cuenta y era cuerdo esperar que aun antes de triunfar Miramón, el destino de Maximiliano sería el muy ridículo y degradante que siguió Don Félix Zuloaga.

Un escritor ultra-clerical que acompañó al General Miramón á su campaña del interior, en calidad de amigo, que estuvo con él en Querétaro hasta el día del fusilamiento del expresado General, que se sentaba todos los días á la mesa del Ministro García Aguirre, que era distinguido por Maximiliano y considerado como su cronista, nos dice : « Al llegar á Querétaro, el General Miramón fué instado vivamente por algunas personas para que desconociera al Emperador y puesto á la cabeza del ejército y del partido conservador, se declarara el jefe supremo de la nación. Puede ser que algunas personas desconfiaron de la sinceridad del Emperador en su cambio de política, en vista de lo que pasó en todo el gobierno del Imperio, y de buena

(1) Márquez, *Refutación al libelo escrito por D. Manuel Ramírez de Arellano*, pág. 28.

(2) Ramírez de Arellano, *Últimas horas del Imperio*.

fe aconsejaran eso á Miramón; otros tal vez secundaban las miras de los liberales, para introducir así la división en las personas que trataban de contener el derrumbamiento del trono; pero cualquiera que fuese el punto de partida de aquellas sugerencias, el hecho es que el General Miramón las desechó con una lealtad honrosa..... Pero el Comisario del ejército, Don Domingo Pazos, temiendo que el joven caudillo al fin se dejara seducir por la expectativa de la primera magistratura, partió á México y dió aviso de lo que pasaba en Querétaro á Maximiliano, quien aunque no diera crédito á una defección de Miramón, determinó luego su marcha á Querétaro para observar de cerca los acontecimientos y con su persona poner un obstáculo á cualquiera tentativa en contra del Imperio. Varias personas respetables del gobierno, luego que supieron la determinación del Emperador, lo vieron para hacerlo desistir de ella, pero S. M., sin hacer público el temor de que se le había dado parte, mandó al General Márquez que prepara la marcha de las fuerzas que le designó (1). »

Miramón por su conducta, notablemente sospechosa como se ha visto, justificaba la acusación que se le hacía ante el Emperador y éste, aunque dijera que no daba crédito á una defección de Miramón,

(1) Licenciado Ignacio Álvarez, *Historia de México*, tomo VI, págs. 397 y 398.

se lo dió, como debía haberlo dado, pues tanto los antecedentes de los mexicanos, como los de Miramón relativos al golpe que le dió á Zuloaga, como los actos de insubordinación y de atropello de facultades que he expuesto, hacían aparecer evidente su decisión de dar un *cuartelazo* contra el Archiduque.

El caso ofrecía tres soluciones : llamar á Miramón á que se presentara á México á rendir cuenta de sus actos, solución muy peligrosa; dejarlo obrar y que nulificara á todos declarándose emperador ó presidente, ó que Maximiliano lo destituyera del *mando en jefe*, que había arrebatado, presentarse en Querétaro y declarando que como Emperador se ponía al frente del ejército.

Los hechos expuestos explican satisfactoriamente la violencia con que Maximiliano, acompañado de Márquez, partió para Querétaro, con el objeto de tomar el mando del ejército imperial, antes de que llegara Méndez y de que Miramón procediera á tentar nuevas aventuras con los 7,500 hombres que había reunido.

El rapto del Presidente Zuloaga por el General Miramón no podía calmar la desconfianza que atormentaba á todo gobierno personal. Maximiliano, cinco días antes de la partida de los franceses decía : (1) « Es preciso vigilar á Miramón », y el 1º de

(1) D'Héricault, *Maximilien et le Mexique*, pág. 114.

Febrero de 1867, antes de saber el Archiduque el desastre de San Jacinto, comunicaba á un francés : « Pero Miramón no es mi hombre, debo á Márquez estar aquí' (1). »

*
**

Los 9,000 hombres que se reunieron en Querétaro al mando de Maximiliano el 22 de Febrero de 1867, tuvieron tiempo y modo de destrozar á los ejércitos unidos de Occidente y Centro que al mando de los Generales Corona y Régules formaban 7,000 hombres, de los cuales á lo más 4,000 representaban tropas sólidas, como lo prueba la jornada del 27 de Abril, en que el Cimatario fué rápidamente tomado por 2,500 hombres y puestas en vergonzosa fuga fuerzas muy superiores de los Generales Corona y Régules. Débese á las fuerzas del Norte que el pánico no hubiera continuado y que el triunfo de Miramón no hubiera sido completo.

No hubiera triunfado definitivamente el Imperio, si el ejército de Maximiliano hubiera aniquilado las fuerzas de Corona y Régules; pero semejante victoria bien podía dar los resultados de la memorable batalla de Salamanca en 1858, y hacer durar la lucha dos, tres ó más años. Todos los escritores

(1) D'Héricault, *Maximilien et le Mexique*, pág. 117.

que se han ocupado de los últimos días del Imperio, designan al General Márquez como el culpable de la inmensa falta de no haber tomado la ofensiva el 22 de Febrero de 1867, cuando más de sesenta leguas separaban á Corona y Escobedo.

He buscado empeñosamente la prueba de la culpabilidad de Márquez y no la he encontrado, ni grande ni pequeña. El origen de esta afirmación se encuentra en el informe de los Generales Miramón, Mejía, Castillo, Méndez y Arellano, presentado al Emperador el 14 de Mayo de 1867. Firmas tan respetables dan aparentemente seguridad á la afirmación de que Márquez fué culpable de una falta que hundió al Imperio en setenta días con todo y la vida de sus principales corifeos.

Pero investigando de dónde tomaron la noticia de la culpabilidad de Márquez los Generales citados, se encuentra que fué de las palabras de Maximiliano, pues Ramírez de Arellano en su libelo afirma : « Por orden del Emperador é invitado por los Generales que habían de firmar la relación, nos encargamos de redactarla. Discutiendo su forma en proyecto, la frase anotada y la que dice : « la « tenaz oposición del General Márquez á todo proyecto de atacar al enemigo » fueron dictadas por el Emperador y escritas por nosotros (1) ».

(1) Ramírez Arellano, *Últimas horas del Imperio*, nota de la pág. 148.

La frase anotada á que se refiere Arcellano es :
« los malos consejos dados por el jefe de Estado Mayor desde que V. M. llegó á esta ciudad. »

Supongamos que Márquez en realidad hubiera dado el mal consejo de que el ejército imperial no saliese al campo y tomase la iniciativa; al dar orden Maximiliano de que por ello se inculcase á Márquez, obró como un vil militar. Ni ante la Ordenanza, ni ante la historia, ni ante la opinión, ni ante sus generales, podía Maximiliano, jefe del ejército de Querétaro, desprenderse de la responsabilidad de una falta enorme, inculcando á uno de sus subordinados de mal consejero. Un jefe de plaza ó de ejército no está obligado á seguir consejos, ni observaciones, ni súplicas, ni insinuaciones, ni órdenes de sus inferiores. La disculpa vil de Maximiliano no amengua su responsabilidad en lo más mínimo y por consiguiente, dando el Archiduque órdenes á sus inferiores para que denigrasen á su Jefe de Estado Mayor, no hacía más que autorizar á esos inferiores para que condenaran su conducta como militar y como soberano. Un jefe digno jamás se disculpa alegando que fué mal aconsejado, y aun cuando realmente lo haya sido, asume íntegra la responsabilidad tal como se lo exigen la Ordenanza, su honor, y el prestigio de su posición.

Pero no es exacto que Márquez haya dado á Maximiliano el consejo de no tomar la ofensiva

cuando así lo indicaba urgentemente la ciencia de la guerra en sus principios más elementales. La prueba que voy á dar es concluyente : el primer número del « *Boletín de Noticias* », de Querétaro, contiene la carta del General Márquez, de 19 de Febrero de 1867, dirigida al jefe del gobierno en México, Don Teodosio Lares, que dice á la letra : « El General Méndez, con 5,000 hombres tan aguerridos como famosos, ha llegado hoy á Celaya y estará mañana en el Cuartel General. Con este ejército y los otros Cuerpos que deben reunirse ahí, compondremos una fuerza á la cual el enemigo no podrá resistir. Quiera Dios cegarle hasta el punto de que nos haga frente. Podremos entonces, como de costumbre, darle una buena lección; *pero aun en el caso de que no quisiese esperarnos*, continuaremos nuestros movimientos de una manera conveniente para alcanzar el resultado deseado... »

El *Boletín de Noticias*, de Querétaro, tenía carácter oficial y al escribir en dicho periódico el General Márquez al jefe del Ministerio Lares, que se tomaría la ofensiva y ofreciendo el triunfo completo, resulta probada la falsedad de la afirmación de Maximiliano, de que su jefe de Estado Mayor le aconsejaba la defensiva en Querétaro. La carta de Márquez á Lares tiene la fecha del día en que Maximiliano llegó á Querétaro procedente de México.

Márquez dice : « Yo había suplicado al Empera-

dor que, sin detenernos en Querétaro, siguiéramos con todas las tropas á buscar al enemigo y el mismo Arellano, que ahora me calumnia, fué testigo de que llevé al soberano el plano de los caminos que debíamos seguir, con expresión de sus jornadas, distancias y todos sus detalles (1) ».

La salida no se verificó, según Márquez, porque « no teníamos las municiones indispensables para librar un combate, como lo afirma el mismo Arellano, que veía entonces mi empeño por salir á toda costa (2) ». En efecto, Arellano asegura que al llegar Maximiliano á Querétaro no había municiones ni para una batalla común (3). Después se verá que aun cuando las municiones hubieran sobrado, no habría tenido efecto la salida; pues quien no quería el choque con las fuerzas liberales era Maximiliano.

*
* *

Arellano se dedicó con empeño á fabricar las municiones que faltaban para entrar inmediatamente en campaña, como él mismo lo asegura, y habiendo terminado las necesarias para una gran batalla, manifestó que el día 26 del mismo mes de Febrero,

(1) Márquez, *Refutación al libelo de Arellano*, pág. 49.

(2) Márquez, *Refutación*, pág. 49.

(3) Arellano, *Últimas horas del Imperio*, pág. 39.

se podía dejar á Querétaro y marchar sobre el enemigo antes de que se concentrase.

« Entretanto que yo trabajaba de este modo (por la ofensiva inmediata), el General Mejía, por el amor que tenía á Querétaro, y las personas más influyentes en aquella población, por su propia conveniencia, suplicaban constantemente al soberano que no abandonase la ciudad, haciéndole creer que sería incendiada y saqueada (1). » ¿Es posible que Maximiliano, dejase de ejecutar la única operación estratégica capaz de salvar al Imperio ó de darle algunos años de vida en obsequio de la necesidad, pues no se debe calificar de otra manera la exigencia de las personas influyentes de Querétaro? No hay caso de que un general haya perdido una campaña en que se jugaba la suerte de un imperio, por acceder á la súplica de los habitantes influyentes de una población para que no se moviese en cumplimiento de los preceptos de la ciencia de la guerra.

Por supuesto que Maximiliano, como lo que no quería era salir á dar batallas en aquellos días, accedió á la súplica estúpida que se le hacía, pues Márquez escribe : « S. M. movido por las personas que antes he dicho, quiso esperar las tropas de la Sierra (2) ».

« Cuando el Emperador, agrega Márquez, can-

(1) Márquez, *Refutación*, pág. 49.

(2) Márquez, pág. 53.

sado de esperar al General Olvera y sabiendo que el enemigo estaba ya en Celaya y en San Miguel de Allende, vió que se aproximaba el rompimiento de las hostilidades, resolvió marchar al encuentro de sus contrarios y dió la orden para salir, dejando en la plaza una pequeña guarnición á las órdenes del General Calvo. Llegó el momento de emprender el movimiento; lo comenzó el General Miramón con la infantería, en la inteligencia de que había de continuar hasta encontrar al enemigo. El Emperador marchó en seguida y antes de llegar á la garita de Celaya, el General Miramón vino á su encuentro y le dijo : « Mi descubierta se ha batido ya con el enemigo que tenemos al frente; en consecuencia he formado aquí, estableciendo mi centro en el cerro de las Campanas y prolongándome á derecha é izquierda... Si Miramón hubiera avanzado siquiera media legua más, se habría comprometido una batalla campal, y todo se hubiera terminado aquel mismo día de una manera feliz para nosotros (1) »...

Hasta el 8 de Marzo, el General Corona se presentó al frente de Querétaro, apoyándose en el ejército del Norte; de manera que Maximiliano esperó diez días contados desde el 26 de Febrero, la llegada de los 300 hombres de Olvera para determinarse á salir de Querétaro, y viendo que no llegaba, dispuso

(1) Márquez, pág. 67

que una pequeña guarnición á las órdenes del General Calvo permaneciera en la ciudad, mientras el ejército imperial salía al encuentro del enemigo. Esto mismo pudo hacerse desde el día 26 de Febrero y el ejército imperial habría encontrado sólo en Celaya al General Corona con 7,000 hombres, de los cuales apenas la mitad eran capaces de combatir. Estos acontecimientos no eran torpezas, ni vacilaciones de Maximiliano, sino el cumplimiento de su indecoroso y secreto programa.

*
* *

En la carta del 9 de Febrero de 1867, Maximiliano escribía á Lares : « El Imperio no cuenta con la fuerza moral ni con la material; los hombres y el dinero le huyen y la opinión se pronuncia de todos modos en su contra ». Dos días después, según Basch, « con gusto y lleno de esperanzas en el porvenir, se ocupó Maximiliano de los preparativos de esta expedición (el viaje á Querétaro) (1) ». Para cambiar tan radicalmente su pensamiento habían bastado « por las noticias que se recibieron acerca del mal estado de las tropas de Juárez y la incapacidad de sus jefes, no era de esperarse que la guerra se prolongara (2) ». Como no hubo aconte-

(1) Basch, pág. 129.

(2) Basch, pág. 129.

cimientos desfavorables para los republicanos después de la Quemada, las noticias alentadoras han de haber sido fraguadas por el gabinete Lares para tonificar las resoluciones del Emperador.

Al llegar á Querétaro Maximiliano, su espíritu debe haber reaccionado hacia el pesimismo ó por mejor decir, hacia la triste realidad. « Méndez, después de abandonar á Michoacán, había llegado á Querétaro *profundamente desmoralizado*. Propuso al Emperador dirigirse inmediatamente á Veracruz, abdicar allí y abandonar el país... Su desmoralización llegó á tal punto que le hizo bajar en el favor imperial, pues Maximiliano con motivo de esa desmoralización se vió obligado á tratarle con una dureza muy ajena de su carácter. Resuelto Maximiliano á combatir gloriosamente, resolvió separar á Méndez, cuyas ideas lúgubres y de desmoralización podían ser contagiosas (1) ».

El General Mejía en su primer interrogatorio confiesa á su fiscal Don Manuel Aspíroz que vió irremisiblemente perdido el Imperio después de la partida de los franceses y que sólo por compromiso continuó sosteniéndolo. El defensor del General Mejía ante el tribunal militar que lo condenó á muerte, decía refiriéndose á su defenso : « Se encontró en el sitio de Querétaro contra su deseo ; y

(1) Ramírez Arellano, *Últimas horas del Imperio*, pág. 73.

sin otro estímulo que ser fiel á las leyes del honor militar. Había llegado á entrever la ruina del Imperio; admitió el designio de retirarse á la vida privada; renunció varias veces su puesto en la milicia; pero desatendida su renuncia, le quedaba el medio de la deserción que reputó indigno de su clase y prefirió ceder á la fatalidad de su destino (1).

En mi concepto, Méndez y Mejía no estaban desmoralizados sino razonables. Si el cochero de un fiacre marchando sobre una vía férrea, huye de ella al ver á lo lejos venir un tren á gran velocidad, no puede calificarse á aquel cochero de desmoralizado. Por el contrario, si el mismo cochero huye al ver venir sobre él á un humilde ciclista, prueba con ello su desmoralización. El hombre de fe se coloca fuera de la razón, como el hombre desmoralizado. Los hombres de fe han obtenido éxitos inesperados; pero más grande ha sido el número de sus fracasos. En las circunstancias críticas, violentas, oscuras, los únicos útiles son los hombres de razón.

Márquez era un fanático por su causa y en consecuencia un ciego incurable. Miramón era presuntuoso como Napoleón I y tal vez más, pues según el padre Ladrón de Guevara, que le administró los auxilios religiosos para que fuera al cadalso,

(1) Juan D. Arias, *Reseña del Ejército del Norte*, pág. 439.

le dijo el General repentinamente : « Ciertamente si el Emperador me hubiese acordado su confianza, no perecería en el cadalso, el Imperio no caería y la patria tendría otro porvenir; pero Dios lo ha querido así. ¡Pobre Emperador (1)! ». Si se hubieran seguido los consejos de Miramón y, sobre todo, los del General Márquez, el Imperio hubiera podido prolongarse algunos años, pues imposible es desconocer que el ejército de Querétaro estuvo en aptitud de acabar primero con Corona y después con Escobedo, si se les hubiera impedido reunirse.

Méndez y Mejía no habían pasado en Europa, la época de lucha entre ochenta mil imperiales, franceses, austriacos, belgas y mexicanos, contra un puñado de héroes republicanos infatigables, irreducibles, enérgicos como la desesperación, hábiles, intransigentes y convertidos en militares á fuerza de derrotas, de sufrimientos, de desastres. Méndez y Mejía habían visto que los ochenta mil hombres sostenidos con millones y con la opinión de la mayoría nacional, favorable al principio al Imperio, no habían podido destruirlos. No hubo un solo día que dejara de caer sangre republicana sobre el trono de Maximiliano. Méndez y Mejía debían considerar como insensatos á Miramón y á

(1) *El General Miramón*, por Víctor Darán, pág. 247.

Márquez, convencidos de que con quince mil hombres en la miseria, con buenos jefes, convertidos en malos por sus envidias, intrigas y ambiciones, con la opinión nacional desfavorable y teniendo en contra el terrible poder cacical, más la política norteamericana que podía dar grandes recursos materiales á Juárez, se podía establecer el Imperio con sólo ganar una, dos ó tres batallas. En una guerra civil, el partido que resiste á las derrotas es el vencedor por la fuerza de la ley histórica. El partido republicano había probado demasiado su resistencia contra los desastres militares. Los azares de la guerra no podían soltar la bola negra del exterminio en su destino.

Mejía, en Matamoros, había visto obrar bien, con energía y habilidad á los jefes liberales que lo habían obligado á capitular. Había llevado en lo mejor de sus tropas, el golpe fuerte de Santa Gertrudis, no era posible que creyera como Miramón y Márquez, que en Matamoros y en Santa Gertrudis, el Imperio había perdido sus mejores tropas, bajo el empuje de partidas de malhechores sin valor y sin programa.

Los caudillos imperiales Miramón y Márquez no pensaban que el Imperio había representado la salvación contra la anarquía, la miseria pública y la prostitución del Estado y que en 1867 sólo representaba la decepción, un escombros sin grandeza,

un recuerdo sin dignidad, la ruina de una corte marcial y los fragmentos de la más siniestra bancarrota. El partido conservador cometía, en 1867, la falta colosal de 1858 : ofrecía al país simplemente la negación de los principios liberales, lo que no podía aceptarse como un programa. ¿Qué había representado el gobierno de Miramón? La omnipotencia demente, feroz y tétrica del cuartel. ¿Qué representaba Maximiliano? La debilidad azotada por todos los huracanes de todas las malas pasiones políticas. Se hablaba de Imperio, pero el Imperio no aparecía como la ley, ni como la fuerza, ni como la tiranía, ni como el orden, ni mucho menos como la libertad; el Imperio se presentaba sólo como un hombre caprichoso, inconsecuente, mentalmente desorganizado, inflexible sólo para su ambición y, sobre todo, como un extranjero indiferente á la suerte de una nación que no era su patria. México hasta entonces sólo había tenido por gobernantes, soñadores demócratas ó dictadores sin pudor. Maximiliano empeoraba la situación.

Sea como fuere, lo que Arellano llamaba la desmoralización de Méndez y Mejía debió haber servido para que Maximiliano, retirándose de las ilusiones sugeridas por el Ministerio Lares, volviese al programa de la carta ministerial de 10 de Febrero y procurase el arreglo inmediato con Juárez.

Basch, copia de los *Apuntes* de Maximiliano es-

tas palabras : « *Envío de García con el hijo de Iglesias cerca de Juárez* (1) ». Y Basch añade estas palabras interesantísimas : « Este envío de García tuvo lugar ya que estábamos en Querétaro (2) ».

Es claro que mientras *García* fué á ver á Juárez, comisionado por Maximiliano, éste se ha de haber opuesto á toda salida de Querétaro con el objeto de dar batalla campal. Esto explica porqué el Archiduque consideró impedimento serio, abandonar á Querétaro á su propia suerte y porqué no discurrió el día 26 de Febrero, lo que discurrió el 5 de Marzo : dejar en Querétaro una pequeña guarnición á las órdenes del General Calvo y él marchar con más de 8,000 hombres sobre el enemigo.



¿Cuándo apareció Maximiliano enteramente vencido de que era imposible un arreglo con Juárez? Hay un documento intachable que lo enseña correctamente : la carta dirigida por Maximiliano el 2 de Marzo de 1867, á su Ministro García Aguirre, que estaba á su lado en Querétaro, carta que fué publicada en el *Boletín de Noticias* y en la que se lee : « No es posible por tanto contar con ellos (los republicanos); el deber nos obliga á obrar

(1) y (2) Basch, pág. 222.

con toda energía, para restituir al pueblo la libertad lo más pronto posible, con el objeto de que pueda expresar libre y francamente su voluntad (1) ». El plan de Maximiliano ese día, 2 de Marzo, había cambiado, y era destruir á los republicanos y convocar una asamblea, no obstante haber dicho en su citada carta á Lares, de 9 de Febrero de 1867 : « El momento de emplear este medio (la convocación de la asamblea) ha pasado; debemos renunciarlo para siempre (2) ». Maximiliano llegó á Querétaro en la mañana del 19 de Febrero de 1867, y tuvo tiempo hasta el 2 de Marzo, de haber enviado á García á San Luis y de obtener la terminante negativa de Juárez para tratar. Entonces, como se ha visto por lo que afirma Márquez, sin ser desmentido por Arellano, Maximiliano ordenó á Miramón tomar la ofensiva y este jefe comenzaba á verificarlo cuando su descubierta se batió con la del enemigo; desplegándose entonces en batalla, eligiendo como centro el cerro de las Campanas. Para el gran golpe era tarde; los Generales Corona y Escobedo estaban ya reunidos, sin embargo era más militar y más racional dar en ese momento la batalla con 9,000 imperiales y contra 16,000 republicanos, que encerrarse en Querétaro.

Está bien probado que Maximiliano fué el ver-

(1) Basch, pág. 157.

(2) Masseras, pág. 163.

dadero culpable de que el ejército imperial no hubiera tomado la ofensiva antes de que los Generales Escobedo y Corona se hubieran reunido.

*
**

Después del asalto frustrado y muy indebido que dió el General Escobedo á la plaza de Querétaro y que se ha pretendido hacer pasar por un *reconocimiento* y en el que perdió 1,000 hombres, entre muertos, heridos y prisioneros, el General Márquez propuso un buen plan de campaña : los 9,000 imperiales debían salir poco antes de la madrugada por el sur de Querétaro, que no estaba ocupado por los sitiadores; hacer alto en la Estancia de las Vacas, excelente posición para una batalla defensiva, que se encuentra á tres leguas de Querétaro y esperar en ella la ofensiva de los republicanos. Si éstos la tomaban, el ejército imperial apelaría resueltamente al *combate de exterminio*.

Caso que los republicanos no atacasen ó tardasen en hacerlo, el ejército imperial debía retirarse sobre México, lo mismo que las fuerzas de Puebla y añadiendo 3,000 hombres reclutados por la leva al hacerse la concentración, el ejército imperial reuniría 20,000 hombres y cien piezas de artillería para combatir contra los republicanos que, concentradas

todas sus fuerzas regulares comprendidas las del General Díaz, no excedían de 26,000 hombres.

Este plan era bueno y era el único racional y tenía las mayores probabilidades de éxito, pues el General Escobedo sólo contaba con 15,000 hombres después de su fracaso del 14 de Marzo, en que perdió 1,000. Con este efectivo, los sitiadores no podían circunvalar sólidamente los ocho kilómetros de perímetro de la plaza, como lo probó el General Márquez saliendo de Querétaro para México, al frente de 1,300 caballos, sin la menor pérdida ni contratiempo.

Al someter Márquez su plan al Emperador, éste respondió lo de siempre, que consultaría á los generales, pues no estaba á la altura de su papel de jefe. La defensa fué siempre dirigida por un cuerpo deliberante de generales díscolos, intrigantes, envidiosos, insubordinados y la mayor parte de ellos profundamente desmoralizados. Márquez tuvo el tino de rogar al soberano que al consultar sobre su plan no dijera que era suyo. Así lo hizo Maximiliano y Miramón lo aceptó como lo único bueno que podía hacerse y manifestó que respondía del buen éxito del plan. Méndez, Castillo y Vidaurri lo aceptaron, éste último con la modificación de que la retirada, si no había batalla, debía hacerse hacia Monterrey. Sólo Mejía se opuso, no á la salida, sino á un combate de exterminio y propuso la fuga á la Sierra,

abandonando la artillería y todo el resto del material de guerra (1).

No hay que dudar de este plan de Márquez porque Don Víctor Darán, en su libro apologético, dice : « El 20 de Marzo, Maximiliano reunió el consejo de generales, el General Márquez emitió la opinión de abandonar á Querétaro y de replegarse sobre México, para reunir allí las tropas de Querétaro y Puebla (2) ».

Darán incurre en error al afirmar : « El General Miramón y el Coronel Ramírez Arellano combatieron ese proyecto (3) ». Márquez dice lo contrario y lo mismo Arellano, que era el cortesano funesto de Miramón y enemigo acérrimo y desleal de Márquez, pues asegura que él convenció á Miramón de que no era conveniente el plan de Márquez é hizo que fuera á disuadir á Maximiliano, que había aceptado la opinión de la junta de generales. Arellano escribe : « El Emperador mismo para asegurar la ejecución (del plan de Márquez) dió conocimiento de ello, entre otras medidas, el 18 de Marzo, al Ministro de la Guerra en México. Le ordenó que dispusiese en los alrededores de la capital, el campamento para el ejército, teniendo cuidado de que en el centro de él quedase la tienda imperial, pues

(1) Márquez, *Refutación*, pág. 57.

(2) Víctor Darán, *le General Miramón*, pág. 185.

(3) Darán, *Obra y página citadas*.

S. M. no pensaba alojarse en palacio ni en ninguna otra parte de la ciudad (1) ». Márquez presenta en su *Refutación* la carta de Don Severo del Castillo, aprobando el plan de salida y haciendo solamente observaciones á su nombre y en el de Miramón respecto á la colocación que debía darse á la caballería en la columna de salida.

Arellano nos impone : « Miramón fué el primero que en el convento de la Cruz habló al Emperador en el sentido que se había convenido (contra la salida). Pero todo fué inútil, todas las razones expuestas por el General en contra de la retirada y todos los consejos dados para que el ejército saliese de la situación en que se había colocado, contra la opinión de los más expertos generales, no pudieron convencer al Emperador que se mostró inflexible y declaró terminantemente que la retirada era un negocio resuelto (2). »

Arellano habló entonces con el Emperador y lo convenció de que la retirada proyectada por Márquez frente á un enemigo fuerte, sería una derrota y terminó proponiendo á Maximiliano « que diera el mando del ejército al General Miramón, quien atacará al enemigo de una manera decisiva. De esta medida podrá resultar la derrota del ejército imperial; pero también la sufrirá si por fin abando-

(1) Arellano, *Últimas horas del Imperio*, pág. 76.

(2) Arellano, pág. 78.

na esta plaza (1). » El plan de Arellano prevaleció.

Veamos cuál de los dos era el plan militar. El General Escobedo contaba el 20 de Marzo, como he dicho, con 15,000 hombres, más 500 del General Canto, que se le había incorporado el día anterior. El plan Arellano-Miramón era atacar, en sus líneas de sitio y posiciones escogidas la mayor parte de las fortificadas, al General Escobedo, con el objeto de librar combate de exterminio; caso de que éste fracasara, el ejército imperial completamente derrotado y desmoralizado, volvería á Querétaro para rendirse á discreción, pues no le quedaba otro recurso. Debo añadir que, según Arellano, había la certidumbre en la plaza de que el número de sitiadores se elevaba á 25,000, de manera que el plan de Miramón consistía en dar una batalla ofensiva con 9,000 hombres á 25,000, y, caso de perderla, lo que era casi seguro, volver á la plaza para entregar todo el ejército y que fueran capturados todos sus caudillos; es decir, Miramón se proponía jugar en un mal golpe todo el Imperio con las vidas de sus caudillos.

El plan de Márquez era salir tres leguas adelante de Querétaro, por un camino libre, sin tropiezo de ninguna clase, y tomar la magnífica posición de la Estancia de las Vacas, para dar una gran batalla

(1) Arellano, pág. 83.

defensiva. Si la batalla se perdía, todos los caudillos que no hubiesen caído muertos, heridos ó prisioneros, salvarían sus vidas huyendo á donde les conviniese. Caso de que el ejército republicano no tomara la ofensiva, el imperial se retiraría sobre México, donde considerablemente reforzado, presentaría días después un gran combate de exterminio á todos sus enemigos.

El plan de Márquez era sólido y aseguraba en caso de derrota, la vida de los caudillos imperiales. El plan de Miramón, contaba con menos número de probabilidades de éxito y con el desastre completo de la causa y de las vidas de los jefes imperialistas, caso de derrota. Miramón fué el autor de su propio cadalso y Arellano el más importante responsable de la tragedia final, debiendo su salvación á su falta de honor.

Miramón ofrecía el triunfo decisivo ó la rendición incondicional dentro de la plaza. Márquez ofrecía el triunfo decisivo ó la salvación de los caudillos por la fuga, conservándose así la causa imperial. Era precisamente lo que no quería Maximiliano, quien estaba convencido que en caso de rendición incondicional, Juárez lo entregaría á un buque de guerra austriaco para que tranquilamente volviese á Miramar (1).

(1) Véase el primer interrogatorio de Maximiliano en su pro-

« Ya tengo explicado, dice Márquez, en mi manifiesto del año anterior que, aun en el remoto caso de que el Emperador fuese derrotado al salir de Querétaro y aun cuando se hubiese perdido la plaza de México, que yo defendía, ni aun así se hubiera perdido el Imperio, porque, como digo en el documento citado, establecido el soberano en paraje seguro, y sostenido por buenos caudillos, teniendo centros de acción bien elegidos y siguiendo la lucha con constancia, habría obtenido el triunfo más completo. En aquel documento presenté á Juárez como testimonio de esta verdad y digo : « Allí está presentándonos dos ejemplos; el primero cuando residió en Veracruz, con su simulacro de gobierno, todo el tiempo que duraron las administraciones de Zuloaga y Miramón, dueños de todo el país, con raras excepciones; y el segundo cuando estuvo en el Paso del Norte, donde permaneció todo el tiempo de la Intervención. Y sin embargo en ambas ocasiones acabó por entrar á México. ¿Por qué no había de poder hacer esto mismo el Emperador, contando con un valor á toda prueba, con una inteligencia despejada, con buenos caudillos, con prestigio en el país, con buena fe y con sobrada resolución para salvar á su patria ó perecer en la lucha? (1). »

ceso y la obra del Sr. Fernando Iglesias Calderón *La traición de Maximiliano*.

(1) Márquez, *Refutación*, pág. 158.

Márquez conocía seguramente la carta de Maximiliano á Lares de 9 de Febrero de 1867 y no se entiende cómo, después de la lectura de este documento, hubiera podido pensar que Maximiliano tenía ó era capaz de sostener el ideal de imitar á Juárez para mantener una bandera durante años en cualquier paraje seguro. Debido al caciquismo ó federalismo, Juárez encontró paraje seguro y cuando estuvo en Paso del Norte, logró seguridad completa, debido á la acertada resolución del Mariscal Bazaine de evitar un conflicto con los Estados Unidos.

Pero Maximiliano nunca hubiera aceptado vivir en Paso del Norte durante años, gastando personalmente dos mil pesos al año y rodeado por cinco ó seis amigos.

Lo más probable era que no hubiera para Maximiliano ese *paraje seguro* y entonces tenía que hacer vida de guerrillero en las montañas, hasta caer en manos de una fuerza rural que le aplicase *la ley fuga*. La verdad es que la derrota para Maximiliano quería decir la continuación del imperio *sin imperio*, en las montañas, en los desfiladeros, en las cavernas, en los bosques, con la vida de guerrillero, igualándose y codeándose con bandidos, desgrefiado, polvoriento, mal oliente, con la camisa sucia, los zapatos rotos, con la comezón del sudor concentrado, comiendo tórtillas, bebiendo tuteado por compadres, ni siquiera obedecido como capitán

de forajidos, porque no sabía mandar, estrujado por chanzas pesadas, envilecido por la falta de respeto, golpeado por manos sucias y groseras en el hombro ó en la *panza*. Tal porvenir para un Archiduque de Austria era la más asquerosa de las deshonras y el más intenso de los sacrificios. Juárez no llegó á ese estado debido á la protección de los Estados Unidos en Antón Lizardo y en Paso del Norte, apoyo con el cual no contaba el Archiduque.

Si Maximiliano hubiera sido leal y enérgico, hubiera explicado perfectamente su programa : La conquista del Imperio en una ó dos batallas ó la retirada á Miramar. Lo perdió y lo deshonoró no el haber tenido este plan, sino haberlo querido ejecutar con hombres que estaban en condiciones excepcionales.

El ejército de Querétaro no era para Juárez y sus leyes un ejército, sino una reunión de traidores; los imperialistas no estaban reconocidos como beligerantes, sino simplemente como criminales, con los que no se puede tratar. Cuando la policía alcanza á los bandidos, éstos tienen que morir peleando ó que morir en el cadalso. Es regla militar, con rarísimas excepciones, que el destino de toda plaza sitiada es la capitulación; pero como en Querétaro no podía haber capitulación, el destino de los defensores era el cadalso para los jefes y oficiales y la absolución,

el alivio, el pan, la cesación de los sufrimientos, para los soldados rasos. Éstos no podían, pues, decidirse á morir peleando; su salvación era la rendición.

Los soldados disciplinados pelean bien en dos casos : cuando creen obtener la victoria, ó cuando saben que el vencedor los exterminará. Pero cuando conocen que la victoria es imposible y que el vencedor no les hará nada, sino que por el contrario aliviará sus males; y cuando, además, les son indiferentes todas las causas, no se puede hacerlos combatir si la disciplina se relaja un poco. Los caudillos de Querétaro no tenían más que dos caminos que seguir : romper el sitio con un combate de exterminio ó secundario para fugarse, durante el período de brío del soldado, ó ir al cadalso.

Cuando Márquez propuso su plan, se trataba de obtener el triunfo ó de ir á guerrillear á las montañas ó de una vez alcanzar la costa y embarcarse. Márquez ofreció la victoria y en último caso la vida. Miramón ofrecía el triunfo ó la muerte. Pero Maximiliano que se creía sagrado, é inviolable, adoptó el plan de Miramón porque éste le ofrecía el triunfo completo é inmediato ó el palacio de Miramar. La creencia de Maximiliano en su inviolabilidad obrando en su carácter desleal, determinó la gran tragedia de las Campanas.

No he encontrado la explicación necesaria para

entender, porqué si se adoptó el plan de Miramón para tomar la ofensiva y librar una batalla de exterminio, no se hizo inmediatamente, no siendo posible desconocer á los sitiados que las fuerzas del sitiador aumentaban constantemente. El 20 de Marzo los generales optaron por el plan de Miramón y el 23 del mismo mes, los sitiadores recibían un refuerzo de 4,000 hombres, que á los sitiados, según Arellano, les pareció de 2,000. De modo que según la conciencia de los defensores, el 23 de Marzo estaban sitiados por 23,000 hombres, cuando en realidad las fuerzas á las órdenes de Escobedo no llegaban á 20,000.

CAPÍTULO IX

EL CAMINO DEL CADALSO

(*Continuación*)

Maximiliano declaró á Márquez *mayor traidor* que López, por haber dado orden al primero de venir á México, tomar la guarnición y volver con ella y con dinero á Querétaro. Márquez, tanto en su manifiesto de 1868, como en su refutación al libelo de Arellano, niega haber salido de Querétaro con orden de volver con la guarnición de México ó con parte de ella. Estudiada la cuestión, resulta que Maximiliano se propuso engañar á sus contemporáneos y á la historia, pues Márquez ha dicho la verdad, como paso á probarlo.

Basch, el último y leal amigo del Emperador, que en Querétaro no se separaba de su lado, nos dice : « Márquez, provisto de los más amplios poderes, debía marchar á México como Lugar Teniente del Emperador; debía además despedir al Ministerio, dar posesión al nuevo, proporcionar

dinero lo más pronto y en la mayor cantidad posible y en todo caso volverse á Querétaro con auxilio (1). » Basch supo todo esto porque Maximiliano se lo dijo (2).

Márquez, por su parte, afirma : « Desde aquella fecha (20 de Marzo) se supieron dos cosas que no eran un secreto para nadie : primera, que el soberano quería conservar á México; y segunda, que su guarnición no podía ir á Querétaro (3). » Y asegura Márquez : « el General Miramón, pues que tantas veces se batió con nuestros adversarios y que por lo mismo tenía una larga experiencia, declaró que no podría llegar á Querétaro la guarnición de México; por esta razón no se mandó la orden y todos quedaron entendidos que no había que contar con aquella fuerza (4). »

La guarnición de México era de cinco mil hombres. Lares había anunciado cuando le pidieron de Querétaro municiones, y así lo afirma Arellano en su libelo, que no podía remitirlas, á menos que saliese una brigada de Querétaro á recibirlas, pues la capital estaba amagada por seis mil hombres. Estos no eran fantásticos; cuatro mil de ellos al mando de los Generales Riva Palacio, Martínez, y Méndez llegaron el 23 á Querétaro, procedentes de puntos

(1) y (2) Basch, pág. 183.

(3) Márquez, *Manifiesto*, pág. 59.

(4) Márquez, *Manifiesto*, pág. 58.

cercanos á la capital. Existía además la fuerza de Lalanne, dos mil hombres y las fuerzas irregulares de Cuellar, Carvajal y Fragoso. Contando con el cuerpo de tropas del General Díaz que era estimado el 20 de Marzo en Querétaro en más de cuatro mil hombres; había indudablemente en observación de las fuerzas de la capital más de ocho mil hombres. Era militar y civilmente imposible que los cinco mil hombres de la capital, de los cuales había dos mil reclutas, fueran á dar batalla á Querétaro á veinticinco mil hombres, llevando á su retaguardia y sobre sus flancos á más de ocho mil. Bastaba que Escobedo avanzara á encontrarlos á cuatro mil infantes, para que antes de llegar á Querétaro la pequeña guarnición de México hubiera sido derrotada por más de doce mil republicanos.

Márquez insistió en el particular diciendo : « No es cierto que en aquella junta (19 de Marzo) se acordara como punto secundario, el pedido á México de refuerzos para la plaza, pues demasiado sabido era que no los había. Si Arellano fuera caballero y capaz de decir la verdad, recordaría que en aquella misma junta, emitiendo esa idea Miramón extraoficialmente y de una manera enteramente privada, tratándose de que se librara la orden al General Tavera, para que marchase á Querétaro con la guarnición de México, pregunté á Miramón : « ¿Y francamente cree Ud. que podrá

llegar aquí? Y Miramón me contestó después de reflexionar un momento : « ¡ La verdad, no (1)! »

Y si no dijo tal cosa Miramón, como lo asegura Márquez, debió decirla, porque todo militar aun de los más medianos, debía conocer la imposibilidad de que la guarnición de México, dado su número, pudiese auxiliar á Querétaro. Ahora bien, si era militarmente imposible llevar la guarnición de México á Querétaro, menos debía admitirse como posible dividir esa guarnición, para cuidar la capital con una parte y con el resto ir á auxiliar á Querétaro.

Debemos atender á lo siguiente. Si Maximiliano nombró Lugar Teniente á Márquez y si, como lo dice Basch, Arellano y todos los escritores que se ocupan de este asunto, debía destituir al Ministerio Lares y dar posesión al nuevo Ministerio, ¿cómo era posible que ese encargo fuera compatible con la orden de evacuar la capital, tomándole su guarnición para llevarla á Querétaro? ¿El nuevo Ministerio debía marchar sable en mano con Márquez á romper el sitio de Querétaro? Los historiadores del Imperio parciales contra Márquez, que lo son todos, aseguran lo que es cierto, que Vidaurri desde Querétaro, debido á sus dotes administrativas, fué nombrado para ir á México en compañía

(1) Márquez, *Refutación*, pág. 92.

de Márquez como Ministro de Hacienda y jefe del Ministerio. Ahora bien, si el nuevo ministerio debía funcionar en Querétaro y si Vidaurri estaba nombrado su jefe, ¿para qué emprendía el viaje hasta México teniendo que romper una línea de sitio? Y si Vidaurri no debía funcionar en Querétaro, ¿cómo es posible que Márquez tuviera la orden de evacuar México? ¿Adónde debía funcionar el nuevo ministerio?

Para ir á México á plagiar capitalistas y amenazarlos con el fusilamiento ó con mandarlos de soldados rasos si no cubrían los préstamos forzosos que se les imponían, no se necesita de Ministros de Hacienda bien ó mal acreditados. Basta con un militar brutal para semejantes procedimientos.

En el acta de 3 de Abril de 1867, de la Junta de ministros imperiales celebrada en la ciudad de México, y á la que asistieron Lacunza, Vidaurri, Iribarren, Murphy, el General Portilla y Sánchez Navarro, pasó lo siguiente : Vidaurri propuso y fué aceptado, nombrar una comisión para que dentro de tercero día, presentara un proyecto de ley para que continuase la revisión de los bienes nacionalizados. Esta proposición no es compatible con el encargo que se dice tenía Márquez de desocupar la ciudad de México inmediatamente después de su llegada á dicha ciudad.

Vidaurri presentó otra proposición que también fué aprobada, para que en la próxima sesión, es decir siete días después, se presentara un proyecto para adquirir recursos. Esta proposición prueba que ni siquiera se pensaba desocupar pronto la capital.

La Junta acordó cuáles debían ser los pagos que el Ministerio de Fomento *en lo sucesivo* había de hacer con los fondos del Desagüe del Valle de México. ¿Podía contarse con esos fondos si se evacuaba la Capital?

En esa sesión, el padre Fischer presentó su renuncia de subsecretario de la Casa Imperial, y la Junta acordó que se remitiera al Emperador para que acordara lo conveniente.

Por último, el Subsecretario Campos, acusado por Márquez, pidió que la Junta lo oyese y ésta acordó de conformidad, citándolo para dentro de *siete días*.

Esta acta de la Junta de Ministros, fué publicada por el periódico liberal *El Globo*, editado y redactado por el Licenciado Don Manuel María de Zamacona, en su número 278 correspondiente al 31 de Marzo de 1868.

Se me puede objetar que Márquez bien pudo ocultar las verdaderas instrucciones del Emperador y dar las suyas á los Ministros como emanadas del soberano. Pero ¿y Vidaurri? Este jefe financiero

conocía las instrucciones de Márquez, había asistido á la junta de generales el 17 de Marzo en Querétaro y si hubiera sido cierto que esa junta acordó que Márquez fuera á México para tomar su guarnición total ó parte de ella, y volver á Querétaro, Vidaurri, digo, debió haberse opuesto á la conducta de Márquez ó dividir con él la acusación de traidor. Sólo consta que Vidaurri pidió á Márquez que remitiera dinero á Querétaro. Márquez puso á disposición de Vidaurri veintiséis mil pesos que era lo único de que se podía disponer. Vidaurri designó á Quiroga para que los llevase á Querétaro. Quiroga salió de la Capital y volvió dos días después, diciendo que era imposible llegar á su destino, pero no devolvió los veintiséis mil pesos.

A todo esto viene á agregarse otra prueba decisiva : Márquez salió de Querétaro, como lo declaró Arellano y como lo comprueban los escritores liberales Arias, Vigil y Híjar y Haro, la noche del 22 al 23 de Marzo de 1867 y Maximiliano, con fecha 21 de Marzo, es decir, con fecha del día anterior á la salida de Márquez y por su conducto, escribía á su íntimo amigo y funcionario de la casa imperial en México, el Capitán Schaffer, lo siguiente :

« Juntamente con la presidencia del Consejo tendrá Vidaurri á su cargo la cartera de Hacienda. »

Disposición incompatible con la evacuación inmediata de la Capital.

Continúa Maximiliano :

« Envié además á esa en calidad de Lugar Teniente é investido de los más amplios poderes, al General Márquez, á fin de que reduzca al orden á todos aquellos *viejos* (los Ministros), levante la moral abatida y al mismo tiempo sirva de apoyo y protección á mis verdaderos amigos.

« *Como puede acontecer* que en virtud de las operaciones militares, quede la capital enteramente desguarnecida por algún tiempo, Márquez lleva orden de colocar á Ud. y á Knecht, *si tal sucede*, en el centro de las tropas combatientes. »

Si Márquez hubiera llevado la orden de evacuar la capital, Maximiliano no hubiera escrito « *como puede acontecer* ». Maximiliano todavía agrega : « *Si llegare ese caso*, deseo que se pongan en seguro los archivos ». Todo esto prueba que Márquez no llevó la orden precisa y terminante de evacuar la capital con el objeto de conducir su guarnición á Querétaro.

La autenticidad de esta carta es irreprochable, pues Basch dice : « El día anterior (al de la salida de Márquez) me había dictado el Emperador la siguiente carta para el Coronel Schaffer, la cual debería ser entregada en México por conducto de

Márquez, con otra en igual sentido dirigida al padre Fischer (1). »

Otra acción concluyente de que Márquez no tenía la orden de desocupar la capital inmediatamente que llegara y conducir la guarnición á Querétaro se encuentra en las instrucciones que dió *Maximiliano al Príncipe de Salm*, cuando dispuso en 12 de Abril de 1867, que saliera con milcaballos. Estas instrucciones nos las proporciona Basch, quien escribe : « Entre los papeles que salvé cuando caí prisionero, me encontré con una instrucción en *veinte puntos* que el Emperador *me dictó*, relativamente á la misión del Príncipe Salm. La undécima instrucción dice textualmente (2) :

« 11ª. México deberá ser evacuado completamente, si hay ahí *tropas bastantes para socorrer á Querétaro, pero no suficientes para guarnecer la capital* ».

Lo que quiere decir que si había en la capital fuerzas suficientes para guarnecerla, *no debía ser evacuada*. Márquez había sacado 1,300 caballos de Querétaro, que agregados á los 5,000 hombres de México, hacían 6,500 de guarnición.

Confirma que la capital no debía ser evacuada, la instrucción 5ª, que dice :

« 5ª. Orden al General Márquez para que ponga

(1) Basch, pág. 187.

(2) Basch, pág. 214.

á disposición del Príncipe *toda la caballería* ». Luego Salm venía á México á recoger toda la caballería.

Según estas instrucciones Márquez debía venir después y según parece no en son de guerra; porque la 1ª instrucción dice :

« 1ª. Tres puntos para el Cuerpo Diplomático... Invitará (Salm) á algunos de esos señores á que se vengan con Márquez ». Luego Márquez no debía acompañar á Salm á Querétaro. Hubiera sido pretensión de loco, que algunos miembros del Cuerpo Diplomático vinieran con Márquez, si éste debía entrar á Querétaro á viva fuerza.

La misión de Salm, según se desprende de las instrucciones que le dió Maximiliano, tenía por objeto la *capitulación ó la fuga*; porque la instrucción 19ª dice :

« 19ª. El Príncipe de Salm está autorizado para tratar con *las personas del partido contrario* ». Esto prueba que Maximiliano insiste en tratar; pero como está sitiado, esto sólo puede ser una *capitulación*. Maximiliano escoge á un extranjero como Salm, para semejante proyecto y lo oculta cuidadosamente á los *generales* á quienes consultaba para todo, menos para lo que realmente se había propuesto ejecutar.

La instrucción 20ª, significa proyecto de fuga, para el caso de que no convenga la capitulación,

pues dice : « 20°. El Príncipe de Salm tomará informes relativos al yacht ».

Las instrucciones á Salm no ordenan la desocupación de México; por el contrario aseguran su dominación bajo el Imperio. Sabido es que Salm no pudo romper la línea, lo que lo obligó á permanecer en Querétaro.

Hasta el 14 de Abril de 1867, aparece una carta del General Don Severo del Castillo á Márquez, ordenándole como Jefe del Estado Mayor del ejército, á nombre de Maximiliano, que evacue México y se presente en Querétaro con la guarnición de esta plaza. Márquez en su manifiesto dice que tal carta-orden la recibió hasta el 15 de Mayo; pero aun suponiendo que la hubiese recibido el 17 de Abril, tres días después de haber sido escrita, era imposible que Márquez la cumpliese : el General Díaz había tomado ya Puebla, había derrotado á Márquez en San Lorenzo y sitiaba la capital. Era una solemne aberración militar pretender que los cinco mil hombres de guarnición en México, rompiesen el sitio de la capital y perseguidos sus restos por las fuerzas del General Díaz, fueran á romper después el sitio de Querétaro.

El Ministro de Gobernación Iribarren escribía el 15 y el 17 de Abril de 1867 á Maximiliano, imponiéndolo de la situación. Basch dice que recibió el Emperador las cartas de Iribarren, y Maximi-

liano acusa recibo de ellas en su carta de 29 de Abril, publicada en el *Diario del Imperio* del 9 de Mayo de 1867, que continuaba viendo la luz en la capital.

No puede tacharse esa carta de falsa, porque en la publicación que de ella hace el *Diario del Imperio*, aparece la noticia del notable combate de 27 de Abril de 1867, sobre la línea sitiadora del Cimatario. Tampoco puede decirse que esa noticia fué adquirida por conducto de los sitiadores de Querétaro y que sirvió para forjar la carta, porque la versión del combate del 27 de Abril dada por el *Diario del Imperio*, no es la de los sitiadores, sino la misma de los sitiados, publicada sin cambio de palabras en el *Boletín de Noticias* de Querétaro.

La carta de Maximiliano de 29 de Abril es derogatoria de la del 14, escrita por Don Severo del Castillo, y en ella se observa el entusiasmo de los sitiados de Querétaro por lo que llamaban su gran victoria del Cimatario, y sobre este asunto Maximiliano escribía al gobierno de México: « Acaso muy pronto, obligaremos á los sitiadores á levantar su campo, derrotándolos por completo y en seguida marcharemos en auxilio de nuestra querida capital (1). »

(1) *Diario del Imperio* de 9 de Mayo de 1867. Biblioteca de la Secretaría de Hacienda.

En esa misma carta, Maximiliano dice al Ministro de Gobernación Iribarren : « Hemos recibido vuestras cartas de 15 y 17 de Abril, en que avisáis el buen estado de defensa en que se encuentra esa capital, y la seguridad de conservarla sin ningún peligro ».

Es innegable que los caudillos de Querétaro, tuvieron tiempo y modo de salvarse el 27 de Abril, pues las líneas rotas del Cimatario, permanecieron cerca de tres horas sin que aparecieran en ellas las fuerzas sitiadoras. Era el momento de que los caudillos con la caballería se hubieran salvado sin peligro alguno y alcanzado la Sierra Gorda. Pero la jactancia de Miramón, que era tan grande como su mérito, le hizo creer en el triunfo decisivo y después que las fuerzas sitiadoras del Norte, recobraron el campo perdido y obligaron á los sitiados á volver á la plaza, las demás salidas de Miramón fueron completos fracasos que acabaron por desmoralizar al ejército.

Maximiliano, desde el 23 de Abril, sabía que Márquez estaba sitiado en México por numerosas fuerzas al mando del General Díaz; tenía conocimiento de la toma de Puebla y la derrota de Márquez en San Lorenzo, porque se lo había participado Iribarren, y sin embargo dejó que la guarnición mantuviese la esperanza de que Márquez llegara con la guarnición de México hasta el 12 de Mayo,

día en que ordenó fuera denigrado Márquez en un documento oficial, por no haber cumplido una orden que nunca había recibido. Evidentemente Maximiliano estaba en su derecho de ocultar los desastres que sufría el Imperio fuera de Querétaro; pero nunca lo tuvo para declarar á Márquez traidor, ni para indicar ú ordenar á los generales de Querétaro que escribiesen un manifiesto injurioso para Márquez, en vista de los informes calumniosos que Maximiliano daba sobre su conducta.

..

El Archiduque tenía la idiosincrasia de la deslealtad. Mentía como caballero de industria fármico. Nadie ha puesto en duda el nombramiento de Márquez como Lugar Teniente, firmado por Maximiliano. El mismo Archiduque escribía á su amigo Schaffer, en México : « Envío además á esa en calidad de *Lugar Teniente mío*, é investido de los más amplios poderes al General Márquez (1) ». Y algunos días después, el mismo Maximiliano negaba que le hubiera dado á Márquez amplios poderes y el rango de Lugar Teniente; pues el Encargado de Negocios de Italia, decía á su gobierno el 27 de Junio de 1867 : « El Emperador nos entregó

(1) Basch, pág. 188.

una protesta contra los actos de Márquez, *que pretende obrar en su nombre...* En lugar de haberle dado plenos poderes, sólo se le encargó de retirar de la capital de Puebla las tropas y las municiones, con orden de concentrarlas en Querétaro (1) ». Y el Ministro de Austria, Barón de Lago, escribía á su soberano el 23 de Junio de 1867 : « Así el Emperador me dijo que el General Márquez nunca había estado autorizado para ponerse en marcha sobre Puebla (2) ».

Son enteramente opuestas las afirmaciones que hizo Maximiliano al Ministro de Austria y al Encargado de Negocios de Italia.

El retrato que Masseras hace de Maximiliano, es exacto : « ligero hasta la frivolidad, versátil hasta el capricho, incapaz de encadenamiento en las ideas como en la conducta, á la vez irresoluto y obstinado, pronto á las acciones pasajeras, sin apearse á nada ni á nadie, enamorado sobre todo del cambio y del aparato, con grande horror á toda clase de molestias, inclinado á refugiarse en las pequeñeces para substraerse á las obligaciones serias; comprometiendo su palabra y faltando á ella con igual inconsecuencia; no adquiriendo por último más experiencia y gusto de los negocios, que el sentimiento de las cosas graves de la vida, el

(1) y (2) Márquez, *Refutación*, pág. 198.

príncipe encargado de reconstituir á México era bajo todos aspectos diametralmente opuesto á lo que hubieran exigido el país y las circunstancias ».

*
* *

Se ha hablado mucho de la abnegación sublime de los generales conservadores por Maximiliano.

Miramón se portó con la insubordinación de un pretoriano en vía de *cuartelazo*, pues tuvo la osadía de escribir al Archiduque : « El General Márquez, habiendo estado siempre á mis órdenes, nunca podré considerarlo como mi superior (1) ». En primer lugar era falso que Márquez hubiera *estado siempre* á las órdenes de Miramón. Comenzó Márquez su carrera militar en 1830 y Miramón nació en Diciembre de 1831. Tenía Márquez, como él mismo lo dice, más años de soldado que Miramón de vida. En 1857, Miramón era teniente coronel y Márquez general graduado. El pronunciamiento de Zuloaga en Enero de 1858, valió á Miramón tres ascensos, un buen salto de teniente coronel á general de brigada efectivo; pero aun cuando Márquez hubiera sido tinterillo, si Maximiliano, en virtud de su soberanía, le daba el despacho de general de división y lo nom-

(1) Arellano, *Últimas horas del Imperio*, pág. 37.

braba jefe del ejército, Miramón tenía que obedecerlo sin hacer observaciones. Maximiliano contestó á la insubordinación de Miramón con una carta complaciente, propia para acabar con la disciplina de su ejército.

Miramón hizo algo de muy inconveniente, cegado por su envidia. En la carta, prueba de su insubordinación á que me refiero, calumnió á Márquez de una manera evidente, pues la nación sabía que la imputación era falsa. Miramón decía á Maximiliano en la ya citada carta : « Este general (Márquez) en cambio de esa conducta, atentó proclamar Presidente al General Santa Anna, desconociendo el poder que yo tenía y obligándome á ir personalmente á la capital del Estado de Jalisco, para destituirle y para hacerle volver á México, adonde le hice someter á juicio (1) ».

Miramón mentía descaradamente; todo el país sabía que fué á Guadalajara á destituir á Márquez por haber éste dispuesto de una conducta de caudales que se le mandó devolver, cosa que hizo Márquez de un modo incompleto, porque había dispuesto para atenciones oficiales de parte del caudal de la conducta. Al llegar á México el General Márquez, el Ministro de la Guerra Don Antonio Corona por complacer á Miramón consignó al acusado á un

(1) Arellano, *Últimas horas del Imperio*, pág. 37.

tribunal militar. La Suprema Corte de Justicia, protestó, entabló la competencia alegando que Márquez había obrado como gobernador civil del Departamento de Jalisco y obtuvo el triunfo de ser respetada y ante ella fué juzgado Márquez.

Los delitos de defección y rebelión cometidos por un militar son esencial é indiscutiblemente militares y la Suprema Corte no habría entablado competencia, ni la hubiera ganado si el delito de Márquez hubiera sido rebelarse contra Miramón á favor de Santa Anna.

Además, consta en el expediente relativo, como es debido, la acusación y no aparece que sea la que le hizo Miramón ante Maximiliano.

Hay otra prueba de carácter histórico para poner en evidencia la calumnia de Miramón. El libro de Don Víctor Darán está escrito expresamente para enaltecer á Miramón y ha sido formado con datos que fueron dados por él, por sus amigos y por su familia y con algo de la historia patria.

« Pero tan pronto como Márquez se apoderó de la conducta, dice Darán, tomó seiscientos mil pesos en calidad de préstamo para los haberes de sus tropas.

« Los comerciantes de México, muy conmovidos, presentaron su queja á Miramón, quien desaprobando públicamente la conducta del General Márquez, le envió las órdenes más terminantes para que

devolviera los fondos que había tomado. Márquez no obedeció á esta intimación y el tono altivo de su respuesta agravaba singularmente este acto de insubordinación (1). »

Precisamente la Suprema Corte de Justicia entabló la competencia y la ganó, porque se probó que no hubo insubordinación, sino imposibilidad para devolver el dinero que ya se había gastado. Pero aun cuando la versión Darán fuese la exacta, no hay en ella acusación por pronunciamiento preparado á favor de Santa Anna.

Según el General Ramón Méndez, Miramón trataba de proclamarse Presidente (2). Su conducta atropellando la soberanía de Maximiliano, de que ya hablé, causó la determinación del Emperador de ir violentamente á Querétaro sin dinero, sin municiones y sin las mejores tropas del Imperio. Salm acusa á Miramón, de que la noche del 21 de Abril de 1867 quiso aprehender al Emperador para tomar su lugar (3).

*
**

Respecto á la conducta militar de Miramón en Querétaro, fué valiente, pero torpe. Arellano, su

(1) Víctor Darán, *le Général Miramón*, pág. 85.

(2) A. Pola, *Últimas horas del Imperio por Arellano*, nota 1 de la pág. xxx.

(3) *Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano*, pág. 134.

espía y su cortesano, lo reconoce al fin, vencido por la evidencia : « El fatal resultado que tuvieron todas esas tentativas de salida ». De los nueve mil hombres de la guarnición, Miramón sacrificó más de dos mil en ataques parciales, reprobados por la ciencia militar cuando no son hechos al principio de un sitio y con el objeto de retardar las obras del sitiador. Miramón no intentó una sola vez un ataque general para un combate de exterminio ó secundario cuyo objeto fuera la salida de la guarnición. Miramón fué funesto á Maximiliano por su debilidad de escuchar incondicionalmente al pérfido Arellano, decidido á sacar ventajas de las disensiones entre Márquez y Miramón. Ya he probado que la salida del 18 de Marzo, proyectada por Márquez y aceptada por todos los generales fracasó por las intrigas de Arellano, á quien le dió gran apoyo la debilidad de Miramón.

Arellano representaba, en Querétaro, el militar sin pudor. Había hecho en 1859 el papel de esbirro y de traidor; hizo de esbirro porque se puso de acuerdo con los liberales para pronunciarse contra Miramón, vendiéndose por \$ 30,000 y la banda de general de brigada. Recibió de Don Ramón Guzmán y delante de Don Francisco Zarco, de Don Manuel María de Zamacona y de otros miembros prominentes del partido liberal los \$ 30,000 en oro y denunció la conspiración á Miramón, quien en pago

de la denuncia autorizó á Arellano á que guardase los \$ 30,000 (1). Miramón debió separar del ejército á Arellano y darle otros \$ 30,000, reflexionando que la presencia de un infame esbirro no podía honrar al ejército.

Arellano fué acusado por el general francés Courtois d'Hurbal de no cumplir con sus deberes como militar en Morelia; se le hizo venir á México, donde fué consignado á un consejo de guerra, por falsificador de documentos y otros delitos. El consejo lo absolvió de la acusación de falsificación; pero lo sentenció á tres años de prisión por los otros delitos. Pidió á Maximiliano el indulto y el Emperador rehusó concedérselo : insistió Arellano y al fin obtuvo su indulto y ser empleado en Yucatán en el arma de artillería. Al irse él para Yucatán, Miramón volvía á México procedente de Europa; lo pidió al Gobierno y se lo llevó á la campaña del interior (2).

« Una de las principales dificultades fué el deseo secreto que tenían los generales Mejía y Méndez y otros, de capitular con los republicanos. Mejía permaneció la mayor parte del tiempo que duró el

(1) El Sr. A. Pola en su edición del libro *Las Últimas Horas del Imperio*, asegura que D. Ramón Guzmán entregó á Arellano \$ 20,000. El Sr. Lic. D. Manuel María de Zamacona, testigo presencial, me ha asegurado que la suma entregada fué \$ 30,000.

(2) Véase Márquez, *Refutación*, últimas páginas, Datos comprobados.

sitio encerrado en una casa con motivo de la enfermedad que le aquejaba.

« Tan luego como el General Mejía supo la resolución que se había tomado para terminar la defensa de la plaza (12 de Mayo de 1867) se presentó al Emperador declarándole que ya estaba restablecido de sus males y *le ofreció ocho mil hombres del pueblo* en el espacio de veinticuatro horas, si se prescindía de la idea de *abandonar á Querétaro*. Los ofrecimientos de este general fueron hasta asegurar que los hombres que intentaba reclutar se presentarían armados (1).

« Pasadas las veinticuatro horas que el General Mejía había pedido para presentar sus miles de hombres, declaró este general que aún no le había sido posible completar el número prometido, pero que eficazmente se ocupaba de ello (2). Después de esperar otras cuarenta y ocho horas, respondió lo mismo y el 14 de Mayo declaró por fin que sólo le había sido posible reunir 160 hombres (3).

Se recordará que el 26 de Febrero, el General Mejía se opuso á la salida del ejército imperial que debía salirle al frente al General Corona antes que éste se reuniese al General Escobedo. El General Mejía alegaba entonces que si Querétaro quedaba

(1) Arellano, pág. 137.

(2) Arellano, pág. 146.

(3) Arellano, pág. 167.

abandonado podía ser incendiado y saqueado y ese mismo General ofrecía el 12 de Mayo 8,000 hombres armados y levantados en Querétaro en veinticuatro horas. Maximiliano aceptó ambas proposiciones contradictorias de Mejía, porque lo que quería era no salir.

El General Mejía había sido elegido por Maximiliano para la salida del 11 de Abril, al frente de 1,000 caballos, con el objeto de venir á México y obligar á Márquez á que cumplierse con las imaginarias órdenes que se le habían dado. El General Mejía, pidió á Maximiliano tres días de espera para poder montar á caballo, lo que le fué concedido. « Ocho días habían pasado y el General Mejía no anunciaba el restablecimiento de su salud; el Emperador pensó entonces en encargar el desempeño de esta nueva misión al General Moret (1). » Arellano explica el diagnóstico de la enfermedad del General Mejía que le impedía montar á caballo : « Mezquinas pasiones é intrigas que tenían por objeto la capitulación (2). » Debió haber explicado Arellano porqué el Emperador concedía plazos de ocho días para las operaciones militares de carácter muy urgente. El General Mejía estuvo tan desmoralizado que trató de desertar, escapándose de la plaza disfrazado de indio (3).

(1) y (2) Arellano, pág. 136.

(3) Cita de A. Pola, *Proceso abierto al General Escobedo* por

Mejía quería la capitulación porque estaba seguro de ser absuelto. En su persona tenía la prueba de que era posible capitular obteniendo garantías de la vida y la libertad, como tuvo lugar en su capitulación de Matamoros. Mejía había perdonado la vida á los Generales José María Arteaga, Gerónimo Treviño y dos veces al General Escobedo. Tenía derecho á esperar que los dos últimos salvarsen su existencia.

« Era la cuarta vez que Castillo por su conducta era funesto al General Miramón y á pesar de tantas decepciones no se pensaba en destituir á este jefe, que pasaba por uno de los mejores generales del ejército imperial (1). »

« Por su parte, Maximiliano escuchaba con gusto las insinuaciones del Príncipe de Salm y del Coronel López, contrarias á las del General Miramón (2). »

« Miramón deploraba tener por jefe un príncipe débil que en la intimidad escuchaba los consejos de un coronel ignorante como López; deploraba tener que combatir en un ejército cuyo jefe de estado mayor era Márquez, su enemigo mortal, y tener que luchar una vez más con Méndez, hombre extraordinariamente envidioso, á pesar de sus bri-

su informe al Supremo Gobierno, nota de la pág. xxx. — Introducción á *Las Últimas Horas del Imperio*, de Arellano.

(1) Víctor Darán, *le Général Miramón*, pág. 201.

(2) *Obra citada*, pág. 201

llantes cualidades militares (1). » Méndez por su parte designaba á Miramón, como proyectista de un *cuartelazo* contra Maximiliano para proclamarse presidente.

« El General Silverio Ramírez, so pretexto de un ataque contra los sitiadores, trató de entregar un punto de la plaza de Querétaro al General Ramón Corona (2). »

El Teniente Coronel Pradillo, oficial de órdenes del Emperador, asegura que el General Ramírez cometió en Querétaro un delito de cobardía que el código militar castiga con la pena de muerte, pero que Maximiliano, por bondad, perdonó. « Ya se comprenderá, dice el oficial de órdenes Pradillo, toda la indignación que tanto en el Emperador como en el General Miramón y todas las personas que lo supieron, produciría aquella malhadada carta, en que los autores se habían olvidado del honor y de los santos deberes de un militar. El generoso corazón del Emperador pudo solamente salvar de la muerte á estos indignos jefes, condenados por el código, sin apelación (3). »

(1) *Obra citada*, pág. 184.

(2) Cita de A. Pola. Introducción á *Las Últimas Horas del Imperio*, pág. xxii.

(3) Pradillo y de la Peza, *Maximiliano y los últimos sucesos del Imperio*, pág. 61.



En la capital, el Ministro de la Guerra y el jefe del Ministerio Lares, cometieron el delito de desobediencia á las órdenes de Maximiliano en asuntos de suma gravedad. « Sabido es, afirma Márquez, que luego que salí de la capital con el soberano, mandé en su nombre la orden á México por duplicado, para que se replegase á dicha ciudad la guarnición de Puebla, con el objeto de libertarla de una desgracia (1). »

Esta orden fué interesantísima y si se hubiera cumplido, el General Díaz no se habría provisto de gran artillería y de un inmenso depósito de municiones, que sirvió á dicho jefe para operar sobre México y enviarle al General Escobedo, cuya angustia era grande por falta de municiones. Retiradas á tiempo las fuerzas imperiales de todo el Estado de Puebla y concentradas en México, se hubiera encontrado Márquez al venir de Querétaro al frente de nueve mil hombres, sesenta piezas de artillería y municiones en abundancia, con lo cual se hubiera hallado en situación de marchar sobre Querétaro y dar poderoso auxilio á esa plaza.

(1) Márquez, *Refutación*, pág. 177.

Pero el Ministro de la Guerra Portilla se esmeró en hundir al Imperio. Dió orden á Noriega, el jefe de la plaza de Puebla, de mandarle el 15 de Infantería, excelente cuerpo, mandado por Oronoz. El General Noriega expone bien la conducta torpe de Portilla. « Mas no sólo se sacó esa fuerza de Puebla (el 15 Batallón) sino que se mandó salir con ella dos baterías de campaña con cuantos artilleros había en la plaza; dando con esto lugar á que en tan crítica situación, el enemigo que por todas partes estaba en movimiento, se acercara sin obstáculo á la referida plaza, donde no quedaban más que trescientos hombres de la guardia civil, que se habían tomado de leva poco antes y no tenían instrucción alguna.

« Consecuente, sin embargo, con mis compromisos de hombre de honor y deseoso de cumplir con mis deberes hasta donde me fuere posible, ordené á las fuerzas rurales de Atlixco, Matamoros, San Andrés Chalchicomula, Tepeaca y otros puntos de menor importancia que viniesen á cooperar á la defensa de Puebla. Y efectivamente vinieron al mando de pundonorosos y valientes jefes, aunque muy disminuídas porque en su mayor parte habían desertado los soldados con armas y municiones. Semejantes esfuerzos de mi parte, lograron á duras penas hacer subir el total de la fuerza que debía defender la plaza á dos mil infantes y quinientos

caballos (1). » Es evidente que Noriega tenía orden de defender la plaza, operación que no estuvo en el ánimo de Maximiliano, ni en el del General Márquez. El General Portilla seguía las viejas reglas de la escuela militar mexicana : defender plazas y perder batallas.

El Ministro de la Guerra de Maximiliano, cuando la ciudad de México estaba sitiada por el General Díaz, ofreció á éste jefe la entrega de la plaza de México (2).

Una vez que Maximiliano partió para Querétaro, el Ministerio Lares se declaró de hecho gobierno independiente. « Durante la marcha á Querétaro, Maximiliano dió la orden de que le fueran enviados de México los húsares de Khevenhüller, el Regimiento de Hammerstein y toda la artillería disponible; y el Ministerio no cumplió la orden (3). » Maximiliano odiaba y despreciaba á sus ministros. Escribía á su querido Fischer : « Si se han perdido algunas de sus cartas (las de Fischer) es que indudablemente las han interceptado nuestros ministros; no puede ser de otra manera (4). » « La publicación de mi carta á Lares, no fué muy del gusto de esos

(1) Noriega, *Folleto de Pradillo y Peza*, Apéndice, pág. 160.

(2) Dato comunicado por el General Presidente Porfirio Díaz á Don Ángel Pola, *Últimas Horas del Imperio*, A. Pola editor. Nota 2 de la pág. 174.

(3) Basch, pág. 147.

(4) Basch, pág. 149.

señores, lo que era muy natural atendida su calidad de hombres de partido (1). »

Con su último amigo, Schaffer, Maximiliano se mostró quejoso de sus ministros : « Sumamente desagradable me fué el saber que los viejos pelucos de México tienen tan poca deferencia, que no pagan á la escasa servidumbre de la Corte que se quedó allí. Ésta es la consecuencia que suele producir el sistema de mentira oficial, fundado en un mal entendido amor propio nacional. Si ellos supiesen y pudiesen decir honradamente que no tienen dinero, yo sabría acomodarme á la necesidad (2)... La permanencia de Ud. en México, en las presentes anormales circunstancias y señaladamente cuando acabo de partir, era de absoluta necesidad; sin Fischer en el gabinete, sin Kevenhüller y Hammerstein en el cuartel, y sin Ud. en Palacio, todo aquello se lo hubiera llevado la trampa en las primeras veinticuatro horas (3). » Nótese que sólo le inspiraban estimación y confianza los extranjeros.

Y en otra carta volvía á decir á Schaffer : « Sólo nos amarga la conducta de los débiles pelucos de allá (los ministros), quienes con su manifiesto miedo de avaricia se manejan como verdaderos

(1) Basch, pág. 151.

(2) Basch, pág. 148.

(3) Basch, pág. 152.

traidores (1). » No teniendo noticias de Europa, cree que sus ministros han violado su correspondencia, « lo cual, dice, concuerda perfectamente con la egoísta traición de esos viejos mandarinnes (2). »

López, asegura Basch, evitó dar á Maximiliano una respuesta categórica, pedida como explicación de la fuerte deserción que se notaba en el Regimiento de la Emperatriz, y contestó con subterfugios. Maximiliano entonces dijo á Basch : « que de buena gana abandonaría el país, porque le pesaba tener que tratar con tanta canalla y tantos pícaros ». Y á López, uno de esos canallas y pícaros, lo llamó Maximiliano la noche del 14 de Mayo de 1867, á las once para condecorarlo por la gran traición que ambos iban á cometer.

En Querétaro, Salm llegó á ser su hombre de confianza. Cuenta el oficial de órdenes Pradillo, que Salm durante el viaje de Maximiliano á Querétaro, decidió llamar la atención de Maximiliano y se lanzó sólo contra una guerrilla, deteniéndose á respetable distancia, haciendo ademanes ridículos (3). « Maximiliano exclamó riendo : » ¡Magnífico! Parece un cirquero. ¡Qué hombre tan pesado! ¿Por qué ha ve-

(1) Basch, pág. 190.

(2) Basch, pág. 233.

(3) Pradillo y de la Peza, *Maximiliano y los últimos sucesos del Imperio*, pág. 22.

nido aquí; ¡Me choca! ». Pocos días después, Maximiliano á éste desconocido que le chocaba, lo hacía ascender de simple soldado voluntario á coronel; horas después lo ascendió á general; horas después le confió la misión de partir para México con plenos poderes hasta para arrestar á Márquez. Si los republicanos no hubieran impedido la salida de Salm, hubiera sido en México el dictador Lugar Teniente, caso de que Márquez no lo hubiera fusilado.

Basch acaba por escribir : « Y por último Maximiliano se había visto traicionado de la manera más asquerosa por los conservadores; pues bien, á pesar de todo esto, le repugnaba todavía alejarse de aquel lugar de ruina. No quería pronunciar la condenación de aquel partido que le indujo á quedarse; no podía resolverse á creer que lo habían engañado del modo más vituperable, que lo habían sacrificado, á él tan noble... »

La historia tiene que afirmar, que tanto Maximiliano como los conservadores hicieron entre sí un baturrillo de traiciones, falsedades, intrigas; como lo exige el personalismo dentro de la atmósfera pretoriana. En los caudillos republicanos había unión, decencia, disciplina, probidad, patriotismo, como consecuencia de su abnegación por defender una gran causa, elevados principios, leyes civilizadoras. Los caudillos liberales intransi-

gentes salían del heroísmo y su conducta debía ser la que fué, leal á su bandera, obedientes á la ley, fieles á su causa, justicieros ó generosos con sus enemigos; entusiastas por los ideales democráticos, sellados con la grandeza de olvidar sus personas en el gran drama que por sus admirables esfuerzos solemnemente se desenvolvía. El partido conservador ya no era partido, significaba un certamen de envidias excitadas por la ardiente corrupción propia de las causas personalistas; lleno de grietas, como todas las ruinas, debía caer en polvo en un cadalso que Maximiliano había dedicado pérfidamente á sus compañeros de armas, y donde la justicia nacional lo hizo morir con sus principales cómplices. La deslealtad, la mentira, la perfidia, la presunción y la negación de porvenir para el país, habían jugado desde Noviembre, en Orizaba, una gran partida á toda trampa. El Ministro Lares en su carta de 10 de Febrero de 1867, fijó la ley que hacía indispensable la ejecución del Cerro de las Campanas. La cuestión mexicana, según Lares y en ello tenía razón perfecta, no podían resolverla asambleas, como lo pedía Maximiliano; su única solución era el exterminio completo de un partido por el otro. La guerra, la opinión, los desaciertos de los imperialistas y al último el juego vil de sus pasiones estrictamente personales dieron á Juárez y á la causa que defendía un triunfo rápido y com-

pleto que nadie esperaba ni hubiera podido prever.

Maximiliano tenía valor personal, pero tenía miedo horrible á su debilidad, que lo colocaba en el caso de estafermo del partido conservador ó de sirviente de sus guerrilleros en las montañas. Tal vez combinó con López la entrega de la plaza de Querétaro para vengarse de los hombres que lo tenían preso, que lo habían degradado y hundido en sufrimientos físicos y morales que le eran desconocidos y que su posición de príncipe no le permitía soportar, ni su imaginación perezosa concebir.

No es cierto que los generales ajusticiados en Querétaro hayan perecido por abnegación á Maximiliano; todos perecieron por abnegación á sus pasiones. Con menos sujeción á ellas, todos se hubieran salvado. Todos ellos presumían de distinguidos militares y no vieron lo que para un cadete es un axioma : que cuando no hay interés en defender una plaza, por el mérito de la plaza, entre tanto puede ser auxiliada, dejarse sitiar es rendirse incondicionalmente al enemigo. La incapacidad militar la mostraron los jefes conservadores á un grado tal, que sólo puede explicarse por el irresistible golpe de sus encrespadas ambiciones.

CAPÍTULO X

CONCLUSIONES.

La Intervención formó parte de la rebelión del Sur; fué la rebelión de Napoleón III contra la doctrina Monroe. Para que Napoleón se hubiera rebelado era indispensable que la guerra civil en los Estados Unidos indicase el triunfo cierto del Sur. La Intervención fué el anuncio de un hecho muy favorable á México, la guerra civil en el gran país vecino, que terminó con la destrucción de un partido preponderante que había encontrado como único medio de sostener su edificio social y político, la absorción gradual de México. Debido á las necesidades de un partido organizado para la ejecución de un gran crimen social como la esclavitud, México perdió en los primeros cuarenta años de su existencia independiente más de la mitad de su territorio y los cuarenta y tres años siguientes no ha perdido ni un centímetro cuadrado.

*
* *

La situación de México anterior á la Intervención era intolerable. La anarquía clavada en la cúspide de la barbarie aparecía como un gran deber. Sin rentas públicas no puede haber gobierno y sin gobierno no puede haber sociedad. La diplomacia protegiendo á los agiotistas voraces, á los caballeros de industria más impuros, á los corruptores más cínicos, á los defraudadores del erario más implacables, se había constituido en instrumento de iniquidad para despojar á México de todas sus rentas públicas por medio de las llamadas convenciones diplomáticas.

La Europa era injusta, había afirmado con la fuerza el inicuo principio de que México debía pagar los agravios hechos á europeos por particulares pacíficos ó rebeldes : el gobierno mexicano era responsable de todos los robos, de todos los asesinatos, de todas las violaciones, de todas las estafas, de todos los malos negocios que perjudicaban á los extranjeros. Ser extranjero llegó á significar ser un amo natural de los mexicanos. Bastaba, como lo llegaron á declarar excepcionales diplomáticos honrados, que un extranjero consiguiera por una falta de policía ó por una intriga, entrar tres días á la cárcel, para que figu-

rara con cincuenta ó cien mil pesos como acreedor del erario mexicano en una convención diplomática. Bastaba que un agiotista extranjero, comprara al tres por ciento algunos millones de pesos de deuda interior, para que se declarasen esos millones deuda extranjera preferente, pagadera á la par, con créditos atrasados y corrientes, con daños y perjuicios, con comisiones y compensaciones, ó en caso contrario, aparecían en Veracruz poderosas escuadras ofreciendo el aniquilamiento de la nación mexicana.

Bajo ese pie de humillación, de despojo, de esclavitud, de miseria, de obligación de despedazarse entre sí los mexicanos, como fieras hambrientas por falta de gobierno y por destrucción sistemática de todo elemento de riqueza, ya no era posible vivir. Aquel estado era peor que la servidumbre colonial, peor que el de las tribus libres de África; peor que el que podía resultar de la más funesta guerra extranjera constantemente sostenida. La guerra con Europa era necesaria; la salvación del régimen sinistro diplomático ó la muerte, ó la conquista, ó algo que no fuera estar sujeta la nación á un sistema de robo de agiotistas, se imponía á los mexicanos. Era preciso liquidar con sangre, con sufrimientos, con cóleras espantosas, con energías de bestias acosadas y con rasgos levantados de héroes, los numerosos millones de pesos, que no hacían más que

crecer, multiplicarse, inflarse y desplomarse sobre nuestra existencia, como la tapa colosal de oro de una horrible cripta.

La guerra de Independencia nos libró del sistema colonial, la de Reforma de la dominación del clero, la de Intervención del yugo fenicio diplomático.

*
* *

La Intervención sirvió para curar á los conservadores de la enfermedad mental de los *gobiernos fuertes* constituídos por monarquías de origen europeo. Un gobierno no es fuerte por su forma. Los de Felipe II y Carlos II en España, tenían la misma forma y muy distinta fuerza. Un gobierno es fuerte cuando es la expresión de la fuerza de su medio social, y si este medio no tiene fuerza, entonces no puede haber más que anarquía y el necesario gobierno fuerte es imposible.

La Intervención causó disgusto á los conservadores y ya no volverán á colocar sus esperanzas en que sus principios triunfen por medio de las armas extranjeras. El clero se convenció también de que en los tiempos modernos ya no hay cruzadas, ni monarcas católicos que hagan conquistas por la fe, empuñando el estandarte de Constantino, Carlomagno y Hernán Cortés. La Intervención causó la

nacionalización del clero y de sus numerosos partidarios.

La Intervención no se llevó capitales, dejó en México más de cincuenta millones de pesos, procedentes de los gastos hechos por el ejército francés; los empréstitos que hizo Maximiliano en Europa fueron ruinosos para el pueblo francés. El dinero invertido en México por el ejército francés hizo que al entrar Juárez en 1867, las rentas federales, produjeran diez y seis millones, en vez de nueve, como en 1861.

Parte del clero y de sus ovejas creían de buena fé según los escritos, sermones, y discursos de la época, que la libertad de cultos era la ruina inevitable y rápida de la religión católica. Se creía seriamente que los mexicanos eran católicos porque el gobierno les negaba el derecho de ser budistas, musulmanes ó luteranos. La Iglesia se estremecía de espanto al considerar las conquistas devoradoras del error evaporando los jugos religiosos de las almas y dejando una escoria atea en la conciencia de cada individuo. Siete años continuos de libertad de cultos, de 1861 á 1867, probaron al clero y á los fieles que la alarma había sido pueril y los grandes males amenazantes, la pesadilla de sólo una noche. La Intervención, impidiendo la rebelión del partido clerical, entretenido con la grajea de la comisión mandada á Roma por el Archiduque Maximiliano,

dió tiempo á que los írritos se calmasen, á que los afligidos se consolaran y á que los desolados se repusieran. Después de la Intervención, las Leyes de Reforma tuvieron enemigos apáticos en vías de conversión.

Actualmente no hay periódico clerical que combata la libertad de cultos y los esfuerzos del clero tienden á un concordato liberal aunque imposible por haber pasado ya en el mundo la moda de que las naciones contraten sus leyes patrias con personajes extranjeros. Todos los pueblos civilizados reconocen los grandes principios fundamentales de la soberanía individual y del Estado. El gobierno no tiene derecho para hacer tratos con las conciencias de sus gobernados, absolutamente soberanos en las regiones de su inteligencia. El poder espiritual lo posee todo el que piensa y es soberano espiritual todo aquel que le impone al mundo una verdad ó le destruye un pernicioso error.



Llevamos treinta y siete años de sostener una injusticia para satisfacer las necesidades filosóficas y ruines de nuestro espíritu latino, afligido por una decrepitud sin dignidad. Se nos ha repetido sin cesar : Juárez por su constancia personifica nuestra

guerra contra la Intervención y el Imperio. ¿Acaso no fueron igualmente constantes los grandes caudillos de esa lucha, como los Generales Zaragoza, Arteaga, Salazar, Díaz, Escobedo, Corona, Régules y otros menos notables que, seguidos por jefes y oficiales verdaderamente inmaculados, jamás reconocieron al Imperio y constantemente lo combatieron sin más esperanza personal que la muerte en el combate, en la montaña como las bestias ó la ejecución por la corte marcial? ¿No fueron también constantes los caciques de Chihuahua, de Sonora, de Sinaloa, de Guerrero y de Tamaulipas?

Juárez, permaneciendo en su puesto, desplegó constancia y gran falta de habilidad, y por ella la resistencia estuvo á punto de terminar, si á tiempo la actitud de los Estados Unidos no hubiera hecho cesar en gran parte la persecución activa contra los últimos restos de los republicanos acosados por el ejército francés. La peregrinación de Juárez de México á San Luis fué una fiesta admirablemente descrita por Don José María Iglesias. La permanencia de Juárez en San Luis, Saltillo, Monterrey, Paso del Norte y sobre todo Chihuahua, fué agradable, confortable, saludable é higiénica; todavía más, bajo el punto de vista material fué envidiable. Juárez tiene el primer lugar en la resistencia puramente decorativa, puesto que tenía el primer lugar oficial; pero la historia no se somete á jerar-

quías oficiales, ni de salón, ni administrativas.

Juárez siempre durmió en buena cama, disfrutó de buena mesa, se tonificó con delicados vinos, conversó con excelentes amigos, tuvo al alcance de sus enfermedades notables médicos y recomendables medicinas; tuvo siempre pueblos á quienes imponer contribuciones pesadas que las pagaron, con gusto ó renegando por las exacciones; tuvo empleados que lo obedecieran y lo adularan; sociedades que lo divirtieran, lo elogiaran, lo granjeasen y lo regalasen; en su peregrinación no tuvo más que molestias y entre ellas se puede contar el contra-tiempo de Monterrey. Todas las comodidades de la vida civilizada, con todos los atractivos que puede presentar á los hombres más refinados. Juárez fué un delicado turista que pasó menos trabajos que el Barón de Humboldt en sus exploraciones menos peligrosas y más agradables. Es una ingratitud contra los chihuahuenses que después que se esmeraron con su dinero, su afabilidad, su respeto, sus bailes, sus banquetes, sus contribuciones, su sangre, su aliento patriótico y con toda clase de sacrificios en sostener á Juárez con esquisito cariño y probada abundancia de goces intelectuales y materiales, se les arrojen cínicamente á la cara los *terribles sufrimientos* que pasó Juárez en Chihuahua, comparando su estancia en esa ciudad con el peor de los círculos del infierno del Dante.

El puesto de Juárez no era peligroso, como lo probó su inviolabilidad en Paso del Norte; no era agotante; no era mortal por las enfermedades del clima; no era desesperante por su miseria y desolación, y la mejor prueba es que se lo disputaban con encarnizamiento González Ortega y Don Manuel Ruiz y que de los nueve millones de habitantes mexicanos, con excepción de media docena, todos lo hubieran aceptado con júbilo. Esto no quiere decir que Juárez fuera incapaz de hacer grandes sacrificios, de exponer su vida y perderla, de errar de montaña en montaña, de disputar su presa á las fieras de los bosques, de dormir al aire libre en el lecho de crespones del paludismo, de morir envenenado por un pantano y colgado de los pies por un guerrillero; pero las circunstancias no lo pusieron en condiciones de hacer esos prodigios de abnegación material. La gratitud pública debe recaer sobre lo que hicieron los ciudadanos, no sobre lo que se supone que fueron capaces de hacer.

En ningún país se ha dado el caso de que en épocas de lucha armada grandiosa y tenaz, resuelta á fuerza de sangre y de privaciones, el primer papel pertenezca á un *no combatiente*, que ni ha dirigido á los combatientes, ni los ha auxiliado, ni les ha servido más que para hacerles, por disposiciones sin inteligencia, la lucha más amarga, más peligrosa y más destructora. Cuando se trata de guerras el

primer lugar corresponde siempre á los que pelean y las dirigen.

El puesto de nuestros caudillos guerreros era de peligro inminente, de sacrificio tenaz, desesperado, inmensurable; de insomnio obligatorio, de angustia infinita, de indigencia de pordioseros, de tormentos inauditos, de terrores especiales; de pánicos tremendos, de desalientos abrumadores, de espectáculos siniestros, de derrumbe incesante que enterraba todo bajo su polvo de descomposición y de muerte. El puesto de Juárez no fué el de esos héroes desgredados, de camisa sucia, sin equipajes, sin alimentos sanos y seguros, sin colchones donde reposar, sin garantías para su sueño, sin alivio para su fatiga, sin auxilio para sus enfermedades; acosados por las fiebres malignas, por la escasez de municiones, de pan, de vestuario, de armas; mandando á hombres con aspecto de salvajes, descarnados, desmoralizados, asustadizos, próximos á huir ó á enloquecerse, decididos á arrojarse sobre la tierra y á pedir á sus jefes que los maten porque sus almas de bronce las ha fundido al fin la miseria, el terror y la muerte de las esperanzas.

Juárez no supo lo que era la vida errante, sin carruajes, sin comodidades, sin derechos, sin autoridad; perseguido día y noche por un enemigo feroz que no daba cuartel al prisionero, ni honra al patriota, ni compasión á la bestia humana destinada

al holocausto de la corte marcial ó á la *caza* interminable por haber levantado su corazón hasta luchar contra lo que se le hacía sentir como imposible, la salvación de la República. Por último, el invasor nunca señaló á Juárez como malhechor, que era el título con que se llevaba al patíbulo á los verdaderos héroes.

Dígame lo que se quiera y oféndase quien se ofenda, el primer puesto en esa resistencia, donde un grupo de mexicanos se levantó desde el desprecio universal con que los veía la Europa hasta la altura colosal que tienen derecho á ocupar en la historia, pertenece á los combatientes. El segundo puesto le corresponde á la Legación de Washington, que trabajó activa y gloriosamente contra las intrigas de la diplomacia francesa en Washington, para que el Imperio fuera reconocido; que trabajó contra las intrigas de González Ortega que llegó á impresionar con su legalidad y la usurpación de Juárez á personas muy valiosas de los Estados Unidos. Esa misma Legación combatió desesperadamente las intrigas de Santa-Anna, quien llegó á infundir vivo interés por su causa á Mr. Seward; esa Legación trabajó contra los malos mexicanos que, abusando de las debilidades de Juárez para darles peligrosas autorizaciones con el objeto de obtener dinero y levantar hombres, causaron grandes males á su país, y sin la habilidad, energía y patriotismo

de la Legación, se los hubieran causado irreparables. En suma, toda la grande obra diplomática en los Estados Unidos que tanto sirvió al partido liberal y que se armonizaba y completaba con la heroica resistencia, se debe á los trabajos de la memorable Legación. Cuando nuestra historia sea bien conocida, bien meditada y depurada de asquerosos *politiqueos*, los mexicanos comprenderán que Don Matías Romero, durante el período de la Intervención y el Imperio, prestó á su patria en el orden civil servicios muy superiores á los decorativos que prestó Juárez.

Los servicios intelectuales de Juárez, como gobierno, fueron nulos durante la Intervención, porque no gobernaba. Era un signo de gobierno; un concentrador débil de atención, para evitar la anarquía, que no se produjo debido al patriotismo de los grandes caudillos combatientes. Yo soy el primero que ha probado que no existió la usurpación de Juárez de 1865, contra el General González Ortega; pero el partido liberal no lo creía así; en su conciencia hubo golpe de Estado y lo soportó, no por abyección sino por exceso de patriotismo. Juárez cometió errores gravísimos con la mejor intención, que le corrigieron hábilmente los caudillos, los Estados Unidos ó lo que se llama la casualidad.

*
* *

La concesión del primer puesto á Juárez en el triunfo de la República sobre el Imperio, se explica aunque no se justifique, ni sea posible justificarla. La causa de esa elevación de Juárez en las espumas persistentes del sentimiento nacional, tiene la siguiente explicación.

El Imperio era imposible como lo he probado, antes de realizarse fué destruído en Miramar por Maximiliano y sus partidarios, representa el extraño suicidio de un feto. A México llegó el Imperio en carro fúnebre y con destino á la inhumación dentro de los destrozos de nuestra vieja anarquía. Los pueblos poco ilustrados aceptan como prueba lógica de que un hombre haya salvado á su patria de una calamidad, el que ésta no se haya realizado. Un bacilo puede decir para ser creído : « He salvado al planeta terrestre de mil choques cometarios por medio de mi fuerza y astucia, *prueba*, el globo terrestre subsiste á pesar de los cometas en vertiginosa carrera. »

Lo mismo se dice y se prueba respecto del Imperio; aún no se habían embarcado los franceses en Veracruz cuando Miramón y el clero aparecieron con la decisión de estrangularlo. Si en Querétaro hubiera triunfado el ejército imperialista y si

se hubiera conseguido fusilar á Juárez y á todos los liberales, no por eso habría vivido el Imperio : de sus laureles habría brotado la dictadura militar pretoriana y estricta de Miramón, de Márquez, de López, de cualquiera, de un sargento envuelto con la casulla de un clérigo.

Nadie nos ha salvado del Imperio, del mismo modo que nadie ha salvado á la nación mexicana de que la conquistara Epaminondas ó Carlo Magno. Semejante gloria aplicada á Juárez aparece como una de esas *chácharas* de plata ó cobre en los retablos de los santos católicos para probar sus milagros. Los salvadores de las *calamidades imposibles* son ridículos en la fábula é inacceptables en la historia.

Si los Estados Unidos no hubiesen existido ó que la guerra civil los hubiera hecho desaparecer sin dejar un vencedor, Napoleón III, sin vacilar hubiera emprendido la conquista de México y la habría logrado á gran costo, pues todos los mexicanos unidos para defender la independencia, no habríamos resistido al empuje de doscientos mil soldados franceses ó al de todos los que fueran necesarios. Francia en 1866 contaba con todos los elementos indispensables para conquistar á México, cualquiera que hubiera sido nuestra resistencia. La presencia de los Estados Unidos, reconstituídos en inmensa potencia militar, hizo imposible que

Napoleón III, pensara en conquistarnos. La conquista de México por Francia hubiera podido también tener lugar si los Estados Unidos hubieran otorgado á Napoleón III su consentimiento. Nuestro Ministro de Relaciones dijo una gran verdad en su *brindis*, que fué rudamente censurado. Sin los Estados Unidos la resistencia de los republicanos habría terminado, si no ante treinta mil franceses, sí ante sesenta, cien ó trescientos mil. La vanidad de nuestros militares y la nacional no puede sostener con éxito que una nación de quinto orden como México en 1867, y *sin orden* respecto á recursos financieros, hubiese podido resistir á la primera potencia militar y financiera del mundo. La historia tiene que aceptar el brindis del Señor Mariscal, si no como una pieza *acabada ó comenzada* diplomática, sí como una verdad de salud, de hombre honrado y sobre todo de ex-Secretario de la Legación de México en Washington, cuyo puesto se prestaba á la estimación correcta del problema mexicano durante la intervención.

Los Estados Unidos estaban obligados por su historia, por sus intereses, por su presente, por su porvenir, por su orgullo, por sus intereses materiales y políticos, por sus instituciones, por sus resentimientos, por todo lo que tienen de hombres, de ciudadanos, de ambiciosos, de arrogantes, de sensatos, y de justos para su propia causa, de

exigir á Napoleón la desocupación de México. Napoleón había ocupado á México con el objeto real, evidente de hostilizar á los Estados Unidos, hasta conseguir su completa ruina; era pues necesario al decoro y pacificación completa y definitiva de los Estados Unidos, la salida de México del ejército francés. Aun cuando Juárez hubiera reconocido al Imperio y hubiera pedido á Maximiliano ir á Washington como Ministro para suplicar á Mr. Seward que permitiera la permanencia de las tropas francesas en México, nada habría conseguido. La presión irresistible é insolente de Mr. Seward para hacer salir á los franceses de México no fué un servicio á los mexicanos, sino un acto urgente fisiológico del pueblo americano que completaba la reconstitución de su poder, de su prestigio, de su dignidad.

Conocida la fisiología del pueblo norteamericano, conocido como absolutamente necesario el acto vital reconstituyente de exigir la salida de los franceses de México ó la lucha, conocido que esto debía acontecer desde el momento en que los rebeldes sudistas hubieran sido vencidos y conocido por último que lo estaban ya desde que el General Sherman ocupó á Atlanta el 2 de Septiembre de 1864, para colocarse con su admirable ejército á espaldas del General Lee y aplastarlo contra el ejército del Potomac mandado por el General Grant; ya no era posible

temer por la *independencia de México* y por consiguiente era inútil defender lo que no podía pensar ya Napoleón III en destruir. El programa del gobierno francés tuvo que cambiar radicalmente con el triunfo del Norte en los Estados Unidos, el programa mexicano de defensa debió también cambiar radicalmente. Como lo he dicho, apruebo que los estadistas y caudillos mexicanos de 1864, dijese al vulgo que la independencia de la Patria estaba gravemente comprometida, pero no apruebo que se procediera políticamente bajo la dirección de una patraña.

Desde Septiembre de 1864, tres cosas había *escandalosamente imposibles*; el establecimiento definitivo del Imperio, la conquista de México por Francia y el desmembramiento del territorio, aunque se intentase éste en la cantidad de un milímetro cuadrado. Gastar sangre y sufrimientos para impedir lo *imposible* era una falta capital, si no un crimen en el Gobierno de Juárez. Los peligros horribles é inminentes para la República eran otros.

El más grave de todos ellos era la invasión á México por un ejército oficial ó filibustero, ó voluntario norteamericano, para proteger á los mexicanos contra los franceses. De este peligro que estuvo á punto de realizarse no nos salvó Juárez; por el contrario, hizo todo lo posible porque tuviera lugar y si no lo consiguió después de haber sido firmado en su

nombre el contrato con el General Schofield, fué por la resuelta oposición de Mr. Seward. En 1865, la única amenaza seria contra la independencia de México surgía del aturdimiento infantil de Juárez, no obstante su impasibilidad *basáltica*. Mr. Seward dominó como un gigante á los estadistas republicanos de 1865, cuando dijo á Don Matías Romero : « Un ejército francés tiene que salir de México, Uds. con constancia y valor podrían obligarlo á salir en más ó menos tiempo, pero el día que un ejército americano de cualquiera clase y con cualquier motivo pise el territorio mexicano, jamás lo evacuará ». No cabe duda que Juárez tenía gran empeño en defender la independencia nacional contra la agresión francesa, pero hizo todo lo que era de rigor para que la perdiésemos con los Estados Unidos. Yo no veo *gigantesco* á Juárez en este asunto, el coloso lo apercibo en Mr. Seward, y el día que el pueblo mexicano se ilustre, concederá, si no un altar, por lo menos un salmo al leal y honrado estadista norteamericano que supo reprimir los bien intencionados esfuerzos de Juárez para perder á su patria.

Conjurado el gran peligro exterior por Mr. Seward, el único verdadero para México, era que á la retirada de los franceses tuviese segunda representación el horrible drama anárquico que caracterizó la guerra de Reforma. Si el Imperio era imposible, lo mismo sucedía con la República conservadora ó li-

beral. Nuestra historia había probado que todo gobierno mexicano tenía que emanar de la revolución ó de la casualidad de una *vicepresidencia*; el voto público no había ofrecido un solo caso de ser el generador del gobierno. La dictadura conservadora había fracasado en 1858; el porvenir para la República era la anarquía habitual, degradada, desesperante ó una dictadura liberal, potente hasta destruir el caciquismo, el pretorianismo y el jacobinismo, las tres grandes fuerzas disolventes de todos los programas patrióticos de orden, leyes y gobierno.

Un dictador no se obtiene por nombramiento, como un archivero ó desinfectador del Consejo de Salubridad, el Dictador se forma á sí mismo y casi siempre comienza bajo la forma de héroe supremo en pavorosa guerra. Lo conveniente era pues, favorecer la formación de ese héroe supremo que mantuviese la paz necesaria á los incapacitados para gobernarse á sí mismos.

No pretendo que Juárez poseyera la cultura alcanzada por los mexicanos hasta 1904, ni que hubiera sometido su conducta á inspiraciones de otros tiempos futuros de aspecto ignorado para su época. En 1865, el partido conservador creía y en consecuencia luchaba por una república conservadora, religiosa, expresión formidable de la voluntad piadosa de un pueblo selecto impregnado de necesidades espirituales y de anhelos divinos. Entre los

liberales nadie dudaba de que la democracia era tan natural, tan adecuada, tan indispensable al pueblo mexicano, que bastaba para él ajusticiar á algunos *traidores*, para deslumbrar al mundo con su libertad, poderío y opulencia. Juárez, como lo probó con su *Convocatoria*, estaba convencido de que la Constitución era un desatino, mas su fé en la democracia era la misma que en 1852 en Oaxaca. El peligro ante el criterio de los liberales de la época debió ser el aniquilamiento de la democracia por los dictadores militares, estrechos, fanáticos, hebreos, inexorables y trazados por *Macabeos ó Josué* como Miramón.

Una democracia en guerra se defiende con soldados; la guerra engendra la heroicidad y el héroe supremo vencedor fascina aun á los pueblos verdaderamente aptos para la democracia á que entreguen sus libertades como homenaje de gratitud á sus libertadores. Pero en cambio la guerra no puede hacerse con éxito ante un enemigo capaz, sin *mando inteligente*. La *unidad de mando* es fundamental en la ciencia de la guerra, pero ella da lugar á la formación del héroe que intentará establecer y continuar en la sociedad la *unidad de mando*, la centralización de todas la fuerzas públicas y privadas en su persona.

Aun cuando Juárez hubiera visto con recelo y horror la formación de un *héroe supremo* en la

guerra, como funesto para la democracia en que él creía, no tenía derecho para impedir la formación de ese héroe, aun cuando la democracia mexicana se pusiera en peligro. Valía más sacrificar la democracia é ir á la dictadura liberal, antes que dar grandes probabilidades de triunfo al partido clerical para que estableciese la dictadura hebrea. Valía más marchar hacia adelante amarrado que volver al pasado sombrío y miserable, aplastados por todo el tradicionalismo secular.

Pero Juárez probó que su repugnancia á que el ejército liberal tuviese un *jefe único* para la dirección de la guerra, como lo prescribe con absolutismo la ciencia militar, no era por interés de la democracia, sino por vivo é indomable interés personal. Si Juárez se hubiera interesado realmente por la salud de la democracia, en que con tanta fé creía, no hubiera aceptado su candidatura para Presidente en 1867.

El principio fundamental de la democracia, es la renovación periódica á corto plazo del personal del poder Ejecutivo, con objeto de evitar la generación del gobierno personal, incompatible y por consiguiente destructor de la democracia. En 1867, Juárez cumplía ocho años en el poder, alcanzaba el límite experimental é infranqueable fijado por el pueblo norteamericano para no inmolarse sus instituciones. Al pasar Juárez sobre este lí-

mite, pregonaba su desinterés completo por la existencia de la democracia que tanto alardeaba defender. La *reelección* presidencial, puede ser útil, indispensable, gloriosa, salvadora; puede serlo todo, pero nunca será democrática. Juárez aceptando su candidatura en 1867, probó que su horror, su esmero y su inquebrantable firmeza para exponer la campaña á una derrota, antes que dar lugar á la formación de un héroe supremo en las páginas de la gloria militar, reconocía por causa el temor de que ante el prestigio de ese héroe, el suyo se opacara y le fuera imposible continuar en el alto cargo de Presidente. Juárez por defensa de posición había cooperado á la destrucción del ejército de Puebla en 1863; había determinado la degradación de la defensa militar en la campaña del interior y dió lugar en 1867 á Miramón y á Márquez, á que hiciesen pedazos á los ejércitos del Centro, Norte y Occidente. Y si esto no sucedió, fué porque frente á la ambición de Juárez se halló la de Miramón. Ninguno de los dos ejércitos tuvo verdadero jefe. La *casualidad* más que el General Escobedo, fué el vencedor de Querétaro. Lo que hizo Miramón el 27 de Abril de 1867 con dos mil quinientos hombres, que fué derrotar con una violencia de catástrofe á los ejércitos liberales del Centro y Occidente, en la línea del Cimatario; pudo hacerlo más fácilmente el 1° de Marzo en Celaya al frente de nueve

mil hombres contra Corona, y una vez reforzado con la mayor parte del personal del ejército vencido, Escobedo no hubiera podido resistirlo. En esa operación contra toda estrategia, que dió lugar á la *feliz casualidad* de que se reunieran los Generales Corona y Escobedo *sin novedad* al frente de Querétaro, se siente la falta de la *unidad de mando* anterior á la reunión de ambos generales. Juárez puso en peligro á los ejércitos del Norte, Centro y Occidente, con tal de no exponer su presidencia. La *casualidad* fué galante, correspondió á la confianza de Juárez, lo sirvió como á su soberano y dejó complacido al partido liberal. La *casualidad* merece también su *Centenario*.

*
* *

La personificación de toda gran lucha en la humanidad, corresponde en primer lugar á los caudillos de ideas, y á falta de éstos á los caudillos de espada. Lutero y Calvino no mandaron ejércitos, ni lucharon como soldados en el gran número de guerras sangrientas á que dió lugar la revolución religiosa del siglo XVI y sin embargo personificaron la lucha, al grado de haber dado su nombre á la victoria, denominada triunfo del *luteranismo* y del *calvinismo*. A Juan Jacobo Rousseau se le reconoce como el caudillo del jacobinismo aunque la secta no

lleva su nombre. Mahoma fué un caudillo de ideas y de espada, pero Jesucristo sólo fué de ideas. San Pablo fué otro gran caudillo de ideas y distinguidos críticos reclaman para el cristianismo el nombre de *paulismo*.

Para ser caudillo de ideas es indispensable que éstas sean propias del caudillo ó ser el primero que las sostenga en su país, en el terreno del debate y de la ejecución pacífica ó revolucionaria. A nadie se le ha ocurrido llamar á Comonfort el caudillo de ideas de la democracia por haber enarbolado esa bandera, y si se le reconoce como el caudillo de espada de la democracia porque militarmente fué el jefe vencedor de Santa Anna. El caudillo de la idea de la independencia fué el ilustre cura Don José María Morelos; el caudillo de ideas y espada de la república federal fué el General Santa Anna; el caudillo de ideas de la Reforma, aparece desde 1833, con Don Valentín Gómez Farías y el caudillo de espada de esa misma Reforma lo fué Don Santos Degollado. Juárez no fué un caudillo de ideas, porque en 1863, no eran nuevas para los mexicanos las ideas de independencia, de federación, de libertad, de Reforma, y bien sabido es que nunca tomó una espada, ni asistió como Jefe del Estado á una batalla. Si Juárez no fué caudillo de ideas ni de espada no puede corresponderle la *personificación* de la lucha contra la intervención y el Imperio, que

sólo puede tener caudillo de espada, por ser imposible que lo tuviese de ideas.



La política tenaz, firme, resuelta, descarada de Juárez para impedir que se formase un *héroe supremo* en 1867, es decir, para que la guerra contra la intervención y el Imperio no tuviese un caudillo único de espada que hiciera imposible por el ejercicio de la fascinación heroica en la nación, la presidencia de Juárez después del completo triunfo; tuvo un éxito completo, aunque bien triste, bien mezquino, bien calamitoso para el país; éxito lacerante para los humanitarios ideales del partido liberal; éxito de pompa fúnebre para la paz y el progreso mexicano; pues Juárez ya había acreditado su completa incapacidad dictatorial y su primera cualidad en la paz y en la guerra; en la felicidad y en el infortunio : fué *la inacción*! Ante el Imperio había sido un gran obstáculo, no el del hombre que obra como el rayo, como la luz, como la peste ó como la muerte; sino como el hombre que estorba; Juárez había sostenido la bandera de la República más bien como edificio ambulante que como luchador audaz, destructor y eminentemente peligroso. La inacción en el peligro ó en la ebullición de una tormenta cálida es sin duda una forma de heroísmo; la inacción eu

el gobierno, es el cadaverismo del Estado engendrando la putrefacción social. La fórmula gubernamental de Juárez como Poder Ejecutivo había sido, soportarle todo á una Cámara insoportable por su violento jacobinismo, excepto la deposición de la Presidencia.

*
* *

No obstante el triunfo de la política juarista para hacer imposible la formación de un *héroe supremo* en la guerra; la opinión y el ejército distinguieron marcadamente al Jefe del ejército de Oriente, prestigiado por su campaña violenta, precisa, atrevida, inflexiblemente ofensiva, sólida en su concepción é irresistible en su desenvolvimiento. El célebre asalto de la plaza de Puebla, la mejor operación militar de nuestra historia y que merecía un gran homenaje del gobierno republicano como representante de la causa liberal, recibió de Juárez silencio, desdén, resentimiento. Era una obligación del Jefe de la República felicitar á los que habían decidido su triunfo, á los que habían hecho imposible que el ejército imperialista de Querétaro recibiera auxilios poderosos; á los que habían eliminado á la *casualidad* de la dirección militar de la campaña; á los que daban el golpe sin *revancha* al ejército imperialista, sin haber recibido

de él una sola derrota, un descalabro, sin haber interrumpido sus victorias. Pero Juárez no fué impasible para disimular los estremecimientos febricitantes de su ambición y negó al ejército hasta la cortesía que se concede á un jefe de patrulla cuando impone el orden en una taberna en desorden. La historia de México no conoce la disposición de Juárez, decretando honor, recompensas, consideraciones al ejército de Oriente y á su brillante jefe.

El Señor Licenciado Justo Sierra, señala bien la actitud impolítica del gobierno de Juárez respecto del ejército de Oriente, en la siguiente forma : « El jefe más conspicuo del ejército, el que gozaba lo mismo entre las legiones del Norte, que del Occidente ó del Centro de gran simpatía é incontestable ascendiente en el antiguo ejército de Oriente, que se mantenía á sus órdenes personalmente adicto, y huraño, casi hostil al Gobierno, *que desconocía sus méritos y despreciaba sus servicios*, — hemos nombrado al General Porfirio Díaz — era el peligro, la preocupación y el obstáculo (1) »...

Don Ignacio Manuel Altamirano, escribiendo, no en momentos de lucha, sino en 1885, trece años después de la muerte de Juárez, dice : « En cambio (Juárez) más implacable en sus rencores personales que en sus odios políticos, desplegó una

(1) *México, su evolución social*, tomo II, pág. 417.

hostilidad manifiesta contra los liberales que habían apoyado la candidatura del General Díaz ó se habían presentado como opositores á su administración. En suma á los pocos días de haber entrado á funcionar como Presidente ya había producido numerosos descontentos en el seno mismo del partido republicano y aun entre *los pocos patriotas* que habían sido fieles á la causa de la independencia. La prensa ministerial deprimió constantemente á estos proscritos de la gracia presidencial, *empeñándose en atribuir toda la gloria de la defensa republicana al Presidente, con mengua de los méritos de los demás* (1) ».

*
**

Juárez hábilmente aconsejado por los hombres eminentes que componían su gabinete, consiguió destruir toda personificación militar, única que podía ser legítima en una lucha que no pudo tener más que caudillos de espada. Juárez y su partido, consistente casi todo en la burocracia, intentó más, y fué absorber en su persona, la personificación que debió tener la lucha. Este fraude á la justicia y á la historia era fácil en un país latino donde re-

(1) *Almanaque Histórico, Artístico de Manuel Caballero para 1884 y 1885*, pág. 54.

posaba perezoso e indigente un pueblo con muy poca cultura.

(Juárez es ciertamente un ídolo de la veneración liberal, pero ídolo subjetivo, formado pieza por pieza con subterfugios políticos y material legendario extraído de los volcanes de nuestras ilusiones siempre encendidas, nunca para iluminarnos sino para calcinar nuestro espíritu.) El molde en que hemos fundido la figura de Juárez es el inmenso vacío de nuestras ignorancias y en consecuencia la escultura ha resultado colosal. Juárez está en camino de ser un Boudha zapoteca y laico, imponente y maravilloso, emanado del caos intelectual, siempre tenebroso por la ausencia de criterio en nuestras clases ilustradas, por la exuberancia de vanidad de nuestras masas, por la necesidad de catolicismo residual, que busca siempre una imagen, un culto, una piedad para la emoción social desprendida del sentimiento religioso, como la última nube que lanza un mar de ideales que se petrifica rápidamente en el escepticismo idiota, como toda incredulidad exenta de filosofía.

Otra causa que explica la celebridad de Juárez, es su papel en el desenlace solemnemente helénico de la aventura intervencionista é imperial. No había más que un modo de probar que la Nación estaba resuelta á ser independiente; ejecutar á Maximiliano, como contestación á la petición im-

pertinente de los Estados Unidos, formulada por Mr. Seward como una orden en sumo grado imperativa. Indultar á Maximiliano, equivalía en el terreno político á volver á reconocer el cetro de la diplomacia europea, el cadalso de las « Campanas » debía probar la emancipación efectiva de los viejos yugos que nos humillaban. En sí misma la ejecución del Archiduque, era un acto de gran justicia, pesaban sobre él responsabilidades demasiado sangrientas veladas por la hipocresía. Las cortes marciales francesas habían sido para Maximiliano el medio más adecuado para afirmar su trono. Juárez y sus Ministros fueron irreprochables en su actitud inflexible para negarse á toda clemencia.

Ante la observación de la intelectualidad extranjera, lo que sobresale y domina completamente en nuestra guerra de intervención, es el cadalso de Maximiliano; por consiguiente la figura de Juárez, su principal autor, personifica en el exterior la venganza republicana para unos, la justicia para otros, la necesidad para muchos. En la ejecución de Maximiliano hay la satisfacción á un acto de patriotismo, castigar á un príncipe extranjero que decae en el filibusterismo; hay un acto de justicia severo; castigar al fundador de cien cortes marciales horriblemente activas en su obra de sangre; hay un acto político; acabar con el partido conservador en la forma ruda y siniestra que el viejo

conservador Lares había expresado en su carta dirigida á Maximiliano el 9 de Febrero de 1867. « *La situación no tiene más remedio que el exterminio de un partido por el otro* ». En el último acto de la tragedia del Imperio, Juárez es verdaderamente grande, en su actitud de magistrado inexorable lo ha contemplado la humanidad culta; las escenas anteriores se olvidaban ó se borraban por el estremecimiento de la sorpresa que sobrecogió á Europa al saber la ejecución del Archiduque.



Hay que elogiar la inquebrantable firmeza de Juárez porque no se dejó intimidar, ni corromper, ni desalentar; con lo cual probó gran superioridad moral y ser digno del puesto que ocupaba; mas en cuanto á admirar la inquebrantable firmeza de Juárez por sus sacrificios durante la pretendida *célebre peregrinación*, es casi como si se admira la inquebrantable firmeza de la reina Victoria de Inglaterra por haber permanecido en el trono más de sesenta años. La inquebrantable firmeza en el deber cuando es intensamente amargo, abrumador, mortal, debe admirarse, como ya lo he dicho, sólo en los combatientes, que no dejaron un solo día de presentar sus pechos á las

balas del combate ó de las cortes marciales. Ratifico ; no creo que el papel de Juárez durante la Intervención fué inútil ó pequeño, pero niego que le corresponda el primer lugar y censura que en él se le coloque, en detrimento de los verdaderos héroes que murieron peleando, ó que llegaron á vencer por sus inauditos esfuerzos de energía, valor y sacrificios. Juárez empuñaba con dignidad la bandera nacional en una oficina ; pero estaba mejor empuñada por los que la sostenían en los campos de batalla y en los campamentos donde todo era miserable, excepto la gran alma de los indomables guerreros.

*
* *

El mejor retrato de Juárez debido á la pluma de uno de sus ministros y de sus más leales amigos, está desfigurado por una grave incorrección. En efecto, el Licenciado Don José María Iglesias hace la siguiente pintura de Juárez : « Aunque Don Benito Juárez tenía notoria capacidad y no carecía de instrucción, *ni su erudición, ni su inteligencia eran de primer orden*. Su gran mérito, mérito verdaderamente excepcional, estribaba en las excelsas prendas de su carácter. La firmeza de sus principios era inquebrantable, por sostenerlos estaba siempre dispuesto á todo linaje de esfuerzos

y sacrificios. La adversidad era impotente para dominarle, la próspera fortuna no le hacía nunca olvidar sus propósitos. Tan extraordinario era su valor pasivo que para los observadores superficiales se confundía con la impasibilidad. Honrado á carta cabal, despreció cuantas ocasiones se le presentaron de enriquecerse en su larga dominación. *Si mostró demasiado apego á su permanencia en el poder, obró constantemente á impulso de motivos patrióticos. »*

La gran incorrección de este retrato se encuentra en las dos últimas líneas, porque eran Juárez ó sus partidarios personalistas los que calificaban los motivos patrióticos para perpetuarse en el poder.

En 1867, Juárez expidió su notable Convocatoria para introducir radicales reformas en la Constitución, que eliminando de ella al jacobinismo, la convirtiesen en pieza legislativa de gobierno. Las reformas eran incompletas, pero eran trascendentes y enseñaban que Juárez, Lerdo é Iglesias tenían la convicción de Don Ignacio Comonfort, Gutiérrez Zamora, Juan José, Baz, Don Santos Degollado y León Guzmán, convicción que manifestó Zarco cuando de diputado pasó á ministro; y era que con la Constitución de 57 todo gobierno era imposible. No hay obra más perfecta para plantear la anarquía legal que nuestra Constitución de 57. Condenada la Convocatoria de Juárez por una estridente

é insoportable vociferación jacobina, y condenadas también las reformas que proponía cuando fueron presentadas á la tramitación constitucional, no quedaba á Juárez más que tres caminos que seguir : retirarse á la vida privada; intentar la dictadura ó repetir el ridículo papel que le impuso el jacobinismo desde Mayo de 1861 hasta Mayo de 1863.

Juárez no servía para la dictadura, porque era el modelo correcto de la inacción. Sus mejores amigos como Don Manuel Ruiz, en 1861 reconocían que Juárez carecía de iniciativa; que era más bien un obelisco que un gobernante; Juárez es el foco de las grandes cualidades pasivas y la nulidad irrevocable de las cualidades activas. La probidad, la constancia en la impasibilidad, y el valor pasivo de que nos habla Iglesias, cualidades tan justamente notables en Juárez, son todas ellas cualidades perfectamente pasivas y un dictador no puede existir sin cualidades eminentemente activas. La dictadura es incompatible con la falta de iniciativa, porque no es más que una iniciativa exagerada, absorbente, intransigente, ilimitada, absoluta.

Juárez fué dictador después del triunfo de la Reforma desde Enero hasta Mayo de 1861. Y en ese período demostró, como lo prueba la prensa libre y sensata de la época, su radical incompetencia para un papel que sólo se puede llenar bien con gran carácter, con gran inteligencia y con gran

actividad. La victoria del partido liberal en 1860, obtenida como solución costosa de una guerra de tres años, estuvo á punto de convertirse en derrota, debido á la rara incapacidad del gabinete Zarco, que probaba la incapacidad dictatorial del Presidente Juárez.



Juárez no podía ser dictador; tampoco podía ser presidente parlamentario, porque estos seres son desconocidos en los gobiernos estables; tampoco podía ser ya lo que había sido en 1861, el juguete del jacobinismo.

« Dos escritores contribuyeron á formar el espíritu de Juárez : Benjamín Constant y S. C. Roscio (1) ».

Roscio fué un venezolano discípulo de Constant, identificado con las convicciones políticas del gran publicista liberal francés y original en su obra en lo tocante á la cuestión religiosa en sus relaciones con la democracia. Una vez conocido que Juárez se educó como liberal en la escuela brillante de Benjamín Constant, hay que resolver inmediatamente ¿Fué Benjamín Constant jacobino?

E. Laboulaye en su *Introducción á la Poli-*

(1) Juárez, *Exposiciones*, pág. 26. A. Pola.

tique Constitutionnelle de Benjamín Constant, edición de 1872, dice : « Constant vivió durante la Revolución, no amaba ni á la *Convención* ni al Directorio y le causaban horror los jacobinos. »

Nadie ha combatido la omnipotencia de las asambleas legislativas, ideal de los jacobinos y causa de sus fracasos, con más fuerza y lucidez que Benjamín Constant. Las páginas relativas son notables por las novedades que enseñan y sobre todo por el admirable estilo que contribuye á hacerlas memorables.

Juárez debe haberse impresionado para toda su vida con lo siguiente :

Benjamín Constant escribía el año de 1815 :

« El *veto* es un buen medio directo de reprimir la actividad indiscreta de las asambleas representativas, pero empleado á menudo las irrita sin desarmarlas; su disolución es el único remedio cuya eficacia es segura. »

« Cuando no se pone límites á la autoridad representativa, los representantes del pueblo no son los defensores de la libertad, sino los candidatos de la tiranía, y cuando la tiranía parlamentaria se constituye, es más espantosa mientras los tiranos son más numerosos. Bajo una constitución que contiene una representación nacional, la nación no es libre, mientras sus diputados no tengan un freno. »

« Una asamblea que no puede ser reprimida ni contenida es, de todos los poderes, el más ciego en sus movimientos, el más incalculable en sus resultados, aun para los mismos que la componen. Una asamblea sin freno se precipita en excesos que á primera vista parecen excluirse. Una actividad indiscreta sobre todas las cuestiones. Una multiplicidad de leyes sin límite, el deseo de agradar á la fracción apasionada del pueblo, abandonándose á su impulso y aun sobrepasándolo; el despecho que inspira la resistencia que encuentra ó la censura que sospecha; la oposición contra la aspiración nacional y la obstinación en el error; el espíritu de partido que no permite elegir más que entre los extremos; el espíritu de cuerpo que no da fuerzas más que para usurpar; alternatively la tenacidad y la indecisión, la violencia ó la fatiga; la complacencia por alguno ó la desconfianza contra todos; la fascinación por sensaciones puramente físicas, como el entusiasmo ó el terror; la ausencia de toda responsabilidad moral; la certidumbre de escapar por el número á la vergüenza de la cobardía, ó al peligro de la audacia; tales son los vicios de las asambleas cuando ellas no están dentro de límites que les sea imposible franquear. »

« La Asamblea Constituyente estaba compuesta de los hombres más estimados, de los más ilustrados de Francia, y no obstante, cuántas veces de-

cretó leyes que su propia razón reprobaba. En la Asamblea Legislativa no había cien hombres que quisiesen echar abajo el trono. En toda su carrera, fué, sin embargo, constantemente arrastrada en dirección contraria á sus deseos. Los tres cuartos de los miembros de la Convención tenían pesar por los crímenes que habían manchado los primeros días de la República y los autores de estos crímenes aunque en pequeño número, no tardaron en subyugarla.....

« Es pues necesario que las asambleas representativas existan libres, imponentes, animadas; pero es necesario también que sus abusos puedan ser reprimidos. La fuerza represiva debe ser exterior. Las reglas que una asamblea se impone á sí misma para reprimirse son ilusorias é impotentes. La misma mayoría que consiente á encadenarse por la forma, la despedaza á su antojo y recupera el poder que había abdicado (1). » Estas ideas son las expuestas en la Convocatoria de Juárez de 1867.

Evidentemente que Juárez no pudo ser jacobino, debiendo sus ideas liberales á un enemigo del jacobinismo, partidario acérrimo del parlamentarismo británico, que hace funcionar al liberalismo en Inglaterra como en ninguna parte, con excepción de Suiza. Juárez indudablemente tiene el

(1) Benjamín Constant, *Politique constitutionnelle*, tomo I, págs. 31, 32 y 34.

mérito de ser el primer liberal en el poder que ha tratado de purgar á la Constitución de 1857 de los vicios que la hacen impracticable, no solamente para el pueblo mexicano sino para cualquier pueblo del mundo.

Juárez enemigo del jacobinismo cometió el error de creer posible el parlamentarismo en una República, siendo así que tal sistema de gobierno no es más que una transacción entre la monarquía absoluta y el sistema moderno representativo popular.

*
* *

No teniendo Juárez elementos nacionales ni personales para realizar una dictadura y creyendo que con la Constitución era imposible gobernar, como ampliamente lo prueba su Convocatoria; no siendo posible tampoco el parlamentarismo en una República y mucho menos en una nación sin pueblo político como México; no reconociendo ya Juárez al pueblo mexicano aptitudes democráticas, como lo prueban las observaciones que hizo al proyecto de ley electoral de 1871; no le quedaba más que un recurso para mantener su prestigio y su popularidad : retirarse á la vida privada en 1867 y dedicarse á ejercer su profesión. Desgraciada-

mente Juárez, calcinado por ardiente ambición personal, quiso ir á la dictadura imposible, descarnada, lúgubre, famélica. La Federación quedó dividida en Estados amigos, donde florecía el régimen de gobierno africano ó demagógico, y en Estados enemigos que debían soportar el peso de los privilegios concedidos á los Estados amigos. Se exoneraba de todas sus obligaciones constitucionales, sociales y humanitarias á los Estados reeleccionistas; se conspiraba con elementos federales contra los Estados antireeleccionistas. Los movimientos revolucionarios en todo el país tenían que corresponder á una marcha de gobierno revolucionario.

Juárez debía, pues, haberse retirado á la vida privada. Su nombre era ya histórico por su notable comportamiento como Gobernador de Oaxaca; por su liberalismo frente al moderantismo de los revolucionarios de Ayutla; por su puesto prominente en la guerra de Reforma, inferior sin duda al de Don Santos Degollado, pero siempre de primer orden. Pero no es cierto lo que nos dice Don José María Iglesias, que Juárez fué inquebrantable en sus principios. Si era demócrata, no debió nunca hacer elecciones oficiales para reemplazar la voluntad de un pueblo que lo rechazaba ó que le era indiferente. El verdadero inquebrantable en materia de principios fué Ocampo, muerto con la

túnica blanca del apóstol, sin la más ligera mancha que empañara su pureza.

*
* *

El temperamento de Juárez fué el propio del indio, caracterizado por su calma de obelisco, por esa reserva que la esclavitud fomenta hasta el estado comatoso en las razas fríamente resignadas, por ese silencio secular del vencido que sabe que toda palabra que no sea el miasma de una bajeza se castiga, por esa indiferencia aparente que no seduce, sino que desespera. Ocampo tenía más inteligencia, más ilustración que Juárez y sobre todo, lo que lo eleva á la altura de un astro, es su decisión para probar siempre que lo último que había para él en el mundo era su persona. Su inmensa popularidad no entraba en su ambición. Pero Juárez tenía sobre Ocampo la suprema cualidad de los ambiciosos, saber esperar; la impaciencia le era desconocida; le faltaban nervios, como á las piedras, y sin embargo, le sobraba voluntad, como á las tempestades. El interior de Juárez no se puede contemplar como el de Ocampo, abierto al público, á todas las generaciones, á la historia, siempre iluminado por imágenes incandescentes é ideas brillantes. Juárez no hacía discursos, ni libros, ni ocupaba la prensa, ni escribía epístolas, ni con-

versaba en la intimidad, ni tenía *esprit*, lo que hace al pensamiento penetrante como un perfume, ni era insinuante, ni expresivo por sus gestos, por su movimiento, por sus miradas; su único lenguaje era el oficial, severo, sobrio, irreprochable, fastidioso, inaguantable; su única actitud la del magistrado escuchando un alegato; su única expresión la ausencia de todas. El aspecto físico y moral de Juárez no era el de apóstol, ni el de mártir, ni el de hombre de estado, sino el de una divinidad de *teocali*, impasible sobre la húmeda y rojiza piedra de los sacrificios.



En el Ministerio del Presidente de la República Don Juan Álvarez, Juárez y Ocampo tuvieron la representación del porvenir, expresaban la fórmula revolucionaria, sombría, pero necesaria y salvadora. Ambos aspiraban á la Reforma por medios enérgicos, contundentes, categóricos, y sin embargo eran dos hombres muy diferentes, teniendo de común un carácter firme, como una ley matemática, una precisión de ideas constitutiva de un programa rígido, un patriotismo limpio, una fe dogmática. Ocampo, discípulo de Quinet, tenía su temperamento : impacencias de huracán, cóleras de Océano, imágenes de tumulto, ideas

atrevidas é incendiarias, frases de apóstol, esperanzas de conspirador. Como Quinet, vibra de indignación al ver á las masas indiferentes bajo el aplastamiento de los despotismos, y como Quinet, casi llora al experimentar el suplicio de « demostrarles la evidencia por la centésima vez ».

Como Quinet, Ocampo no comprende que existan hombres que sonrían en la esclavitud; « *tanta ignominia le sobrepasa* ». Tiene impregnada el alma con la centellante frase de su maestro : « *Dios habla á los pueblos por la boca de las revoluciones* ».

Desconfía á veces de su fuerza, de su aliento, de la potencia de su espíritu, de la infalibilidad del progreso y le dan ganas de arrojar el fardo de su misión y decir á sus compatriotas : « Nada valemos; salvaos sin nosotros; pero salvaos pronto y á todo trance ». Sólo dura quince días de ministro al triunfar la revolución de Ayutla y pone su renuncia sin cortesía, brutal como un choque, disgustado como un soñador, diciendo : « He sabido entre otras cosas que la presente revolución sigue el camino de las transacciones (1). »

Ocampo es más político que Juárez, no es un político de facción ni de camarilla, sino un político de la humanidad; conoce que cada reforma contra

(1) Melchor Ocampo, *Escritos políticos*. — Edición Pola.

el clero y el ejército tiene que ocasionar una revolución, y su programa es ir de una vez á un gran incendio.

En el gobierno de Oaxaca, Juárez fué un patriarca inimitable, un verdadero pastor apostólico de ovejas amadas y tiernas. En el Ministerio de Don Juan Álvarez, Juárez fué un liberal firme, valiente, reformista, casi audaz si hubiera tenido nervios. En Veracruz durante la guerra de Reforma, Juárez fué un revolucionario imponente por su impasibilidad, por su resolución, por lo gigantesco de las leyes que amparaba con su fe, con su autoridad, con su honradez, con sus principios entonces inquebrantables. Durante la guerra de Intervención, Juárez fué una figura sostenida por el heroísmo de los combatientes; siempre sereno, augusto como la virtud, intransigente como la verdad, inmutable como candidato á mártir. Después de 1867 hasta su muerte, Juárez se precipitó con una violencia salvaje en el plano inclinado de una triste decadencia. Juárez no supo llegar á la muerte como había sabido llegar á la vejez, sin miedo, sin reproche y sin mancha, como el Bayardo americano de las revoluciones sociales. No pretendo llevar la voz de la historia; pero ésta tiene que ser muy severa para el período gubernamental de Juárez de 1867. Al llegar á ese período histórico, las figuras de Ocampo y de Juárez se separan para

siempre. El primero ha ido al martirio, el segundo va á la tiranía; el primero se hunde en el caos de la revolución como un sol en un horizonte de tormenta, el segundo recoge el féretro de Maximiliano la ley de 3 de Octubre de 1865, y dice : ésta será mi arma contra los enemigos de mi ambición personal !



Un pueblo incapacitado para la democracia no puede tener más que amos expresados por déspotas, anarquías ú oligarquías. En México no había materia prima para la oligarquía en 1867; el destino nacional era la oscilación entre la anarquía y el despotismo. El origen del gobierno no podía ser más que el cuartel, podrido por la fermentación de las ambiciones, la revolución, representante más ó menos viciosa de intereses sociales, ó el *saltimbanquismo* electoral ejecutado por el poder ó la demagogia.

Es una necesidad para el poder forjar la voluntad popular cuando la ley la exige como origen de gobierno y los hechos la niegan rotundamente. La sociedad se congratula de que el gobierno le evite una guerra civil ó el saqueo de todo por la crápula demagógica. Juárez tenía, pues, el derecho de funcionar como pitonisa del pueblo para absorber los

vapores de su voluntad y formular los deseos del sufragio universal. Pero este derecho en el sentido moral é histórico existe mientras tiene por saludable efecto, evitar el desbordamiento de la rapiña é iniquidad de la demagogia hambrienta, injuriosa, insaciable, ciega, demente, sin límite en su desorden, sin miedo en su tiranía, sin frescura en parte alguna de sus pasiones. Se puede admitir el fraude electoral cuando la nación lo acepta con indiferencia, con escepticismo, con resignación ó con entusiasmo.

Mas éste no era el caso de Juárez; cada una de sus reelecciones costaba al país una guerra civil, un sacudimiento doloroso, un huracán lúgubre que levantaba la costra de todas las úlceras y rasgaba todas las cicatrices. Cada reelección de Juárez era para su patria una tragedia, entre soldados, mendigos, patriotas sinceros y ambiciosos sanos ó fértidos. Cada reelección significaba el espectáculo de hecatombes terribles, la revelación salvaje de los más soeces furores de la tiranía; el trote bestial de iniquidades enormes, sobre las esperanzas del pueblo, sobre los fragmentos de sus ilusiones, sobre las dificultades agotantes de su existencia. Juárez era valiente é implacable para luchar, no comprendía la transacción, no buscaba soluciones pacíficas, no admitía concesiones que disminuyesen siquiera un latido de la revolución ó que ahorrasen una estrofa á la plegaria indefinida del abatimiento público;

luchaba sin tregua, sin calor, sin piedad, sin temores, sin justicia, sin emoción, sin saber que se puede retroceder, transigir, conciliar, pedir ó aceptar armisticios. Una vez que la revolución lanzaba el reto á Juárez, éste ponía su cabeza en el centro de su carta favorita, *la legalidad*, contra la vida de todos sus enemigos y *¡Guay de los vencidos!* La victoria tenía horror al perdón; la clemencia se consideraba como una trácala indigna del siniestro juego de pura sangre humana; la conciliación pesaba como apostasía sobre el dogma de la legalidad. Vencer sin vengarse no era triunfar, no le bastaba á Juárez obtener los laureles de vencedor; sentía la necesidad de castigar; no comprendía al héroe que acaricia con el perdón á sus vencidos; su ira sorda y volcánica le producía la ambición de ser el juez siempre inexorable que no tenía más que una pena en su código contra los que violaban el tabernáculo de su legalidad.

*
* *

Los juaristas han defendido á Juárez diciendo que fué un excelente gobernante, á quien no dejaron gobernar los revolucionarios de oficio, y que, por consiguiente, su administración sólo presenta esterilidad. A esto debe contestarse : todo hombre libre tiene que ser un revolucionario de oficio, siempre

que el oficio del gobierno sea violar la voluntad de los hombres libres ó demócratas. ¿Violaba Juárez las leyes para reelegirse? ¿Apelaba á medios ilícitos? ¿Se valía de procedimientos de violencia? Sí, indudablemente. De ahí entonces la existencia de los revolucionarios de oficio.

Hay que entenderlo bien, la ley positiva no puede reconocer el derecho de insurrección; esto sería antisocial y más que eso absurdo; por consiguiente, el gobernante no tiene el deber de someterse al juicio, fallo y procedimientos del insurrecto. El derecho del gobernante es castigar, suprimir, aniquilar al insurrecto. Por otra parte, el derecho de insurrección lo reconocen la moral, la justicia, la civilización y la historia, no solamente en la sociedad sino en un simple individuo. Entre el conflicto de la autoridad y el rebelde ajustándose ambos á su derecho, sólo las armas pueden decidir. Cuando un pueblo no apela á la insurrección y sin embargo se le ha privado de autoridad, es porque considera un beneficio para él la usurpación de su voluntad, ó porque está colocado en la impotencia para insurreccionarse. En el primer caso, la sanción extralegal de la usurpación, causa cierta clase de legitimidad; en el segundo, la impotencia para insurreccionarse significa una sociedad en período orgánico de abyección, temporal ó irremediable; pero en tiempo de Juárez, el solo hecho de la guerra civil

como consecuencia de violaciones de Juárez á la ley, prueba que alguien ó muchos ejercían el derecho incuestionable de insurrección y Juárez debió haber considerado que su *falsa legalidad* era motivo suficiente para justificar una revolución, si el país ó la clase que podía sacudirlo no consentía en legitimar los atentados de Juárez para conservar indefinidamente el poder.

*
* *

Como gran patriota, Juárez tiene aún una grave responsabilidad. Lo primero que hizo al entrar á la capital fue hacerse pagar íntegros sus alcances por sueldos y las leguas que había caminado cómodamente en carruaje; el mismo privilegio obtuvieron sus ministros y uno que otro favorito. A los combatientes que habían hecho la campaña con abnegación de mártires y firmeza de héroes, desde el primer día de la invasión hasta el día del triunfo, á las familias de los muertos en campaña y fusilados por las cortes marciales, se les hizo sentir la pobreza del erario. Los primeros obtuvieron desde media paga hasta dos pagas de sus sueldos mensuales, según el grado de favor que gozaban; los segundos en materia de alcances nada obtuvieron en su mayoría y por excepción recibieron algunas limosnas. Sólo la liquidación de Juárez, que

le fué pagada en efectivo, importó una fortuna.

Los combatientes más heroicos que no quedaron en el ejército, fueron despedidos del presupuesto para que luchasen con la miseria, á reserva de fusilarlos sin piedad, cuando el hambre exigente los lanzaba á la revolución. Evidentemente que Juárez no podía pagar los alcances de los grandes y ameritadísimos servidores de la República, pero si no había dinero para todos los que merecían y necesitaban que sus créditos fueran pagados, Juárez no debió privilegiarse en ningún caso haciéndose pagar íntegros sus créditos y mucho menos si atendía á que los que debían ser tratados con preferencia eran los combatientes, condenados á perecer de miseria ó en los patíbulos levantados por el *inmortal peregrino* que cobraba á su patria cada uno de sus pasos verificados sin sufrimiento, y sin heroicidad, huyendo del enemigo; cuando no se pagaban los pasos de aquellos que habían marchado de frente hacia la muerte buscando al enemigo extranjero. Juárez debió sujetarse á la miseria del erario, siquiera por haber escapado á las miserias de la guerra, y por hallarse en situación de esperar, desde el momento en que su posición, en vez de escasez lo llenaba de comodidades.



Fueron enemigos de Juárez : Generales Jesús González Ortega, Porfirio Díaz, Mariano Escobedo, Florencio Villarreal, Santos Degollado, Pedro Oga-zón, Leandro Valle, Ramón Iglesias, Felipe Berrio-zábal, Epitacio Huerta, Nicolás Régules, Vicente Riva Palacio, Manuel Márquez de León, Donato Guerra, Patoni, Gerónimo Treviño, Francisco Naranjo y otros muchos que no menciono, pues mi argumento sólo necesita de los jefes más renombrados del partido liberal, cuyos nombres acabo de dar.

En la esfera civil, Juárez tuvo como enemigos políticos á los señores Manuel Doblado, Manuel María de Zamacona, Miguel Lerdo de Tejada, Sebastián Lerdo de Tejada, Manuel Romero Rubio, Justino Fernández, Antonino Tagle, Proasio P. Tagle, Justo Benítez, Ignacio Ramírez, Ignacio Manuel Altamirano, Joaquín Cardoso, Manuel Ruiz, Guillermo Prieto, Emilio Velasco, Eleuterio Ávila, Joaquín Alcalde, Trinidad García, José Eligio Muñoz, Ezequiel Montes, León Guzmán, Ramón Guzmán, Ignacio L. Valorta.

Es forzoso admitir que el partido liberal era una masa de canallas con solo un hombre virtuoso, Juárez, víctima de la profunda maldad de las más brillantes eminencias liberales, ó que Juárez in-

currió en responsabilidades muy graves ante el partido que lo había elevado, pues la mayoría nacional formada de católicos inertes los más, siempre detestaron á Juárez y jamás han creído en su grandeza moral y política como gobernante.

La responsabilidad de Juárez ante su partido, fué decidirse á oprimirlo, diezmarlo por hecatombes, degradarlo por corrupción, y emprender su exterminio cuando este partido creyente sincero en las instituciones democráticas resistía á las *reelecciones* de Juárez, que sólo justificaba una desenfundada ambición personal. Juárez no se preocupó de convencer á su partido de que la democracia era imposible, de que sólo una dictadura enérgica, honrada, inteligente y temporal podría salvar á la nación; dictadura basada en elementos económicos capaces de engendrar un gobiernoinstitucional en el porvenir. Juárez ni siquiera se preocupó de colocar al pueblo en buenas condiciones de abyección para sujetarlo sin desangrarlo, sin elevar la crueldad al rango de ley y la destrucción de los liberales indomables al rango de necesidad ineludible para la conservación del orden. Juárez se conformó con obsequiar cada cuatro años á su patria con una tremenda guerra civil, sobre el tablado de un inmenso patíbulo y sin más objeto que colocar su impasible personalidad en la fosa de las libertades públicas y de los ideales democráticos. Después de 1867, la nación sólo

debe á Juárez miseria en todas partes, anarquía en el gobierno, debilidad tuberculosa en la política, corrupción como procedimiento de adhesiones, ideales de opresión; un sonido continuo de borrasca, una vibración permanente de apostasía, una atmósfera pesada de favoritismo, una infeliz administración de camarilla; y sobre todo, la guerra civil permanente, reglamentaria, necesaria, odiosa, sangrienta, sin cuartel, sin perdón, sin límite. No se puede culpar á los que turbaron la paz pública, porque estaban en su derecho; para condenarlos es preciso probar lo imposible y es que Juárez era el mandatario legítimo, salido de la libre voluntad del pueblo mexicano.

Desde 1867 hasta su muerte, Juárez representó el sufragio de la adulación, del nepotismo, del *oaxaqueñismo*, de la burocracia apenas embarrada de quincenas, de la intriga de antesalas, de las ambiciones de gusanos empolvados, de la voracidad de personalidades pequeñas de insaciable codicia y maldad. Por eso casi todas las eminencias del partido liberal, indignadas clamaron contra el magistrado apóstata. Mientras hubo hombres nobles ó ridículos en México, que de buena fe creyeron en la realización fácil de la democracia mexicana, toda dictadura tenía que ser para ellos un crimen, y ante el crimen, el patriota tiene por deber el anatema y la rebelión.

No es posible admitir que todos esos grandes enemigos de Juárez, honra de México, glorias del partido liberal y obreros infatigables de nuestra independencia y civilización, hacían la guerra á Juárez, cegados por sus pasiones, podridos por sus vicios, macerados por sus delirios, consumidos por aspiraciones de galeotes, deshonrados por manchas de lóbrega maldad, embrutecidos por tenebrosos instintos.

*
* *

Después de la muerte de Juárez, sus grandes y numerosos enemigos supervivientes han perdonado, han arrojado el olvido sobre sus querellas, han borrado las trazas de sus odios, han expulsado de su corazón el resentimiento, para sólo recordar al Juárez de Oaxaca, al de la revolución de Ayutla, al de la Reforma y al del Imperio, siempre lleno de errores, pero siempre robusto por su envidiable salud moral.

Pero la historia no es ni puede ser generosa, sino justiciera; la clemencia le está prohibida; su tarea no es de hacer desaparecer á los hombres en el sepulcro sin epitafio, sino desenterrar, investigar, escudriñar, procesar, agobiar, abrumar, remoler á los hombres, tamizarlos entre las mallas de una crítica sin piedad, sin límite, sin vacilaciones, sin más

temor que el de no haber descubierto lo bastante para formar la lección que debe servir á los hombres del presente para preparar su porvenir. La historia es una ciencia tan recta como las matemáticas y en donde la humanidad debe leer claramente su destino escrito de preferencia con los errores de su pasado.



No pretendo ser el perito de la historia, aspiro únicamente en este libro á establecer una mina en los cimientos de ese edificio monumental de falsedades que el espíritu de partido, de facción, de camarilla, abusando de la ignorancia y de la vanidad nacional, ha levantado y pesa ya mucho sobre nuestras conciencias. Los hombres de buena voluntad y de buena ilustración se encargarán de fallar en definitiva sobre la figura de Juárez, llevando en consideración los fundamentos emanados de una crítica sana, apoyada en hechos y pruebas incontestables.

INDICE

PARTE PRIMERA

EL ORIGEN DE LA INTERVENCIÓN

CAPÍTULO I. La corriente política internacional.....	1
— II. La corriente fenicia.....	27
— III. La inquebrantable debilidad de Juárez.....	39
— IV. Juárez pudo evitar la intervención.....	72

SEGUNDA PARTE

LA DEFENSA NACIONAL. — PRIMER PERÍODO

CAPÍTULO I. Juárez organizador.....	105
— II. Los Estados Unidos y el conflicto francomexicano.....	125
— III. Hacia el desastre.....	146
— IV. Los responsables del desastre de Puebla (1863).....	162
— V. Los responsables del desastre de Puebla (1863) (<i>continuación</i>).....	186

TERCERA PARTE

LA DEFENSA NACIONAL. — SEGUNDO PERÍODO

CAPÍTULO I. Los proyectos de Napoleón	213
— II. El Imperio á punto de fracasar en 1863.....	244
— III. La inquebrantable firmeza de Juárez comienza.	264
— IV. El período agónico.....	281
— V. Juárez pierde la firmeza de espíritu.....	305

CUARTA PARTE

LA SALVACIÓN

CAPÍTULO I. El primer aliado. El resentimiento norteamericano.....	335
— II. El segundo aliado. La corrupción intervencionista	371
— III. El tercer aliado. El desprecio francés por el soldado mexicano	388
— IV. El cuarto aliado. El desprecio y la furia francesa.....	424
— V. El Imperio pudo establecerse en México	450
— VI. El más poderoso aliado de Juárez.....	475
— VII. El más poderoso aliado de Juárez (<i>continuación</i>).....	511

QUINTA PARTE

LA JUSTICIA

CAPÍTULO I. Presentación de grandes culpables.....	549
— II. La maldad caballeresca de Maximiliano	585
— III. El derrumbe	596
— IV. El duelo entre dos perfidias.....	633

ÍNDICE.	873

CAPITULO V. El golpe de Estado de Juárez.....	675
— VI. Los últimos errores graves de Juárez.....	679
— VII. La justificación de Napoleón III.....	703
— VIII. El camino del cadalso.....	749
— IX. El camino del cadalso (<i>continuación</i>).....	783
— X. Conclusiones.....	816

AUG '918



623-67. — Paris. Imprinta de la V.^a de C. Bouchet. — 9-67.

**THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
GRADUATE LIBRARY**

DATE DUE

~~INTERLIBRARY LOAN~~



3 9015 02795 8993

**DO NOT REMOVE
OR
MUTILATE**

